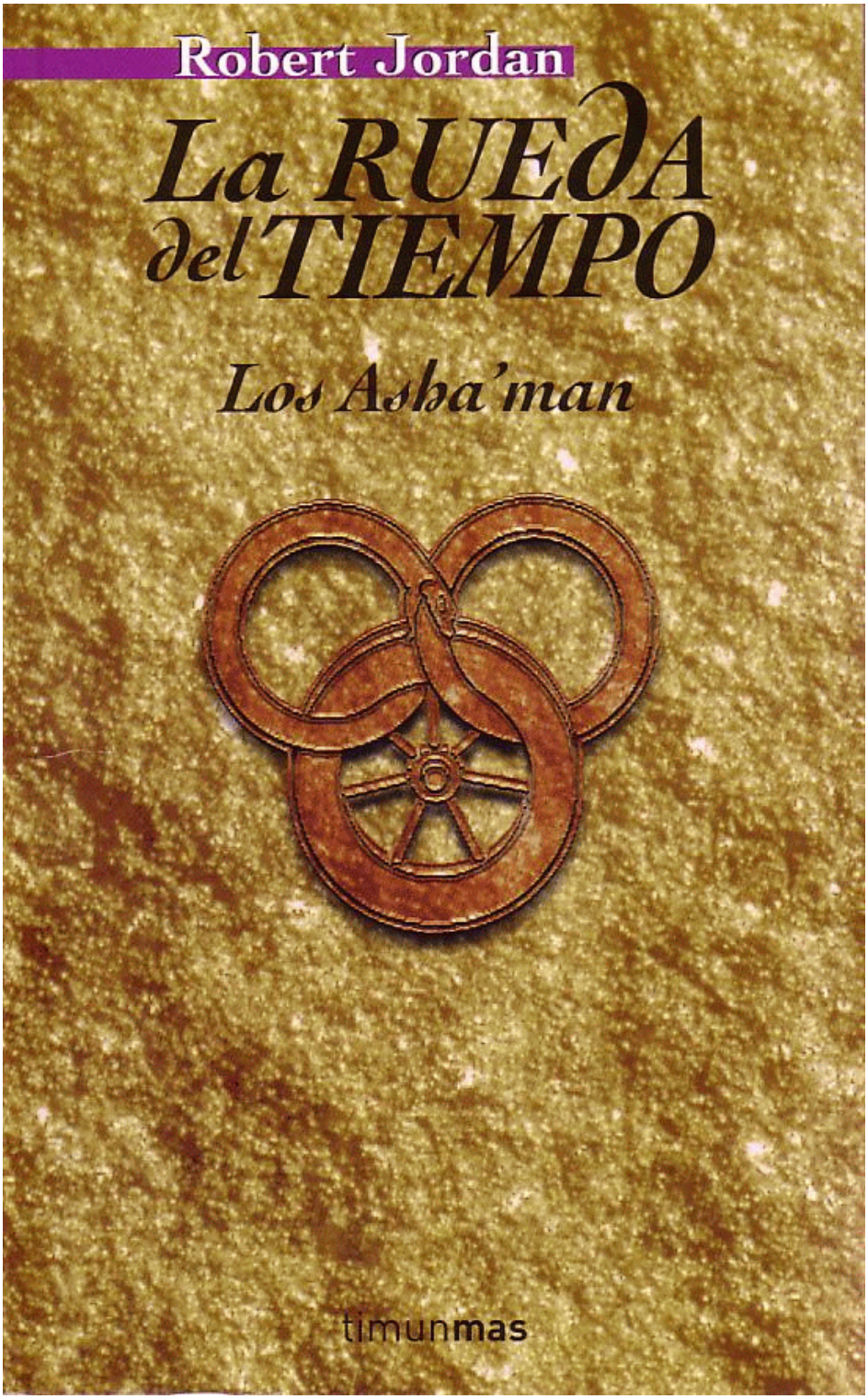
LA RUEDA DEL TIEMPO
Volumen 9 - Los Asha'man
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Betsy

«Cantan los leones y se repliegan los montes.
La luna sale de día y el sol de noche.
Mujer ciega, hombre sordo, grajo torpe.
Que el Señor del Caos el mando tome.»

Canción de un juego infantil
escuchada en el Gran Aravalon
Cuarta Era

CAPÍTULO 1

La delegación

Egwene dio la espalda a los músicos que tocaban en una esquina —una mujer sudorosa que soplaba una flauta larga y un hombre con el rostro enrojecido que tañía una vihuela de nueve cuerdas— y se abrió paso entre la multitud sintiéndose de buen humor. El sol se hallaba alto en el cielo, como oro fundido, y los adoquines estaban lo bastante calientes para quemarle los pies a través de las suelas de sus flexibles botas. El sudor le goteaba por la nariz, el chal parecía una manta a pesar de llevarlo suelto en el doblez de los brazos, y había suficiente polvo en el aire para hacerle sentir ganas de bañarse; pero, aun así, sonreía. Algunas personas la miraban con recelo cuando creían que no las veía, cosa que casi la hacía reír. Así era como miraban a los Aiel. La gente veía lo que esperaba ver, y lo que veía era una mujer con ropas Aiel, sin fijarse en el color de sus ojos o en su estatura.

Los vendedores ambulantes y los buhoneros pregonaban sus mercancías, rivalizando con los gritos de carniceros y fabricantes de velas, con el martilleo y el repiqueteo de los talleres de orfebres y alfareros, con el chirrido de ejes de rueda sin engrasar. Carreteros deslenguados y hombres que conducían a pie carretas de bueyes se disputaban el paso por la calle con las sillas de mano lacadas en oscuro y los sobrios carruajes que lucían emblemas de casas en las puertas. Había músicos por doquier, además de acróbatas y malabaristas. Un puñado de pálidas mujeres vestidas con trajes de montar y que portaban espadas pasaron con aire arrogante imitando lo que suponían era el comportamiento de los hombres, riendo con excesiva estridencia y abriéndose paso a empujones de un modo que habría dado pie a una docena de peleas si hubiesen sido varones. El martillo de un herrero repicaba contra el yunque. En general flotaba en el aire un zumbido de ajetreo y bullicio, el sonido de una ciudad que la joven casi había olvidado al convivir con los Aiel. Quizá lo había echado de menos.

Entonces se echó a reír, en mitad de la calle. La primera vez que había escuchado el ruido de una ciudad le había producido un gran aturdimiento. En ocasiones tenía la sensación de que aquella muchacha con los ojos abiertos como platos había sido otra persona.

Una mujer que se abría paso entre la muchedumbre con su yegua castaña se giró para mirarla con curiosidad. El animal llevaba campanillas de plata trenzadas en las lustrosas crines y larga cola, y la amazona también lucía campanillas en el oscuro cabello, que le llegaba a la mitad de la espalda. Era bonita y no debía de ser mucho mayor que Egwene, pero su semblante traslucía dureza; su mirada era cortante, y como poco llevaba seis cuchillos en el cinturón, uno de ellos casi tan grande como los de los Aiel. Una cazadora del Cuerno, a buen seguro.

Un hombre alto y apuesto, vestido con una chaqueta verde y con dos espadas cruzadas en la espalda, siguió con la mirada a la mujer mientras pasaba con su montura. Probablemente era otro cazador. Parecían estar en todas partes. Cuando la amazona y su yegua desaparecieron entre la apiñada multitud, el tipo se volvió y vio que Egwene lo estaba mirando. Sonrió con repentino interés, cuadró los anchos hombros y echó a andar hacia la joven.

Egwene adoptó instantáneamente su expresión más fría, intentando emular la severidad de Sorilea combinada con el porte imperioso de Siuan Sanche ciñéndose la estola de la

Amyrlin sobre los hombros.

El hombre se paró, obviamente sorprendido. Al tiempo que volvía sobre sus pasos, Egwene lo oyó claramente gruñir: «Condenados Aiel». No pudo menos de echarse a reír de nuevo; a despecho del barullo, el tipo debió de oírla, porque se puso envarado y sacudió la cabeza. Pero no miró atrás.

Su buen humor tenía doble motivo; uno de ellos, que por fin las Sabias habían admitido que caminar por la ciudad le proporcionaba tanto ejercicio físico como hacerlo alrededor de las murallas. Sorilea en particular no parecía entender por qué quería pasar un minuto más de lo estrictamente necesario entre multitudes de habitantes de las tierras húmedas, sobre todo cuando estaban apiñados dentro de unos muros. Empero, su talante alegre venía a cuento principalmente porque le habían dicho que, ahora que las jaquecas habían desaparecido del todo —las había tenido desconcertadas que no remitieran ya que a Egwene le había sido imposible disimularlas por completo—, podría regresar al *Tel'aran'rhiod* pronto. No a tiempo de asistir a la próxima reunión, acordada para dentro de tres noches, pero sí antes de la siguiente.

Eso era un gran alivio en muchos aspectos. Se habría acabado tener que entrar a escondidas en el Mundo de los Sueños; y resolver penosamente todo por sí misma; y el miedo de que las Sabias la sorprendieran y rehusaran seguir instruyéndola; y verse obligada a mentir. Porque no tenía más remedio que engañarlas —no se podía permitir el lujo de perder tiempo; había demasiadas cosas que aprender y dudaba mucho de que pudiera asimilarlas todas en el plazo que quedaba— pero ellas nunca lo entenderían.

Había Aiel entre la multitud, tanto vestidos con el *cadin'sor* como con los blancos ropajes de *gai'shain.* Estos últimos iban donde les habían mandado, pero los demás quizás era la primera vez que entraban en el recinto amurallado y, muy probablemente, la última. A los Aiel no parecían gustarles las ciudades, aunque habían acudido en gran número seis días antes para presenciar la ejecución de Mangin. Se contaba que él mismo se había puesto el nudo corredizo alrededor del cuello y que incluso había hecho un chiste Aiel sobre si sería la cuerda la que le rompería el cuello o su cuello el que rompería la cuerda. Egwene había oído a varios Aiel repetir el chiste, pero ni un solo comentario respecto al ahorcamiento. A Rand le caía bien Mangin, de eso no le cabía a Egwene la menor duda. Berelain había comunicado la sentencia a las Sabias como si les estuviera diciendo que tendrían su colada lista al día siguiente, y ellas la habían escuchado con idéntica actitud. Egwene no creía que jamás llegara a entender a los Aiel. Y mucho se temía que ya no entendía a Rand. En cuanto a Berelain, la entendía, y muy bien por cierto; a ésa sólo le interesaban los hombres vivos.

Con ideas así, le costó un gran esfuerzo recuperar el buen humor. En la ciudad, ni que decir tiene, hacía tanto calor como fuera de las murallas —de hecho, sin haber un soplo de aire y con tanta gente apiñada, puede que incluso hiciera más bochorno— y había casi tanto polvo, pero al menos no tenía que caminar y caminar sin otra cosa que mirar que los montones de cenizas de extramuros. Sólo unos cuantos días más y podría volver a aprender; a aprender de verdad. Aquello bastó para que la sonrisa retornara a su rostro.

La muchacha se paró cerca de un enjuto y sudoroso Iluminador; era fácil adivinar cuál era o había sido su oficio. Su espeso bigote no iba cubierto por el diáfano velo que los taraboneses llevaban a menudo, pero los pantalones con pliegues, con bordados en las perneras, y la camisa suelta igualmente bordada en la pechera delataban de sobra su procedencia. Vendía pinzones y currucas en jaulas toscamente construidas. Con la destrucción de la sucursal de su corporación, incendiada por los Shaido, eran muchos los Iluminadores que intentaban encontrar recursos para regresar a Tarabon.

—Lo he oído de una fuente fidedigna —le estaba contando a una guapa mujer de mediana edad que llevaba un vestido de corte sencillo en color azul oscuro. Una mercader, a buen seguro, atenta a sacar algún provecho de quienes esperaban en Cairhien la llegada de tiempos mejores—. Las Aes Sedai están divididas —le confió el Iluminador mientras se inclinaba sobre las jaulas para hablar en un susurro—. Están en pie de guerra. Las unas contra

las otras.

La mercader asintió en un gesto de conformidad. Egwene se paró fingiendo estar interesada en un pinzón de cabeza verde y después reanudó la marcha, aunque tuvo que saltar a un lado para apartarse del camino de un juglar de rostro redondo que caminaba ondeando su capa de parches con aire engreído. Los juglares sabían de sobra que se contaban entre las pocas personas de las tierras húmedas que eran bien recibidas en el Yermo; los Aiel no los intimidaban. Al menos, eso aparentaban.

Aquel rumor la inquietaba. No que la Torre estuviera dividida —algo así no podía guardarse en secreto mucho más tiempo— sino lo referente a la guerra entre Aes Sedai. Enterarse de que existía un conflicto entre las hermanas era como saber que una parte de la propia familia estaba enfrentada con la otra, y el hecho de conocer las razones apenas lo hacía tolerable, pero la idea de que la situación pudiera llegar a más... Ojalá hubiese un modo de devolver a la Torre su anterior fortaleza, al igual que se sana a un enfermo con la Curación; unificarla de nuevo sin que hubiera derramamiento de sangre.

En la calle, un poco más adelante, una sudorosa mujer de extramuros, que habría resultado bonita si su cara hubiera estado más limpia, despachaba rumores junto con las cintas y alfileres que llevaba en una bandeja sujeta con una correa al cuello. Su vestido era de seda azul con franjas rojas en la falda; se notaba que estaba confeccionado para otra mujer más baja, de manera que el raído repulgo le quedaba lo bastante alto para mostrar sus toscos zapatos. Unos agujeros en las mangas y en el corpiño señalaban los lugares donde se había arrancado los bordados.

—Es un hecho —informaba a la mujer que estaba escogiendo en la bandeja—. Se han visto trollocs por los alrededores de la ciudad. Ah, sí, ese color verde hará resaltar vuestros ojos. Centenares de trollocs, y...

Egwene siguió caminando sin aminorar el paso. Si hubiese habido un solo trolloc en las cercanías de la ciudad, los Aiel lo habrían sabido mucho antes de que se convirtiera en tema de chismorreo en las calles. Ojalá que las Sabias fueran más dadas a chismorrear. Bueno, a veces lo hacían, pero siempre respecto a otros Aiel. En lo que a los Aiel concernía, ninguna cosa sobre las gentes de las tierras húmedas era digna de despertar su interés. Empero, tener la oportunidad de colarse en el estudio de Elaida en el *Tel'aran'rhiod* cada vez que quería y leer las cartas y los documentos de la mujer había despertado en ella un instinto que la ayudaba a saber lo que estaba ocurriendo en el mundo.

De pronto se dio cuenta de que estaba mirando a su alrededor con otros ojos, observando los rostros de las personas. Que había informadores de las Aes Sedai en Cairhien era tan cierto como que estaba transpirando. Elaida debía de recibir un informe diario con palomas mensajeras desde Cairhien, si no más de uno. Espías de la Torre, espías de los Ajahs, espías personales de una u otra hermana. Estaban por todas partes, a menudo donde menos se sospechaba y de quien menos se esperaba. ¿Qué hacían esos dos acróbatas plantados allí, sin efectuar sus volantines? ¿Estarían recobrando el resuello o es que se dedicaban a vigilarla? Los artistas callejeros reanudaron su número, uno de ellos haciendo el pino en los hombros del otro.

Una informadora del Ajah Amarillo había intentado en una ocasión enviar a Elayne y Nynaeve de vuelta a la Torre como si fuesen simples fardos, en cumplimiento de las órdenes impartidas por Elaida. En realidad Egwene no sabía si Elaida también la quería a ella, pero dar por sentado lo contrario sería una solemne estupidez por su parte. No podía creer que Elaida perdonara jamás a cualquiera que hubiese colaborado estrechamente con la mujer a la que había depuesto.

Lo que es más, probablemente algunas Aes Sedai de Salidar también tenían informadores aquí. Si les llegaban noticias sobre una tal «Egwene Sedai del Ajah Verde»... El informador podía ser cualquiera: aquella mujer delgada parada en el escaparate de una tienda, que al parecer examinaba una pieza de paño gris oscuro; o la mujer de aspecto ordinario que holgazaneaba en la puerta de una taberna mientras se daba aire en la cara con el delantal; o

aquel tipo gordo que empujaba una carretilla llena de pasteles... ¿Por qué la miraba de un modo tan extraño? Faltó poco para que Egwene se encaminara de inmediato a las puertas de la ciudad más próximas.

Fue precisamente aquel tipo quien la hizo cambiar de opinión o, más bien, la forma repentina en que trató de tapar los pasteles con las manos. La miraba porque se había dado cuenta de que ella lo estaba observando fijamente. Seguramente tenía miedo de que una «salvaje» Aiel fuera a coger parte de su mercancía sin pagar.

Egwene rió con desgana. Aiel. Hasta la gente que la miraba a la cara daba por hecho que era Aiel. Un informador de la Torre que la estuviese buscando pasaría de largo a su lado. Sintiéndose mucho mejor, la joven reanudó su caminata por las calles, escuchando cuando le era posible hacerlo.

El problema era que se había acostumbrado a enterarse de cosas sólo semanas, o incluso días, después de que hubiesen ocurrido, y con la certeza de que, efectivamente, habían pasado. Un rumor podía recorrer un centenar de kilómetros en un día o tardar un mes y dar origen a diez versiones distintas a diario. Aquella mañana había oído que se había ejecutado a Siuan por descubrir al Ajah Negro; que pertenecía al Ajah Negro y seguía viva; que el Ajah Negro había forzado la huida de la Torre a las Aes Sedai que no pertenecían a él. Ninguna de esas noticias era nueva, sólo una versión de otras ya conocidas. Una novedad, que se había propagado como el fuego en una pradera en verano, era que la Torre había estado detrás de todos los falsos Dragones; aquello la enfureció tanto que se alejó a grandes pasos, con la espalda muy tiesa, cada vez que lo oyó. Lo que significaba que había caminado bastante de esa guisa. Escuchó que los andoreños agrupados en Aringill habían proclamado reina a una noble —una tal Dylin o Delin, el nombre variaba con cada versión— ahora que Morgase había muerto, cosa que podía ser verdad; y que había Aes Sedai recorriendo Arad Domad de punta a punta llevando a cabo cosas increíbles, lo que era totalmente incierto. Que el Profeta se encaminaba hacia Cairhien; que el Profeta había sido coronado rey de Ghealdan —no, de Amadicia—; que el Dragón Renacido había matado al Profeta por blasfemo. Que todos los Aiel se marchaban; no, que se proponían quedarse y establecerse allí. Que Berelain iba a ser coronada reina del Trono del Sol. Un hombrecillo bajo y flaco, de mirada furtiva, estuvo a punto de recibir una paliza de quienes lo escuchaban a la puerta de una taberna por afirmar que Rand era uno de los Renegados, pero Egwene intervino sin pensar en las consecuencias.

—¿Es que no tenéis honor? —demandó fríamente. Los cuatro hombres malcarados que habían estado a punto de abalanzarse sobre el tipo flaco la miraron con desconcierto. Eran cairhieninos, no mucho más altos que ella, pero sí mucho más corpulentos, con las narices rotas y los nudillos hundidos habituales en los camorristas, pero los mantuvo a raya con su actitud firme. Por eso y por la presencia de Aiel en la calle; no eran tan necios como para tratar de mala manera a la que creían una mujer Aiel en tales circunstancias—. Si tenéis que enfrentaros a un hombre por lo que ha dicho, hacedlo de uno en uno, con honor. Esto no es una batalla; os deshonráis vosotros mismos yendo cuatro contra uno.

La miraron como si estuviese loca, y el semblante de Egwene enrojeció paulatinamente. La joven esperaba que creyeran que se debía a la rabia. No les había echado en cara que se lanzaran sobre alguien más débil, sino por no permitirle que se enfrentara a ellos uno a uno. Estaba avergonzada; acababa de reconvenirlos como si siguieran el *ji'e'toh.* Claro que, si lo hubiesen seguido, no habría sido menester el rapapolvo.

Uno de los hombres inclinó la cabeza en algo parecido a una ligera reverencia. La nariz del tipo no sólo estaba rota, sino que le faltaba la punta.

—Eh... Ese hombre se ha marchado ya... eh... señora. ¿Podemos irnos también?

Era verdad; el tipo flaco había aprovechado su intervención para desaparecer. Egwene sintió una repentina ira. Se había escabullido por temor a enfrentar a cuatro adversarios. ¿Cómo podía soportar semejante vergüenza? ¡Oh, Luz, ya estaba otra vez con lo mismo!

Abrió la boca para contestar que por supuesto podían marcharse, pero no emitió sonido alguno. Los tipos interpretaron su silencio como aquiescencia, o quizá como una excusa, y se

alejaron a toda prisa, pero Egwene apenas si reparó en su marcha. Estaba demasiado absorta contemplando las espaldas de un grupo a caballo que avanzaba calle abajo.

No reconoció a los diez o doce jinetes con capas verdes que se abrían paso entre la apiñada multitud, pero las escoltadas eran harina de otro costal. Egwene sólo alcanzaba a ver las espaldas de las mujeres, unas cinco o seis, que cabalgaban entre los jinetes, pero era más que suficiente. Mucho más. Las amazonas llevaban ligeros guardapolvos en distintas tonalidades marrones, pero los ojos de la joven estaban prendidos en lo que semejaba un disco blanco bordado en la parte trasera de una de aquellas capas de viaje. El color del pespunte que bordeaba la Llama de Tar Valon, en este caso níveo, indicaba el Ajah Blanco. Egwene atisbó otros pespuntes en verde, en rojo. ¡En rojo! Eran cinco o seis Aes Sedai dirigiéndose hacia el Palacio Real, donde una copia del estandarte del Dragón tremolaba intermitentemente en lo alto de una de las torres escalonadas, junto con una de las banderas carmesí de Rand en la que aparecía el antiguo símbolo Aes Sedai. Algunos la llamaban a ésa el estandarte del Dragón y otros, el estandarte de al'Thor o incluso el estandarte Aiel y hasta una docena más de distintos nombres.

Avanzando dificultosamente entre la muchedumbre, Egwene fue en pos del grupo a unos veinte pasos de distancia, pero poco después se detuvo. Una hermana Roja —al menos una, que ella hubiera visto— significaba que ésta era la delegación de la Torre largo tiempo esperada, la que Elaida había anunciado por escrito que escoltaría a Rand hasta Tar Valon. Habían pasado más de dos meses desde que la misiva había llegado con un mensajero cabalgando sin descanso; este grupo debía de haber partido no mucho después.

No encontrarían a Rand, a no ser que éste hubiese regresado sin anunciarlo; Egwene estaba convencida de que Rand había descubierto de algún modo el Talento llamado Viaje, pero eso no le aclaraba a ella cómo se llevaba a cabo. Sin embargo, tanto si encontraban a Rand como si no, a quien no debían localizar era a ella. En el mejor de los casos, se la llevarían a la fuerza de vuelta a Tar Valon como una Aceptada que había salido de la Torre sin la supervisión de una Aes Sedai; y eso contando con que Elaida no hubiera dado orden de capturarla. En cualquier caso, la obligarían a regresar a Tar Valon; ante Elaida. No se hacía ilusiones respecto a ser capaz de resistirse a cinco o seis Aes Sedai.

Tras echar una última ojeada al grupo que se alejaba, se recogió los vuelos de la falda y echó a correr entre el gentío, sorteando a unos y a otros, a veces chocando con los transeúntes o cruzando delante de los animales que tiraban de carretas o carruajes. A su paso iba dejando una estela de gritos furiosos. Cuando finalmente salió por una de las grandes puertas cuadradas de la ciudad, el aire caliente la azotó de lleno en la cara. Sin el obstáculo de los edificios, el viento arrastraba nubes de polvo que la hicieron toser, pero la joven siguió corriendo todo el trecho hasta las tiendas de las Sabias.

Para su sorpresa, ante la entrada de la tienda de Amys había una yegua gris ensillada y embridada, al cuidado de un *gai'shain* que mantenía los ojos bajos excepto cuando palmeaba al brioso animal. Egwene se agachó y entró en la tienda, donde encontró a la amazona, Berelain, tomando té con Amys, Bair y Sorilea, todas ellas recostadas en cojines de vivos colores y rematados con borlas. Una mujer con ropas blancas, Rodera, se encontraba arrodillada a un lado, esperando sumisamente a rellenar las tazas.

—Hay Aes Sedai en la ciudad —anunció Egwene tan pronto como hubo entrado—, y se dirigen al Palacio del Sol. Debe de ser la delegación enviada por Elaida para Rand.

Berelain se incorporó grácilmente; Egwene tuvo que admitir, aunque a regañadientes, que la mujer poseía donaire. Y su traje de montar tenía una hechura decente, ya que ni siquiera ella era tan necia como para cabalgar bajo el ardiente sol con sus atuendos habituales. Las otras se levantaron al mismo tiempo.

—Por lo visto he de regresar a palacio —suspiró—. Sólo la Luz sabe cómo se tomarán el que no haya nadie allí para recibirlas. Amys, si sabéis dónde está Rhuarc, ¿seríais tan amable de mandarle un mensaje para que se reúna conmigo?

Amys asintió, pero Sorilea manifestó:

—No debes depender tanto de Rhuarc, muchacha. Rand al'Thor puso Cairhien en tus manos. Dale un dedo a cualquier hombre y te habrá cogido la mano antes de que te quieras dar cuenta de lo que pasa. Dale un dedo a un jefe de clan, y te cogerá el brazo entero.

—Eso es cierto —convino Amys—. Rhuarc es la sombra de mi corazón, pero lo que dice Sorilea es verdad.

Berelain sacó unos finos guantes de montar que llevaba metidos debajo del cinturón y empezó a ponérselos.

—Me recuerda a mi padre. Demasiado, a veces. —Un gesto compungido asomó fugazmente al rostro de la mayeniense—. Pero sabe dar buenos consejos. Y también cuándo y hasta qué punto plantarse con aire imponente. Creo que hasta unas Aes Sedai se impresionarán si Rhuarc las mira fijamente.

Amys rió entre dientes.

—Resulta imponente cuando quiere, sí. Te lo enviaré. —Besó levemente a Berelain en la frente y las mejillas.

Egwene se quedó boquiabierta; así era como una madre Aiel besaba a su hijo o a su hija. ¿Qué se estaba cociendo entre Berelain y las Sabias? No podía preguntarlo, naturalmente. Una pregunta así representaba una vergüenza para ella y para las Sabias. También para Berelain, aunque la Principal no lo sabría, aparte de que a Egwene no le importaría avergonzar a esa mujer hasta que se le cayera el pelo.

Cuando la mayeniense se volvía para salir de la tienda, Egwene puso una mano sobre su brazo.

—Hay que tratarlas con sumo cuidado. No se mostrarán amistosas hacia Rand, pero unas palabras equivocadas, un movimiento en falso, podrían ponerlas en contra de él abiertamente. —Tal cosa no podía ser más cierta, pero no era lo que realmente habría querido decir. Antes se arrancaría la lengua que pedirle un favor a Berelain.

—He tratado con Aes Sedai antes, Egwene Sedai —replicó secamente la Principal.

Egwene consiguió refrenar un profundo suspiro. Había que hacerlo, pero no dejaría que esta mujer viera lo difícil que era.

—Las intenciones de Elaida respecto a Rand no son mejores que las que tendría una comadreja hacia una gallina, y estas Aes Sedai están a sus órdenes. Si se enteran de que hay una Aes Sedai de parte de Rand, aquí, donde la tendrían a su alcance, esa mujer podría desaparecer a no tardar.

La joven enmudeció, incapaz de añadir nada más ante la expresión indescifrable de la mayeniense. Al cabo de unos segundos muy largos, Berelain sonrió.

—Egwene Sedai, haré todo cuanto esté en mi mano por Rand —manifestó. La sonrisa y el tono de su voz eran... insinuantes.

—Muchacha —reconvino Sorilea con un timbre cortante y, quién lo hubiese dicho, el rubor tiñó los pómulos de Berelain.

—Agradecería que no se lo contaseis a Rhuarc —manifestó la Principal en un estudiado tono indiferente, evitando mirar a Egwene. En realidad no miraba a nadie, pero procuraba hacer caso omiso de la presencia de la joven.

—No lo haremos —fue la pronta respuesta de Amys, que se adelantó a Sorilea—. No lo haremos.

La reiteración iba dirigida a la anciana Sabia y en ella había una mezcla de firmeza y súplica. Finalmente, Sorilea asintió, aunque un tanto a regañadientes. De hecho, Berelain suspiró con alivio antes de agacharse para salir de la tienda.

—La muchacha tiene carácter —rió Sorilea tan pronto como la Principal se hubo marchado. Volvió a reclinarse en los cojines y dio unas palmaditas al que había a su lado, indicando a Egwene que se sentara allí—. Deberíamos encontrarle el marido adecuado, un hombre que esté a su altura. Si es que existe alguien así entre los varones de las tierras húmedas.

Mientras se limpiaba la cara y las manos con el paño húmedo que le alcanzó Rodera,

Egwene se preguntó si aquello bastaría para dar pie a preguntar por Berelain sin incurrir en la indiscreción. Aceptó una taza de té de porcelana de los Marinos y se acomodó en el círculo de las Sabias. Si alguna de las otras respondía a Sorilea, sería suficiente.

—¿Estás segura de que estas Aes Sedai quieren perjudicar al *Car'a'carn*? — preguntó, en cambio, Amys.

Egwene se puso colorada. ¡Mira que estar pensando en chismorreos cuando había cosas tan importantes de las que ocuparse!

—Sí —se apresuró a responder, y luego añadió más despacio—: Al menos... No tengo pruebas de que quieran hacerle daño, exactamente. Por lo menos de manera intencionada. —La misiva de Elaida hablaba de todo «el honor y el respeto» por él merecidos. ¿Cuánto era lo que una antigua Roja consideraba que se merecía un varón capaz de encauzar?—. Pero de lo que no me cabe duda es de que intentarán controlarlo de algún modo, forzarlo a hacer lo que Elaida quiere. No son amigas suyas. —¿Hasta qué punto lo eran las Aes Sedai de Salidar? Luz, necesitaba hablar con Nynaeve y Elayne—. Y no les importará ni poco ni mucho que sea el *Car'a'carn.*

Al oír esto, Sorilea gruñó con acritud.

—¿Crees que tratarán de hacerte daño a ti? —preguntó Bair, a lo que Egwene asintió con la cabeza.

—Si descubren que estoy aquí... —La joven intentó disimular un escalofrío tomando un sorbo del té de menta. Ya fuera para tener algo con lo que presionar a Rand o simplemente por ser una Aceptada sin la supervisión de una hermana, harían todo lo posible para llevarla a rastras de vuelta a la Torre—. No me dejarán libre si pueden evitarlo. Y Elaida no querrá que Rand siga los consejos de nadie salvo los de ella.

Bair y Amys intercambiaron una mirada sombría.

—Entonces, la cosa es simple. —Sorilea habló como si todo estuviese decidido—. Te quedarás en las tiendas y así no te verán. De todos modos, las Sabias evitan a las Aes Sedai. Si te quedas con nosotras unos cuantos años, acabaremos haciendo de ti una buena Sabia.

Egwene estuvo a punto de dejar caer la taza.

—Me siento halagada —respondió con cuidado—, pero, antes o después, tendré que irme.

Sorilea no parecía muy convencida. Egwene había aprendido a componérselas con Amys y Bair, hasta cierto punto, pero Sorilea...

—No será pronto, a mi modo de ver —le dijo Bair, aunque con una sonrisa para quitar hierro a sus palabras—. Todavía te queda mucho que aprender.

—Sí, y estás deseosa de reiniciar el aprendizaje —añadió Amys. La joven trató, sin éxito, de no enrojecer, y la Sabia frunció el entrecejo—. Tienes un aspecto raro. ¿Te has sentido demasiado sofocada esta mañana? Estaba segura de que ya te encontrabas bastante recuperada...

—Y lo estoy —se apresuró a asegurarle Egwene—. De veras que sí. Hace días que no me ha dolido la cabeza. Es por culpa del polvo, mientras volvía corriendo aquí. Y la muchedumbre apiñada en la ciudad, mucho más de lo que recordaba. Además, estaba tan excitada que no desayuné gran cosa.

—Trae un poco de pan de miel si queda, y queso y la fruta que encuentres —ordenó Sorilea a Rodera. Luego dio golpecitos con el dedo en las costillas de la joven—. Una mujer debe tener más carne encima.

Y eso lo decía alguien que parecía haber estado tendida al sol hasta secar la poca carne que tenía.

A Egwene no le importaba realmente comer algo —era cierto que esa mañana se había sentido demasiado nerviosa para desayunar— pero Sorilea estuvo pendiente de cada bocado que engulló, y su escrutadora mirada consiguió que a la muchacha le costase trabajo tragar. Por no mencionar el hecho de que las Sabias querían discutir qué hacer respecto a las Aes Sedai. Si éstas eran hostiles hacia Rand, habría que tenerlas vigiladas y discurrir algún modo

de protegerlo. Hasta a Sorilea la ponía un tanto tensa la idea de oponerse directamente a unas Aes Sedai —no por temor; lo que las inquietaba era ir en contra de la tradición—, pero se haría lo que fuera necesario para proteger al *Car'a'carn.*

En cuanto a Egwene, le preocupaba que al final convirtieran en una orden la sugerencia de Sorilea de que permaneciera en las tiendas. No habría modo de eludir algo así, imposible evitar que cincuenta pares de ojos la observaran a no ser que permaneciese dentro de su tienda. ¿Cómo realizaba Rand el Viaje? Las Sabias harían todo lo necesario, siempre y cuando ello no infringiera el *ji'e'toh,* puede que interpretasen de manera distinta alguna que otra cosa, pero cumplían esas variantes con tanta rigurosidad como cualquier Aiel. Luz, Rodera era una Shaido, una de los miles capturados en la batalla con la que se expulsó a su clan de la ciudad, pero las Sabias la trataban igual que a cualquier otro *gai'shain,* y, que Egwene supiera, Rodera se comportaba exactamente igual que los demás, sin la más mínima diferencia. No, no irían en contra del *ji'e'toh,* por muy necesario que fuera.

Afortunadamente el tema no salió a colación. Por desgracia, sí lo hizo el asunto de su salud. La Sabias no sabían sanar con la Curación ni examinar el estado de salud de alguien mediante el Poder. Sin embargo, utilizaron sus propios métodos para hacer esa comprobación. Algunos le resultaron conocidos de cuando había estudiado con Nynaeve para convertirse en Zahorí, como examinar los ojos y escuchar el corazón a través de un tubo de madera. Otros eran inconfundiblemente Aiel, como el ejercicio de inclinarse una y otra vez para tocarse los dedos de los pies hasta que se sintió mareada; o brincar en un mismo sitio hasta que creyó que los ojos se le saldrían de las órbitas; o correr alrededor de las tiendas de las Sabias hasta que unas motitas empezaron a bailar en su vista, para a continuación aguantar que una *gai'shain* le vertiera un balde de agua por la cabeza, beber cuanto pudiera, recogerse las faldas y correr un poco más. Si hubiese aflojado el paso aunque sólo fuera un poco, si se hubiera parado tambaleándose antes de que Amys dijera que podía hacerlo, habrían decidido que, después de todo, no había recuperado la salud lo suficiente.

Cuando, finalmente, Sorilea asintió y dijo «estás tan en forma como una Doncella, muchacha», Egwene se encontraba algo mareada y sin resuello, cosa que, a buen seguro, no le habría ocurrido a una Doncella. Aun así, se sintió orgullosa de sí misma. Nunca se había considerado blanda, pero sabía muy bien que antes de empezar a vivir con los Aiel se habría desplomado de bruces a mitad de la prueba. «Otro año —pensó—, y correré tan bien como cualquier *Far Dareis Mai*.»

Por otro lado, no tenía intención de regresar a la ciudad. Se unió a las Sabias en la tienda de vapor —por una vez no le hicieron echar agua en las piedras calientes; Rodera se encargó de ello— y disfrutó del calor húmedo mientras sus músculos se relajaban. Se marchó sólo porque Rhuarc y otros dos jefes de clan, Timolan de los Miagoma e Indirian de los Codarra, se les unieron; varones altos y corpulentos, con el pelo algo canoso y semblantes duros y severos. Aquello la hizo salir de la tienda a toda prisa mientras se enrollaba el chal tratando de cubrirse. Siempre esperaba oír risas cuando hacía esto, pero los Aiel no parecían comprender por qué abandonaba la tienda tan precipitadamente cada vez que entraban hombres en ella. De haberlo entendido, sin duda habría sido motivo de jolgorio habida cuenta del sentido del humor Aiel, pero por suerte no relacionaban lo uno con lo otro, de lo cual ella se alegraba, y mucho.

Tras recoger el resto de su ropa de los ordenados montones situados en el exterior de la tienda de vapor, regresó apresuradamente a la suya. El sol estaba ya bastante bajo para entonces y, después de tomar una cena ligera, se dispuso a dormir, demasiado cansada para pensar en el *Tel'aran'rhiod.* Demasiado cansada también para recordar gran parte de sus sueños —eso era algo que las Sabias le habían enseñado a hacer—, pero la mayoría de los que sí consiguió evocar estaban relacionados con Gawyn.

CAPÍTULO 2

Como relámpago y *lluvia*

Por alguna razón, cuando Cowinde acudió a despertarla al día siguiente, antes del amanecer, Egwene se sentía vigorizada y con ánimos de ver qué podía descubrir en la ciudad. Soltó un enorme bostezo mientras se estiraba y al punto se puso de pie, tarareando entre dientes una canción mientras se lavaba y se vestía apresuradamente, apenas pasándose el peine por los cabellos. Se habría alejado del campamento sin perder tiempo en desayunar, pero Sorilea la vio y puso fin de manera tajante a semejante idea. Lo que, en realidad, resultó ser una suerte.

—No tendrías que haberte marchado de la tienda de vapor tan pronto —le dijo Amys, que cogió el cuenco de gachas de avena y fruta seca que le tendía Rodera. Casi dos docenas de Sabias se encontraban apiñadas en la tienda de Amys, y Rodera, Cowinde y un hombre con las ropas blancas llamado Doilan, otro Shaido, se afanaban para servirlas a todas—. Rhuarc tenía mucho que contar sobre tus hermanas. A lo mejor puedes añadir algo más.

Tras meses de simular ser Aes Sedai, a Egwene no le hizo falta pensar para saber que se refería a la delegación de la Torre.

—Os diré lo que pueda. ¿Qué contó Rhuarc?

Para empezar, había seis Aes Sedai, dos de ellas Rojas, no una —Egwene no daba crédito a la arrogancia de Elaida o quizás a su estupidez, cuando lo más sagaz habría sido no mandar a ninguna— pero al menos era una Gris la que tenía el mando de la delegación. Las Sabias, en su mayoría tendidas en un amplio círculo, como los radios de una rueda, volvieron la vista hacia Egwene tan pronto como se terminó de decir la lista de los nombres.

—Me temo que sólo conozco a dos de ellas —empezó, con cuidado—. Hay muchas Aes Sedai, después de todo, y no llevo mucho tiempo siendo hermana para conocerlas a todas. —Hubo asentimientos de cabeza, aceptando su explicación—. Nesune Bihara, una hermana Marrón, es una mujer imparcial que escucha a todas las partes antes de sacar una conclusión, pero es de las que pilla el más mínimo fallo en lo que una dice. Se fija en todo, lo recuerda todo; es capaz de echar una ojeada a una página y repetirla después palabra por palabra al cabo de un año, y lo mismo reza para una conversación que haya oído. A veces habla consigo misma, sin embargo, manifestando en voz alta lo que está pensando sin darse cuenta de ello.

—Rhuarc dice que se mostró interesada en la Biblioteca Real. —Bair removió sus gachas de avena, sin quitar ojo a Egwene—. Y que la oyó musitar algo sobre unos sellos.

Un rápido murmullo se alzó entre las otras mujeres, que Sorilea cortó al aclararse sonoramente la garganta.

Mientras cogía una cucharada de gachas, que tenían ciruelas secas cortadas en trocitos y algún tipo de bayas dulces, Egwene reflexionó sobre ello. Si Elaida había interrogado a Siuan antes de que la ejecutaran, entonces ahora sabía que había tres sellos rotos. Rand guardaba otros dos —Egwene habría querido saber dónde, pero él no parecía fiarse de nadie últimamente— y Nynaeve y Elayne habían hallado un sexto en Tanchico que habían llevado a Salidar, pero no había modo de que Elaida supiera el paradero de estos últimos. A menos, claro es, que tuviera espías en Salidar. No. Tal posibilidad era algo sobre lo que reflexionar en otro momento, no ahora. Elaida debía de estar buscando desesperadamente el resto. Enviar a Nesune a la segunda mayor biblioteca del mundo, después de la de la propia Torre Blanca,

tenía sentido. Egwene se tragó unos trozos de ciruela seca y así se lo dijo a las Sabias.

—Es lo que yo dije anoche —gruñó Sorilea—. Aerin, Colinda, Edarra, vosotras tres id a la biblioteca. Tres Sabias deberían ser capaces de encontrar lo que haya que encontrar antes que una Aes Sedai. —Eso provocó tres caras largas; la Biblioteca Real era inmensa. Empero, Sorilea era Sorilea, y, aunque las mujeres nombradas suspiraron y rezongaron, soltaron los cuencos de gachas y partieron de inmediato—. Dijiste que conocías a dos —continuó Sorilea antes de que las tres Sabias hubiesen salido de la tienda—. Nesune Bihara ¿y quién más?

—Sarene Nemdahl —contestó Egwene—. Pero entended que no conozco muy bien a ninguna de las dos. Sarene es como casi todas las Blancas, lo razona todo mediante la lógica y a veces parece sorprenderse cuando alguien actúa impulsivamente, pero aun así tiene genio. La mayor parte del tiempo lo mantiene firmemente controlado, pero si uno mete la pata en el momento equivocado... se lo hace pagar caro en un abrir y cerrar de ojos. No obstante, escucha sus razones y admite que estaba equivocada, incluso después de tener un estallido de mal genio. En fin, al menos cuando vuelve a estar de mejor humor.

Egwene se metió una cucharada de gachas y bayas mientras procuraba observar la reacción de las Sabias sin que se notara; ninguna parecía haber advertido su vacilación. Había estado a punto de decir que Sarene la ponía a una a fregar suelos en un visto y no visto. Sólo conocía a las dos mujeres a través de lecciones recibidas de ellas siendo novicia. Nesune, una esbelta kandoresa de ojos penetrantes, era capaz de advertir cuando la atención de una novicia no estaba en el tema tratado aun encontrándose de espaldas; había dado varias clases a las que asistió Egwene. En cuanto a Sarene, sólo había asistido a dos clases impartidas por ella, relativas a la naturaleza de la realidad, pero no era fácil olvidar a una mujer que afirmaba con absoluta seriedad que la belleza y la fealdad eran simples ilusiones, cuando ella tenía una cara que atraería la mirada de cualquier hombre.

—Espero que recuerdes algo más —manifestó Bair mientras se reclinaba sobre un codo para acercarse más a ella—. Aparentemente eres nuestra única fuente de información.

Egwene tardó unos segundos en entender este último comentario. Sí, naturalmente. Bair y Amys debían de haber intentado mirar en los sueños de las Aes Sedai la noche anterior, pero las hermanas salvaguardaban los suyos. Ésa era una habilidad que la joven lamentaba profundamente no haber aprendido antes de abandonar la Torre.

—Si está en mi mano. ¿En qué ala de palacio tienen las habitaciones? —Si quería acercarse a Rand la próxima vez que viniese a Cairhien, sería conveniente estar advertida para no entrar por equivocación en los aposentos que estuviesen ocupando mientras lo buscaba a él. Sobre todo no quería topar con Nesune. Quizá Sarene no recordase el rostro de una novicia en particular, pero la hermana Marrón se acordaría sin lugar a dudas. Más aun, podría ocurrir que cualquiera de las otras que no conocía la identificase; se había hablado mucho de Egwene al'Vere cuando había estado en la Torre.

—Declinaron la oferta de sombra de Berelain incluso para una sola noche. —Amys frunció el entrecejo. Entre los Aiel una oferta de hospitalidad se aceptaba siempre; rehusar, incluso entre aquellos que tenían pleitos de sangre, era deshonroso—. Se albergan con una mujer llamada Arilyn, una noble de los Asesinos del Árbol. Rhuarc cree que Coiren Saeldain conocía de antes a esa tal Arilyn.

—Una de sus informadoras —declaró con certeza Egwene—. O una del Ajah Gris.

Varias de las Sabias rezongaron malhumoradas; Sorilea resopló con patente desagrado, en tanto que Amys soltó un sonoro y decepcionado suspiro. Otras tenían una opinión distinta. Corelna, una mujer de ojos verdes y rasgos aguileños, cuyo cabello rubísimo tenía bastantes hebras grises, sacudió la cabeza con gesto dubitativo, mientras que Tialin, una esbelta pelirroja de nariz afilada, dirigió a Egwene una mirada de incredulidad.

Espiar violaba el *ji'e'toh,* aunque cómo conciliar tal cosa con el que las caminantes de sueños se asomaran a los sueños de la gente siempre que querían era algo que Egwene todavía no había llegado a entender. Tampoco tenía ningún sentido comentarles que las Aes Sedai no seguían el *ji'e'toh.* Eso ya lo sabían; les costaba trabajo creer o entender que no lo hicieran, ya

fueran Aes Sedai o cualquier otra persona.

Pensaran lo que pensasen, Egwene habría apostado todo cuanto tenía a que estaba en lo cierto. Galldrain, último rey de Cairhien, había tenido una consejera Aes Sedai. Niande Moorwyn había sido casi invisible antes incluso de que desapareciese nada más morir Galldrain, pero una cosa que había descubierto Egwene era que esa consejera había visitado esporádicamente los predios de lady Arilyn. Y Niande era una Gris.

—Al parecer han apostado un centenar de guardias bajo ese techo —apuntó Bair al cabo de un rato. Su voz se tornó muy desabrida cuando añadió—: Argumentan que la situación en la ciudad sigue siendo inestable, pero creo que lo que pasa es que temen a los Aiel.

Unas expresiones inquietantemente interesadas aparecieron en los rostros de varias Sabias.

—¡Un centenar! —exclamó Egwene—. ¿Es que han traído a cien hombres?

—No. —Amys sacudió la cabeza—. Cien, no. Más de quinientos. Los exploradores de Timolan encontraron a la mayoría acampados a medio día de camino al norte de la ciudad. Rhuarc se refirió a ello, y Coiren Saeldain dijo que eran una guardia de honor, pero que los habían dejado fuera de la ciudad para no «alarmarnos».

—Creen que escoltarán al *Car'a'carn* hasta Tar Valon. —La voz de Sorilea habría partido una piedra y su expresión hacía que, en contraste, ese tono pareciese suave. Egwene no les había ocultado el contenido de la carta de Elaida a Rand, y a las Sabias les gustaba menos cada vez que lo oían.

—Rand no es tan estúpido como para aceptar esa oferta —adujo Egwene, pero tenía la mente en otro asunto.

Quinientos hombres podían ser una guardia de honor. Cabía la posibilidad de que Elaida creyera que el Dragón Renacido no esperaría menos que eso e incluso que se sentiría halagado. Se le pasó por la cabeza un montón de sugerencias, pero tenía que ser prudente. Una palabra equivocada podía inducir a Amys y Bair —o, peor incluso, a Sorilea; esquivar a esta última era como intentar trepar a una peña que estuviera rodeada de zarzas— a darle unas órdenes que no estaba en su mano obedecer. Debía actuar con prudencia pero hacer cuanto podía. O lo que debía, al menos.

—Supongo que los jefes tienen vigilados a esos soldados acampados fuera de la ciudad ¿no? —preguntó.

A medio día de camino; más bien casi un día, ya que no eran Aiel. Demasiado lejos para resultar peligrosos, pero un poco de precaución no perjudicaba a nadie. Amys asintió; Sorilea miró a la joven como si hubiese preguntado si el sol estaba en lo alto del cielo a mediodía. Egwene se aclaró la garganta antes de responderse a sí misma.

—Sí, por supuesto. —Los jefes no iban a cometer esa clase de error—. Bien. Esto es lo que sugiero. Si cualquiera de esas Aes Sedai o más de una de ellas van a palacio, algunas de vosotras que encaucen deberían seguirlas y asegurarse de que no han colocado ninguna clase de trampa. —Las Sabias asintieron en conformidad. Dos tercios de ellas podían manejar el *Saidar,* algunas en tan escasa medida como Sorilea, y otras como Amys, que era tan fuerte como cualquier Aes Sedai que Egwene conocía; el porcentaje era más o menos igual en todo el colectivo de Sabias. Sus habilidades diferían de las de las Aes Sedai (inferiores en ciertas cosas, superiores en unas pocas, pero por lo general eran distintas, simplemente), aunque a pesar de ello tenían que ser capaces de olerse cualquier regalito indeseado—. Y tenemos que asegurarnos de que son realmente sólo seis.

Tuvo que explicar el porqué. Habían leído libros de las tierras húmedas, pero hasta las mujeres que podían encauzar desconocían los rituales que se habían desarrollado en torno a las Aes Sedai que se enfrentaban con hombres que habían descubierto el contacto con el *Saidin.* Entre los Aiel, un hombre que descubría su capacidad para encauzar creía que había sido elegido y se encaminaba hacia el norte, a la Llaga, para dar caza al Oscuro; ninguno había regresado jamás. A decir verdad, tampoco Egwene había sabido nada sobre esos rituales hasta que fue a la Torre; las historias que había oído antes rara vez guardaban parecido con la

realidad.

—Rand es capaz de dominar a dos mujeres a la vez —terminó. Eso lo sabía por propia experiencia—. Puede que incluso pueda dominar a seis, pero si son más de las que se han presentado abiertamente entonces significará que, como mínimo, han faltado a la verdad, aunque sólo sea por omitir esa información. —Faltó poco para que Egwene se encogiera al verlas fruncir el entrecejo; si uno mentía, incurría en *toh* con aquella persona a la que engañaba. En su caso, sin embargo, era preciso hacerlo. ¡Lo era!

El resto del tiempo del desayuno discurrió mientras las Sabias decidían quién iría ese día a palacio y a qué jefes debía confiarse la tarea de elegir hombres y Doncellas para descubrir si había más Aes Sedai. Algunos podrían mostrarse reacios a actuar en contra de las Aes Sedai en cualquier circunstancia; las Sabias no lo dijeron así de claro, pero era obvio por lo que sí dijeron, y a menudo con acritud. Otros podrían opinar que el mejor modo de acabar con cualquier amenaza para el *Car'a'carn,* aun viniendo de unas Aes Sedai, era con la lanza. Unas pocas de las Sabias parecían inclinarse también por esa solución; Sorilea acabó de manera tajante con más de una indirecta sugiriendo que el problema se resolvería si las Aes Sedai dejaran de estar allí, simplemente. Al final, Rhuarc y Mandelain de los Daryne fueron los dos únicos en los que todas estuvieron de acuerdo en delegar el encargo.

—Aseguraos de que no escogen a ningún *siswai'aman* —dijo Egwene.

Ciertamente, aquellos Aiel recurrirían a la lanza al menor asomo de amenaza. El comentario le acarreó muchas miradas intensas con todo tipo de expresiones, desde las impasibles hasta las furibundas. Las Sabias no eran unas necias. Había algo, no obstante, que inquietaba a la joven. Ninguna de ellas había mencionado lo que salía a relucir casi siempre que se hablaba de Aes Sedai: que los Aiel les habían fallado en una ocasión y que serían destruidos si volvían a fallarles.

Después del último comentario, Egwene no intervino más en la conversación, dedicándose exclusivamente a ingerir otro plato de gachas de avena, esta vez con peras secas además de ciruelas, y con ello se ganó un gesto de aprobación por parte de Sorilea. Sin embargo, no era la aprobación de la anciana Sabia lo que Egwene buscaba en realidad; tenía hambre, sí, pero principalmente lo hizo con la esperanza de que olvidaran que estaba allí. Por lo visto, su pequeña estratagema funcionó.

Terminado el desayuno y la conversación, la joven se dirigió a su tienda, pero se quedó acuclillada debajo de la solapa de la entrada, observando desde allí al reducido grupo de Sabias que se encaminaba hacia la ciudad, encabezadas por Amys. Cuando desaparecieron por las puertas de la muralla más cercanas, Egwene volvió a salir de la tienda. Había Aiel por todas partes, tanto *gai'shain* como otros, pero no se veía a ninguna Sabia y nadie la miró con interés cuando echó a andar en dirección a la ciudad, sin apretar el paso. Si alguien se fijaba en ella, creería que había salido para hacer sus ejercicios matutinos. Se había levantado un fuerte viento, y las ráfagas arremolinaban nubes de polvo y vieja ceniza de extramuros, pero la animosa joven mantuvo un paso regular. Sólo había salido para hacer ejercicio.

Ya en la ciudad, a la primera persona que preguntó, una desgarbada mujer que vendía manzanas arrugadas en una carretilla a un precio desorbitado, no supo indicarle la dirección del palacio de lady Arilyn, como tampoco supo decírselo una regordeta modista que abrió los ojos como platos al ver entrar en su establecimiento a la que tomó por una mujer Aiel; ni un cuchillero calvo, que pensó que estaría mucho más interesada en sus mercancías. Finalmente, una orfebre de ojos entrecerrados que la observó de hito en hito todo el tiempo que permaneció en su tienda le dio la información que buscaba. Mientras se abría paso entre la multitud, Egwene sacudió la cabeza. A veces olvidaba lo grande que era una urbe como Cairhien, que no todo el mundo sabía dónde estaba todo.

De hecho, se extravió en tres ocasiones y tuvo que preguntar el camino dos veces más antes de encontrarse pegada contra la pared lateral de un establo público, asomándose a la esquina cautelosamente, para desde allí examinar un edificio cuadrado de oscura piedra que había al otro lado de la calle, con todas las ventanas estrechas, los balcones angulares y las

torres escalonadas. Para ser un palacio, la construcción no era grande, aunque sí enorme para una casa; Arilyn ocupaba un rango algo más alto que la nobleza media de Cairhien, si Egwene no recordaba mal. Soldados uniformados en verde, con petos y yelmos, hacían guardia en la amplia escalinata principal, así como en todas las puertas que alcanzaba a ver, e incluso en los balcones. Cosa extraña, todos aquellos hombres parecían jóvenes. Aun así, eso no era lo que le interesaba realmente. Había mujeres encauzando dentro del edificio y para que ella lo notara desde la calle de forma tan contundente tenía que ser grande la cantidad de Poder que se estaba manejando. La intensidad decreció de manera repentina, pero con todo siguió siendo bastante considerable.

Egwene se mordisqueó el labio. Imposible saber lo que estaban haciendo mientras no viera los flujos. Sin embargo, del mismo modo, también ellas tenían que verlos para tejerlos. Aunque estuviesen encauzando desde una ventana, cualesquiera flujos proyectados fuera de la mansión, puesto que ella no los veía, tendrían que estar dirigidos hacia el sur, lejos del Palacio del Sol; lejos de todo. ¿Qué demonios estaban haciendo?

Las hojas de unas puertas se abrieron y permanecieron así el tiempo suficiente para que saliera por ellas un tronco de seis caballos castaños que tiraban de un carruaje negro, cerrado, con un emblema pintado en la puerta: dos estrellas plateadas sobre un campo de franjas rojas y verdes. Se encaminó hacia el norte a través de la multitud, con el cochero uniformado haciendo restallar un largo látigo tanto para hacer que la gente se apartara de su camino como para azuzar a los animales. ¿Lady Arilyn iba a alguna parte o era alguna de las componentes de la delegación?

Bueno, no había acudido allí sólo para mirar. Se echó hacia atrás poco a poco, de manera que sólo asomaba un ojo por la esquina, lo suficiente para tener la gran casa a la vista, y sacó una pequeña piedra roja de la bolsita del cinturón; respiró hondo y empezó a encauzar. Si una de ellas estaba mirando por alguna ventana de este lado vería los flujos, pero no a ella. A pesar de todo, tenía que correr el riesgo.

La suave piedra sólo era eso, un canto pulido de un arroyo, pero Egwene había aprendido este truco de Moraine, y Moraine utilizaba una piedra como foco del Poder —en realidad usaba una gema, pero el tipo de mineral no importaba— de modo que Egwene hacía lo mismo. En su mayor parte era Aire lo que tejió, con un toque de Fuego. Ello permitía escuchar a escondidas. Espiar, como dirían las Sabias. A Egwene le importaba poco si se lo llamaba de una u otra forma siempre y cuando se enterara de algo respecto a lo que se proponían las Aes Sedai de la Torre.

Su tejido rozó cuidadosamente la abertura de una ventana, con gran delicadeza, y a continuación otra, y otra. Silencio. De pronto...

—... y le dije —oyó una voz en su oído—, si quieres que haga las camas, será mejor que dejes de hacerme cosquillas en la mejilla, Alwin Rael.

—Oh, cómo fuiste capaz de hacer eso —rió otra mujer.

Egwene torció el gesto. Eran doncellas.

Una mujer robusta que llevaba un cesto de pan cargado en el hombro miró a Egwene con estupor cuando pasó a su lado. Y con razón, ya que se oían las voces de dos mujeres cuando sólo estaba ella plantada en la esquina y sus labios no se movían. La joven solucionó el problema de la mejor y más rápida forma que sabía: asestó una mirada tan furibunda a la mujer que ésta soltó un chillido y a punto estuvo de dejar caer el cesto al salir corriendo para perderse entre la multitud.

De mala gana, Egwene disminuyó la potencia del tejido; puede que así no oyese igual de bien, pero eso era mejor que atraer a más mirones. En las circunstancias actuales, ya había gente más que de sobra echando ojeadas a una supuesta Aiel que estaba pegada contra la pared, aunque ninguno más aflojó el paso; nadie quería tener problemas con los Aiel. La joven se olvidó de los transeúntes y movió el tejido de ventana en ventana; sudaba copiosamente, y no sólo debido al calor crecientemente intenso. Con que sólo una Aes Sedai viera sus flujos y aunque no reconociera qué eran sabría que alguien estaba encauzando hacia

ellas. Lógicamente sospecharían cuál era el propósito. Egwene empezó a retirarse más, centímetro a centímetro, hasta que sólo asomó la mitad del ojo.

Silencio. Silencio. Un apagado roce. ¿Alguien moviéndose? ¿El susurro de unos escarpines sobre una alfombra? Ni una sola palabra, sin embargo. Silencio. Los rezongos de un hombre que, al parecer, vaciaba las bacinillas con evidente desagrado; aguzando al máximo el oído, la joven prosiguió el registro aceleradamente. Silencio. Silencio. Silencio.

—¿... de verdad lo crees necesario? —A pesar de llegarle como un susurro, la voz de la mujer rebosaba firmeza y engreimiento.

—Debemos estar preparadas para cualquier eventualidad, Coiren —respondió otra mujer con un timbre férreo—. He oído un rumor perturbador...

Una puerta se cerró de golpe, cortando el resto de la frase. Egwene se derrumbó contra la pared de piedra del establo. Habría querido gritar de frustración. Era la hermana Gris que estaba al mando de la delegación, y la otra tenía que ser una de las otras Aes Sedai o de otro modo no habría hablado así a Coiren. Estaban discutiendo lo que quería oír y habían tenido que marcharse. ¿A qué rumor perturbador se referiría? Haciendo otra profunda inhalación, Egwene empezó de nuevo, obstinadamente.

A medida que el sol ascendía, la joven escuchó muchos ruidos por lo general indeterminables y bastante chismorreo y charlas entre sirvientes. Alguien llamada Ceri iba a tener otro niño; las Aes Sedai tomarían vino de Arindrim, fuera lo que fuera eso, con el almuerzo. La noticia más interesante fue que, efectivamente, era Arilyn quien había salido en el carruaje para reunirse con su esposo en el campo. Si es que saber tal cosa servía de algo. Toda una mañana perdida.

Las puertas principales de la mansión se abrieron de par en par y unos sirvientes uniformados se inclinaron haciendo una reverencia. Los soldados no se pusieron firmes, pero sí parecieron estar más atentos. Nesune Bihara salió, seguida por un hombre joven que parecía extraído de una roca.

Egwene soltó el tejido precipitadamente y cortó el contacto con el *Saidar.* Respiró hondo y despacio; no era el mejor momento para dejarse llevar por el pánico. Nesune y su Guardián conferenciaron y después la morena hermana Marrón escudriñó la calle, primero a un lado y luego a otro. Definitivamente estaba buscando algo.

Egwene decidió que quizá sí era un buen momento para asustarse, después de todo. Retirándose muy lentamente a fin de no llamar la atención de la Aes Sedai con un brusco movimiento, giró sobre sí misma tan pronto como estuvo fuera del alcance de la vista de la mujer, se recogió las faldas y echó a correr abriéndose paso a empujones entre la multitud. O, mejor dicho, dio tres zancadas y entonces chocó contra una pared, rebotó y cayó de nalgas en la calle con tanta fuerza que volvió a rebotar en los adoquines.

Atontada, alzó la vista y el aturdimiento dio paso a la estupefacción. La pared contra la que había chocado era Gawyn, que la contemplaba de hito en hito, tan atónito como ella. Sus ojos, tan azules, brillaban; y esos rizos dorado rojizos. La joven deseó enredar los dedos en ellos de nuevo. Notó que se ponía roja como la grana. «Nunca hiciste eso —se increpó firmemente—. ¡Solamente fue un sueño!»

—¿Te he hecho daño? —preguntó él, anhelante, mientras empezaba a arrodillarse a su lado.

Egwene se puso de pie rápidamente y se sacudió el polvo de la falda; si le hubiesen concedido un deseo en ese instante, habría pedido no ponerse colorada nunca más. Ya habían atraído la atención de varios mirones, así que la joven enlazó su brazo en el de él y lo condujo calle abajo, en la misma dirección hacia donde había echado a correr. Una ojeada por encima del hombro le confirmó que no había nada fuera de lo normal entre la apiñada multitud. Aunque Nesune viniera por esa misma esquina, no vería nada más. Con todo, Egwene no aflojó el paso; la gente se apartaba ante una mujer Aiel y un hombre lo bastante alto para ser también Aiel de no haber llevado una espada. El modo en que se movía ponía de manifiesto que sabía cómo utilizar el arma; Egwene lo comparó con un Guardián.

Al cabo de una docena de pasos, soltó su brazo del de él, aunque de mala gana. Gawyn la tomó de la mano antes de que se apartara, sin embargo, y Egwene dejó que la llevara cogida así mientras caminaban.

—Supongo —musitó él al cabo de un momento— que he de pasar por alto el que vayas vestida como una Aiel. La última vez que supe algo de ti fue que estabas en Illian. Y supongo que tampoco tengo que hacer ningún comentario respecto al hecho de que te alejaras corriendo de un palacio donde se albergan seis Aes Sedai. Qué conducta tan extraña en una Aceptada.

—Nunca he estado en Illian —dijo Egwene, que echó una rápida ojeada en derredor para ver si había cerca algún Aiel que pudiera escucharla. Varios miraban en su dirección, pero todos estaban muy lejos para poder oír. De repente, lo que Gawyn había dicho se abrió paso en su cerebro. Reparó en la chaqueta verde, del mismo tono que las de los soldados.

—Estás con ellas. Con las Aes Sedai de la Torre. —Luz, qué necia era por no haberse dado cuenta en el momento en que lo vio.

La expresión de Gawyn se suavizó; durante un instante se había tornado muy dura.

—Estoy al mando de la guardia de honor que las Aes Sedai han traído para escoltar al Dragón Renacido hasta Tar Valon. —En su voz se advertía una curiosa mezcla entre ironía, cólera y agotamiento—. Es decir, si decide ir. Y si estuviese aquí. Tengo entendido que... aparece y desaparece. Coiren está enojada.

Egwene tenía el corazón en la garganta.

—Yo... He de pedirte un favor, Gawyn.

—Cualquier cosa salvo hacer daño o perjudicar a Elayne o a Andor, o convertirme en seguidor del Dragón. Todo lo demás que esté en mi mano, es tuyo.

Las cabezas se volvían hacia ellos. Cualquier mención a los seguidores del Dragón despertaba el interés. Cuatro hombres malcarados, con látigos de carreteros enrollados al hombro, lanzaron una mirada feroz a Gawyn al tiempo que hacían chascar los nudillos como hacen los hombres antes de luchar. Gawyn se limitó a clavar los ojos en ellos. No eran tipos pequeños, pero su beligerancia desapareció bajo la intensidad de su mirada. De hecho, dos de ellos se llevaron la mano a la frente en una especie de saludo antes de desaparecer entre el gentío. Pero seguía habiendo demasiados ojos prendidos en ellos, demasiadas personas haciendo como si no estuviesen escuchando. Vestida con esas ropas, Egwene llamaba la atención incluso sin hablar. Si a ello se añadía la compañía de un hombre de cabello rubio rojizo, con su más de metro ochenta de estatura y aspecto de Guardián, la combinación no podía menos de llamar la atención.

—He de hablar contigo en privado —dijo Egwene. «Si alguna mujer ha vinculado a Gawyn como Guardián, la...» Curiosamente, no había acaloramiento en la idea.

Sin decir palabra, Gawyn la condujo hacia una posada que había cerca, El Hombre Largo, donde una corona de oro lanzada a la oronda posadera les procuró una exagerada reverencia y un pequeño comedor reservado, forrado con oscuros paneles de madera, amueblado con una mesa y sillas muy lustradas y con unas flores secas en un jarrón azul encima de la repisa de la chimenea. Gawyn cerró la puerta y de repente una fuerte sensación de embarazo se adueñó de los dos al encontrarse a solas, frente a frente. Luz, qué guapo era, tanto como Galad; y ese modo en que su cabello se ensortijaba alrededor de sus orejas...

Gawyn se aclaró la garganta.

—Parece que el calor es peor cada día. —Sacó un pañuelo y se enjugó la cara; luego se lo ofreció a ella. De pronto cayó en la cuenta de que estaba usado y volvió a carraspear—. Creo que tengo otro.

Egwene sacó el suyo mientras el joven rebuscaba en los bolsillos.

—Gawyn, ¿cómo puedes servir a Elaida después de lo que hizo?

—Los Cachorros sirven a la Torre —replicó, envarado, pero ladeó la cabeza en un gesto de incomodidad—. Lo hacemos mientras que... Siuan Sanche... —Durante un momento sus ojos se tornaron gélidos. Sólo un instante—. Egwene, mi madre solía decir: «Hasta una reina

debe obedecer la ley que dicta, o no es ley». —Sacudió la cabeza con irritación—. No debería sorprenderme encontrarte aquí. Tenías que estar donde estuviese al'Thor.

—¿Por qué lo odias? —Estaba segura de que lo que denotaba su voz era odio—. Gawyn, es realmente el Dragón Renacido. Tienes que haber oído lo que ocurrió en Tear. Él...

—Me importa poco si es el mismísimo Creador encarnado —replicó, prietos los dientes—. ¡Al'Thor mató a mi madre!

A Egwene casi se le salieron los ojos de las cuencas.

—¡Gawyn, no! ¡Él no lo hizo!

—¿Puedes jurarlo? ¿Estabas allí cuando ella murió? Lo dice todo el mundo. El Dragón Renacido tomó Caemlyn y mató a Morgase. Y probablemente también mató a Elayne. No he conseguido saber nada de ella. —Toda la ira pareció abandonarlo repentinamente y se vino abajo, la cabeza agachada, los puños prietos, los ojos cerrados—. No he sabido nada de ella —musitó.

—Elayne está ilesa —dijo Egwene, sorprendida de encontrarse delante de él, muy cerca. Alzó la mano y volvió a sorprenderse al pasar los dedos por el cabello del joven. Su tacto era tal como lo recordaba. Retiró la mano como si se hubiese quemado. Estaba segura de que sus mejillas arderían por el sofoco, pero... Gawyn se puso colorado. Por supuesto. También él lo recordaba, sólo que como si fuera únicamente su propio sueño. Eso tendría que haberle puesto la cara roja como la grana, pero en cambio tuvo el efecto contrario. El rubor de Gawyn le calmó el nerviosismo e incluso la hizo sonreír—. Elayne está sana y salva, Gawyn, eso sí puedo jurártelo.

—¿Dónde se encuentra? —Había angustia en su voz—. ¿Dónde ha estado? Su puesto está en Caemlyn ahora. Bueno, no en Caemlyn mientras al'Thor siga allí, pero sí en Andor. ¿Dónde está, Egwene?

—Yo... No puedo decírtelo. No puedo, Gawyn.

Él estudió su rostro, con gesto inexpresivo, y luego suspiró.

—Cada vez que te veo eres más Aes Sedai. —Soltó una risa que sonó forzada—. ¿Sabes que solía pensar en ser tu Guardián? ¿No te parece una gran necedad?

—Serás mi Guardián. —La joven no se dio cuenta de que las palabras salían de su boca hasta que las hubo pronunciado, pero después de dichas supo que eran verdad. Ese sueño. Gawyn arrodillado para que ella le pusiera las manos en la cabeza. Podía significar cientos de cosas o ninguna, pero estaba convencida de lo que decía.

Él sonrió. ¡El muy tonto creía que estaba bromeando!

—No seré yo, a buen seguro. Creo que será Galad. Aunque para ello tendrás que espantar con un palo a otras Aes Sedai. Aes Sedai, sirvientas, reinas, camareras, mercaderes, granjeras... He visto a todas mirándolo. No te molestes en afirmar que es...

El modo más sencillo de hacerlo callar era poner una mano sobre sus labios.

—No amo a Galad. Te amo a ti.

Gawyn siguió intentando fingir que era una broma, sonriendo bajo sus dedos.

—No puedo ser un Guardián. Seré el Primer Príncipe de la Espada de Elayne.

—Si la reina de Andor puede ser Aes Sedai, un Primer Príncipe también puede ser Guardián. Y tú serás el mío. Que eso te entre de una vez en tu dura cabeza. Lo digo en serio. Y te amo.

Se quedó mirándola fijamente. Al menos había dejado de sonreír. Pero no pronunció palabra; sólo la miraba. Egwene retiró la mano de su boca.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Es que no vas a decir nada?

—Cuando se desea durante tanto tiempo escuchar algo —musitó lentamente—, y entonces, de repente, sin previo aviso, se oye, es como la descarga de un rayo y la lluvia sobre un suelo reseco a la vez. Uno se queda atónito, pero lo que ha oído no basta: desea escucharlo una y otra vez.

—Te amo, te amo, te amo —repitió, sonriendo—. ¿Es suficiente?

Por toda respuesta, la tomó en sus brazos, levantándola en vilo, y la besó. Era

exactamente igual que en el sueño, hasta el último detalle. No, era mejor. Era... Cuando por fin la soltó en el suelo, Egwene siguió agarrada a él porque sentía las piernas como si fuesen de goma.

—Milady Aiel Egwene Aes Sedai —dijo él—. Te amo y ardo en deseos de que me vincules. —Deshaciéndose de la fingida formalidad, añadió en un susurró—: Te amo, Egwene al'Vere. Dijiste que querías un favor. ¿Qué es? ¿La luna en un collar? Tendré a un orfebre trabajando en ello antes de una hora. ¿Quieres las estrellas para entretejerlas en tu pelo? Haré que...

—No le digas a Coiren ni a las otras que estoy aquí. Ni siquiera me menciones ante ellas.

Esperaba alguna vacilación, pero Gawyn se limitó a responder:

—No lo sabrán por mí. O por nadie, si puedo evitarlo. —Hizo una breve pausa y después la agarró de los hombros—. Egwene, no preguntaré por qué estás aquí. No, escucha. Sé que Siuan te enredó en sus maquinaciones, y comprendo que sientas lealtad por un hombre que es de tu pueblo. Eso no importa. Deberías estar en la Torre, estudiando. Recuerdo que todas decían que algún día serías una poderosa Aes Sedai. ¿Tienes algún plan para regresar sin... consecuencias? —Ella respondió sacudiendo la cabeza y el joven se apresuró a añadir—: Quizá se me ocurra algo, si no se te ocurre a ti antes. Sé que no tenías otra opción que obedecer a Siuan, pero dudo que eso cuente demasiado para Elaida; hasta el hecho de pronunciar el nombre de Siuan Sanche en su presencia puede costarte la cabeza. Pero encontraré la solución de algún modo. Lo juro. Sin embargo, prométeme que hasta entonces no... No harás ninguna tontería. —Sus manos apretaron los hombros de la joven hasta el punto de hacerle casi daño—. Prométeme que tendrás cuidado.

Luz, menudo lío. No podía decirle que no tenía la menor intención de regresar a la Torre mientras Elaida se sentara en la Sede Amyrlin. Y lo de hacer una tontería sin duda estaba relacionado con Rand. Qué preocupado parecía. Preocupado por ella.

—Tendré cuidado, Gawyn, lo prometo. —«Todo el cuidado que pueda», rectificó para sus adentros; la posibilidad era mínima, pero de algún modo le puso más difícil lo que iba a decirle a continuación—. Tengo que pedirte otro favor. Rand no mató a tu madre. —¿Cómo plantearle esto para causarle la menor tensión posible? Fuera como fuese, debía decirlo—. Prométeme que no levantarás una mano contra Rand hasta que pueda probarte que no lo hizo.

—Lo juro.

Tampoco hubo ahora la menor vacilación, pero el timbre de su voz era áspero y sus dedos apretaron de nuevo con mayor fuerza que antes. Egwene no dejó traslucir que le hacía daño; ese pequeño dolor era el justo pago por el que ella le estaba causando.

—Tiene que ser así, Gawyn. Él no lo hizo, pero tardaré tiempo en poder demostrarlo. —¿Cómo demonios iba a lograrlo? La palabra de Rand no bastaría. Qué horrible enredo. Debía concentrarse en una sola cosa a la vez. ¿Qué se proponían esas Aes Sedai?

Gawyn la sorprendió al inhalar de manera entrecortada, con dificultad.

—Renunciaré a todo, traicionaré a todos por ti. Ven conmigo, Egwene. Dejemos atrás todo. Tengo un pequeño predio al sur de Puente Blanco, con viñedos y un pueblo, un lugar tan aislado, tan atrasado, que el sol sale con dos días de retraso. El mundo no nos alcanzará allí. Podríamos casarnos en el camino. No sé cuánto tiempo tendremos, con al'Thor y el Tarmon Gai'don. No lo sé, pero lo viviremos juntos.

Egwene lo miró sin salir de su asombro. Entonces se dio cuenta de que había expresado en voz alta su última idea —¿qué se proponían esas Aes Sedai?— y la palabra clave, «traicionar», encajó en su sitio. Gawyn creía que le pedía que las espiara. Y lo haría. Aunque buscase desesperadamente una salida para evitarlo, lo haría si ella se lo pedía. Cualquiera cosa, le había prometido, y lo había dicho totalmente en serio, le costara lo que le costase. Entonces se hizo una promesa a sí misma; en realidad se la hizo a él, pero no era la clase de promesa que se pronunciaba en voz alta. Si se le escapaba algo que ella pudiera utilizar, lo aprovecharía —no le quedaba otro remedio— pero no hurgaría, no presionaría para sacarle

ninguna información. Costara lo que costase. Sarene Nemdahl jamás lo entendería, pero era la única forma que tenía de igualar lo que él había puesto a sus pies.

—No puedo —musitó—. Nunca imaginarías lo mucho que lo deseo, pero no puedo. — Se echó a reír inopinadamente, sintiendo el calor de las lágrimas en los ojos—. Y tú, ¿traicionar? Gawyn Trakand, esa palabra encaja contigo tanto como la oscuridad encaja con el sol. —Lo de las promesas sin darles voz estaba muy bien, pero Egwene sabía que no podía dejarlo así. Utilizaría aquello que le diera, lo usaría en contra de lo que él creía. Así pues, también debía ofrecerle alguna compensación—. Duermo en las tiendas, pero todas las mañanas vengo a la ciudad. Entro por la puerta del Muro del Dragón, un poco después de amanecer.

Él lo entendió, claro está. Su demostración de confianza en la palabra de él, el servirle en bandeja su libertad. Gawyn tomó sus manos entre las suyas y se las giró hacia arriba para besarle suavemente las palmas.

—Me has confiado algo muy preciado. Si voy a la puerta del Muro del Dragón todas las mañanas, sin duda alguien se dará cuenta y también es posible que no pueda acudir a diario, pero no te sorprendas si aparezco a tu lado poco después de que hayas entrado en la ciudad la mayoría de los días.

Cuando Egwene salió de la posada finalmente, el sol había recorrido un buen trecho en el cielo, entrando en las horas más calurosas de la tarde, de manera que no había tanta gente en la calle. Habían tardado en despedirse más de lo que habría imaginado; besar a Gawyn no sería la clase de ejercicio que las Sabias esperaban que hiciese, pero el corazón todavía le latía desbocado, como si hubiese estado corriendo.

Lo apartó de su mente con firmeza —bueno, lo dejó en un rinconcito, no sin un gran esfuerzo; apartarlo por completo parecía fuera de su alcance— y regresó a su puesto de observación junto al establo. Alguien seguía encauzando dentro de la mansión; seguramente más de una mujer, a no ser que estuviese tejiendo algo grande; la sensación era menos intensa que antes, pero aun así resultaba fuerte. En ese momento, una mujer de cabello oscuro entraba en la casa y, a pesar de que Egwene no la conocía, la intemporalidad de su rostro la delataba. La joven no intentó de nuevo escuchar a través del Poder y tampoco se quedó mucho —si estaban entrando y saliendo había muchas posibilidades de que la vieran y la reconocieran a pesar de sus ropas— pero mientras se encaminaba a las afueras de la ciudad a paso vivo una pregunta no dejaba de martillear en su mente: ¿qué se proponían?

—Nos proponemos ofrecerle escolta hasta Tar Valon —dijo Katerine Alruddin al tiempo que rebullía ligeramente. Nunca había sido capaz de concretar si las sillas cairhieninas eran realmente incómodas como aparentaban o es que uno creía que lo eran precisamente por tener un aspecto tan incómodo—. Una vez que parta de Cairhien hacia Tar Valon, se producirá un... vacío aquí.

Sin sonreír lo más mínimo, sentada en otra silla dorada frente a ella, lady Colavaere se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Habéis despertado mi interés, Katerine Sedai. Salid —ordenó bruscamente a los sirvientes.

Katerine sonrió.

—Nos proponemos ofrecerle escolta hasta Tar Valon —dijo Nesune con tono preciso, bien que sintió un fugaz destello de irritación. A despecho de su semblante impasible, el teariano no dejaba de mover los pies, nervioso en presencia de una Aes Sedai, tal vez por la aprensión de que fuera a encauzar. Sólo un amadiciense habría sido peor interlocutor—. Cuando parta hacia Tar Valon, va a hacer falta una mano fuerte en Cairhien.

El Gran Señor Meilan se lamió los labios.

—¿Por qué me contáis esto?

La sonrisa de Nesune podría significar cualquier cosa.

Cuando Sarene entró en la sala de estar sólo encontró en ella a Coiren y a Erian, tomando té. Y a un criado para servir las tazas, claro está. Sarene le hizo un ademán indicándole que se marchara.

—Berelain puede plantear dificultades —dijo una vez que la puerta se hubo cerrado tras el sirviente—. Ignoro qué funcionaría mejor con ella, si la manzana o la fusta. Se supone que mañana he de reunirme con Aracome, ¿no es así? Pero creo que hará falta más tiempo con Berelain.

—Manzana o fusta —repitió Erian con timbre tenso—. Lo que sea preciso. —Su semblante podría haber sido una pálida talla de mármol enmarcada con las alas de un cuervo.

La afición secreta de Sarene era la poesía, aunque jamás habría permitido que nadie supiera su debilidad por algo tan... emotivo. Se moriría de vergüenza si Vitalien, su Guardián, descubriese alguna vez que había escrito unos versos en los que lo comparaba con un leopardo, entre otros animales gráciles, fuertes y peligrosos.

—Recobra la compostura, Erian. —Como era habitual en ella, Coiren habló como si estuviese haciendo un discurso—. Lo que le preocupa, Sarene, es un rumor que Galina ha oído. Un rumor respecto a que una hermana Verde estuvo en Tear con el joven Rand al'Thor y que ahora está aquí, en Cairhien. —Siempre lo llamaba «el joven Rand al'Thor», como queriendo recordar a quienes la escuchaban que era un hombre joven y, por ende, inexperto.

—Así que Moraine y una Verde —musitó Sarene. Eso, desde luego, podía apuntar problemas. Elaida insistía en que Moraine y Siuan habían actuado solas en dejar que al'Thor actuara sin guía, pero si había otra Aes Sedai involucrada podía significar que había más, y ése era un hilo que tal vez conducía hasta algunas, tal vez muchas, de las que habían huido de la Torre cuando habían depuesto a Siuan—. Sin embargo, es sólo un rumor.

—Quizá no lo sea —intervino Galina, que entró en ese momento en la sala—. ¿Es que no lo sabéis? Alguien ha estado encauzando hacia nosotras esta misma mañana. Ignoro con qué propósito lo hizo, pero no creo que sea difícil imaginarlo.

Las cuentas entretejidas en las menudas y oscuras trenzas de Sarene tintinearon cuando la mujer sacudió la cabeza.

—Eso no prueba la existencia de una Verde, Galina. Ni siquiera es prueba de que se trate de una Aes Sedai. He oído comentar que algunas mujeres Aiel pueden encauzar, las que llaman Sabias. O podría tratarse de alguna infeliz expulsada de la Torre por fallar la prueba de Aceptada.

Galina sonrió enseñando los dientes; una mueca chocante en contraste con la severidad de sus negros ojos.

—Pues yo creo que es la prueba de que Moraine está aquí. Me contaron que conoce un truco para escuchar a escondidas y no doy crédito a esa historia respecto a su muerte, una coincidencia por demás conveniente, sin que se viera su cadáver y sin que nadie pueda dar detalles.

Eso también inquietaba a Sarene. En parte porque Moraine le caía bien —habían sido amigas en su época de novicias y de Aceptadas a pesar de que la hermana Azul iba un año por delante, y esa amistad continuó durante los escasos encuentros que tuvieron en los años posteriores— y en parte porque ciertamente era una historia demasiado vaga y demasiado conveniente el que Moraine muriera, más bien que desapareciera, cuando una orden de arresto pendía sobre ella. Moraine era muy capaz de fingir su propia muerte en tales circunstancias.

—De modo que crees que tenemos que vérnoslas con Moraine y una hermana Verde cuyo nombre ignoramos, ¿no es eso? Sigue siendo simple especulación, Galina.

La sonrisa de la hermana Roja no se alteró, pero en sus ojos hubo un destello. Era demasiado rígida para la lógica —creía lo que creía a pesar de las evidencias—, pero Sarene siempre había sido de la opinión que dentro de Galina, en algún recóndito rincón de su ser, ardía un fuego abrasador.

—Lo que creo —dijo la hermana Roja— es que Moraine es la tal hermana Verde. ¿Qué mejor modo de escapar a un arresto que morir y reaparecer como una persona distinta o de

Librodot

otro Ajah? Incluso he oído que esa Verde es baja, y todas sabemos lo lejos que está Moraine de ser una mujer alta. —Erian se había sentado muy tiesa y la ira hacía que sus castaños ojos reluciesen como ascuas—. Cuando le pongamos las manos encima a esa «hermana Verde» —le dijo Galina—, propongo que la dejemos a tu cargo en el viaje de regreso a la Torre.

Erian se limitó a hacer un brusco gesto de asentimiento, pero el brillo enardecido de sus ojos no menguó.

Sarene estaba estupefacta. ¿Moraine? ¿Hacerse pasar por hermana de un Ajah que no era el suyo? Imposible. Sarene nunca se había casado —era ilógico creer que dos personas podían ser compatibles durante toda la vida— pero con lo único que podía comparar eso era con acostarse con el marido de otra mujer. Sin embargo, lo que la tenía asombrada era el cargo, no la posibilidad de que fuese verdad. Estaba a punto de decir que había muchas mujeres bajas en el mundo y que una apreciación así era muy relativa, cuando Coiren habló con aquella voz engreída:

—Sarene, debes hacer tu turno otra vez. Hay que estar preparadas, ocurra lo que ocurra.

—No me gusta —adujo firmemente Erian—. Es como prepararse para el fracaso.

—Sólo es una medida lógica —le respondió Sarene—. Si se divide el tiempo en los menores incrementos posibles, hace imposible afirmar con alguna certeza qué ocurrirá entre uno y el siguiente. Puesto que seguir a al'Thor hasta Caemlyn podría significar que al llegar nos encontráramos con que ha vuelto a Cairhien, nos quedaremos aquí con la certeza de que finalmente acabará regresando, aunque tal cosa podría suceder mañana o dentro de un mes. Cualquier suceso ocurrido durante una hora de esa espera o cualquier combinación de acontecimientos podría dejarnos sin alternativas. En consecuencia, estar preparadas es lógico.

—Muy bien expuesto —repuso secamente Erian.

No, no tenía cabeza para la lógica; a veces Sarene pensaba que las mujeres bellas no la tenían, bien que tampoco veía lógica en tal conexión.

—Tenemos todo el tiempo que necesitamos —manifestó Coiren. Cuando no estaba dando un discurso, hacía declaraciones—. Beldeine llegó hoy y ha tomado una habitación cerca del río, pero Mayam tardará otros dos días. Debemos tener cuidado, y eso nos da tiempo.

—Sigue sin gustarme el que nos preparemos para un fracaso —rezongó Erian, que se llevó la taza a los labios.

—Yo daré por bien empleado el tiempo y el esfuerzo —dijo Galina— si dedicamos una parte a prender a Moraine y llevarla a juicio. Hemos esperado largo tiempo, y no hay necesidad de apresurarse con al'Thor.

Sarene suspiró. Eran buenas en lo que hacían, pero ella no lo entendía; ninguna de ellas tenía pizca de lógica.

Subió la escalera y se retiró a su cuarto; una vez allí, tomó asiento delante de la apagada chimenea y empezó a encauzar. ¿Habría redescubierto el tal al'Thor el Talento del Viaje? Resultaba increíble, pero era la única explicación. ¿Qué clase de hombre era? Eso lo descubriría cuando lo conociera, no antes. Henchida con el *Saidar* hasta el punto en que la dulzura se tornaba dolor, empezó a repasar ejercicios de novicia. Era un método tan bueno como cualquier otro. Estar preparadas era lógico, ni más ni menos.

CAPÍTULO 3

Linajes que se entroncan

Una especie de trueno interminable resonó sobre las bajas colinas de hierba marchita, a pesar de un cielo completamente despejado y un sol de justicia que todavía no había alcanzado el cenit. En lo alto de un cerro, Rand sujetaba las riendas y el Cetro del Dragón sobre la perilla de la silla de montar, esperando. El atronador retumbo se recrudeció. Resultaba difícil no mirar hacia atrás constantemente, al sur, a Alanna. La mujer estaba de muy mal humor; se había golpeado un talón esa mañana y se había arañado una mano. Rand no tenía ni idea de cómo y porqué, e ignoraba por completo cómo podía estar tan seguro. El fragor alcanzó su apogeo y se volvió ensordecedor.

Los jinetes saldaeninos aparecieron en la cumbre de la colina vecina, de tres en fondo, a galope tendido, formando una interminable columna sinuosa que avanzaba cual una serpiente ladera abajo, hacia la ancha cañada que trazaba una curva entre las dos elevaciones. Nueve mil jinetes conformaban una serpiente muy larga. Al pie de la colina se dividieron, y la columna central continuó hacia adelante mientras las otras lo hacían a izquierda y a derecha; cada una de ellas se dividió de nuevo, una y otra vez, hasta ser cientos y cientos los que bajaban a galope tendido, pasando junto a sus compañeros. Los jinetes empezaron a encaramarse en las sillas, a veces de pie y otras veces apoyados en las manos. Otros se inclinaban, primero por un costado de su montura y después por el contrario, hasta tocar el suelo en pleno galope. Algunos de ellos se descolgaban totalmente de las sillas para pasar por debajo del vientre de sus galopantes monturas o bajaban al suelo para dar una zancada junto al animal antes de volver a montar de un salto y repetir el ejercicio por el lado opuesto.

Rand levantó las riendas y taloneó a *Jeade'en.* En el momento en que el rodado se movió, los Aiel que lo rodeaban hicieron lo propio. Esa mañana los hombres que lo acompañaban eran Danzarines de Montaña, los *Hama N'dore,* de los cuales más de la mitad llevaba la cinta roja de los *siswai'aman.* Caldin, canoso y con la piel curtida, había intentado convencer a Rand de que lo dejara llevar más de veinte, ya que había por los alrededores tantos hombres de las tierras húmedas armados; ninguno de los Aiel perdía el tiempo en dirigir miradas despectivas a la espada de Rand. Por su parte, Nandera dedicaba más tiempo en vigilar a los dos centenares, más o menos, de mujeres que los seguían a caballo; parecía ver más amenaza en las damas y esposas de oficiales saldaeninas que en los propios soldados, y, después de conocer a varias de esas mujeres, Rand no pensaba discutírselo. Sin duda Sulin habría estado completamente de acuerdo. De pronto se le ocurrió que no había visto a Sulin desde hacía... Desde que habían regresado de Shadar Logoth, es decir, ocho días. Se preguntó si habría hecho algo que la hubiese ofendido.

Bien, no era momento de preocuparse por Sulin ni por *el ji'e'toh.* Avanzó alrededor de la cañada hasta llegar a lo alto de la colina por la que los saldaeninos habían aparecido. El propio Bashere, que cabalgaba allí abajo, estaba examinando por turno a los grupos mientras los hombres realizaban sus ejercicios acostumbrados; casi como si fuera por casualidad, llevó a cabo la revista encaramado en la silla de montar.

Rand aferró el *Saidin* durante unos breves instantes y después lo soltó. Con el sentido de la vista aguzado por el Poder no le había resultado difícil localizar las dos piedras blancas que había cerca de la base de la colina, exactamente donde Bashere en persona las había colocado

la noche anterior, a cuatro pasos de distancia una de la otra. Con suerte, nadie lo habría visto. Con suerte, nadie haría demasiadas preguntas al respecto esa mañana. Allá abajo, algunos hombres montaban en dos caballos ahora, con un pie en cada silla, todavía a galope tendido. Otros llevaban en los hombros a compañeros que en algunos casos iban haciendo el pino.

Rand volvió la cabeza al oír el sonido de un caballo dirigiéndose hacia él. Deira ni Ghaline t'Bashere cabalgaba entre los Aiel con aparente despreocupación; armada sólo con un pequeño cuchillo colgado de su cinturón de plata y vestida con un traje de montar de seda gris, con bordados plateados en las mangas y en el alto cuello, su mirada parecía retarlos a que se atrevieran a atacarla. Tan alta como muchas de las Doncellas, casi un palmo más que su esposo, era una mujerona. Sin embargo, no era nada corpulenta y tampoco gorda; era grande, simplemente. Unas pinceladas blancas surcaban su negro cabello en las sienes, y sus oscuros ojos estaban prendidos en Rand. Éste sospechaba que la mujer de Bashere debía de ser hermosa cuando su presencia no convertía su semblante en una talla de granito.

—¿Mi marido os está... divirtiendo? —Jamás se dirigía a Rand con un título ni por su nombre.

Él miró a las otras mujeres saldaeninas. Lo observaban como si fuesen una tropa de caballería lista para cargar, también con los semblantes pétreos y los rasgados ojos fríos como el hielo. Sólo necesitaban la orden de Deira. A Rand no le costaba trabajo creer algunas historias que le habían contado sobre las mujeres saldaeninas, que empuñaban las espadas de sus esposos caídos y tomaban el mando de sus hombres para conducirlos de nuevo a la batalla. Mostrarse agradable no lo había llevado a ninguna parte con la esposa de Bashere; el propio mariscal se limitaba a encogerse de hombros y a decir que en ocasiones era una mujer difícil, todo ello esbozando una sonrisa que sólo podía significar que se sentía orgulloso.

—Decidle a lord Bashere que me ha complacido —repuso. Hizo volver grupas a *Jeade'en* y emprendió el camino de regreso a Caemlyn. Los ojos de las saldaeninas parecían clavarse en su espalda, empujándolo.

Lews Therin soltó una risita ahogada; era la única forma de describirlo. «Nunca aguijonees a una mujer a menos que no quede más remedio. Te matará más rápido que un hombre y por menos razones, aunque después llore por haberlo hecho.»

«¿Estás realmente ahí? —demandó Rand—. ¿Eres algo más que una voz?» La única respuesta fue aquella risita queda, demente.

Todo el camino de vuelta a Caemlyn se estuvo guisando en su propia salsa por culpa de Lews Therin, incluso después de que hubieron dejado atrás uno de los largos mercados techados con tejas que se alineaban en las cercanías de las puertas que conducían a la Ciudad Nueva. Le preocupaba volverse loco —no por el hecho en sí, aunque eso era razón más que suficiente; si perdía la razón ¿cómo iba a saber lo que debía hacer?— pero hasta el momento no había advertido ningún indicio de ello. Claro que, si enloquecía, ¿cómo iba a darse cuenta? Jamás había visto un hombre con la mente trastornada. Para juzgar sólo tenía a Lews Therin divagando dentro de su cabeza. ¿Acabaría él así, riendo y llorando por cosas que nadie más veía o conocía? Sabía que tenía una posibilidad de vivir, aunque era muy remota. «Si vas a vivir, debes morir»; ésa era una de las tres cosas que sabía que debían ser verdad porque le habían sido dichas dentro del *ter'angreal,* donde las respuestas tenían que ser siempre ciertas aunque por lo visto nunca fáciles de comprender. Sin embargo, vivir así... No estaba seguro de no preferir la muerte.

El gentío apiñado en la Ciudad Nueva abrió paso ante los más de cuarenta Aiel, y un puñado de personas reconoció también al Dragón Renacido. Tal vez lo hicieron más, pero fueron unas pocas y roncas aclamaciones las que se alzaron a su paso: «¡Que la Luz ilumine al Dragón Renacido!» y «¡Toda la gloria de la Luz para el Dragón Renacido!» y «¡El Dragón Renacido, rey de Andor!»

Esto último lo sobresaltaba cada vez que lo oía, y lo escuchó en varias ocasiones. Tenía que encontrar a Elayne. Notó que estaba rechinando los dientes. Era incapaz de mirar a la gente de la calle; deseaba obligarlos a ponerse de rodillas, gritarles que Elayne era su

verdadera reina. Procurando no escucharlos, contempló el cielo, los tejados, cualquier cosa excepto a la multitud. Y por eso fue por lo que vio al hombre de blanca capa, encaramado a un tejado rojo, levantar una ballesta.

Todo transcurrió en cuestión de segundos. Rand aferró el *Saidin* y encauzó en el mismo momento en que la saeta volaba hacia él; el proyectil chocó contra el tejido de Aire, una masa azul plateada suspendida sobre la calle, haciendo un ruido semejante al de metal golpeando contra metal. Una bola de fuego saltó de la mano de Rand y alcanzó al ballestero en el pecho, al tiempo que la saeta salía rebotada del escudo de Aire. Las llamas envolvieron al hombre, que se precipitó a la calle lanzando un chillido. Alguien saltó sobre Rand, desmontándolo de la silla.

Se dio un tremendo batacazo contra los adoquines, con el peso de una persona encima de él; se quedó sin resuello y perdió contacto con el *Saidin* al mismo tiempo. Esforzándose para recuperar la respiración, se debatió contra el peso que tenía encima y, al apartarlo, se encontró sujetando a Desora por los brazos. La Doncella le sonrió —una sonrisa bellísima— y después su cabeza cayó pesadamente hacia un lado. Los azules ojos sin vida que lo contemplaban empezaban ya a ponerse vidriosos. La saeta que sobresalía del costado de la Doncella se apoyaba contra su muñeca. ¿Por qué Desora se habría empeñado en ocultar siempre una sonrisa tan hermosa?

Unas manos lo agarraron y lo ayudaron a ponerse de pie; Doncellas y Danzarines de Montaña lo empujaron hacia un lado de la calle, junto al taller de un hojalatero, y formaron un círculo prieto de rostros velados a su alrededor, con los arcos de hueso en las manos y los ojos registrando la calle y los tejados. Los gritos y los chillidos se alzaban por doquier, pero la calle estaba despejada a más de cincuenta pasos a cada lado; a partir de esa distancia, el gentío apiñado bregaba por alejarse del lugar. La calle se quedó vacía salvo por los cadáveres: el de Desora y otros seis más, tres de ellos Aiel. Rand creyó distinguir que había otra Doncella; no resultaba fácil afirmarlo a esta distancia cuando un cuerpo yacía en el suelo como un montón de harapos.

Rand hizo intención de moverse y los Aiel que lo rodeaban estrecharon más el cerco, como un muro viviente.

—Estos sitios son como madrigueras de conejos —comentó coloquialmente Nandera, aunque sus vigilantes ojos no dejaron de registrar los alrededores—. Si uno empieza la danza aquí, puede acabar con una hoja de acero hincada en la espalda antes de darse cuenta del peligro.

—Sí —convino Caldin—. Esto me recuerda una vez cerca de Tajo Sedar, cuando... Vaya, al menos tenemos un prisionero. —Algunos de sus *Hama N'dore* acababan de salir de una taberna al otro lado de la calle, empujando a un hombre que llevaba los brazos sujetos a la espalda. El tipo siguió debatiéndose hasta que, a empellones, lo pusieron de rodillas en los adoquines, con la punta de una lanza apoyada en su garganta—. A lo mejor nos dice quién ordenó esto. —El tono de Caldin traslucía su convencimiento de que le sacarían la información que deseaban.

Al cabo de un momento las Doncellas salieron de otro edificio llevando a un segundo hombre que iba cojeando y que tenía la cara cubierta de sangre. Poco después, eran cuatro los hombres arrodillados en la calle, vigilados por los Aiel. Por fin el semicírculo que protegía a Rand se aflojó.

Los cuatro prisioneros eran tipos malcarados, aunque el del rostro ensangrentado se balanceó y puso los ojos en blanco. Otros dos habían adoptado una hosca expresión desafiante, y el cuarto esbozaba una mueca burlona. Rand sintió hormiguearle las manos.

—¿Estáis seguros de que participaban en esto? —Le sorprendió lo suave que sonó su voz, lo firme. El fuego compacto resolvería todo. «Fuego compacto no —resolló Lews Therin—. Nunca más.»—. ¿Estáis seguros?

—Desde luego —contestó una Doncella; Rand no veía quién era pues iba tapada con el velo—. Todos los que matamos llevaban esto. —Tiró de la capa sujeta bajo los brazos atados

a la espalda del hombre ensangrentado. Una blanca capa desgastada, mugrienta, con un sol radiante bordado en la pechera. Los otros tres la llevaban también.

—Éstos estaban apostados para observar —añadió un corpulento Danzarín de Montaña— e informar si el ataque no les iba bien a los otros. —Soltó una corta y seca risa—. Quienquiera que los enviara no podía imaginar lo mal que les iría.

—¿Ninguno de estos hombres disparó una ballesta? —preguntó Rand. Fuego compacto. «No», chilló Lews Therin a lo lejos. Los Aiel intercambiaron miradas y después sacudieron las cabezas envueltas en los *shoufa*—. Colgadlos —ordenó. El hombre con sangre en la cara casi se desmayó. Rand lo aferró con flujos de Aire y lo arrastró a sus pies. Hasta entonces no se había dado cuenta de que estaba asiendo el *Saidin.* Recibió de buen grado la lucha por la supervivencia, incluso la infección que se adhería a sus huesos como un fango corrosivo. Lo hacía ser menos consciente de cosas que prefería no recordar, de emociones que era mejor no experimentar—. ¿Cómo te llamas?

—F... faral, m... milord. D... dimir Faral. —Los ojos, casi fuera de las órbitas, lo miraban fijamente a través de la máscara de sangre—. P... por favor, no me colguéis, m... milord. ¡Volveré al c... camino de la Luz, lo juro!

—Eres un hombre muy afortunado, Dimir Faral. —Rand sentía su propia voz tan distante como los gritos de Lews Therin—. Vas a presenciar el ajusticiamiento de tus amigos. —Faral rompió a llorar—. Después te darán un caballo e irás a decirle a Pedron Niall que algún día también lo colgaré a él por lo que ha ocurrido aquí.

Cuando soltó los flujos de Aire, Faral se derrumbó hecho un ovillo, gimiendo que cabalgaría hasta Amador sin parar. Los tres que iban a morir miraron ferozmente al que lloriqueaba. Uno de ellos le escupió.

Rand los apartó de su mente. Niall era al único que tenía que recordar. Había algo más que aún debía hacer. Apartó el *Saidin* lejos de sí, experimentó la lucha de escapar de él sin ser arrastrado por la corriente, la lucha para obligarse a soltarlo. Para llevar a cabo lo que tenía que hacer no quería que hubiese una barrera entre él y sus sentimientos.

Una Doncella estaba enderezando el cuerpo de Desora; le había levantado el velo. La mujer alargó una mano para detenerlo cuando Rand tocó aquel pedazo de negro *algode,* después, al fijarse en su cara, vaciló y finalmente se puso en cuclillas.

Rand levantó el velo de Desora para grabar los rasgos de la Doncella en su memoria. Parecía estar dormida. Desora, del septiar Musara de los Reyn Aiel. Tantos nombres: Liah, de los Cosaida del clan Chareen; Dailin, de los Montaña de Hierro del clan Taardad; Lamelle, de los Agua Humeante del clan Miagoma... y tantos. A veces repasaba esa lista nombre por nombre. Había uno añadido pero no por él: Ilyena Therin Moerelle. Ignoraba cómo lo había incluido Lews Therin en esa relación, sin embargo no lo borraría aunque supiese la manera de hacerlo.

Dar la espalda al cadáver de Desora fue a la vez un esfuerzo y un alivio, esto último debido a que descubrió que lo que había tomado por otra Doncella muerta era en realidad un varón, de talla baja para ser Aiel. Le dolía la pérdida de los hombres que morían por su causa, pero con ellos podía recordar un viejo dicho: «Deja que los muertos descansen y ocúpate de los vivos». No resultaba fácil, pero podía obligarse a hacerlo. Por el contrario, ni siquiera era capaz de evocar las palabras cuando era una mujer quien caía.

Unas faldas extendidas en el suelo captaron su atención. No sólo habían muerto Aiel.

La saeta se había hincado justo entre los omóplatos de la mujer. La mancha de sangre en la espalda del vestido no era grande; la muerte había sido rápida, por fortuna, pero era un parco consuelo para él. Se arrodilló y le dio la vuelta tan suavemente como le fue posible; la punta de la saeta le asomaba por el pecho. Era una mujer de mediana edad, rostro cuadrado y algunas hebras grises en el cabello. Sus oscuros ojos estaban muy abiertos; parecía sorprendida. Rand ignoraba su nombre, pero aprendió de memoria sus rasgos para añadirla a la lista. Había muerto por encontrarse en la misma calle que él.

Cogió a Nandera por el brazo, y la Doncella se libró de su mano de un tirón ya que no

Librodot

quería que le quitara libertad de movimientos para manejar el arco, pero sí bajó la vista hacia él.

—Encontrad a los familiares de esta mujer —ordenó— y ocupaos de que tengan todo cuanto necesiten. Oro... —No bastaba con eso. Lo que les haría falta sería que les devolvieran a la esposa, a la madre, pero eso no podía dárselo—. Ocupaos de ellos —continuó—. Y enteraos de su nombre.

Nandera extendió una mano hacia él, pero la retiró y volvió a ponerla en el arco. Cuando Rand se levantó advirtió que las Doncellas lo estaban observando. Oh, claro que observaban todo como siempre, pero aquellos rostros velados se volvían hacia él con más frecuencia de lo que era habitual. Sulin sabía cómo se sentía, si es que no estaba enterada también de lo de la lista, pero Rand no tenía ni idea si se lo había dicho a las demás. De ser así, ignoraba lo que opinaban al respecto.

Regresó al punto donde había caído y recogió el Cetro del Dragón. Agacharse supuso un esfuerzo, y el fragmento de lanza parecía pesar una barbaridad. *Jeade'en* no se había alejado mucho después de que la silla quedó vacía; el caballo estaba bien entrenado. Rand montó al rodado.

—He hecho cuanto podía aquí —manifestó. Que pensaran lo que quisieran. Luego taloneó los ijares del caballo.

Ya que le era imposible alejar los recuerdos, se distanciaría de los Aiel. Al menos durante un rato. Ya había dejado su montura en manos de un mozo de cuadra y había entrado en palacio cuando Nandera y Caldin lo alcanzaron, junto con dos tercios del número de Doncellas y Danzarines de Montaña que lo acompañaban antes. Varios se habían quedado atrás para ocuparse de los muertos. Caldin tenía un aire agriamente irritado y, a juzgar por la ardiente ira reflejada en los ojos de Nandera, Rand pensó que tendría que estar satisfecho de que la Doncella no tuviese el rostro velado.

Antes de que Nandera tuviera ocasión de decir nada, la señora Harfor se acercó a Rand e hizo una reverencia.

—Milord Dragón —empezó con su voz profunda y fuerte—, hay una petición de audiencia con vos de la Señora de las Olas del clan Catelar, de los Atha'an Miere.

Si el buen corte del vestido de rayas rojas y blancas de Reene no hubiese sido suficiente para poner de manifiesto que la denominación de «primera doncella» era poco apropiada, habrían bastado sus modales. La mujer, algo rellena, con el cabello canoso y una barbilla larga, miraba a Rand directamente a los ojos, aunque obligada a echar la cabeza hacia atrás para hacerlo, y de algún modo se las ingeniaba para combinar un grado de deferencia apropiado, una falta absoluta de servilismo y una altanería que para sí quisieran muchas nobles. Al igual que Halwin Norry, la mujer se había quedado en palacio cuando casi toda la servidumbre había huido, bien que Rand sospechaba que el motivo de Reene había sido defender y preservar el palacio de los invasores. No le habría sorprendido enterarse de que hacía un registro periódico en sus aposentos para asegurarse de que no ocultaba en ellos objetos valiosos de palacio. Y tampoco le sorprendería que hubiese intentado registrar a los Aiel.

—¿Los Marinos? —se extrañó—. ¿Qué quieren?

La mujer le lanzó una mirada paciente, intentando ser indulgente con él. Y haciendo patente que le resultaba todo un esfuerzo.

—No han dicho cuál es su petición, milord Dragón.

Si Moraine había sabido algo sobre los Marinos, no lo había incluido en sus lecciones, pero a juzgar por la actitud de Reene esa mujer tenía que ser importante. Desde luego, lo de Señora de las Olas sonaba como tal. En cuyo caso habría de recibirla en el Salón del Trono. No había vuelto allí desde su regreso de Cairhien y no porque tuviera razones para evitar el gran salón; sencillamente no había tenido necesidad de ir allí.

—Esta tarde —dijo lentamente—. Comunicadle que la veré a media tarde. ¿Le habéis proporcionado buenos aposentos? No sólo a ella, sino también a su séquito. —Dudaba que

alguien con ese título viajase sola.

—Los rechazó. Habían tomado habitaciones en La Pelota y el Aro. —Su boca se apretó levemente; por lo visto, por muy alto que fuera el título de Señora de las Olas, ese comportamiento no era adecuado a los ojos de Reene Harfor—. Estaban cubiertos de polvo, tan doloridos y agotados del viaje que apenas se sostenían en pie. Vinieron a caballo, no en carruaje, y dudo mucho que estén acostumbrados a los caballos. —Parpadeó, como sorprendida de haber dejado escapar ese comentario, y recobró su habitual aire reservado como quien se echa una capa sobre los hombros—. Otra persona desea veros, milord Dragón. —En su tono se advertía un ligerísimo dejo de desagrado—. Lady Elenia.

Rand estuvo a punto de torcer el gesto. Sin duda Elenia tenía preparada otra disertación sobre sus derechos al Trono del León; hasta el momento, Rand se las había ingeniado para no escuchar más de una palabra de cada tres. No le resultaría difícil rechazarla. Con todo, en realidad debería conocer algo de la historia de Andor, y de los que tenía a mano nadie sabía más de ella que Elenia Sarand.

—Conducidla a mis aposentos, por favor.

—¿De verdad os proponéis que sea la heredera quien ocupe el trono? —El tono de Reene no era duro, pero en su voz había desaparecido todo rastro de deferencia. Su semblante no había cambiado, pero Rand estaba convencido de que la respuesta equivocada la induciría a gritar «Por Elayne y el León Blanco» e intentar aplastarle los sesos, ni que hubiese Aiel ni que no.

—Así es —suspiró—. El Trono del León le pertenece a Elayne. Por la Luz y mi esperanza de salvación y renacimiento, lo es.

Reene lo estudió un momento y después extendió los vuelos de su falda al hacer otra reverencia.

—Os la enviaré, milord Dragón.

Su espalda estaba muy tiesa cuando se alejó, pero lo cierto es que siempre estaba así; imposible saber si había creído una sola palabra.

—Un enemigo artero tenderá una débil trampa —dijo Caldin antes de que Reene se hubiese alejado cinco pasos—. Sintiéndote seguro porque has acabado con la amenaza y con la guardia bajada, te metes en una segunda y más fuerte emboscada.

No había acabado de hablar cuando Nandera manifestó con voz fría:

—Los jóvenes pueden ser impetuosos o atolondrados o necios, pero el *Car'a'carn* no puede permitirse el lujo de ser joven.

Rand lanzó una ojeada por encima del hombro antes de echar a andar, justo lo suficiente para decir:

—Ya estamos dentro de palacio, de modo que escoged a vuestros dos guerreros.

No le sorprendió mucho que Nandera y Caldin despidieran a los demás y se designaran a sí mismos la tarea de acompañarlo, y no le sorprendió nada que lo siguieran sumidos en un sombrío silencio.

Al llegar a las puertas de sus aposentos, les dijo que hicieran pasar a Elenia cuando hubiese llegado y los dejó en el corredor. Le esperaba un ponche de ciruelas en una jarra de plata cincelada, pero no lo probó. Se quedó plantado delante, mirando fijamente el recipiente, mientras intentaba discurrir lo que iba a decir hasta que cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo y gruñó, sorprendido. ¿Qué había que planear?

Una llamada en la puerta anunció la llegada de la rubia Elenia, que barrió el suelo con el vestido bordado con rosas doradas al hacer una reverencia. En cualquier otra mujer, Rand habría imaginado que eran simples rosas; tratándose de Elenia, sin embargo, debían de representar la Corona de la Rosa de Andor.

—Mi señor Dragón es muy gentil al recibirme.

—Deseo preguntaros varias cosas sobre la historia de Andor —declaró Rand—. ¿Os apetece un poco de ponche de ciruelas?

Los ojos de Elenia se abrieron en un gesto de placer antes de que pudiera reprimir el

gesto. Sin duda había planeado cómo entrarle a Rand en esto a fin de conducir la conversación hacia sus pretensiones, y hete aquí que él se lo ponía en bandeja. Una sonrisa floreció en su zorruno rostro.

—¿Me concedéis el placer de serviros el ponche, milord Dragón? —dijo, aunque se adelantó al gesto con que Rand accedía a su petición. La noble estaba tan complacida por el giro de los acontecimientos que Rand casi temió que lo empujara hasta un sillón y le hiciera poner los pies en alto—. ¿Sobre qué parte de la historia deseáis que arroje un poco de luz?

—Algo general sobre... —Rand frunció el entrecejo; aquello le daría una excusa a la mujer para hacer una lista exhaustiva de su ascendencia entre dos frases—. Es decir, ¿cómo es que Souran Maravaile acabó trayendo a su esposa aquí? ¿Era oriundo de Caemlyn?

—Fue Ishara la que trajo a Souran, mi señor Dragón. —La sonrisa de Elenia se tornó un tanto indulgente—. La madre de Ishara era Endara Casalain, que por entonces era la gobernadora de Artur Hawkwing aquí, una provincia llamada Andor, y también hija de Joal Ramedar, el último rey de Aldeshar. Souran sólo era un... un general. —Rand habría apostado que había estado a punto de decir «plebeyo»—. Aunque el mejor general de Hawkwing, desde luego. Endara renunció a su posición y se arrodilló ante Ishara como reina. —Rand sospechaba que las cosas no habían ocurrido exactamente así ni tan pacíficamente—. Corrían muy malos tiempos, tan malos como la Guerra de las Trollocs, estoy segura. Con Hawkwing muerto, todos los nobles proyectaban convertirse en Rey Supremo. O Reina Suprema. Ishara sabía que nadie sería capaz de abarcarlo todo, sin embargo; existían demasiadas facciones y las alianzas se rompían nada más establecerse. Convenció a Souran de que levantara el cerco a Tar Valon y lo trajo aquí con todo el ejército que logró mantener unido.

—¿Fue Souran quien sitió a Tar Valon? —preguntó, sobresaltado, Rand. Artur Hawkwing había tenido cercada Tar Valon durante veinte años y puesto precio a las cabezas de las Aes Sedai.

—Durante el último año, sí —respondió la noble con un dejo de impaciencia—, hasta donde puede saberse por los anales que se conservan. —Saltaba a la vista que no sentía mucho interés por Souran salvo que era el esposo de Ishara—. Ishara era sagaz. Prometió a las Aes Sedai que enviaría a su hija mayor a estudiar en la Torre Blanca, con lo que obtuvo el respaldo de la Torre y una consejera Aes Sedai llamada Ballair. Fue la primera dirigente en dar ese paso. Otros la imitaron, claro está, pero seguían queriendo el trono de Hawkwing. —Ahora estaba en su salsa, el rostro animado, la copa de ponche olvidada, gesticulando con la mano libre. Las palabras salieron de su boca como un torrente:

»Pasó toda una generación antes de que se renunciara a esa idea, aunque Narasim Bhuran lo intentó en una época tan avanzada como la última década de la Guerra de los Cien Años, un estrepitoso fracaso que terminó con su cabeza clavada en una pica al cabo de un año, y los afanes de Esmara Getares, unos treinta años antes, tuvieron bastante buenos resultados hasta que intentó conquistar Andor y pasó los últimos doce años de su vida como «huésped» de la reina Telaisien. Esmara fue asesinada al final, aunque no hay ninguna referencia escrita de por qué querría nadie su muerte una vez que Telaisien hubo destruido su poder.

»Veréis, las reinas que vinieron a continuación de Ishara, desde Alesinde hasta Lyndelle, continuaron lo que ella empezó, y no sólo en lo de enviar una hija a la Torre. Lo primero que hizo Ishara fue que Souran asegurara el territorio alrededor de Caemlyn, sólo unos pocos pueblos al principio, y después, poco a poco, expandió su dominio. Vaya, pero si le llevó cinco años llegar hasta el río Erinin. Incluso así, el territorio dominado por las reinas de Andor se mantenía firmemente bajo su mando, en tanto que otros que se llamaban a sí mismos reyes o reinas seguían estando más interesados en conquistar nuevas tierras que en consolidar lo que ya poseían.

Hizo una pausa para respirar, y Rand se apresuró a aprovechar la oportunidad. Elenia hablaba de esos personajes como si los conociera personalmente, pero a él la cabeza le daba vueltas con tantos nombres que no había oído nunca.

—¿Por qué no hay una casa Maravaile? —preguntó.

—Ningún hijo de Ishara vivió más de veinte años. —Elenia se encogió de hombros y tomó un sorbo de ponche; el tema no le interesaba. Pero sí le dio pie para entrar en otro de sus preferidos—. Hubo nueve reinas durante la Guerra de los Cien Años, y ninguna tuvo un hijo que sobreviviera más de veintitrés. Las batallas eran constantes, y Andor soportaba presiones por todos los lados. Caray, pero si durante el reinado de Maragaine hubo cuatro reyes que lanzaron sus ejércitos contra ella... Existe una ciudad con el nombre de la batalla, en el lugar donde se sostuvo. Los reyes eran...

—Pero ¿todas las reinas han sido descendientes de Souran y de Ishara? —la atajó Rand. Esta mujer le daría una explicación exhaustiva si la dejaba. Tomó asiento y le indicó con un ademán que hiciera lo mismo.

—Sí —contestó ella de mala gana. Seguramente porque él había incluido a Souran. Pero enseguida alegró el gesto—. Veréis, la cosa está en cuánto de la estirpe de Ishara lleva cada cual en la sangre, cuántos linajes lo conectan con ella y en qué grado. En mi caso...

—Un momento. No me resulta fácil de entender. Por ejemplo, pongamos por caso a Tigraine y a Morgase. Morgase fue la aspirante con mayor derecho a suceder a Tigraine en el trono. Imagino que ello significa que entre Morgase y Tigraine existía un parentesco cercano ¿no?

—Eran primas. —Elenia hizo un esfuerzo por disimular la irritación que le producía ser interrumpida tan a menudo, sobre todo ahora que estaba tan cerca de llegar a lo que quería decir, si bien no pudo evitar apretar los labios. Parecía un zorro que quería darse un festín pero la gallina no dejaba de ponerse fuera de su alcance.

—Entiendo. —Primas. Rand bebió un buen trago y medio vació su copa.

—Todas somos primas. Todas las casas. —El silencio de Rand pareció estimularla, y su sonrisa retornó—. Con los matrimonios habidos a lo largo de miles de años, no hay una sola casa que no tenga un mínimo del linaje de Ishara, pero lo importante es en qué grado y las líneas de entroncamiento. En mi caso...

—¿Todas sois primas? —Rand parpadeó—. ¿Todas vosotras? Parece algo imposi... —Se inclinó hacia adelante, con una mirada intensa—. Elenia, si Morgase y Tigraine hubiesen sido... mercaderes o granjeras, ¿qué grado de parentesco habría existido entre ambas?

—¿Granjeras? —exclamó, mirándolo de hito en hito—. Mi señor Dragón qué ocurrencia tan... —Su semblante palideció poco a poco. Después de todo, él había sido granjero. Se humedeció los labios con aire perturbado—. Bueno... Tendría que pensarlo. Granjeras. Supongo que eso significa imaginar a todas las casas como granjeras. —El nerviosismo hizo que se le escapara una risita ahogada antes de que le diera tiempo de disimularla llevándose la copa a los labios—. Si hubiesen sido granjeras, dudo que nadie las hubiese considerado emparentadas en absoluto. Todas las conexiones vienen de muy antiguo. Pero el caso, milord Dragón, es que no eran...

Rand dejó de prestarle atención y se recostó de nuevo en su sillón. Ningún parentesco.

—... treinta y una líneas de entroncamiento, en tanto que Dyelin tiene sólo treinta, y...

¿Por qué se sentía tan relajado de repente? Sus músculos habían dejado de estar tensos, cosa que no había notado hasta que se aflojaron.

—... si se me permite decirlo, mi señor Dragón...

—¿Cómo? Disculpadme, me he quedado abstraído un momento. Ya sabéis, los problemas con... No escuché lo último que habéis dicho. —Sin embargo había habido algo que le había dado un toque de atención.

Elenia exhibía aquella sonrisa obsequiosa y aduladora que resultaba tan chocante en su rostro.

—Vaya, pues sólo decía que vos mismo guardáis cierto parecido con Tigraine, mi señor Dragón. Podría incluso haber un vestigio del linaje de Ishara en vuestra sangre y...

Se interrumpió con un chillido ahogado, y entonces Rand cayó en la cuenta de que se había puesto de pie.

—Me... Estoy un poco cansado. —Trató de dar un tono normal a su voz, pero le sonaba

tan distante como si estuviera envuelto en el vacío—. Os ruego que me dejéis solo.

Ignoraba qué aspecto ofrecía su rostro, pero Elenia se incorporó de su silla de un brinco y se apresuró a soltar la copa en una mesa. Estaba temblando, y si antes su semblante había palidecido ahora estaba más blanco que la nieve. Tras hacer una reverencia, que parecía más propia de una fregona a quien se sorprende robando, se encaminó hacia la puerta a toda prisa, cada paso más rápido que el anterior, en todo momento observándolo de reojo por encima del hombro, hasta que abrió de un tirón la hoja de madera; el sonido de unos pies corriendo se perdió pasillo adelante. Nandera se asomó para comprobar que Rand estaba bien antes de cerrar la puerta.

Durante largo rato, Rand se quedó de pie, el gesto ausente. No era de extrañar que aquellas antiguas reinas lo miraran severamente; sabían lo que pensaba aunque él mismo lo hubiese ignorado en ese momento. Ese repentino reconcomerse desde que había descubierto el verdadero nombre de su madre. Pero Tigraine no estaba emparentada con Morgase. Su madre no tenía vínculos familiares con la madre de Elayne. Él no tenía parentesco con...

—Eres aun peor que un depravado —se increpó en voz alta, con aspereza—. Eres un necio y un...

Habría querido que Lews Therin hablara, porque así podría decirse a sí mismo: «Ése es un demente; yo estoy cuerdo». ¿Eran aquellas reinas muertas de Andor a quienes percibía observándolo o era Alanna? Se dirigió a la puerta y la abrió bruscamente. Nandera y Caldin estaban sentados en cuclillas, debajo de un tapiz que representaba aves de brillante plumaje.

—Reunid a los vuestros —ordenó—. Me voy a Cairhien. Y, por favor, no se lo digáis a Aviendha.

Librodot

CAPÍTULO 4

Presentes

En el camino de vuelta al extenso campamento, Egwene trató de controlarse, pero ni siquiera estaba segura de sentir sus pies tocando el suelo. Bueno, sabía que sí lo hacían. De hecho contribuían a incrementar las nubes de polvo que el cálido viento levantaba; tuvo un acceso de tos y deseó que las Sabias llevaran velo. No era igual enrollarse un chal en la cabeza, además de que era como estar metida en una tienda de vapor. Empero, tenía la sensación de ir caminando por el aire. La cabeza le daba vueltas y no precisamente a causa del calor.

Al principio pensó que Gawyn no iba a reunirse con ella, pero entonces apareció de repente a su lado, mientras caminaba entre la multitud. Habían pasado toda la mañana en el pequeño reservado de El Hombre Largo, agarrados de las manos y charlando mientras tomaban té. Se había portado como una completa descarada, besándolo nada más cerrarse la puerta tras ellos, antes de que Gawyn hiciese intención de besarla, e incluso se sentó en sus rodillas una vez, aunque eso no había durado mucho, porque la hizo pensar en los sueños de él, en la posibilidad de dejarse arrastrar de nuevo hacia ellos, en cosas que una mujer decente no debería plantearse siquiera. Al menos una mujer soltera. Se había levantado de sus rodillas de un salto, como una cervatilla asustada, y sobresaltándolo a más no poder.

Echó una rápida ojeada en derredor. Las tiendas estaban todavía a más de un kilómetro de distancia y no se veía un alma por las cercanías. Aun en el caso de que hubiese habido alguien no habría visto que se ponía colorada. Al darse cuenta de que estaba sonriendo como una idiota debajo del chal, borró la sonrisa de su cara. Luz, tenía que controlarse, olvidar los fuertes brazos de Gawyn y recordar el motivo por el que había pasado tanto tiempo en El Hombre Largo:

Mientras se abría paso entre la multitud miró a su alrededor buscando a Gawyn e intentando, no sin dificultad, aparentar despreocupación; después de todo, no quería que la viera ansiosa por estar con él. De repente un hombre se inclinó hacia ella y *susurró ferozmente:*

—Sígueme hasta El Hombre Largo.

Egwene dio un brinco sin poderlo remediar. Tardó unos segundos en reconocer a Gawyn. El joven llevaba una sencilla chaqueta marrón y *un fino guardapolvo colgando a la espalda, con la capucha echada de modo que casi le tapaba el rostro. No era el único que llevaba esta clase de prenda —cualquiera que no fuese Aiel* y *se dirigiera más allá de las murallas llevaba una— pero eran pocos los que iban con la capucha echada haciendo semejante bochorno.*

Egwene lo agarró de la manga firmemente cuando él trató de adelantarse disimuladamente.

—¿Qué te hace pensar que iré contigo a una posada sin más ni más, Gawyn Trakand? —demandó al tiempo que estrechaba los ojos, bien que mantuvo el tono bajo; no había necesidad de llamar la atención por discutir—. Caminaremos. Estás dando por sentado demasiadas cosas si crees que...

Gawyn hizo una mueca y *le instó en un susurro:*

—Las mujeres con las que vine están buscando a alguien. Alguien como tú. Apenas

hablan delante de mí, pero he pillado un comentario aquí y *otro allí. Y, ahora, sígueme.*

Sin mirar atrás echó a andar calle abajo, y *ella lo siguió sintiendo un nudo en el estómago.*

El recuerdo consiguió bajarla de la nube y que plantara los pies firmemente en el suelo. Estaba casi tan caliente como los adoquines de la ciudad, y lo notaba a través de las suelas de sus botas flexibles. Siguió caminando entre el polvo, devanándose los sesos. Gawyn no sabía mucho más de lo que le adelantó en ese primer intercambio. Adujo que no tenía por qué ser ella a quien buscaban y que lo único que tenía que hacer era ser cauta a la hora de encauzar y dejarse ver lo menos posible. Sólo que él mismo no parecía muy convencido, sobre todo teniendo en cuenta que iba disfrazado. Egwene reprimió el impulso de mencionarle su atuendo; estaba tan preocupado de que si estas Aes Sedai daban con ella se encontraría metida en un buen problema, preocupado de ser él quien, sin saberlo, las condujera hasta ella, tan obviamente reacio a dejar de verla a pesar de sugerírselo él mismo. Y tan convencido de que sólo tenía que escabullirse de vuelta a Tar Valon y a la Torre. O que hiciera las paces con Coiren y las otras y regresara con ellos. Luz, debería haberse enfadado con él por pensar que sabía mejor que ella lo que le convenía, pero, por alguna razón, era incapaz de pensar con claridad estando con él, además de que Gawyn parecía colarse de rondón en todos y cada uno de sus pensamientos.

Se mordisqueó el labio y centró su atención en el verdadero problema. Las Aes Sedai de la Torre. Si tuviera el valor de hacerle preguntas; no sería traicionarlo si le planteaba algunas cosas sin importancia, como a qué Ajahs pertenecían, adónde iban o... ¡No! Sólo se lo había prometido a sí misma, pero incumpliendo esa promesa lo deshonraría a él. Nada de preguntas. Sólo lo que él quisiera decirle por propia iniciativa.

Pensara lo que pensase Gawyn, no había razón para sospechar que esas mujeres estaban buscándola a ella. Aunque, admitió de mala gana, tampoco había ninguna razón para creer que no: sólo un montón de suposiciones y de esperanzas. Los Aiel iban y venían entre las tiendas bajas, pero sólo había un puñado de *gai'shain* por allí cerca. No se veía a ninguna de las Sabias. Había roto una promesa que les había hecho. En realidad, se la había hecho a Amys, pero era con todas ellas. La necesidad se estaba convirtiendo en una excusa cada vez más vana para justificar su engaño.

—Únete a nosotras, Egwene —llamó una voz de mujer. A pesar de llevar la cabeza tapada no resultaba difícil identificar a Egwene, a no ser que estuviese rodeada de muchachas que todavía no habían acabado de crecer. Surandha, la aprendiza de Sorilea, asomaba la cabeza por la solapa de una tienda y le hacía señas para que se acercara—. Las Sabias se han vuelto a reunir en las tiendas, todas ellas, y nos han dado el día libre. Entero.

Aquello era un lujo rara vez concedido y que Egwene no estaba dispuesta a desaprovechar. Dentro las mujeres estaban tumbadas sobre cojines, leyendo a la luz de las lámparas de aceite —la tienda estaba cerrada para que no pasara polvo, de modo que tampoco entraba luz— o sentadas cosiendo o haciendo punto o bordando. Dos jugaban a hacer cunitas con una cuerda. El murmullo de las conversaciones llenaba la tienda, y varias la saludaron con una sonrisa. No todas eran aprendizas —dos madres y varias hermanas primeras habían ido de visita—, y la mujer de más edad lucía tantas joyas como cualquier Sabia. Todas llevaban desatadas las cintas superiores de las blusas y los chales ceñidos a la cintura, aunque el calor reinante no parecía molestarles.

Un *gai'shain* iba de un sitio para otro llenando las tazas de té. Había algo en su modo de moverse que lo señalaba como un artesano, no un *algai'd'siswai;* la dureza seguía presente en sus rasgos, pero en comparación eran una pizca más suaves, de modo que mantener la actitud sumisa no parecía requerir tanto esfuerzo en él. Llevaba una de aquellas bandas que lo identificaba como un *siswai'aman.* Ninguna de las mujeres le dedicaba más de una mirada superficial a pesar de que se suponía que los *gai'shain* sólo podían llevar cosas blancas.

Egwene se ató el chal a la cintura y aceptó, agradecida, agua para lavarse la cara y las manos; a continuación desanudó unas pocas lazadas de la blusa y se acomodó en un cojín rojo

con borlas que había entre Surandha y Estair, la pelirroja aprendiza de Aerin.

—¿Para qué se han reunido las Sabias?

Su mente no estaba en ese asunto. No tenía intención de renunciar completamente a las visitas a la ciudad —había accedido a mirar en El Hombre Largo todas las mañanas para ver si Gawyn estaba allí, a pesar de que la sonrisita cómplice de la oronda posadera la hizo enrojecer; ¡sólo la Luz sabía lo que imaginaba esa mujer!— pero, definitivamente, se había acabado el escuchar a escondidas en la mansión de lady Arilyn. Después de separarse de Gawyn, se había acercado a la casa lo suficiente para percibir que en su interior se seguía encauzando, pero se marchó nada más echar un rápido vistazo desde la esquina. El estar tan cerca le producía la inquietante sensación de que Nesune iba a aparecer de repente a su espalda.

—¿Lo sabe alguien? —añadió.

—Tus hermanas, por supuesto —rió Surandha. Era una mujer guapa, con grandes ojos de color azul y una risa que la hacía parecer preciosa. Tenía unos cinco años más que Egwene, era capaz de encauzar con tanta fuerza como muchas Aes Sedai y aguardaba con impaciencia ser reclamada a un dominio en el que establecer su hogar. Hasta entonces, sin embargo, corría a complacer el menor deseo de Sorilea—. ¿Qué otra cosa las haría brincar como si se hubiesen sentado en una *segade*?

—Deberían enviar a Sorilea a hablar con ellas —dijo Egwene mientras tomaba una taza de rayas verdes que le tendía el *gai'shain.* Al explicarle que sus Cachorros estaban apiñados en los cuartos que no habían ocupado las Aes Sedai y que algunos se habían tenido que instalar en el establo, Gawyn había dejado escapar que no quedaba sitio siquiera para otra fregona; y que las Aes Sedai no estaban preparando ninguna sorpresa. Era una buena noticia—. Sorilea las pondría firmes.

Surandha estalló en carcajadas, en tanto que la risa de Estair fue comedida y no poco escandalizada; la esbelta joven, cuyos grises ojos tenían una expresión seria, se comportaba siempre como si una Sabia estuviese vigilándola. Para Egwene era incomprensible que Sorilea tuviese una aprendiza con la risa siempre pronta, en tanto que Aerin, una mujer afable y sonriente que jamás tenía una palabra desagradable para nadie, tuviese una que parecía estar a la caza de reglas que obedecer.

—Creo que es por el *Car'a'carn* —dijo Estair en un tono exageradamente grave.

—¿Por qué? —preguntó Egwene con aire ausente. No tenía más remedio que evitar la ciudad. Excepto para reunirse con Gawyn, naturalmente; por muy embarazoso que le resultara admitirlo, no renunciaría a verlo por ninguna razón de menos peso que la certeza de que Nesune estaría aguardándola en El Hombre Largo. Lo cual significaba volver a las caminatas por el exterior de las murallas, con todo ese polvo. Lo de esa mañana había sido una excepción, pero no pensaba dar ninguna excusa a las Sabias para que le prohibiesen volver al *Tel'aran'rhiod.* Esta misma noche se reunirían con las Aes Sedai de Salidar e irían solas, pero dentro de siete días ella las podría acompañar—. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—¿Es que no te has enterado? —exclamó Surandha.

Dentro de dos o tres días podría intentar un contacto con Nynaeve y Elayne o hablarles en sus sueños de nuevo. Mejor dicho, intentar hablarles otra vez; nunca se podía tener la completa seguridad de que la otra persona se diera cuenta de que una era algo más que un simple sueño a no ser que estuviera habituada a ese tipo de comunicación, cosa que no ocurría con Nynaeve y Elayne. Sólo les había hablado de ese modo en una ocasión.

En cualquier caso, la idea de tener contacto con ellas seguía causándole una vaga inquietud. Había tenido otro sueño, casi una pesadilla, respecto a eso; cada vez que una de ellas pronunciaba una palabra, tropezaban y se iban de bruces al suelo o dejaban caer una taza o un plato o derribaban un jarrón, siempre algo que se hacía añicos con el golpe. Desde su interpretación del sueño con Gawyn convirtiéndose en su Guardián, Egwene había intentado descifrarlos todos, aunque sin resultado hasta el momento, pero de lo que no le cabía ninguna duda era de que aquél guardaba algún significado. Tal vez lo mejor sería esperar a la próxima

reunión para hablar con ellas. Además, siempre estaba el peligro de tropezar con los sueños de Gawyn y ser arrastrada hacia ellos. La mera idea le encendió las mejillas.

—El *Car'a'carn* ha vuelto —informó Estair—. Va a reunirse con tus hermanas esta tarde.

Todos los pensamientos sobre Gawyn y sueños se borraron de un plumazo; Egwene frunció el entrecejo mientras tomaba un sorbo de té. Dos veces en diez días. No era propio de Rand volver tan pronto. ¿Por qué lo había hecho? ¿Se había enterado de la llegada de las Aes Sedai de la Torre? ¿Cómo? Y, como siempre, sus viajes en sí desataron las preguntas relativas a ellos. ¿Cómo hacía eso?

—¿Cómo hace qué? —inquirió Estair y Egwene parpadeó, sorprendida de haber hablado en voz alta.

—Esa facilidad que tiene de ponerme mal el estómago —improvisó.

Surandha sacudió la cabeza con aire conmiserativo, pero a la vez esbozó una sonrisa.

—Es un hombre, Egwene —dijo.

—Es el *Car'a'carn* —apuntó Estair con gran énfasis y no poca reverencia.

A Egwene no le sorprendería mucho verla con esa estúpida cinta roja ceñida a la frente. Surandha la emprendió con Estair arguyendo que cómo pensaba arreglárselas con un jefe de dominio, y mucho menos con un jefe de septiar o de clan, si no comprendía que un hombre no dejaba de ser un hombre sólo porque tuviese mando. Estair se mantuvo en sus trece, insistiendo en que el *Car'a'carn* era distinto. Una de las mujeres mayores, Mera, que había acudido a ver a su hija, se inclinó hacia ellas y afirmó que la forma de manejar a cualquier jefe, ya fuera de dominio, septiar, clan o el *Car'a'carn,* era igual que manejar a un esposo, con lo que provocó la carcajada de Baerin, que también había ido a visitar a una hija, y el comentario de que ésa sería una buena forma de conseguir que una señora del techo pusiera su cuchillo a los pies de una, es decir, una declaración de pleito. Baerin había sido Doncella antes de casarse, pero cualquiera podía declarar un pleito a quien fuera excepto una Sabia o un herrero. No había acabado de hablar Mera cuando todo el mundo, salvo el *gai'shain,* se sumó a la discusión, abrumando a la pobre Estair —el *Car'a'carn* era un jefe entre jefes, nada más; eso no tenía vuelta de hoja—, para debatir si era mejor tratar directamente con un jefe o a través de su señora del techo.

Egwene dejó de prestar atención. Sin duda Rand no haría ninguna tontería. Se había mostrado convenientemente desconfiado respecto a la carta de Elaida, pero daba crédito a la de Alviarin, que no sólo era más cordial sino descaradamente aduladora. Creía que tenía amigas, incluso partidarias, en la Torre. Egwene no era de la misma opinión. Ni con los Tres Juramentos ni sin ellos, estaba convencida de que Elaida y Alviarin habían elaborado esa segunda carta entre las dos, con todas esas patochadas sobre «arrodillarse ante su magnificencia». No era más que un ardid para llevarlo a la Torre.

Mirándose las manos con pesar, Egwene suspiró y soltó la taza. El *gai'shain* la recogió cuando apenas acababa de retirar la mano.

—He de irme —anunció a las otras aprendizas—. Acabo de darme cuenta de que tengo que hacer una cosa.

Surandha y Estair se ofrecieron a acompañarla para cumplir. Bueno, no fue por cumplir, pues, cuando un Aiel decía algo, hablaba en serio; pero estaban interesadas en la conversación y no porfiaron cuando insistió en que se quedaran. Se envolvió de nuevo la cabeza con el chal y se agachó para salir otra vez a los remolinos de polvo, dejando atrás las voces cada vez más acaloradas. Mera le estaba diciendo a Estair con un tono tajante que quizás acabase siendo una Sabia algún día, pero que hasta entonces podía aprender de una mujer que se las había arreglado para dirigir a un marido y criar tres hijas y dos hijos sin contar con la ayuda de una hermana conyugal.

Ya en la ciudad, la joven procuró moverse sigilosamente por las calles abarrotadas pero sin dar esa impresión, tratando de mirar a todas partes al tiempo que fingía tener la vista fija en la dirección que iba. Las posibilidades de topar con Nesune eran mínimas, pero... Un poco más adelante, dos mujeres vestidas con sobriedad y primorosos delantales remilgados dieron

Librodot

un paso hacia un lado para esquivarse, pero ambas se movieron en la misma dirección y casi se dieron de narices. Murmuraron unas disculpas y de nuevo se desviaron a un lado. En la misma dirección. Más disculpas y, como si se tratara de un baile, volvieron a moverse a la par. Cuando Egwene pasaba junto a ellas, todavía seguían dando un paso a uno y otro lado a la vez, como si lo hiciesen a propósito, en tanto que el rubor empezaba a teñirles las mejillas y las disculpas se cortaban tras los labios apretados. Egwene ignoraba cuánto podía durar esa situación, pero no estaba de más recordar que Rand se encontraba en la ciudad. Luz, estando él cerca no sería de sorprender que se tropezase con las seis Aes Sedai en el momento en que una ráfaga le quitaba el chal de la cabeza y tres personas gritaban su nombre y la llamaban Aes Sedai. Estando él cerca, no sería de extrañar que se diera de bruces con Elaida.

Apretó el paso, cada vez más intranquila ante el temor de verse envuelta en uno de esos remolinos de *ta'veren,* y cada vez con más ojos de loca. Menos mal que ver a una Aiel con ojos de loca y el rostro cubierto —¿qué sabían de la diferencia entre un chal y un velo?— hacía que la gente se apartara ante ella, lo que le permitía avanzar a paso vivo, casi al trote, pero no respiró a gusto hasta que se metió en el Palacio del Sol por una pequeña puerta de servicio que había en la parte posterior.

Un intenso olor a comida cocinándose flotaba en el angosto pasillo, y mujeres y hombres uniformados iban y venían apresuradamente. Otros, que habían hecho un alto y descansaban en mangas de camisa o se daban aire con los delantales, la contemplaron con expresión atónita. Probablemente nadie excepto otros sirvientes se acercaba tanto a las cocinas más que de año en año. Y, desde luego, nadie que fuese Aiel. La miraban como si esperasen verla sacar una lanza de debajo de la falda.

Señaló con el dedo a un hombre bajo y regordete que se estaba enjugando el sudor del cuello con un pañuelo.

—¿Sabes dónde está Rand al'Thor?

Al oírlo, el tipo dio un respingo y volvió los ojos hacia sus compañeros, que se apresuraban a apartarse. Movió los pies con nerviosismo, deseoso de unirse a ellos.

—¿El señor Dragón, decís, eh... señora? En sus aposentos. Bueno, eso supongo. —Empezó a desplazarse hacia un lado mientras hacía reverencias—. Si la señora... eh... si milady me disculpa, he de volver a mi...

—Me llevarás allí —ordenó firmemente. Esta vez no estaba dispuesta a vagar perdida por palacio.

Una última ojeada a sus amigos que desaparecían, un suspiro rápidamente reprimido, una fugaz y atemorizada ojeada para ver si la había ofendido, y el tipo corrió a recoger su chaqueta. Resultó ser muy eficiente en el laberinto de corredores, avanzando a paso rápido y haciéndole una reverencia en cada giro, pero cuando finalmente señaló, con otra inclinación, unas altas puertas adornadas con dorados soles nacientes y vigiladas por una Doncella y otro Aiel, Egwene sintió una repentina irritación hacia el nervioso hombrecillo y lo despidió con un gesto despectivo. No comprendía por qué; el hombre sólo hacía aquello por lo que le pagaban.

El Aiel se puso de pie al verla acercarse; era muy alto, de mediana edad, con un pecho de toro, hombros anchos y fríos ojos grises. Egwene no lo conocía y saltaba a la vista que él tenía intención de hacerle dar media vuelta. Por suerte, sí conocía a la Doncella.

—Déjala pasar, Maric —dijo Somara, sonriendo—. Es la aprendiza de Amys, y de Bair y de Melaine. La única aprendiza que conozco que está a las órdenes de tres Sabias. Y, por su aspecto, la han enviado corriendo con algún recado poco agradable para Rand al'Thor.

—¿Corriendo? —La risita queda de Maric no suavizó ni sus rasgos ni sus ojos—. Más bien arrastrándose, diría yo.

Egwene no tuvo que preguntar para saber a qué se refería. Sacó el pañuelo de la bolsita del cinturón y se limpió precipitadamente la cara; nadie iba a tomarla en serio si estaba sucia, y Rand tenía que hacerle caso.

—Un recado importante en cualquier caso, Somara —dijo—. Espero que esté solo.

¿Han venido ya las Aes Sedai? —El pañuelo acabó de color gris, y Egwene volvió a guardarlo con un suspiro.

—No —respondió la Doncella—. Todavía falta un buen rato para que lleguen. ¿Le dirás que tenga cuidado? No es mi intención ser irrespetuosa con tus hermanas, pero Rand al'Thor no mira dónde pisa. Es un cabezota.

—Se lo diré. —Egwene no pudo evitar sonreír. Ya había oído hablar así a Somara en otras ocasiones, con esa especie de orgullo exasperado que una madre emplearía refiriéndose a un hijo demasiado aventurero y de unos diez años, y lo mismo podía decir de otras cuantas Doncellas más. Debía de tratarse de alguna clase de broma Aiel y, aunque no lo entendía, estaba a favor de cualquier cosa que le impidiera volverse demasiado engreído—. Y también le diré que se lave las orejas. —Somara asintió con la cabeza antes de poder evitar el gesto. Egwene respiró hondo—. Somara, mis hermanas no deben saber que estoy aquí. —Maric le lanzó una mirada de curiosidad entre vistazo y vistazo a los sirvientes que entraban en el pasillo. Egwene se reconvino para sus adentros; debía tener cuidado—. No tenemos mucho trato, Somara. De hecho, podría decirse que estamos todo lo distantes que pueden estar unas hermanas.

—Los peores resentimientos se dan entre hermanas primeras —dijo la Doncella al tiempo que asentía—. Entra. No oirán tu nombre de mis labios y, si a Maric se le va la lengua, le haré un nudo con ella.

El Aiel, al que Somara no le llegaba al hombro y que debía de pesar el doble como poco, esbozó una ligera sonrisa sin mirar en su dirección.

La costumbre de las Doncellas de dejarla pasar en los aposentos de Rand sin anunciarla había dado pie a situaciones embarazosas en el pasado, pero esta vez Rand no estaba tomando un baño. Era obvio que aquellas estancias habían pertenecido al rey, y la antesala parecía un salón del trono en miniatura. En miniatura, se entiende, comparándola con el de verdad. Los rayos ondulantes de un sol dorado, incrustado en el pulido suelo de piedra, medían casi dos metros y eran las únicas líneas curvas visibles. Grandes espejos con severos marcos dorados jalonaban las paredes debajo de amplias y rectas bandas del mismo tono áureo, y el ancho friso estaba hecho de triángulos superpuestos como escamas, asimismo dorados. A ambos lados del sol había dos filas de sillones, la una frente a la otra, tan rectas como los altos respaldos. Rand estaba sentado en otro sillón, con mucho más dorado que los restantes y el respaldo el doble de alto, situado sobre un pequeño estrado que también tenía incrustaciones de oro. Vestía una roja chaqueta de seda, bordada con hilos de oro, y sostenía en el doblez del brazo aquel fragmento de lanza seanchan con el dragón tallado; su gesto era sombrío y ceñudo. Parecía un rey, un rey a punto de matar a alguien. Egwene se puso en jarras.

—Somara dice que deberías lavarte las orejas ahora mismo, jovencito —manifestó, y él levantó bruscamente la cabeza.

La sorpresa, y un atisbo de irritación, duró sólo un momento. Luego esbozó una mueca, bajó del estrado y echó el fragmento de lanza sobre el asiento del solio.

—¿Dónde demonios te has metido? —Salvó la distancia que los separaba, la cogió por los hombros y le hizo dar media vuelta para que se mirase en un espejo.

Egwene dio un respingo a despecho de sí misma. Vaya pinta tenía. El polvo —o más bien el barro al mezclarse con el sudor— se había colado a través del chal dejando churretes en las mejillas y en la frente, donde había intentado limpiárselo con el pañuelo.

—Le diré a Somara que mande traer un poco de agua. A lo mejor cree que es para mis orejas —observó fríamente Rand.

—No es menester —contestó con toda la dignidad de que fue capaz. No estaba dispuesta a lavarse con él allí plantado, mirándola. Sacó de nuevo el mugriento pañuelo y procuró limpiar los churretes más llamativos—. Vas a reunirte con Coiren y las otras dentro de poco. Supongo que no es necesario que te advierta que son peligrosas, ¿verdad?

—Me parece que acabas de hacerlo. No vienen todas. Puntualicé un máximo de tres, de modo que son ésas las que envían. —Reflejado en el espejo, lo vio ladear la cabeza como si

estuviese escuchando algo y asentir. Cuando habló lo hizo en un susurro—. Sí, puedo vérmelas con tres, si no son demasiado fuertes. —De pronto advirtió que la joven lo observaba—. Ni que decir tiene que si una de ellas es Moghedien disfrazada con peluca o Semirhage puedo tener serios problemas.

—Rand, tienes que tomarte esto en serio. —El pañuelo no estaba sirviendo de mucho. Muy a regañadientes, escupió en él; no existía una forma digna de escupir en un pañuelo, simplemente—. Sé lo fuerte que eres, pero ellas son Aes Sedai. No puedes actuar como si fueran mujeres que vienen del campo. Aunque creas que Alviarin va a arrodillarse a tus pies, y todas sus amigas con ella, ten en cuenta que a éstas las envía Elaida. No puedes pensar que tiene otro propósito que ponerte una correa. Resumiendo, lo mejor que podrías hacer es mandarles que se marchen.

—¿Y confiar en tus desconocidas amigas? —preguntó suavemente. Demasiado suavemente.

No había nada que hacer con la suciedad de la cara; debería haberle dejado que mandara traer agua. Pero pedírselo ahora, después de haber rehusado, quedaba descartado.

—Sabes que no puedes fiarte de Elaida —manifestó con cuidado mientras se volvía hacia él. Teniendo muy presente lo ocurrido la última vez, no quería mencionar siquiera a las Aes Sedai de Salidar—. Lo sabes.

—No me fío de ninguna Aes Sedai. Ellas —hubo una vacilación en su voz, como si hubiese pensado utilizar otra palabra, aunque Egwene no supo imaginar cuál— intentarán utilizarme, y yo a mi vez intentaré utilizarlas a ellas. Un bonito círculo, ¿no te parece?

Si la joven había considerado alguna vez la posibilidad de permitirle un acercamiento con las Aes Sedai de Salidar, sus ojos, tan duros, tan fríos que la hicieron estremecerse por dentro, la desengañaron.

Tal vez si Rand se encolerizaba lo bastante, si saltaban las chispas suficientes entre él y Coiren para que la delegación regresara a la Torre con las manos vacías...

—Si a ti te parece bonito, supongo que lo será. Al fin y al cabo eres el Dragón Renacido. En fin, puesto que tienes intención de seguir adelante con esto, más vale que lo hagas lo mejor posible. Recuerda que son Aes Sedai y que hasta un rey les muestra respeto, aun en el caso de no estar de acuerdo con ellas, y que se pondrá en camino hacia Tar Valon de inmediato si se lo llama allí. Incluso los Grandes Señores de Tear, o Pedron Niall, lo harían así. —El muy necio volvió a sonreírle o, mejor dicho, le enseñó los dientes en una mueca; el resto de su semblante continuaba tan impenetrable como un trozo de piedra.

»Espero que estés prestando atención a lo que te digo, porque mi intención es ayudarte. —No del modo que él esperaba, claro—. Si te propones utilizarlas no puedes encresparlas como a gatos escaldados. El Dragón Renacido no les causará más impresión que a mí, a pesar de tus ostentosas chaquetas, tus tronos y tu ridículo cetro. —Lanzó una mirada despectiva al fragmento de lanza; ¡Luz, esa cosa le ponía los pelos de punta!—. No van a caer de hinojos cuando te vean, y no vas a morirte por eso. Como tampoco por actuar con cortesía. Dobla tu envarado cuello, que no es degradante mostrar la debida deferencia ni un poco de humildad.

—La debida deferencia —repitió, pensativo. Con un suspiro, sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo—. Supongo que puedo hablar con una Aes Sedai del mismo modo que lo hago con algún lord que ha estado intrigando a mi espalda. Es un buen consejo, Egwene. Seré tan humilde como un ratón.

Procurando no dejar ver su prisa, volvió a frotarse la cara con el pañuelo a fin de disimular su estupefacción. No estaba segura de que sus ojos no parecieran a punto de salirse de las órbitas, pero así era como se sentía. ¡Durante toda su vida, cada vez que le había dicho que el camino de la derecha era el mejor, él había adelantado la barbilla replicando que era el izquierdo! ¿Por qué había elegido aquel momento para hacerle caso?

¿Servía para algo positivo tal como estaban las cosas? Al menos no lo perjudicaría mostrar cierto respeto. Aunque estas mujeres siguieran a Elaida, la idea de que cualquier persona se mostrara impertinente con una Aes Sedai la irritaba sobremanera. Sólo que, en este

Librodot

caso, habría querido que Rand fuera impertinente, más arrogante que nunca. Sin embargo, no tenía sentido decirle lo contrario ahora; y no porque fuera corto de entendederas. Sólo exasperante.

—¿Has venido sólo por eso? —preguntó.

Todavía no podía marcharse. Tal vez tenía la oportunidad de poner las cosas en su sitio o, al menos, asegurarse de que no iba a ser tan idiota como para ir a Tar Valon.

—¿Sabes que hay una Señora de las Olas en un barco en el río? El *Espuma blanca.* —Aquél era un tema tan bueno como cualquier otro para dar un nuevo enfoque a la conversación—. Vino a verte y he oído decir que se está impacientando. —Se lo había contado Gawyn. Al parecer, Erian en persona había ido en un bote hasta el velero para enterarse de qué hacían los Marinos tan tierra adentro, y le fue negado el permiso para subir a bordo. Había regresado con lo que podría considerarse un humor de perros en cualquier mujer que no fuera Aes Sedai. Egwene tenía la fundada sospecha de saber a qué habían venido, pero no pensaba decírselo a Rand; le estaría bien empleado conocer a alguien de quien no esperaba que se inclinara ante él.

—Por lo visto los Atha'an Miere están por todas partes. —Rand tomó asiento en uno de los sillones; por alguna razón, parecía divertido, pero Egwene habría jurado que no era por nada relacionado con los Marinos—. Berelain dice que debería entrevistarme con esa tal Harine din Togara Dos Vientos; pero, si su genio es tal como lo pinta Berelain, por mí puede esperar. De momento ya tengo a mi alrededor mujeres furiosas más que de sobra.

Aquello casi le daba pie para hablar de lo que quería, pero no del todo.

—No entiendo por qué, con ese encanto irresistible que tienes siempre. —Al punto Egwene deseó tragarse las palabras; sólo reafirmaría lo que no quería que Rand hiciera.

Él tenía fruncido el entrecejo y no parecía haberla oído.

—Egwene, sé que no te gusta Berelain, pero la cosa no va más allá ¿o sí? Me refiero a que has hecho tan buen trabajo en identificarte con los Aiel que casi te imagino ofreciéndole danzar las lanzas contigo. Estaba preocupada por algo, intranquila, pero no quiso decirme el motivo.

Probablemente la Principal había topado con un hombre que le había dicho «no»; eso sería suficiente para que el mundo de Berelain se tambaleara en sus cimientos.

—No he cambiado una docena de palabras con ella desde que salimos de la Ciudadela de Tear, y no muchas más antes. Rand, no creerás que...

Una de las hojas de la puerta se abrió justo lo suficiente para que Somara pasara, y la Doncella volvió a cerrarla rápidamente a su espalda.

—Las Aes Sedai están aquí, *Car'a'carn.*

Rand volvió la cabeza hacia la puerta, el semblante convertido en un pedazo de roca.

—¡No tenían que llegar hasta dentro de...! Así que intentando cogerme con la guardia baja, ¿no? Tienen que aprender quién da las órdenes aquí.

En ese momento a Egwene le importaba poco si trataban de pillarlo en paños menores. Olvidó por completo a Berelain. Somara hizo un ligero gesto que podría ser de conmiseración. Tampoco le importaba nada eso. Rand podía impedir que se la llevaran si se lo pedía. Sólo que tal cosa significaría tener que permanecer pegada a él de ahora en adelante para que no la aislaran con un escudo y se la llevaran sin contemplaciones en cuanto asomase la nariz a la calle. Significaría tener que pedírselo, ponerse bajo su protección. La diferencia entre eso y ser conducida dentro de un saco de vuelta a la Torre era tan mínima que sintió un nudo en el estómago. Para empezar, jamás se convertiría en Aes Sedai escondiéndose detrás de él; además, la idea de esconderse detrás de cualquiera le daba dentera. Sólo que estaban allí, al otro lado de la puerta, y antes de una hora la tendrían metida en el saco o algo por el estilo. Respirar lenta y profundamente varias veces no sirvió para templarle los nervios.

—Rand, ¿hay otro camino para salir de aquí? Si no, me esconderé en uno de los cuartos. No deben saber que me encuentro aquí. Rand... ¡Rand! ¿Me estás escuchando?

—Estás ahí —susurró él con voz ronca, pero definitivamente no hablaba con ella—.

Sería demasiada coincidencia que pensases eso precisamente ahora. —Miraba fijamente al vacío, enfurecido y, tal vez, un tanto asustado—. ¡Maldito seas, respóndeme! ¡Sé que estás ahí!

Egwene se humedeció los labios con la punta de la lengua sin poder remediarlo. Puede que Somara lo estuviese observando con una expresión que podía describirse como la cariñosa preocupación de una madre —y él ni siquiera se daba cuenta de lo absurdo del gesto— pero a Egwene empezó a revolvérsele el estómago. No podía haberse vuelto loco tan de repente. Imposible. No obstante, hacía un momento parecía estar escuchando alguna voz oculta y quizá también respondiéndole.

La joven no recordaba haber salvado el trecho que los separaba, pero de pronto se encontró poniéndole una mano en la frente. Nynaeve decía siempre que lo primero era comprobar si la persona tenía fiebre, aunque eso no serviría para mucho en estas circunstancias. Ojalá supiera hacer algo más que sanar un arañazo con la Curación. Claro que tampoco eso serviría de gran cosa. No si Rand se había...

—Rand, ¿estás...? ¿Te encuentras bien?

Él reaccionó, echando atrás la cabeza bruscamente para retirarse de su mano al tiempo que le lanzaba una mirada desconfiada. Un instante después se ponía de pie, la aferraba del brazo y casi la llevaba a rastras hacia el fondo de la sala, tan deprisa que la joven estuvo a punto de tropezarse con la falda al intentar mantener el paso.

—Quédate aquí y no te muevas —ordenó, enérgico, dejándola a un lado del estrado y dando un paso hacia atrás.

Frotándose el brazo con suficiente fuerza para que a él no le pasara inadvertido, hizo intención de seguirlo. Los hombres no eran conscientes de la fuerza que tenían; incluso Gawyn lo olvidaba algunas veces, aunque, para ser sincera, con él no le importaba.

—¿Qué te crees...?

—¡No te muevas! —Luego, en un timbre de desagrado, añadió—: Así la Luz lo abrase, esa cosa parece ondear si te mueves. La fijaré al suelo, pero aun así no puedes saltar de un lado para otro. Ignoro lo grande que puedo hacerla y éste no es el momento de comprobarlo.

Somara se había quedado pasmada, aunque enseguida reaccionó y cerró la boca rápidamente.

¿Fijar al suelo qué? ¿De qué demonios hablaba? Lo comprendió tan de repente que olvidó preguntarse a quién se refería con lo de que «la Luz lo abrase». Rand había tejido *Saidin* a su alrededor. Los ojos se le desorbitaron; estaba jadeando, pero no podía evitarlo. ¿Lo tendría muy cerca? Hasta la última brizna de su raciocinio le decía que la infección no podía filtrarse de lo que quiera que hubiese tejido; ya la había tocado con el *Saidin* anteriormente, pero, en todo caso, esa idea sólo sirvió para angustiarla más. En un gesto instintivo encogió los hombros y se recogió la falda, ajustándola por delante contra las piernas.

—¿Qué...? ¿Qué has hecho? —Se sintió orgullosa de la voz que le salió, puede que un tanto temblorosa, pero ni por asomo parecida al gemido angustiado que habría querido exhalar.

—Mira en ese espejo. —Se echó a reír. ¡A reír!

Malhumorada, hizo lo que le decía... y dio un respingo. Allí, en el cristal azogado, se reflejaba el solio sobre el estrado. Y parte de la sala. Pero no ella.

—Soy... invisible —musitó. Recordó que Moraine los había ocultado a todos una vez tras una pantalla de *Saidar,* pero ¿cómo lo había aprendido a hacer Rand?

—Es mucho mejor que esconderte debajo de mi cama —dijo.

Al hablar, Rand se dirigió al aire, a un punto situado a más de un palmo de donde estaba la cabeza de Egwene. ¡Meterse debajo de su cama! ¡No se le había pasado por la cabeza ni por un momento!

—Y quiero que veas lo respetuoso que puedo ser —continuó él. Su tono se hizo más serio al añadir—: Además, quizá pilles algo que a mí me pase inadvertido. A lo mejor hasta

tienes a bien decírmelo.

Soltó una risotada y subió de un salto al estrado; recogió el fragmento de lanza del asiento del solio y se acomodó en él.

—Hazlas pasar, Somara. Que la delegación de la Torre Blanca se acerque al Dragón Renacido.

Su sonrisa sesgada produjo casi tanta inquietud en Egwene como la proximidad del tejido de *Saidin.* ¿Cuán cerca estaba esa condenada cosa?

Somara salió, y al cabo de unos instantes las puertas se abrieron de par en par.

Una mujer rellena y de porte imponente, con un vestido azul oscuro, que sólo podía ser Coiren encabezaba el grupo; un paso por detrás, flanqueándola, venían Nesune, con un sencillo vestido de lana marrón, y una Aes Sedai envuelta en seda verde, una mujer bonita, de rostro redondo, con una boca llena de gesto exigente. Egwene habría querido que las Aes Sedai tuvieran que vestir con el color de su Ajah —las Blancas lo hacían siempre que tenían ocasión— porque, perteneciera esa mujer al que perteneciese, la joven estaba segura de que no era una Verde, habida cuenta de la dura mirada que asestó a Rand desde que dio el primer paso dentro de la sala. Una máscara de fría serenidad apenas ocultaba su desprecio; quizá sí lo enmascaraba para cualquiera que no estuviese acostumbrado a tratar con Aes Sedai. ¿Lo advertiría Rand? Tal vez no; parecía concentrado en Coiren, cuyo semblante era totalmente indescifrable. A Nesune, claro está, no le pasó nada por alto; sus ojos de pájaro lanzaban rápidas miradas a todos los rincones de la sala.

En aquel momento Egwene se alegraba de la pantalla que Rand había tejido para ella. Empezó a enjugarse el sudor de la cara con el pañuelo que todavía tenía en la mano y entonces se paró de golpe. Rand había dicho que lo fijaría al suelo. ¿Lo había hecho? Luz, por lo que notaba, podría encontrarse plantada allí en medio, a la vista de todos. Salvo que la mirada de Nesune pasó sobre ella sin siquiera detenerse. El sudor le corrió copiosamente por el rostro a Egwene. A mares. ¡Maldito hombre! Se habría encontrado tan a gusto escondida debajo de su cama...

Detrás de las Aes Sedai venía una docena más de mujeres, vestidas con sencillez y con toscos guardapolvos colgando a la espalda. Casi todas eran fornidas, pero avanzaban trabajosamente por el peso de dos arcones, nada pequeños, con la Llama de Tar Valon cincelada en las trabas de latón bruñido. Las sirvientas soltaron los arcones con sonoros suspiros de alivio y se frotaron los brazos y la espalda disimuladamente mientras las puertas se cerraban; Coiren y las otras dos se inclinaron en una reverencia ejecutada con una sincronización perfecta, aunque no muy profunda.

Rand se levantó del solio y bajó el estrado antes de que las mujeres se hubiesen enderezado. El brillo del *Saidar* envolvía a las Aes Sedai, juntas: estaban coligadas. Egwene trato de recordar lo que había visto, cómo lo habían hecho; a despecho del fulgor, su aparente calma no se alteró cuando Rand pasó junto a ellas y llegó ante las sirvientas para observar sus rostros uno por uno.

¿Qué estaba...? Oh, claro; se aseguraba de que ninguna de ellas tenía los rasgos intemporales de una Aes Sedai. Egwene sacudió la cabeza y de nuevo se detuvo de golpe. Rand era un necio si creía que eso era suficiente. Casi todas estaban entradas en años —no es que fueran viejas, ni mucho menos, aunque sí se les podía calcular una edad—, pero había dos lo bastante jóvenes para ser Aes Sedai ascendidas hacía poco tiempo. No lo eran —Egwene sólo percibió la habilidad en las tres Aes Sedai, y estaba a una distancia corta para advertirlo— pero él no podía saberlo sólo con mirarlas.

Rand le cogió la barbilla a una de las chicas y la hizo levantar la cara para mirarla a los ojos y sonreírle.

—No temas —susurró. La muchacha se balanceó como si fuera a desmayarse. Con un suspiro, Rand giró sobre sus talones. No miró a las Aes Sedai cuando pasó a su lado—. No encauzaréis en mi presencia —manifestó firmemente—. Soltadlo.

Una fugaz y calculadora expresión asomó al rostro de Nesune, pero las otros dos se

limitaron a seguirlo con la mirada, serenamente, mientras volvía a tomar asiento. Rand se frotó un brazo; Egwene estaba presente cuando él había descubierto que ese hormigueo se lo provocaba una mujer encauzando.

—He dicho —repitió utilizando un tono más duro— que no encauzaréis en mi presencia. Ni siquiera abrazaréis el *Saidar.*

Los segundos parecieron alargarse increíblemente mientras Egwene rezaba en silencio. ¿Qué haría si ellas mantenían el contacto con la Fuente? ¿Intentar aislarlas? Aislar a una mujer del *Saidar* cuando ya lo había abrazado era mucho más difícil que hacerlo anticipadamente. Egwene dudaba que ni siquiera él fuera capaz de lograrlo siendo tres mujeres y, por si fuera poco, estando coligadas. Y, lo que era peor, ¿qué harían ellas si Rand intentaba algo así? El brillo desapareció, y Egwene reprimió un suspiro de alivio a duras penas. Lo que quiera que Rand hubiese tejido a su alrededor la hacía invisible, pero no servía de barrera para los sonidos, obviamente.

—Así está mejor. —La sonrisa de Rand las abarcó a todas, pero no se reflejó en sus ojos—. Empecemos otra vez desde el principio. Sois huéspedes honorables y acabáis de entrar en la sala.

Las mujeres lo entendieron, naturalmente. Rand no había estado haciendo suposiciones. Coiren se puso ligeramente tensa, y los ojos de la mujer de pelo negro se abrieron de par en par. Nesune se limitó a asentir para sí, como agregando un nuevo apunte a sus notas mentales. Egwene confió desesperadamente en que Rand tuviese cuidado. A la observadora Nesune no se le pasaría nada por alto.

Mediante un evidente esfuerzo, Coiren recobró la calma, se alisó el vestido y a punto estuvo de ajustarse el chal que no llevaba puesto.

—Me llamo Coiren Saeldain Aes Sedai —anunció con timbre sonoro—, y tengo el honor de ser la embajadora de la Torre Blanca y emisaria de Elaida do Avriny a'Roihan, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin.

De un modo menos florido, aunque incluyendo el honorífico Aes Sedai, presentó a las otras dos; la mujer de mirada dura era Galina Casban.

—Soy Rand al'Thor. —La escueta simplicidad resultó un marcado contraste. Las mujeres no habían hecho mención al Dragón Renacido, y tampoco lo hizo él, pero de algún modo el hecho de que Rand lo omitiese dio la impresión de que la sala susurrara el título.

Coiren inhaló hondo y movió la cabeza como si oyera ese susurro.

—Traemos una gentil invitación al Dragón Renacido. La Sede Amyrlin es plenamente consciente de que han surgido señales y se han cumplido profecías, que... —Con aquel tono sonoro y profundo no tardó en llegar al meollo: que Rand debería acompañarlas «con los honores merecidos» a la Torre Blanca, y que si aceptaba esta invitación Elaida le ofrecía no sólo la protección de la Torre, sino el respaldo de todo el peso de su autoridad e influencia. Hubo otro poco de palabrería florida antes de que Coiren terminara con—: Y, como prueba de ello, la Sede Amyrlin envía este insignificante presente.

Se volvió hacia los arcones, levantando la mano, pero tuvo una vacilación e hizo un ligerísimo gesto de fastidio. Tuvo que hacer una seña dos veces antes de que las sirvientas comprendieran y levantaran las tapas; por lo visto, había planeado abrirlas con el *Saidar.* Los arcones estaban repletos de bolsas de cuero. Obedeciendo a otro gesto más brusco, las sirvientas empezaron a desatarlas.

Egwene contuvo un respingo. ¡No era de extrañar que esas mujeres los hubieran trasladado con esfuerzo! De las bolsas abiertas salieron monedas de oro de todos los tamaños, anillos relucientes, collares rutilantes y gemas sin engastar. Aunque las de abajo sólo contuvieran basura, lo que estaba a la vista representaba una fortuna.

Rand se recostó en el solio y contempló los arcones casi con una sonrisa. Las Aes Sedai lo estudiaron, sus rostros meras máscaras de compostura, pero aun así Egwene creyó detectar un atisbo de complacencia en los ojos de Coiren, y un leve aumento en el desprecio insinuado en los llenos labios de Galina. Nesune... Ella era el verdadero peligro.

Inopinadamente, las tapas se cerraron de golpe sin que ninguna mano las tocase, y las sirvientas retrocedieron de un salto, sin molestarse en ahogar sus chillidos. Las Aes Sedai se pusieron tensas, y Egwene rezó con tanta intensidad como sudaba. Quería que Rand se mostrara arrogante y un poco insolente, pero sólo lo justo para irritarlas, no hasta el extremo de empujarlas a intentar amansarlo allí mismo.

De repente cayó en la cuenta de que hasta el momento no había demostrado una actitud en nada parecida a ese «humilde como un ratón». Nunca había tenido intención de hacerlo. ¡Sólo le había estado tomando el pelo! Si no hubiera estado tan asustada que le temblaban las rodillas, se habría acercado para darle una buena bofetada.

—Un montón de oro —dijo Rand. Parecía relajado, sonriendo de oreja a oreja—. Siempre puedo encontrar un buen uso para el oro.

Egwene parpadeó. ¡Hablaba de un modo que casi parecía avaricioso! Coiren respondió con otra sonrisa, ahora la viva imagen del aplomo y la satisfacción de sí misma.

—La Sede Amyrlin es, naturalmente, muy generosa. Cuando lleguéis a la Torre Blanca...

—Cuando llegue a la Torre Blanca —la interrumpió Rand como si pensase en voz alta—. Sí, espero con impaciencia ese día. —Se echó hacia adelante, acodado en una rodilla y haciendo oscilar el Cetro del Dragón—. Pero todavía tardaré un poco, ya sabéis. Tengo obligaciones que atender primero, aquí, en Andor y en otros lugares.

Los labios de Coiren se apretaron un instante. Su voz, empero, continuó tan sosegada y sonora como antes:

—Claro. No tenemos nada que objetar a descansar unos cuantos días antes de iniciar el viaje de regreso a Tar Valon. Entre tanto, ¿puedo sugeriros que una de nosotras se quede con vos para aconsejaros si así lo deseáis? Nos hemos enterado, claro es, de la lamentable muerte de Moraine. No puedo prestarme personalmente a ello, pero Nesune o Galina estarían encantadas.

Rand estudió, ceñudo, a las dos Aes Sedai nombradas, y Egwene contuvo la respiración. Parecía estar escuchando de nuevo a alguien o esperando oír algo. Nesune lo examinó a su vez tan directamente como él a ella. Los dedos de Galina alisaron la falda del vestido sin que la mujer fuera consciente de ello.

—No —dijo Rand finalmente, sentándose hacia atrás, con los brazos apoyados en los del sillón. Por alguna razón, su gesto hizo que el mueble pareciese más trono que antes—. No sería seguro. A lo mejor ocurriría un percance. No querría que ninguna de vosotras acabara con una lanza en las costillas por accidente. —Coiren abrió la boca, pero él se le adelantó:

»Por vuestra propia seguridad, ninguna de vosotras deberá acercarse a mí sin permiso a menos de un kilómetro. Y mejor aun sería que os mantuvieseis a esa distancia de palacio si no se os ha dado permiso. Os lo haré saber cuando esté dispuesto a acompañaros. Eso lo prometo. —De repente se puso de pie. Allí, encaramado en el estrado, estaba tan alto que las Aes Sedai tuvieron que doblar el cuello para mirarlo, y saltaba a la vista que eso les hacía tan poca gracia como las restricciones que acababa de imponerles. Tres rostros que parecían tallados en piedra se alzaron hacia él—. Podéis regresar a vuestra residencia ahora. Cuanto antes me ocupe de ciertas cosas, antes podré ir a la Torre. Os mandaré aviso cuando pueda recibiros otra vez.

No les gustaba nada que las despidiera tan repentinamente; o puede que fuera el hecho de despedirlas —eran las Aes Sedai quienes decían cuándo había terminado una audiencia—, mas poco podían hacer al respecto salvo reducir al máximo las reverencias; la contrariedad casi se hizo patente a través de la calma Aes Sedai. Mientras se volvían para marcharse, Rand habló de nuevo, en un tono coloquial:

—Oh, por cierto, casi lo olvido. ¿Cómo está Alviarin?

—Está bien. —Galina se quedó boquiabierta un momento, con los ojos como platos. Parecía sorprendida de haber hablado.

Coiren vaciló, a punto de aprovechar la ocasión para añadir algo más, pero Rand ofrecía

Librodot

una actitud impaciente, como si estuviese en un tris de empezar a dar golpecitos en el suelo con el pie. Cuando las mujeres se hubieron marchado, bajó del estrado, sopesando el trozo de lanza y con los ojos prendidos en las puertas por las que habían salido. Egwene fue a reunirse con él sin perder un momento.

—¿A qué juegas, Rand al'Thor? —Había dado media docena de pasos antes de que, al atisbar su imagen en los espejos, cayera en la cuenta de que había pasado a través de su tejido de *Saidin.* Bueno, al menos no sabía cuándo la había tocado—. ¿Y bien?

—Es una de las de Alviarin —musitó, pensativo—. Me refiero a Galina. Es una de las amigas de Alviarin. Apostaría por ello.

Plantándose delante de él, Egwene resopló.

—Perderías tu apuesta y además te clavarías una horca en el pie. Galina es una Roja, o yo no conozco a ninguna.

—¿Porque no le caigo bien? —Ahora la miraba, y la joven casi deseó que no lo hubiese hecho—. ¿Porque me tiene miedo? —No sonreía ni estaba irritado; ni siquiera la miraba con especial dureza, pero sus ojos parecían saber cosas que ella ignoraba. Y eso era algo que Egwene detestaba. Su sonrisa surgió tan de repente que la joven parpadeó—. Egwene, ¿esperas que crea que puedes descubrir el Ajah de una mujer por su cara?

—No, pero...

—De todos modos, hasta las Rojas pueden acabar siguiéndome. Conocen las Profecías tan bien como cualquiera. «La torre impoluta se rompe e hinca la rodilla ante el símbolo olvidado.» Escrito antes de que hubiese una Torre Blanca, pero ¿qué otra cosa podría ser «la torre impoluta»? ¿Y el símbolo olvidado? Mi estandarte, Egwene, con el antiguo símbolo de los Aes Sedai.

—¡Maldito seas, Rand al'Thor! —El juramento le salió con más torpeza de la que habría deseado; no estaba acostumbrada a decir esas cosas—. ¡Así te ciegue la Luz! No es posible que estés pensando realmente ir con ellas. ¡No es posible!

Sonrió divertido. ¡Divertido!

—¿Acaso no he hecho lo que querías? Lo que me dijiste que hiciera y lo que querías.

Egwene apretó los labios, furiosa. Malo era que él lo supiese, pero que encima se lo restregara en las narices, era de mala educación.

—Rand, por favor, escúchame. Elaida...

—La cuestión ahora es cómo hacerte volver a las tiendas sin que se enteren de que estabas aquí. Sospecho que tienen espías en palacio.

—¡Rand, tienes que...!

—¿Qué te parece un viajecito en uno de esos grandes cestos de ropa del lavadero? Podría encargar a un par de Doncellas que lo transportaran.

Faltó poco para que Egwene alzara las manos en un gesto exasperado. Estaba deseoso de librarse de ella, como lo había estado con las Aes Sedai.

—Mis propios pies bastarán, gracias. —¡Un cesto de ropa, vaya!—. No tendría que preocuparme por eso si me dijeses cómo vas y vienes de Caemlyn aquí cada vez que se te antoja. —No entendía por qué preguntárselo le escocía tanto, pero así era—. Sé que no puedes enseñarme; pero, si me dijeses cómo, quizá fuese capaz de discurrir cómo llevarlo a cabo con el *Saidar.*

En lugar de la broma a sus expensas que casi esperaba, Rand cogió un extremo de su chal con las dos manos.

—El Entramado —dijo—. Caemlyn. —Un dedo de la mano izquierda levantó el pico como si fuese el poste de una tienda—. Y Cairhien. —Un dedo de la otra mano hizo lo mismo con el otro pico, y luego unió ambos—. Doblo el Entramado y abro un agujero desde un punto al otro. No sé qué abro a través, pero no hay espacio entre un lado del agujero y el otro. —Dejó caer el chal—. ¿Te ayuda eso?

Egwene se mordió el labio y miró el chal frunciendo el ceño. No la ayudaba en absoluto. La mera idea de abrir un agujero en el Entramado le revolvía el estómago. Había

esperado que fuera como algo que había descifrado respecto al *Tel'aran'rhiod.* No es que tuviese intención de utilizarlo nunca, naturalmente, pero había tenido todo ese tiempo en sus manos, y las Sabias seguían rezongando de que las Aes Sedai preguntaban cómo entrar en persona. Pensó que la manera más sencilla sería crear una similitud —similitud parecía la única forma de describirlo— entre el mundo real y su reflejo en el Mundo de los Sueños. Ello debería originar un espacio donde fuera posible pasar simplemente del uno al otro. Si el método de viajar de Rand hubiese tenido aunque sólo fuese un ligero parecido con eso, Egwene habría estado dispuesta a intentarlo, pero así... El *Saidar* realizaba lo que una quería, siempre y cuando se recordase que era infinitamente más fuerte que una y que había que guiarlo con delicadeza; si se intentaba forzar algo indebido, el resultado era la muerte o la consunción antes de que se tuviera tiempo siquiera de gritar.

—Rand, ¿estás seguro de que no tendría más sentido hacer como una copia de las cosas o...? —No sabía cómo exponerlo pero, en cualquier caso, él sacudió la cabeza antes de que dejara la frase en el aire.

—Eso suena como cambiar el tejido del Entramado, ¿no? Creo que me haría pedazos si lo intentara. Abro un agujero. —Le dio un golpecito con la punta del dedo a modo de demostración.

Bien, no tenía sentido continuar con ese tema. Egwene se ajustó el chal en un gesto irritado.

—Rand, respecto a esos Marinos, no sé nada más que lo que he leído sobre ellos. —Sí que sabía más, aunque todavía no pensaba decírselo—. Sin embargo, creo que tiene que ser algo importante si se han visto empujados a llegar tan lejos a fin de hablar contigo.

—Luz —rezongó con aire abstraído—, saltas de un asunto a otro como una gota de agua al caer sobre una plancha caliente. Los recibiré cuando tenga tiempo. —Se frotó la frente y, por un instante, dio la impresión de que sus ojos miraban a través de la joven, sin verla. Luego parpadeó y de nuevo enfocó la vista en ella—. ¿Es que piensas quedarte hasta que regresen?

Luz, sí que tenía ganas de librarse de ella. Egwene se detuvo en la puerta, pero Rand parecía haberse olvidado ya de ella y, con las manos enlazadas a la espalda, hablaba consigo mismo, en tono muy quedo, pero la joven alcanzó a escuchar algo:

—¿Dónde te escondes, maldita sea? ¡Sé que estás ahí!

Sacudida por un escalofrío, Egwene salió al pasillo. Si en realidad empezaba a volverse loco ya, no había nada que hacer para cambiarlo. La Rueda giraba según sus designios, y había que aceptarlo así.

Al caer en la cuenta de que estaba observando a los sirvientes que pasaban arriba y abajo del pasillo, preguntándose cuáles podrían ser espías de las Aes Sedai, Egwene se obligó a dejar de hacerlo. La Rueda giraba según sus designios. Tras despedirse de Somara con un gesto de la cabeza, la joven cuadró los hombros y se esforzó al máximo para no dirigirse a hurtadillas hacia la puerta de servicio más próxima.

Apenas se habló mientras el mejor carruaje de Arilyn se alejaba del Palacio del Sol, seguido por la carreta que había transportado los arcones y que ahora sólo cargaba con las sirvientas y el conductor. Dentro del carruaje, Nesune se daba golpecitos en los labios con los dedos, pensativa. Un joven fascinante. Un objeto de estudio francamente interesante. Su pie tocaba una de las cajas de especímenes que había debajo del asiento; nunca iba a ninguna parte sin llevar consigo las cajas de especímenes correspondientes. Cualquiera pensaría que el mundo tenía que estar catalogado desde hacía mucho tiempo; sin embargo, desde su partida de Tar Valon había recogido y guardado cincuenta plantas y el doble de insectos, así como las pieles y los huesos de un zorro, tres variedades de alondra y no menos de cinco especies de ardillas de tierra que estaba segura de que no aparecían en los registros.

—No sabía que mantuvieses amistad con Alviarin —dijo Coiren al cabo de un rato.

Galina aspiró sonoramente el aire por la nariz.

—No hace falta ser amigas para saber que estaba bien cuando nos marchamos.

Nesune se preguntó si la hermana Roja era consciente de estar haciendo un mohín. Quizá no era un gesto, sino la forma de su boca, pero una tenía que aprender a vivir con su cara.

—¿Creéis que realmente lo sabía? —continuó Galina, refiriéndose a Rand—. ¿Que estábamos abrazando...? No, imposible. Tuvo que ser una conjetura, nada más.

Nesune prestó atención, aunque siguió dándose golpecitos en los labios con los dedos. Aquello era claramente un intento de cambiar de tema, además de un indicio de que Galina estaba nerviosa. El silencio se había prolongado durante tanto rato porque ninguna quería mencionar a al'Thor y no había otro tema de conversación posible. ¿Por qué Galina no quería hablar de Alviarin? Las dos no eran ciertamente amigas; eran contadas las Rojas que tenían amigas fuera de su Ajah. Nesune añadió el asunto en su lista mental.

—Pues si sólo hacía suposiciones, podría ganar una fortuna en las ferias. —Coiren no era tonta. Grandilocuente hasta la exageración, pero no tonta—. Por ridículo que pueda parecer, hemos de presuponer que es capaz de percibir el *Saidar* en una mujer.

—Eso podría resultar desastroso —masculló Galina—. No. Es imposible. Tiene que haberlo supuesto. Cualquier hombre con capacidad de encauzar daría por hecho que abrazaríamos el *Saidar.*

El mohín de la Roja irritaba a Nesune. Toda esta expedición en sí la irritaba. Se habría sentido más que satisfecha de formar parte de ella si se lo hubiesen pedido, pero Jesse Bilal no había pedido su opinión, sino que prácticamente la había empujado hasta su caballo. Funcionasen las cosas como funcionasen en otros Ajahs, no era propio que la cabeza del consejo de Marrones actuara así. Lo peor, sin embargo, era que las compañeras de Nesune estaban tan concentradas en el joven al'Thor que parecían estar ciegas a todo lo demás.

—¿Tenéis alguna idea —reflexionó en voz alta— de quién era la hermana que compartió nuestra entrevista?

Tal vez no había sido una hermana —tres mujeres Aiel habían aparecido de repente en la Biblioteca Real cuando estaba allí y dos de ellas podían encauzar—, pero lo dijo porque quería ver sus reacciones. No se llevó una desilusión; o, mejor dicho, sí que la decepcionaron. Coiren se limitó a sentarse más erguida, pero Galina la miró de hito en hito. Nesune no pudo menos de soltar un suspiro. Realmente estaban ciegas. Sólo a unos pasos de distancia de una mujer capaz de encauzar y no se habían percatado por la simple razón de que no podían verla.

—Ignoro cómo estaba oculta —prosiguió Nesune—, pero será interesante descubrirlo.

Tenía que haber sido obra de él o de lo contrario habrían visto el tejido del *Saidar.* Sus compañeras no le preguntaron si estaba segura pues sabían que sus conjeturas siempre eran acertadas.

—Es la confirmación de que Moraine está viva. —Galina se recostó con una torva sonrisa—. Sugiero que encarguemos a Beldeine que la encuentre. Entonces la cogeremos y la encerraremos en el sótano. Así no sólo la apartaremos de al'Thor, sino que los llevaremos juntos a Tar Valon. Dudo que él se dé cuenta siquiera, siempre y cuando pongamos suficiente oro brillando delante de sus narices.

Coiren sacudió la cabeza con énfasis.

—No tenemos más confirmación respecto a Moraine de la que teníamos antes. Podría tratarse de esa misteriosa Verde. En lo referente a encontrar a quienquiera que sea, estoy de acuerdo, pero hemos de considerar cuidadosamente lo demás. No quiero arriesgar todo lo que se ha planeado tan concienzudamente. Hay que tener presente que al'Thor está en contacto con esa hermana, sea quien sea, y que su petición de disponer de un poco de tiempo podría muy bien ser una estrategia. Afortunadamente disponemos de tiempo.

Galina, aunque de mala gana, asintió; antes se casaría y se establecería en una granja que poner en peligro los planes.

Nesune se permitió soltar un quedo suspiro. Aparte de la pomposidad, el único fallo real de Coiren era señalar lo obvio. Tenía una buena cabeza cuando la utilizaba. Y era cierto que disponían de tiempo. Su pie volvió a tocar una de las cajas de especímenes. Tomaran el giro

que tomaran los acontecimientos, el trabajo que se proponía escribir sobre al'Thor sería la culminación de su obra.

Librodot

CAPÍTULO 5

Cartas

Que Lews Therin estaba allí no le cabía duda alguna a Rand, pero en su cabeza no sonaba un solo susurro que no fuese suyo. Durante el resto del día procuró pensar en otras cosas, por superfluas que fuesen. Berelain estaba con los nervios de punta a causa de las muchas veces que se acercó a ella para preguntarle sobre algo que la mujer era perfectamente capaz de manejar sin su intervención; Rand no estaba seguro, pero tenía la impresión de que empezaba a esquivarlo. Hasta Rhuarc comenzó a traslucir cierta expresión de sentirse acosado después de que Rand lo atosigó por décima vez respecto a los Shaido; éstos no se habían movido, y las únicas alternativas que Rhuarc veía era o dejarlos en la Daga del Verdugo de la Humanidad o sacarlos de allí a la fuerza. Herid Fel andaba perdido por ahí como solía hacer, según se apresuró a señalar Idrien, y no había modo de dar con él; cuando Fel se sumía en reflexiones a veces también se perdía en la ciudad. Rand gritó a la mujer, a pesar de que ni era culpa suya que hubiese desaparecido ni responsable del estudioso, pero la dejó pálida y temblando. El mal humor de Rand tenía el mismo efecto que una serie de tormentas desplazándose desde el horizonte de manera consecutiva. Gritó a Meilan y a Maringil hasta que estuvieron temblando de pies a cabeza y se marchó dejándolos pálidos como cadáveres; redujo a lady Colavaere a un manojo de nervios, lágrimas y palabras incoherentes, e incluso consiguió que Anaiyella saliera corriendo con las faldas recogidas hasta las rodillas. De hecho, cuando Amys y Sorilea se presentaron para preguntarle qué le habían dicho las Aes Sedai, también les gritó a ellas; a juzgar por el gesto de Sorilea cuando se marchaban, Rand sospechó que quizás ésa era la primera vez que alguien le había levantado la voz. Y todo por saber, por tener la certeza, de que Lews Therin estaba realmente allí, no sólo una voz, sino un hombre, metido dentro de su cabeza.

Casi le dio miedo quedarse dormido cuando cayó la noche; miedo de que Lews Therin pudiera tomar el control mientras dormía. Cuando por fin se quedó dormido, los agitados sueños le hicieron dar vueltas en la cama y mascullar. Con las primeras luces del día colándose por la ventana, Rand despertó enredado en las sábanas empapadas de sudor, con los ojos irritados, un sabor a podredumbre en la boca y las piernas doloridas. Los sueños que recordaba eran todos de estar huyendo a la carrera de algo que no veía. Se levantó del enorme lecho de dosel e hizo sus abluciones en un lavamanos dorado. Como el cielo empezaba apenas a tomar el color gris que anuncia el alba, el *gai'shain* que traería agua caliente no había aparecido todavía, pero Rand se arregló con la que quedaba de la noche anterior.

Casi había terminado de afeitarse cuando se quedó en suspenso, con la cuchilla pegada a la cara, observándose en el espejo de pared. Corriendo. Había estado convencido de que era de los Renegados de quienes huía en sus sueños, o del Oscuro o del Tarmon Gai'don o puede que incluso de Lews Therin. Qué engreído; había dado por supuesto que el Dragón Renacido soñaría que lo perseguía el Oscuro. A pesar de todas sus protestas de ser Rand al'Thor, por lo visto le costaba tan poco trabajo olvidar eso como a los demás. Rand al'Thor había huido de Elayne, de su miedo de amar a Elayne, al igual que había huido por temor a amar a Aviendha.

El espejo se hizo añicos y los pedazos cayeron en la palangana de porcelana. Los trozos que quedaban en el marco le devolvían una imagen fragmentada de su rostro.

Soltó el *Saidin* y con deliberada lentitud arrastró el resto de espuma con la cuchilla y

dobló la navaja de afeitar. Se acabó el correr. Haría lo que debía hacer, pero se había acabado el huir.

Dos Doncellas aguardaban en el corredor cuando salió de la habitación. Harilin, una larguirucha pelirroja que debía de tener más o menos su edad, corrió en busca de las demás tan pronto como lo vio aparecer por la puerta. La otra, Chiarid, una mujer rubia de ojos chispeantes y lo bastante mayor para ser su madre, lo acompañó por los pasillos, en los que se movían sólo unos pocos sirvientes que se sorprendieron al verlo levantado tan temprano. Por lo general a Chiarid le encantaba hacer bromas a sus expensas cuando estaban solos —Rand incluso entendía unas cuantas; la Doncella lo veía como a un hermano pequeño al que hacía falta bajarle un poco los humos—, pero la mujer advirtió su estado de ánimo y no dijo palabra. Y lanzó una mirada de desagrado a su espada, pero sólo una.

Nandera y el resto de las Doncellas los alcanzaron antes de que estuvieran a mitad de camino de la cámara de Viajes, y supieron interpretar su gesto y su silencio de inmediato. Otro tanto ocurrió con los mayenienses y los Ojos Negros que hacían guardia ante la cincelada puerta cuadrada. Rand pensaba ya que se marcharía de Cairhien sin que nadie hubiese pronunciado una palabra cuando una joven vestida con los colores rojo y azul de la servidumbre personal de Berelain entró corriendo en la estancia e hizo una profunda reverencia justo en el momento en que él abría el acceso.

—La Principal os envía esto —jadeó al tiempo que le tendía una carta lacrada con un gran sello verde. Por lo visto la muchacha había corrido todo el camino intentando dar con él—. Es de los Marinos, mi señor Dragón.

Rand se guardó la misiva en un bolsillo de la chaqueta y traspasó el acceso haciendo caso omiso de las preguntas de la joven sirvienta sobre si había alguna respuesta. El silencio le cuadraba perfectamente esa mañana. Pasó el pulgar sobre la talla del Cetro del Dragón. Sería firme y duro y dejaría atrás toda su autocompasión.

El oscuro Salón del Trono de Caemlyn trajo de nuevo a Alanna agazapada en un rincón de su mente. Allí era de noche todavía, pero la Aes Sedai estaba despierta; Rand lo sabía con tanta certeza como que la mujer había estado llorando, como que sus lágrimas habían cesado unos instantes después de que él cerró el acceso una vez que hubo pasado la última Doncella. Un pequeño resto de indescifrable emoción permanecía en el fondo de su mente, mas estaba seguro de que ella sabía que había vuelto. Sin duda la Aes Sedai y su vínculo habían tenido también parte de culpa en su huida, pero Rand aceptaba ahora el vínculo aunque no le gustara. Esa idea casi le hizo soltar una risa irónica; más le valía aceptarlo, puesto que le era imposible cambiarlo. La mujer le había atado un hilo —simplemente un hilo; Luz, que no fuera nada más— y no debería causar problemas a no ser que la dejara aproximarse lo suficiente para convertirlo en una correa. Ojalá Thom Merrilin estuviese allí; seguramente el juglar sabía todo cuanto había que saber sobre Guardianes y vínculos; sabía cosas realmente sorprendentes. En fin, si encontraba a Elayne encontraría a Thom y no había que darle más vueltas al asunto.

El *Saidin* creó un globo de luz, con Fuego y Aire, para alumbrarle el camino fuera del Salón del Trono. Las antiguas reinas, ocultas en la oscuridad allá arriba, no lo perturbaron en absoluto. Sólo eran retratos en cristales de colores.

No pudo decir lo mismo de Aviendha. Nandera despidió a las Doncellas a las puertas de sus aposentos, excepto a Jalani, y las dos entraron con él para registrar las habitaciones mientras él utilizaba el Poder para encender las lámparas y dejaba el Cetro del Dragón sobre una mesita con incrustaciones de marfil que tenía mucho menos dorado de lo que habría tenido de estar en el Palacio del Sol. Ocurría lo mismo con todos los muebles, menos oro y más talla, por lo general de leones o rosas. Una enorme alfombra roja cubría el suelo, con hilo de oro perfilando el dibujo de rosas.

Si no hubiese estado conectado con el *Saidin,* Rand dudaba que hubiese oído los suaves pasos de las Doncellas; pero, antes de que las dos mujeres hubiesen cruzado la antesala, Aviendha salió de la habitación con el cabello despeinado y el cuchillo en la mano. Y sin más

Librodot

vestimenta que su piel. Al verlo se quedó rígida como un poste y volvió sobre sus pasos, casi corriendo. A través de la puerta apareció una lucecilla al encenderse una lámpara. Nandera soltó una queda risita e intercambió una mirada divertida con Jalani.

—Jamás entenderé a los Aiel —rezongó Rand a la par que cortaba el contacto con la Fuente. No lo dijo porque las Doncellas encontraran chusca la situación; hacía mucho que había renunciado a comprender el humor Aiel. Era por Aviendha. A lo mejor a ella le parecía muy divertido desnudarse delante de él para acostarse, pero con que sólo le viera el tobillo cuando la joven no se proponía enseñarlo bastaba para que se convirtiera en una gata escaldada. Por no mencionar que lo culpaba a él. Nandera soltó otra risita.

—No es a los Aiel a los que no puedes entender, sino a las mujeres —dijo—. Ningún hombre nos entiende.

—Por otro lado —intervino Jalani—, los hombres son muy simples.

Rand la miró fijamente, y las mejillas de la muchacha, todavía con algunas redondeces de la adolescencia, se tiñeron con un leve rubor. Nandera parecía a punto de estallar en carcajadas.

«La muerte», susurró Lews Therin.

Rand se olvidó de golpe de todo lo demás.

«¿La muerte? ¿A qué te refieres?»

«Llega la muerte.»

«¿Qué clase de muerte? —demandó Rand—. ¿De qué hablas?»

«¿Quién eres? ¿Dónde estoy?»

Rand sintió como si una mano le apretara la garganta. Estaba seguro, claro, pero... Ésta era la primera vez que Lews Therin le había dicho algo, algo clara y evidentemente dirigido a él.

«Soy Rand al'Thor. Y tú estás dentro de mi cabeza.»

«¿Dentro de...? ¡No! ¡Yo soy yo! ¡Soy Lews Therin Telamon! ¡Yo soy yooooo!» El grito se perdió en la distancia.

«¡Vuelve! —gritó Rand—. ¿Qué muerte? ¡Respóndeme, maldito seas!»

Silencio. Rand rebulló con inquietud. Mejor saberlo, pero estar hablando mentalmente con un hombre muerto lo hacía sentirse manchado, como el ligero roce de la infección del *Saidin.*

Alguien le tocó el brazo, y Rand estuvo a punto de aferrar la Fuente de nuevo antes de darse cuenta de que era Aviendha. Debía de haberse metido la ropa a toda prisa, pero parecía como si hubiese empleado una hora en arreglarse a su gusto hasta el último pelo. La gente decía que los Aiel no mostraban emociones, pero la realidad es que eran más reservados que la mayoría. Sus rostros traslucían tanto como el de cualquier persona si uno sabía qué buscar en ellos. Y Aviendha estaba sosteniendo una lucha interna entre la preocupación y el deseo de estar furiosa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven.

—Sólo estaba pensando —contestó. Y no era mentira. «¡Respóndeme, Lews Therin! ¡Vuelve y respóndeme!» ¿Cómo se le habría ocurrido pensar que el silencio encajaba a la perfección con la mañana?

Por desgracia, Aviendha dio por buena su respuesta y, puesto que no había nada por que preocuparse... se puso en jarras. Eso era algo que sí entendía en las mujeres, ya fuesen Aiel, de Dos Ríos o de cualquier otro lugar; sin lugar a dudas, ponerse en jarras significaba problemas. No habría hecho falta que se molestara en encender las lámparas, porque los ojos de Aviendha habrían bastado para iluminar la habitación.

—Te fuiste sin mí otra vez. Prometí a las Sabias que estaría contigo en todo momento hasta que tenga que marcharme, pero has reducido mi promesa a nada. Tienes *toh* conmigo por esto, Rand al'Thor. Nandera, de ahora en adelante se me comunicará adónde va y cuándo. No hay que permitirle marcharse sin mí si he de acompañarlo.

—Se hará como quieres, Aviendha —respondió la Doncella sin vacilar un instante.

—¡Eh, un momento! —las increpó Rand—. No se informará de mis idas y venidas a nadie salvo si yo digo que se haga.

—He dado mi palabra, Rand al'Thor —respondió Nandera con un timbre impasible mientras lo miraba directamente a los ojos, sin la menor intención de dar marcha atrás.

—Igual que la doy yo —abundó Jalani con idéntica impasibilidad.

Rand abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Maldito *ji'e'toh.* No tendría sentido mencionar que era el *Car'a'carn,* naturalmente. Aviendha parecía un tanto sorprendida de que incluso hubiese protestado; por lo visto para ella era un resultado inevitable. Rand movió los hombros con intranquilidad, aunque no a causa de Aviendha. Esa sensación de suciedad seguía allí, y más intensa. Quizá Lews Therin había vuelto. Lo llamó en silencio, pero tampoco ahora hubo respuesta.

Un toque en la puerta precedió por segundos a la entrada de la señora Harfor, que hizo su habitual reverencia. La primera doncella no acusaba lo temprano de la hora, por supuesto; en cualquier momento del día Reene Harfor ofrecía el aspecto de acabar de vestirse.

—Ha habido llegadas a la ciudad, mi señor Dragón, y lord Bashere creyó que se os debería comunicar lo más pronto posible. Lady Aemlyn y lord Culhan entraron ayer a mediodía y se han instalado con lord Pelivar. Lady Arathelle llegó una hora después, con un nutrido séquito. Lord Barel, lord Macharan, lady Sergase y lady Negara entraron por separado durante la noche, con sólo una reducida escolta cada uno. Ninguno ha presentado sus respetos en palacio. —Manifestó esto último con el mismo tono inexpresivo, sin el menor atisbo de su propia opinión.

—Son buenas noticias —respondió Rand, y lo eran, ni que hubiesen presentado sus respetos ni que no. Aemlyn y su esposo Culhan eran casi tan poderosos como Pelivar, y Arathelle más poderosa que ninguno excepto Dyelin y Luan. Los demás pertenecían a casas menores y sólo Barel ostentaba el título de Cabeza Insigne de su casa, pero los nobles que se habían opuesto a «Gaebril» empezaban a agruparse. Al menos eran buenas noticias siempre y cuando encontrara a Elayne antes de que decidiesen arrebatarle Caemlyn.

La señora Harfor lo observó un instante y después le tendió una carta sellada con cera azul.

—Esto se entregó en palacio ayer a última hora, mi señor Dragón. Lo trajo un mozo de cuadras. Un mozo de cuadras muy sucio. La Señora de las Olas de los Marinos no estaba muy complacida de que os hubieseis ido cuando acudió a la audiencia concedida. —Esta vez la desaprobación era claramente patente en su voz, aunque era imposible saber si la causaba la actitud de la Señora de las Olas o que Rand faltara a la audiencia o el modo en que se había entregado la misiva.

Rand suspiró; había olvidado por completo a los Marinos que estaban en Caemlyn. Eso le recordó la carta que le habían entregado en Cairhien, y la sacó del bolsillo. Tanto la cera verde como la azul llevaban la misma impresión, aunque no supo interpretar su significado. Eran dos cosas como cuencos someros, con una gruesa línea de adorno pasando de uno al otro. Las dos cartas iban dirigidas al «Coramoor» quienquiera o lo que quiera que fuese. Él, suponía. Quizás era así la manera en que los Marinos llamaban al Dragón Renacido. Rompió el sello azul en primer lugar. No había encabezamiento ni saludo y desde luego su redacción no se parecía en nada a los escritos que Rand había visto dirigidos al Dragón Renacido.

> «Si la Luz quiere, quizá regreséis finalmente a Caemlyn. Ya que he viajado tan lejos para veros, tal vez encuentre tiempo para ello cuando hayáis vuelto.
>
> »Zaida din Parede Ala Negra
> »Señora de la Olas del clan Catelar.»

Por lo visto la señora Harfor tenía razón: la Señora de las Olas no estaba muy contenta precisamente. La misiva del sello verde contenía un mensaje que no era mucho mejor:

«Si la Luz quiere, os recibiré a bordo del *Espuma blanca* a la mayor brevedad posible.

»Harine din Togara Dos Vientos
»Señora de la Olas del clan Shodin.»

—¿Son malas noticias? —se interesó Aviendha.

—No lo sé. —Rand, que miraba las misivas con el entrecejo fruncido, apenas fue consciente de que la señora Harfor dejaba entrar a una mujer con el uniforme rojo y blanco e intercambiaba unas quedas palabras con ella. Ninguna de las dos mujeres de los Marinos parecía ser alguien con quien apeteciera pasar una hora siquiera. Había leído todas las traducciones de las Profecías del Dragón que había logrado encontrar y, a pesar de que las más claras resultaban a menudo confusas, Rand no recordaba nada que hiciera alusión a los Atha'an Miere. Quizás al encontrarse en sus barcos en plena mar y en sus lejanas islas fuera un pueblo no afectado por él ni por el Tarmon Gai'don. Le debía una disculpa a la tal Zaida, pero tal vez podía endilgarle el asunto a Bashere; ciertamente el mariscal poseía suficientes títulos para halagar la vanidad de cualquiera—. Creo que no.

La criada que acababa de entrar se arrodilló ante él, con la canosa cabeza inclinada y las manos alzadas tendiéndole otra carta, ésta en un grueso pergamino. La postura de la mujer lo hizo parpadear; ni siquiera en Tear había visto a ningún criado en una actitud tan servil y mucho menos en Andor. La señora Harfor tenía fruncido el ceño y sacudía la cabeza.

—Esto ha llegado para mi señor Dragón —dijo la mujer arrodillada, sin alzar la vista hacia él.

—¿Sulin? —musitó Rand sin salir de su asombro—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué vas vestida con esa... ropa?

Sulin levantó la cara; ofrecía un aspecto horrible, como un lobo intentando con todas sus fuerzas fingir ser un ciervo.

—Es el uniforme que llevan las mujeres que sirven y obedecen lo que les ordenan a cambio de dinero. —Movió la carta que todavía sostenía en las manos alzadas—. Se me ordenó que dijera que esto acababa de llegar para mi señor Dragón, traído por un... jinete que partió tan pronto como lo entregó.

La primera doncella chasqueó la lengua con irritación.

—Quiero una respuesta clara, nada de evasivas —espetó Rand al tiempo que cogía de un manotazo el pergamino. La mujer se incorporó de un brinco tan pronto como él lo tuvo en sus manos—. ¡Vuelve aquí, Sulin! ¡Sulin, quiero que me respondas!

Pero la Aiel se alejó corriendo en dirección a las puertas tan deprisa como si llevara puesto el *cadin'sor* y salió del cuarto.

Por alguna razón, la señora Harfor asestó una mirada fulminante a Nandera.

—Te dije que no funcionaría. Y también os dije a las dos que mientras llevase el uniforme de palacio esperaba que hiciera honor a ello, ya sea una Aiel o la reina de Saldaea.

Tras hacer una breve reverencia a Rand y pronunciar un precipitado «mi señor Dragón», la primera doncella salió a paso vivo de la habitación al tiempo que rezongaba algo sobre los locos Aiel.

Rand no podía estar más de acuerdo con ella. Su mirada fue de Nandera a Aviendha y de ésta a Jalani. Ninguna de las tres parecía asombrada ni lo más mínimo, como si no hubiesen visto algo totalmente inusitado.

—Por la Luz bendita, ¿vais a contarme qué ocurre? ¡Ésa era Sulin!

—Al principio —empezó Nandera—, Sulin y yo fuimos a las cocinas. Ella creía que restregar ollas y cosas por el estilo sería lo apropiado. Pero el tipo que había allí dijo que no necesitaba más fregonas; parecía pensar que Sulin estaría peleando con las demás a todas horas. No era muy alto —alzó la mano por debajo de la barbilla de Rand—, pero sí corpulento, y creo que se habría ofrecido a danzar las lanzas con nosotras si no nos hubiésemos marchado. Entonces acudimos a la mujer llamada Reene Harfor ya que parecía

Librodot

ser la señora del techo aquí. —Una leve mueca de desagrado asomó fugazmente a su rostro; una mujer podía ser o no una señora del techo, pero en el modo de pensar Aiel no había lugar para una primera doncella—. Aunque no lo entendió acabó accediendo. Por un momento pensé que Sulin iba a cambiar de idea cuando comprendió que Reene Harfor se proponía hacerle poner un vestido, pero no lo hizo, claro es. Sulin tiene más entereza que yo. De estar en su lugar, habría preferido que me hiciese *gai'shain* un *Seia Doon* nuevo.

—Y yo habría preferido que me azotase el hermano primero de mi peor enemigo delante de mi madre, a diario durante un año entero —abundó Jalani.

Nandera estrechó los ojos en un gesto de desaprobación y sus dedos hicieron intención de moverse, aunque en lugar de utilizar el lenguaje de señas espetó con parsimonia:

—Fanfarroneas más que un Shaido, chica.

Si Jalani hubiese sido mayor, a buen seguro que los tres insultos deliberados habrían ocasionado problemas, pero en cambio la joven apretó los ojos para no ver a quienes habían sido testigos de la humillación. Rand se pasó los dedos entre el pelo.

—¿Que Reene no lo entendió? Yo sí que no lo entiendo, Nandera. ¿Por qué está haciendo Sulin esto? ¿Es que ha renunciado a la lanza? Si se ha casado con un andoreño —cosas más raras habían pasado a su alrededor—, le daré suficiente oro para comprar una granja o lo que quieran. No tiene que convertirse en una criada.

Jalani abrió los ojos de golpe; las tres mujeres lo miraban como si fuese él el que se había vuelto loco.

—Sulin cumple su *toh,* Rand al'Thor —manifestó firmemente Aviendha, que estaba muy erguida y lo miraba directamente a los ojos en una muy buena imitación de Amys. Sólo que cada día había menos de imitación y más de sí misma—. Esto no te incumbe.

Jalani asintió mostrándose completamente de acuerdo. Nandera se limitó a permanecer en silencio, examinando la punta de una lanza.

—Sulin me concierne —replicó Rand—. Si le pasa algo...

De repente recordó el intercambio de palabras que había escuchado antes de ir a Shadar Logoth. Nandera había acusado a Sulin de hablar a una *gai'shain* como si fuera una *Far Dareis Mai,* y Sulin lo admitió y dijo que se ocuparían de eso después. No había visto a Sulin desde su regreso de Shadar Logoth, pero había dado por sentado que estaba enfadada con él y había dejado que otras se ocuparan de la tarea de protegerlo. Qué estupidez por su parte. Estar cerca de los Aiel durante tanto tiempo debería haberle bastado para aprender algo sobre el *ji'e'toh,* y las Doncellas en especial eran más susceptibles que cualquiera, salvo quizá los Soldados de Piedra y los Ojos Negros. Y luego estaba Aviendha y sus intentos de convertirlo en Aiel.

Esta situación era simple; o tan simple como podía ser cualquier cosa con el *ji'e'toh.* Si no hubiese estado tan absorto en sí mismo se habría dado cuenta desde el principio. Era posible recordarle a diario a una señora del techo lo que era, mientras llevara las ropas blancas de *gai'shain* —resultaba muy humillante, pero estaba permitido e incluso se fomentaba a veces—, pero para los miembros de nueve de las trece asociaciones guerreras hacerles tal recordatorio representaba una profunda humillación salvo en un puñado de circunstancias que Rand no conseguía recordar. La asociación de las *Far Dareis Mai* estaba entre esas nueve. Era uno de los contados modos de incurrir en *toh* hacia un *gai'shain,* pero se lo consideraba la obligación más dura de cumplir de todas. Aparentemente Sulin había escogido cumplirla al aceptar una humillación mayor, a los ojos de los Aiel, que aquella en la que había incurrido. Era su *toh,* y también le correspondía el derecho a elegir cómo saldarlo y hasta cuándo hacer aquello que más despreciaba. ¿Quién iba a saber mejor que ella el valor de su honor y la profundidad de su obligación? Con todo, si estaba haciendo aquello era debido a que él no le había dado tiempo suficiente para reunir a la escolta.

—Fue culpa mía —dijo.

Rand dijo justo lo que no debía decir. Jalani le lanzó una extraña mirada de sobresalto. Aviendha enrojeció de vergüenza; le había repetido hasta la saciedad que no había excusa posible con el *ji'e'toh.* Si salvar a un hijo llevaba a contraer una obligación con un enemigo

Librodot

acérrimo, se pagaba el precio sin rechistar.

La mirada que Nandera dirigió a Aviendha podría, en el mejor de los casos, describirse como desdeñosa.

—Si dejases de soñar despierta con sus cejas podrías enseñarle mejor.

El semblante de Aviendha se tornó sombrío por la indignación, pero Nandera hizo unos rápidos signos del lenguaje de las manos a Jalani y ésta prorrumpió en carcajadas en tanto que Aviendha se ponía colorada hasta la raíz del pelo y su expresión se tornaba de nuevo avergonzada. Rand casi esperaba oír una oferta de danzar las lanzas. Bueno, no exactamente; Aviendha le había enseñado que ni las Sabias ni sus aprendizas hacían tal cosa. Empero, no le habría sorprendido que la joven le atizara un bofetón a Nandera. En consecuencia, se apresuró a intervenir para evitar que ocurriera algo así.

—Puesto que fui yo quien causó que Sulin actuara como lo hizo, ¿no habré incurrido en *toh* con ella?

Por lo visto, sí era posible hacer más el tonto de lo que ya lo había hecho. A saber cómo, el rostro de Aviendha se puso todavía más colorado y Jalani pareció sentir un repentino y profundo interés en la alfombra que estaba pisando. Hasta Nandera daba la impresión de estar un tanto desilusionada por su ignorancia. Podían decirle a uno que tenía *toh,* aunque era ofensivo, o se lo podían recordar, pero de modo que diera a entender que uno lo ignoraba. Bien, pues él sabía que lo tenía. Podía empezar por ordenar a Sulin que abandonara ese ridículo trabajo como sirvienta, que volviera a vestir el *cadin'sor* y... E impedirle que cumpliera con su *toh.* Cualquier cosa que él hiciese para aligerar su carga interferiría con el honor de la Doncella. Su *toh,* su decisión. Había algo en ello, pero Rand no veía qué. A lo mejor podía preguntarle a Aviendha. Lo haría después, cuando preguntarle no la llevara a morirse de vergüenza. La expresión plasmada en los semblantes de las tres mujeres dejaba muy claro que ya la había avergonzado más que de sobra para mucho tiempo. Luz, qué desastre.

Mientras se devanaba los sesos para encontrar una salida a la situación cayó en la cuenta de que todavía tenía en la mano la carta que Sulin le había llevado. Se metió el pergamino en un bolsillo para desabrocharse el cinturón de la espada y soltar el arma encima del Cetro del Dragón, tras lo cual volvió a sacar la misiva. ¿Quién le enviaría un mensaje con un jinete que ni siquiera había hecho un alto para desayunar? Por fuera no había nada escrito, ningún nombre; sólo el correo, ahora desaparecido, podría haber dicho a quién iba dirigido. Esta vez tampoco reconoció el sello, una especie de flor impresa en cera púrpura, pero el contenido, redactado en una escritura refinada, lo hizo sonreír pensativamente:

> «Primo:
> «Vivimos un momento muy delicado, pero siento que debo escribiros para aseguraros mi buena voluntad y para expresar mi esperanza de recibir la vuestra a cambio. No temáis; sé quién sois y os reconozco como tal, pero hay quienes no verían con buenos ojos que nadie se pusiera en contacto directo con vos, sin su mediación. Sólo pido que guardéis mis confidencias en el benevolente fuego de vuestro corazón.
>
> «Alliandre Maritha.»

—¿Por qué sonríes? —preguntó Aviendha al tiempo que echaba una ojeada curiosa a la carta. Todavía quedaba un resto de ira en la comisura de sus labios por lo que le había hecho pasar.

—Porque es agradable tener noticias de alguien que actúa de manera sencilla —le contestó.

El Juego de las Casas era sencillo comparado con *el ji'e'toh.* El nombre bastaba para hacerle saber quién enviaba la misiva; pero, si el pergamino caía en las manos equivocadas, parecería una nota para un amigo o quizás una afectuosa contestación a una petición.

Alliandre Maritha Kigarin, por la Gracia de la Luz reina de Ghealdan, jamás firmaría de un modo tan familiar una carta a alguien a quien no conocía, y menos aun al Dragón Renacido. Era obvio que le preocupaban los Capas Blancas de Amadicia y el Profeta, Masema. Al final tendría que hacer algo respecto a Masema. Alliandre se mostraba cauta, sin arriesgarse en ese escrito más de lo estrictamente necesario, además de insinuarle que quemara la misiva. El benevolente fuego de su corazón. Con todo, era la primera vez que un dirigente había dado un paso hacia él voluntariamente, sin que tuviera a su nación entre la espada y la pared. Bien, ahora sólo hacía falta que encontrara a Elayne para poder entregarle Andor antes de tener que librar de nuevo otra batalla aquí.

La puerta se abrió suavemente y Rand alzó la cabeza; pero, al no ver a nadie, puso de nuevo su atención en la carta, preguntándose si sabría leer todo lo que había entre líneas. Repasó de nuevo la misiva mientras se frotaba la nariz. Lews Therin y su cháchara sobre la muerte. No conseguía librarse de aquella sensación de suciedad.

—Jalani y yo ocuparemos nuestros puestos en el pasillo —informó Nandera.

Rand asintió abstraído, sin quitar los ojos de la carta. A buen seguro que, con un primer vistazo, Thom descubriría otras seis cosas que a él se le habían pasado por alto.

Aviendha posó una mano en su brazo, pero la retiró bruscamente.

—Rand al'Thor, he de hablar contigo muy en serio.

De repente todo encajó en la mente de Rand. La puerta se había abierto. Percibía el hedor a suciedad; no era solamente una sensación, bien que tampoco podía describirse exactamente como un olor. Soltó la carta, apartó a Aviendha de un empujón lo bastante fuerte para que la joven perdiese el equilibrio y se cayera —la muchacha lanzó un grito de sorpresa, pero cayó lejos de él, por suerte, lejos del peligro; fue como si todo se lentificara—, y aferró el *Saidin* a la par que giraba sobre sí mismo.

Nandera y Jalani se volvían en ese momento para ver qué había hecho gritar a Aviendha. Rand tuvo que forzar la vista al máximo para localizar al hombre alto vestido con una chaqueta gris y al que ninguna de las dos Doncellas había visto en absoluto mientras se deslizaba justo a su lado, con los terribles ojos sin vida clavados en él. Incluso concentrándose, Rand tuvo que bregar para que la vista no se desviara del Hombre Gris, porque eso era: uno de los asesinos de la Sombra. En el momento en que la carta tocaba el suelo, el Hombre Gris comprendió que Rand lo había visto. El grito de Aviendha todavía resonaba en el aire y ella aún no había tocado con el trasero en el suelo cuando un cuchillo apareció en la mano del Hombre Gris, que aprestó el arma mientras se abalanzaba hacia adelante. Rand lo envolvió en flujos de Aire casi con desdén. Y entonces, de repente, un haz de fuego, grueso como la muñeca de un hombre, le pasó junto al hombro y abrió en el tórax del Hombre Gris un agujero lo bastante ancho para que cupiera un puño. El asesino murió sin tener tiempo siquiera de estremecerse; su cabeza se dobló hacia abajo con aquellos ojos, tan muertos como antes, todavía prendidos en Rand al'Thor.

Muerto, lo que quiera que se le hubiese hecho al Hombre Gris para que resultara casi imposible de ver dejó de funcionar. Muerto, de repente se tornó tan visible como cualquier persona. Aviendha, que empezaba a levantarse del suelo, soltó un grito de sobresalto y Rand notó que se le ponía la piel de gallina, prueba de que la joven había abrazado el *Saidar.* La mano de Nandera subió rápidamente hacia el velo a la par que ahogaba una exclamación, y Jalani se cubrió a medias con el suyo.

Rand dejó que el cadáver se desplomara, pero no soltó el *Saidin* al volverse para mirar a Taim, que estaba plantado en el umbral del dormitorio.

—¿Por qué lo has matado? —Sólo una parte de la fría dureza de su voz podía achacarse a encontrarse en el vacío—. Lo tenía inmovilizado; podría habernos contado algo, tal vez incluso quién lo había enviado. En cualquier caso ¿qué haces aquí, metiéndote a hurtadillas en mi dormitorio?

Taim entró en la antesala haciendo gala de una absoluta tranquilidad; llevaba una chaqueta negra con bordados de dragones enroscados alrededor de las mangas, en azul y oro.

Aviendha se incorporó precipitadamente y, a despecho del *Saidar,* la expresión de sus ojos daba a entender que lo mismo podía utilizar contra Taim el cuchillo que empuñaba que enfundarlo de nuevo. Nandera y Jalani se habían cubierto con el velo y estaban de puntillas y con las lanzas prestas. Taim hizo caso omiso de las mujeres; Rand notó que el hombre cortaba el contacto con el Poder. Taim no parecía siquiera preocupado por que el *Saidin* hinchiera a Rand todavía. Aquel peculiar gesto que insinuaba una sonrisa bailó en sus labios cuando miró al Hombre Gris muerto.

—Qué repugnantes estos Sin Alma. —Cualquier otra persona se habría estremecido, pero no Taim—. Llegué a vuestro balcón a través de un acceso porque pensé que querríais saber la noticia cuanto antes.

—¿Hay alguien que aprende demasiado deprisa? —lo interrumpió Rand y de nuevo apareció aquel atisbo de sonrisa en el otro hombre.

—No, ninguno de los Renegados se esconde tras un disfraz, a no ser que se las haya ingeniado para hacerse pasar por un muchacho de apenas veinte años. Se llama Jahar Narishma y posee el don innato, aunque todavía no lo ha desarrollado. Por lo general en los hombres suele manifestarse después que en las mujeres. Deberíais volver a la escuela; os sorprenderían los cambios habidos.

Rand no lo dudaba. Jahar Narishma no era un nombre andoreño; que él supiera, el Viaje no tenía límites, pero al parecer Taim estaba llevando a cabo su reclutamiento en lugares muy lejanos. Rand no dijo nada y se limitó a contemplar fijamente el cadáver desplomado en la alfombra. Taim torció el gesto, irritado, pero no perdió la compostura.

—Creedme, desearía tanto como vos que aún viviera. Lo vi y actué sin pensar; lo último que querría es que murieseis. Lo inmovilizasteis en el momento en que encaucé, pero ya era demasiado tarde para frenarlo.

«Tengo que matarlo», murmuró Lews Therin, y el Poder hinchió a Rand. Petrificado, Rand se esforzó denodadamente para apartar el *Saidin,* y tuvo que emplearse a fondo porque Lews Therin trataba de aferrarlo, trataba de encauzar. Por último, lentamente, el Poder Único lo abandonó como el agua en un cubo con un agujero en el fondo.

«¿Por qué? —demandó—. ¿Por qué quieres matarlo?» Por toda respuesta hubo una risa demente y un lejano sollozo.

Aviendha lo observaba con una profunda preocupación plasmada en su semblante. Había enfundado el cuchillo, pero el hormigueo en la piel le reveló a Rand que no había soltado el *Saidar.* Las dos Doncellas se habían bajado el velo, ahora que parecía evidente que la aparición de Taim no era una amenaza; con todo, se las ingeniaron para no perder de vista al hombre al tiempo que vigilaban el resto de la sala y además se dirigían miradas avergonzadas la una a la otra por alguna razón.

Rand tomó asiento en una silla que había junto a la mesa donde había dejado su espada encima del Cetro del Dragón. El forcejeo interno sólo había durado unos instantes, pero sentía flojas las piernas. Lews Therin había estado a punto de hacerse con el control o, al menos, a punto de aferrar el *Saidin.* En otras ocasiones anteriores, en la escuela, Rand se había engañado a sí mismo, pero no esta vez.

Si Taim había advertido algo no dio señales de ello. Se inclinó para recoger la carta y le echó una ojeada antes de tendérsela a Rand con una mínima reverencia.

Rand se guardó el pergamino en un bolsillo. Nada alteraba a Taim; nada perturbaba su aplomo. ¿Por qué quería matarlo Lews Therin?

—Habida cuenta de lo dispuesto que estabas a dar caza a las Aes Sedai me sorprende que no hayas sugerido atacar a Sammael. Tú y yo y tal vez unos cuantos de los estudiantes más fuertes, cayendo de repente sobre él en Illian a través de un acceso. Tuvo que ser él quien mandó a ese hombre.

—Quizá —fue la escueta respuesta de Taim mientras echaba un vistazo al Hombre Gris—. Daría cualquier cosa por estar seguro. —Sus palabras tenían visos de realidad—. En cuanto a Illian, dudo que fuera tan fácil como deshacerse de un par de Aes Sedai. No dejo de

pensar qué haría yo si estuviese en la piel de Sammael. Protegería la ciudad dividiéndola en pequeños sectores e instalando salvaguardias en cada uno de ellos de manera que si un hombre intentara encauzar sabría exactamente dónde localizarlo y reduciría a cenizas ese sector hasta sus cimientos antes de que tuviese tiempo de respirar.

Era exactamente lo mismo que Rand había pensado; nadie sabía defender un lugar mejor que Sammael. Quizá lo único que pasaba era que Lews Therin estaba loco. O puede que también celoso. Rand intentó convencerse de que no había estado evitando ir a la escuela porque él sintiera celos, pero lo cierto es que siempre lo asaltaba una sensación de irritación cuando Taim estaba cerca.

—Ya me has comunicado la noticia que traías, de modo que te sugiero que vuelvas para ocuparte de instruir a ese tal Jahar Narishma. Y entrénalo bien. Es posible que tengamos que hacer uso de su habilidad muy pronto.

Los oscuros ojos de Taim relampaguearon un instante, pero enseguida saludó con una ligera inclinación de cabeza. Sin pronunciar palabra, aferró el *Saidin* y abrió un acceso allí mismo. Rand se obligó a permanecer sentado, sin entrar en contacto con la Fuente, hasta que el hombre se hubo ido y el acceso se estrechó en una línea perpendicular de brillante luz hasta desaparecer; no podía arriesgarse a sostener otra pugna con Lews Therin cuando cabía la posibilidad de perderla y encontrarse luchando contra Taim en contra de su voluntad. ¿Por qué ese afán de Lews Therin por verlo muerto? Luz, Lews Therin parecía desear verlos muertos a todos, incluido él mismo.

La mañana estaba transcurriendo con una continua sucesión de acontecimientos, sobre todo considerando que apenas había claridad en el cielo. Las buenas noticias superaban a las malas. Observó el cadáver del Hombre Gris despatarrado sobre la alfombra; probablemente la herida se había cauterizado en el mismo momento de producirse, pero la señora Harfor se aseguraría de hacérselo saber, sin necesidad de pronunciar una palabra, si había alguna mancha de sangre. En cuanto a la Señora de las Olas de los Marinos, por lo que a él respectaba podía cocerse en su propio mal genio hasta reventar; ya tenía bastantes problemas que afrontar para añadir el de otra mujer susceptible.

Nandera y Jalani seguían paradas cerca de la puerta, cambiando el peso ora en un pie ora en otro. Tendrían que haber salido para ocupar sus puestos en el pasillo tan pronto como Taim se hubo marchado.

—Si estáis preocupadas por lo del Hombre Gris, olvidadlo ya —dijo Rand—. Sólo un necio esperaría advertir la presencia de un Sin Alma a no ser por casualidad, y ninguna de vosotras es una necia.

—No es por eso —repuso, envarada, Nandera.

Jalani tenía tan tensa la mandíbula que resultaba obvio su esfuerzo por contener la lengua.

De repente Rand lo comprendió. No es que creyesen que tendrían que haber visto al Hombre Gris, pero aun así se sentían avergonzadas de no haberlo hecho. Avergonzadas por eso y temerosas de la vergüenza que sería si se corría la voz de su «fallo».

—No quiero que nadie sepa que Taim ha estado aquí ni lo que dijo. La gente ya está bastante nerviosa sabiendo que la escuela se encuentra en algún lugar cerca de Caemlyn para que además le asuste la posibilidad de que él o cualquiera de los estudiantes puedan aparecer de repente. Creo que lo mejor es guardar silencio sobre todo lo ocurrido esta mañana. Es imposible ocultar un cadáver, pero quiero que me prometáis que no diréis nada salvo que un hombre intentó matarme y murió por ello. Eso es lo que me propongo decirles a todos y no me gustaría que me hicieseis pasar por mentiroso.

La gratitud reflejada en sus semblantes era palpable.

—Tengo *toh* contigo —manifestaron casi al unísono las dos Doncellas.

Rand se aclaró la garganta sonoramente; no era eso lo que pretendía, pero al menos había conseguido aliviarles el cargo de conciencia. De repente se le ocurrió un modo de ocuparse del asunto de Sulin. A la Doncella no le gustaría, pero con ello seguiría cumpliendo

Librodot

su *toh,* puede que más aun puesto que no sería de su agrado; además de que también él se quitaría en parte su sensación de culpabilidad y pagaría hasta cierto punto su *toh* con ella.

—Bien, id a hacer vuestra guardia o empezaré a pensar que queréis quedaros contemplando mis cejas. —Eso era lo que Nandera había dicho. ¿De verdad estaría Aviendha fascinada con sus cejas?—. Vamos. Y buscad a alguien que se lleve a este tipo de aquí. —Las dos se marcharon sonriendo de oreja a oreja e intercambiando signos del lenguaje de señas mientras Rand se incorporaba del sillón y cogía a Aviendha por el brazo—. Dijiste que querías hablar conmigo. Vayamos al dormitorio hasta que hayan limpiado la antesala.

Si había alguna mancha a lo mejor podría encauzar para limpiar. Aviendha se soltó de un tirón.

—¡No! ¡Ahí dentro no! —Inhaló hondo y suavizó el tono, pero seguía mostrándose desconfiada y un poco furiosa—. ¿Por qué no podemos hablar aquí?

Ninguna razón aparte de que había un hombre muerto en el suelo, pero eso a ella no le importaba. Lo empujó casi con violencia para que se sentara de nuevo en el sillón y después lo observó atentamente e hizo otra profunda inhalación antes de seguir hablando:

—El *ji'e'toh* es la esencia de los Aiel. Somos el *ji'e'toh.* Esta mañana me has avergonzado lo indecible.

Se cruzó de brazos y sus ojos se quedaron prendidos fijamente en los de él mientras lo sermoneaba por su ignorancia y hacía hincapié en la importancia de que la ocultara hasta que ella llenara esa laguna, y luego prosiguió reiterando que el *toh* debía cumplirse costase lo que costase. Se extendió un buen rato en esto.

Rand sabía que no era ninguna de estas cosas de lo que quería tratar cuando había dicho que quería hablar con él, pero estaba disfrutando demasiado mirándose en sus ojos para planteárselo. Disfrutando. Desmenuzó en pedacitos aquella complacencia que le causaban sus ojos hasta machacarla de manera que sólo quedó un dolor sordo.

Creía que lo había disimulado, pero la expresión de su semblante debió de cambiar porque Aviendha enmudeció lentamente y se quedó plantada ante él, mirándolo en silencio. Con un obvio esfuerzo, la joven apartó la mirada.

—Al menos ahora lo entiendes —murmuró—. Tengo que... Necesito... En fin, siempre y cuando lo entiendas...

Se recogió los vuelos de la falda, cruzó la habitación rodeando el cadáver como si fuese un bulto de ropas y salió.

Dejándolo en una estancia menos luminosa por alguna razón; solo con un hombre muerto. No podía ser más apropiado. Cuando los *gai'shain* entraron para llevarse al Hombre Gris encontraron a Rand riendo suavemente.

Padan Fain estaba sentado con los pies recostados sobre un escabel, contemplando la belleza de la radiante luz de un nuevo amanecer reflejada en la curva hoja de su daga, a la que daba vueltas una y otra vez en sus manos. Llevarla en el cinturón no bastaba; de tanto en tanto tenía que cogerla. El enorme rubí engastado en el pomo irradiaba un sutil brillo de malevolencia. La daga era parte de él; o él de ella. La daga era parte de Aridhol, a la que los hombres llamaban Shadar Logoth; claro que también él era parte de Aridhol. O ésta era parte de él. Estaba muy loco y lo sabía, pero no le importaba. La luz del sol brilló en el acero, un acero ahora aun más mortífero que cualquiera de los fabricados en Thakandar.

Un susurro atrajo su atención y miró hacia el fondo de la habitación, donde el Myrddraal aguardaba a su disposición. El Fado no hizo intención de buscar su mirada; Fain le había quitado las ganas de hacerlo tiempo atrás.

Fain procuró sumirse de nuevo en la contemplación de la cuchilla, de la perfecta belleza de la muerte perfecta, de la belleza de lo que Aridhol había sido y volvería a ser, pero el Myrddraal había conseguido romper su concentración. La había echado a perder. Faltó poco para que Fain se acercase a él y lo matara. Los Semihombres tardaban mucho tiempo en morir; ¿cuánto tardaría si utilizaba la daga? Como si percibiera sus pensamientos, el ser

volvió a moverse ligeramente. No, todavía podía serle útil.

De todos modos, le costaba mucho trabajo concentrarse en algo durante largo rato. Salvo, naturalmente, en Rand al'Thor. A tan corta distancia, podía sentirlo, señalar la dirección en la que estaba. Al'Thor tiraba de él, tiraba hasta resultar doloroso. Últimamente había una diferencia que había surgido de repente, casi como si otra persona hubiese tomado posesión parcial y súbitamente de al'Thor y, al hacerlo, había reducido una parte de la propia posesión de Fain. Bah, qué más daba. Al'Thor le pertenecía a él.

Quería percibir el dolor de al'Thor; a buen seguro ya le había infligido un poco al menos. Hasta ahora simples pinchazos, pero muchos pinchazos acabarían desangrándolo. Los Capas Blancas presentaban una decidida e inflexible oposición al «Dragón Renacido». Los labios de Fain se atirantaron en una mueca burlona. No era probable que Niall hubiese apoyado jamás a al'Thor más de lo que lo haría Elaida, pero era mejor no dar nada por sentado con el maldito Rand al'Thor. En fin, había dado un buen repaso a esos dos con lo que había traído de Aridhol; puede que confiaran en su propia madre, pero ahora jamás lo harían en Rand al'Thor.

La puerta se abrió bruscamente, y el pequeño Perwyn Belman irrumpió en el cuarto perseguido por su madre. Nan Belman era una mujer atractiva aunque en la actualidad Fain rara vez reparaba en si una fémina lo era o no. Nan era una Amiga Siniestra que creía que sus juramentos se reducían a tener escarceos con la perversidad hasta que Padan Fain apareció en el umbral de su puerta. Pensaba que también él era Amigo Siniestro, uno de alto rango en los consejos. Fain, ni que decir tiene, había superado tal cosa con creces; podría darse por muerto en el momento en que uno de los Elegidos le pusiera las manos encima. La idea lo hizo reír entre dientes.

Perwyn y su madre dieron un respingo al advertir la presencia del Myrddraal, naturalmente, pero el chico se recuperó antes y llegó ante Fain antes de que la mujer hubiese recobrado el aliento.

—Maese Mordeth, maese Mordeth —gritó el chiquillo, brincando en uno y otro pie alternativamente; llevaba una chaqueta roja y blanca—. Tengo noticias para vos.

Mordeth. ¿Había utilizado ese nombre? En ocasiones no recordaba qué nombre daba ni cuál era el suyo. Se guardó la daga debajo de la chaqueta y esbozó una cálida sonrisa.

—Vaya, ¿y qué noticias son ésas, jovencito?

—Alguien intentó matar al Dragón Renacido esta mañana. Un hombre. Ahora está muerto. Se coló entre todos los Aiel sin que lo vieran y entró en los aposentos del señor Dragón.

Fain notó que su sonrisa daba paso a una mueca desagradable. ¿Que habían intentado matar a al'Thor? ¡Al'Thor era suyo! ¡Al'Thor moriría a sus manos y a las de nadie más! Un momento. ¿Que el asesino había pasado entre los Aiel sin que lo vieran y había entrado en los aposentos de al'Thor?

—¡Un Hombre Gris! —No reconoció su voz en aquel chirrido rasposo. Decir Hombres Grises era decir Elegidos. ¿Es que nunca iba a librarse de sus injerencias?

Tenía que descargar aquella inmensa rabia o reventaría. Casi como por casualidad pasó la mano por el rostro de chiquillo. Los ojos del pequeño se desorbitaron y sus dientes castañetearon por los temblores tan fuertes que sacudieron su cuerpo.

Fain no comprendía en realidad los trucos que hacía. Un poco del Oscuro, tal vez, un poco de Aridhol. Había ocurrido después de estar allí, después de que dejó de ser simplemente Padan Fain, cuando esta habilidad empezó a manifestarse, poco a poco. Lo único que sabía era que ahora podía realizar ciertas cosas siempre y cuando tocara aquello en lo que quería que surtiera efecto.

Nan cayó de hinojos junto al sillón y aferró la chaqueta del hombre con los dedos crispados.

—¡Piedad, maese Mordeth! —jadeó—. Por favor, tened compasión. No es más que un chiquillo. ¡Sólo es un niño!

Durante un momento Fain la observó con curiosidad, la cabeza ladeada. Era una mujer bastante bonita, en verdad. Plantó un pie en el pecho de Nan y la empujó para incorporarse del sillón. El Myrddraal, echando ojeadas furtivas, giró bruscamente su rostro sin ojos cuando advirtió que Fain lo estaba mirando. También él recordaba sus... trucos.

Fain se puso a pasear; tenía que moverse. La caída de al'Thor tenía que ser obra suya —¡suya!— no de los Elegidos. ¿Cómo podía hacer daño a ese hombre, pero que le doliera de verdad? Estaban esas chicas charlatanas, en El Sabueso de Culain; pero, si al'Thor no había acudido cuando estaban destrozando Dos Ríos, ¿por qué iba a importarle si él quemaba la posada hasta los cimientos y a las mocosas con ella? ¿Qué efectivos tenía para actuar? Sólo quedaban unos pocos de los que habían sido sus Hijos de la Luz. La emboscada en la calle no había sido más que una prueba, realmente —¡habría hecho que el hombre que hubiese conseguido matar a Rand al'Thor le suplicara que lo desollara vivo!—, pero le había costado muchos hombres. Tenía al Myrddraal, un puñado de trollocs ocultos fuera de la ciudad, unos cuantos Amigos Siniestros reunidos en Caemlyn y en su camino desde Tar Valon, de donde salió arrastrado por el tirón de al'Thor. Le ocurría algo realmente curioso con los Amigos Siniestros. No tendría que haber ningún detalle que los identificase como tal, pero últimamente había descubierto que los distinguía con sólo mirarlos, incluso alguien que únicamente hubiese pensado jurar fidelidad a la Sombra, como si llevasen una mancha de hollín en la frente.

¡No! Tenía que concentrarse. ¡Concentrarse! Despejar su mente. Sus ojos cayeron sobre la mujer, que gimoteaba y acariciaba a su balbuciente mocoso mientras le hablaba en voz queda, como si eso sirviese de algo. Fain no tenía idea de cómo interrumpir uno de sus trucos una vez puesto en marcha; el chico sobreviviría, bien que le quedarían secuelas insignificantes, una vez que la cosa llegara a su término. Fain no había puesto mucho entusiasmo en hacerlo. Aclarar la mente. Pensar en otra cosa. Una mujer bonita. ¿Cuánto hacía que no había estado con una mujer?

Sonriendo, agarró a Nan por el brazo; tuvo que separarla a la fuerza del estúpido chico.

—Ven conmigo. —Su voz sonaba diferente, más distinguida, sin el menor rastro del acento lugardeño, pero él no se dio cuenta; nunca lo notaba—. Estoy seguro de que, al menos, sabes cómo demostrar verdadero respeto. Si me complaces, no sufrirás ningún daño.

¿Por qué forcejeaba? Sabía que se estaba mostrando encantador. Al final tendría que hacerle daño a esta necia. Y todo por culpa de al'Thor.

Librodot

CAPÍTULO 6

Fuego y *Energía*

Nynaeve hizo un alto a la sombra de la Torre Chica y se enjugó la cara con cuidado, tras lo cual se guardó de nuevo el pañuelo en la manga. No es que sirviese de mucho —el sudor brotó de inmediato otra vez— pero quería tener el mejor aspecto posible ahí dentro. Deseaba aparentar un aire frío, sereno, digno. No tenía muchas posibilidades de lograrlo. Unos latidos dolorosos le martilleaban las sienes, y sentía el estómago... delicado; esa mañana había sido incapaz de mirar siquiera el desayuno. Era por el calor, desde luego, pero habría querido volverse a la cama, tumbarse hecha un ovillo y morir. Por si fuera poco, su percepción del tiempo volvía a incomodarla; el abrasador sol debería estar oculto tras unos nubarrones negros y amenazantes relámpagos.

Los Guardianes que aparentemente holgazaneaban en el exterior no tenían aspecto de guardias a primera vista, pero lo eran. Le recordaban a los Aiel que había visto en la Ciudadela de Tear; seguramente que parecían lobos incluso mientras dormían. Un hombre calvo, de rostro cuadrado, no mucho más alto que ella pero muy corpulento, salió trotando de la Torre Chica y continuó calle abajo, con la empuñadura de la espada sujeta a la espalda sobresaliendo por encima de su hombro. Hasta él —Jori, vinculado a Morvrin— tenía ese aire.

Ino, con el mechón de pelo atado en una cola de caballo, pasó conduciendo a su montura entre la multitud sin dar señales de que el calor lo afectara a pesar de las piezas metálicas y la cota de malla de la armadura que lo cubría de hombros para abajo. Se giró en la silla para mirarla con el ojo bueno, y su semblante se ensombreció. Birgitte había hablado con él, no cabía duda. Cada vez que el hombre la veía era obvio que esperaba que le pidiera caballos. A decir verdad, Nynaeve estaba tentada de hacerlo. Ni siquiera Elayne podía negar ya que su estancia allí estuviera sirviendo de algo. Bueno, sí que podía; y lo había hecho, aunque no habría debido.

Ino se perdió de vista al girar en una esquina, y Nynaeve suspiró. Sólo estaba retrasando entrar. A lo mejor Myrelle estaba allí dentro. Volvió a limpiarse la cara, y frunció el ceño al fijarse en su mano arrugada; ese día sería la undécima vez que fregaba ollas, y todavía le quedaban otras veintinueve más. ¡Veintinueve! Finalmente entró.

Hacía un poco más de fresco en lo que había sido la sala común cuando la Torre Chica era una posada y le proporcionó un ligero alivio a su dolorida cabeza. Ahora todo el mundo llamaba a esta habitación la «sala de espera». No se había perdido tiempo en hacer reparaciones allí. En las chimeneas faltaban piedras y en las paredes se veían los listones en los huecos donde se había desprendido el yeso. Areina y Nicola, junto con otra novicia, estaban barriendo, aunque eso no mejoraba el aspecto del deslucido y gastado suelo; Areina estaba ceñuda, pero no era de extrañar ya que no le gustaba tener que hacer tareas con las novicias. En Salidar nadie estaba mano sobre mano. Al fondo de la sala, Romanda hablaba con dos Aes Sedai mayores —sus rostros serían intemporales, pero tenían blanco el cabello— que obviamente acababan de llegar a juzgar por los ligeros guardapolvos que todavía llevaban puestos. Ni rastro de Myrelle, cosa que provocó un suspiro de alivio en Nynaeve; ¡esa mujer la ponía de vuelta y media cada vez que se le presentaba la ocasión! Había Aes Sedai sentadas a las mesas desparejadas pero colocadas en ordenadas filas, trabajando en pergaminos o

impartiendo órdenes a Guardianes o sirvientes, pero menos de las que Nynaeve había visto la primera vez que entró en la sala. Ahora sólo las Asentadas y su servidumbre vivían en los pisos de arriba; todos los demás habían sido trasladados a fin de dejar más sitio a las Aes Sedai para trabajar. La Torre Chica había adoptado atributos de la Torre Blanca, la ceremoniosa formalidad principalmente. Cuando Nynaeve había visto esa sala por primera vez bullía de actividad, daba la impresión de que se estaba haciendo algo. Una impresión falsa. Ahora parecía que hubiese aminorado el ajetreo, pero se respiraba el ambiente de la Torre Blanca.

Se acercó a una de las mesas, no la más próxima, e hizo una esmerada reverencia.

—Disculpad, Aes Sedai, pero me han dicho que Siuan y Leane estaban aquí. ¿Querríais indicarme dónde puedo encontrarlas?

La pluma con la que escribía Brendas se paró, y la mujer alzó los oscuros y fríos ojos. Nynaeve la había escogido a ella en lugar de a otra que estuviese más cerca de la puerta porque era una de las contadas Aes Sedai que nunca la había acribillado a preguntas respecto a Rand. Además de que en una ocasión, cuando Siuan era Amyrlin, había señalado a Brendas como alguien en quien podía confiarse. La confianza no tenía nada que ver con lo de ahora, pero Nynaeve aprovechaba cualquier pequeño consuelo.

—Están con algunas de las Asentadas, pequeña. —La voz de Brendas era un claro tañido y tan carente de emoción como su pálido semblante. Las Blancas rara vez denotaban emociones, pero Brendas jamás lo hacía.

Nynaeve reprimió un suspiro de irritación. Si las Asentadas las tenían ocupadas con las noticias recibidas de las informadoras, podrían tardar horas en estar libres. Tal vez incluso lo que quedaba de día, y para entonces ella estaría metida de cabeza en las ollas.

—Gracias, Aes Sedai.

Brendas la interrumpió a mitad de una reverencia con un gesto.

—¿Hizo Theodrin algún progreso contigo ayer? —preguntó.

—No, Aes Sedai.

Si su voz sonaba un poco tensa y algo seca tenía motivos. Theodrin había dicho que se proponía intentarlo todo y, por lo visto, lo decía completamente en serio. La tentativa del día anterior consistía en que diera unos sorbos de vino para relajarse, sólo que, de algún modo, Nynaeve había acabado tomando algo más que unos sorbitos. No creía que jamás pudiese olvidar que la llevaron de vuelta a su cuarto cantando —¡cantando!— o recordarlo sin que la cara se le cayera de vergüenza. Brendas debía de saberlo. Debía de saberlo todo el mundo. Nynaeve deseó que se la tragara la tierra.

—Sólo lo pregunto porque parece que tus estudios están resintiéndose. He oído comentar a varias hermanas que da la impresión de que tus notables descubrimientos han llegado a su fin. Tal vez se debe a tus tareas extras, aunque Elayne descubre algo nuevo cada día a pesar de estar dando clases a las novicias y de limpiar ollas. Algunas hermanas se están planteando si podrían darte más ayuda que Theodrin. Si lo hacemos por turnos, trabajando contigo a lo largo de todo el día sin descanso, uno tras otro, quizá sea más fructífero que esas sesiones con alguien que, al fin y a la postre, es poco más que una Aceptada.

Habló con un tono tranquilo, sin el menor atisbo de acusación, pero aun así las mejillas de Nynaeve enrojecieron como si le hubiese gritado.

—Estoy convencida de que Theodrin encontrará la clave cualquier día de éstos, Aes Sedai —respondió en un susurro apenas audible—. Y yo pondré aun más empeño.

Tras hacer una precipitada reverencia, giró sobre sus talones antes de que Brendas tuviera ocasión de detenerla otra vez. El resultado fue que se dio de bruces con una de las dos recién llegadas de pelo blanco. Se parecían lo bastante para ser verdaderas hermanas, casi un calco la una de la otra, con una delicada estructura ósea en sus aristocráticos rostros.

El choque no fue un simple roce, y Nynaeve trató de disculparse; pero la Aes Sedai clavó en ella una mirada que en nada tenía que envidiar a la de un halcón.

—Mira por dónde vas, Aceptada. En mis tiempos, una Aceptada que hubiese intentado

atropellar a una Aes Sedai habría tenido el pelo más blanco que yo para cuando hubiese terminado de fregar suelos.

La otra le tocó el brazo.

—Oh, deja que la chica se vaya, Vandene. Tenemos trabajo que hacer.

La tal Vandene aspiró sonoramente el aire sin quitar los ojos de Nynaeve, pero se dejó conducir fuera por la otra.

La joven esperó unos segundos para darles tiempo a alejarse y entonces vio salir de una de las salas de reuniones a Sheriam con Myrelle, Morvrin y Beonin. También Myrelle la vio a ella e hizo intención de encaminarse hacia allí; antes de que diese un paso, Sheriam y Morvrin pusieron una mano en los brazos de la hermana Verde y dijeron algo en voz baja, hablando deprisa, al tiempo que echaban constantes ojeadas a Nynaeve. Todavía hablando, las cuatro Aes Sedai cruzaron la sala y desaparecieron por otra puerta.

Nynaeve aguardó a encontrarse de nuevo fuera de la Torre Chica para darse un lento y fuerte tirón de la trenza. Se habían reunido con las Sabias la noche anterior, de modo que no resultaba difícil deducir por qué las otras habían frenado a Myrelle. Si finalmente Egwene había acudido al Corazón de la Ciudadela, no había que decírselo. Nynaeve al'Meara había caído en desgracia. Nynaeve al'Meara estaba fregando ollas como una novicia cuando quizá podría estar un escalón más arriba que una Aceptada. Nynaeve al'Meara no estaba llegando a ninguna parte con el tratamiento de Theodrin y todos sus descubrimientos maravillosos se habían acabado. Nynaeve al'Meara tal vez no se convirtiera nunca en Aes Sedai. Sabía que era un error empezar a canalizar exclusivamente a través de Elayne todo lo que le sacaban a Moghedien. ¡Lo sabía!

Sintió que la lengua se le encogía ante la evocación de un sabor asqueroso: infusión de agrimonia y hojas de ricino, un antídoto que había utilizado con cualquier chiquillo que no dejaba de mentir. Vale, había sido ella quien sugirió la idea, pero seguía siendo un error. Las Aes Sedai habían dejado de hablar sobre sus innovaciones; ahora hablaban de la falta de éstas. Aes Sedai que nunca se habían interesado especialmente en su bloqueo ahora consideraban un reto echarlo abajo. No tenía escapatoria. De un modo u otro, iba a acabar siendo examinada por Aes Sedai desde la punta del pelo hasta las uñas de los pies, desde el alba hasta el ocaso.

Se dio otro tirón de la coleta, lo bastante fuerte para que le doliera el cuero cabelludo, y, habida cuenta de la jaqueca que tenía, aquello no mejoró su humor precisamente. Un soldado, con el yelmo de arquero y un jubón acolchado, aminoró el paso para contemplarla con curiosidad, pero Nynaeve le asestó tal mirada de refinada malevolencia que el hombre tropezó con sus propios pies y se perdió rápidamente entre la multitud. ¿Por qué tenía que ser Elayne tan testaruda?

Unas manos varoniles se posaron sobre sus hombros, y Nynaeve se volvió dispuesta a despellejar al tipo con su afilada lengua, pero las palabras murieron en su boca.

Thom Merrilin le sonreía bajo el largo y blanco bigote, y los penetrantes ojos azules chispeaban en su curtido rostro.

—Por tu expresión, Nynaeve, habría pensado que estás furiosa, pero sé que es tal tu dulzura que la gente te pide que remuevas su té con tus dedos.

Juilin Sandar estaba junto a él; el enjuto hombre parecía tallado en madera y se apoyaba en su vara de bambú. Juilin era teariano, no tarabonés, pero llevaba aquel ridículo gorro cónico con la copa plana, de color rojo, ahora mucho más desastrado que la última vez que Nynaeve lo había visto. El hombre se destocó bruscamente cuando ella lo miró. Los dos estaban polvorientos y extenuados por el viaje, con los rostros descarnados, si bien ninguno de ellos había sido rollizo nunca. Por su aspecto habríase dicho que habían dormido con la ropa puesta, cuando no en la silla de montar, todas las semanas que llevaban ausentes de Salidar.

Antes de que Nynaeve tuviese ocasión de abrir la boca, un remolino humano cayó sobre ellos. Elayne se arrojó en brazos de Thom con tanto ímpetu que el hombre trastabilló. Ni que decir tiene que él la levantó en vilo y le dio vueltas en círculo como si fuese una niña, a pesar

de su leve cojera. Thom reía alegremente cuando la soltó en el suelo, y también la joven, que alzó una mano y le tiró del bigote, arreciando las risas de ambos. El viejo juglar examinó las manos de Elayne, tan arrugadas como las de Nynaeve, y le preguntó en qué lío se había metido al no estar él para hacerla ir por el buen camino, y la joven contestó que no necesitaba que nadie le dijese lo que tenía que hacer, aunque lo echó todo a perder al enrojecer, soltar una risita y mordisquearse el labio.

Nynaeve respiró hondo. Había veces en que esos dos llevaban demasiado lejos su jueguecito de papá e hijita. Elayne actuaba en ocasiones como si creyera que tenía diez años, y él lo mismo.

—Creía que tenías una clase con las novicias esta mañana, Elayne.

La muchacha le echó una mirada de reojo y después se esforzó por recobrar la compostura y cierto decoro, aunque ya era demasiado tarde para eso, y se alisó el vestido.

—Le pedí a Calindin que se encargara ella —respondió con despreocupada actitud—. Pensé que podría hacerte compañía, y ahora me alegro de haberlo hecho —añadió, dirigiendo una sonrisa a Thom—. Así nos contaréis todo lo que habéis descubierto en Amadicia.

Nynaeve resopló por la nariz. De modo que hacerle compañía. No recordaba todo lo ocurrido el día anterior, pero sí que Elayne se reía mientras la desnudaba y la metía en la cama cuando el sol no se había puesto todavía. Y estaba segura de que la chica le había preguntado si quería que le trajera un cubo de agua para refrescarse la cabeza.

Thom no se dio cuenta de nada; casi todos los hombres estaban ciegos, aunque el juglar era bastante sagaz por regla general.

—Tendremos que ser breves —dijo él—. Ahora que Sheriam nos ha estrujado como a una bayeta, tiene intención de que informemos personalmente a algunas Asentadas. Por fortuna todo puede resumirse en pocas palabras. Hay tan pocos Capas Blancas a lo largo del Eldar que cualquiera podría cruzarlo aunque anunciara su llegada un día antes con tambores y trompetas. Aparte de una fuerza considerable en la frontera con Tarabon y los hombres que tiene destacados para contener al Profeta en el norte, parece que Niall está reuniendo hasta el último Capa Blanca en Amadicia, y Ailron también está agrupando a sus soldados. El rumor sobre Salidar empezó a correr por las calles antes de que nos marcháramos; pero, si Niall le ha dedicado a eso más de un pensamiento pasajero, no hay indicios de ello.

—Tarabon —murmuró Juilin, con la mirada prendida en su gorro—. Toda ella un territorio peligroso para cualquiera que no sepa cuidar de sí mismo, o eso hemos oído.

Nynaeve no habría sabido decir a cuál de los dos hombres se le daba mejor fingir, pero estaba segura de que cualquiera de ellos podía mentir con una soltura que habría hecho palidecer de envidia a un mercader de lanas. Y ahora mismo estaba convencida de que ocultaban algo.

Elayne supo ver algo más. Agarró a Thom por las solapas y lo miró directamente a los ojos.

—Has oído algo sobre mi madre —declaró sosegadamente, y no era una pregunta.

Thom se atusó el bigote con los nudillos.

—Hay un centenar de rumores en todas las calles de Amadicia, pequeña, cada uno de ellos más absurdo que el anterior. —Su rostro descarnado y curtido era la viva imagen de la inocencia y la franqueza, pero ese hombre no había sido inocente ni en el día en que nació—. Se cuenta que la Torre Blanca al completo está aquí, en Salidar, con diez mil Guardianes preparados para cruzar el Eldar. Se dice que las Aes Sedai han ocupado Tanchico y que Rand tiene alas que utiliza para volar de aquí para allí por la noche, y...

—¡Thom! —apremió Elayne.

Él resopló y asestó una mirada furibunda a Juilin y a Nynaeve como si fuese culpa suya.

—Pequeña, sólo es un rumor, tan absurdo como cualquier otro de los que hemos oído y sin que te pueda confirmar nada aunque, créeme, lo he intentado. No tenía intención de mencionarlo, porque sólo serviría para remover tu angustia. Dejémoslo, pequeña.

—Thom. —Esta vez puso mucha más firmeza en la voz.

Juilin se movía con nerviosismo poniendo el peso ora en un pie ora en otro y su expresión evidenciaba que habría querido estar en cualquier otra parte.

—Bien, si quieres saberlo, allá va. Todo el mundo en Amadicia cree que tu madre se encuentra en la Fortaleza de la Luz y que va a dirigir un ejército de Capas Blancas de vuelta a Andor.

Elayne sacudió la cabeza mientras reía suavemente.

—Oh, Thom, ¿de verdad pensabas que algo así iba a preocuparme? Madre jamás acudiría a los Capas Blancas. Casi desearía que lo hubiese hecho, porque significaría que estaba viva, aunque con ello iría en contra de todo lo que me enseñó. ¡Llevar soldados extranjeros a Andor y nada menos que Capas Blancas! Sí, casi desearía que lo hubiese hecho. Pero, ya se sabe: «Si los deseos fuesen alas...» —Su sonrisa traslucía tristeza, pero era una tristeza amortiguada—. Ya he llorado mi pérdida, Thom. Madre está muerta y he de hacer cuanto esté en mi mano para ser digna de ella. Nunca habría prestado oídos a rumores ridículos ni tampoco habría llorado por ellos.

—Pequeña —musitó torpemente.

Nynaeve se preguntó qué sentía él, si es que sentía algo, respecto a la muerte de Morgase. Por increíble que pudiera parecer, Thom había sido el amante de Morgase en otros tiempos, cuando la reina era joven y Elayne poco más que un bebé. Por aquel entonces el juglar no debía de tener ese aspecto de haber estado puesto al sol para secarse. Nynaeve no sabía cómo o por qué había terminado esa relación, aparte de que Thom había tenido que escabullirse de Caemlyn con una orden de arresto pisándole los talones. No era precisamente la clase de historia de amor que aparece en los relatos. En este momento, ciertamente el juglar parecía preocupado sólo por si Elayne estaba diciendo la verdad o es que disimulaba su pena, en tanto le daba palmaditas en el hombro y le acariciaba el cabello. Si Nynaeve no hubiese deseado que alguna vez se gritaran el uno al otro como la gente normal, le habría parecido una escena tierna. Un carraspeo le puso fin.

—Maese Merrilin, maese Sandar, Sheriam Sedai dice que las Asentadas os recibirán ahora —anunció Tabitha mientras extendía los vuelos de su falda blanca al hacer una rápida reverencia—. Dice que se suponía que no debíais abandonar la Torre Chica.

—Vaya, con que la Torre Chica, ¿no? —repitió secamente Thom al tiempo que volvía la vista hacia la antigua posada—. Elayne, no pueden retenernos indefinidamente. Cuando hayamos acabado, tú y yo discutiremos... lo que quieras.

El juglar hizo un ademán a Tabitha para que se pusiera a la cabeza y regresó al interior del edificio cojeando visiblemente, como le ocurría cuando estaba cansado. Juilin cuadró los hombros y fue en pos de él como si se encaminase a la horca; después de todo, era teariano. Nynaeve y Elayne se quedaron allí sin mirarse la una a la otra.

—No pretendía... —empezó finalmente Nynaeve.

—No debí... —dijo al mismo tiempo Elayne.

Las dos enmudecieron a la par y transcurrieron unos segundos mientras se toqueteaban las faldas y se secaban las caras.

—Hace mucho calor para quedarse aquí plantadas —declaró al cabo Nynaeve.

No parecía probable que las Asentadas que estaban escuchando el informe de Siuan y Leane hiciesen un alto para recibir a Thom y a Juilin. Estas tareas solían repartírselas entre ellas. Por tanto, sólo quedaba Logain, aunque Nynaeve habría deseado que no fuera así. No sacaría nada en claro con él, pero eso era mejor que estar mano sobre mano hasta que una docena de Aes Sedai se le echaran encima con una lista interminable de tareas.

Suspiró y echó a andar calle abajo. Elayne la acompañó como si la hubiese invitado a hacerlo. Ello le sirvió a Nynaeve para encontrar la rabia que iba a necesitar. De repente advirtió que Elayne no llevaba nada puesto en las muñecas.

—¿Dónde está el brazalete? —preguntó quedamente. Nadie comprendería a qué se refería si la oía por casualidad, pero cuando se olvidaba la precaución una vez, después podía olvidarse por costumbre—. ¿Dónde está Marigan?

Librodot

—Llevo el brazalete en mi bolsita, Nynaeve. —Elayne se apartó para que pasara un carromato de ruedas altas y después volvió a ponerse junto a la antigua Zahorí—. Marigan está lavando nuestra ropa, con otras veinte mujeres a su alrededor. Y gimiendo cada vez que se mueve. Dijo algo que no creyó que Birgitte pudiera oír, pero... No tuve más remedio que quitármelo, Nynaeve. Birgitte tenía todo el derecho y la verdad es que dolía. Le dije a Marigan que contase que se había caído por una escalera.

Nynaeve aspiró ruidosamente por la nariz, pero con falta de ganas. No había llevado mucho el brazalete últimamente y no porque no pudiera presentar como un descubrimiento suyo cualquier cosa que sacara a Moghedien. Estaba convencida de que la Renegada sabía algo sobre la Curación aunque no fuera consciente de ello —nadie podía estar tan ciego— y no había que olvidar lo del truco de detectar que un hombre estaba encauzando y que Moghedien insistía en que casi lo habían cogido. Lo cierto era que temía llegar a actuar con más dureza aun que Birgitte si estaba en contacto con la mujer más de lo absolutamente necesario. Tal vez se debía al modo en que la satisfacción parecía subyacer en todo, hasta cuando Moghedien gemía por la dolorosa reacción de Nynaeve en su intento de dominar esa detección. Quizá se debía a recordar lo asustada que se había sentido al encontrarse sola con la mujer y sin el brazalete. O puede que fuera el creciente desagrado de estar impidiendo que una Renegada recibiese su merecido. Acaso era un poco de todo eso. Lo que sí sabía era que ahora se ponía el brazalete a la fuerza y que cada vez que le veía la cara a Moghedien le entraban ganas de darle de puñetazos.

—No debí reírme —dijo Elayne—. Lo lamento.

Nynaeve se paró en seco, tan bruscamente que un jinete tuvo que tirar de las riendas para no arrollarla con su montura. El hombre gritó algo antes de perderse entre la multitud, pero la conmoción de Nynaeve impidió que escuchara las palabras. No era por la disculpa de Elayne, sino por lo que tenía que decir. Lo que debía decir. La verdad.

Incapaz de mirar a la joven, echó a andar otra vez.

—Tenías derecho a reírte. Yo... —Tragó saliva con esfuerzo—. Hice el más completo ridículo. —Y era cierto. Unos pocos sorbos, había dicho Theodrin; una copa. Y había vaciado la jarra. Si iba a fracasar, más valía tener otra razón y no la verdadera: que no podía hacerlo—. Deberías haber mandado traer ese cubo de agua y meterme en él la cabeza hasta que hubiese sido capaz de recitar *La Gran Cacería del Cuerno* sin cometer un error.

Se arriesgó a mirar de reojo a Elayne. Unas pequeñas manchas rojas teñían los pómulos de la joven. De modo que sí había mencionado un cubo de agua.

—Podría ocurrirle a cualquiera —fue su escueta respuesta.

Nynaeve sintió que sus mejillas enrojecían. Cuando a Elayne le había pasado lo mismo, ella había hecho desaparecer los efectos del vino sumergiéndole la cabeza en agua una y otra vez.

—Tendrías que haber hecho lo que... lo que hubieses creído necesario para que se me pasara la borrachera.

Era la conversación más extraña que Nynaeve podía recordar; ella insistiendo en que había sido una completa idiota y que se merecía todo lo que resultara de ello, en tanto que Elayne buscaba excusa tras excusa para justificarla. La antigua Zahorí no entendía por qué se sentía tan bien culpándose de todo. No recordaba haber hecho algo así nunca sin intentar al menos justificarse o defenderse. Casi se enfadó con Elayne por no mostrarse de acuerdo en que había actuado como una payasa inmadura. Aquello duró hasta que llegaron a la pequeña casa de tejado de paja, al borde del pueblo, donde tenían a Logain.

—O lo dejas ya —advirtió finalmente Elayne—, o mando a buscar un cubo de agua ahora mismo.

Nynaeve abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Incluso en su actual euforia de admitir que se había equivocado aquello se pasaba de la raya. Sintiéndose tan bien no se veía con ánimos de trabajar con Logain. Además, tampoco serviría de nada a menos que recurriera a Moghedien poniéndose el brazalete, cosa que no estaba dispuesta a hacer encontrándose tan a

gusto. Observó a los dos Guardianes que estaban apostados junto a la puerta de dintel de piedra. Se encontraban muy lejos para que la oyeran, pero a pesar de todo bajó el tono de voz:

—Elayne, vayámonos de aquí. Esta noche. —Estando Thom y Juilin en Salidar ya no hacía falta pedir a Ino que les consiguiera caballos—. A Caemlyn no, si no quieres. A Ebou Dar. Merilille jamás encontrará ese cuenco, y Sheriam nunca nos permitirá que vayamos a buscarlo. ¿Qué dices? ¿Esta noche?

—No, Nynaeve. ¿De qué le sirve a Rand que nos declaren fugitivas? Es lo que seríamos. Lo prometiste, Nynaeve. Prometiste quedarte si encontrábamos algo.

—Si encontrábamos algo que pudiéramos utilizar. ¡Y esto es lo único que hemos sacado en limpio! —Alargó las manos y las puso casi debajo de la nariz de la joven.

La expresión de firmeza desapareció del semblante de Elayne; y de su voz. La heredera del trono frunció los labios en un mohín y bajó la vista al suelo.

—Nynaeve, sabes que le conté a Birgitte que nos quedábamos. Bien, pues, al parecer, le dijo a Ino que por ningún motivo te proporcionara un caballo a menos que ella estuviese de acuerdo. Le contó que estabas pensando en escaparte. No lo supe hasta que ya no tenía remedio. —Sacudió la cabeza con irritación—. Si esto es lo que significa tener un Guardián, no entiendo por qué hay alguien que quiera uno.

Nynaeve estaba tan indignada que pensó que echaría fuego por los ojos. De modo que ésa era la razón de que el shienariano la mirara así. La sensación de euforia se desvaneció, consumida por una abrasadora oleada de... En fin, en parte ira y en parte humillación. Ese hombre lo sabía, pensaba que ella... Un momento. Miró pensativa a Elayne unos segundos y después decidió no dar voz a la pregunta que se le había ocurrido. ¿Birgitte le había mencionado sólo su nombre a Ino o también había incluido el de Elayne? La muchacha se había buscado toda una familia adoptiva. En Thom encontraba al padre indulgente que deseaba enseñarle todo lo que sabía, y en Birgitte a una hermana mayor que creía que su deber era evitar que la menor se rompiera el cuello por montar caballos que todavía no dominaba.

—En ese caso —manifestó, tajante—, veamos qué consigo descubrir con Logain.

Era una casa pequeña con sólo dos cuartos, pero las gruesas paredes de piedra conservaban relativamente fresco el interior. Logain estaba en mangas de camisa, fumando una pipa y leyendo junto a una ventana. Las Aes Sedai le estaban dando un buen trato. Las mesas y sillas eran como todos los muebles que había en Salidar —nada primoroso pero bien construido, aunque ninguna pieza hacía juego con otra— y una alfombra con dibujos de volutas en rojo y dorado cubría gran parte del suelo, que estaba tan limpio que Nynaeve dudó que el hombre se encargara de barrerlo.

Logain dejó el libro cuando las dos mujeres entraron, sin que aparentemente le molestara que no hubiesen llamado a la puerta. Se levantó sin prisas, vació la pipa y se puso la chaqueta. Sólo entonces hizo una suave chanza:

—Qué agradable veros después de tanto tiempo. Creí que os habíais olvidado de mí. ¿Os apetece a alguna un poco de vino? Las Aes Sedai me lo tienen racionado, pero el que me dan no está nada mal.

La oferta del vino habría bastado —Nynaeve reprimió a duras penas un respingo— si no hubiese estado ya muy irritada. Recordando a Ino, el hecho de que fuese un varón era más que suficiente. No necesitó remover lo de la Torre Chica para enfurecerse, aunque pensar en ello contribuyó a aumentar su mal humor. La Fuente Verdadera surgió de pronto, como una calidez al borde de su radio visual. Se abrió a ella, y el *Saidar* la inundó; si lo que había experimentado antes era euforia, esto sólo podía describirse como éxtasis. ¡Se estaba rindiendo al Poder, condenada Theodrin!

—Siéntate —le dijo fríamente—. No quiero oír tu cháchara, de modo que guarda silencio salvo para responder cuando te pregunte.

Logain se limitó a encogerse de hombros y obedeció, tan sumiso como un cachorrillo. No, de sumiso nada; aquella sonrisa era pura insolencia. En parte se debía a los sentimientos

Librodot

que albergaba hacia las Aes Sedai, de eso no le cabía duda a Nynaeve, y en parte... El hombre seguía con la mirada a Elayne, que se sentó en otra silla y se arregló los vuelos de la falda con estudiada calma; aunque Nynaeve no hubiese visto lo que estaba mirando habría sabido que era a una mujer. No había sonrisa de satisfacción ni lujuria, sólo... Nynaeve no sabía qué, pero cuando le dirigió la misma clase de mirada a ella de repente fue muy consciente de que ella era una mujer y él un hombre. Tal vez se debía a que era apuesto y tenía los hombros anchos, pero prefería tener mejor opinión de sí misma. No, pues claro que no podía ser por eso.

Se aclaró la garganta y tejió filamentos del *Saidar* en el hombre, de Aire y de Agua, de Fuego y de Tierra, de Energía. Todos los elementos de la Curación, pero utilizados ahora para sondear. Habría sido una ayuda poner sus manos en él, pero Nynaeve no se sentía capaz de hacer eso. Ya era bastante malo tocarlo con el Poder. Estaba tan sano y casi tan fuerte como un toro; no le pasaba nada... salvo por el agujero.

No era realmente un agujero, más bien la sensación de que lo que parecía continuo no lo era, de que lo que parecía suave y parejo en realidad bordeaba una ausencia. Conocía bien esa sensación, de los primeros días, cuando creía que realmente podría descubrir algo. Todavía le ponía la carne de gallina.

Logain alzó la vista hacia ella y la miró con intensidad. Nynaeve no recordaba haberse acercado. El hombre había adoptado un gesto que convertía su rostro en una máscara de descarado desprecio; no sería una Aes Sedai, pero sí algo que se le parecía mucho.

—¿Cómo puedes hacer todo eso a la vez? —preguntó Elayne—. No he podido seguir el rastro de la mitad siquiera.

—Chist —susurró Nynaeve. Disimulando el esfuerzo que requería, tomó la cabeza de Logain entre sus manos. Sí. Era mejor con el contacto físico, las sensaciones más intensas.

Dirigió todo el flujo del *Saidar* allí donde debería estar el agujero; y casi se sorprendió al hallar un vacío. A decir verdad, no esperaba descubrir nada todavía. Los hombres eran tan diferentes de las mujeres en el Poder como lo eran físicamente; puede que incluso más. Era como si examinara una roca para saber algo sobre peces. Le costaba mucho trabajo concentrarse en lo que estaba haciendo, consciente de que sólo estaba cumpliendo con las formalidades; en realidad, matando el tiempo.

«¿Qué ha estado a punto de decir Myrelle? ¿Sería capaz de no darme un mensaje de Egwene?» Aquel vacío, tan pequeño que podría pasarlo por alto, era vasto una vez que deslizó los flujos dentro, lo bastante inmenso para tragárselos todos. «Si pudiese hablar con Egwene. Apostaría a que en el momento en que supiera que la Torre ha enviado una embajada a Rand y que las Aes Sedai de aquí están de brazos cruzados conseguiría convencer a Elayne de que hemos hecho todo lo que podíamos en este sitio.» Un vasto vacío; la nada. ¿Y qué pasaba con lo que había encontrado en Siuan y Leane, esa sensación de algo cortado? Estaba segura de que era real por muy débil que se notara. Los hombres y las mujeres podían ser diferentes, pero quizá... «Lo único que necesito es hablar con ella de algún modo. Enseguida verá que Rand estaría mejor con nosotras allí. Elayne le hará caso, porque cree que Egwene conoce a Rand mejor que nadie.» Ahí estaba. Algo cortado. Sólo la sensación, pero igual que en Siuan y Leane. «Bueno ¿y cómo la encuentro? Si se colara en nuestros sueños otra vez... Apuesto a que soy capaz de convencerla para que se reúna con nosotras. Las tres seríamos mucho más útiles al lado de Rand. Juntas podríamos explicarle lo que descubrimos en el *Tel'aran'rhiod,* impedir que, por su testarudez, cometiera algún error estúpido con las Aes Sedai. Ella lo entendería.» Algo respecto a ese corte... Si estuviese conectado con Fuego y Energía, así...

Fue el gesto de Logain, cuyos ojos se desorbitaron ligeramente, lo que le hizo entender lo que había hecho. Se le cortó la respiración. Se apartó de él, reculando, tan deprisa que se tropezó con la falda.

—Nynaeve ¿qué te pa...? —empezó Elayne al tiempo que se sentaba derecha.

En un abrir y cerrar de ojos la antigua Zahorí había absorbido todo el *Saidar* que era capaz y lo había reconducido para crear un escudo.

—Ve a buscar a Sheriam —barbotó—. A nadie más, sólo a ella. Dile... —Hizo una

inhalación que parecía la primera después de horas; su corazón parecía un caballo desbocado—. Dile que he curado a Logain.

Librodot

CAPÍTULO 7

Curar otra vez

Algo empujaba contra el escudo que Nynaeve había puesto entre Logain y la Fuente Verdadera, creciendo en fuerza hasta que el escudo empezó a doblarse y a temblar, a punto de desgarrarse. Dejó que el *Saidar* fluyera a través de ella, encauzando cada hilo en Energía en el escudo, hasta que la dulzura llegó al punto crítico del dolor.

—¡Ve, Elayne! —No le importó en absoluto que su orden sonara como un chillido destemplado.

Elayne, que la Luz la bendijera, no perdió tiempo en hacer preguntas. Saltó de la silla y se marchó a todo correr.

Logain no había movido un solo músculo. Sus ojos estaban prendidos en los de ella; parecían brillar. Luz, qué grande era. Nynaeve tanteó torpemente el cinturón para coger su puñal y comprendió lo ridículo de su gesto —seguramente el hombre se lo arrebataría sin el menor esfuerzo; sus hombros le parecieron de repente anchísimos— y dirigió parte de su tejido hacia Aire, creando unas ataduras que lo inmovilizaron en la silla, de brazos y piernas. Seguía siendo un tipo muy grande, pero de pronto parecía más normal, totalmente dócil. Sólo que entonces a Nynaeve se le ocurrió que había reducido la fuerza del escudo. Empero, era incapaz de encauzar una pizca más; de hecho ya... el puro gozo de vivir que era el *Saidar* se había vuelto tan intenso dentro de ella que casi quería llorar. Logain le sonrió.

Uno de los Guardianes asomó la cabeza por la puerta; era un hombre de cabello oscuro, nariz aguileña y con una blanquecina cicatriz recorriéndole toda la angulosa mandíbula.

—¿Va todo bien? La otra Aceptada salió corriendo como si se hubiese sentado en un rodal de ortigas.

—Todo está bajo control —contestó fríamente Nynaeve. Tan fríamente como fue capaz. Nadie debía saberlo, ¡nadie!, hasta que hubiese hablado con Sheriam y la hubiese puesto de su parte—. Elayne recordó de repente algo que había olvidado. —Eso sonaba estúpido—. Podéis dejarnos. Estoy muy ocupada.

Tervail —así se llamaba, Tervail Dura, y estaba vinculado a Beonin; ¿y qué demonios importaba su nombre?— le dedicó una irónica sonrisa e hizo una burlona reverencia antes de retirarse. Los Guardianes rara vez consentían que una Aceptada jugara a ser Aes Sedai.

Nynaeve tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para no lamerse los labios. Observó atentamente a Logain. El hombre estaba aparentemente tranquilo, como si nada hubiese cambiado.

—No hay necesidad de esto, Nynaeve. ¿Crees que me lanzaría a atacar un pueblo en el que hay cientos de Aes Sedai? Me cortarían en pedacitos antes de que hubiese dado dos pasos.

—Cállate —repuso de manera automática. Tanteando a su espalda encontró una silla y se sentó sin quitar un instante los ojos de él. Luz, ¿por qué tardaba tanto Sheriam? Tenía que entender que había sido un accidente. ¡Tenía que entenderlo! La rabia contra sí misma era lo único que la mantenía en disposición de encauzar. ¿Cómo podía haber sido tan descuidada, tan estúpida?

—No tengas miedo —dijo Logain—. No me volveré contra ellas ahora. Están teniendo éxito en lo que deseo, lo sepan o no. El Ajah Rojo está acabado. Dentro de un año no habrá una sola Aes Sedai que se atreva a admitir que es una Roja.

—¡He dicho que te calles! —espetó—. ¿Piensas que voy a creer que sólo odias a las Rojas?

—¿Sabes? Una vez vi a un hombre que ocasionará más problemas de los que causé yo nunca. Quizás era el Dragón Renacido, no lo sé. Fue cuando me conducían a través de Caemlyn, después de ser capturado. Estaba lejos, pero vi un... un resplandor, y supe que sacudiría al mundo en sus cimientos. A pesar de estar enjaulado, no pude menos de echarme a reír.

Desplazando una pequeña parte del Aire que lo ataba, Nynaeve la forzó contra la boca del hombre a guisa de mordaza. Las cejas de Logain se fruncieron en un gesto de ira que desapareció en un visto y no visto, pero a la antigua Zahorí no le importó. Ahora lo tenía a buen recaudo. Al menos... En fin, no había hecho ningún intento de resistirse ni forcejear, pero a lo mejor era porque sabía desde el principio que sólo se enredaría más. Y podía ser así. Sin embargo, ¿hasta qué punto se había esforzado en romper el escudo? Sólo aquel empujón, no exactamente incrementando la fuerza con lentitud pero tampoco con rapidez; fue casi como un hombre estirando los músculos entumecidos tras un largo período sin utilizarlos, empujando contra algo no con la intención de moverlo, sino sólo por la necesidad de sentir de nuevo esos músculos. La idea le heló las entrañas.

Irritándola aun más, unas arrugas divertidas se marcaron en los ojos de Logain, casi como si el hombre supiera lo que acababa de pasársele por la cabeza. Estaba allí sentado, con la boca entreabierta ridículamente, atado y aislado con un escudo, y era él el que se encontraba tan tranquilo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? No era la persona adecuada para ser Aes Sedai, ni aunque su bloqueo desapareciera en ese momento. No era una persona a la que se pudiera dejar a su libre albedrío. Tendrían que advertir a Birgitte que tuviera cuidado de ella para que no se fuera de bruces al suelo al intentar cruzar la calle.

Los reproches y la reprimenda para sus adentros no eran intencionados, pero con ello consiguió mantener encendida la rabia lo suficiente hasta que la puerta se abrió de par en par. No era Elayne.

Sheriam entró detrás de Romanda, con Myrelle, Morvrin y Takima pisándole los talones, y a continuación Lelaine, Janya, Delana, Bharatine y Beonin. Y más, apiñándose en el cuarto hasta llenarlo. Nynaeve alcanzó a ver a otras a través de la puerta, que no tenía hueco para cerrarse. Las que estaban dentro la miraban de hito en hito a ella y a su tejido, con tanta intensidad que Nynaeve tragó saliva con esfuerzo y toda su rabia se esfumó. Y, naturalmente, ocurrió lo mismo con el escudo y las ataduras de Logain.

Antes de que Nynaeve tuviese ocasión de pedir que alguien volviera a aislarlo, Nisao se plantó frente a ella. A pesar de ser baja, Nisao se las ingenió para parecer enorme.

—¿Y bien? ¿Qué es toda esa tontería de que lo has curado?

—¿Es eso lo que dice que ha hecho? —Logain se las arregló para parecer sorprendido.

Varilin se adelantó para ponerse junto a Nisao. La esbelta y pelirroja Gris parecía enorme por la sencilla razón de que era tan alta como Logain.

—Me temía algo así en cuanto todo el mundo empezó a mimarla por sus descubrimientos. Cuando se le acabaron, los mimos cesaron, y era de esperar que hiciese una afirmación absurda para recuperarlos.

—Fue por permitirle fantasear respecto a Siuan y a Leane —manifestó firmemente Romanda—. Y con este tipo. ¡Habría que haberle dicho que hay cosas que no tienen cura y se acabó!

—¡Pero lo hice! —protestó Nynaeve—. ¡Lo hice! Por favor, aisladlo con un escudo. ¡Por favor, tenéis que hacerlo!

Las Aes Sedai que estaban frente a ella se volvieron a mirar a Logain, abriendo justo un hueco para que también ella pudiera verlo. El hombre aguantó todas las miradas con cara impasible. ¡Incluso se encogió de hombros!

—Creo que lo menos que podemos hacer es aislarlo hasta que estemos completamente seguras —sugirió Sheriam.

Librodot

Romanda asintió y un escudo cobró vida, lo bastante fuerte para retener a un gigante, mientras el brillo del *Saidar* rodeaba a casi todas las mujeres que había en el cuarto. Romanda puso un poco de orden nombrando enérgicamente a seis de ellas para que se ocupasen de mantener un escudo de menor potencia pero adecuado. La mano de Myrelle se ciñó en torno al brazo de Nynaeve.

—Si nos disculpas, Romanda, tenemos que hablar a solas con Nynaeve.

Romanda asintió con aire ausente. Estaba observando a Logain con el entrecejo fruncido. Como casi todas las Aes Sedai presentes; nadie se movió para marcharse.

Sheriam y Myrelle levantaron a Nynaeve de la silla y la llevaron hacia la puerta casi en volandas.

—¿Qué estáis haciendo? —demandó, falta de aliento—. ¿Adónde me lleváis?

Fuera, se abrieron paso entre la multitud de Aes Sedai, muchas de las cuales le dirigieron miradas frías, incluso acusadoras. Pasaron delante de Elayne, que hizo una mueca, disculpándose. Nynaeve miró hacia atrás mientras las dos Aes Sedai la conducían tan deprisa que tropezaba cada dos por tres. No es que esperase que Elayne la ayudara, pero podía ser la última vez que viera a la heredera del trono. Beonin le estaba diciendo algo a Elayne, que salió corriendo entre la multitud.

—¿Qué vais a hacerme? —gimió Nynaeve.

—Podríamos tenerte fregando ollas durante el resto de tu vida —respondió Sheriam en tono coloquial.

—Sí —asintió Myrelle—. Podrías trabajar en las cocinas todo el día.

—O podríamos hacer que te azotaran a diario.

—Arrancarte la piel a tiras.

—Meterte en un barril, clavarlo y alimentarte a través del agujero del tapón del fondo.

—Pero sólo con papilla. Con papilla agria.

A Nynaeve le flaqueaban las piernas.

—¡Fue un accidente! ¡Lo juro! ¡No era mi intención!

Sheriam la zarandeó de manera contundente aunque sin perder el paso.

—No seas necia, muchacha. Puede que acabes de haber logrado lo imposible.

—¿Me creéis? ¡Me creéis! ¿Por qué no dijisteis algo cuando Nisao y Varilin y...? ¿Por qué no dijisteis algo?

—He dicho «puede», pequeña. —El timbre de Sheriam era deprimentemente neutral.

—Otra posibilidad es que tu cerebro se haya resentido por la tensión. —Myrelle observó a Nynaeve con los ojos entrecerrados—. Te sorprendería el número de Aceptadas, e incluso de novicias, que afirman haber descubierto algún Talento perdido o que han encontrado uno nuevo. Cuando era novicia, una Aceptada llamada Echiko estaba tan convencida de que sabía cómo volar que saltó desde lo alto de la Torre.

Nynaeve, a la que la cabeza le daba vueltas, miró a una y otra Aes Sedai. ¿Le creían o no? ¿De verdad pensaban que su mente se había resentido? «¿Qué demonios van a hacer conmigo?» Trató de encontrar palabras para convencerlas —no mentía ni estaba loca; había curado a Logain— pero su boca seguía moviéndose sin emitir ningún sonido cuando la metieron a toda prisa en la Torre Chica.

Hasta que no hubieron entrado en lo que en tiempos había sido un comedor privado, una estancia grande en la que ahora había una mesa estrecha con sillas detrás, cerca de una de las paredes, Nynaeve no advirtió que llevaban detrás una comitiva. Más de una docena de Aes Sedai entraron pisándoles los talones; Nisao, cruzada de brazos, y Dagdara, con la barbilla tan adelantada que parecía tener intención de caminar a través de una pared, y Shanelle y Therva y... Todas del Ajah Amarillo, excepto Sheriam y Myrelle. Aquella mesa sugería la sala de un magistrado, y esa hilera de semblantes severos insinuaba un juicio. Nynaeve tragó saliva con esfuerzo.

Sheriam y Myrelle la dejaron de pie y rodearon la mesa para conferenciar en voz baja, de espaldas a ella. Cuando se volvieron de nuevo, la expresión de sus rostros era

indescifrable.

—Afirmas haber curado a Logain. —Había un atisbo de desdén en la voz de Sheriam—. Aseguras haber curado a un hombre amansado.

—Tenéis que creerme —protestó Nynaeve—. Vos dijisteis que sí. —Dio un brinco cuando algo invisible le azotó las nalgas.

—No olvides quién eres, Aceptada —dijo fríamente Sheriam—. ¿Haces tal afirmación?

Nynaeve la miró intensamente. Era Sheriam la que estaba loca, con esos cambios bruscos de actitud; sin embargo, la antigua Zahorí se las ingenió para responder respetuosamente:

—Sí, Aes Sedai.

Dagdara resopló tan fuerte que sonó como un trozo de lona desgarrándose. Sheriam atajó con un gesto el murmullo que se había levantado entre las Amarillas.

—Y dices que lo hiciste accidentalmente. Si es ése el caso, supongo que no hay posibilidad de que lo pruebes haciéndolo de nuevo.

—¿Cómo iba a poder? —intervino Myrelle, que parecía divertida. ¡Divertida!—. Si ha llegado a ello tanteando a ciegas, ¿cómo podría repetirlo? Pero eso no importaría a menos que realmente lo haya hecho.

—¡Respóndeme! —espetó Sheriam, y el invisible azote golpeó otra vez. En esta ocasión Nynaeve logró no saltar—. ¿Hay alguna posibilidad de que recuerdes, aunque sólo sea en parte, lo que hiciste?

—Lo recuerdo, Aes Sedai —respondió hoscamente, poniéndose en tensión a la espera de otro golpe. No lo hubo, pero ahora percibió el brillo del *Saidar* envolviendo a Sheriam, y parecía amenazador.

Se produjo un pequeño alboroto en la puerta, y Carlinya y Beonin se abrieron paso entre la fila de Amarillas, una llevando a Siuan y la otra a Leane.

—No querían venir —informó Beonin con un tono exasperado—. ¿Puedes creer que intentaron decirnos que estaban ocupadas?

El rostro de Leane estaba tan inexpresivo como el del cualquier Aes Sedai, pero Siuan lanzaba miradas hoscas, furiosas a todo el mundo, en especial a Nynaeve.

Finalmente la Aceptada comprendió. Por fin todo encajó en su sitio. La presencia de las hermanas Amarillas. Sheriam y Myrelle creyéndole, después no creyéndole, amenazándola, golpeándola. Todo a propósito, todo para ponerla lo bastante furiosa para realizar su Curación en Siuan y Leane, para demostrar su valía a las Amarillas. No. A juzgar por sus expresiones, estaban allí para verla fracasar, no para presenciar su éxito. Nynaeve no hizo el menor esfuerzo por disimular el firme tirón que se dio a la trenza. De hecho, se dio un segundo por si alguna había pasado por alto el primero. Deseaba abofetearlas a todas. Deseaba hacerles tragar una cocción de hierbas que las haría sentarse en el suelo y llorar como criaturas sólo por el olor. Deseaba arrancarles el pelo y estrangularlas con él. Deseaba...

—¿Voy a tener que aguantar esta estupidez? —gruñó Siuan—. Tengo trabajo importante que hacer, pero aunque sólo fuera limpiar pescado seguiría siendo más imp...

—Oh, cierra el pico —la interrumpió, irritada, Nynaeve. Avanzó un paso y cogió la cabeza de Siuan con las dos manos como si se propusiera partirle el cuello. Se había creído todas esas tonterías. ¡Hasta lo del barril! ¡La habían manipulado como a una marioneta!

El *Saidar* la llenó y la mujer encauzó igual que había hecho con Logain, combinando los Cinco Poderes. Esta vez sabía lo que buscaba, esa casi imperceptible sensación de algo cortado. Energía y Fuego para recomponer la ruptura y...

De momento Siuan se limitó a mirarla fija, inexpresivamente. Después el brillo del *Saidar* la envolvió. Exclamaciones ahogadas llenaron la sala. Lentamente, Siuan se inclinó hacia Nynaeve y la besó en ambas mejillas. Un lágrima se deslizó por su rostro, después otra y de repente Siuan prorrumpió en sollozos, ciñéndose a sí misma y tiritando; el halo reluciente que la envolvía se apagó. Sheriam se apresuró a abrazarla con gesto reconfortante; también ella parecía a punto de llorar.

Todas las demás miraban de hito en hito a Nynaeve. La conmoción que trascendía a la serenidad de todas las Aes Sedai resultaba muy satisfactoria; y también la contrariedad. Los ojos de Shanelle, de un color azul claro que contrastaba con el moreno y bonito rostro, parecían que iban a salirse de las órbitas. Nisao estaba boquiabierta, hasta que advirtió que Nynaeve la miraba y entonces la cerró de golpe.

—¿Qué te hizo pensar en utilizar Fuego? —preguntó Dagdara con una voz estrangulada y que sonaba demasiado aguda para una mujer tan grande—. ¿Y Tierra? Utilizaste Tierra. La Curación es Energía, Agua y Aire.

Aquello fue como abrir una esclusa por la que salió un torrente de preguntas de todas las gargantas, si bien eran en realidad la misma aunque planteada de manera diferente.

—No sé por qué —contestó Nynaeve cuando por fin pudo hablar—. Me pareció lo adecuado, simplemente. Casi siempre he utilizado todo.

Aquello provocó una andanada de admoniciones. La Curación era Energía, Agua y Aire. Era peligroso experimentar con la Curación; un error no sólo podía matar a la sanadora sino también a su paciente. Nynaeve no respondió nada, pero las advertencias cesaron enseguida dando paso a miradas pesarosas y manos que alisaban los vuelos de las faldas; no había matado a nadie y sí había curado lo que según ellas no podía curarse.

Leane sonreía con una expresión tan esperanzada que casi resultaba dolorosa. Nynaeve se acercó a ella sonriendo a su vez para disimular la ardiente rabia que tenía dentro. El Ajah Amarillo y su cacareado conocimiento de la Curación que ella había estado dispuesta a suplicar de rodillas que lo compartieran. ¡Sabía más de Curación que cualquiera de ellas!

—Observad atentamente, porque no tendréis pronto otra oportunidad de ver cómo se hace.

Notó claramente cómo se unía la rotura mientras encauzaba, aunque todavía no habría sabido decir qué era lo que había unido. La sensación era distinta de la experimentada con Logain —había ocurrido igual con Siuan— pero, como no dejaba de repetirse, los nombres y las mujeres eran diferentes. «¡Luz, tengo suerte de que esto funcione con ellas tan bien como lo hizo con él!» Aquello dio pie a un incómodo planteamiento especulativo. ¿Y si algunas cosas tenían que curarse de manera distinta en hombres y en mujeres? A lo mejor no sabía mucho más que las Amarillas, después de todo.

La reacción de Leane fue diferente de la de Siuan. Nada de lágrimas. Abrazó el *Saidar* y sonrió beatíficamente; después lo soltó, bien que la sonrisa permaneció, y rodeó a Nynaeve entre sus brazos y la estrechó hasta que las costillas de la antigua Zahorí crujieron.

—Gracias, gracias, gracias —susurró una y otra vez.

Entre las Amarillas se había alzado un murmullo, y Nynaeve se preparó para regodearse con sus felicitaciones. Aceptaría sus disculpas con elegancia. Entonces oyó lo que estaban hablando.

—... utilizar Fuego y Tierra como si estuviese intentando abrir un agujero a través de la piedra. —Ésa era Dagdara.

—Un toque más suave sería mejor —se mostró de acuerdo Shanelle.

—... ver si el Fuego puede ser útil en problemas con el corazón —decía Therva mientras se daba golpecitos en su larga nariz. Baldemaine, una arafelina regordeta con campanillas de plata tejidas en el cabello, asintió pensativamente.

—... si la Tierra se combinase con el Aire así, ¿comprendes?

—... el Fuego tejido con el Agua...

Nynaeve se quedó boquiabierta. Se habían olvidado completamente de ella. ¡Creían que podían hacer lo que acababa de enseñarles mejor que ella! Myrelle le dio unas palmaditas en el brazo.

—Lo hiciste muy bien —musitó—. No te preocupes; se desharán en elogios más tarde. Ahora mismo están todavía un poco sorprendidas.

Nynaeve aspiró sonoramente el aire por la nariz, pero ninguna de la Amarillas pareció advertirlo.

Librodot

—Espero que esto signifique al menos que no tendré que fregar más ollas.

La cabeza de Sheriam se giró bruscamente hacia ella; tenía una expresión sobresaltada.

—Vaya, pequeña, ¿y qué te hace pensar eso? —Todavía rodeaba con un brazo a Siuan, que se enjugaba los ojos con un pañuelo de encaje, bastante turbada—. Si cualquiera pudiese quebrantar las reglas que quisiera, hacer lo que deseara y escapara del castigo simplemente por hacer algo bueno en contrapartida, el mundo sería el caos.

Nynaeve suspiró. Debería haberlo imaginado.

Apartándose del resto de las Amarillas, Nisao carraspeó y, al pasar junto a Nynaeve, le lanzó una mirada que sólo podía describirse como de acusación.

—Supongo que esto significa que tendremos que amansar de nuevo a Logain. —Hablaba como si quisiera negar la evidencia de lo ocurrido.

Varias cabezas empezaron a asentir, y entonces Carlinya habló; sus palabras se hincaron en la sala cual un carámbano de hielo:

—¿Podemos? —Todos los ojos se volvieron hacia ella, pero la mujer continuó sosegada, fríamente—: Desde un punto de vista ético, ¿podemos considerar la posibilidad de apoyar a un hombre que encauza, un hombre que intenta reunir a otros hombres que pueden hacerlo, y al mismo tiempo seguimos como antes, amansando a los que encontramos? Desde un punto de vista práctico, ¿qué efecto tendrá en ese hombre cuando se entere? Por muy penoso que sea, tal y como van las cosas, nos verá separadas de la Torre y, lo que es más importante, separadas de Elaida y del Ajah Rojo. Si amansamos aunque sólo sea a un varón, podríamos perder esa diferenciación y con ella nuestra oportunidad de tener algún poder sobre él antes de que lo tenga Elaida.

El silencio se adueñó de la sala cuando Carlinya terminó de hablar. Las Aes Sedai intercambiaron miradas preocupadas y las que dirigieron a Nynaeve hicieron parecer elogiosa la anterior de Nisao. Habían muerto hermanas para capturar a Logain y, aunque de nuevo estuviese convenientemente aislado con un escudo, ella las había puesto de nuevo en la situación de antes, teniendo que enfrentarse al mismo problema desde el principio, agravado por el rencor de Logain.

—Creo que deberías marcharte —le dijo suavemente Sheriam.

Nynaeve no tenía la más mínima intención de discutir. Hizo las reverencias tan deprisa y cuidadosamente como le fue posible y se esforzó para no salir corriendo de allí.

Fuera, Elayne se levantó del peldaño de piedra en el que estaba sentada.

—Lo siento, Nynaeve —dijo mientras se sacudía la falda—. Estaba tan nerviosa que le solté todo a Sheriam antes de darme cuenta de que Romanda y Delana estaban allí.

—No importa —respondió amargamente mientras echaba a andar calle abajo—. Se habría sabido antes o después. —Pero no era justo. «Hice algo que según ellas no podía hacerse ¡y aun así tengo que fregar ollas!»—. Elayne, no me importa lo que digas, pero tenemos que irnos. Carlinya estaba hablando de tener «poder» sobre Rand. Esta pandilla no será mucho mejor que Elaida. Thom y Juilin nos conseguirán caballos, y Birgitte puede irse al cuerno.

—Me temo que es demasiado tarde —comentó Elayne, desolada—. Ya se está corriendo la voz.

Larissa Lyndel y Zenare Ghodar cayeron sobre Nynaeve como halcones, una por cada lado. Larissa era una mujer huesuda cuya fealdad casi superaba la intemporalidad Aes Sedai, y Zenare era algo gruesa y tan altanera como dos reinas juntas, pero los rostros de ambas mujeres traslucían una gran ansiedad. Eran del Ajah Amarillo, aunque no estaban en la sala cuando Nynaeve había curado a Siuan y a Leane.

—Quiero verte repetirlo paso a paso, Nynaeve —dijo Larissa al tiempo que la agarraba de un brazo.

—Nynaeve —manifestó Zenare cogiéndola del otro brazo—, apuesto a que puedo encontrar un centenar de cosas que ni siquiera has pensado si repites el tejido tantas veces como sea necesario.

Librodot

Salima Toranes, teariana y de piel casi tan oscura como un Marino, pareció materializarse de la nada.

—Vaya, así que otras se me han adelantado. Bien, pues que me aspen si voy a esperar el turno.

—Yo estaba antes, Salima —protestó firmemente Zenare, que apretó más los dedos en torno al brazo de Nynaeve.

—No, *yo* estaba antes —la contradijo Larissa, aumentando también la presión de los suyos.

Nynaeve lanzó una mirada de puro terror a Elayne, y recibió otra de conmiseración mientras la heredera se encogía de hombros. A esto era a lo que Elayne se refería al decir que era demasiado tarde: a partir de ahora no tendría ni un minuto libre para sí misma.

—¿... furiosa? —estaba diciendo Zenare—. Se me ocurren cincuenta formas distintas para enfurecerla lo bastante para que mastique rocas.

—Y a mí se me ocurre un centenar —replicó Larissa—. Estoy dispuesta a romper su bloqueo aunque sea lo último que haga.

Magla Daronos se abrió paso en el grupo a empellones, y tenía unos hombros muy apropiados para hacerlo. Por su aspecto parecía que practicase esgrima o que trabajara con el martillo de un herrero.

—¿Que lo romperás, Larissa? ¡Ja! Tengo varias ideas en mente para arrancárselo.

Nynaeve tenía unas ganas horribles de chillar.

Siuan apenas pudo contener el deseo de abrazar el *Saidar* y retenerlo, pero temió que rompería a llorar otra vez. Eso no serviría de nada. Además, para las mujeres que se apiñaban a su alrededor en la sala de espera sería como la exhibición de una estúpida novicia. Todas aquellas expresiones de maravilla y complacencia, todas las palabras de bienvenida como si hubiese estado ausente durante años, tenían el efecto de un bálsamo en ella, en especial las de quienes habían sido amigas antes de que se convirtiese en Amyrlin, antes de que el tiempo y las obligaciones las separaran. Lelaine y Delana la rodeaban con un brazo como no lo habían hecho hacía muchos años. Moraine había sido la única con quien había mantenido una relación más íntima, la única aparte de Leane que había conseguido conservar después de ponerse la estola, y el deber había contribuido a mantenerlas unidas.

—Es estupendo tenerte de vuelta —rió Lelaine.

—Es fantástico —abundó Delana afectuosamente.

Siuan rió y tuvo que limpiar con el dorso de la mano las lágrimas que le humedecían las mejillas. Luz, ¿qué demonios le pasaba? ¡No había llorado con tanta facilidad desde que era una niña!

Tal vez era sólo alegría por recuperar el *Saidar,* por todo el afecto que la rodeaba. La Luz sabía que había más que motivos suficientes para desestabilizar a cualquiera. No había osado soñar con que este día llegaría, y ahora que había llegado no guardaba ningún resentimiento contra estas mujeres por su frío distanciamiento anterior ni por su insistencia en que recordara cuál era su sitio. La línea entre Aes Sedai y no Aes Sedai era clara —ella misma había repetido esto antes de que la neutralizaran y no era menester decir que volvería a hacerlo—, y sabía cómo había que tratar a las mujeres neutralizadas por su propio bien y el de quienes todavía podían encauzar. Sabía cómo había que tratarlas... Qué extraño resultaba pensar que las cosas no volverían a ser así.

Por el rabillo del ojo vio a Gareth Bryne subiendo a paso rápido la escalera que había a un lado de la habitación.

—Disculpadme un momento —dijo Siuan y se apresuró a ir tras él.

En realidad ir deprisa significó tener que pararse cada dos pasos para recibir otra felicitación todo el trecho que la separaba de la escalera, así que no alcanzó al hombre hasta llegar al pasillo del segundo piso, por el que Gareth avanzaba a zancadas. Se adelantó y se plantó frente a él. El canoso cabello del hombre estaba revuelto por el viento y su cuadrado

rostro y la desgastada chaqueta de gamuza tenían una capa de polvo. Su aspecto era tan sólido como el de una roca.

—Tengo que dejar esto, Siuan —dijo, alzando un puñado de papeles e intentando pasar por un lado, pero ella se desplazó y se puso delante otra vez.

—Me han curado. Puedo encauzar otra vez.

Él asintió con la cabeza; ¡nada más!

—He oído decir algo. Supongo que esto significa que encauzaréis para lavar mis camisas de ahora en adelante. Puede que incluso ahora queden limpias. He lamentado haber dejado marcharse a Min tan fácilmente.

Siuan lo miró fijamente. No era estúpido, de modo que ¿por qué fingía no entender?

—Vuelvo a ser Aes Sedai. ¿De verdad esperáis que una Aes Sedai haga vuestra colada?

Sólo para dejarlo bien claro, abrazó el *Saidar* —aquella dulzura añorada era tan maravillosa que se estremeció—, lo envolvió en flujos de Aire y lo levantó. Mejor dicho, intentó levantarlo. Sin salir de su sorpresa, Siuan absorbió más, lo intentó con más ahínco, hasta que la dulzura le provocó punzadas dolorosas, como si le estuviesen clavando anzuelos. Los pies del hombre no se movieron del suelo lo más mínimo.

Era imposible. Cierto, el sencillo acto de levantar en vilo algo era uno de los más difíciles en el encauzamiento, pero ella había sido capaz de alzar casi tres veces su propio peso.

—¿Esto tiene por objeto impresionarme o asustarme? —preguntó calmosamente Bryne—. Sheriam y sus amigas lo prometieron, la Antecámara lo prometió y, lo más importante, vos disteis vuestra palabra, Siuan. No dejaría que os escapaseis de mí ni aunque volvieseis a ser la Amyrlin. Y, ahora, deshaced lo que habéis hecho o cuando me libre de ello os pondré sobre mis rodillas y os daré unos azotes por ser infantil. Casi nunca lo sois, así que no esperéis que os permita que empecéis a serlo ahora.

Casi aturdida, Siuan soltó la Fuente. Su estado no era por la amenaza del hombre —era muy capaz de cumplirla; ya lo había hecho antes— y tampoco por la impresión de verse incapaz de levantarlo. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos como una fuente y confió en que soltando el *Saidar* se contendrían. Aun así unas pocas resbalaron por sus mejillas a pesar de sus parpadeos.

Gareth le había cogido la cara entre las manos antes de que ella advirtiera siquiera que se había movido.

—Luz, mujer, no me digáis que os he asustado. Creía que ni siquiera os asustaría que os arrojaran a un foso de leopardos.

—No estoy asustada —repuso, envarada. Bien, todavía podía mentir. Más lágrimas agolpándose en los párpados.

—Tenemos que resolver esto, encontrar la forma de no estar como el perro y el gato todo el tiempo —musitó él.

—No hay razón para que resolvamos nada. —Venían. Venían. Otra vez las lágrimas. Oh, Luz, no podía permitirle que las viera—. Dejadme sola, por favor. Por favor, idos.

Cosa sorprendente, Gareth Bryne dudó sólo un instante antes de hacer lo que le pedía.

Escuchando tras ella el sonido de sus botas, Siuan se las arregló para girar en el recodo donde el pasillo se cruzaba con otro antes de que el llanto la desbordara y cayera de rodillas sollozando lastimeramente. Ahora sabía por qué. Alric, su Guardián. Su Guardián muerto, asesinado cuando Elaida la había depuesto. Podía mentir —el efecto de los Tres Juramentos todavía no se había manifestado en ella— pero una parte de su vínculo con Alric, un vínculo de cuerpo a cuerpo, de mente a mente, había resurgido. El dolor de su muerte, ese dolor que al principio quedó encubierto por la conmoción de lo que Elaida se proponía hacer y después enterrado por la neutralización, ese dolor la llenó ahora hasta rebosar. Acurrucada contra la pared, gimiendo y llorando a mares, se alegró de que Gareth Bryne no la viera así. «¡No tengo tiempo para enamorarme, así se abrase!»

La idea fue como un balde de agua fría en la cara. El dolor persistió, pero el llanto cesó

Librodot

y Siuan se incorporó tambaleándose. ¿Enamorarse? Eso era tan imposible como... como... No se le ocurría nada lo bastante imposible. ¡Ese hombre sí era imposible!

De pronto se dio cuenta de que Leane estaba de pie a dos pasos de distancia, observándola. Siuan hizo ademán de limpiarse las lágrimas de la cara, pero después renunció. En el semblante de Leane sólo había comprensión.

—¿Cómo te enfrentaste a... la muerte de Anjen, Leane? —De eso hacía ahora quince años.

—Lloré —contestó la otra mujer—. Durante un mes contuve el llanto durante el día y pasé las noches hecha un ovillo, tiritando y en un mar de lágrimas. Eso después de rasgar las sábanas. Durante otros tres, de repente se me humedecían los ojos sin previo aviso. Pasó más de un año antes de que dejara de dolerme. Ése es el motivo por el que no vinculé a otro. Me sentía incapaz de soportar lo mismo otra vez. Se pasa, Siuan. —Se sacó de algún sitio una sonrisa pícara—. Ahora creo que podría con dos o tres Guardianes, si no con cuatro.

Siuan asintió. Podía llorar por la noche. En cuanto al maldito Gareth Bryne... No había nada de «en cuanto». ¡No lo había!

—¿Crees que están a punto? —Sólo habían dispuesto de unos instantes abajo para hablar. Este anzuelo había que echarlo rápidamente o no echarlo.

—Tal vez. No tuve mucho tiempo. Y he de ser prudente. —Leane hizo una pausa—. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto, Siuan? Está cambiando todo para lo que hemos trabajado, sin el menor aviso, y... No soy tan fuerte como era, Siuan, y tampoco tú. La mayoría de las mujeres aquí pueden encauzar más que cualquiera de nosotras dos ahora. Luz, creo que hasta algunas Aceptadas pueden hacerlo, sin contar a Elayne y Nynaeve.

—Lo sé. —Había que correr el riesgo. El otro plan había sido sólo provisional porque ya no era Aes Sedai. Pero ahora volvía a serlo, y la habían depuesto respetando el mínimo de la ley de la Torre. Si volvía a ser Aes Sedai, ¿no sería de nuevo la Amyrlin?

Cuadró los hombros y bajó dispuesta a sostener un combate con la Antecámara.

Tumbada en la cama, con la camisola, Elayne reprimió un bostezo y siguió untándose las manos con la crema que le había facilitado Leane. Parecía surtir efecto; al menos estaban más suaves. Un soplo de brisa nocturna se coló por la ventana haciendo que la llama de la vela temblara. El aire sólo consiguió que se notara más calor en la habitación.

Nynaeve entró dando traspiés, cerró la puerta con un golpe, se tiró sobre la cama y se quedó mirando a Elayne.

—Magla es la mujer más despreciable, odiosa y rastrera del mundo —murmuró—. No, Larissa le gana. No, la peor es Romanda.

—Deduzco que te enfurecieron lo bastante para que encauzaras. —Por toda respuesta Nynaeve gruñó con una expresión tan furibunda que Elayne se apresuró a continuar—. ¿A cuántas tuviste que hacer una demostración? Te esperaba hace mucho rato. Te busqué a la hora de cenar, pero no di contigo.

—Cené un panecillo —rezongó—. ¡Un panecillo! Hice la demostración para todas, hasta la ultima Amarilla que hay en Salidar, sólo que no están satisfechas. Quieren disponer de mí de una en una. Han organizado un turno rotativo. Larissa me tendrá mañana por la mañana... ¡antes del desayuno! Y justo a continuación, Zenare. Después... ¡Discutieron cómo ponerme furiosa como si no estuviese yo delante! —Alzó la cabeza de la colcha; su expresión era la de un animal acosado—. Elayne, están compitiendo para ver quién de ellas rompe mi bloqueo. ¡Están como niños intentando coger el cochinillo engrasado en un día festivo, y el cerdito soy yo!

Elayne bostezó y le tendió el tarro de crema; Nynaeve se puso boca arriba y empezó a untarse las manos. También había cumplido con su turno fregando ollas.

—Lamento no haber hecho hace días lo que querías, Nynaeve. Podríamos haber tejido disfraces como el de Moghedien y pasar delante de todo el mundo sin que se dieran cuenta. —La antigua Zahorí dejó de frotarse las manos—. ¿Qué te pasa, Nynaeve?

—No se me ocurrió eso. ¡No se me pasó por la cabeza!

—¿No? Estaba segura de que sí lo habías pensado. Fuiste tú la que aprendió a hacerlo antes, después de todo.

—Intenté no pensar siquiera en lo que no podíamos decirles a las hermanas. —La voz de Nynaeve era fría como el hielo e igualmente dura—. Y ahora es demasiado tarde. Estoy tan cansada que no podría encauzar ni aunque me prendieran fuego al pelo, y si esas mujeres se hubiesen salido con la suya, estaría demasiado cansada para siempre. La única razón por la que me han dejado marcharme esta noche es porque no pude tocar el *Saidar* ni cuando Nisao... —Se estremeció y entonces sus manos empezaron a moverse otra vez, extendiendo la crema.

Elayne soltó un quedo suspiro. Casi había metido la pata. También ella estaba cansada. Admitir la propia equivocación siempre conseguía que la otra persona se sintiese mejor, pero no había tenido intención de mencionar el uso del *Saidar* para disfrazarse. Había temido desde el principio que Nynaeve hiciera esa sugerencia. Aquí, al menos, podían estar pendientes de lo que las Aes Sedai de Salidar se proponían, y tal vez avisar a Rand a través de Egwene una vez que ésta regresara al *Tel'aran'rhiod.* En el peor de los casos, podrían ejercer alguna influencia a través de Siuan y Leane.

Como si sus pensamientos hubiesen sido un llamamiento, la puerta se abrió para dejar pasar justo a esas dos mujeres. Leane llevaba una bandeja de madera con pan y un cuenco de sopa, una taza de cerámica roja y una jarra vidriada en blanco. Había incluso un ramito de hojas verdes en un pequeño jarrón azul.

—Siuan y yo pensamos que podías tener hambre, Nynaeve. Me he enterado de que las Amarillas te han exprimido.

Elayne no sabía si levantarse o no de la cama. Eran Siuan y Leane, pero volvían a ser Aes Sedai. Al menos, ella lo veía así. Las dos mujeres solucionaron su dilema al sentarse, Siuan a los pies de la cama de Elayne y Leane en la de Nynaeve. Ésta miró a ambas con desconfianza antes de sentarse con la espalda recostada en la pared y apoyando la bandeja sobre sus rodillas.

—He oído comentar que te has dirigido a la Antecámara, Siuan —dijo Elayne, con cuidado—. ¿Deberíamos haber hecho una reverencia?

—¿Te refieres a si somos Aes Sedai otra vez, muchacha? Lo somos. Discutieron como pescaderas el Día Solar, pero al menos accedieron a eso.

Siuan intercambió una mirada con Leane, y un leve rubor tiñó los pómulos de la antigua Amyrlin. Elayne sospechó que nunca se enteraría de qué era a lo que no habían accedido.

—Myrelle fue tan amable como para buscarme y contármelo —dijo Leane para romper el tenso silencio—. Creo que voy a elegir el Ajah Verde.

Nynaeve se atragantó con la cuchara metida en la boca.

—¿A qué te refieres? ¿Es que se puede cambiar de Ajah?

—No, no se puede —respondió Siuan—. Pero lo que la Antecámara decidió es que, aunque somos Aes Sedai, dejamos de serlo durante un tiempo. Y, puesto que insisten en creer que esa pantomima fue legal, todos nuestros vínculos, compromisos, asociaciones y títulos se fueron por la borda. —Su voz estaba cargada de amarga ironía—. Mañana preguntaré a las Azules si me aceptan otra vez. No sé de ningún Ajah que haya rechazado nunca a nadie. Para cuando se asciende de Aceptada, una ya ha sido dirigida hacia el Ajah adecuado lo sepa o no. Empero, tal y conforme marchan las cosas no me sorprendería si me dan con la puerta en las narices.

—¿Y cómo marchan las cosas? —preguntó Elayne, consciente de que ahí había algo. Siuan la acosaba a una, la hostigaba, le retorcía el brazo, pero no le traía sopa y se sentaba en la cama a charlar como una amiga—. Creía que todo iba tan bien como cabía esperarse.

Nynaeve se las arregló para lanzarle una mirada que era a la vez incrédula y feroz. Bueno, Nynaeve tenía que saber a qué se refería. Siuan volvió la cabeza para dirigir la vista hacia ella, pero también abarcaba a la antigua Zahorí.

—Fui a la casa de Logain. Seis hermanas mantienen el escudo, igual que cuando se lo

Librodot

capturó. Al parecer intentó liberarse cuando descubrió que sabíamos que estaba curado. Las Aes Sedai dijeron que si hubiesen sido sólo cinco las que reforzaban el escudo a lo mejor lo habría conseguido. De modo que es tan fuerte como antes o casi tanto como para que no se note la diferencia. No ocurre igual conmigo. Ni con Leane. Quiero que lo intentes otra vez Nynaeve.

—¡Lo sabía! —La antigua Zahorí tiró la cuchara contra la bandeja—. ¡Sabía que tenías alguna razón para hacer esto! Bien, pues estoy demasiado cansada para encauzar y daría lo mismo aunque no lo estuviera. No se puede curar lo que ya ha sido curado. ¡Salid las dos de aquí y llevaos vuestra asquerosa sopa!

Quedaba menos de la mitad de la «asquerosa sopa» y el cuenco tenía un tamaño considerable.

—¡Sabía que no funcionaría! —espetó Siuan—. ¡Esta mañana sabía que la neutralización no se podía curar!

—Un momento, Siuan —intervino Leane—. Nynaeve, ¿te das cuenta de lo que estamos arriesgando al venir aquí las dos juntas? Ésta no es una habitación en un callejón con vuestra amiga arquera montando guardia; la casa está llena de mujeres, con ojos para ver y lenguas para hablar. Si se descubre que Siuan y yo hemos estado interpretando una comedia ante todo el mundo, aunque el asunto no se destape hasta dentro de diez años... En fin, baste decir que a las Aes Sedai se las puede castigar y es muy posible que sigamos en una granja cultivando coles después de que el cabello se nos haya puesto blanco. Vinimos por lo que hiciste por nosotras, para empezar desde el principio.

—¿Y por qué no acudís a una de las Amarillas? —preguntó Elayne—. La mayoría de ellas tienen que saber tanto como Nynaeve a estas alturas.

Siuan y Leane intercambiaron una mirada y, por último, Siuan admitió a regañadientes:

—Si recurrimos a una hermana todo el mundo lo sabrá antes o después. Si lo hace Nynaeve, tal vez cualquiera que se las ingenie para aquilatarnos hoy pensará que estaba equivocada. Se supone que todas las hermanas son iguales, e incluso ha habido algunas Amyrlin que apenas eran capaces de encauzar lo suficiente para aspirar al chal; pero, aun dejando aparte las Amyrlin y las cabezas de los Ajahs, por costumbre, si otra es más fuerte en el Poder que una se espera que una ceda ante ella.

—No lo entiendo —adujo Elayne. Estaba recibiendo una buena lección de todo esto; lo de la jerarquía tenía sentido, pero suponía que era una de esas cosas que no se aprendían hasta que se ascendía a Aes Sedai. De un modo u otro, había pillado suficientes indicios para imaginar que, en muchos sentidos, la educación comenzaba cuando una se ponía el chal—. Si Nynaeve puede curaros otra vez, entonces estáis más fuertes.

Leane sacudió la cabeza.

—Hasta ahora ninguna mujer había sido curada de la neutralización. Tal vez las otras lo vean como... como ser espontáneas, digamos. Eso nos coloca un poco más abajo de la fuerza de nuestro potencial. Quizás el haber estado más débil tenga algo que ver. Si Nynaeve no pudo curarnos del todo la primera vez, quizá sólo consiga devolvernos dos tercios de la fuerza que teníamos o incluso la mitad. Pero aun eso sería mejor que lo que tenemos ahora, aunque la mayoría de las mujeres de aquí serían igual de fuertes que nosotras y otras muchas lo serían más.

Elayne la miraba fijamente, más confusa que antes. Nynaeve parecía como si la hubiese golpeado entre los ojos.

—Todo cuenta —explicó Siuan—. Quién aprende más deprisa, quién ha pasado menos tiempo siendo novicia y Aceptada. Hay todo tipo de matices. No se puede asegurar con exactitud cuán fuerte es una mujer. Puede que dos mujeres parezcan ser igualmente fuertes; tal vez lo sean o tal vez no, pero el único modo de establecerlo con seguridad sería con un duelo y, gracias le sean dadas a la Luz por ello, estamos por encima de eso. A menos que Nynaeve nos devuelva toda nuestra fuerza original, corremos el riesgo de quedarnos relegadas a un puesto muy, muy bajo.

—La jerarquía —volvió a tomar la palabra Leane— se supone que no rige nada salvo la marcha de las cosas cotidianas, pero lo hace. El consejo de alguien que ocupa un puesto más alto tiene más peso que el de alguien que está por debajo. Eso no importó mientras estábamos neutralizadas. No teníamos ningún tipo de posición y ellas sopesaban lo que decíamos solamente por sus pros y sus contras. Ahora ya no será así.

—Comprendo —dijo débilmente Elayne. ¡No era de extrañar que la gente pensara que las Aes Sedai habían inventado el Juego de las Casas! Hacían que el *Da'es Daemar* pareciese sencillo.

—Es agradable saber que el curaros haya ocasionado *a otras* más problemas que a mí —rezongó Nynaeve. Con la vista prendida en el fondo del cuenco, suspiró y luego lo rebañó con el último trozo de pan.

—Verás —manifestó Siuan que, a pesar de que su rostro se había ensombrecido, se las arregló para mantener la voz ecuánime—, que nos hemos puesto al descubierto. Y no sólo para convencerte de que intentes curarnos otra vez. Me devolviste... la vida. Así de sencillo. Me había persuadido a mí misma de que no estaba muerta, pero eso es exactamente lo que parece comparado con esto. Así pues, empecemos desde cero, como ha dicho Leane. Seamos amigas, si me aceptáis como tal. Si no, seamos entonces compañeras de tripulación en un mismo barco.

—Amigas —dijo Elayne—. Amigas me suena mucho mejor.

Leane le sonrió, pero Siuan y ella seguían pendientes de Nynaeve, quien a su vez miraba alternativamente a la una y a la otra.

—Elayne ha planteado una pregunta a la que habéis respondido —dijo finalmente—, así que también a mí me asiste el mismo derecho. ¿Qué noticias comunicaron las Sabias a Sheriam y a las otras anoche? Y no digas que no lo sabes, Siuan. Por lo que a mí concierne, sabes incluso lo que piensan una hora después de que lo hayan pensado.

Siuan alzó la barbilla con aire testarudo; aquellos ojos, azul profundo, adoptaron un aire de intimidación. De repente soltó un chillido y se inclinó para frotarse un tobillo.

—Díselo —instó Leane mientras retiraba el pie con el que le había atizado una patada—, o lo haré yo. Todo, Siuan.

Ésta le asestó una mirada furibunda mientras se congestionaba hasta el punto de que Elayne pensó que iba a reventar, pero entonces los ojos de la antigua Amyrlin se volvieron hacia Nynaeve y pareció desinflarse. Cuando habló fue como si le sacaran las palabras a la fuerza, pero lo hizo:

—La delegación de Elaida llegó a Cairhien. Rand las recibió pero al parecer intenta jugar con ellas. Al menos, confiemos en que es eso lo que está haciendo. Sheriam y las otras se dan muchos aires porque, por una vez, no han hecho el ridículo ante las Sabias. Y Egwene estará en la próxima reunión.

Por alguna razón, esto último pareció ser lo que más trabajo le costó contar. Nynaeve sintió una gran alegría y se sentó más derecha.

—¿Egwene? ¡Oh, eso es maravilloso! Así que, por una vez, no hicieron el tonto. Casi estaba sorprendida de que no hubiesen venido aquí para llevarnos a rastra a darles otra lección. —Entrecerró los ojos para observar a Siuan, pero incluso ese gesto parecía alegre—. ¿En el mismo barco, has dicho? ¿Y quién es el capitán?

—Yo, condenada mocosa de... —El carraspeo de Leane la hizo callar e inhalar profundamente—. De acuerdo, la tripulación del barco será compartida, a partes iguales. Pero alguna tendrá que llevar el timón —agregó cuando empezaba a asomar una sonrisa en el rostro de Nynaeve—, y ésa seré yo.

—De acuerdo —accedió Nynaeve al cabo de un momento. Hubo otro titubeo mientras jugueteaba con la cuchara y a continuación, en un tono tan coloquial que Elayne habría alzado las manos, prosiguió—: ¿Hay alguna posibilidad de que podáis ayudarme... ayudarnos a salir de las cocinas?

Sus rostros eran tan jóvenes como el de Nynaeve, pero habían sido Aes Sedai durante

Librodot

mucho tiempo y sus ojos recordaban esa intensa mirada Aes Sedai. Nynaeve la sostuvo con mayor firmeza de lo que Elayne creyó que ella habría sido capaz, salvo por un leve rebullir, aunque al final no se sorprendió cuando su amiga musitó:

—No, supongo que no.

—Tenemos que marcharnos —anunció Siuan, levantándose—. En todo caso, Leane ha restado importancia a las consecuencias de ser descubiertas. Seríamos las primeras Aes Sedai desolladas en público, y yo ya tengo suficiente con haber sido la primera en algo.

Para sorpresa de Elayne, Leane se inclinó para abrazarla.

—Amigas —susurró.

La heredera del trono le devolvió el abrazo y la palabra con afecto.

Leane también abrazó a Nynaeve, murmurando algo que Elayne no alcanzó a oír, y después Siuan hizo lo propio y pronunció un «gracias» que sonó brusco y renuente.

Al menos, es lo que le pareció a ella. No obstante, cuando las dos mujeres se hubieron ido Nynaeve comentó:

—¿Sabes, Elayne? Siuan estaba a punto de llorar. Quizá todo lo que dijo era en serio. Supongo que podría tratar de mostrarme más amable con ella. —Soltó un suspiro que se convirtió en un bostezo, de manera que al llevarse los dedos a la boca sus palabras sonaron amortiguadas—. Sobre todo teniendo en cuenta que vuelve a ser Aes Sedai.

Sin más, se quedó dormida, con la bandeja todavía sobre las rodillas.

Reprimiendo a su vez un bostezo tras la mano, Elayne se levantó y ordenó todo, metiendo la bandeja debajo de la cama de Nynaeve. Le costó un rato desvestir a su amiga y meterla en la cama más cómodamente, pero ni siquiera eso la despertó. En cuanto a ella, una vez que hubo apagado la vela y abrazó la almohada ya tendida en la cama, permaneció despierta mirando en la oscuridad y pensando. ¿Rand tratando de jugar con las Aes Sedai enviadas por Elaida? Se lo comerían vivo. Casi deseó haberse dejado convencer para aceptar la sugerencia de Nynaeve cuando había oportunidad de tener éxito. Ella podría guiarlo para esquivar cualquier trampa que le pusieran, estaba segura —Thom había ampliado mucho las enseñanzas impartidas por su madre— y Rand seguiría sus consejos. Además, de ese modo podría vincularlo a ella. Después de todo, no había esperado a llevar el chal para vincular a Birgitte, así que ¿por qué esperar con Rand?

Se movió en la cama y se acurrucó más contra la almohada. Rand tendría que esperar; estaba en Caemlyn, no en Salidar. Un momento, Siuan había dicho que estaba en Cairhien. ¿Cómo...? Se sentía demasiado cansada, y la idea se borró poco a poco de su mente. Siuan. Siuan todavía ocultaba algo, estaba convencida.

Se quedó dormida y tuvo un sueño de una barca con Leane sentada a la proa, coqueteando con un hombre cuyo rostro era distinto cada vez que Elayne miraba hacia ellos. En la popa, Siuan y Nynaeve forcejeaban, cada una de ellas intentando navegar en direcciones opuestas... hasta que Elayne se levantó y se puso al mando. Una capitana que ocultaba secretos podía ser razón suficiente para un motín si era preciso.

A la mañana siguiente Siuan y Leane regresaron antes incluso de que Nynaeve hubiese abierto los ojos, lo que bastó para irritarla lo necesario para encauzar. No sirvió de nada, sin embargo. Lo que ya se había curado no podía volver a curarse.

—Haré lo que esté en mi mano, Siuan —dijo Delana mientras se inclinaba hacia adelante para dar unas palmaditas en el brazo de la otra mujer. Se encontraban solas en la sala de estar, y las tazas de té puestas sobre una pequeña mesa que había entre las dos permanecían intactas.

Siuan suspiró con aire abatido, aunque Delana no sabía qué otra cosa podía esperar después de su arrebato con la Antecámara. La luz de primeras horas de la mañana se colaba por las ventanas, y la Aes Sedai pensó que aún no había desayunado, pero la mujer que tenía delante era Siuan. La situación resultaba desconcertante, y a Delana no le gustaba sentirse desconcertada. Se había disciplinado a sí misma para no ver a su vieja amiga en la cara de esta

mujer —cosa por otro lado nada difícil ya que no se parecía en nada a la Siuan Sanche que recordaba, a ninguna edad— pero verla de nuevo, a una Siuan joven y bonita, sólo fue la primera conmoción. La segunda fue que Siuan apareciese en su puerta cuando el sol aún no había salido para pedirle ayuda, algo que Siuan jamás había hecho. Y entonces llegó la impresión mayor de todas, la que se repetía cada vez que se encontraba cara a cara con Siuan desde que la joven al'Meara había realizado el milagro imposible. Era más fuerte que Siuan, mucho más, cuando siempre había sido al contrario; Siuan había tomado el mando cuando eran novicias, antes incluso de llegar a Aceptadas. Con todo, seguía siendo Siuan, y además estaba preocupada, algo también nuevo. Siuan podría estar disgustada o intranquila, pero nunca dejó que nadie se diera cuenta. A Delana la afligía no poder hacer más por la mujer con quien había robado dulces de miel y que en más de una ocasión había cargado con las culpas de travesuras en las que habían estado involucradas las dos.

—Siuan, al menos haré esto: Romanda estaría más que satisfecha de dejar esos *ter'angreal* del sueño al cuidado de la Antecámara. No cuenta con suficiente número de Asentadas que la apoyen para salirse con la suya, pero si Sheriam cree que sí, si piensa que has utilizado tu influencia con Lelaine y conmigo para impedirlo, entonces no estará en condiciones de rechazarte. Sé que Lelaine accederá a hacerlo. Sin embargo no entiendo por qué quieres reunirte con esas Aiel. Romanda sonríe y se relame como una gata ante un plato de crema cada vez que Sheriam está de un humor de perros después de una de esas reuniones. Con tu temperamento, probablemente sufras un ataque.

Qué gran cambio. En otros tiempos ni siquiera se le habría pasado por la cabeza mencionar el genio vivo de Siuan; ahora se había referido a él sin pensarlo. La expresión abatida de la otra mujer dio paso a una sonrisa.

—Esperaba que hicieses algo así. Hablaré con Lelaine. Y con Janya; creo que ella también colaborará. Pero tendrás que asegurarte de que Romanda no se salga con la suya. Por lo poco que sé, Sheriam ha conseguido encontrar el modo de llegar a un ten con ten con esas Aiel. Me temo que Romanda tendría que empezar desde el principio. Claro que tal cosa quizá no sea importante para la Antecámara, pero no me gustaría nada verlas por primera vez cuando todo el mundo tiene un anzuelo en las agallas.

Delana contuvo la sonrisa mientras acompañaba a Siuan a la puerta principal y le daba un abrazo. Oh, sí, para la Antecámara sería muy importante que las Sabias continuaran en plan pacífico, aunque eso no podía saberlo Siuan. La estuvo mirando caminar calle abajo a buen paso antes de volver al interior de la casa. Por lo visto le había llegado el turno a ella de ser la protectora; confiaba en realizar tan buen trabajo como su amiga había hecho antaño.

El té aún estaba templado, así que decidió mandar a Miesa, la sirvienta que la atendía, por algunos dulces y fruta; empero, cuando sonó una tímida llamada en la puerta de la sala no era Miesa, sino Lucilde, una de las novicias que habían traído de la Torre.

La larguirucha muchacha hizo una nerviosa reverencia, pero lo cierto es que Lucilde siempre estaba nerviosa.

—¿Delana Sedai? ¿Una mujer llegó esta mañana y Anaiya Sedai dijo que la condujera ante vos? ¿Se llama Halima Saranov y dice que os conoce? —anunció con su habitual costumbre de dar un timbre de interrogación a sus palabras.

Delana abrió la boca para manifestar que no conocía a ninguna Halima Saranov cuando una mujer apareció en el umbral. La Aes Sedai se quedó mirándola de hito en hito a despecho de sí misma. De algún modo la mujer se las arreglaba para parecer esbelta y exuberante al mismo tiempo. Vestía un traje de montar de color gris oscuro, cortado ridículamente bajo; una negra y lustrosa melena le enmarcaba el rostro, donde relucían unos ojos verdes que sin duda hacían quedarse boquiabierto a cualquier hombre que la mirase. Delana, ni que decir tiene, no la miraba pasmada por ese motivo. Las manos de la mujer colgaban a los costados, pero tenía los pulgares metidos entre los dedos índice y corazón. Delana jamás había esperado ver esa seña en ninguna mujer que no llevaba el chal, y la tal Halima Saranov ni siquiera era capaz de encauzar. Estaba lo bastante cerca para que no le cupiese duda a ese respecto.

Librodot

—Sí —dijo la Aes Sedai—, me parece recordarla. Déjanos, Lucilde. Y, pequeña, trata de recordar que todas las frases no son preguntas.

Lucilde hizo una reverencia tan rápida y pronunciada que a punto estuvo de caerse. En otras circunstancias, Delana habría suspirado; nunca se le habían dado bien las novicias, aunque no entendía el motivo.

Lucilde apenas había salido de la habitación cuando Halima se desplazó hasta la silla que Siuan había utilizado y tomó asiento sin que la invitase a hacerlo. Cogió una de las tazas de té intactas, se cruzó de piernas y dio un sorbo, observando a Delana por encima del borde de la taza. La Aes Sedai le asestó una dura mirada.

—¿Quién creéis que sois, mujer? Por muy alta que penséis que estáis, nadie se halla por encima de una Aes Sedai. ¿Y dónde aprendisteis esa seña?

Quizá por primera en su vida esa mirada no le sirvió de nada. Halima le sonrió con sorna.

—¿De verdad crees que los secretos del... digamos Ajah más oscuro son realmente tan secretos? En cuanto a tu alta posición, sabes muy bien que obedecerás sin rechistar a cualquier pordiosero que haga las señas adecuadas. Mi historia consiste en que durante un tiempo fui compañera de viaje de Cabriana Mecandes, una hermana Azul. Por desgracia Cabriana murió de una mala caída de su caballo, y su Guardián simplemente se negó a levantarse o a comer a raíz de aquello. También murió. —Halima sonrió como preguntando si hasta el momento Delana la estaba entendiendo.

»Cabriana y yo charlamos mucho antes de que muriese y me habló de Salidar. También me puso al corriente de ciertas cosas de las que se había enterado respecto a los planes de la Torre Blanca para ti aquí. Y para el Dragón Renacido. —Otra sonrisa, un fugaz destello de blancos dientes antes de volver a beber té mientras la observaba.

Delana no había sido nunca una mujer que se diera por vencida fácilmente. Había obligado a reyes a declarar la paz cuando lo que querían era la guerra; había coaccionado a reinas a firmar tratados que había que firmar. Sí que habría obedecido a ese hipotético pordiosero si hiciese las señas adecuadas y dijese las frases establecidas, cierto, pero la posición de las manos de Halima la identificaban como miembro del Ajah Negro, lo que no era obviamente. Quizá pensaba que era el único modo de que ella admitiera reconocerla y puede que también quisiera demostrar su conocimiento de cosas secretas. A Delana no le gustaba esta tal Halima.

—E imagino que se supone que yo he de asegurarme de que la Antecámara acepte tu información —dijo ásperamente—. No habrá ningún problema siempre y cuando sepas lo bastante de Cabriana para respaldar tu historia. En eso no puedo ayudarte, porque sólo tuve contacto con ella un par de veces. Supongo que no habrá ninguna posibilidad de que aparezca y eche a rodar tu historia, ¿no?

—Ninguna en absoluto. —De nuevo aquella rápida y burlona sonrisa—. Y soy capaz de recitar la vida de Cabriana de punta a cabo. Sé cosas que ella misma había olvidado.

Delana se limitó a asentir. Siempre era de lamentar tener que matar a una hermana, pero lo que era necesario hacerse se hacía.

—Entonces no hay problema. La Antecámara te recibirá como a una invitada y yo me aseguraré de que te escuchen.

—Una invitada no es exactamente lo que tenía en mente, sino algo mucho más permanente, creo. Tu secretaria o, mejor aun, tu compañera. He de asegurarme que tu Antecámara esté convenientemente aconsejada y orientada. Aparte de la historia de la noticia sobre Cabriana, tendré más instrucciones para ti de vez en cuando.

—¡Ahora escúchame tú! ¡Yo no...!

—Se me dijo que te mencionara un nombre —la interrumpió Halima sin levantar la voz—. Un nombre que utilizo en ocasiones. Aran'gar.

Delana, que se había incorporado impulsada por la ira, se sentó pesadamente en la silla. Ese nombre le había sido revelado en sueños. Por primera vez en muchos años, Delana

Librodot

Mosalaine estaba asustada.

Librodot

CAPÍTULO 8

Cera roja

Elmon Valda avanzaba lentamente en su caballo por las abarrotadas calles; el sonido de los cascos del castrado negro quedaba casi ahogado por el ruido de Amador. El hombre transpiraba por cada poro, y más con el peto y la cota de malla perfectamente bruñidos, relucientes a pesar de la capa de polvo, y la nívea capa extendida sobre la poderosa grupa del castrado; no obstante, podría haber sido un agradable día primaveral por el poco caso que hacía del calor. También ponía todo su empeño en pasar por alto a los sucios hombres, mujeres e incluso niños, todos ellos con aspecto de estar perdidos y con las ropas muy gastadas por el viaje. Incluso allí. Incluso allí.

Por primera vez en su vida, contemplar las grandes murallas de piedra de la Fortaleza de la Luz, imponentes, coronadas de estandartes e inexpugnables, bastión de la verdad y la justicia, no le levantó el ánimo. Desmontó en el patio principal y echó las riendas a un Hijo al tiempo que le daba secas instrucciones para que se ocupase del animal; el hombre sabía lo que tenía que hacer, naturalmente, pero Valda deseaba gritarle a alguien. Hombres con blancas capas iban y venían por doquier haciendo toda una exhibición de energía a despecho del intenso calor. El alto oficial esperaba que hubiese algo más detrás, no simple apariencia.

El joven Dain Bornhald llegó trotando a través del patio y se llevó el puño al peto en un saludo anhelante.

—Que la Luz os ilumine, mi señor capitán. Confío en que hayáis tenido un buen viaje desde Tar Valon.

Sus ojos estaban inyectados en sangre y soltaba olor a brandy. Que bebiera durante el día era prueba de la relajación en la disciplina.

—Rápido sí, al menos —gruñó iracundo Valda mientras se quitaba los guanteletes y los sujetaba bajo el talabarte. No era por el brandy, aunque pensaba poner una falta en el expediente del hombre por ello.

El viaje había sido rápido, habida cuenta de la distancia, y tenía intención de dar a la legión una noche libre en la ciudad a modo de recompensa una vez que se hubiese terminado de levantar el campamento en los aledaños de la urbe. Pero desaprobaba las órdenes que lo habían hecho regresar justo cuando una arremetida firme habría echado abajo la tocada Torre, enterrando a las brujas bajo sus escombros. Un viaje notable, pero en el que cada día las noticias que llegaban eran peores: Al'Thor en Caemlyn, y daba igual si ese hombre era un falso Dragón o el verdadero, ya que podía encauzar y cualquier varón que hacía algo así tenía que ser un Amigo Siniestro; la chusma de los seguidores del Dragón en Altara; el así llamado Profeta y su escoria en Ghealdan, en la propia Amadicia.

Al menos había logrado matar a unos pocos de esos depravados, aunque resultaron unos enemigos con los que no era fácil luchar puesto que se escabullían con más frecuencia que plantaban cara, que se mezclaban con los condenados torrentes de refugiados y, lo que era peor, con los cientos de trotamundos majaderos que parecían creer que al'Thor había puesto patas arriba todo orden establecido. Valda había encontrado una solución, no obstante, aunque no del todo satisfactoria. Las calzadas que su legión había dejado atrás ahora estaban sembradas de cadáveres y los cuervos se estaban atiborrando. Si no se podía distinguir a la escoria del Profeta de la basura de refugiados entonces sólo restaba matar a todos los que

atestaban el camino. Los inocentes deberían haber permanecido en sus casas, donde tenían que estar; el Creador los habría protegido, de todos modos. En su opinión, los trotamundos no eran más que pasas agregadas al pastel.

—Oí en la ciudad que Morgase está aquí —dijo. No lo creía; en Andor, una de cada dos palabras pronunciadas giraba sobre conjeturas de quién había matado a Morgase, de modo que se quedó estupefacto cuando Dain asintió.

La sorpresa dio paso al desagrado cuando el joven balbució algo sobre los aposentos de la reina y sus cacerías, lo bien que se la estaba tratando, la certeza de que firmaría un tratado con los Hijos cualquier día de aquéllos. Valda no se molestó en disimular su ceño. Tendría que haber esperado algo así de Niall. Ese hombre había sido uno de los mejores soldados de su tiempo, considerado como un gran capitán, pero se estaba haciendo viejo y blando. Valda lo comprendió así tan pronto como las órdenes llegaron a Tar Valon. Niall tendría que haber lanzado un ataque en masa contra Tear al tener la primera noticia de al'Thor. Él habría reunido a todos los efectivos necesarios a lo largo de la marcha; las naciones se habrían unido a los Hijos contra el falso Dragón. Entonces sí lo habrían conseguido. Ahora al'Thor estaba en Caemlyn y era lo bastante fuerte para amedrentar a los pusilánimes. Pero Morgase se encontraba allí. Si él hubiese tenido a Morgase en sus manos, esa mujer habría firmado el tratado el primer día aunque para ello hubiese sido necesario que alguien le sujetara la pluma en la mano. Si se mostraba reacia a regresar a Andor con los Hijos, él la colgaría por las muñecas a un palo; ése sería un buen estandarte para encabezar el avance al territorio de Andor.

Dain había acabado de transmitirle las noticias y aguardaba. Sin duda, confiaba en que lo invitara a cenar esa noche. Al ser un joven oficial de menor rango no podía hacer esa invitación a un superior, pero a buen seguro deseaba hablar con su antiguo comandante sobre Tar Valon y puede que incluso sobre su padre muerto. Valda casi no había pensado en Geofram Bornhald; había sido un hombre blando.

—Os veré en el campamento a la seis para cenar. Y quiero veros sobrio, Hijo Bornhald.

El joven oficial tenía unas copas encima, sin duda; se quedó boquiabierto y balbució algo antes de hacer el saludo y marcharse. Valda se preguntó qué habría ocurrido. Dain había sido un buen oficial. Se preocupaba demasiado por nimiedades tales como pruebas de culpabilidad cuando no había forma de obtenerlas, pero buen oficial a pesar de ello. No tan débil como su padre. Lástima verlo echado a perder por la bebida.

Mascullando entre dientes —el que hubiese oficiales bebiendo en la mismísima Fortaleza de la Luz era otro indicio de que Niall estaba corrompiéndose hasta la médula—, Valda se dirigió a sus aposentos. Se proponía dormir en el campamento, pero un baño caliente no le vendría mal.

Un joven Hijo, de hombros anchos, venía en dirección contraria por el pasillo de piedra; en la pechera de la capa llevaba la insignia del báculo escarlata de la Mano de la Luz, detrás del radiante sol dorado. Sin detenerse ni dirigir una mirada a Valda, el interrogador murmuró al pasar a su lado:

—Tal vez mi señor capitán querría visitar la Cúpula de la Verdad.

Valda, fruncido el ceño, se giró para seguir con la mirada al hombre. No le gustaban los interrogadores; aunque hacían un buen trabajo a su modo, no podía evitar pensar cada vez que veía a uno de ellos que se habían acogido al cayado porque así nunca tendrían que enfrentarse a un enemigo armado. Iba a levantar la voz para hacer volver sobre sus pasos al tipo, pero cambió de opinión. Entre los interrogadores se había relajado un tanto la disciplina, pero un simple Hijo nunca hablaría por hablar a un capitán. Quizás el baño podría esperar.

La Cúpula de la Verdad era una maravilla que, finalmente, le devolvió parte de lo que para él era fundamental. Era de un blanco puro en el exterior, y por dentro el pan de oro reflejaba la luz de un millar de lámparas colgadas. Gruesas y blancas columnas circunvalaban la cámara, lisas y tan pulidas que brillaban, pero la cúpula en sí se extendía en un diámetro de cien pasos sin estar sustentada y el ápice alcanzaba una altura de cincuenta, por encima del

Librodot

sencillo estrado de mármol blanco erigido en el punto central del suelo, también de níveo mármol, donde se situaba el capital general de los Hijos de la Luz para dirigirse a los Hijos reunidos en las ocasiones más solemnes, en sus más importantes ceremonias. Algún día sería él quien se subiría allí. Pedron Niall no viviría siempre.

Docenas de Hijos deambulaban por la vasta cámara —era un espectáculo digno de contemplarse, aunque, por supuesto, nadie salvo los Hijos lo veía nunca—, pero el mensaje no se le había transmitido para que fuera a admirar la Cúpula. Estaba seguro. Detrás de las grandes columnas había hileras de otras más pequeñas, igualmente sencillas y pulimentadas, así como altos nichos donde unas pinturas al fresco representaban escenas de los triunfos de los Hijos a lo largo de mil años. Valda caminó por la cámara mirando en cada hueco. Finalmente vio a un hombre alto y canoso que contemplaba una de las pinturas, en la que Serenia Latar era subida al patíbulo, la única Sede Amyrlin a la que los Hijos habían conseguido ahorcar. Ya estaba muerta para entonces, por supuesto, ya que no era fácil colgar viva a una de esas brujas, pero ése era un detalle que no venía al caso. Seiscientos noventa y tres años atrás, se había hecho justicia conforme a la ley.

—¿Estáis preocupado, hijo mío? —La voz era suave, casi afable.

Valda se puso un poco tenso. Rhadan Asunawa ostentaría el título de Inquisidor Supremo, pero seguía siendo un inquisidor, mientras que él era un capitán, un Ungido de la Luz, nada de «hijo mío».

—No que yo sepa —repuso fríamente.

Asunawa suspiró. Su enjuto rostro era la viva imagen de un mártir sufriendo suplicio, de modo que las gotas de transpiración podrían haberse tomado por lágrimas, pero sus ojos hundidos parecían arder con el fuego que había consumido toda la carne de su magro cuerpo. En su capa sólo estaba bordado el cayado, no el sol radiante, como si no perteneciese a los Hijos. O quizás como si estuviese por encima de ellos.

—Corren malos tiempos. La Fortaleza de la Luz alberga a una bruja.

Valda reprimió el mal gesto que pugnaba por plasmarse en su semblante. Cobardes o no, los interrogadores podían ser peligrosos incluso para un capitán. Puede que el hombre no pudiera nunca colgar a una Amyrlin, pero seguramente soñaba con ser el primero que colgaba a una reina. A Valda le importaba poco si Morgase moría, siempre y cuando fuese después de haberle sacado hasta la última brizna de provecho que pudiese proporcionarles. No pronunció palabra, y las espesas y canosas cejas de Asunawa se fruncieron hasta que dio la impresión de que sus ojos lo miraban desde el fondo de una caverna.

—Corren malos tiempos —repitió—, y no se debe permitir a Niall que destruya a los Hijos de la Luz.

Valda contempló la pintura durante largos minutos. Quizás el artista había sido bueno o quizá no; él no entendía de esas cosas y le interesaban menos aun. El pintor, sin embargo, había plasmado de manera correcta las armas y armaduras de los guardias, y la cuerda y el cadalso parecían reales. De eso sí entendía.

—Estoy dispuesto a escuchar —dijo finalmente.

—Entonces hablaremos, hijo mío. Después, donde haya menos ojos que vean y oídos que escuchen. Que la Luz os ilumine, hijo mío.

Asunawa se alejó sin añadir nada más, con la blanca capa ondeando levemente a su espalda y las botas resonando en el suelo como si el hombre estuviese intentando hincar cada paso en las losas de piedra. Algunos Hijos hacían profundas reverencias a su paso.

Desde una estrecha ventana a bastante altura sobre el patio, Niall vio desmontar a Valda y hablar con el joven Bornhald para, acto seguido, alejarse con aire furioso. Valda estaba siempre enfurecido. Si hubiese habido alguna forma de traer a los Hijos de Tar Valon y dejar a Valda allí, Niall no habría dudado un instante en aprovecharla. El hombre era un comandante de campaña bastante bueno, pero estaba más capacitado para levantar a la chusma. Su idea de la táctica era lanzarse a la carga, y la de la estrategia... lanzarse a la carga.

Niall sacudió la cabeza y se encaminó hacia su sala de audiencias. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse que de Valda. Morgase seguía resistiéndose como un ejército en terreno elevado con provisiones de agua y la moral muy alta. Se negaba a admitir que defendía un valle sin salida, y que era su enemigo el que ocupaba el terreno alto.

Balwer se levantó de la mesa cuando Niall entró en la antesala.

—Omerna estuvo aquí, milord. Dejó esto para vos. —Balwer tocó un montón de papeles atados con una cinta roja que había sobre la mesa—. Y esto. —Sus finos labios se apretaron al sacar un pequeño tubo de hueso que guardaba en un bolsillo.

Niall cogió el tubo a la par que mascullaba algo y entró en la habitación interior. Por alguna razón, Omerna se estaba volviendo más inútil cada día. Dejar sus informes a Balwer ya era malo de por sí, aunque sólo fueran tonterías, pero hasta Omerna tenía que saber que no debía entregar estos tubos con las tres rayas rojas a nadie salvo al propio Niall. Sostuvo el pequeño objeto cerca de una lámpara para examinar la cera. Intacta. Luego la rompió con la uña del pulgar. Tendría que prender un fuego a los pies de Omerna, meterle el temor de la Luz en el cuerpo. El muy necio no servía como tapadera a menos que interpretara el papel de consumado jefe de espionaje hasta donde alcanzaba su corto intelecto.

El mensaje era de Varadin otra vez, redactado en la clave particular de Niall, con aquellos garabatos de trazos menudos e inseguros, en una pequeña tira de papel fino. Niall estuvo a punto de quemarlo sin leerlo, pero entonces algo al final del mensaje atrajo su mirada. Empezando por el principio descifró mentalmente la clave; quería estar absolutamente seguro. Como la vez anterior, todo era un galimatías sobre Aes Sedai atadas con correas y bestias extrañas, pero justo al final... Varadin había ayudado a Asidim Faisar a encontrar un escondite en Tanchico; intentaría sacar clandestinamente a Faisar, pero los Precursores mantenían una vigilancia tan estrecha que ni siquiera un susurro traspasaría las paredes sin su permiso.

Niall se frotó la barbilla, ensimismado. Faisar era uno de los que había enviado a Tarabon para ver si se podía salvar algo. Faisar no sabía nada sobre Varadin, y éste no debería saber nada sobre el primero. Los Precursores mantenían una vigilancia tan estrecha que ni siquiera un susurro podría traspasar las paredes. El mensaje de un demente.

Se guardó el papel en un bolsillo y volvió a la antesala.

—Balwer, ¿qué es lo último que se sabe del oeste?

Entre ellos, el «oeste» significaba siempre la frontera con Tarabon.

—No ha habido ningún cambio, milord. Las patrullas que se internan demasiado en Tarabon no regresan. El mayor problema cerca de la frontera es el de los refugiados que intentan cruzarla.

Patrullas que se internaban demasiado. Tarabon era un foso en el que rebullían víboras y ratas rabiosas, pero...

—¿Cuánto tardaría en llegar un correo a Tanchico?

Balwer ni siquiera pestañeó. El hombre no trasluciría sorpresa aunque su caballo le hablara un día.

—El problema serían los corceles de refresco una vez que cruzara la frontera, milord. En circunstancias normales, diría que veinte días para ir y volver, quizás alguno menos con suerte. Tal y como están las cosas, calculo el doble, si todo sale bien. O puede que el doble sólo para llegar a Tanchico.

Una fosa que se tragaría a un correo del que no quedarían siquiera los huesos. El regreso no sería necesario, pero Niall se guardó para sí ese detalle.

—Organízalo todo, Balwer. Tendré preparada una carta dentro de una hora. Yo mismo hablaré con el correo.

Balwer asintió con la cabeza pero al mismo tiempo se secó las manos, agraviado. Allá él. Eran escasas las posibilidades de llevar esto a cabo sin poner en peligro a Varadin. Naturalmente las precauciones serían innecesarias si el hombre había perdido la razón, pero si no... Revelar su condición de espía no serviría para acelerar sus planes.

Librodot

De vuelta en la sala de audiencias, Niall repasó el mensaje de Varadin antes de sostener la tira de papel sobre la llama de una lámpara hasta que se prendió; estrujó las cenizas entre los dedos.

Tenía cuatro reglas respecto a actuaciones e informaciones: no hacer planes sin saber todo lo posible sobre el enemigo; no temer hacer cambio de planes si se recibía información nueva; no dar por hecho que se sabía todo; y no esperar a saberlo todo. El que esperaba a saberlo todo seguía sentado en su tienda cuando el enemigo le prendía fuego con él dentro. Niall seguía esas reglas. Sólo una vez en su vida se las había saltado para seguir una corazonada. En Jhamara, sin más razón que un cosquilleo en la nuca, había destacado a un tercio de sus fuerzas para vigilar unas montañas que según todo el mundo eran infranqueables. Mientras maniobraba con el resto de sus tropas para aplastar a murandianos y altaraneses, un ejército illiano que supuestamente se encontraba a casi doscientos kilómetros de distancia salió de aquellas «infranqueables» montañas. La única razón de que pudiera retroceder sin ser aplastado fue un «pálpito». Y ahora sentía ese cosquilleo otra vez.

—No me fío de él —manifestó firmemente Tallanvor—. Me recuerda a un avispado joven que vi en la feria una vez, un tipo de cara infantil que era capaz de mirarlo a uno a los ojos y sonreír mientas escamoteaba el guisante que había debajo de la taza.

Por una vez a Morgase no le resultó difícil reprimir su genio. El joven Paitir había informado que su tío había encontrado por fin un modo de sacarla clandestinamente de la Fortaleza de la Luz a ella y a los otros. Los otros habían sido la dificultad, porque según Torwyn Barshaw habría podido sacarla a ella sola desde hacía mucho tiempo, pero Morgase se había negado a dejarlos a merced de los Capas Blancas. Ni siquiera a Tallanvor.

—Tomo nota de tus recelos —respondió con tono indulgente—. Pero no dejes que te ofusquen. ¿No tienes algún dicho que venga al caso, Lini? ¿Algo que encaje con el joven Tallanvor y sus corazonadas? —Luz, ¿por qué disfrutaba tanto zahiriéndolo? A veces, con su forma de tratarla, rayaba en la traición, pero ella era su reina, no su... Fue incapaz de terminar el pensamiento.

Lini estaba sentada cerca de los ventanales, devanando un ovillo de hilo azul de la madeja que Breane sostenía tirante entre las manos.

—Paitir me recuerda a aquel joven ayudante de mozo de cuadra que tuvimos poco antes de que fueras a la Torre Blanca. El que dejó embarazadas a dos doncellas y fue sorprendido mientras intentaba escabullirse de la mansión llevándose un saco lleno con la vajilla de plata de tu madre.

Morgase tensó las mandíbulas, pero nada podía echar a perder su complacencia, ni siquiera la mirada que Breane le lanzó, como si hubiese tenido que permitirle dar también su opinión. Paitir había mostrado una gran alegría ante la inminente huida. Claro que, en parte, era porque parecía esperar algún tipo de recompensa hacia su tío —al menos, unos cuantos comentarios lo sugerían así; algo sobre compensar una vuelta a casa sin éxito—, pero el joven casi se puso a bailar de contento cuando Morgase accedió al plan que los sacaría a todos de la Fortaleza ese día y fuera de Amador para el próximo amanecer, de camino hacia Ghealdan, donde la ayuda de soldados no estaría supeditada a ataduras para Andor. Dos días atrás Barshaw había acudido en persona para revelarle el plan, disfrazado como un comerciante que traía agujas de tejer e hilos; era un hombre rechoncho y bajo, con una nariz enorme, ojos de expresión colérica y una mueca burlona en la boca, bien que habló con gran respeto. Costaba trabajo creer que era tío de Paitir, ya que no guardaban ningún parecido, y mucho menos un mercader. Aun así, su plan era una maravilla por su simplicidad, aunque no tenía nada de elegante, y sólo precisaba que hubiese suficiente gente fuera de la Fortaleza para que funcionara. Morgase iba a salir de la Fortaleza de la Luz metida en el fondo de una carreta, bajo un montón de basura de las cocinas.

—Bien, todos sabéis lo que tenéis que hacer —les dijo. Mientras ella permaneciese en sus aposentos, los demás tenían bastante libertad de movimientos. Todo dependía de eso. En

fin, no todo, pero sí la huida de todos salvo la suya—. Lini, tú y Breane debéis estar en el patio del lavadero cuando suene la hora Alta.

La nodriza asintió con una sonrisa de suficiencia, pero Breane le lanzó una mirada sesgada al tiempo que fruncía los labios. Habían repasado lo mismo veinte veces, pero a pesar de todo Morgase no estaba dispuesta a permitir que por un error alguno de ellos se quedara atrás.

—Tallanvor —continuó la reina—, tú te dejarás la espada y esperarás en la posada El Roble y el Espino. —El hombre abrió la boca para protestar, pero Morgase se adelantó y añadió firmemente—: Ya oí tus objeciones. Puedes comprarte otra espada. Creerán que vas a volver si la dejas. —Él torció el gesto, pero finalmente asintió—. Lamgwin esperará en La Cabeza Dorada, y Basel en...

Sonó una apremiante llamada en la puerta, y un instante después ésta se abría y Basel asomaba la calva cabeza.

—Mi reina, hay un hombre... un Hijo... —Echó una ojeada hacia atrás, al pasillo—. Hay un interrogador, mi reina.

Tallanvor llevó la mano hacia la empuñadura de su espada, claro es, y no la apartó hasta que Morgase lo obligó con un gesto, que tuvo que repetir, además de hacer una mueca.

—Hazlo entrar. —Se las ingenió para dar un tono sereno a su voz a pesar de que los nervios se le habían puesto de punta. ¿Un interrogador? ¿Es que ahora, cuando las cosas daban un repentino giro positivo, iban a dar otro igualmente brusco hacia el desastre?

Un hombre alto, de nariz aguileña, apartó a Basel de un empujón y le cerró la puerta en las narices. El tabardo blanco y dorado, con el cayado carmesí en el hombro, lo señalaba como un Inquisidor. No conocía personalmente a Einor Saren, pero sí se lo habían señalado. En su rostro se plasmaba una expresión de certeza inquebrantable.

—Se requiere vuestra presencia ante el capitán general —anunció fríamente—. Vendréis ahora.

Las ideas se sucedieron en la mente de Morgase a una velocidad vertiginosa. Estaba acostumbrada a ser llamada a presencia de Niall —éste no iba a verla ahora que la tenía en la Fortaleza— para oír otro sermón sobre sus obligaciones para con Andor o para una supuesta charla amistosa destinada a demostrarle que Niall sólo se preocupaba por sus intereses y los de Andor. A eso sí estaba acostumbrada, pero no a este tipo de mensajero. Si la iban a entregar a los interrogadores no utilizarían esta clase de subterfugios. Asunawa habría enviado suficientes hombres para llevarla a la fuerza y a todos los demás con ella. A él sí lo había conocido brevemente, e hizo que se le helara la sangre. ¿Por qué habían enviado a un interrogador? Hizo la pregunta en voz alta y Saren contestó con el mismo timbre frío:

—Estaba con el capitán general y venía hacia aquí. He acabado con mis asuntos y ahora os llevaré de vuelta allí. Después de todo, sois una reina, digna de respeto. —Habló con un atisbo de ligero aburrimiento mezclado con cierta impaciencia, hasta la última frase, cuando a su tono asomó una nota de irónica burla. Aunque ni asomo de calidez.

—De acuerdo —dijo Morgase.

—¿Os acompaño, mi señora? —Tallanvor hizo una reverencia protocolaria; al menos mostraba deferencia cuando había cerca algún extraño.

—No. —Prefería llevarse a Lamgwin. No, si se hacía acompañar por cualquiera de los hombres daría la impresión de que creía que necesitaba guardaespaldas. Saren la asustaba casi tanto como Asunawa, y no estaba dispuesta a darle la satisfacción de que se percatara de tal cosa. Esbozó una sonrisa despreocupada, tolerante—. Sin duda no necesito protección aquí.

Saren también sonrió o, al menos, lo hicieron sus labios. Él parecía estar riéndose de Morgase.

Fuera, al reparar en la incertidumbre reflejada en las caras de Basel y de Lamgwin, estuvo a punto de cambiar de idea respecto a hacerse acompañar; de no haber dicho eso dentro, lo habría hecho. Empero, dos hombres no podrían protegerla si se trataba de una trampa bien preparada, y cambiar de opinión sería una muestra de debilidad. A fuer de ser

Librodot

sincera, mientras caminaba junto a Saren por los corredores de piedra se sentía débil, en absoluto como una reina. No. Quizá gritaría como cualquier otra persona si los interrogadores la metieran en sus mazmorras —bueno, nada de «quizá»; no era tan estúpida como para creer que la carne real era distinta de otra en lo tocante a eso—, pero hasta entonces actuaría como lo que era. Deliberadamente, se centró en desterrar el nerviosismo.

Saren la condujo hasta un pequeño patio pavimentado con adoquines donde unos hombres con el torso desnudo arremetían contra postes de madera con sus espadas.

—¿Adónde me lleváis? —demandó—. Éste no es el camino por el que he ido al estudio del capitán general en otras ocasiones. ¿Acaso está en otra parte?

—He cogido un atajo —replicó de manera cortante—. Tengo asuntos más importantes que atender que... —No terminó la frase y tampoco aflojó el paso.

Morgase no tuvo más remedio que seguirlo a través del patio y de allí a un corredor jalonado de grandes habitaciones llenas de catres estrechos y de hombres desnudos de cintura para arriba o incluso con menos ropa. Morgase mantuvo fija la vista en la espalda de Saren mientras preparaba las frases virulentas que pensaba dirigirle a Niall. Cruzaron unas cuadras donde el olor a caballos y estiércol era muy intenso y en las que un herrero ponía herraduras a unos caballos en un rincón; después a lo largo de otro pasillo de barracones y a continuación por otro con cocinas a un lado, con el penetrante olor a comidas preparándose, y de allí a un nuevo patio... Morgase se frenó en seco.

Un alto y largo cadalso se alzaba en el centro del patio. Tres mujeres y más de una docena de hombres lo llenaban por completo, atados de pies y manos y con lazos corredizos alrededor del cuello. Alguien sollozaba lastimeramente; la mayoría, sin embargo, estaban mudos de terror. Los dos últimos hombres al otro extremo de la fila eran Torwyn Barshaw y Paitir, el joven en mangas de camisa en lugar de llevar la chaqueta roja y blanca que Morgase había mandado hacer para él. Paitir no lloraba, pero su tío sí. El muchacho parecía demasiado aterrorizado para pensar siquiera en llorar.

—¡Por la Luz! —gritó un oficial Capa Blanca y otro empujó una larga palanca que había al extremo del cadalso.

Las trampillas se abrieron bruscamente emitiendo fuertes y secos chasquidos y las víctimas desaparecieron de la vista. Algunas de las cuerdas tensas se cimbrearon cuando los que colgaban de sus extremos murieron asfixiados en lugar de perecer rápidamente al romperse el cuello. La de Paitir fue una de ésas. Y con él murió su fantástica huida. Quizá debería haberse preocupado más por el muchacho, pero en lo que pensó fue en la huida, en escapar de la trampa en la que se había metido. No sólo a sí misma, sino también a Andor.

Saren la observaba, obviamente esperando que se desmayara o vomitara.

—¿Tantos a la vez? —dijo, orgullosa de la firmeza de su voz. La cuerda de Paitir había dejado de cimbrearse y ahora sólo se mecía lentamente de lado a lado. Se acabó la posibilidad de huir.

—Colgamos Amigos Siniestros a diario —respondió con sequedad Saren—. Quizás en Andor los soltéis después de echarles un sermón, pero nosotros no.

Morgase lo miró a los ojos. ¿Un atajo? De modo que ésta era la nueva táctica de Niall. No le sorprendía que no se hiciera mención a su fuga planeada. Niall era demasiado sutil para eso. Ella era una invitada de honor, y Paitir y su tío habían sido colgados por casualidad, por algún crimen que no tenía nada que ver con ella. ¿Quién sería el siguiente en subir al cadalso? ¿Lamgwin o Basel? ¿Lini o Tallanvor? Era extraño, pero imaginar a Tallanvor con una soga al cuello le dolía más que imaginar así a Lini. La mente jugaba malas pasadas. Por encima del hombro de Saren atisbó a Asunawa en una ventana desde la que se veía el cadalso. La miraba fijamente. Quizás esto era obra suya, no de Niall. Tanto daba. En cualquier caso ella no podía permitir que su gente muriese por nada. No podía dejar que Tallanvor muriera. Sí, la mente jugaba malas pasadas.

Enarcó una ceja con gesto burlón.

—Si el espectáculo os ha dejado flojas las piernas supongo que podemos esperar hasta

que recobréis las fuerzas —dijo con aparente despreocupación, como si no la hubiese afectado lo que había visto. Luz, ojalá no vomitara.

El semblante de Saren se ensombreció, y el Inquisidor giró sobre sus talones y echó a andar a zancadas. Ella lo siguió con paso majestuoso, sin alzar la vista hacia la ventana donde estaba Asunawa, procurando no pensar en el cadalso.

Tal vez sí era el camino más corto al estudio de Niall, ya que en el siguiente corredor Saren la condujo por una empinada escalera y la dejó en la sala de audiencias del capitán general mucho antes que las anteriores veces que había ido allí. Como era habitual, Niall no se levantó; tampoco había una silla para que ella tomara asiento, de modo que se vio obligada a permanecer de pie ante él, como una suplicante. El hombre parecía distraído, sentado en silencio y contemplándola fijamente, pero sin verla en realidad.

Había ganado y ni siquiera la veía. Eso la irritó. Luz, había ganado él. Quizá debería regresar a sus aposentos. Si les pedía a Tallanvor, Lamgwin y Basel que le abrieran paso a la fuerza, lo intentarían. Morirían, claro, y ella también; nunca había empuñado una espada, pero si daba esa orden tomaría una. Ella moriría, y Elayne ascendería al Trono del León. Lo haría, tan pronto como al'Thor fuera desalojado de él. La Torre Blanca se ocuparía de que Elayne tuviera lo que era suyo. La Torre. Si la Torre aseguraba el trono para Elayne... Parecía una locura, pero confiaba menos en la Torre que en el propio Niall. No, tenía que salvar Andor ella misma. Pero el precio... Había que pagar el precio. Tuvo que obligarse a pronunciar las palabras:

—Estoy dispuesta a firmar vuestro tratado.

Niall no pareció haberla oído al principio. Después parpadeó y de repente se echó a reír y sacudió la cabeza. Aquello la irritó sobremanera. ¡Mira que fingir sorpresa! Ella no había intentado escapar. Era una invitada. Morgase deseó verlo a él sobre un cadalso.

Se puso en movimiento de manera tan repentina que casi disipó el recuerdo de su anterior apatía. En cuestión de segundos había hecho entrar a su consumido secretario con un largo pergamino en el que ya estaba escrito todo e incluso con una copia del Sello de Andor que Morgase no habría podido distinguir del original.

Tuviera o no otra opción, hizo toda una exhibición de leer las condiciones. No eran distintas de lo que había imaginado. Niall conduciría a los Capas Blancas para recobrar su trono, pero había un precio, aunque no se lo llamara así. Un millar de Capas Blancas acuartelados en Caemlyn, con sus propios tribunales, no sujetos a las leyes andoreñas, a perpetuidad. Capas Blancas en igual número que la Guardia de la Reina por todo Andor, a perpetuidad. Seguramente le llevaría el resto de su vida deshacer lo que estaba firmando en ese momento, y también la de Elayne, pero la alternativa era al'Thor con el Trono del León como un trofeo. Si otra mujer volvía a sentarse en él sería Elenia o Naean o una de esa calaña, y como una marioneta de al'Thor. Eso o Elayne como marioneta de la Torre; era incapaz de confiar en la Torre.

Estampó su nombre con claridad y apretó la copia del Sello en la cera roja que el secretario de Niall vertió al pie del documento. El León de Andor rodeado por la Corona de la Rosa. ¡Ea!, era la primera reina en aceptar que soldados extranjeros pisaran territorio de Andor.

—¿Cuándo...? —Costaba más trabajo decirlo de lo que había imaginado—. ¿Cuándo emprenderán la marcha vuestras legiones?

Niall vaciló y bajó la vista a la mesa. En ella sólo había pluma y tinta, un cuenco de arena y un trozo de barra de cera recién quemada, como si hubiese escrito una carta hacía muy poco. Terminó de garabatear su firma en el tratado y apretó su propio sello, un sol radiante en cera dorada; después le entregó el documento a su secretario.

—Guarda esto en la sala de documentos, Balwer. Me temo que no podré moverme tan pronto como esperaba, Morgase. Hay acontecimientos que he de considerar. Nada que deba preocuparos. Simplemente es cuestión de decidir cuál es el mejor movimiento en áreas que no están relacionadas con Andor. Sugiero que os toméis esto como una oportunidad que se me

ofrece de poder disfrutar un poco más de vuestra compañía.

Balwer se inclinó suavemente aunque con cierta afectación, pero Morgase habría jurado que los ojos del hombrecillo casi se habían desviado bruscamente hacia Niall, con sorpresa. Faltó poco para que ella misma se quedara boquiabierta. No había dejado de presionarla ¿y ahora tenía otras cosas que considerar? Balwer salió con premura, como si temiese que Morgase intentara arrebatarle el tratado para romperlo en pedazos, pero eso era lo último que se le pasaría por la cabeza. Al menos no habría más ejecuciones en el cadalso. De lo demás se ocuparía cuando tuviera oportunidad de hacerlo. Había que ir paso a paso. Su empecinada resistencia había fracasado, pero ahora volvía a disponer de tiempo, un inesperado regalo que no pensaba desaprovechar. Así que el placer de su compañía, ¿no? Esbozó una afable sonrisa.

—Siento como si me hubiese quitado un peso de encima. Decidme: ¿jugáis a las damas?

—Se me considera un buen jugador. —Su sonrisa fue de sorpresa al principio, y después, divertida.

Morgase enrojeció, pero logró que su rostro no trasluciera ira. Quizás era mejor que la creyera quebrantada ahora. No se vigilaba estrechamente a un adversario acabado ni se tenía muy buena opinión de él; si iba con cuidado, con el tiempo empezaría a recuperar lo que había entregado antes de que los soldados del capitán general partieran de Amadicia. Había tenido un excelente maestro en el Juego de las Casas.

—Procuraré no hacer un mal papel si os apetece jugar. —Era más que una buena jugadora, quizás incluso brillante, pero, naturalmente, tendría que perder, aunque no tanto como para que él se aburriera. ¡Luz, cómo detestaba perder!

Con el ceño fruncido, Asunawa tamborileó los dedos en el dorado brazo de su sillón. Por encima de su cabeza, rematando el respaldo, se alzaba el cayado de pastor trabajado en un brillante lacado sobre un disco de un blanco puro.

—La bruja se sorprendió —murmuró.

—Algunas personas reaccionan de ese modo ante un ahorcamiento —respondió Saren como si las palabras de su superior fuesen una acusación—. Los Amigos Siniestros fueron acorralados ayer; me dijeron que los sorprendieron entonando algún tipo de invocación a la Sombra cuando Trom echó abajo la puerta. Lo comprobé, pero a nadie se le ocurrió preguntar si tenían alguna conexión con ella. —Por lo menos no movió los pies; se mantuvo tan derecho como se esperaba de cualquier Mano de la Luz.

Asunawa desestimó las explicaciones con un leve ademán. Pues claro que no había conexión, aparte del hecho de que ella era una bruja y ellos, Amigos Siniestros. Después de todo, la bruja estaba en la Fortaleza de la Luz. Aun así, estaba inquieto.

—Niall me mandó a buscarla como si yo fuese un perro —manifestó con crispación—. Casi vomité de asco por tener tan cerca a una bruja. Mis manos ansiaban ceñir su garganta.

Asunawa no se molestó en contestar; apenas lo había oído. Niall odiaba a la Mano, desde luego. Casi todos los hombres odiaban aquello que temían. No, su mente debía centrarse en Morgase. No era una mujer débil, a decir de todos. Ciertamente no se le había dado mal rechazar a Niall; la mayoría de la gente se habría venido abajo tan pronto como hubiese entrado en la Fortaleza. Esa bruja echaría a perder algunos de sus planes si al final resultaba ser débil. Tenía hasta el último detalle grabado en su mente, cada día de su juicio con embajadores presentes de cada país que todavía pudiera enviar alguno, hasta que finalmente llegara su dramática confesión, extraída tan hábilmente que nadie descubriría la menor marca, y después las ceremonias que acompañarían su ejecución. Un cadalso especial para ella, que sería conservado después para señalar la ocasión.

—Esperemos que siga resistiéndose a Niall —dijo con una sonrisa que algunos habrían descrito como afable y piadosa. Ni siquiera la paciencia de Niall podía durar siempre; al final tendría que entregarla a la justicia.

CAPÍTULO 9

Emplazamiento con urgencia

Para Egwene la visita de Rand a Cairhien fue como uno de esos espectáculos de fuegos artificiales de los Iluminadores de los que había oído hablar pero que nunca había visto, una explosión que llegó a toda la ciudad y cuyos ecos parecieron retumbar interminablemente.

Ni que decir tiene que no volvió a acercarse a palacio, pero las Sabias acudieron allí a diario para comprobar si había trampas tendidas con *Saidar* y le contaron lo que ocurría. Los nobles se observaban de reojo, con desconfianza, tearianos y cairhieninos por igual. Berelain parecía estar escondiéndose y se negaba a ver a nadie a menos que fuese absolutamente imprescindible; al parecer Rhuarc le había llamado la atención por desatender sus obligaciones, aunque la reprimenda no surtió mucho efecto. El jefe de clan parecía ser el único en todo el palacio al que no había afectado la situación. Hasta los sirvientes se sobresaltaban si uno los miraba, aunque quizá su nerviosismo se debía a que las Sabias husmeaban en todos los rincones.

En las tiendas las cosas no iban mejor, al menos entre las Sabias. Los demás Aiel, igual que Rhuarc, se mostraban tranquilos y firmes. Su actitud hacía que el mal humor de las Sabias pareciera más tenso en comparación, aunque no era menester tal cosa para notarlo. Amys y Sorilea regresaron de la entrevista con Rand bufando de indignación. No explicaron el motivo, al menos donde Egwene pudiese oírlas, pero el estado de ánimo se contagió a todas las Sabias, de manera que iban de aquí para allí como gatas erizadas, listas para lanzar un zarpazo a cualquier cosa que se moviera. Las aprendizas caminaban casi de puntillas y hablaban en susurros, pero aun así recibieron reprimendas por cosas que habrían pasado inadvertidas en otro momento y se las castigó por otras que antes sólo habrían merecido una regañina.

La aparición de Sabias Shaido en el campamento no ayudó precisamente a mejorar la situación. Al menos, Therava y Emerys eran Sabias; la tercera era la propia Sevanna, que se movía de un lado para otro dándose aires, con la blusa lo bastante desabrochada para hacerle la competencia a Berelain a pesar del fuerte viento que levantaba polvo. Therava y Emerys afirmaban que Sevanna era una Sabia y, aunque Sorilea rezongó, no hubo más remedio que aceptarla como tal. A Egwene no le cabía duda alguna de que estaban espiando, pero Amys se limitó a mirarla cuando la joven lo sugirió. Amparadas por la tradición, eran libres de moverse por el campamento, bien acogidas por todas las Sabias —incluso Sorilea— como si fuesen amigas íntimas o primeras hermanas. A pesar de ello, su presencia agudizó el mal humor de todo el mundo. Sobre todo el de Egwene. Esa sarcástica gata de Sevanna sabía quién era y no hacía el menor esfuerzo en disimular el placer que le causaba mandar a «la aprendiza baja» por un vaso de agua o nimiedades por el estilo a la primera oportunidad que se le presentaba. Sevanna también la miraba de un modo escrutador que a Egwene le hacía pensar en alguien observando a una gallina, pensando cómo cocinarla después de robarla. Y lo peor era que las Sabias no le contaban de qué hablaban; eran asuntos que concernían a las Sabias, no a las aprendizas. Fuera el motivo que fuera el que había llevado allí a las Sabias Shaido, el estado de ánimo de las otras Sabias ciertamente les interesaba; en más de una ocasión Egwene había sorprendido a Sevanna, cuando ésta creía que nadie la observaba, sonriendo al ver a Amys o Malindhe o Cosain ir de aquí para allí hablando para sí y ajustándose el chal sin necesidad. Ni

que decir tiene que nadie le hizo caso a Egwene. Demasiados comentarios respecto a las Shaido acabó acarreándole casi todo un día cavando un agujero «lo bastante hondo para estar de pie en él sin ser vista», y cuando por fin salió del hoyo, empapada de sudor y mugrienta, tuvo que empezar a rellenarlo; todo ello mientras Sevanna la observaba.

Dos días después de que Rand se marchara, Aerin y otras cuantas Sabias convencieron a tres Doncellas para que entraran a hurtadillas en el palacio de Arilyn por la noche, y ello empeoró aun más las cosas. Las tres eludieron a los guardias de Gawyn, bien que con mayor dificultad de lo que esperaban, pero con las Aes Sedai fue otro cantar; mientras todavía se descolgaban desde el tejado al ático, quedaron atrapadas por el Poder y transportadas bruscamente al interior de la mansión. Afortunadamente Coiren y las otras por lo visto creyeron que habían ido a robar, aunque las Doncellas no debieron considerarse tan afortunadas. Fueron arrojadas a la calle tan magulladas que apenas podían caminar y cuando llegaron a las tiendas todavía se esforzaban para no gimotear. Las demás Sabias se turnaron para reprender a Aerin y a sus amigas, generalmente en privado, aunque Sorilea pareció poner gran empeño en soltarles la regañina delante del mayor número posible de personas. Sevanna y sus dos compañeras se mofaban abiertamente cada vez que veían a Aerin o a una de las otras, y especulaban en voz alta sobre lo que las Aes Sedai harían cuando se enterasen. Incluso Sorilea las miró con recelo por eso, pero nadie dijo nada, y Aerin y sus amigas empezaron a moverse como si fuesen simples aprendizas. Éstas, por su parte, trataban de esconderse cuando no estaban realizando sus tareas o tomando lecciones. La irritación subió de tono.

Salvo por lo del agujero, Egwene se las arregló para esquivar lo peor de la situación, pero sólo porque permaneció lejos de las tiendas gran parte del tiempo, principalmente para no toparse con Sevanna y dar una lección a esa mujer. No tenía la menor duda de cómo acabarían las cosas si ocurría algo así; Sevanna estaba aceptada como una Sabia a pesar de las muchas muecas de desagrado que se producían cuando no estaba presente, por lo que probablemente Amys y Bair permitirían a la Shaido establecer el castigo que debería imponerse a Egwene. Al menos mantenerse alejada no resultaba tan difícil. Sería una aprendiza, pero únicamente Sorilea se empeñaba en enseñarle el millar de cosas que una Sabia debía saber. Hasta que Amys y Bair le dieran finalmente permiso para volver al *Tel'aran'rhiod,* podía disponer del día y la noche para hacer lo que quisiera, siempre y cuando evitara que Surandha y las demás no la pillaran para lavar platos o recoger estiércol para las lumbres o tareas por el estilo.

No entendía por qué los días parecían transcurrir con tanta lentitud; supuso que era por tener que estar pendiente de Amys y Bair. Gawyn acudía a El Hombre Largo todas las mañanas. Egwene se acostumbró a las sonrisitas insinuantes de la oronda posadera, si bien una o dos veces se le pasó por la cabeza darle una patada a la mujer. Bueno, quizá fueron tres veces, pero no más. Esas horas pasaban en un visto y no visto. No bien acababa de sentarse en las rodillas de Gawyn cuando tenía que atusarse el cabello y marcharse. Sentarse en su regazo ya no la asustaba; en ningún momento la había asustado exactamente, pero ahora se había convertido en algo muy, pero que muy agradable. Si a veces imaginaba cosas que no debería haber pensado, si esas ideas la hacían enrojecer, él siempre le acariciaba suavemente la cara y pronunciaba su nombre de un modo que la joven podría haberse pasado la vida escuchándolo. Gawyn dejaba escapar menos cosas sobre lo que pasaba con las Aes Sedai de las que Egwene oía en cualquier otra parte, pero eso le importaba bien poco.

Eran las otras horas las que discurrían como si estuviesen atascadas en barro. Tenía tan poco que hacer que creyó que reventaría de frustración. La vigilancia mantenida por las Sabias en la mansión de Arilyn confirmaba que no había más Aes Sedai. Elegidas entre las que podían encauzar, las observadoras informaban que las Aes Sedai continuaban manejando el Poder dentro día y noche, sin interrupción, pero Egwene no osó acercarse; aun en el caso de que lo hubiese hecho, no habría podido saber qué estaban haciendo sin ver los flujos. Si las Sabias hubiesen estado menos irascibles, quizás habría intentado pasar más tiempo leyendo en

su tienda, pero la única vez que había cogido un libro sin ser de noche y a la luz de una lámpara Bair rezongó tanto sobre las chicas que perdían el tiempo tumbadas perezosamente que Egwene balbució que había olvidado una cosa y se escabulló de la tienda antes de que la Sabia le encontrara algo más útil en lo que ocuparse. Una breve conversación con otra aprendiza era igualmente peligroso. El pararse a hablar con Surandha, que se escondía a la sombra arrojada por una tienda perteneciente a unos Soldados de Piedra, les costó toda una tarde haciendo la colada cuando Sorilea las descubrió. De hecho, Egwene habría agradecido tener una tarea de la que ocuparse con tal de que las horas no se le hiciesen tan largas, pero Sorilea examinó la ropa perfectamente limpia y tendida dentro de la tienda para evitar el omnipresente polvo, aspiró ruidosamente por la nariz y les dijo que la lavaran otra vez. ¡Se lo dijo dos veces más! Sevanna también presenció parte de eso.

Cuando estaba en la ciudad, Egwene no podía evitar echar ojeadas por encima del hombro constantemente, pero el tercer día la joven se encaminó hacia los muelles con la cautela de un ratón que quiere evitar al gato. Un tipo acartonado que tenía un pequeño bote se rascó el ralo cabello y le pidió un marco de plata para llevarla hasta el barco de los Marinos. Todo era caro en la ciudad, pero eso rayaba en lo ridículo. Le asestó una gélida mirada y le contestó que le daría un céntimo de plata —todavía era un precio exorbitado, a decir verdad— y esperó que el regateo no le dejara el bolsillo vacío; no disponía de mucho dinero. Todo el mundo se encogía y se ponía nervioso con los Aiel; pero, cuando se trataba de regatear, se olvidaban por completo del *cadin'sor* y las lanzas y luchaban como leones. El tipo abrió la desdentada boca, la cerró, estrechó los ojos para mirarla, rezongó algo incomprensible y, para sorpresa de Egwene, le dijo que estaba robando el pan a sus hijos.

—Sube —gruñó—. Vamos, sube. No puedo perder todo el día por una miseria. Habráse visto, intimidar a un hombre, robarle el pan.

Continuó con su retahíla aun después de empezar a bogar, mientras dirigía el pequeño bote hacia el ancho caudal del Alguenya.

Egwene ignoraba si Rand se había reunido con esta Señora de las Olas, pero esperaba que sí. Según Elayne, el Dragón Renacido era el Coramoor de los Marinos, el Elegido, y no tenía más que hacer acto de presencia para que se pusieran a su entera disposición. Sin embargo, esperaba que no se humillaran demasiado. A Rand le sobraban ese tipo de actitudes sumisas hacia su persona. No obstante, no era por Rand por lo que Egwene se había metido en ese bote con un barquero que no dejaba de refunfuñar. Elayne había conocido a varios Atha'an Miere, había navegado en uno de sus veleros, y decía que las Detectoras de Vientos podían encauzar. Algunas de ellas, en cualquier caso; puede que la mayoría. Ése era un secreto que los Marinos guardaban celosamente, pero la Detectora de Vientos del barco en el que viajó Elayne se había mostrado muy dispuesta a compartir sus conocimientos una vez que su secreto dejó de ser tal. Las Detectoras de Vientos de los Marinos sabían mucho de los fenómenos atmosféricos; según Elayne, estaban mucho más versadas en eso que las propias Aes Sedai. Afirmaba que la Detectora de Vientos a la que conoció había tejido flujos enormes para crear vientos favorables. Egwene ignoraba cuánto de ello era verdad y cuánto simple entusiasmo de su amiga, pero aprender un poco sobre el tiempo sería mucho mejor que estar de brazos cruzados y preguntándose si ser atrapada por Nesune no sería un alivio preferible al ambiente agobiante entre las Sabias y tener que soportar a Sevanna. Con lo poco que sabía ahora en este campo, sería incapaz de hacer que lloviese aunque el cielo estuviera encapotado y tan negro que sólo lo alumbraran los relámpagos. De momento, claro es, el sol irradiaba dorado y ardiente en un cielo despejado y la reverberación rielaba sobre las oscuras aguas. Al menos el polvo no llegaba tan dentro del río.

Cuando el barquero levantó finalmente los remos y dejó que el pequeño bote se deslizara junto al barco, Egwene se puso de pie haciendo caso omiso de sus rezongos sobre que conseguiría que los dos acabasen en el agua.

—¡Hola! —llamó—. ¡Hola! ¿Puedo subir a bordo?

Había estado en varios barcos fluviales y se preciaba de conocer los términos correctos

Librodot

—los marineros parecían muy quisquillosos respecto a la utilización de las palabras adecuadas— pero este velero escapaba a todas sus experiencias previas. Egwene había visto unos pocos barcos fluviales más largos, pero ninguno tan alto. Varios miembros de la tripulación se encontraban encaramados en los aparejos o trepando por los inclinados mástiles; eran hombres de piel oscura, que iban desnudos de cintura para arriba y descalzos y llevaban pantalones de llamativos colores sujetos a la cintura con fajines de tonos aun más fuertes; también había mujeres, de piel igualmente oscura y cubiertas con camisas de tonalidades tan intensas como las ropas de sus compañeros.

Egwene iba a llamar otra vez, gritando con más fuerza, cuando una escala de cuerda se desenrolló mientras caía por el costado del barco. No hubo respuesta a su llamada en la cubierta, pero eso podía considerarse una invitación y la joven empezó a subir. No le resultó fácil —no por el hecho de trepar por la escala, sino por mantener la falda decentemente pegada a las piernas; ahora entendía por qué las mujeres de los Marinos llevaban pantalones— pero por fin llegó a la batayola.

De inmediato sus ojos se posaron en una mujer que estaba en la cubierta, a menos de dos metros. Tanto la blusa como los pantalones eran de seda azul, ceñidos con un fajín del mismo color en un tono más oscuro. Llevaba tres pendientes en cada oreja, y una fina cadena, de la que colgaban diminutos medallones, unía uno de los pendientes con su nariz. Elayne le había descrito estos adornos e incluso se los había mostrado utilizando un atuendo semejante en el *Tel'aran'rhiod,* pero al verlo al natural Egwene no pudo evitar hacer una mueca. Sin embargo había algo más: podía percibir la habilidad de la mujer para encauzar. Había encontrado a la Detectora de Vientos.

Abrió la boca, y en ese momento una oscura mano surgió de manera repentina delante de sus ojos, empuñando una reluciente daga. Antes de que la joven tuviese tiempo de gritar, la cuchilla sesgó las cuerdas de la escala. Todavía aferrada inútilmente a ella, Egwene cayó en picado al agua.

Entonces sí que gritó, aunque sólo durante los breves instantes que tardó en sumergirse en el río de pie, a gran profundidad. El agua le entró en la boca abierta, ahogando su chillido; creyó haberse tragado la mitad del caudal del río. Frenéticamente se esforzó por desenredarse la falda envuelta en la cabeza y librarse de la escala. El pánico no la dominaba. En absoluto. ¿Hasta qué profundidad se había sumergido? A su alrededor todo era oscuridad y cieno. ¿En qué dirección estaba la superficie? Sentía como si unas barras de hierro le ciñesen el tórax, pero aun así soltó aire por la nariz y observó que las burbujas se movían lo que para su posición era hacia abajo y a la izquierda. Se giró y pateó hacia la superficie. ¿A qué distancia estaría? Los pulmones le ardían.

Su cabeza emergió a la luz del día, y Egwene inhaló aire boqueando y tosiendo. Para su sorpresa, el barquero se inclinó sobre el agua y la subió al bote progresivamente al tiempo que rezongaba que dejara de patear y retorcerse si no quería que la pequeña embarcación zozobrara, añadiendo que los Marinos eran una pandilla de quisquillosos. Volvió a inclinarse sobre la regala para recoger el chal de la joven antes de que la prenda su hundiera. Egwene se lo arrebató de un tirón, y el barquero respingó y se echó hacia atrás como si temiese que la muchacha fuera a golpearlo con él. La falda le colgaba pesadamente, la blusa y la ropa interior se le pegaban al cuerpo, y el pañuelo ceñido a la frente estaba torcido hacia un lado. En el fondo de la barca empezó a formarse un charco de agua, bajo sus pies.

La corriente había llevado el bote a la deriva alejándolo del barco unos veinte metros. La Detectora de Vientos estaba en la batayola ahora junto a otras dos mujeres, una vestida con sencillas ropas de seda verde y la otra de color rojo, con brocados en hilo de oro. Los pendientes y las cadenitas que los unían a la nariz destellaban con el sol.

—Se te niega el derecho del regalo de pasaje —gritó la mujer de verde.

—Y diles a las otras que los disfraces no nos confundirán. No nos dais miedo. ¡Se os niega a todas el regalo de pasaje! —abundó la de rojo.

El acartonado barquero cogió los remos, pero Egwene lo señaló con el dedo

directamente a la estrecha nariz.

—Quédate donde estás —ordenó. El hombre obedeció. ¿Quiénes se creían que eran esas mujeres? ¡Mira que tirarla al agua y dejarla empapada! ¡Y ni una palabra de la más mínima cortesía!

Egwene aspiró profundamente, abrazó el *Saidar* y encauzó cuatro flujos antes de que la Detectora de Vientos tuviese tiempo de reaccionar. Así que sabía mucho sobre fenómenos atmosféricos, ¿no? ¿Era capaz de dividir los flujos en cuatro formas distintas? Había pocas Aes Sedai que pudiesen hacerlo. Uno de los flujos era Energía, un escudo que lanzó sobre la Detectora de Vientos para impedir que interfiriese. Si es que sabía cómo. Los otros tres eran Aire, tejido cada uno de ellos casi delicadamente alrededor de cada mujer para inmovilizarles los brazos contra los costados. Levantarlas no era precisamente difícil, pero tampoco sencillo.

Un clamor se alzó en el barco cuando las tres mujeres flotaron en el aire y quedaron suspendidas sobre el río. Egwene oyó gemir al barquero, pero no estaba interesada en él. Las tres Atha'an Miere ni siquiera patalearon; con cierto esfuerzo, Egwene las elevó más, unos diez o doce metros sobre la superficie del agua. Por mucho que se esforzase aquél parecía ser su límite. «Bueno, tampoco te propones hacerles daño —pensó y soltó los tejidos—. Ahora gritarán.»

Las tres mujeres de los Marinos se hicieron unos ovillos tan pronto como empezaron a caer, giraron en el aire y se estiraron, con los brazos extendidos hacia adelante. Se zambulleron en el agua en medio de pequeños chapoteos. Instantes después las tres cabezas oscuras emergían y las mujeres empezaron a nadar velozmente de vuelta al velero.

Egwene cerró la boca. «Si las levanto por los tobillos y les sumerjo las cabezas, se...» Pero ¿qué estaba pensando? ¿Es que tenían que gritar porque ella lo había hecho? No era mejor que ellas. «¡Debo de parecer una rata medio ahogada!» Encauzó con cuidado —trabajar con una misma siempre conllevaba cierto riesgo ya que no se veían los flujos con claridad— y el agua escurrió completamente de sus ropas. Se formó un buen charco a sus pies.

El barquero la miraba boquiabierto y con los ojos desorbitados, y eso sirvió para que la joven se diese cuenta de lo que acababa de hacer. Encauzar, en mitad del río, sin nada que la ocultase si por casualidad había por allí alguna Aes Sedai. A pesar del sol abrasador Egwene no pudo evitar un escalofrío.

—Puedes llevarme de vuelta a la orilla. —A saber quién había en los muelles; a esta distancia ni siquiera podía distinguir entre hombres y mujeres—. Pero no a la ciudad, sino a la ribera del río.

El tipo se puso a bogar con tal entusiasmo que la joven estuvo a punto de caer de espalda.

La condujo a un punto donde la orilla era toda de cantos rodados grandes como su cabeza. No se veía a nadie por los alrededores, pero aun así Egwene saltó del bote tan pronto como la pequeña embarcación chirrió al rozar la quilla contra las piedras; se recogió la falda y subió el empinado ribazo a todo correr. No paró hasta encontrarse en su tienda, donde se desplomó jadeando y empapada de sudor. No volvió a acercarse a la ciudad. Salvo para encontrarse con Gawyn, claro.

Los días pasaron y ahora un viento casi incesante arrastraba nubes de polvo y tierra a todas horas. En la quinta noche, Bair acompañó a Egwene al Mundo de los Sueños, sólo una corta excursión a modo de prueba, un paseo por una parte del *Tel'aran'rhiod* que era la que Bair conocía mejor, es decir, el Yermo de Aiel, un territorio abrupto y reseco que en comparación hacía que el propio Cairhien, castigado por la sequía, pareciese un lugar exuberante de vegetación. Tras una corta caminata, Bair y Amys la despertaron para comprobar si había tenido algún efecto nocivo en la joven. No lo había. Por mucho que la hicieron saltar y correr, por muchas veces que le miraron los ojos y escucharon su corazón no tuvieron más remedio que admitirlo; a pesar de ello, a la noche siguiente Amys la llevó a otra corta excursión al Yermo, seguida de un nuevo examen tan agotador que Egwene se alegró de poder arrastrarse hasta su catre después y quedarse profundamente dormida nada más tenderse

en él.

Esas dos noches no regresó al Mundo de los Sueños, pero se debió más al cansancio que a otra cosa. Antes de eso, se había repetido a sí misma que debería dejar de hacerlo —estaría bueno que la pillaran violando sus restricciones justo cuando estaban a punto de levantarlas— pero, de algún modo, siempre decidía que un corto viaje no importaría con tal que fuese lo bastante rápido para reducir el peligro de ser descubierta. Algo que sí evitaba era el lugar entre el *Tel'aran'rhiod* y el mundo de vigilia; el lugar donde flotaban los sueños. Sobre todo lo evitó después de sorprenderse pensando que si tenía mucho cuidado a lo mejor podía atisbar los sueños de Gawyn sin ser arrastrada hacia ellos, y que, aun en el caso de que ocurriera eso, sólo sería un sueño. Se recordó firmemente que era una mujer adulta, no una chiquilla estúpida. Se alegraba de que nadie más supiera la confusión que el hombre producía en sus pensamientos. Amys y Bair se habrían reído hasta saltárseles las lágrimas.

En la séptima noche, Egwene se preparó cuidadosamente para acostarse, poniéndose una camisola limpia y cepillándose el cabello hasta que brilló. Todo lo cual era inútil con respecto al Mundo de los Sueños, pero sí le sirvió para no pensar en el nerviosismo que le atenazaba el estómago. Esta noche serían Aes Sedai quienes estarían esperando en el Corazón de la Ciudadela, no Elayne o Nynaeve. Daba igual que fuesen unas u otras a menos que... El cepillo de mango de marfil se detuvo sin acabar la pasada por el pelo. A menos que una de las Aes Sedai revelara que era sólo Aceptada. ¿Por qué no había pensado antes en eso? Luz, ojalá pudiese hablar con Elayne o Nynaeve. Aunque tampoco veía de qué podría servir eso, aparte de que estaba convencida de que su sueño sobre romper cosas significaba que algo iría muy mal si hablaba con ellas.

Se mordisqueó el labio mientras consideraba la posibilidad de presentarse ante Amys y decirle que no se sentía bien. Nada serio, sólo un poco revuelto el estómago, pero dudaba mucho que pudiera visitar el Mundo de los Sueños esta noche. Iban a reanudar sus clases tras su encuentro nocturno, pero... Otra mentira, además de ser una artimaña propia de alguien cobarde. Ella no lo sería. No todas las personas podían ser igualmente valientes, pero la cobardía era despreciable. Ocurriera lo que ocurriese esta noche, tendría que afrontarlo, y se acabó.

Dejó el cepillo con actitud firme, apagó la lámpara y se metió en el camastro. Estaba lo bastante cansada para que quedarse dormida no representara ningún problema, aunque si fuese necesario ahora sabía cómo sumirse en el sueño a cualquier hora o entrar en un ligero trance de manera que podría estar en el Mundo de los Sueños y hablar —bueno, más bien balbucir— con alguien que estuviese junto a su cuerpo dormido. Lo último que le vino a la cabeza antes de abandonarse al sueño fue darse cuenta de algo sorprendente: el nerviosismo no le atenazaba el estómago ya.

Se encontró en una gran cámara abovedada rodeada por un bosque de gruesas columnas de pulida piedra roja: el Corazón de la Ciudadela, en la Ciudadela de Tear. Lámparas doradas colgaban de cadenas por doquier; a pesar de estar apagadas había luz que procedía de todas partes y de ninguna. Amys y Bair ya estaban allí, su aspecto exactamente igual que el que tenían esa mañana, a excepción de que sus collares y brazaletes relucían un poco más de lo que hasta el oro tendría que haber brillado. Hablaban en voz baja y parecían irritadas. Egwene sólo captó un par de palabras sueltas, pero fueron «Rand al'Thor».

De pronto cayó en la cuenta de que llevaba un vestido blanco con bandas en el repulgo, la ropa de Aceptada. Tan pronto como se percató de ello su atuendo cambió a una copia exacta del de las Sabias, aunque sin joyas. No creía que las otras dos mujeres se hubiesen dado cuenta; de cualquier modo tampoco habrían sabido lo que significaba ese vestido. En ocasiones rendirse implicaba perder menos *ji* y deber menos *toh* que las alternativas, pero ningún Aiel se lo plantearía sin antes haber intentado luchar al menos.

—Vuelven a retrasarse —comentó secamente Amys al tiempo que se adentraba en el espacio abierto, bajo la gran bóveda de la cámara. Hincada en las baldosas estaba lo que parecía una espada de cristal, la *Callandor* de las profecías, un *sa'angreal* masculino y uno de

los más poderosos que se habían creado. Rand la había puesto allí para que los tearianos lo recordaran, como si tuviesen posibilidad de olvidarlo, pero Amys apenas le dedicó una mirada superficial. Para otros La Espada que no es una Espada sería un símbolo del Dragón Renacido; para ella era algo que sólo concernía a las gentes de las tierras húmedas—. Esperemos al menos que no intenten fingir que lo saben todo y nosotras no sabemos nada. La última vez se comportaron mucho mejor.

El resoplido de Bair habría hecho parpadear a Sorilea.

—Nunca mejorarán su actitud —manifestó—. Lo menos que podrían hacer es estar donde dijeron que estarían a la hora que... —Se calló cuando siete mujeres aparecieron repentinamente al otro lado de *Callandor.*

Egwene las reconoció, incluida la mujer joven de azules ojos rebosantes de decisión a quien había visto antes en el *Tel'aran'rhiod.* ¿Quién sería? Amys y Bair habían mencionado a las otras —por lo general con acritud— pero nunca se refirieron a ésa. La mujer se cubría con un chal con flecos azules; todas ellas llevaban los chales puestos. Sus vestidos cambiaban de color y de estilo de manera constante, pero no así los chales.

Los ojos de las Aes Sedai se enfocaron de inmediato en Egwene, como si las Sabias no existiesen.

—Egwene al'Vere —empezó solemnemente Sheriam— se requiere tu presencia ante la Antecámara de la Torre.

Sus almendrados y verdes ojos brillaban con alguna emoción reprimida, y a Egwene se le subió el corazón a la garganta; sabían que había estado fingiendo ser una hermana de pleno derecho.

—No preguntes para qué se te requiere —intervino Carlinya de inmediato, y su fría voz hizo resaltar aun más la formalidad del anuncio—. De ti se espera que respondas, no que preguntes.

Por alguna razón desconocida, la Blanca se había dejado corto el oscuro cabello; ésa era la clase de detalle sin importancia que parecía cobrar magnitud en la mente de Egwene. Desde luego no deseaba pensar en el significado de todo esto. Las frases ceremoniosas se sucedieron a un ritmo regular, en tanto que Amys y Bair se ajustaban los chales y fruncían el ceño, haciendo evidente que su irritación iba dando paso a la preocupación.

—No retrases tu llegada —ordenó Anaiya, a quien Egwene siempre había visto como una mujer afable, pero que ahora hablaba con tanta firmeza como Carlinya y una formalidad carente por completo de cordialidad—. Se espera de ti una inmediata obediencia.

A continuación, las tres Aes Sedai hablaron a unísono:

—Es bueno temer la convocatoria de la Antecámara. Es bueno obedecer al punto y con humildad, sin hacer preguntas. Se te emplaza para que te arrodilles ante la Antecámara de la Torre y aceptes el fallo de sus componentes.

Egwene controló su respiración al menos lo suficiente para no jadear. ¿Cuál era el castigo por lo que había hecho? Ninguno leve si había que juzgar por esta ceremonia. Todas la miraban fijamente. La joven trató de descubrir algo en aquellos semblantes Aes Sedai; seis de ellos traslucían únicamente serenidad intemporal, quizá con un atisbo de intensidad en los ojos. La joven Azul traslucía la fría calma propia de quien lleva años siendo Aes Sedai, pero no podía ocultar una leve y satisfecha sonrisa. Todas parecían esperar algo.

—Acudiré tan pronto como pueda —respondió. Puede que tuviera la sensación de tener el estómago en los talones, pero su voz era una réplica perfecta de las de ellas. Nada de cobardía. Sería Aes Sedai algún día. Si se lo permitían después de esto—. Sin embargo no sé cuánto tardaré. La distancia es mucha e ignoro dónde se encuentra Salidar, sólo que está en algún punto a lo largo del río Eldar.

Sheriam intercambió una mirada con las otras. Su vestido cambió de color azul pálido a un gris oscuro, con la falda pantalón.

—Estamos seguras de que existe un modo de hacer rápido el viaje. Si las Sabias acceden a colaborar. Siuan está convencida de que no se tardaría más que uno o dos días si

Librodot

entras físicamente en el *Tel'aran'rhiod...*

—No —espetó Bair.

—No le enseñaremos algo así —abundó al mismo tiempo Amys—. Se utilizaba para el mal, es el mal, y quienquiera que lo haga pierde parte de sí mismo para siempre.

—No podéis saber con certeza algo así —adujo pacientemente Beonin— puesto que al parecer ninguna de vosotras lo ha hecho jamás. Pero si tenéis conocimiento de ello entonces debéis de tener alguna noción de cómo se realiza. Quizá nosotras podríamos descubrir algo que vosotras no sabéis.

Ese tono paciente era precisamente el peor que podía emplear. Amys se ajustó el chal y se irguió más que nunca. Bair se puso en jarras y adoptó un gesto furibundo, enseñándole los dientes. En cualquier momento se iba a producir uno de esos estallidos que las Sabias habían insinuado. Iban a enseñarles a estas Aes Sedai unas cuantas lecciones sobre lo que podía hacerse en el *Tel'aran'rhiod* por medio de demostrarles lo poco que sabían ellas. Las Aes Sedai las observaban envueltas en una calma absoluta, rebosantes de seguridad. Sus chales no sufrieron cambios pero sus vestidos variaron casi al mismo ritmo desaforado de los latidos del corazón de Egwene. Sólo el de la joven Azul pareció mantener cierta estabilidad, cambiando sólo una vez durante el largo silencio.

Tenía que impedirlo. Tenía que ir a Salidar y ciertamente no sería ninguna ayuda si era testigo de la humillación de estas Aes Sedai.

—Sé cómo hacerlo. Creo que sé. Estoy dispuesta a intentarlo. —Si no funcionaba, siempre podía ir a caballo—. Pero todavía ignoro dónde he de dirigirme y sería mejor que lo supiese ahora.

La atención de Amys y Bair pasó de las Aes Sedai a ella. Ni siquiera Carlinya ni Morvrin habrían sido capaces de igualar la frialdad de aquellas miradas. A Egwene el corazón se le cayó a los pies, junto con su estómago.

Sheriam empezó a dar indicaciones de inmediato —a tantos kilómetros de tal pueblo, a tantas leguas al sur de aquello—, pero la joven Azul carraspeó y dijo:

—Puede que esto sea de más ayuda.

La voz le sonaba conocida a Egwene, pero la muchacha no supo encajarla con un rostro. No tendría mucho más control sobre su vestimenta que las demás —el suave color verde se convirtió en azul mientras hablaba, y el cuello alto dio paso a unas chorreras de puntillas al estilo teariano, en tanto que un casquete de perlas aparecía en su cabeza—, pero sí sabía algo del *Tel'aran'rhiod.* De repente un gran mapa apareció suspendido en el aire a un lado, con un reluciente punto rojo a un extremo, junto al nombre «Cairhien» escrito con grandes letras, y otro al extremo opuesto con el nombre de «Salidar». El mapa empezó a ampliarse y a cambiar; de pronto las cadenas montañosas dejaron de ser simples líneas y se elevaron, los bosques adquirieron tonalidades verdes y ocres, los ríos relucieron como cursos de agua al sol. Aumentó de tamaño hasta crear una especie de muro que ocultaba todo ese lado de la gran cámara. Era como contemplar el mundo desde arriba.

Hasta las Sabias estaban lo bastante impresionadas para pasar por alto su desaprobación, al menos hasta que el vestido teariano de la mujer joven cambió a otro de seda amarilla, con un remate en el escote bordado con hilo de plata. Sin embargo, la mujer no estaba interesada en ellas. Por alguna razón miraba con aire desafiante a las otras Aes Sedai.

—Eso es espléndido, Siuan —dijo Sheriam al cabo de un momento.

Egwene parpadeó. ¿Siuan? Debía de ser una mujer con el mismo nombre. Esta joven Aes Sedai aspiró aire por la nariz en un gesto ufano e hizo un brusco asentimiento con grandes reminiscencias de Siuan Sanche, pero tal cosa era imposible. «Estás tratando de posponerlo, nada más» se increpó para sus adentros, con firmeza.

—Ciertamente me basta para encontrar Salidar, pueda o no... —Echó una mirada de reojo a Amys y a Bair, cuyo desaprobador silencio e inmovilidad eran tal que podían estar talladas en piedra—. Pueda o no ir físicamente. De un modo u otro, prometo que estaré en Salidar tan pronto como me sea posible. —El mapa desapareció. «Luz ¿qué piensan hacer

conmigo?»

A punto estuvo de hacer la pregunta en voz alta, pero Carlinya se lo impidió al tomar de nuevo la palabra, otra vez inmersa en la severidad ceremoniosa de antes e incluso con mayor dureza:

—No preguntes para qué se te requiere —repitió—. De ti se espera que respondas, no que preguntes.

—No retrases tu llegada —reiteró Anaiya—. Se espera de ti una inmediata obediencia.

Las Aes Sedai intercambiaron miradas y desaparecieron tan repentinamente que Egwene se preguntó si creerían que de todos modos iba a preguntar a pesar de sus admoniciones.

La dejaron sola con Amys y Bair, pero cuando la joven se volvió hacia las Sabias, dudando entre empezar con una explicación o con una disculpa o simplemente rogándoles que comprendieran, también ellas desaparecieron y la dejaron allí, rodeada por las columnas de piedra roja y con *Callandor* rutilando a su lado. No había excusas en el *ji'e'toh.*

Suspiró tristemente y salió del *Tel'aran'rhiod* de vuelta a su cuerpo dormido.

Despertó de inmediato; despertar a voluntad era una parte tan importante en el adiestramiento de una caminante de sueños como el quedarse dormida cuando una quisiera; y había prometido irse tan rápido como le fuera posible. Encauzó para encender las lámparas, todas ellas. Iba a necesitar luz. Hizo un esfuerzo para imprimir dinamismo a sus movimientos mientras se arrodillaba junto a uno de los pequeños arcones que estaban colocados contra la lona de la tienda y empezó a sacar ropas que no había llevado desde que entró en el Yermo. Una parte de su vida había quedado atrás, pero no lloraría por ello. No lloraría.

Tan pronto como Egwene desapareció, Rand apareció entre las columnas. Acudía allí de vez en cuando para mirar a *Callandor.* La primera visita fue después de que Asmodean le enseñara a invertir los tejidos. Entonces había cambiado las trampas dispuestas alrededor del *sa'angreal* de modo que sólo él podía verlas. Si se daba crédito a las Profecías, «quien la extraiga continuará después». Ya no estaba muy seguro de hasta qué punto creía esos vaticinios, pero no tenía sentido correr ningún riesgo.

Lews Therin rezongaba en algún rincón de su mente —siempre lo hacía cuando Rand estaba cerca de *Callandor*— pero esa noche la reluciente espada cristalina no interesaba en absoluto a Rand. Tenía los ojos prendidos en el punto donde el mapa había estado suspendido. No era realmente un mapa al final, sino algo más. ¿Qué era ese lugar? ¿Se debía a una simple casualidad el que hubiese acudido allí aquella noche en lugar del día anterior o el siguiente? ¿Sería uno de los tirones de *ta'veren* en el Entramado? Qué más daba. Egwene había accedido al emplazamiento humildemente, cosa que jamás habría hecho si la llamada viniese de la Torre y de Elaida. Ese Salidar tenía que ser el sitio donde sus misteriosas amigas se escondían. Donde estaba Elayne. Ellas mismas se le habían entregado.

Riendo, abrió un acceso al reflejo del palacio de Caemlyn en el Mundo de los Sueños.

CAPÍTULO 10

Valor para fortalecer

Vestida únicamente con la camisola y arrodillada, Egwene contempló ceñuda el traje de montar de seda verde que había llevado puesto al entrar en el Yermo lo que parecía mucho tiempo atrás. Tenía mucho que hacer. Había dedicado un rato a redactar apresuradamente una nota y había levantado a Cowinde de sus mantas para darle instrucciones de llevarla a El Hombre Largo a la mañana siguiente. En ella explicaba poco más que tenía que marcharse —tampoco sabía mucho aparte de eso— pero no podía desaparecer simplemente, sin decírselo a Gawyn. Recordar algunas de las frases escritas la hizo enrojecer; decir que lo amaba era una de ellas, pero ¡mira que pedirle que la esperara! Empero, se había ocupado de él hasta donde le era posible. Ahora tenía que prepararse y sin saber muy bien para qué.

La solapa de la entrada de la tienda se abrió y entró Amys, seguida de Bair y de Sorilea. Se colocaron en fila mirándola desde arriba, los tres semblantes sombríos en un gesto de desaprobación. No le fue fácil a la joven contener las ganas de apretar el vestido contra el pecho; cubierta sólo con la camisola se sentía en desventaja; aunque, en honor a la verdad, hasta protegida con una armadura se habría sentido igual. Era una cuestión de saber que estaba obrando mal. Le sorprendía que hubiesen tardado tanto en acudir. Hizo una profunda inhalación.

—Si habéis venido para castigarme, no tengo tiempo para traer y llevar agua ni para cavar agujeros o cualquier otra cosa parecida. Lo lamento, pero dije que iría lo antes posible y creo que para ellas cuentan hasta los minutos.

Las pálidas cejas de Amys se enarcaron en un gesto de sorpresa mientras Sorilea y Bair intercambiaban una mirada desconcertada.

—¿Cómo íbamos a castigarte? —preguntó Amys—. Dejaste de ser aprendiza en el momento en que tus hermanas te llamaron. Debes reunirte con ellas como Aes Sedai.

Egwene disimuló una mueca de angustia examinando el traje de montar otra vez. Era asombroso lo poco arrugado que estaba después de haber permanecido doblado dentro del arcón todos esos meses. Se obligó a volver los ojos hacia las Sabias.

—Sé que estáis enfadas conmigo y tenéis motivo para...

—¿Enfadadas? —repitió Sorilea—. En absoluto. Creí que nos conocías mejor. —Era cierto que su voz no traslucía enfado, pero aun así la censura se reflejaba en el semblante de las tres.

Egwene las miró de una en una, deteniéndose más en Amys y en Bair.

—Pero me advertisteis lo malo que es lo que voy a hacer. Dijisteis que ni siquiera debía planteármelo. Yo accedí, pero después seguí adelante y descifré cómo llevarlo a cabo.

Sorprendentemente, una sonrisa iluminó el curtido rostro de Sorilea. Los numerosos brazaletes de la Sabia tintinearon cuando la mujer se ajustó el chal con aire satisfecho.

—¿Veis? Os dije que lo entendería. Podría ser una Aiel.

Parte de la tensión desapareció de los rasgos de Amys, y un poco más de los de Bair; entonces Egwene lo comprendió. No estaban enfadadas porque tuviese intención de entrar en el *Tel'aran'rhiod* físicamente; para ellas era una equivocación, pero cada cual tenía que hacer lo que pensaba que debía e incluso si esto funcionaba no incurría en obligación alguna salvo consigo misma. En verdad no estaban enfadadas en absoluto; todavía. Lo que las mortificaba

era su mentira. Egwene sintió un nudo en el estómago. La mentira que había confesado; puede que la menor de todas. Tuvo que respirar hondo otra vez para que las palabras le salieran de la garganta:

—Os he mentido en otras cosas también. Entré en el *Tel'aran'rhiod* sola después de prometer que no lo haría. —El rostro de Amys volvió a ensombrecerse. Sorilea, que no era una caminante de sueños, se limitó a sacudir la cabeza con aire compungido—. Prometí obedecer como aprendiza; pero, cuando dijisteis que el Mundo de los Sueños era demasiado peligroso tras haber sido herida, fui allí.

Bair se cruzó de brazos, inexpresivamente. Sorilea murmuró algo sobre las muchachas necias, pero no había enfado en su tono. Egwene inhaló profundamente por tercera vez; esto iba a ser lo más difícil de confesar. El nerviosismo que le atenazaba el estómago era tan intenso que le sorprendía no estar tiritando.

—Lo peor de todo —continuó— es que no soy Aes Sedai. Sólo soy Aceptada. Algo así como una aprendiza. Todavía tardaré años en ser ascendida a Aes Sedai, si es que lo consigo alguna vez, después de lo ocurrido.

Sorilea levantó bruscamente la cabeza al oír esto y sus finos labios se apretaron, pero aun así ninguna de ellas dijo una palabra. Dependía de Egwene arreglar las cosas; nunca volverían a ser como antes, pero...

«Lo has confesado todo —susurró una vocecilla dentro de su cabeza—. Ahora más te vale centrarte en descubrir la forma más rápida de llegar a Salidar. Todavía puedes ser ascendida a Aes Sedai algún día, pero no lo conseguirás si las haces esperar y las enfureces más de lo que están ya.»

Egwene bajó los ojos y fijó la vista en las alfombrillas de abigarrados colores mientras la comisura de sus labios se torcía en una mueca desdeñosa. Desdeñosa hacia esa vocecilla. Y avergonzada de que se hubiese expresado, de que ella hubiese sido capaz de pensarlo. Se iba a marchar, pero antes tenía que arreglar las cosas. Era posible siguiendo el *ji'e'toh.* Una hacía lo que tenía que hacer y después pagaba el precio. Muchos meses atrás, en el Yermo, Aviendha le había demostrado el precio que se pagaba por una mentira.

Haciendo acopio de todo el valor que halló dentro de sí, confiando en que fuera suficiente, Egwene dejó a un lado el traje de seda y se puso de pie. Cosa extraña, dar el primer paso pareció facilitar el seguir adelante. Todavía tenía que levantar los ojos para mirarlas a la cara, pero lo hizo con orgullo, la cabeza bien alta, y cuando habló no tuvo que esforzarse para que las palabras salieran de su boca:

—Tengo *toh.* —El nudo en el estómago había desaparecido por completo—. Os pido el favor de que me ayudéis a cumplir con mi *toh.*

Salidar tendría que esperar.

Recostado en un codo, Mat examinaba el juego de serpientes y zorros extendido sobre el suelo de la tienda. De vez en cuando una gota de sudor le resbalaba de la barbilla y caía muy cerca del tablero. En realidad no era un tablero, sino un pedazo de paño rojo con una red de líneas dibujadas con tinta negra y flechas señalando cuáles de esas líneas permitían movimientos en una sola dirección y cuáles en ambas. Diez fichas de madera clara con un triángulo dibujado eran los zorros, y diez con el dibujo de una línea sinuosa eran las serpientes. Dos lámparas colocadas a ambos lados proporcionaban luz de sobra.

—Esta vez ganaremos, Mat —dijo Olver, excitado—. Sé que ganaremos.

—Quizá —respondió Mat. Las dos fichas marcadas en negro estaban casi de vuelta al círculo central del tablero, pero la siguiente tirada de dados era para las serpientes y los zorros. La mayoría de las veces no se llegaba más allá del borde exterior.

»Tira los dados. —Él nunca tocaba el cubilete desde que se lo había dado al chico; si iban a jugar sería mejor hacerlo sin que su suerte influyera en nada.

Olver sonrió, agitó el cubilete y echó los dados de madera que su padre había hecho. Gruñó al contar los puntos; esta vez tres de los dados mostraban la cara donde había dibujado

un triángulo, y los otros tres las líneas sinuosas. Cuando era el turno de los zorros y las serpientes había que adelantar sus fichas por el camino más corto, y si una caía en la casilla que uno ocupaba... Una serpiente tocó la ficha negra de Olver y un zorro la del Mat; éste comprobó que si se hubiese movido el resto de la tirada otras dos serpientes lo habrían alcanzado.

No era más que un juego de niños, además de ser uno imposible de ganar mientras se siguieran las reglas. Dentro de poco Olver sería lo bastante mayor para comprender eso y, como los demás niños, dejaría de jugar a ello. Sólo un juego de críos, pero a Mat no le gustaba que lo alcanzaran los zorros y aun menos las serpientes. Le traía malos recuerdos aunque una cosa no tuviera nada que ver con la otra.

—Bueno —murmuró Olver—, estuvimos a punto de ganar. ¿Otra partida, Mat? —Sin esperar respuesta, el chico hizo la señal que daba comienzo al juego, un triángulo y después una línea sinuosa a través del primero; a continuación entonó el verso—: Valor para fortalecer, fuego para cegar, música para aturdir, hierro para encadenar. Mat, ¿por qué decimos eso? No hay fuego ni música ni hierro.

—No lo sé. —El verso insinuaba cierta evocación en un recóndito lugar de su memoria, pero no lograba asirlo. Los viejos recuerdos adquiridos en el *ter'angreal* podían estar elegidos al azar, como probablemente ocurría, además de tener todas esas lagunas de los suyos propios, esas zonas enmarañadas y confusas. El chico siempre estaba haciendo preguntas para las que él no tenía respuesta y que por lo general empezaban con «¿por qué?».

Daerid entró agachado en la tienda, dejando tras de sí la noche, e hizo un gesto de sorpresa. El rostro le brillaba por el sudor y todavía llevaba puesta la casaca, aunque sin abrochar. Su reciente cicatriz trazaba un frunce rosáceo por encima de las otras líneas blancas que le surcaban la cara.

—Creo que ya es hora de que estés en la cama, Olver —dijo Mat al tiempo que se incorporaba. Las heridas le daban punzadas, pero no demasiado; se estaban curando bien—. Recoge el tablero. —Se acercó a Daerid y redujo el tono de voz a un susurro—: Si le cuentas esto a alguien, te cortaré el cuello.

—¿Por qué? —replicó secamente el otro hombre—. Te estás convirtiendo en un padre maravilloso. El chico tiene un asombroso parecido contigo. —Daba la impresión de estar esforzándose para no sonreír, pero la mueca apenas insinuada desapareció al punto—. El lord Dragón viene al campamento —anunció, terriblemente serio.

Mat olvidó por completo la idea de atizarle un puñetazo en las narices; apartó bruscamente la solapa de la tienda y salió a la noche en mangas de camisa. Seis de los hombres de Daerid, apostados en círculo alrededor de la tienda, se pusieron firmes al verlo aparecer. Ballesteros; ciertamente las picas no servirían de mucho para montar guardia. A pesar de ser de noche el campamento no estaba oscuro. El intenso brillo de la luna creciente en sus tres cuartas partes en medio de un cielo despejado quedaba atenuado por el resplandor de las hogueras espaciadas regularmente entre las hileras de tiendas y los hombres dormidos en el suelo. Había centinelas cada veinte pasos todo el trecho hasta la empalizada de troncos. No era exactamente como a Mat le habría gustado; si podía producirse un ataque repentino, salido de la nada...

Allí el terreno era casi llano, de modo que enseguida vio a Rand dirigiéndose hacia él a grandes zancadas. No venía solo. Dos Aiel velados avanzaban de puntillas, y sus cabezas giraban velozmente cada vez que un miembro de la Compañía se daba una vuelta en sueños o uno cambiaba de postura para observarlos. La mujer Aiel, Aviendha, también iba con ellos; llevaba un fardo a la espalda y caminaba como si pensara cortarle el cuello al primero que se pusiera en su camino. Mat no entendía por qué Rand la mantenía a su lado. «Las Aiel sólo dan problemas —pensó sombríamente—, y no he visto una mujer más dispuesta a dar problemas que ésa.»

—¿De verdad es el Dragón Renacido? —preguntó Olver, falto de aliento. Sostenía contra el pecho el juego enrollado y estaba tan nervioso que casi daba brincos.

—Lo es —contestó Mat—. Y ahora, a la cama. Éste no es lugar para chiquillos.

Olver se marchó rezongando en tono de reproche, pero sólo llegó hasta la siguiente tienda. Por el rabillo del ojo, Mat advirtió que el chico se escondía rápidamente y que volvía a asomar la cara por la esquina de la lona.

Mat lo dejó estar, aunque después de mirar con atención el rostro de Rand se preguntó si ese lugar era adecuado siquiera para hombres hechos y derechos, cuanto menos para un muchachito. Aquel semblante habría podido pasar por un pedazo de hierro, bien que cierta emoción pugnaba por emerger, ansiedad o tal vez entusiasmo; los ojos de Rand relucían con un brillo febril. Llevaba un pergamino enrollado en una mano, en tanto que con la otra acariciaba la empuñadura de la espada de manera inconsciente. La hebilla del cinturón con forma de dragón titilaba con la luz de las hogueras; a veces la cabeza de uno de los dragones que asomaban por los puños de la chaqueta también brillaba.

Cuando llegó ante Mat no perdió el tiempo con saludos.

—Tengo que hablar contigo. A solas. Necesito que hagas algo.

La noche era un oscuro horno y Rand llevaba una chaqueta verde bordada en oro, con el cuello alto, pero no sudaba ni una gota.

Daerid, Talmanes y Nalesean se encontraban a unos cuantos pasos, con más o menos ropas encima, observándolos. Mat les hizo una seña para que esperaran y después hizo un gesto con la cabeza hacia su tienda. Siguió a Rand al interior mientras toqueteaba la cabeza del zorro por encima de la camisa. No tenía por qué preocuparse. Al menos, esperaba que fuese así.

Rand había dicho que a solas, pero por lo visto Aviendha no creía que eso la incluyera a ella. Se quedó a dos pasos de él, ni más ni menos; la mayor parte del tiempo observaba a Rand con una expresión indescifrable, pero de vez en cuando echaba una ojeada a Mat, frunciendo el ceño y mirándolo de arriba abajo. Rand no le prestaba la menor atención y, a pesar de su aparente prisa de antes, ahora no daba señales de tener ninguna. Recorrió la tienda con la mirada, aunque Mat se preguntó con inquietud si realmente la estaba viendo. Tampoco había mucho que ver. Olver había vuelto a poner las dos lámparas encima de la mesa plegable de campaña. También era plegable la silla, así como el lavabo y el camastro. Todos los muebles estaban lacados en negro, con unas líneas doradas. Si un hombre disponía de dinero, bien podía gastarlo en algo. Las rajas abiertas por los Aiel en la lona de la tienda se habían remendado cuidadosamente, pero a pesar de ello seguían notándose. Mat no aguantó más el silencio.

—¿Qué ocurre, Rand? Espero que no hayas decidido cambiar los planes a estas alturas.

No hubo respuesta, sólo una mirada como si Rand acabara de recordar que estaba allí. Lo puso nervioso a Mat. Pensaran lo que pensaran Daerid y el resto de la Compañía, se esforzaba al máximo para eludir las batallas. A veces, sin embargo, el ser *ta'veren* jugaba en su contra; así es como él lo veía. Creía que Rand tenía algo que ver en ello; era un *ta'veren* más fuerte, lo bastante para que a veces Mat casi sintiera el tirón. Si Rand metía baza, a Mat no le sorprendería encontrarse en medio de una batalla aunque estuviese durmiendo en un granero.

—Unos cuantos días más y estaremos en Tear —agregó—. Los transbordadores llevarán a la Compañía a través del río y otros pocos días después nos reuniremos con Weiramon. Es jodidamente tarde para venir a meterse...

—Quiero que traigas a Elayne a... Caemlyn —lo interrumpió Rand—. Quiero que la lleves a salvo allí pase lo que pase. No te apartes de su lado hasta que esté en el Trono del León.

Aviendha carraspeó.

—Sí —dijo Rand. Por alguna razón su voz se tornó tan fría como su rostro. Claro que ¿necesitaba razones si se estaba volviendo loco?—. Aviendha va contigo. Creo que es mejor.

—¿Que tú crees que es mejor? —espetó ella, indignada—. Si no me hubiese despertado cuando lo hice jamás habría sabido que la habías encontrado. Tú no me envías a ninguna

parte, Rand al'Thor. He de hablar con Elayne por... Tengo mis razones.

—Me alegro mucho de que hayas encontrado a Elayne —dijo Mat con cuidado. Si él fuese Rand dejaría a esa mujer dondequiera que estuviese. ¡Luz, hasta Aviendha sería mejor! Al menos las Aiel no iban de aquí para allí con la nariz apuntando al cielo o creyendo que uno tenía que saltar porque se lo dijeran. Claro que algunos de sus juegos eran rudos, además de que tenían la costumbre de intentar matarlo a uno de vez en cuando—. Pero no entiendo para qué me necesitas a mí. Salta a través de uno de tus accesos, dale un beso, cógela en brazos y vuelve de otro salto.

Aviendha le asestó una mirada indignada; cualquiera diría que había dicho que la besase a ella. Rand desenrolló el largo pergamino sobre la mesa y utilizó las lámparas para sujetar los extremos.

—Aquí es donde está. —Era un mapa, una parte del río Eldar con unos ochenta kilómetros de territorio a uno y otro lado. Habían dibujado una flecha con tinta azul que señalaba el bosque; al lado de la flecha aparecía un nombre: Salidar. Rand golpeó con el índice cerca del extremo oriental del mapa. También era un terreno boscoso; en realidad casi todo lo era—. Aquí hay un claro bastante grande. Verás que el pueblo más próximo está a más de treinta kilómetros al norte. Abriré un acceso a ese claro para ti y para la Compañía.

Mat se las ingenió para cambiar una mueca crispada en una sonrisa.

—Mira, si he de hacerlo yo, entonces ¿por qué no ir solo? Abre tu acceso a ese tal Salidar, la echo encima del caballo y... —¿Y qué? ¿Iba a hacer Rand otro acceso desde Salidar a Caemlyn? Había un largo camino a caballo desde el Eldar a Caemlyn. Un camino muy, muy largo, con una noble altanera y una Aiel por toda compañía.

—La Compañía, Mat —espetó Rand—. ¡Tú y toda la Compañía! —Aspiró profunda y temblorosamente; y cuando volvió a hablar su tono se había suavizado. Aun así, su rostro no había perdido la rigidez y sus ojos seguían febriles. Mat pensó si no estaría enfermo o sufriendo algún dolor—. Hay Aes Sedai en Salidar, Mat. Ignoro cuántas; cientos, por lo que he oído, pero no me sorprendería si su número ronda las cincuenta, más bien. Por el modo en que hablan de la Torre, unida y pura, dudo que haya más. Me propongo situaros a dos o tres días de camino para que así se enteren de vuestra llegada. No tiene ningún sentido sobresaltarlas; podrían pensar que sois Capas Blancas lanzando un ataque. Son rebeldes contra Elaida y probablemente están lo bastante asustadas, de modo que sólo tendrás que imponerte un poco y decir que Elayne ha de ser coronada en Caemlyn para conseguir que la dejen marchar. Si consideras que se puede confiar en ellas, ofréceles tu protección. Y la mía. Se supone que están de mi parte y a estas alturas es posible que hasta agradezcan mi protección. Después escoltas a Elayne, y a tantas Aes Sedai como deseen venir, directamente a través de Altara y Murandy a Caemlyn. Haz ondear mis estandartes, anuncia lo que estás haciendo y no creas que los altaraneses ni los murandianos vayan a causarte muchos problemas, no mientras no te detengas. Si topas con algunos seguidores del Dragón en el camino, recógelos también. La mayoría se convertirán en bandidos si no los ato en corto enseguida; ya me han llegado un par de rumores al respecto. Pero los unirás a las tropas, ondeando mis estandartes. —Su repentina sonrisa dejó a la vista los dientes, pero no llegó a sus ojos en ningún momento—. ¿Cuántos pájaros de un tiro, Mat? Cabalga a través de Altara y de Murandy con seis mil hombres y haz que los seguidores del Dragón se unan a ti y quizá me entregues ambos países.

Había tantas implicaciones en eso que a Mat le dio dentera y dejó de importarle si a Rand le dolían las muelas o si llevaba las botas llenas de abrojos. ¿Hacer que las Aes Sedai creyeran que tenía intención de atacarlas? Desde luego que no. ¿Y se suponía que debía intimidar a cincuenta de ellas? Las Aes Sedai no le daban miedo, quizá ni siquiera cinco o seis juntas, pero ¿cincuenta? Volvió a tocar la cabeza de zorro a través de la camisa antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo; eso sí que le daría ocasión de probar hasta qué punto la suerte realmente le sonreía. En lo tocante a cabalgar a través de Altara y de Murandy, ahora lo veía con claridad. Todos y cada uno de los nobles por cuyas tierras pasara se hincharían como

Librodot

gallos de pelea e intentarían picarlo en el momento en que les diera la espalda. Y si además el asunto de los *ta'veren* hacía también su parte, a buen seguro que se daba de narices con cualquier lord o lady agrupando un ejército. Decidió intentarlo otra vez:

—Rand, ¿no crees que esto haría que Sammael volviera los ojos hacia el norte? Tú quieres que esté pendiente del este. Por eso estoy aquí, ¿recuerdas? Para que mire en esta dirección.

—No. —Rand sacudió la cabeza—. Lo único que verá es una escolta de honor a la reina de Andor en su camino hacia Caemlyn, y eso si se entera antes de que hayas llegado a Caemlyn. ¿Cuánto tardarías en estar preparado?

Mat abrió la boca, pero finalmente se dio por vencido. No lo haría cambiar de opinión dijera lo que dijese.

—Dos horas —contestó. La Compañía podía hacer los petates y estar en sus caballos mucho antes, pero él no tenía prisa y lo último que quería era que los hombres creyeran que se ponían en marcha para atacar.

—Bien. Yo necesito una hora más o menos. —Para qué, no lo dijo—. No te apartes de Elayne, Mat. Manténla a salvo. Lo que quiero decir es que nada de esto tiene sentido si ella no llega a Caemlyn viva para ser coronada.

¿Es que Rand pensaba que no estaba enterado de que Elayne y él se habían estado besuqueando por todos los rincones de la Ciudadela la última vez que estuvieron juntos?

—La trataré como a mi propia hermana. —Sus hermanas habían hecho todo lo posible para amargarle la vida. En fin, no esperaba menos de Elayne, sólo que de un modo diferente. Quizás Aviendha sería un poco mejor—. No la perderé de vista hasta que la haya dejado a buen recaudo en el Palacio Real. —«¡Y si intenta hacerse la señora Altanera conmigo demasiado a menudo, le daré una buena patada en el trasero!»

—De acuerdo. Eso me recuerda algo. Bodewhin está en Caemlyn, con Verin y Alanna y unas cuantas chicas más de Dos Ríos. Iban de camino a la Torre para prepararse para ser Aes Sedai. No sé si lo harán; me he asegurado de que no se dirijan a la Torre tal y como están las cosas. Quizá las Aes Sedai que traigas tú se ocupen de ello.

Mat estaba boquiabierto. ¿Su hermana una Aes Sedai? ¿Bode, que solía ir corriendo a contárselo a su madre cada vez que él hacía una trastada?

—Otra cosa —continuó Rand—. Puede que Egwene llegue a Salidar antes que tú. Creo que han descubierto de algún modo que se ha estado haciendo pasar por Aes Sedai. Haz todo lo posible por sacarla del apuro. Dile que la conduciré de vuelta con las Sabias tan pronto como pueda. Probablemente estará más que dispuesta a acompañarte. Aunque también es posible que no; ya sabes lo testaruda que ha sido siempre. Lo principal es Elayne. Recuerda, no te apartes de su lado hasta que llegue a Caemlyn.

—Lo prometo —murmuró Mat. ¿Cómo demonios iba a estar Egwene en algún lugar próximo al Eldar? No le cabía duda de que la joven se encontraba en Cairhien cuando él había partido de Maerone. A menos que hubiese descubierto también el truco de los accesos de Rand, en cuyo caso podía regresar en cualquier momento que quisiera. O saltar a Caemlyn y abrir un acceso para la Compañía y para él al mismo tiempo—. Tampoco te preocupes por Egwene. La sacaré a rastras de cualquier problema en el que se haya metido por muy testaruda que se muestre.

No sería la primera vez que le había sacado las castañas del fuego antes de que se le quemasen. Y probablemente tampoco en esta ocasión le daría las gracias por ello. ¿Que Bode iba a ser Aes Sedai? ¡Rayos y centellas!

—Bien —dijo Rand—. Muy bien. —Pero estaba absorto contemplando el mapa. Apartó de repente los ojos del pergamino y por un instante Mat creyó que iba a decirle algo a Aviendha. En cambio, le dio bruscamente la espalda a la Aiel—. Thom Merrilin debe de estar con Elayne. —Rand sacó una carta del bolsillo, doblada y sellada—. Entrégale esto. —Tras poner la misiva en las manos de Mat se marchó apresuradamente de la tienda.

Aviendha dio un paso en pos de él, levantando a medias una mano y los labios

Librodot

entreabiertos para hablar. Con idéntica rapidez cerró la boca, ocultó las manos en los pliegues de la falda y apretó los párpados con fuerza. Vaya, conque por ahí iban los tiros, ¿no? «Y ha dicho que tiene que hablar con Elayne.» ¿Cómo se había metido Rand en semejante berenjenal? Era el que siempre había sabido cómo tratar a las mujeres; igual que Perrin.

Con todo, no era asunto suyo. Le dio la vuelta a la carta. El nombre de Thom estaba escrito por una mano femenina y el sello de cera le resultaba desconocido, un árbol de copa extensa rematado con una corona. ¿Qué mujer noble escribiría a un viejo acartonado como Thom? Tampoco era de su incumbencia. Soltó la carta en la mesa y cogió la pipa y la bolsa de tabaco.

—Olver —llamó mientras llenaba la cazoleta—, diles a Talmanes, Nalesean y Daerid que se reúnan conmigo.

Sonó un grito ahogado justo al otro lado de la solapa de la entrada.

—Sí, Mat —se oyó a continuación, y el ruido de unos rápidos pasos alejándose.

Aviendha lo miró y se cruzó de brazos con gesto firme, pero antes de que dijese nada Mat se le anticipó:

—Mientras viajes con la Compañía, estarás bajo mi mando. No quiero problemas y espero que te comportes de manera que no surja ninguno. —Si provocaba un jaleo, se la entregaría a Elayne atada en una albarda aunque para conseguirlo fueran necesarios diez hombres.

—Sé cumplir órdenes, jefe de batalla. —Pronunció el título con un timbre despectivo—. Pero deberías saber que no todas las mujeres son tan blandas como las de las tierras húmedas. Si intentas subir a una mujer en un caballo cuando ella no quiere marcharse, podría ocurrir que te hincara un cuchillo en las costillas.

A Mat casi se le cayó la pipa de las manos. Sabía que las Aes Sedai no podían leer la mente —en caso contrario, su piel habría estado colgada en una muralla de la Torre Blanca desde hacía mucho tiempo— pero tal vez las Sabias Aiel... «Pues claro que no. Sólo es uno de esos trucos que utilizan las mujeres.» Podría discurrir cómo había deducido sus intenciones simplemente dedicándole un poco de reflexión al asunto, sólo que no tenía ningún interés en hacerlo.

Se aclaró la voz, se puso la pipa entre los dientes y se inclinó sobre el mapa para estudiarlo. La Compañía seguramente podría cubrir la distancia entre el claro y Salidar en un día si metía prisa a los hombres, aun en aquel terreno boscoso, pero se proponía tardar dos o incluso tres. Así daría tiempo de sobra a las Aes Sedai para estar advertidas; no quería que se asustaran más de lo que debían de estar ya. Una Aes Sedai asustada era casi una contradicción. Ni siquiera llevando el medallón de la cabeza de zorro tenía el menor interés en descubrir lo que podían hacer unas Aes Sedai asustadas.

Sintió la mirada de Aviendha clavada en su nuca; entonces oyó un sonido rasposo. Sentada cruzada de piernas contra la lona de la tienda, la Aiel había sacado el cuchillo del cinturón y una piedra de amolar, sin quitarle ojo. Cuando Nalesean, Daerid y Talmanes entraron, los recibió con un anuncio:

—Vamos a hacer cosquillas a unas Aes Sedai, a rescatar a una mula y a sentar a una engreída mocosa en el Trono del León. Ah, sí. Ésta es Aviendha. No le dirijáis una mirada atravesada o tratará de cortaros el cuello y probablemente se raje el suyo por equivocación.

La Aiel se echó a reír como si hubiese hecho el chiste más divertido del mundo. Empero, no dejó de afilar el cuchillo.

Durante un instante Egwene fue incapaz de entender por qué el dolor había dejado de intensificarse. Después se obligó a levantarse de las alfombrillas de su tienda y se quedó de pie, sacudida por los sollozos. Habría querido sonarse la nariz. Ignoraba cuánto tiempo llevaba llorando de ese modo; sólo sabía que sentía ardiendo el cuerpo desde las caderas hasta las corvas. Mantenerse de pie e inmóvil seguía siendo un problema que solucionaba a duras penas. La camisola que creyó sería una ligera protección había sido desechada hacía largo

Librodot

rato. Las lágrimas le corrían por las mejillas y se quedó allí plantada, sollozando sin rebozo.

Sorilea, Amys y Bair la miraban seriamente y no eran las únicas, aunque casi todas las demás estaban sentadas en cojines o recostadas en el suelo, charlando y saboreando el té servido por una esbelta *gai'shain,* una mujer, gracias le fueran dadas a la Luz. Todas eran mujeres, Sabias y aprendizas, a las que Egwene había dicho que era Aes Sedai. La joven se alegraba de que dejar que creyeran que lo era no contase; ¡no habría sobrevivido a eso! Era decirlo, la mentira pronunciada en voz alta, pero había habido sorpresas. Cosain, una delgada y rubia Miagoma de los Sierra Dorsal, había dicho en tono gruñón que Egwene no tenía *toh* con ella pero que se quedaría a tomar el té, e igual había hecho Estair. Aerin, por otro lado, parecía querer cortarla en dos y Surandha...

Tratando de librarse del velo de lágrimas, Egwene miró hacia Surandha. Estaba sentada con tres Sabias, charlando y lanzando alguna que otra mirada en dirección a Egwene. Surandha se había mostrado totalmente implacable. No es que ninguna de las otras hubiese sido clemente. El cinturón que Egwene había encontrado en uno de sus arcones era fino y flexible, pero el doble de ancho que su mano, y todas estas mujeres tenía brazos fuertes. Se sumaron alrededor de media docena de azotes por parte de cada una.

Egwene no se había sentido tan avergonzada en toda su vida; no porque estuviese desnuda y con la cara enrojecida y sollozando como una niñita. Bueno, lo de llorar sí tenía que ver. Ni siquiera que todas ellas hubiesen presenciado cómo era azotada cuando no era su turno. Lo que la avergonzaba era haberlo sufrido con tan poca entereza. Una niña Aiel se habría mostrado más estoica. En fin, una niña nunca habría tenido que hacer frente a algo así, pero básicamente era la pura verdad.

—¿Ha terminado? —¿Realmente era suya aquella voz pastosa y entrecortada? ¡Cómo se reirían estas mujeres si supieran con qué cuidado había hecho acopio de valor!

—Sólo tú conoces el valor de tu honor —respondió fríamente Amys. Sostenía el cinturón colgando a un lado, utilizando la gruesa hebilla como mango. El murmullo de las conversaciones había cesado.

Egwene inhaló profunda y temblorosamente entre sollozo y sollozo. Sólo tenía que decir que se había acabado y se habría acabado. Podría haber dicho que era suficiente después de un golpe de cada mujer. Podría...

Haciendo una mueca de dolor, se arrodilló y se tendió boca abajo cuan larga era sobre las alfombrillas. Metió las manos por debajo del repulgo de la falda de Bair para agarrar los huesudos tobillos de la mujer, que se notaban a través de las botas flexibles. Esta vez demostraría coraje. Esta vez no gritaría, ni patalearía ni se retorcería ni... El cinturón no se había vuelto a descargar sobre sus nalgas. Levantó la cabeza, parpadeó para aclararse los ojos y les lanzó una mirada intensa.

—¿A qué esperáis? —La voz le temblaba todavía, pero en ella había un dejo de rabia. ¿Es que iban a hacerla esperar encima de todo lo demás?—. Tengo que emprender viaje esta noche, por si lo habéis olvidado. Vamos, continuad.

Amys tiró el cinturón al suelo, junto a la cabeza de Egwene.

—Esta mujer ya no tiene *toh* conmigo —manifestó.

—Esta mujer ya no tiene *toh* conmigo. —Ésa era la fina voz de Bair.

—Esta mujer ya no tiene *toh* conmigo —declaró rotundamente Sorilea, que se inclinó y retiró el sudoroso cabello del rostro de Egwene con delicadeza—. Sabía que en el fondo de tu corazón eras Aiel. No te enorgullezcas en exceso ahora, muchacha. Has cumplido tu *toh.* Levántate antes de que pensemos que estás alardeando.

La ayudaron a incorporarse, la abrazaron, le limpiaron las lágrimas y le ofrecieron un pañuelo para que se sonara la nariz. Las otras mujeres las rodearon para manifestar cada una de ellas que esa mujer ya no tenía *toh* con ellas antes de abrazarla y sonreírle. Las sonrisas fueron lo que más le impresionó; la de Surandha era tan afectuosa como siempre. Naturalmente. El *toh* no existía cuando se había cumplido; aquello que lo había causado era como si no hubiese ocurrido nunca. Una parte de Egwene que no estaba envuelta en el *ji'e'toh*

razonó que quizá lo que había dicho al final también influyó, así como volver a tenderse en el suelo. Tal vez no le había hecho frente con la entereza de un Aiel al principio, pero Sorilea tenía razón. Había sido una Aiel en el fondo de su corazón. Creía que una parte de sí misma siempre sería Aiel.

Las Sabias y aprendizas se marcharon poco a poco. Por lo visto deberían haberse quedado el resto de la noche o más tiempo, riendo y hablando con Egwene, pero eso sólo era una costumbre, no *ji'e'toh,* y con la ayuda de Sorilea se las ingenió para convencerlas de que no tenía tiempo. Por fin sólo quedaron en la tienda Sorilea y las dos caminantes de sueños con ella. Todos los abrazos y las sonrisas habían frenado su llanto a alguna que otra lágrima de vez en cuando. En realidad, la joven deseaba ponerse a llorar otra vez, aunque por razones diferentes. A fuer de ser sincera, sólo en parte por otras razones, porque verdaderamente sentía ardiendo la piel.

—Voy a echaros mucho de menos a todas.

—Tonterías. —Sorilea resopló para poner énfasis—. Si tienes suerte, te dirán que nunca podrás ser Aes Sedai ahora y entonces volverás con nosotras. Serás mi aprendiza. Tendrás tu propio dominio en tres o cuatro años. Incluso tengo el marido adecuado para ti: Taric, el nieto más joven de mi hija mayor Amaryn. Creo que llegará a ser jefe de clan algún día, así que debes estar atenta para encontrar una hermana conyugal para que sea su señora del techo.

—Gracias. —Egwene se echó a reír. Al parecer tendría a donde recurrir si la Antecámara de Salidar la expulsaba.

—Y Amys y yo nos reuniremos contigo en el *Tel'aran'rhiod* —dijo Bair—, y te contaremos lo que sepamos sobre los acontecimientos de aquí y sobre Rand al'Thor. A partir de ahora te moverás en el Mundo de los Sueños a tu modo, pero si quieres estoy dispuesta a seguir enseñándote.

—Claro que quiero. —Eso si la Antecámara le permitía acercarse al *Tel'aran'rhiod.* Claro que tampoco podían impedirle que entrara en él; hiciesen lo que hiciesen, eso no estaba a su alcance—. Por favor, no perdáis de vista a Rand y a las Aes Sedai. No sé a qué está jugando, pero no me cabe duda de que es mucho más peligroso de lo que él cree.

Amys no dijo nada acerca de seguir enseñándole, naturalmente. Le había dado su palabra con ciertas condiciones y la había incumplido y ni siquiera satisfacer el *toh* borraba eso.

—Sé que Rhuarc lamentará no haber estado aquí esta noche —dijo en cambio la Sabia—. Ha ido al norte para observar personalmente a los Shaido. No temas que tu *toh* con él no vaya a cumplirse. Te dará la oportunidad de hacerlo cuando volváis a veros.

Egwene se quedó boquiabierta y lo disimuló sonándose la nariz por lo que le parecía la décima vez. Había olvidado completamente a Rhuarc. Claro que nada la obligaba a pagar su obligación con él del mismo modo. Tal vez parte de su corazón era Aiel, pero durante un momento se devanó los sesos buscando febrilmente otro método. Tenía que haberlo. Bien, dispondría de tiempo suficiente para encontrarlo antes de que volviese a verlo.

—Estaré muy agradecida —respondió débilmente. Y también quedaba Melaine. Y Aviendha. ¡Luz! Creía que había acabado con ello. No dejaba de apoyar el peso ora en un pie ora en otro por más que intentaba quedarse quieta. Tenía que haber otro modo.

Bair abrió la boca, pero Sorilea se adelantó:

—Dejemos que se vista. Tiene que emprender un viaje.

El delgado cuello de Bair se puso tenso, y las comisuras de los labios de Amys se curvaron hacia abajo. Saltaba a la vista que a ninguna de las dos le gustaba más que antes lo que Egwene iba a intentar.

Quizá pensaban quedarse y tratar de convencerla de que no lo hiciese, pero Sorilea empezó a rezongar en voz no demasiado baja sobre necias que intentaban impedir que una mujer hiciese lo que creía que debía. Las dos Sabias más jóvenes se ajustaron los chales —Bair debía de tener setenta u ochenta años, pero desde luego era más joven que Sorilea— le dieron un abrazo de despedida a Egwene y se marcharon musitando:

—Que siempre encuentres agua y sombra.

Sorilea sólo se quedó un momento más.

—Piensa en Taric. Tendría que haberlo invitado a la tienda de vapor para que así lo hubieses visto. Entre tanto, hasta que vuelvas, recuerda esto: siempre estamos más asustados de lo que querríamos, pero siempre podemos ser más valientes de lo que esperamos. Sé fiel a tu corazón, y las Aes Sedai no podrán dañar lo que eres realmente, tu espíritu. No son ni mucho menos tan superiores a nosotras como pensábamos. Que encuentres siempre agua y sombra, Egwene. Y no olvides ser siempre fiel a tu corazón.

Ya sola, Egwene se quedó de pie un rato, inmóvil, con la mirada perdida en el vacío y pensando. Su corazón. Quizá tenía más coraje de lo que creía. Aquí había hecho lo que debía hacer; había sido una Aiel. En Salidar iba a necesitar eso. Los métodos de las Aes Sedai diferían de los de las Sabias en ciertos aspectos, pero no actuarían con benevolencia si sabían que se había hecho pasar por Aes Sedai. Si lo sabían. No se le ocurría otro motivo para que la llamaran con tanta frialdad; pero los Aiel no se rendían antes de iniciar la batalla.

Salió de su ensimismamiento con una sacudida. «No voy a rendirme antes de luchar —pensó, poniendo mala cara—, así que mejor será que me prepare para la batalla.»

Librodot

CAPÍTULO 11

Viaje a Salidar

Egwene se lavó la cara. Dos veces. Después cogió las alforjas y las llenó; dentro fueron a parar su peine y su cepillo de marfil y su costurero —un cofrecillo con delicados dorados que probablemente en otros tiempos había servido para guardar las joyas de una dama—, además de una pastilla blanca de jabón perfumado con rosas, medias, ropa interior, pañuelos y un montón de cosas, hasta que las bolsas de cuero estuvieron tan hinchadas que le costó trabajo echar la hebilla de la solapa. Quedaban varios vestidos, capas y un chal Aiel con los que hizo un hatillo, que ató meticulosamente con un cordel. Hecho esto, echó un vistazo en derredor para ver si había algo más que quisiera llevarse. Todo era suyo; incluso la tienda se la habían dado en propiedad, pero eso era algo demasiado voluminoso, al igual que las alfombrillas y los cojines. Su palangana de cristal era preciosa; y también muy pesada. Lo mismo ocurría con los arcones, aunque varios de ellos tenían un precioso trabajo en los cierres y unas tallas encantadoras.

Sólo entonces, al pensar en los arcones, se dio cuenta de que estaba intentando aplazar la parte más dura de prepararse para partir.

—Valor —se instó con tono seco—. El corazón de una Aiel.

Resultaba menos difícil de lo que podría pensarse ponerse las medias sin tener que sentarse, siempre y cuando a una no le importara ir dando brincos de un lado a otro. A continuación se calzó los fuertes zapatos, buenos si tenía que caminar mucho, y ropa interior de seda, blanca y suave. Después vino el traje de montar verde oscuro, con la estrecha falda partida. Por desgracia la prenda le quedaba muy ceñida en las caderas y las nalgas, lo bastante para recordarle, innecesariamente, que no le apetecería sentarse durante un tiempo.

No tenía sentido salir al exterior. Bair y Amys seguramente se encontrarían en sus propias tiendas, pero no quería correr el riesgo de que una de ellas la viera hacer esto por casualidad. Sería como abofetearlas; es decir, si es que funcionaba. Si no, le aguardaba una cabalgada muy, muy larga.

Se frotó las manos con nerviosismo y abrazó el *Saidar,* dejando que la hinchiera. Rebulló. El *Saidar* aguzaba la percepción de todo, incluido el propio cuerpo, algo que en ese momento habría preferido que no ocurriese. Intentar algo nuevo, algo que nadie había hecho nunca que ella supiera, requeriría llevarlo a cabo lenta y cuidadosamente, pero por una vez estaba deseosa de librarse de la Fuente. Encauzó con decisión y eficiencia flujos de Energía y los tejió con igual actitud.

El aire rieló en el centro de la tienda junto con el tejido, desdibujando el otro lado tras una especie de neblina. Si lo había hecho bien, acababa de crear un lugar en el que el interior de su tienda era tan similar a su reflejo en el *Tel'aran'rhiod* que no existiría diferencia entre ambos. Uno de ellos era el *otro.* Sólo había un modo de comprobarlo.

Se cargó al hombro las alforjas, cogió el hatillo bajo un brazo y pasó a través del tejido cortando al punto el contacto con el *Saidar.*

Estaba en el *Tel'aran'rhiod.* Sólo necesitó ver que las lámparas que habían estado encendidas ya no ardían y, sin embargo, existía otra clase de luz. Las cosas cambiaban levemente de una ojeada a la siguiente: la palangana, uno de los arcones. Estaba en el *Tel'aran'rhiod en* persona. No notó ninguna diferencia a cuando entraba allí en un sueño.

Salió al exterior. La luna, creciente en tres cuartas partes, brillaba sobre las tiendas, entre las que no ardía ninguna lumbre ni se movía nadie, sobre una Cairhien que parecía extrañamente distante y envuelta en sombras. Sólo quedaba el problema de llegar a Salidar. Había meditado sobre eso. Mucho dependía de si tenía control suficiente estando en persona como cuando formaba parte del Mundo de los Sueños.

Centrándose mentalmente en lo que iba a encontrar, rodeó la tienda y sonrió. Allí estaba *Bela,* la yegua greñuda y de baja alzada que había montado para salir de Dos Ríos lo que le parecía toda una vida atrás. No era más que una *Bela* soñada, pero la resistente yegua agitó la cabeza arriba y abajo y relinchó al verla.

Egwene soltó los bultos que cargaba y rodeó el cuello del animal con sus brazos.

—También yo me alegro de verte de nuevo —susurró. Aquel oscuro y límpido ojo que la miraba era de *Bela,* por muy reflejo que fuese la yegua.

Bela llevaba la silla de arzón alto que también había imaginado, normalmente cómoda para largos viajes, pero no blanda. Egwene la miró con recelo, preguntándose qué aspecto tendría estando acolchada, y entonces se le ocurrió una idea. Se podía cambiar cualquier cosa en el *Tel'aran'rhiod* si se sabía cómo hacerlo, incluso a uno mismo. Si tenía suficiente control estando allí en persona para hacer aparecer a *Bela...* Egwene se concentró en sí misma.

Sonriendo, sujetó las alforjas y el hatillo detrás de la silla y montó, arrellanándose cómodamente.

—Esto no es hacer trampas —le dijo a la yegua—. No esperarán que cabalgue todo el camino hasta Salidar con las nalgas doloridas y la piel ardiendo. —Bueno, pensándolo bien, quizá sí lo esperaban. A pesar de ello, con corazón de Aiel o sin él, todo tenía un límite. Hizo dar media vuelta a *Bela* y taloneó suavemente los flancos del animal—. He de ir lo más rápido posible, así que tendrás que correr como el viento.

Antes de que le diera tiempo a soltar una risita al imaginar a la achaparrada *Bela* cabalgando como el viento, la yegua lo estaba haciendo así. El paisaje pasaba relampagueante a los lados, convirtiéndose en una mancha borrosa. Durante un instante Egwene se aferró a la perilla, boquiabierta. Era como si cada zancada de *Bela* las transportara kilómetros. Con la primera, la joven dispuso de un momento para advertir que estaban en la orilla del río al pie de la ciudad, con barcos flotando en las oscuras aguas bajo los rayos de la luna, y cuando intentó sofrenar al animal para que no se zambullera en el río, otra zancada las llevó a las colinas cubiertas de matorrales.

Egwene echó la cabeza hacia atrás y rió. ¡Era maravilloso! A excepción del borroso paisaje no había verdadera sensación de velocidad; casi no daba tiempo a que su cabello ondeara a su espalda con el viento creado por el fulgurante desplazamiento antes de que la ráfaga cesara para, al punto, repetirse un instante después. El trote de *Bela* parecía el mismo paso lento y constante que recordaba, pero el repentino cambio de lo que la rodeaba resultaba emocionante; en cierto momento estaba en la calle oscura y silenciosa de un pueblo y al siguiente se encontraba en un camino rural que serpenteaba entre colinas, y, un instante después, en una pradera con la seca hierba tan alta que llegaba a las paletillas de *Bela.* Egwene sólo se paró de vez en cuando para orientarse —cosa que no representaba ningún problema teniendo en mente aquel mapa maravilloso, el que la mujer llamada Siuan había hecho—, pero el resto del tiempo dejó que *Bela* trotara libremente. Pueblos y ciudades aparecían y se desvanecían en un borroso manchón, así como grandes urbes, una de las cuales creyó reconocer como Caemlyn, con las murallas reluciendo plateadas en la noche, y en una ocasión, en medio de unas colinas boscosas, la cabeza y los hombros de una gigantesca estatua asomando en la tierra, una reliquia de alguna nación perdida en la noche de los tiempos que apareció tan de improviso junto a *Bela* que Egwene estuvo a punto de chillar al vislumbrar la mueca de la erosionada piedra, sólo que desapareció antes de que hubiese abierto la boca para gritar. La luna no se movía en absoluto entre salto y salto, y apenas un poco a medida que la distancia recorrida se ampliaba velozmente. ¿Un día o dos para llegar a Salidar? Eso era lo que Sheriam había dicho. Las Sabias tenían razón. La gente había creído

durante tanto tiempo que las Aes Sedai lo sabían todo que también ellas habían acabado creyéndolo. Iba a demostrarles esa misma noche que estaban equivocadas, aunque a buen seguro pasarían por alto que su pronta llegada demostraba su error de cálculo porque sería admitir que no lo sabían todo.

Al cabo de un tiempo, cuando estaba segura de encontrarse en algún punto bastante dentro del territorio de Altara, empezó a acortar los saltos de *Bella* tirando de las riendas más a menudo e incluso cabalgando a paso normal de vez en cuando, sobre todo si había un pueblo en las cercanías. En ocasiones una posada envuelta en la oscuridad tenía un letrero en el que aparecía el nombre de la población, como la posada de Marella o la posada de Fontanar Ionin; la luz de la luna, sumada a la claridad omnipresente en el *Tel'aran'rhiod,* facilitaba su lectura. Poco a poco consiguió estar plenamente segura de su localización con respecto a Salidar, de modo que empezó a dar saltos aun más cortos y después ninguno, limitándose a dejar que *Bela* trotara normalmente a través de la fronda donde los altos árboles habían matado a casi todo el sotobosque y la sequía se había encargado de acabar con el resto.

Aun así, se sorprendió cuando un pueblo bastante grande apareció de repente, silencioso y oscuro bajo la luz de la luna. Sin embargo, tenía que ser el sitio que buscaba.

Desmontó al borde de las casas de piedra con techos de bálago y descargó sus pertenencias. Era tarde, pero quizá todavía quedara alguien por los alrededores en el mundo de vigilia. No había necesidad de asustarlos surgiendo repentinamente de la nada. Si alguna Aes Sedai la veía y la tomaba por lo que no era, podría muy bien no tener ocasión de presentarse ante la Antecámara.

—Sí que corriste como el viento —musitó dando un último abrazo a la yegua—. Ojalá pudiera llevarte conmigo.

Una idea absurda, por supuesto. Lo que se creaba en el *Tel'aran'rhiod* sólo podía existir allí. Ésta no era la verdadera *Bela,* después de todo. Empero, no pudo menos de sentir cierto pesar cuando giró sobre sus talones —no dejaría de imaginar a *Bela;* que existiera todo el tiempo que estuviera a su alcance— y tejió su rielante cortina de Energía. Con la cabeza bien alta la cruzó, dispuesta a afrontar lo que viniera con su corazón de Aiel.

Dio un paso y se paró de golpe al tiempo que daba un respingo y sus ojos se desorbitaban.

—¡Oh! —Los cambios realizados en sí misma en el *Tel'aran'rhiod* eran tan inexistentes en el mundo real como *Bela.* La sensación de ardor en la piel reapareció de manera repentina, y con ella fue casi como si Sorilea le estuviese hablando: «Si aceptaste lo que recibiste para cumplir con tu *toh* y lo cambias como si nunca hubiese ocurrido, ¿cómo ibas a saldar ese *toh*? Recuerda tu corazón Aiel, muchacha».

Sí. Lo recordaría. Estaba allí para luchar, lo supieran o no las Aes Sedai, dispuesta a pelear por el derecho a ser Aes Sedai, para afrontar... Luz, ¿qué?

Había gente en las calles, unas cuantas personas moviéndose entre las casas donde las ventanas iluminadas creaban rectángulos dorados. Caminando con cautela para no hacerse daño, Egwene se acercó a una mujer enjuta que lucía delantal blanco y una expresión agobiada.

—Disculpad, me llamo Egwene al'Vere. Soy una Aceptada y acabo de llegar —aclaró al advertir la mirada intensa que la mujer asestó a su traje de montar—. ¿Podéis llevarme ante Sheriam Sedai? Tengo que encontrarla.

Seguramente Sheriam ya estaría durmiendo, pero si era así Egwene estaba dispuesta a despertarla. Le habían ordenado que fuera lo antes posible, y Sheriam iba a enterarse de que ya estaba allí.

—Todo el mundo acude a mí —rezongó la mujer—. ¿Es que no hay nadie que haga las cosas por sí misma? No, todas quieren que Nildra lo haga. Y vosotras, las Aceptadas, sois las peores. Bien, no dispongo de toda la noche. Seguidme, si es que pensáis venir. Si no, podéis encontrarla vos misma. —Nildra echó a andar a grandes zancadas sin mirar hacia atrás una sola vez.

Egwene la siguió en silencio, porque si abría la boca temía decirle a la mujer lo que pensaba y ése no sería el mejor modo de empezar su estancia en Salidar. Por corta que fuese. Ojalá su corazón Aiel y su sensatez de Dos Ríos se complementaran para trabajar a su favor.

No fueron lejos; un corto trecho por la calle de tierra apelmazada y tras girar en una esquina entraron en otra más estrecha. Se oían risas en algunas casas. Nildra se paró ante una en la que reinaba el silencio aunque por las ventanas de la fachada salía luz.

Haciendo un alto justo para llamar a la puerta, la mujer entró antes de que hubiera respuesta. Su reverencia fue perfectamente correcta, aunque rápida, y habló con un tono más respetuoso que el de antes:

—Aes Sedai, esta muchacha dice que se llama Egwene y que es... —No pudo añadir una palabra más.

Todas estaban allí, las mismas siete del Corazón de la Ciudadela y ni una sola de ellas con aspecto de estar a punto de irse a la cama, aunque todas salvo la mujer joven llamada Siuan llevaban batas. A juzgar por el modo en que las sillas estaban arrimadas unas a otras, daba la impresión de que Egwene hubiese interrumpido una conferencia. Sheriam fue la primera en levantarse de su asiento de un salto e hizo un ademán a Nildra para que se marchara.

—¡Luz, pequeña! ¿Ya?

Nadie hizo el menor caso a la reverencia de Nildra ni al gesto de mártir de la mujer al irse.

—Nunca lo habríamos imaginado —dijo Anaiya mientras cogía los brazos de Egwene al tiempo que le sonreía afectuosamente—. Tan pronto no. Bienvenida, pequeña. Bienvenida.

—¿Se han producido efectos secundarios? —demandó Morvrin. No se había levantado de la silla, como tampoco Carlinya ni la joven Aes Sedai, pero la hermana Marrón estaba inclinada hacia adelante, interesada. Las batas de las demás eran de seda en diferentes colores, algunas incluso con brocados o bordados; la suya era de lisa lana marrón aunque parecía suave y bien tejida—. ¿Sientes algún cambio después de la experiencia? La Luz sabe que disponíamos de muy pocos datos y, francamente, me sorprende que haya funcionado.

—Tendremos que probarlo para decidir hasta qué punto funciona bien. —Beonin hizo una pausa para tomar un sorbo de té y después soltó la taza y el platillo sobre una mesa auxiliar destartalada. La taza y el platillo no hacían juego; claro que ninguna pieza del mobiliario era igual a otra y en su mayor parte estaban tan desvencijadas como la pequeña mesa—. Si hubiera efectos secundarios se nos puede tratar con la Curación y se acabó.

Egwene se apartó con premura de Anaiya y dejó sus pertenencias junto a la puerta.

—No, estoy muy bien, de veras. —Quizá debería haber vacilado un poco al contestar; Anaiya podría haberla curado sin pedirle permiso. Sin embargo, eso habría sido hacer trampa y no cumplir su *toh.*

—Tiene un aspecto muy saludable, desde luego —comentó fríamente Carlinya. Llevaba muy corto el cabello, con los oscuros rizos cubriendo apenas las orejas; así que no era simplemente uno de los cambios experimentados por la Aes Sedai en el *Tel'aran'rhiod.* Vestía de blanco, naturalmente; hasta los bordados eran de ese color—. Si es preciso, podemos llamar a una de las Amarillas después y que le haga una revisión a fondo para estar seguras.

—Oh, vamos, dale un respiro para que se recupere —rió Myrelle. Los bordados de exuberantes flores amarillas y rojas cubrían de tal modo su bata que apenas se veía el color verde de la tela—. Acaba de recorrer mil leguas en una noche. En unas horas.

—No disponéis de tiempo para darle un respiro —intervino con firmeza la joven Aes Sedai. Realmente parecía fuera de lugar en aquella reunión, con su vestido amarillo con acuchilladuras azules en la falda y el bajo escote redondo con bordados azules. Eso y el hecho de ser la única a la que podía calcularse una edad—. Cuando amanezca, la Antecámara se apiñará a su alrededor. Si no está preparada, Romanda la destripará como a una gorda carpa.

Egwene estaba boquiabierta. Esa voz no sólo tenía el mismo tono, sino que hablaba de la misma forma y con los mismos giros.

Librodot

—¡Sois Siuan Sanche! ¡No, es imposible!

—Oh, vaya si lo es —manifestó secamente Anaiya al tiempo que asestaba a la mujer joven una mirada de resignación.

Tenía que ser verdad —ellas lo habían dicho— pero Egwene casi no pudo creerlo ni siquiera cuando Sheriam se lo explicó. ¿Que Nynaeve había curado la neutralización? ¿Que haber sido neutralizada era la razón de que Siuan no pareciera mayor que la propia Nynaeve? Siuan había sido siempre una estricta y exigente mujer de rostro curtido y corazón no menos endurecido, no esta joven bonita de aterciopeladas mejillas y boca casi delicada.

Egwene no apartó la vista de Siuan mientras Sheriam hablaba. Aquellos azules ojos eran los mismos, sin embargo. ¿Cómo podía haber contemplado esa mirada lo bastante firme para clavar puntas con ella y no haberse dado cuenta? En fin, los demás rasgos del rostro eran justificación de sobra en este caso. Pero Siuan también había sido fuerte con el Poder. Lo primero que se hacía con una joven capaz de encauzar era una prueba para ver lo fuerte que podría ser, pero no una vez que ya había adquirido esa fuerza. Egwene sabía ahora lo suficiente para calibrar a otra mujer en cuestión de segundos. Sheriam era indiscutiblemente la más fuerte de las que estaban en la sala, aparte de ella misma, y Myrelle iba a continuación, aunque no resultaba fácil asegurarlo; todas las demás tenían un potencial muy parecido, a excepción de Siuan. Era la más débil por un margen bastante amplio.

—En verdad éste es el descubrimiento más notable de Nynaeve —abundó Myrelle—. La Amarillas están investigando lo que hizo, obteniendo resultados sorprendentes, pero fue ella quien lo empezó. Siéntate, pequeña. Es una historia muy larga para escucharla de pie.

—Prefiero seguir así, gracias. —Egwene echó un vistazo a la silla de respaldo recto y asiento de madera que Myrelle le indicaba y contuvo un escalofrío a duras penas—. ¿Y Elayne? ¿También se encuentra bien? Quiero saberlo todo sobre las dos. —¿El descubrimiento más notable de Nynaeve? Eso significaba que había más de uno. Por lo visto se había retrasado durante su estancia con las Sabias; iba a tener que correr para alcanzarlas. Ahora creía que se lo permitirían. No la habrían recibido de un modo tan afectuoso si tuvieran intención de expulsarla como castigo, cubierta de vergüenza. No había hecho reverencias ni las había llamado Aes Sedai una sola vez —más porque no había tenido oportunidad de hacerlo que por otra razón; la actitud desafiante no era modo de enfrentarse a estas mujeres—, y aun así nadie le había llamado la atención. Quizá no lo sabían, después de todo. Pero entonces ¿por qué la convocatoria?

—Oh, está bien, salvo por un pequeño problema que ella y Nynaeve tienen con las ollas en este momento —empezó Sheriam, pero Siuan la interrumpió ásperamente:

—¿Por qué charláis por los codos como estúpidas muchachitas? Es demasiado tarde para tener miedo de seguir adelante con esto. Ya se ha puesto en marcha; vosotras lo empezasteis: O lo termináis o Romanda os pondrá a secar al sol a todas junto con esta chica, y Delana, Faiselle y el resto de la Antecámara estarán con ella para ayudarla a estiraros bien.

Sheriam y Myrelle se volvieron para mirarla casi al mismo tiempo. Todas las Aes Sedai lo hicieron, en el caso de Morvrin y Carlinya girándose sobre las sillas. Los fríos ojos Aes Sedai la contemplaron intensamente desde unos fríos rostros Aes Sedai.

Al principio Siuan sostuvo aquellas miradas con otra desafiante y tan Aes Sedai como las suyas aunque aparentemente mucho más joven. Después agachó ligeramente la cabeza y los colores tiñeron sus pómulos. Se levantó de la silla, gacha la vista.

—Hablé sin reflexionar —murmuró suavemente.

Empero, sus ojos no cambiaron un ápice; puede que las Aes Sedai no lo advirtieran, pero Egwene sí se percató. Con todo, no era una reacción propia de la Siuan que conocía. La muchacha también cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de lo que se estaba cociendo allí. No sólo porque Siuan actuara como si fuera una malva; después de presionarla, claro. Eso era lo de menos. ¿Qué habían empezado? ¿Por qué las pondrían a secar al sol si no lo terminaban?

Las Aes Sedai intercambiaron miradas tan indescifrables como podía esperarse de estas

mujeres. Morvrin fue la primera en asentir con la cabeza.

—Se te ha llamado por una razón muy específica, Egwene —anunció solemnemente Sheriam.

El corazón de la joven se puso a latir más deprisa. No sabían lo que había hecho. No lo sabían. Entonces ¿qué?

—Vas a ser la próxima Sede Amyrlin —concluyó Sheriam.

Librodot

CAPÍTULO 12

En la Antecámara de las Asentadas

Egwene miró de hito en hito a Sheriam mientras se preguntaba si se esperaba de ella que se echara a reír. A lo mejor durante el tiempo pasado con los Aiel se le había olvidado qué se entendía por humor entre las Aes Sedai. Sheriam le sostenía firmemente la mirada con aquel semblante intemporal, imperturbable, los almendrados ojos verdes sin parpadear. Egwene volvió la vista hacia las otras. Siete rostros inexpresivos, sólo aguardando. El de Siuan parecía apuntar un atisbo de sonrisa, pero la mueca podía ser muy bien la curva natural de sus labios. La titilante luz de las lámparas otorgó de repente una apariencia extraña e inhumana a los rasgos faciales de las mujeres.

La joven se sentía mareada, y notaba flojedad en las rodillas. Sin pensar lo que hacía, se dejó caer pesadamente en la silla de respaldo recto. Y también se incorporó de inmediato. Aquello, ni que decir tiene, le aclaró la mente; bueno, al menos un poco.

—Pero si ni siquiera soy Aes Sedai —musitó, falta de aliento. Aquello sonaba bastante evasivo. Tenía que ser alguna clase de broma o... o... o algo.

—Eso puede soslayarse —manifestó firmemente Sheriam, ciñendo más el lazo del fajín azul pálido de un tirón para poner énfasis a sus palabras.

Las trenzas de color miel de Beonin se mecieron al asentir la mujer.

—La Sede Amyrlin *es* Aes Sedai; la ley es muy clara al respecto. En varias ocasiones establece «la Sede Amyrlin, como Aes Sedai», pero en ninguna parte dice que sea necesario ser Aes Sedai para convertirse en Sede Amyrlin. —Cualquier Aes Sedai estaría familiarizada con la ley de la Torre, pero en su condición de mediadoras las Grises tenían que conocer las leyes de todos los países y Beonin adoptó un tono aleccionador, como si estuviera explicando algo que nadie sabía tan bien como ella—. La ley que establece cómo ha de elegirse una Amyrlin se limita a decir que «la mujer a quien se llama» o «aquella que se presenta ante la Antecámara» o cosas por el estilo. Desde el principio hasta el final, las palabras «Aes Sedai» no se mencionan una sola vez. En ningún momento. Habrá quien argumente que ha de considerarse la intención de las artífices, pero está claro que, fuese cual fuese la intención de las mujeres que redactaron la ley... —Frunció el ceño cuando Carlinya la interrumpió.

—Sin duda creyeron que se daba por entendido a tal punto que no había necesidad de puntualizarlo. Lógicamente, sin embargo, una ley significa lo que dice, fuera lo que fuera lo que sus artífices pensaron que se daba por sentado.

—Las leyes rara vez tienen que ver con la lógica —abundó Beonin con acritud—. En este caso, no obstante —concedió al cabo de un momento—, tienes mucha razón. —Se volvió hacia Egwene y añadió—: Y la Antecámara lo entiende también así.

Todas estaban muy serias, incluso Anaiya, que manifestó:

—En resumidas cuentas, serás Aes Sedai, pequeña, tan pronto como asciendas a Sede Amyrlin. No hay que darle más vueltas al asunto.

Hasta Siuan estaba seria a despecho de aquel atisbo de sonrisa. Porque era una sonrisa.

—Puedes hacer los Tres Juramentos en cuanto hayamos regresado a la Torre —le dijo Sheriam—. Nos planteamos que los tomaras de un modo u otro pero, sin la Vara Juratoria, podría tomarse por un fraude. Es mejor esperar.

Egwene estuvo a punto de sentarse otra vez, pero se frenó a tiempo. Quizá las Sabias

tenían razón; a lo mejor viajar en persona por el *Tel'aran'rhiod* le había afectado la mente.

—Esto es una locura —protestó—. No puedo ser Amyrlin. Soy... Soy...

Las objeciones se amontonaron en su lengua enmarañándose de tal modo que no pudo pronunciar palabra. Era demasiado joven; la propia Siuan había sido la Amyrlin más joven de la historia y ya tenía treinta años cuando la habían nombrado. Ella apenas había iniciado su aprendizaje, por mucho que supiera respecto al Mundo de los Sueños; las Amyrlin poseían muchos conocimientos y experiencia. Y eran sabias; o por lo menos se suponía que debían serlo. Se sentía totalmente aturdida y confusa. La mayoría de las mujeres pasaban diez años como novicia y otros diez como Aceptada. Cierto, algunas avanzaban más deprisa, incluso mucho más deprisa. Siuan, por ejemplo. Pero ella había sido novicia menos de un año y Aceptada durante un período aun más corto.

—¡Es imposible! —fue todo lo que consiguió manifestar al cabo.

El resoplido de Morvrin le recordó al de Sorilea.

—Tranquilízate, pequeña, o seré yo quien te calme. Éste no es momento de ponerse nerviosa ni de que empieces a desmayarte encima de nosotras.

—¡Pero no sabría qué hacer! ¡Ni una sola cosa! —Egwene inhaló profundamente. Ello no aminoró el alocado palpitar de su corazón, pero la apaciguó. Un poco. Un corazón Aiel. Hicieran lo que hiciesen, no dejaría que la manejaran a su antojo. Al observar el campechano rostro de Morvrin, ahora endurecido con un gesto severo, añadió para sus adentros: «Podrá desollarme, pero no me manejará»—. Esto es ridículo, ni más ni menos. No voy a prestarme a una parodia absurda y pasar por idiota ante todo el mundo, y eso es lo que estaría haciendo. Si es para esto para lo que la Antecámara me ha llamado, les responderé que no.

—Me temo que no tienes esa opción —musitó Anaiya mientras se alisaba los frunces de la bata, una prenda sorprendentemente recargada, de seda rosa con delicado encaje blanco rematando todos los bordes—. No puedes rehusar una convocatoria para convertirte en Amyrlin del mismo modo que no podrías eludir una citación para ser juzgada. La fórmula de emplazamiento es incluso igual.

Oh, claro; eso la tranquilizaba. ¡Diantres!

—La decisión está ahora en manos de la Antecámara. —En la voz de Myrelle había un dejo triste, cosa que no ayudó precisamente a animar a Egwene.

Sonriendo inopinadamente, Sheriam rodeó los hombros de la joven con su brazo.

—No te preocupes, pequeña. Te ayudaremos y te guiaremos. Para eso estamos aquí.

Egwene no respondió. No se le ocurría nada que decir; quizás obedecer la ley no era ser manejada, pero se le parecía mucho. Interpretaron su silencio como un consentimiento, y la joven supuso que así era. Sin demora, enviaron a Siuan, que rezongó porque se le encargara a ella la tarea, a despertar a las Asentadas y anunciarles que Egwene había llegado.

La casa se convirtió en un torbellino de actividad antes de que Siuan hubiese salido por la puerta. El traje de montar de Egwene fue objeto de muchas discusiones —en ninguna de las cuales tomó parte ella— y se despertó a una rolliza sirvienta que estaba en el cuarto trasero, echando una cabezada en una silla, y se la mandó fuera, con terribles amenazas si se iba de la lengua, para reunir todos los vestidos de Aceptada que encontrara que pudieran servirle a Egwene. Poco después la joven empezaba a probarse vestidos allí mismo, en la sala; hasta ocho tuvo que ponerse antes de dar con uno que le sentara bien hasta cierto punto. Le estaba muy ajustado en el pecho pero, gracias a la Luz, bastante suelto en las caderas. Durante todo el rato que la criada estuvo trayendo vestidos y Egwene probándoselos, Sheriam y las otras hicieron turnos para salir corriendo a vestirse ellas y entre tanto aprovecharon para instruirla sobre lo que iba a pasar, lo que tenía que hacer y decir.

Le hicieron repetirlo todo. Las Sabias pensaban que decir algo una vez bastaba, y pobre de la aprendiza que no atendiera y entendiera. Egwene recordaba algo de lo que tenía que decir de una clase en la Torre y se lo aprendió al pie de la letra la primera vez, pero las Aes Sedai continuaron repitiendo todo una y otra vez, sin descanso. Egwene no lo entendía; de no ser Aes Sedai habría dicho que estaban nerviosas, por muy sosegada que fuera la expresión

plasmada en sus rostros. Empezó a preguntarse si no estaría cometiendo algún error y comenzó a dar énfasis a distintas palabras.

—Pronúncialas como se te ha dicho —espetó Carlinya, cuya voz recordaba el crujido de un carámbano.

—No puedes permitirte el lujo de cometer un solo error, pequeña. ¡Ni uno solo! —abundó Myrelle con un timbre no menos frío.

La hicieron pasar por lo mismo otras cinco veces, y cuando protestó alegando que había repetido correctamente hasta la última palabra y enumerado quién estaría dónde y quién diría qué exactamente igual que lo habían dicho ellas, creyó que Morvrin iba a abofetearla si es que no lo hacían antes Carlinya o Beonin. En cualquier caso, sus ceños fueron tan efectivos como unas bofetadas, y Sheriam la miró como si fuera una novicia propensa a enfurruñarse. Egwene suspiró y comenzó de nuevo:

—Entro con tres de vosotras escoltándome...

Fue una procesión silenciosa la que se encaminó a través de las casi desiertas calles bañadas por la luna. Pocas de las escasas personas que todavía no se habían recogido les dedicaron apenas una mirada; ver a seis Sedai con una Aceptada en medio quizá no fuera algo corriente pero tampoco tan extraño como para comentarlo. Ventanas que habían estado iluminadas ahora se encontraban oscuras; la quietud envolvía al pueblo, de manera que sus pisadas sonaban claramente sobre la dura tierra. Egwene toqueteaba su anillo de la Gran Serpiente, que de nuevo llevaba puesto en la mano izquierda. Le temblaban las rodillas. Había estado preparada para afrontar cualquier cosa, pero en su lista de «cualquier cosa» no figuraba esto.

Se detuvieron frente a un edificio rectangular de piedra, de tres plantas. Todas las ventanas estaban a oscuras, pero a la luz de la luna su aspecto parecía el de una posada. Carlinya, Beonin y Anaiya iban a quedarse allí y, al menos las dos primeras, no parecían muy complacidas; no protestaron, como tampoco lo habían hecho en la casa, pero se arreglaban los pliegues de las faldas innecesariamente y mantenían las cabezas rígidamente erguidas, sin mirar a Egwene. Anaiya acarició el cabello de la joven con actitud tranquilizadora.

—Saldrá bien, pequeña —dijo. Llevaba un bulto bajo el brazo: el vestido que Egwene se pondría cuando todo hubiese acabado—. Tienes una mente muy despierta y aprendes rápido.

Dentro del edificio de piedra sonó el repique de un gong tres veces consecutivas, y Egwene casi dio un brinco. Hubo un breve silencio y después se repitió el resonante toque metálico. Myrelle se alisó el vestido en un gesto inconsciente. De nuevo un silencio, seguido por el triple tañido.

Sheriam abrió la puerta y Egwene la siguió al interior, con Myrelle y Morvrin pisándole los talones. Por el modo en que la rodeaban, no pudo menos de pensar la joven, parecían unos guardianes con la función de impedir que escapara.

La sala grande y de techo alto no estaba a oscuras ni mucho menos. Había lámparas alineadas sobre las repisas de cuatro amplios hogares de piedra, así como en la escalera que conducía al siguiente piso y en la galería que se asomaba a la sala. En las esquinas de la estancia había también cuatro grandes lámparas de pie, con varios brazos y provistas con espejos para incrementar la luz. Las mantas colocadas en las ventanas impedían que el resplandor saliese al exterior.

Dos filas de nueve sillas cada una se encaraban en grupos de tres. Las mujeres que las ocupaban, las Asentadas de los seis Ajahs con representación en Salidar, llevaban los chales y los vestidos con el color correspondiente a cada uno de ellos. Las cabezas se volvieron hacia Egwene, rostros que no traslucían nada salvo una fría serenidad.

Al otro extremo de la sala había un sillón colocado sobre un pequeño estrado que más parecía una caja. Era un mueble sólido y alto, con las patas y demás piezas verticales talladas en espiral, y se había pintado en amarillo oscuro, a imitación del habitual acabado dorado. Una estola con rayas de siete colores reposaba sobre los apoyabrazos. Egwene tenía la

impresión de estar a kilómetros de distancia de aquella estola.

—¿Quién comparece ante la Antecámara de la Torre? —demandó Romanda en voz alta y clara. Estaba sentada justo debajo de la silla dorada, enfrente de tres hermanas Azules. Sheriam se retiró suavemente hacia un lado dejando a la vista a Egwene.

—Alguien que acude obedientemente, en la Luz —respondió la joven. Su voz tendría que haber sonado temblorosa. Sin duda no iban a hacer esto de verdad.

—¿Quién comparece ante la Antecámara de la Torre? —demandó Romanda de nuevo.

—Alguien que acude humildemente, en la Luz. —En cualquier momento esto se convertiría en un juicio contra ella por hacerse pasar por Aes Sedai. No, eso no; de ser así, se habrían limitado a aislarla con un escudo y a encerrarla hasta que hubiese llegado la hora de juzgarla. Pero sin duda no iban a...

—¿Quién comparece ante la Antecámara de la Torre?

—Alguien que acude a la citación de la Antecámara, obediente y humildemente en la Luz, pidiendo sólo aceptar la voluntad de la Antecámara.

En el grupo de Grises, situado a continuación de Romanda, una mujer joven y esbelta se puso de pie. Siendo la Asentada más joven, Kwamesa pronunció la pregunta ritual que databa del Desmembramiento del Mundo:

—¿Hay alguien presente que no sea mujer?

Romanda echó pausadamente hacia atrás el chal y lo dejó sobre el respaldo de la silla mientras se ponía de pie. Como la Asentada de mayor edad, sería la primera en responder. Con igual parsimonia se desabrochó el vestido y se lo bajó hasta la cintura junto con la ropa interior.

—Soy una mujer —manifestó.

Kwamesa dejó cuidadosamente su propio chal sobre la silla y se desnudó hasta la cintura.

—Soy una mujer —dijo.

Las otras se levantaron entonces y empezaron a hacer lo propio, anunciando una por una, tras haber dado prueba de ello, que eran mujeres. Egwene tuvo cierta dificultad con el ceñido corpiño del vestido de Aceptada que le habían proporcionado y hubo de recurrir a la ayuda de Myrelle para desabrochar los botones, pero a no tardar las cuatro estaban tan desnudas de cintura para arriba como el resto de las presentes.

—Soy una mujer —dijo Egwene al tiempo que las otras.

Kwamesa caminó lentamente por la sala haciendo un alto delante de cada mujer para lanzar una intensa y casi insultante mirada directa; después se paró ante su propia silla y anunció que no había nadie presente salvo mujeres. Las Aes Sedai se sentaron y la mayoría empezó a subirse el corpiño del vestido. No exactamente con prisa, pero muy pocas se entretuvieron en hacerlo. Egwene casi sacudió la cabeza. Ella no podía cubrirse hasta una parte más avanzada de la ceremonia. Largo tiempo atrás, la pregunta de Kwamesa habría requerido más pruebas; en aquellos días las ceremonias solemnes se llevaban a cabo «vestidas en Luz», es decir, sin llevar encima otra cosa que la propia piel. ¿Qué opinarían estas mujeres de una tienda de vapor Aiel o de un baño shienariano?

No era el momento de pensar en esas cosas.

—¿Quién presenta a esta mujer y se compromete por ella, corazón por corazón, alma por alma, vida por vida? —preguntó Romanda, que se sentaba muy erguida y sumamente circunspecta, todavía con el opulento busto descubierto.

—Yo me comprometo —respondió firmemente Sheriam, seguida al momento por las rotundas voces de Morvrin y Myrelle haciendo la misma declaración por turno.

—Adelántate, Egwene al'Vere —ordenó fríamente Romanda. La joven avanzó tres pasos y se arrodilló; se sentía entumecida—. ¿Por qué estás aquí, Egwene al'Vere?

Realmente estaba paralizada; no sentía nada. Tampoco recordaba las respuestas, pero de algún modo las palabras salieron de su boca como por propia iniciativa:

—Fui emplazada por la Antecámara de la Torre.

—¿Que persigues, Egwene al'Vere?

—Servir a la Torre Blanca, ni más ni menos. —¡Luz, iban a hacerlo!

—¿Cómo la servirías, Egwene al'Vere?

—Con mi corazón, mi alma y mi vida, en la Luz. Sin temor ni parcialidad, en la Luz.

—¿Dónde servirás, Egwene al'Vere?

La joven inhaló profundamente. Todavía podía detener esta estupidez. Era imposible ser ascendida a...

—En la Sede Amyrlin, si así lo tiene a bien la Antecámara de la Torre. —Se quedó sin aliento. Demasiado tarde para dar marcha atrás. Quizá lo era ya en el Corazón de la Ciudadela.

Delana fue la primera en incorporarse, seguida por Kwamesa, Janya y más, hasta que nueve Asentadas se encontraron de pie delante de sus sillas en señal de aquiescencia. Romanda seguía sentada. Nueve de dieciocho. La aclamación tenía que ser por unanimidad —la Antecámara buscaba siempre el consenso; al final, todos los votos daban el mismo dictamen, aunque en ocasiones requería muchas conversaciones y contraste de pareceres para lograrlo—, pero esta noche no se diría nada aparte de las frases ceremoniales, y tal cosa era una especie de abierta oposición. Sheriam y las otras se habían reído de su sugerencia de que algo así podía pasar, y había pasado tan rápidamente que la joven se habría preocupado si todo el asunto no fuera tan ridículo, pero le habían advertido, casi con ligereza, que esto podía ocurrir. No como un rechazo, sino como una declaración por parte de las Asentadas que permanecieran en sus sillas de que no estaban dispuestas a ser perritos falderos. Sólo un gesto simbólico, un formulismo, según Sheriam; pero, a juzgar por la severa expresión de Romanda, y la de Lelaine, apenas menos austera sobre el torso desnudo, Egwene no tenía nada claro de que se tratara sólo de eso. También le habían dicho que podría haber como mucho tres o cuatro.

Sin decir nada, las mujeres que estaban de pie volvieron a tomar asiento. Nadie habló, pero Egwene sabía lo que tenía que hacer. La anterior sensación de entumecimiento había desaparecido por completo.

Se incorporó y se dirigió hacia la Asentada que tenía más cerca, una Verde de rostro afilado llamada Samalin que no se había levantado de la silla. Cuando Egwene se arrodilló ante la hermana Verde, Sheriam llegó a su lado e hizo lo propio; sostenía en las manos una jofaina con agua. Había ondas en la superficie del líquido. Sheriam tenía el rostro fresco y seco mientras que el de Egwene empezaba a brillar por el sudor, pero a Sheriam le temblaban las manos. Morvrin se arrodilló también y entregó a Egwene un pequeño trapo en tanto que Myrelle aguardaba a su lado sosteniendo montones de toallas en un brazo. Por alguna razón, Myrelle parecía enfadada.

—Por favor, permitidme serviros —dijo la joven.

Con la vista fija al frente, Samalin se levantó la falda hasta las rodillas. Estaba descalza. Egwene le lavó los pies y los secó con suaves golpecitos antes de moverse hacia la siguiente Verde, una mujer algo metida en carnes llamada Malind. Sheriam y las otras le habían facilitado los nombres de todas las Asentadas.

—Por favor, permitidme serviros.

Malind poseía una bonita cara de labios llenos y oscuros ojos que debían de ser sonrientes por lo habitual; no era el caso ahora. Era una de las que se habían levantado, pero también estaba descalza.

Los pies de todas las Asentadas lo estaban a lo largo de las dos filas de sillas. Mientras Egwene lavaba aquellos pies, se preguntó si las Asentadas sabían de antemano cuántas permanecerían sentadas. Obviamente sabían que algunas lo harían, de manera que este servicio tendría que llevarse a cabo. La joven sabía poco más del funcionamiento de la Antecámara aparte de lo aprendido en aquella clase como novicia, es decir, que en la práctica no sabía nada. Lo único que podía hacer era seguir adelante.

Lavó y secó el último pie —pertenecía a Janya, que tenía el entrecejo fruncido como si

estuviese pensando en otra cosa; al menos se había levantado— y tras soltar el paño en la jofaina regresó a su sitio, al extremo de las filas de sillas, y se arrodilló.

—Por favor, dejadme servir. —Una oportunidad más.

De nuevo fue Delana la primera en levantarse, pero Samalin lo hizo inmediatamente después en esta ocasión. Ninguna se puso de pie con rapidez, pero lo fueron haciendo una tras otra hasta que sólo quedaron sentadas Lelaine y Romanda, mirándose entre sí, no a Egwene. Finalmente Lelaine se encogió de hombros de manera casi imperceptible, se subió el corpiño sin prisa y se levantó. Romanda volvió la cabeza para mirar a Egwene. La estuvo contemplando durante tanto tiempo que la joven fue consciente del sudor que le corría entre los senos y resbalaba por el tórax. Al cabo, con majestuosa lentitud, Romanda se cubrió y se puso de pie, uniéndose a las otras. Egwene oyó una ahogada exclamación de alivio a su espalda, donde Sheriam y las otras esperaban.

No había acabado la ceremonia, claro está. Romanda y Lelaine se aproximaron a ella para conducirla al sillón pintado de amarillo. Egwene se detuvo ante él mientras las dos Aes Sedai le subían el corpiño y le ponían la estola de Amyrlin alrededor de los hombros al tiempo que ellas y todas las otras Asentadas decían:

—Habéis sido ascendida a la Sede Amyrlin, en la gloria de la Luz, que la Torre Blanca perdure para siempre. Egwene al'Vere, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin.

Lelaine le quitó el anillo de la Gran Serpiente de la mano izquierda y se lo entregó a Romanda, quien lo puso en la mano derecha de la joven.

—Que la Luz ilumine a la Sede Amyrlin y a la Torre Blanca.

Egwene se echó a reír. Romanda parpadeó y Lelaine dio un respingo; no fueron ellas las únicas.

—Acabo de recordar algo —dijo la joven, que añadió—, hijas.

Así era como la Amyrlin llamaba a las Aes Sedai. Lo que le había venido a la memoria era el siguiente paso de la ceremonia. No pudo evitar pensar que era el justo castigo por haber hecho más fácil su viaje a través del *Tel'aran'rhiod.* Egwene al'Vere, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin, se las ingenió para sentarse en aquel duro sillón de madera sin permitirse precauciones y sin hacer el menor gesto de dolor. Consideró ambas cosas como triunfos de su fuerza de voluntad.

Sheriam, Myrelle y Morvrin se adelantaron —imposible saber cuál de ellas había lanzado la exclamación ahogada antes, ya que sus rostros estaban serenos— y las Asentadas formaron una fila tras ellas que se extendía hacia la puerta. El orden de colocación lo marcaba la edad, con Romanda en último lugar. Sheriam extendió los vuelos de la falda haciendo una profunda reverencia.

—Por favor, permitidme servir, madre.

—Puedes servir a la Torre, hija —contestó Egwene dando a su voz toda la gravedad de que fue capaz. Sheriam le besó el anillo y se apartó al tiempo que Myrelle hacía la reverencia.

El ritual se repitió con cada Aes Sedai. La posición en la fila le deparó algunas sorpresas a Egwene. Ninguna de las Asentadas era realmente joven a despecho de sus rostros intemporales, pero la rubia Delana, a la que había supuesto casi tan mayor como Romanda, se encontraba en la primera mitad de la línea, en tanto que Lelaine y Janya, ambas unas mujeres muy bonitas y sin asomo de canas en el oscuro cabello, ocupaban los puestos inmediatamente anteriores a la canosa Amarilla. Todas hicieron la reverencia y le besaron el anillo envueltas en una impasibilidad total —bien que algunas no pudieron evitar dirigir ojeadas al repulgo con las bandas de colores de su vestido— y salieron de la sala por una puerta trasera sin decir nada más. Normalmente la ceremonia debería haberse prolongado con más actos, pero el resto tendría que esperar hasta la mañana siguiente.

Por fin Egwene estuvo sola con las tres mujeres que se habían comprometido por ella. Todavía no tenía muy claro qué significaba eso. Myrelle fue a abrir a las otras tres que esperaban fuera mientras Egwene se levantaba del sillón.

Librodot

—¿Qué habría ocurrido si Romanda no se hubiese puesto de pie? —Se suponía que habría habido otra oportunidad, otra ronda de lavar pies y pedir que le permitieran servir, pero Egwene estaba convencida de que si Romanda hubiese votado en contra la segunda vez, habría hecho otro tanto la tercera.

—Entonces probablemente ella habría sido ascendida a Amyrlin en unos cuantos días —contestó Sheriam—. Ella o Lelaine.

—No era a eso a lo que me refería —insistió Egwene—. ¿Qué me habría pasado a mí? ¿Habría vuelto simplemente a mi condición de Aceptada?

Anaiya y las otras se acercaron presurosas, sonriendo, y Myrelle se puso a ayudar a Egwene a quitarse el vestido blanco con bandas de colores en el dobladillo y a ponerse uno verde claro que llevaría únicamente el tiempo necesario para llegar a su cama. Era tarde, pero la Amyrlin no podía andar por ahí con un vestido de Aceptada.

—Es muy probable —repuso Morvrin al cabo de un momento—. Ignoro si puede considerarse buena la situación de ser una Aceptada de la que todas las Asentadas saben que ha estado a punto de acceder a la Sede Amyrlin.

—Casi nunca ha pasado —intervino Beonin—, pero por lo general una mujer rechazada como Sede Amyrlin es exiliada. Es tarea de la Antecámara procurar que haya armonía, y esa mujer no podría evitar ser motivo de discordia.

Sheriam miró a Egwene a los ojos como para que sus palabras se le quedaran grabadas:

—A nosotras, Myrelle, Morvrin y yo, desde luego se nos habría exiliado, puesto que nos comprometimos por ti, y probablemente a Carlinya, Beonin y Anaiya también. —Su sonrisa fue repentina—. Pero no ocurrió así. La nueva Amyrlin se supone que tiene que pasar la primera noche en contemplación y oración; pero, una vez que Myrelle acabe de abrochar esos botones, sería mejor que dedicáramos parte de ella a explicarte cómo están las cosas en Salidar.

Todas la miraban. Myrelle estaba a su espalda acabando de abrocharle el vestido, pero sentía los ojos de la mujer.

—Sí. Sí, creo que sería lo mejor.

Librodot

CAPÍTULO 13

La Amyrlin queda ascendida

Egwene levantó la cabeza de las almohadas y miró en derredor, momentáneamente sorprendida al encontrarse en una cama de dosel en una amplia habitación. La claridad del alba entraba por las ventanas y una mujer rellena y bonita, con un sencillo vestido de lana gris, estaba junto al lavabo dejando una gran jarra blanca con agua caliente. Le habían presentado a Chesa como su doncella la noche anterior. La doncella de la Amyrlin. Una bandeja cubierta descansaba ya en una mesa estrecha, junto a su peine y su cepillo del pelo, debajo de un espejo con el marco plateado. El aroma a pan recién horneado y peras en compota impregnaba el aire.

Anaiya había preparado el cuarto para la llegada de Egwene. Los muebles estaban desparejados, pero eran lo mejor que Salidar podía ofrecer, desde el sillón acolchado y tapizado en seda verde hasta el espejo de pie colocado en un rincón, con el dorado intacto, así como el armario profusamente tallado donde ahora colgaban sus ropas. Por desgracia, el gusto de Anaiya parecía inclinarse exageradamente por las puntillas fruncidas y los volantes. Ambos tipos de ornamentación bordeaban el dosel de la cama y las colgaduras recogidas, y lo uno o lo otro adornaba la mesa y la banqueta, los brazos y las patas del mullido sillón, el cobertor que Egwene había tirado al suelo y las finas sábanas de seda que había debajo. Las cortinas de las ventanas eran también de encaje. Egwene recostó de nuevo la cabeza. Las puntillas bordeaban igualmente las almohadas. El cuarto le producía la sensación de que iba a ahogarse en puntillas y encajes.

Se había hablado largo y tendido después de que Sheriam y las otras la condujeran allí, a lo que llamaban la Torre Chica, aunque habían sido ellas las que habían llevado casi toda la conversación. En realidad no estaban interesadas en lo que Egwene creía que Rand se traía entre manos ni en lo que Coiren y las otras podían querer. Una embajada de Salidar estaba de camino a Caemlyn a las órdenes de Merana, que sabía lo que tenía que hacer, aunque no fueron muy explícitas respecto a lo que era eso. Principalmente, ellas hablaron y Egwene escuchó, dejando a un lado las preguntas que la joven planteaba. Las respuestas de algunas carecían de importancia, le dijeron, al menos por el momento; a aquellas a las que contestaron sólo les dedicaron un rápido comentario para enseguida pasar de nuevo a lo que era importante. Se habían enviado embajadas a todos los gobernantes, a todos los cuales se nombró, con una explicación de por qué él o ella era absolutamente vital para la causa de Salidar, cosa que por lo visto eran todos y cada uno de ellos. No dijeron exactamente que todo fracasaría si uno solo de los dirigentes se les oponía, pero el énfasis puesto en cada uno de esos personajes lo hizo por ellas. Gareth Bryne estaba reuniendo un ejército y finalmente sería lo bastante poderoso para hacer valer sus reivindicaciones —las de ella— contra Elaida si llegaba el caso. No parecían creer que se llegara a eso, a pesar de la exigencia de Elaida de que regresaran a la Torre; parecían estar convencidas de que, una vez que se corriera la voz de que Egwene al'Vere había sido nombrada Sede Amyrlin, las Aes Sedai acudirían a ella, incluso algunas de las que ahora estaban en la Torre, las suficientes para que a Elaida no le quedara más opción que dimitir. Los Capas Blancas estaban mano sobre mano por alguna razón, de modo que Salidar era un lugar tan seguro como cualquier otro durante todo el tiempo necesario. La noticia de que a Logain se lo había curado como a Siuan —igual se

habría hecho con Leane de haber estado allí, fue el comentario de Egwene, y se llevó la sorpresa de que así era efectivamente— se dio casi de pasada.

—No tienes que preocuparte por eso —le había dicho Sheriam en tono tranquilizador. Estaba erguida ante Egwene, que se encontraba sentada en el sillón acolchado, con las otras formando un arco a su alrededor—. La Antecámara estará debatiendo la conveniencia de volver a amansarlo hasta que la edad avanzada haga que el problema deje de serlo.

Egwene había procurado contener otro bostezo —se estaba haciendo tarde— y *Anaiya dijo:*

—Debemos dejarla dormir. Mañana es casi tan importante como lo ha sido esta noche, pequeña. —Soltó una repentina y *queda risa—. Madre. Mañana también es importante, madre. Mandaremos a Chesa para que os ayude a prepararos para iros a la cama.*

Incluso después de que se hubieron marchado, no resultó fácil irse a dormir. Mientras Chesa estaba desabrochando todavía el vestido de Egwene, Romanda apareció con varias sugerencias para la Amyrlin planteadas en un timbre firme que no admitía réplica, y no bien acababa de salir cuando entró Lelaine, como si la hermana Azul hubiese estado esperando la marcha de la Amarilla. Lelaine traía su propio consejo útil que ofreció con Egwene ya sentada en la cama y después de que Chesa fuera despedida afable pero firmemente. No se parecía en nada al consejo de Romanda —ninguno de los dos tenía nada que ver con el de Sheriam— y vino acompañado por una afable, casi afectuosa, sonrisa, pero con el mismo convencimiento de que Egwene necesitaría un poco de guía durante los primeros meses. Ninguna de las mujeres manifestó exactamente que ella podía guiarla hacia lo que convenía más a la Torre mejor que Sheriam o que Sheriam y su pequeño círculo podrían intentar tirar en demasiadas direcciones o que tal vez la aconsejaran mal, pero tales implicaciones estaban sobrentendidas en sus palabras. Romanda y Lelaine también insinuaron la una de la otra que quizá tenía sus prioridades y que seguirlas ocasionaría desgracias sin cuento.

Para cuando Egwene apagó las lámparas encauzando, temía sufrir una noche de pesadillas. De hecho, sólo hubo dos que ella recordara a la mañana siguiente. En una era la Amyrlin —una Aes Sedai, pero sin prestar los juramentos— y todo lo que hacía conducía al desastre. Aquello la despertó tan bruscamente que se incorporó en el lecho, sólo para escapar de ella, pero no obstante estaba segura de que no era un sueño con significado. Se parecía mucho a una de las experiencias tenidas dentro del *ter'angreal* cuando había pasado la prueba para ascender a Aceptada; que nadie supiera, esas vivencias no estaban relacionadas con la realidad. No con esta realidad. La otra pesadilla fue la clase de tontería que había esperado al acostarse; conocía lo suficiente sobre sus sueños ahora para saberlo, aun cuando finalmente tuvo que provocar el despertarse para salir de él también. Sheriam le había quitado bruscamente la estola de los hombros y entonces todo el mundo se reía de ella y señalaban a la necia que realmente se había creído que una muchacha de apenas dieciocho años podía ser Amyrlin. No sólo eran Aes Sedai, sino todas las Sabias y Rand, Perrin y Mat, Nynaeve y Elayne, prácticamente todas las personas que conocía, mientras que ella estaba allí de pie, desnuda, intentando con desesperación ponerse un vestido de Aceptada que le habría estado bien a una cría de diez años.

—Bien, no podéis quedaros en la cama todo el día, madre.

Egwene abrió los ojos bruscamente.

Chesa tenía una expresión de fingida severidad plasmada en el rostro y los ojos le brillaban. Como poco doblaba la edad a Egwene y nada más conocerse había caído inevitablemente en aquella mezcla de respeto y familiaridad que podía esperarse de una criada mayor.

—A la Sede Amyrlin no pueden pegársele las sábanas y menos hoy.

—Es lo último que se me pasaría por la cabeza. —Bajó de la cama con movimientos agarrotados y se estiró antes de quitarse el sudado camisón. Estaba impaciente por haber trabajado lo bastante con el Poder para dejar de transpirar—. Me pondré el vestido de seda azul con velloritas bordadas en el escote. —Advirtió que Chesa ponía empeño en no mirarla

mientras le tendía la ropa interior limpia. Los efectos de cumplir su *toh* se habían desdibujado un tanto pero todavía tenía la piel marcada por unos moretones desvaídos—. Sufrí un accidente antes de llegar aquí —comentó al tiempo que se metía apresuradamente la camisola por la cabeza. Chesa asintió como comprendiendo de repente.

—Los caballos son malas bestias en las que no se puede confiar. Nunca me veréis montada en uno, madre. Un buen carro siempre es mucho más seguro. Si me cayera de un caballo así, jamás se lo diría a nadie. Nildra es de las que cuentan esa clase de cosas, y Kaylin... Oh, no imagináis lo que algunas mujeres son capaces de decir en el momento en que una les da la espalda. Naturalmente, es distinto con la Sede Amyrlin, pero así es como yo actuaría. —Abrió la puerta del armario y miró de reojo a Egwene para ver si la había entendido. La joven sonrió.

—Las personas son personas, da igual si su posición es alta o baja —respondió gravemente.

Chesa sonrió brevemente antes de sacar el vestido azul. Sheriam la habría escogido, pero era la doncella de la Sede Amyrlin y le debía lealtad. Además, tenía razón sobre la importancia del día de hoy.

Comió deprisa a despecho de los rezongos de Chesa, que mascullaba entre dientes que tragarse la comida sentaba muy mal; y que la leche templada, con miel y especias, tenía una eficacia garantizada para calmar los nervios que agarrotaban el estómago. Después se limpió los dientes y se lavó con diligencia, dejó que Chesa le pasara el cepillo por el cabello unas cuantas veces y se vistió tan rápidamente como la doncella fue capaz de meterle el vestido azul por la cabeza y abrochárselo. Tras echarse la estola con las siete franjas de colores sobre los hombros hizo un alto para mirarse en el espejo de pie. A pesar de la estola no tenía mucho aspecto de Sede Amyrlin. «Pero lo soy. Esto no es un sueño.»

En la amplia sala del piso bajo, las mesas estaban tan vacías como la noche anterior. Sólo las Asentadas se encontraban allí, con los chales puestos y agrupadas por Ajahs, y Sheriam de pie, sola. Enmudecieron al ver que Egwene bajaba la escalera e hicieron reverencias cuando llegó al pie de ésta. Romanda y Lelaine la observaron intensamente; luego se volvieron poniendo gran empeño en no mirar a Sheriam y reanudaron la conversación. Puesto que Egwene permaneció en silencio, las demás acabaron callándose. De vez en cuando una de ellas le echaba una mirada. Incluso hablando en susurros sus voces sonaban demasiado altas. Fuera reinaba el silencio, un silencio absoluto. Egwene sacó el pañuelo de la manga y se enjugó la cara. Ninguna de ellas sudaba una sola gota. Sheriam se acercó a la joven.

—Todo irá bien —susurró—. Sólo tienes que recordar lo que has de decir.

Ésa era otra de las cosas de las que se habían ocupado largo y tendido la noche anterior. Egwene tenía que hacer un discurso esta mañana. La joven asintió. Era extraño; debería haber tenido el estómago agarrotado por los nervios y las rodillas temblorosas, pero no era así, y no podía entenderlo.

—No hay por qué estar nerviosa —dijo Sheriam. Parecía pensar que Egwene lo estaba y deseaba tranquilizarla; pero, antes de que pudiera añadir más, Romanda habló en voz alta:

—Es la hora.

En medio de un frufrú de faldas, las Asentadas se pusieron en fila según la edad, esta vez a la inversa, con Romanda a la cabeza, y salieron a la calle. Egwene se quedó a corta distancia de la puerta. Ni pizca de nerviosismo todavía. A lo mejor Chesa tenía razón con lo de la leche templada. El silencio se prolongó un poco más y entonces se oyó la voz de Romanda, demasiado fuerte para ser natural:

—Tenemos Sede Amyrlin.

Egwene salió a la calle, a un calor que no habría esperado hasta estar el día más avanzado. Nada más cruzar el umbral, el pie de la joven se posó sobre una plataforma tejida con Aire. Las filas de las Asentadas se extendieron a ambos lados de Egwene; el brillo del *Saidar* las envolvía a todas y cada una de ellas.

—Egwene al'Vere —anunció Romanda, cuya voz ampliaban y propagaban tejidos del

Poder—, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin.

La elevaron en el aire a medida que Romanda hablaba, simbolizando la ascensión de la Amyrlin en la verdad, hasta que Egwene se encontró justo debajo del tejado de bálago, aparentemente de pie en el aire para cualquier observador que no fuese una mujer capaz de encauzar. Había de sobra para verla perfilada por el sol naciente; un segundo tejido convirtió la luz en una reluciente urdimbre a su alrededor. Hombres y mujeres abarrotaban las calles; la multitud apiñada se perdía tras las esquinas. Cada puerta, cada ventana, cada tejado, excepto el de la Torre Chica, estaban llenos. Sonó un clamor que casi ahogó la voz de Romanda, oleadas de aclamaciones que resonaban en todo el pueblo. Egwene buscó a Nynaeve y a Elayne entre la multitud, pero no pudo localizarlas en aquel mar de rostros alzados hacia ella. Pareció transcurrir toda una era antes de que hubiese suficiente silencio para que pudiese hablar. El tejido que había propagado la voz de Romanda se trasladó hacia ella.

Sheriam y las otras le habían preparado el discurso, una grave e importante alocución que habría podido pronunciar sin enrojecer si tuviese el doble de edad o, mejor aun, el triple. Había realizado unos cuantos cambios por su cuenta.

—Estamos todos unidos en el empeño de hacer triunfar la verdad y la justicia y ese cometido no concluirá hasta que la falsa Amyrlin Elaida sea destituida del puesto que usurpó. —El único cambio en esta frase era «no concluirá» en lugar de «no puede concluir», pero le pareció más concluyente y mejor—. Como Amyrlin, os conduciré hacia ese propósito y no flaquearé, como sé que tampoco lo haréis vosotros. —Como exhortación era más que suficiente; en cualquier caso, no estaba dispuesta a permanecer allí arriba para repetir todo lo que querían que dijese. De todos modos, ya estaba resumido en lo que había manifestado—. Como mi Guardiana de las Crónicas nombro a Sheriam Bayanar.

Ese anuncio mereció una aclamación mucho más comedida; al fin y a la postre, una Guardiana no era una Amyrlin. Egwene miró abajo y esperó hasta ver a Sheriam salir apresuradamente, todavía ajustándose la estola de Guardiana a los hombros, azul para mostrar que había sido ascendida del Ajah de ese color. Se había decidido no hacer una copia de la Vara de la Amyrlin, rematada por una llama dorada, y que portaba la Guardiana; hasta que se recuperara la verdadera de la Torre Blanca, se arreglarían sin una. Sheriam había calculado una espera mucho más larga, de modo que miró a Egwene con una exasperación no disimulada. En las filas de las Asentadas, Romanda y Lelaine mantenían un gesto inexpresivo; ambas habían hecho sus propias sugerencias para la Guardiana y, ni que decir tiene, ninguna de ellas había sido Sheriam.

Egwene respiró hondo y se volvió hacia la expectante muchedumbre.

—En honor a este día, vengo a decretar que todas las Aceptadas y novicias quedan eximidas de sanciones y castigos. —Esta dispensa era tradicional y sólo provocó gritos de alegría en muchachas vestidas de blanco y en unas cuantas Aceptadas que perdieron el control—. En honor a este día, vengo a decretar que Theodrin Dabei, Faolain Orande, Nynaeve al'Meara y Elayne Trakand quedan ascendidas a partir de este momento al chal, hermanas de derecho y Aes Sedai.

Aquello fue acogido con un silencio un tanto crítico y alguno que otro murmullo aquí y allí. No era conforme a la costumbre, ni mucho menos. Pero estaba dicho, y menos mal que por casualidad Morvrin había mencionado a Theodrin y a Faolain. Era hora de volver a lo que habían redactado para su discurso.

—Declaro este día jornada de fiesta y celebración. No se harán más trabajos que los absolutamente imprescindibles para el disfrute de la ocasión. Que la Luz brille sobre todos vosotros y que el Creador os cobije en su mano.

Las últimas palabras quedaron ahogadas en una tumultuosa aclamación que superó el tejido que propagaba su voz. Algunas personas empezaron a bailar en la calle en ese mismo momento a pesar de que apenas había espacio para moverse. La plataforma de Aire descendió quizás un poco más deprisa de como había subido. Las Asentadas la miraban fijamente cuando Egwene descendió de ella, y el brillo del *Saidar* fue desapareciendo entre ellas casi

antes de que la joven hubiese tocado el suelo.

Sheriam se adelantó con presteza para coger a Egwene del brazo y sonrió a las Asentadas, cuyos semblantes parecían tallados en piedra.

—He de mostrar su estudio a la Amyrlin. Disculpad.

Egwene no habría podido afirmar sin equivocarse que Sheriam la empujó al interior del edificio, aunque tampoco habría podido afirmar lo contrario. No creía que Sheriam tratara realmente de arrastrarla, pero por si acaso se recogió las faldas con la mano libre y avanzó a largos pasos.

Su estudio, contiguo a la sala de espera, resultó ser un poco más pequeño que su dormitorio, con dos ventanas, un escritorio, una silla de respaldo recto detrás de éste y otras dos colocadas delante. Nada más. Los paneles de las paredes, con marcas de carcoma, se habían encerado y pulido hasta darles un apagado brillo, pero el tablero de la mesa era bastante tosco. Había una alfombra con dibujos de flores cubriendo parte del suelo.

—Disculpadme si he sido brusca, madre —empezó Sheriam al tiempo que le soltaba el brazo—, pero pensé que debíamos hablar en privado antes de que lo hicieseis con cualquiera de las Asentadas. Todas contribuyeron a la redacción de vuestro discurso y...

—Sé que hice algunos cambios —la interrumpió Egwene con una radiante sonrisa—, pero me sentía como una idiota allí arriba, con tantas cosas que decir. —¿Así que todas habían colaborado en la redacción? No era de extrañar que le hubiese sonado como el discurso de una pomposa anciana incapaz de callarse. Casi se echó a reír—. En fin, dije lo que tenía que decir, la base de ello: que Elaida debe ser destituida y que los dirigiré en la consecución de ese fin.

—Sí, pero pueden surgir unas cuantas preguntas respecto a algunos de los otros... cambios —repuso lentamente Sheriam—. Theodrin y Faolain ciertamente serán ascendidas a Aes Sedai tan pronto como hayamos recobrado la Torre y la Vara Juratoria, y, muy probablemente, también Elayne. Pero Nynaeve sigue sin ser capaz de encender una vela a menos que antes se dé un tirón de la trenza mientras mira irritada a la gente.

—Ése es exactamente el punto que quería sacar a colación —dijo Romanda que entró sin llamar—. Madre —agregó tras una marcada pausa. Lelaine cerró la puerta tras ellas, casi en las narices de otras cuantas Asentadas.

—Me pareció necesario —manifestó Egwene, abriendo mucho los ojos—. Lo pensé anoche. Se me ha ascendido a Aes Sedai sin pasar la prueba y sin prestar los Tres Juramentos, y si era la única ello bastaría para hacerme destacar. Habiendo otras cuatro más, no resultaré una singularidad tan notable. Al menos, no para las gentes de aquí. Puede que Elaida trate de sacar provecho de ello cuando se entere, pero la mayoría de las personas saben muy poco sobre las Aes Sedai, y, en cualquier caso, no sabrán qué creer. Es la gente de aquí la que más importa. Ha de tener confianza en mí.

Cualquier otra persona que no fuera una Aes Sedai la habría mirado boquiabierta. En este caso, faltó poco para que Romanda echara espuma por la boca.

—Tal vez sea así —empezó, cortante, Lelaine al tiempo que daba un seco tirón a su chal azul, y después se quedó inmóvil. Nada de tal vez; *era* así. Peor aun, la Sede Amyrlin había decretado públicamente que esas mujeres eran Aes Sedai. La Antecámara tenía poder para mantenerlas como Aceptadas, o lo que quiera que fuesen Theodrin y Faolain en su caso, pero no podía borrar la memoria de la gente; y con ello no impediría que todo el mundo se enterase de que había actuado contra la Amyrlin su primer día de mandato. ¡Menuda confianza daría algo así!

—Espero, madre —dijo Romanda con voz tensa—, que la próxima vez consultaréis a la Antecámara antes de tomar una decisión. Ir contra la tradición puede traer consecuencias inesperadas.

—E ir contra la ley puede tener otras lamentables —abundó Lelaine sin andarse por las ramas, remachando la frase con un tardío «madre». Aquello era una estupidez o le faltaba poco. Las condiciones para ser ascendida a Aes Sedai estaban marcadas por la ley, cierto,

pero la Amyrlin podía decretar casi cualquier cosa que deseara. Con todo, una Amyrlin sabia no echaba pulsos con la Antecámara si se podía evitar.

—Oh, consultaré en el futuro —les contestó con seriedad—. Pero me pareció lo más indicado que podía hacer. Por favor, si nos disculpáis, realmente he de hablar con la Guardiana.

Casi temblaban de rabia. Sus reverencias fueron breves y sus palabras de despedida perfectamente correctas en cuanto a las frases en sí, pero, en el caso de Romanda, pronunciadas entre dientes, y las de Lelaine tan aceradas que habrían podido cortar.

—Habéis llevado el asunto muy bien —opinó Sheriam cuando se hubieron ido. Parecía sorprendida—. Pero tenéis que recordar que la Antecámara puede ocasionar problemas a una Amyrlin. Una de las razones por las que soy vuestra Guardiana es para aconsejaros y alejaros de ese tipo de problemas. Deberíais preguntarme antes sobre cualquier decreto que queráis hacer. Y, si no estoy a mano, recurrid a Myrelle o Morvrin o las otras. Estamos aquí para ayudaros, madre.

—Entiendo, Sheriam. Prometo escuchar atentamente cualquier cosa que digáis. Me gustaría ver a Nynaeve y a Elayne, si es posible.

—Debería serlo —respondió la otra mujer, sonriente—, aunque quizá tenga que arrancar literalmente a Nynaeve de las manos de una Amarilla. Siuan va a venir para enseñaros todo lo relativo a la etiqueta en vuestra posición de Amyrlin, y no es poco lo que hay que aprender, pero le diré que acuda un poco más tarde.

Egwene se quedó mirando fijamente la puerta tras salir por ella Sheriam. Después se volvió y contempló la mesa. Absolutamente vacía de cualquier cosa. Ni un informe que leer, ni comunicados que examinar. Ni siquiera había pluma y tinta para escribir una nota y, mucho menos, un decreto. Y Siuan iba a venir a enseñarle etiqueta. Cuando sonó una tímida llamada a la puerta, seguía en la misma postura.

—Adelante —dijo, preguntándose si sería Siuan o quizás una sirvienta con un tentempié de pasteles de miel, cortados ya en convenientes trozos pequeños.

Nynaeve asomó la cabeza con vacilación, pero al momento entró al darle un empujón Elayne. La una al lado de la otra, hicieron una profunda reverencia extendiendo los blancos vestidos con las bandas de colores rematando el repulgo.

—Madre —murmuraron a la par.

—Por favor, no hagáis eso —instó Egwene. De hecho, fue más bien un gemido—. Sois las únicas amigas que tengo y si empezáis a... —¡Luz, estaba al borde de las lágrimas!

Elayne llegó antes a su lado por un pelo y la abrazó. Nynaeve permaneció callada, toqueteando con nerviosismo un estrecho brazalete de plata, pero la heredera del trono sí habló:

—Seguimos siendo tus amigas, Egwene, pero eres la Sede Amyrlin. Luz, ¿recuerdas que te dije que algún día serías la Amyrlin cuando yo fuera...? —Elayne hizo una leve mueca—. En fin, en cualquier caso, lo eres. No podemos acercarnos a la Amyrlin sin más y decir: «Egwene, ¿crees que este vestido me hace parecer gorda?». No sería correcto.

—Sí, lo sería —la contradijo rotundamente—. Bueno, al menos en privado —admitió al cabo de un momento—. Cuando estemos solas, quiero que me digáis si un vestido me hace parecer gorda o... o lo que quiera que deseéis. —Sonrió a Nynaeve y le dio un tirón de la gruesa trenza, sobresaltando a la antigua Zahorí—. Y quiero que te tires de la coleta estando conmigo si sientes que debes hacerlo. Necesito a alguien que sea amiga de Egwene y no esté viendo esta... maldita estola todo el tiempo o me volveré loca. Y, hablando de vestidos, ¿por qué seguís llevando ésos? Di por sentado que ya os habríais cambiado a estas alturas.

Nynaeve se dio un tirón de la trenza entonces.

—Esa Nisao me dijo que debía de ser alguna clase de error y me llevó a rastra diciendo que no iba a perder su turno sólo por una celebración.

Los sonidos de ésta empezaron a oírse en el exterior, un zumbido generalizado, justo lo bastante alto para que se escuchara a través de las paredes de piedra, así como una apagada

Librodot

música.

—Bueno, pues no es un error —repuso Egwene. ¿El turno de Nisao? En fin, no preguntaría ahora sobre eso; a Nynaeve parecía angustiarla y ella quería que ésta fuera una ocasión lo más feliz posible. Arrastró la silla que había detrás de la mesa y, al ver que tenía dos mullidos cojines de labor de retales, sonrió. Chesa—. Vamos a sentarnos y a hablar y después os ayudaré a encontrar los dos mejores vestidos de Salidar. Contadme lo de esos descubrimientos vuestros. Anaiya los mencionó, y Sheriam también, pero no logré que continuaran con el tema lo suficiente para que me diesen detalles.

Casi al unísono, las dos mujeres se pararon a medio sentarse e intercambiaron una mirada. Inexplicablemente, se mostraron reacias a hablar de cualquier otra cosa que no fuera la Curación de Siuan y Leane realizada por Nynaeve —la antigua Zahorí repitió tres veces y con gran nerviosismo que la curación de Logain había sido un accidente— y sobre el trabajo de Elayne con los *ter'angreal.* Tales cosas eran muy notables, en especial lo de Nynaeve, pero la conversación no se podía alargar indefinidamente hablando sobre los mismos logros y ella diciendo lo maravilloso que le parecía y cuánto las envidiaba. El intento de demostración no duró mucho; al fin y al cabo, Egwene no tenía necesidad de una Curación, sobre todo ese complicado tapiz que Nynaeve tejía sin pensar; en cuanto a Elayne, aunque Egwene tenía cierta afinidad con los metales y poseía mucha fuerza tanto en Fuego como en Tierra, la heredera del trono consiguió que se perdiera casi de inmediato.

Ni que decir tiene que las dos querían saber cómo era la vida entre los Aiel. A juzgar por los repentinos parpadeos de sobresalto y las escandalizadas risas, ahogadas bruscamente, de ambas, Egwene no habría sabido decir si creían algo de lo que les estaba contando; tampoco les dijo todo, por supuesto. El tema de los Aiel condujo, naturalmente, a Rand. Las dos mujeres siguieron atentamente su interpretación de la reunión con las Aes Sedai. Se mostraron de acuerdo en que Rand estaba vadeando aguas más profundas de lo que pensaba y que necesitaba a alguien que lo guiara antes de que pisara en una poza. Elayne creía que Min podría ayudarlo en eso una vez que la embajada llegara a Caemlyn —ésta era la primera noticia que Egwene tenía de que Min acompañaba a la delegación o de que hubiese estado en Salidar— aunque, a decir verdad, Elayne parecía muy poco entusiasmada con ello. Y masculló algo realmente extraño, como si fuera una verdad que no le gustara admitir:

—Min es mejor mujer que yo. —Por alguna razón, aquello provocó una mirada compasiva de Nynaeve hacia la joven heredera—. Ojalá estuviese yo allí —continuó Elayne con un tono más firme—. Para guiarlo, me refiero. —Miró alternativamente a sus dos amigas en tanto que un ligero rubor le teñía las mejillas—. Bueno, además de por otras cosas.

Nynaeve y Egwene se echaron a reír con tantas ganas que por poco no se caen de las sillas, y Elayne se les unió casi de inmediato.

—Hay otra cosa y ésta es buena, Elayne —manifestó Egwene al cabo de un rato, casi sin resuello todavía, tratando de contener las carcajadas. Entonces cayó en la cuenta de lo que iba a decir y por qué. ¡Luz, en qué lío se había metido y cuando se estaba riendo!—. Lamento lo de tu madre, Elayne. No sabes lo mucho que he deseado ofrecerte mis condolencias antes. —La heredera parecía desconcertada, y con razón—. El asunto es que Rand se propone entregarte el Trono del León y el Trono del Sol.

Para su sorpresa, la reacción de Elayne fue sentarse muy erguida.

—¿De veras? —dijo con un tono seco y frío—. Así que se propone entregármelos, ¿no? —Alzó un poco más la barbilla—. Tengo ciertos derechos al Trono del Sol y, si decido reivindicarlos, lo haré porque me corresponde por mi ascendencia. En cuanto al Trono del León, Rand al'Thor no tiene derecho, ningún derecho, a darme lo que ya es mío.

—Estoy segura de que no lo dijo en ese sentido —protestó Egwene. ¿O sí lo había hecho?—. Te ama, Elayne. Sé que te quiere.

—Si todo se redujera a eso —murmuró Elayne, significara lo que significase.

—Los hombres siempre aducen que no era eso lo que querían decir —resopló Nynaeve—. Cualquiera pensaría que hablan otro idioma.

—Cuando le ponga las manos encima, voy a enseñarle a hablar el idioma correcto —manifestó firmemente Elayne—. ¡Conque dármelos!

Egwene tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír otra vez. La próxima vez que su amiga le pusiera encima las manos a Rand estaría demasiado ocupada buscando un rincón discreto para tener tiempo de enseñarle nada. Esto se parecía mucho a los viejos tiempos.

—Ahora que sois Aes Sedai podéis reuniros con él cuando gustéis. Nadie puede impedíroslo.

Hubo un rápido intercambio de miradas entre las dos mujeres.

—La Antecámara no permite a nadie que coja y se marche sin más —adujo Nynaeve—. Y, aun en el caso de que nos dejaran, hemos dado con algo que es más importante.

—Sí —asintió vigorosamente Elayne con la cabeza—. Opino lo mismo. Admito que lo primero que me vino a la cabeza cuando oí anunciar tu nombramiento como Amyrlin fue que ahora quizá Nynaeve y yo podíamos ir a buscarlo. Mejor dicho, lo segundo, porque lo primero fue experimentar una especie de estupefacción gozosa.

—¿Decís que habéis dado con algo pero que tenéis que encontrarlo? —Egwene parpadeó, desconcertada.

Sus dos amigas se echaron hacia adelante, excitadas, y respondieron con ansiedad y casi quitándose la palabra de la boca la una a la otra:

—Lo encontramos —empezó Elayne—, pero sólo en el *Tel'aran'rhiod.*

—Utilizamos la necesidad —añadió Nynaeve—, porque, ciertamente, *necesitábamos* algo.

—Es un cuenco —continuó la heredera del trono—, un *ter'angreal,* y creo que es lo bastante fuerte para cambiar el tiempo.

—Sólo que el cuenco está en alguna parte en Ebou Dar, en un sitio que es un espantoso laberinto de callejuelas sin letreros ni ningún otro tipo de indicación para orientarse. La Antecámara envió una carta a Merilille, pero ella jamás lo encontrará.

—Sobre todo teniendo en cuenta que se supone que está muy ocupada convenciendo a la reina Tylin de que la verdadera Torre está aquí.

—Les dijimos que hacía falta la participación de un hombre en el encauzamiento —suspiró Nynaeve—. Claro que eso fue antes de lo de Logain, aunque no creo que confíen en él para eso.

—En realidad no se precisa la intervención de un varón —aclaró Elayne—. Sólo pretendíamos hacerles creer que necesitaban a Rand. Ignoro cuántas mujeres se requieren para hacerlo funcionar. Tal vez un círculo completo de trece.

—Elayne afirma que es muy poderoso, Egwene. Podría hacer que el tiempo retornara a sus cauces normales. Daría por buena la búsqueda aunque sólo fuera para conseguir que mi percepción del tiempo volviera a ser como antes.

—El cuenco puede conseguirlo, Egwene. —Elayne intercambió una mirada feliz con Nynaeve—. Lo único que tienes que hacer es mandarnos a Ebou Dar.

El torrente de palabras cesó y Egwene se recostó en la silla.

—Haré cuanto esté en mi mano. Tal vez no haya objeciones ahora que sois Aes Sedai. —Tenía la sensación de que las habría, sin embargo. Ascenderlas a hermanas de derecho había sido un golpe audaz, pero empezaba a pensar que no iba a resultar tan sencillo.

—¿Lo que esté en tu mano? —repitió Elayne con incredulidad—. Eres la Sede Amyrlin, Egwene. Tienes el mando, y las Aes Sedai deben obedecerte prestamente. —Esbozó una rápida sonrisa—. Di «saltad» y te lo demostraré.

Egwene rebulló en los cojines e hizo un gesto de dolor.

—Sí, soy la Amyrlin, pero... Elayne, Sheriam no tiene que pensar mucho para recordar a una novicia llamada Egwene que miraba todo con ojos como platos y a la que se envió a rastrillar los paseos del Nuevo Jardín por comer manzanas después de la hora de acostarse. Se propone conducirme de la mano o, tal vez, agarrarme por la nuca y empujarme hacia donde

Librodot

quiera llevarme. Romanda y Lelaine querían ser Amyrlin y también ven a esa novicia en mí. Están tan dispuestas como Sheriam a marcarme cada paso que dé.

Nynaeve frunció el entrecejo, preocupada, pero Elayne era la viva imagen de la indignación.

—No puedes permitirles que se salgan con la suya y te mangoneen ni te... intimiden. Eres la Amyrlin. La Amyrlin le dice a la Antecámara lo que debe hacer, no al contrario. Tienes que plantar cara y hacer que vean a la Amyrlin.

La risa de Egwene tuvo un dejo de amargura. ¿De verdad había sido la noche anterior, hacía sólo unas cuantas horas, cuando estaba tan decidida a no dejar que la intimidaran?

—Eso costará un poco de tiempo, Elayne. Por fin he comprendido la razón de que me escogieran, ¿sabes? En parte, creo, es por Rand. Quizá piensan que se mostrará más dispuesto a avenirse a razones si me ve con la estola. Y en parte, principalmente, porque recuerdan a esa novicia. Una mujer, mejor dicho, una muchacha, que está tan acostumbrada a hacer lo que le mandan que no planteará problemas para actuar como ellas quieren. —Pasó los dedos por la estola de rayas que llevaba puesta—. En fin, sean cuales sean sus motivos, me eligieron Amyrlin y, una vez que lo han hecho, estoy decidida a serlo. Pero he de ir con cuidado, al menos al principio. Puede que Siuan consiguiera que la Antecámara diera un brinco cada vez que fruncía el ceño —se preguntó si aquello sería realmente cierto—; pero, si intento hacerlo yo, a buen seguro que paso a ser la primera Amyrlin depuesta al día siguiente de ser ascendida.

Elayne estaba atónita, pero Nynaeve asintió lentamente. Tal vez el haber sido Zahorí y tener que vérselas con el Círculo de Mujeres allí, en casa, le permitía entender mejor cómo funcionaban realmente las cosas entre la Sede Amyrlin y la Antecámara de la Torre que Elayne con toda su preparación para ser reina.

—Elayne, una vez que la noticia se propague y los dirigentes conozcan mi nombramiento, podré empezar a hacer entender a la Antecámara que han elegido una Amyrlin, no una marioneta, pero hasta entonces están en condiciones de quitar esta estola de mis hombros tan rápidamente como la han puesto. Me refiero a que si no soy realmente Amyrlin, entonces es sencillo echarme a un lado. Quizás habría algunos comentarios en contra, pero estoy convencida de que los aplacarían a no mucho tardar. Si alguien fuera de Salidar oyera que una tal Egwene al'Vere había sido nombrada Sede Amyrlin, sólo sería uno de esos peculiares rumores que surgen en torno a las Aes Sedai.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Elayne en voz baja—. Tú no lo aceptarás mansamente.

Aquello hizo sonreír a Egwene de buena gana. No era una pregunta, sino una afirmación categórica de algo indiscutible.

—No, claro que no. —Había escuchado algunas de las lecciones dadas por Moraine a Rand respecto al Juego de las Casas. En aquel momento había considerado el Juego absurdo y muy poco limpio. Ahora esperaba ser capaz de recordar todo lo escuchado. Los Aiel decían siempre: «Utiliza el arma que tienes»—. Tal vez ayude el que quieran conducirme con tres correas distintas. Puedo fingir que me tiran de una u otra, dependiendo de cuál se acerca más a lo que quiera yo. De vez en cuando podré hacer exactamente lo que desee, como lo de ascenderos a vosotras dos, pero todavía no muy a menudo. —Irguió los hombros y sostuvo firmemente las miradas de sus amigas.

»Me gustaría decir que os ascendí porque lo merecéis, pero lo cierto es que lo hice porque sois mis amigas y porque confío en que, como hermanas de pleno derecho, podáis ayudarme. Ciertamente no sé en quién más podría confiar excepto en vosotras dos. Os enviaré a Ebou Dar tan pronto como me sea posible, pero antes y después sois las únicas con quienes puedo discutir cosas. Sé que me diréis la verdad. Tal vez ese viaje a Ebou Dar tarde menos en llevarse a cabo de lo que podríais pensar. Las dos habéis realizado todo tipo de descubrimientos, según tengo entendido; pero, si soy capaz de resolver unos cuantos detalles sueltos, acaso también yo tenga uno de mi propia cosecha.

—Eso sería maravilloso —dijo Elayne, aunque daba la impresión de estar distraída.

CAPÍTULO 14

Cuando empieza la batalla

El silencio que se hizo era muy peculiar y Egwene no lo entendía en absoluto. Elayne miró a Nynaeve y después las dos bajaron la vista al fino brazalete de plata que la antigua Zahorí llevaba en la muñeca. Nynaeve alzó la vista hacia Egwene, con los ojos muy abiertos, y la bajó rápidamente al suelo.

—Tengo que hacer una confesión —musitó en un quedo susurro. No levantó el tono, pero las palabras salieron atropellándose—: He capturado a Moghedien. —Todavía con los ojos gachos, levantó la muñeca con el brazalete—. Esto es un *a'dam.* La retenemos prisionera con él y nadie lo sabe. Salvo Siuan, Leane y Birgitte. Y ahora tú.

—No tuvimos más remedio que hacerlo —intervino Elayne mientras se echaba hacia adelante con apremio—. La habrían ejecutado, Egwene. Sé que lo merece, pero su cabeza está llena de conocimientos, cosas que no habríamos imaginado ni en sueños. De ahí es de donde han salido todos nuestros «descubrimientos», excepto la Curación de Siuan y Leane por parte de Nynaeve y mis *ter'angreal.* ¡La habrían matado sin esperar a aprender nada!

Las preguntas giraban en la mente de Egwene vertiginosamente. ¿Que habían capturado a una de las Renegadas? ¿Cómo? ¿Que Elayne había creado un *a'dam*? Egwene se estremeció, incapaz casi de dirigir una mirada a esa cosa. No se parecía en nada a los *a'dam* que conocía más que de sobra. Aun así, ¿cómo se las habían arreglado para mantener oculta a una Renegada entre tantas Aes Sedai? ¡Una de las Renegadas, prisionera! No juzgada y ejecutada. Con lo desconfiado que se había vuelto Rand, si alguna vez llegaba a enterarse de eso no volvería a confiar en Elayne jamás.

—Traedla aquí —logró decir con voz hueca.

Nynaeve saltó de la silla y echó a correr. Los sonidos de la celebración, risas, música y canciones, entraron a raudales por la puerta un momento antes de que la cerrara de golpe al salir. Egwene se frotó las sienes. Una de las Renegadas.

—Es un terrible secreto que guardar —musitó.

Las mejillas de Elayne enrojecieron. ¿Por qué, en nombre de la Luz...? ¡Ah, claro!

—Elayne, no tengo intención de preguntar sobre... nadie de quien supuestamente no sé nada.

La joven rubia dio un brinco.

—Yo... Quizá pueda hablar de ello. Después. Mañana. Quizá. Egwene, tienes que prometerme que no le contarás nada a nadie a no ser que te diga que puedes hacerlo. Veas lo que... veas.

—Si es lo que quieres. —Egwene no entendía por qué su amiga estaba tan agitada. De verdad que no. Elayne tenía un secreto que ella compartía, pero sólo porque lo había descubierto por casualidad, y desde entonces ambas habían fingido que Elayne seguía siendo la única que lo sabía. Elayne había conocido a Birgitte, la heroína legendaria, en el *Tel'aran'rhiod;* quizá todavía se reunía con ella allí. Un momento ¿qué era lo que Nynaeve había dicho? Que Birgitte estaba enterada de lo de Moghedien. ¿Se había referido a la mujer que aguardaba en el *Tel'aran'rhiod* a que la llamada del Cuerno de Valere la hiciera regresar al mundo? ¿Que Nynaeve compartía el secreto que Elayne se había negado a admitir ante ella incluso cuando la pilló *in fraganti*? No. No quería convertir esto en una tanda de acusaciones

y desmentidos.

—Elayne, soy la Amyrlin, de verdad, y ya tengo planes. Las Sabias que encauzan ejecutan muchos de sus tejidos de manera diferente de las Aes Sedai. —Elayne estaba enterada de lo de las Sabias, aunque, ahora que lo pensaba, Egwene ignoraba si las Aes Sedai lo sabían también; mejor dicho, las otras Aes Sedai—. A veces lo que hacen es más complicado o más burdo, pero de vez en cuando es más sencillo de lo que nos han enseñado en la Torre y funciona igual de bien.

—¿Quieres que las Aes Sedai estudien con las Aiel? —Los labios de la heredera del trono se curvaron brevemente en una sonrisa divertida—. Egwene, jamás accederán a eso, ni aunque vivas un millar de años. Sin embargo, supongo que todas querrán hacer la prueba a las muchachas Aiel para convertirlas en novicias en el momento en que se enteren.

Egwene rebulló en los cojines, vacilante. Las Aes Sedai estudiando con las Sabias. ¿Como aprendizas? Eso no pasaría nunca, pero a Romanda y a Lelaine no les vendría mal aprender un poco del *ji'e'toh.* Y a Sheriam y a Myrelle y a... Encontró una forma más cómoda de sentarse y dejó de lado esas ideas absurdas.

—Dudo que las Sabias accedan a que las muchachas Aiel se hagan novicias. —Tal vez lo hubiesen hecho en otros tiempos, pero no ahora, desde luego. El trato de ahora era el más civilizado que Egwene esperaba de ellas hacia las Aes Sedai—. En lo que he pensado es en una especie de asociación. Elayne, hay menos de mil Aes Sedai. Si contamos las que quedan en el Yermo, creo que hay más Sabias que encauzan que Aes Sedai. Tal vez muchas más. En cualquier caso, no se les pasa por alto una sola joven que posea el don innato. —¿Cuántas mujeres habían muerto a este lado de la Pared del Dragón porque de repente pudieron encauzar, quizá sin darse cuenta en absoluto de lo que estaban haciendo y no tener a nadie que las enseñara?—. Quiero agrupar a más mujeres, Elayne. ¿Qué pasa con esas capacitadas para aprender pero a las que las Aes Sedai encontraron cuando ya se las consideraba demasiado mayores para convertirse en novicias? Pues yo digo que si quieren aprender hay que dejarles que lo intenten, aunque tengan cuarenta o cincuenta años o sus nietas tengan nietos.

Elayne rió con tantas ganas que se rodeó con los brazos, sujetándose los costados.

—Oh, Egwene, a las Aceptadas les «encantará» dar clase a unas novicias así.

—Pues tendrán que discurrir cómo hacerlo —repuso firmemente su amiga. No veía qué problema había en ello. Las Aes Sedai habían dicho siempre que una podía ser demasiado mayor para novicia, pero si esa mujer quería aprender... En realidad, ya habían cambiado de idea en parte; entre la multitud había visto rostros con más edad que Nynaeve sobre las ropas blancas de novicia—. La Torre ha sido siempre demasiado estricta en rechazar a la gente, Elayne. Si una no es bastante fuerte, la rechazan. Si se niega a pasar una prueba, la mandan a casa. Si falla una prueba, adiós. Deberían permitirles quedarse y aprender si ellas lo desean.

—Pero las pruebas son precisamente para asegurarse de que se es lo bastante fuerte —protestó Elayne—. No sólo en el Poder Único, sino como persona. Sin duda no querrás tener Aes Sedai que se vengan abajo en el momento en que se las someta a cierta presión, ¿verdad? O unas Aes Sedai apenas capaces de encauzar, ¿eh?

Egwene aspiró por la nariz sonoramente. A Sorilea la habrían echado de la Torre sin hacerle siquiera la prueba para Aceptada.

—Tal vez no puedan ser Aes Sedai, pero eso no significa que sean inútiles. Después de todo, se les da cierta instrucción para que manejen el Poder con discreción o de otro modo no les permitirían que abandonaran Tar Valon. Mi sueño es que todas las mujeres que pueden encauzar estén conectadas con la Torre de algún modo. Hasta la última.

—¿Las Detectoras de Vientos? —Elayne se encogió cuando Egwene asintió.

—No las has traicionado, Elayne. Me resulta increíble que hayan podido guardar su secreto durante tanto tiempo.

—En fin, lo hecho, hecho está. —La heredera del trono suspiró con fuerza—. No se puede volver a meter la miel en el panal, como dice Lini. Sin embargo, si a tus Aiel se les dan ciertas prerrogativas, las mujeres de los Marinos deberían tenerlas también. Que sean las

Detectoras de Vientos quienes enseñen a sus jóvenes. Ninguna Atha'an Miere deberá ser llevada a la Torre por las Aes Sedai, se pongan como se pongan.

—Trato hecho. —Egwene se escupió la palma de la mano y se la tendió a su amiga. Al cabo de un momento, ésta escupió en la suya y sonrió cuando se las estrecharon para cerrar el trato.

La sonrisa se desdibujó poco a poco.

—¿Tiene esto algo que ver con la amnistía de Rand, Egwene?

—En parte. Elayne, ¿cómo puede ese hombre ser tan...?

No había modo de terminar la frase y tampoco necesitaba contestación. La otra joven asintió con una cierta tristeza, ya fuera con comprensión o mostrando su acuerdo o ambas cosas.

La puerta se abrió y apareció una mujer corpulenta vestida con ropas de lana oscura; llevaba una bandeja en las manos con tres copas de plata y una jarra de vino de cuello largo, también de plata. Su rostro estaba ajado, como el de una campesina, pero sus oscuros ojos relucieron al observar a Egwene y a Elayne alternativamente. Egwene sólo dispuso de un momento para extrañarse de que la mujer llevara un ajustado collar de plata, en contraste con su sencillo y oscuro vestido, antes de que Nynaeve entrara tras ella y cerrara la puerta. Debía de haber corrido como el viento, porque había encontrado tiempo para cambiarse el vestido de Aceptada por otro de seda azul oscuro, bordado con volutas doradas en el cuello y en el repulgo. El escote no era tan bajo como los que Berelain lucía, pero aun así bastante más de lo que habría esperado ver en Nynaeve.

—Ésta es «Marigan» —dijo la antigua Zahorí mientras hacía un movimiento con la cabeza y se echaba la trenza sobre el hombro con la fácil soltura de la práctica. Su anillo de la Gran Serpiente brillaba en su mano derecha.

Egwene iba a preguntar por qué pronunciaba el nombre de la mujer con énfasis, pero de pronto se dio cuenta de que el collar de «Marigan» hacía juego con el brazalete que llevaba Nynaeve en la muñeca. No pudo evitar observarla de hito en hito. Desde luego, la mujer no tenía ni mucho menos el aspecto que uno esperaría que tuviese una Renegada. Así lo dijo, y Nynaeve se echó a reír.

—Observa, Egwene.

Ésta hizo algo más que observar; faltó poco para que se levantara de un salto y abrazó el *Saidar.* No bien acababa de hablar Nynaeve, el fulgor dorado envolvió a «Marigan». Sólo fue durante un instante, pero antes de que se apagara, la mujer del sencillo vestido de lana experimentó un cambio absoluto. De hecho, fueron cambios muy pequeños, pero en conjunto hicieron una mujer distinta, atractiva más que hermosa aunque ni por asomo ajada; una mujer que era orgullosa, incluso regia. Sólo los ojos continuaron igual, relucientes, pero por mucho que la mirada fuera huidiza a Egwene no le costó admitir que ésta era Moghedien.

—¿Cómo? —fue todo cuanto pudo decir. Escuchó atentamente las explicaciones de Nynaeve y Elayne sobre tejer disfraces e invertir urdimbres, pero en todo momento estuvo observando a la Renegada. Era orgullosa, indiscutiblemente; y muy pagada de sí misma, ufana de volver a ser ella misma.

—Devuélvele el aspecto de antes —instó Egwene cuando hubieron acabado las explicaciones. De nuevo el brillo del *Saidar* duró sólo unos instantes y, una vez que se apagó, no quedaron tejidos que Egwene pudiera ver. Moghedien volvía a ser una campesina, sencilla y ajada, que había llevado una vida dura y aparentaba más edad de la que tenía. Aquellos negros ojos centellearon al mirar a Egwene, rebosantes de odio y quizá también de aborrecimiento hacia sí misma.

Al darse cuenta de que todavía abrazaba el *Saidar,* Egwene se sintió como una estúpida durante un momento. Ni Nynaeve ni Elayne habían entrado en contacto con la Fuente. Claro que Nynaeve llevaba ese brazalete. Egwene se puso de pie sin quitar un instante los ojos de la Renegada y tendió la mano hacia su amiga. Curiosamente, la antigua Zahorí parecía ansiosa de quitarse el brazalete, cosa que Egwene entendía muy bien.

Librodot

—Deja la bandeja en la mesa, Marigan —indicó Nynaeve al tiempo que le entregaba el brazalete a Egwene—. Y compórtate lo mejor que puedas. Egwene ha estado viviendo con los Aiel.

La nueva Amyrlin giró la joya entre sus dedos para examinarla, procurando no temblar. Un trabajo muy ingenioso, dividido en segmentos tan hábilmente que daba la impresión de ser una única pieza. Una vez ella había estado al otro extremo de un *a'dam,* un artilugio seanchan con una cadena plateada que unía el collar con el brazalete, pero era lo mismo. El estómago se le revolvió de un modo que no había experimentado cuando se enfrentó a la Antecámara o a la multitud; se le agarrotó como si tratara de compensar el permanecer estable antes. Con deliberada lentitud, Egwene se puso el artilugio de plata en la muñeca. Tenía cierta idea de las sensaciones que percibiría, pero aun así faltó poco para que diese un brinco. Las emociones de la otra mujer se revelaron claramente ante ella, así como su estado físico, todo agrupado en una zona parapetada de su cerebro. Sobre todo había un miedo latente, pero el autodesprecio que creía haber advertido en sus ojos emergía casi con igual intensidad. A Moghedien no le gustaba su actual apariencia; quizá le desagradaba especialmente después de una breve vuelta a la suya propia.

Egwene consideró quién era la persona a la que estaba mirando: una de las Renegadas; una mujer cuyo nombre se había utilizado durante siglos para asustar a los niños; una mujer cuyos crímenes merecían cien veces la muerte. Pensó en los conocimientos albergados en esa cabeza. Se forzó a sonreír; no era una sonrisa agradable. No tenía intención de que lo fuese, pero dudaba de haberlo conseguido en caso de intentarlo.

—Tienen razón. He vivido una temporada con los Aiel; de modo que, si estás pensando que seré tan afable como Nynaeve y Elayne, quítatelo de la cabeza. Da un solo paso en falso conmigo, y haré que me supliques que te mate. Sólo que no lo haré. Y me encargaré de encontrar un modo de conseguir que ese rostro que ahora luces sea permanente. Por otro lado, si haces algo más que dar un paso en falso... —Ensanchó la sonrisa hasta enseñar los dientes como una fiera amenazadora.

La sensación de miedo se volvió tan intensa que ahogó todas las demás y se acumuló contra el parapeto. De pie ante la mesa, Moghedien se aferraba la falda con las manos tan crispadas que tenía blancos los nudillos y los temblores la sacudían visiblemente. Nynaeve y Elayne miraban a Egwene como si la vieran por primera vez. Luz, ¿acaso esperaban que se mostrara amable con una Renegada? Sorilea habría atado a un poste a esa mujer al sol para hacerla entrar en vereda, si es que no la degollaba, sin darle más vueltas al asunto.

Se acercó más a Moghedien. La otra mujer era más alta, pero reculó contra la mesa, tirando las copas y haciendo que el jarro se zarandeara. La nueva Amyrlin dio un tono frío a su voz al hablar, y no tuvo que hacer ningún esfuerzo para conseguirlo:

—El día que descubra que has dicho una mentira será el de tu ejecución. Por mi propia mano. ¿Queda claro? Ahora, respóndeme. He considerado la posibilidad de viajar de un sitio a otro abriendo un agujero, por decirlo de algún modo, desde el punto de partida al de destino. Un agujero a través del Entramado, de modo que no haya distancia entre un punto y otro. ¿Funcionaría eso?

—En absoluto, ni para vos ni para ninguna mujer —respondió Moghedien, rápidamente y entre jadeos. El miedo que bullía en su interior se reflejaba con total claridad en su semblante ahora—. Así es como los varones realizan el Viaje. —Era obvio; que estaba hablando de uno de los Talentos perdidos—. Si lo intentáis, seréis arrastrada hacia... Ignoro lo que es. El espacio entre los hilos del Entramado, tal vez. No creo que vivieseis mucho tiempo. Y sé que jamás regresaríais.

—El Viaje —masculló con malhumor Nynaeve—. ¡Nunca hemos pensado en eso!

—No, no lo hicimos. —Elayne no parecía más complacida consigo misma que Nynaeve—. Me pregunto qué más no nos habremos planteado nunca.

—Entonces ¿cómo? —inquirió suavemente Egwene, haciendo caso omiso de sus amigas. Un tono de voz quedo siempre daba mejor resultado que gritar.

Librodot

Aun así, Moghedien se encogió como si le hubiese chillado.

—Hacéis los dos sitios idénticos en el Entramado. Puedo mostraros cómo. Me cuesta un poco de trabajo debido al... collar, pero puedo...

—¿Así? —dijo Egwene al tiempo que abrazaba el *Saidar* y tejía flujos de Energía. Esta vez no trataba de tocar el Mundo de los Sueños, pero esperaba algo muy semejante si funcionaba. Lo que obtuvo resultó muy distinto.

La sutil cortina que tejió no produjo el efecto titilante y sólo duró un momento antes de fundirse repentinamente en una línea vertical que de pronto fue una hendidura de luz azul plateada. La propia luz se ensanchó rápidamente —o quizás giró; ésa era la impresión que le dio a Egwene— abriéndose a... algo. Allí, en medio del suelo, había un... acceso, en nada parecido a la vista borrosa que había tenido del *Tel'aran'rhiod* desde su tienda, una puerta a un paisaje abrasado por el sol que hacía que la sequía de aquí pareciese un vergel en comparación. Las agujas de piedra y los escarpados riscos se alzaban sobre un llano polvoriento de arcilla amarilla, surcado por fisuras y salpicado de unos pocos arbustos de apariencia espinosa incluso a distancia.

Egwene estuvo a punto de quedarse boquiabierta. Aquello era el Yermo de Aiel, a mitad de camino entre el dominio Peñas Frías y el valle de Rhuidean, un punto donde era muy improbable que hubiese alguien a quien ver —o herir; las precauciones de Rand con ese cuarto especial en el Palacio del Sol le habían servido como sugerencia para tomar las mismas medidas preventivas— pero sólo había esperado vislumbrarlo a través de una cortina rutilante.

—¡Luz! —exclamó Elayne—. ¿Sabes cómo lo has hecho, Egwene? ¿Lo recuerdas? Creo que puedo hacerlo. Si repites el tejido estoy segura de que me acordaré.

—¿Acordarte de qué? —gimió prácticamente Nynaeve—. ¿Cómo lo ha hecho? ¡Oh, este condenado bloqueo! Elayne, dame una patada en el tobillo, por favor.

El rostro de Moghedien estaba paralizado; la incertidumbre emergía a través del brazalete casi con tanta intensidad como el miedo. Interpretar emociones no se parecía en nada a leer palabras escritas en una hoja, pero esas dos sensaciones eran obvias.

—¿Quién...? —La Renegada se lamió los labios—. ¿Quién os enseñó eso?

Egwene sonrió del mismo modo que había visto hacer a las Aes Sedai; al menos, esperaba que el gesto transmitiera misterio.

—Nunca des por hecho que ignoro la respuesta de lo que te pregunto —replicó fríamente—. Recuerda, si me mientes una sola vez... —De repente cayó en la cuenta de cómo debía de sonar eso a sus amigas. Ellas habían capturado a la mujer, la habían retenido prisionera en las circunstancias más difíciles, le habían extraído todo tipo de información. Se volvió hacia Elayne y Nynaeve y soltó una risita arrepentida—. Lo lamento. No tenía intención de asumir el control.

—¿Y por qué ibas a lamentarlo? —Elayne sonreía de oreja a oreja—. Se supone que tienes que tomar el mando, Egwene.

Nynaeve se dio un tirón de la trenza y después le asestó una mirada furibunda.

—¡Parece que nada funciona! ¿Por qué no consigo ponerme furiosa? Oh, puedes quedarte con ella para siempre por lo que a mí respecta. De todos modos no podríamos llevarla a Ebou Dar. ¿Por qué no me enfado? ¡Oh, maldita sea mi alma! —Sus ojos se desorbitaron al darse cuenta de lo que había dicho y se tapó la boca con la mano.

Egwene echó una mirada a Moghedien. La mujer se afanaba en poner las copas de pie otra vez y a servir en ellas un vino con aroma a especias dulces, pero algo le había llegado a través del brazalete mientras Nynaeve hablaba. ¿Conmoción, quizá? Tal vez prefería al ama que conocía ya a otra que la amenazaba de muerte nada más abrir la boca. Sonó una llamada firme en la puerta, y Egwene soltó con premura el *Saidar,* de modo que la abertura al Yermo desapareció.

—Adelante.

Siuan sólo dio un paso dentro del estudio antes de pararse en seco y abarcar de una sola ojeada a Moghedien, el brazalete en la muñeca de Egwene, a Nynaeve y a Elayne. Cerró la

Librodot

puerta e hizo una reverencia tan mínima que en nada tenía que envidiar a las de Romanda o Lelaine.

—Madre, vengo a instruiros en la etiqueta, pero si queréis que vuelva más tarde... —Sus cejas se enarcaron en un tranquilo gesto interrogante.

—Vete —ordenó Egwene a Moghedien. Si Nynaeve y Elayne la dejaban moverse suelta por ahí entonces es que el *a'dam* debía de limitarla de algún modo, si no más que una con una correa. Toqueteó el artilugio; aunque odiaba esa cosa se proponía llevarlo puesto día y noche. Luego añadió—: Pero estáte dispuesta a acudir en cualquier momento. Doy el mismo trato a un intento de huida que a una mentira. —El miedo fluyó a raudales por el *a'dam* mientras Moghedien se apresuraba a salir. Eso podía acabar siendo un problema. ¿Cómo se las habían arreglado Nynaeve y Elayne para aguantar esos torrentes de terror? En fin, ése era un asunto del que ocuparse después.

Se volvió hacia Siuan y cruzó los brazos bajo el pecho.

—No os esforcéis, Siuan. Lo sé todo. Hija.

La mujer ladeó la cabeza.

—A veces el saber cosas no es una ventaja ni mucho menos. A veces sólo significa compartir el peligro.

—¡Siuan! —exclamó Elayne con un tono entre escandalizado y de represión. Para sorpresa de Egwene, la otra mujer hizo algo que jamás pensó que vería hacer a Siuan Sanche: enrojeció.

—No podéis esperar que me convierta en otra mujer completamente distinta de un día para otro —rezongó malhumorada.

Egwene suponía que Nynaeve y Elayne podían prestarle ayuda para hacer lo que debía hacer; pero, si de verdad iba a ser la Amyrlin, tenía que hacerlo sola.

—Elayne, sé que querrás quitarte ese vestido de Aceptada cuanto antes. ¿Por qué no vas a cambiarte? Después mira a ver qué más puedes descubrir sobre Talentos perdidos. Nynaeve, lo mismo te digo.

Las dos nuevas Aes Sedai intercambiaron una mirada y después volvieron los ojos hacia Siuan. A continuación se levantaron de las sillas e hicieron unas reverencias impecables.

—Como ordenes, madre —musitaron respetuosamente al mismo tiempo.

No hubo señales de que tal cosa causara alguna impresión en Siuan, quien permaneció observando a Egwene con una expresión irónica mientras las otras dos mujeres se marchaban.

Egwene abrazó el *Saidar* de nuevo, brevemente, para desplazar su silla a su lugar detrás de la mesa; acto seguido se ajustó el chal y tomó asiento.

—Os necesito —dijo al cabo—. Sabéis lo que es ser Amyrlin, lo que se puede hacer y lo que no. Conocéis a las Asentadas, lo que piensan, lo que quieren. Os necesito y estoy decidida a obtener esa ayuda. Sheriam, Romanda y Lelaine pueden pensar que todavía llevo el blanco de una novicia debajo de esta estola, puede que lo piensen todas, pero vos vais a ayudarme a demostrarles que están equivocadas. No os lo estoy pidiendo, Siuan. Tendré vuestra ayuda. Punto. —Ahora sólo le quedaba esperar.

Siuan la observó unos instantes; después sacudió levemente la cabeza y rió bajito.

—Han cometido un gran error, ¿verdad? Claro que yo fui la primera que cayó en él. El pequeño y gordito bagre para la cena resulta que es un cazón vivo y tan largo como mi pierna. —Extendió los vuelos de la falda e hizo una profunda reverencia al tiempo que inclinaba la cabeza—. Madre, por favor permitidme servir y aconsejar.

—Siempre y cuando comprendáis que sólo es aconsejar, Siuan. Ya tengo a mi alrededor a demasiada gente convencida de que puede atarme cordeles a los brazos y las piernas y tirar de ellos como si fuera una marioneta. No pienso aguantar eso de vos.

—Antes me ataría esos cordeles a mí misma —respondió secamente Siuan—. Nunca me gustasteis realmente, ¿sabéis? Tal vez porque veía mucho de mí misma en vos.

—En ese caso —replicó Egwene en un tono igualmente seco—, podéis llamarme Egwene. Y nos tutearemos. Cuando estemos solas. Y ahora siéntate y dime por qué la

Antecámara sigue parada aquí y cómo puedo hacer que se ponga en movimiento.

Siuan empezó a arrimar una de las sillas antes de recordar que podía moverla con el *Saidar* ahora.

—Siguen aquí sin dar un paso porque en el momento en que lo hagan la Torre Blanca estará definitivamente dividida. En cuanto a cómo empujarlas para que se muevan, mi consejo es...

Tardó un buen rato en exponer sus ideas. Algunas coincidían con las que Egwene había pensado ya y todas parecían buenas.

En su cuarto de la Torre Chica, Romanda sirvió té de menta para las otras tres Asentadas que la acompañaban, de las cuales sólo una era Amarilla. La habitación estaba en la parte trasera del edificio, pero los sonidos de la celebración llegaban hasta allí; Romanda hizo caso omiso de ellos con estudiada indiferencia. Estas tres mujeres habían estado dispuestas a apoyarla para ser ascendida a Sede Amyrlin; votar por la muchacha había tenido por fin evitar que Lelaine fuera nombrada tanto o más que por cualquier otra razón. Lelaine montaría en cólera si lo supiera. Ahora que Sheriam tenía a su niña Amyrlin instalada, estas tres mujeres seguían bien dispuestas a escucharla a ella. Sobre todo después del asunto de ascender Aceptadas al chal por decreto. Eso tenía que ser obra de Sheriam; ella y su pequeña camarilla habían mimado a las cuatro; suya había sido la idea de situar a Theodrin y a Faolain por encima de las otras Aceptadas y también habían sugerido lo mismo para Elayne y Nynaeve en cierto momento. Romanda frunció el entrecejo, preguntándose dónde se habría metido Delana, pero de todos modos empezó sin ella, después de proteger la habitación con un escudo de *Saidar* que impedía que las escucharan a escondidas. Delana tendría que ponerse al corriente cuando se incorporase a la reunión. Lo importante era que Sheriam iba a descubrir que no había conseguido tanto poder como pensaba al apropiarse del puesto de Guardiana.

En una casa al otro lado de Salidar, Lelaine servía vino frío a cuatro Asentadas, de las que sólo una pertenecía, como ella, al Ajah Azul. El *Saidar* se tejía alrededor del cuarto para evitar que se oyera su conversación. Los ruidos de la celebración la hicieron sonreír. Las cuatro mujeres que la acompañaban le habían sugerido que intentara acceder al puesto de Amyrlin y a ella no le desagradaba la idea, pero un fracaso habría significado que Romanda fuera ascendida, algo que le habría dolido tanto como estar exiliada. Romanda rechinaría los dientes si alguna vez se enteraba de que todo este grupo había votado a favor de la pequeña con tal de impedir que la estola fuera a parar a sus hombros. Sin embargo, el motivo de la reunión era discutir cómo menguar la influencia de Sheriam ahora que se las había ingeniado para apoderarse de la estola de Guardiana. ¡Como lo de esa farsa de ascender Aceptadas a Aes Sedai por decreto de la chica! Sheriam debía de haberse vuelto loca. A medida que la conversación avanzó, Lelaine empezó a preguntarse dónde se habría metido Delana. Ya tendría que estar allí.

Delana estaba sentada en su cuarto, mirando fijamente a Halima, que se había acomodado al borde de la cama. El nombre de Aran'gar no debía utilizarse nunca; a veces a Delana le daba miedo incluso que Halima se enterara de que lo pensaba siquiera. La salvaguarda contra oídos indiscretos era pequeña y protegía únicamente a las dos mujeres.

—Esto es una locura —logró decir al fin—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Si sigo dando mi apoyo a todas las facciones acabarán por pillarme antes o después!

—Todos debemos correr algún riesgo. —La firmeza de la voz de la otra mujer desmentía la sonrisa de aquella boca exuberante—. Y seguirás presionando para que se amanse de nuevo a Logain. O eso o matarlo. —Una leve mueca hizo que, curiosamente, la mujer pareciese más bella de algún modo—. Si alguna vez lo sacan de esa casa, me ocuparé personalmente de él.

Delana no imaginaba cómo podría hacerlo, pero no pondría en duda la capacidad de esta mujer hasta que fracasara.

—Lo que no entiendo es por qué te da tanto miedo un hombre al que seis hermanas tienen aislado con un escudo de sol a sol.

Los verdes ojos de Halima ardían de furia cuando la mujer se incorporó bruscamente.

—¡No le tengo ningún miedo! ¡Y más te vale no sugerirlo siquiera! Quiero a Logain amansado o muerto y no tengo que darte más explicaciones. ¿Hablo con suficiente claridad?

No por primera vez, Delana consideró la opción de matar a la otra mujer, pero, como siempre, tenía la completa seguridad de que sería ella la que acabaría muerta. De algún modo, Halima sabía cuándo abrazaba el *Saidar* aunque ella no pudiera encauzar. Lo peor de todo era la posibilidad de que, puesto que la necesitaba, Halima no la mataría. Delana no sabía qué haría con ella en cambio, pero la mera vaguedad de la amenaza la hacía estremecerse. Tendría que ser capaz de matar a esa mujer allí, en ese mismo momento.

—Sí, Halima —contestó sumisamente, y se odió por ello.

—Muy amable, gracias —murmuró Siuan mientras sostenía su taza para que Lelaine añadiera un chorrito de brandy en el té. El sol empezaba a meterse por el horizonte, otorgando a la luz una tonalidad rojiza, pero en las calles continuaba la algarabía—. No os imagináis lo agotador que es tratar de enseñar etiqueta a esa chica. Parece pensar que mientras actúe como una «Zahorí» de su tierra todo irá bien. Supone que la Antecámara es algo así como el Círculo de Mujeres, sea lo que sea eso.

Lelaine chasqueó la lengua comprensivamente y tomó un poco de té.

—¿Y decís que se quejaba de Romanda?

—Sí. —Siuan se encogió de hombros—. Algo sobre la insistencia de Romanda en que sigamos paradas aquí en lugar de marchar hacia Tar Valon, por lo que pude entender. Luz, esa chica tiene un temperamento peor que el de una gaviota en la estación de apareamiento. Estuve tentada de cogerla por los hombros y sacudirla, pero, naturalmente, ahora lleva la estola. En fin, una vez que termine mis lecciones, he acabado con ella. ¿Recordáis cuando...?

Sonriendo para sus adentros, Siuan observó cómo Lelaine se tragaba todo junto con el té. Sólo la primera frase era realmente importante. Lo del temperamento había sido un añadido de su cosecha, pero con ello quizás algunas de las Asentadas se andarían con más cuidado al tratar con Egwene. Además, sospechaba que seguramente era verdad. Nunca volvería a ser Amyrlin y estaba bastante segura de que tratar de manipular a la joven sería tan fútil como lo había sido intentarlo con ella misma, e igualmente doloroso. Sin embargo, enseñar a una Amyrlin a ser una Amyrlin... Estaba ansiosa por ponerse a la tarea, más de lo que lo había estado por ninguna otra cosa desde hacía mucho tiempo. Egwene al'Vere sería una Amyrlin que haría temblar a los tronos.

—Pero ¿y mi bloqueo? —preguntó Nynaeve

Romanda la miró ceñuda. Estaban en el cuarto que ocupaba Romanda en la Torre Chica y allí era donde se suponía que tenía que tratarla de acuerdo con el programa fijado por las Amarillas. La música y las risas del exterior parecían irritar a la mujer.

—No estabas tan ansiosa antes. He sabido que le dijiste a Dagdara que también eras Aes Sedai y que podía buscar un lago y meter la cabeza en él.

Nynaeve se puso roja como la grana. Debía controlar su genio, que no interfiriese.

—Quizá me he dado cuenta de que ser Aes Sedai no significa que pueda encauzar con más facilidad que antes.

—Aes Sedai —resopló Romanda con desdén—. Te queda mucho trecho que recorrer para llegar a eso, aunque te... Vale, de acuerdo. Haremos algo que no hemos intentado nunca. Brinca en un solo pie. Y habla al mismo tiempo. —Tomó asiento en un sillón tallado que había cerca de la cama, sin que se suavizara su ceño—. Algún chismorreo, digamos. Habla de cosas sin importancia. Por ejemplo, ¿de qué dijo la Amyrlin que Lelaine quería hablar con ella?

Por un instante Nynaeve la miró indignada. ¿Saltar sobre un pie? ¡Eso era ridículo! Claro que no estaba allí realmente por lo de su bloqueo. Se remangó la falda y empezó a

Librodot

brincar.

—Egwene... la Amyrlin... no dijo mucho. Algo sobre... tener que quedarnos... en Salidar... —Más valía que esto funcionara o Egwene iba a escuchar unas cuantas palabras muy bien escogidas, ni que fuera Amyrlin ni que no.

—Creo que éste funcionará mejor, Sheriam —dijo Elayne al tiempo que tendía un anillo retorcido y con motitas hecho de lo que esa misma mañana era simple piedra. A decir verdad, no difería de los otros que había hecho. Las dos mujeres estaban apartadas de la muchedumbre, a la entrada de un angosto callejón iluminado por el rojizo sol. A sus espaldas sonaban las notas de violines y flautas.

—Gracias, Elayne. —Sheriam guardó el *ter'angreal* en la bolsita del bolsillo sin mirarlo siquiera. Elayne había pillado a Sheriam en una pausa entre baile y baile; tenía el rostro un poco encendido bajo toda su fría calma de Aes Sedai, pero los ojos color verde claro, que habían hecho temblar las rodillas de Elayne cuando era novicia, estaban clavados en los suyos—. ¿Por qué tengo la sensación de que esto no es la única razón de que hayas venido a verme?

Elayne hizo una mueca mientras le daba vueltas al anillo de la Gran Serpiente en su mano derecha. Su mano derecha; sólo tenía que recordar que ahora también era Aes Sedai.

—Es Egwene. La Amyrlin, supongo que debería decir. Está preocupada, Sheriam, y confiaba en que pudieseis ayudarla. Sois la Guardiana y no sabía a quién más acudir. No he conseguido sacarle todo con claridad. Ya conocéis a Egwene; no se quejaría aunque le hubiesen cortado un pie. Es por Romanda, creo, aunque a quien mencionó fue a Lelaine. Una o las dos han estado calentándole los oídos respecto a permanecer aquí, en Salidar, de no movernos todavía porque es demasiado peligroso.

—Ése es un buen consejo —manifestó lentamente Sheriam—. Respecto a lo de peligroso, no lo sé, pero yo le daría el mismo consejo.

Elayne abrió los brazos con las palmas hacia arriba en un gesto de impotencia.

—Lo sé. Me dijo que lo hicisteis, pero... En fin, no lo admitió abiertamente, pero me parece que la asustan un poco esas dos. Sé que es la Amyrlin ahora, pero creo que la hacen sentirse como una novicia. Me da la impresión de que tiene miedo de que, si hace lo que quieren, aunque se trate de un buen consejo, esperarán que haga lo mismo la próxima vez. Creo... Oh, Sheriam, tiene miedo de ser incapaz de decir «no» la próxima vez si ahora dice «sí». Y... y también a mí me da miedo que ocurra eso. Sheriam, ella es la Sede Amyrlin; no debería estar dominada por Romanda o por Lelaine o por nadie. Sois la única que puede ayudarla. Ignoro cómo, pero sólo vos podéis.

Sheriam guardó silencio tanto tiempo que Elayne empezó a pensar que la otra mujer iba a decirle que todo aquello era absurdo.

—Haré cuanto esté en mi mano —respondió al cabo Sheriam.

Elayne reprimió un suspiro de alivio antes de caer en la cuenta de que habría dado lo mismo si lo hubiese soltado.

Egwene se echó hacia adelante, apoyando los brazos en los costados de la bañera de cobre y se dejó arrullar por la cháchara de Chesa mientras la mujer le frotaba la espalda. Había soñado con darse un baño de verdad, pero, de hecho, encontrarse sentada en agua jabonosa, perfumada con aceites aromáticos, resultaba extraño después de las tiendas de vapor Aiel. Había dado sus primeros pasos como Amyrlin, reuniendo a sus reducidas tropas e iniciado el ataque contra un enemigo mucho más numeroso. Recordaba haber oído decir a Rhuarc una vez, que cuando la batalla empieza, el jefe de combate ya no tiene realmente control sobre los acontecimientos. Ahora lo único que podía hacer era esperar.

—Aun así —musitó—, creo que las Sabias estarían orgullosas de mí.

Librodot

CAPÍTULO 15

Un frío repentino

El ardiente sol todavía ascendía a su espalda, y Mat se alegró de que su sombrero de ala ancha le diera un poco de sombra en la cara. El aspecto de ese bosque altaranés era el deslucido y mustio de la estación invernal aunque más seco de lo que sería lógico; cedros, alerces y otras especies perennes aparecían marchitos, en tanto que robles, fresnos y alcornoques estaban desnudos de hojas. Cuando aún no era mediodía y las peores horas de calor estaban por llegar, la temperatura era ya como la de un horno. Mat llevaba la chaqueta echada sobre las alforjas, pero el sudor le pegaba la fina camisa al cuerpo. Los cascos de *Puntos* hacían crujir los helechos muertos y las hojas caídas sobre la espesa capa de mantillo, un sonido que era la música de fondo en el avance de la Compañía. Apenas se veían pájaros, alguno que otro centelleo de color entre las ramas, y ni una sola ardilla. Sin embargo abundaban moscas y bitemes, como si fuera pleno verano en lugar de faltar menos de un mes para la Fiesta de las Luces. En realidad no era distinto de lo que había visto allá, en el Erinin, pero encontrarse con lo mismo aquí lo ponía nervioso. ¿Es que todo el mundo estaba quemándose al sol?

Aviendha caminaba a largas zancadas junto a *Puntos,* con el hatillo a la espalda, en apariencia indiferente a los árboles moribundos o a las molestas moscas, y haciendo mucho menos ruido que el caballo a pesar de ir con falda. Los ojos de la Aiel escudriñaban los árboles de los alrededores como si no se fiara de que los exploradores de la Compañía ni los batidores que marchaban a los flancos fueran capaces de evitar que cayeran en una emboscada. No había aceptado subir al caballo una sola vez, cosa que tampoco él esperaba que hiciese al ver lo que los Aiel pensaban sobre cabalgar, pero tampoco había causado problemas, a no ser que ponerse a afilar su cuchillo cada vez que paraban pudiera considerarse una provocación. Estaba el incidente con Olver, por supuesto. Montado en el castrado gris de paso brioso que Mat le había escogido de entre los caballos de refresco, Olver no dejaba de vigilarla con desconfianza. Había intentado clavarle su cuchillo la segunda noche al tiempo que gritaba algo de que los Aiel habían matado a su padre. Ni que decir tiene que Aviendha lo había desarmado sin problemas; pero, aun después de que Mat le atizara un cachete e intentara explicar la diferencia entre los Shaido y los otros Aiel —algo que tampoco él tenía muy claro—, Olver continuó asestando constantemente miradas furibundas a Aviendha. No le gustaban los Aiel. En cuanto a Aviendha, daba la impresión de que Olver la inquietaba, lo que para Mat era del todo incomprensible.

Los árboles eran suficientemente altos para dejar que corriera algo de brisa bajo el poco denso dosel de las copas, pero el estandarte de la Mano Roja colgaba fláccido, al igual que los otros dos que habían vuelto a sacar una vez que Rand los hizo pasar a través de aquel acceso a un amplio claro envuelto en la oscuridad de la noche: un estandarte del Dragón, con la figura roja y dorada medio oculta en los pliegues blancos; y uno de esos que la Compañía había dado en llamar la bandera del al'Thor, el antiguo símbolo Aes Sedai que también, afortunadamente, quedaba oculto en los pliegues de la fláccida tela. Un portaestandarte veterano y canoso llevaba la Mano Roja; era un tipo de ojos pequeños y con más cicatrices que Daerid, que de hecho insistía en cargar con la enseña un trecho cada día, algo que pocos portaestandartes hacían. Talmanes y Daerid habían designado a hombres del segundo escuadrón para llevar las

otras dos, unos hombres jóvenes sin experiencia que habían demostrado ser lo suficientemente tranquilos para cargarlos con una pequeña responsabilidad.

Llevaban tres días cruzando Altara por terrenos boscosos, y no habían visto a un solo seguidor del Dragón —ni a ninguna otra persona, dicho sea de paso—, y Mat confiaba en que la cosa siguiera igual al menos durante esa cuarta jornada antes de llegar a Salidar. Aparte de las Aes Sedai, se le planteaba el problema de cómo impedir que Aviendha le saltara al cuello a Elayne. Mat estaba convencido de saber el motivo de que la Aiel no dejara de amolar su cuchillo, cuyo filo brillaba como gemas a estas alturas. Mucho se temía que iba a acabar conduciendo a la Aiel a Caemlyn bajo vigilancia, con la jodida heredera del trono exigiendo que la colgara durante todo el camino. ¡Rand y sus puñeteras mujeres! A su modo de ver, cualquier cosa que retrasara la marcha de la Compañía, evitándole el guisado que esperaba se organizaría en Salidar, era bienvenida. Acampar temprano y reanudar el viaje tarde era una ayuda; como también lo eran las carretas de suministros que venían en la retaguardia, ya que avanzaban lentamente a través del bosque. Pero en realidad la Compañía podía cabalgar despacio sólo hasta un punto. Seguro que a no mucho tardar Vanin encontraría algo.

Como si lo hubiese invocado al pensar su nombre, el gordo explorador apareció entre los árboles un poco más adelante, con otros cuatro jinetes. Cuando había salido antes del amanecer iba acompañado por seis.

Mat levantó el brazo para detener la marcha y los murmullos recorrieron la columna. Su primera orden al cerrarse el acceso había sido «nada de tambores ni flautas ni jodidos cantos», y si al principio hubo algunas malas caras, después del primer día en aquel terreno boscoso, donde nunca se veía con claridad a más de cien pasos y rara vez a tanta distancia, nadie hizo la menor objeción.

Apoyando la lanza cruzada sobre la silla, Mat aguardó hasta que Vanin sofrenó su montura y saludó llevándose la mano a la sien.

—¿Las has encontrado?

El hombre calvo se ladeó en la silla para escupir por una mella de su dentadura. Sudaba tan profusamente que daba la impresión de que iba a derretirse en cualquier momento.

—Las he encontrado. A unos diez o quince kilómetros al oeste. Hay Guardianes en esos bosques. Vi a uno que cazó a Mar; salió de la nada, con una de esas capas, y lo desmontó. Le dio un buen repaso, pero no lo mató. Espero que el que Ladwin no haya dado señales de vida no se deba a lo mismo.

—Así que saben que estamos aquí. —Mat aspiró profundamente por la nariz. No esperaba que ninguno de los dos hombres ocultara información alguna a los Guardianes y menos a las Aes Sedai. Claro que, después de todo, las Aes Sedai tenían que enterarse antes o después. Sólo que él había confiado en que lo descubrieran cuanto más tarde mejor. Descargó un manotazo sobre un tábano, pero el insecto se alejó zumbando y dejó un punto de sangre en su muñeca—. ¿Cuántas?

—Más de las que imaginé que vería. —Vanin volvió a escupir—. Entré en el pueblo a pie y había rostros Aes Sedai por todas partes. Doscientas o trescientas, tal vez. Puede que cuatrocientas. No quería llamar la atención por ir contando. —Antes de que Mat tuviese tiempo de recobrarse de esta impresión, el explorador soltó otra información conmocionante—. También tienen un ejército, principalmente acampado en el norte. Más hombres de los que están a vuestro mando. Quizás el doble.

Talmanes, Nalesean y Daerid se habían acercado mientras tanto, sudorosos y espantando moscas y bitemes a manotazos.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Mat, a lo que respondieron con graves asentimientos de cabeza. Todo eso de su suerte en la batalla estaba muy bien, pero verse superados en dos a uno, con cientos de Aes Sedai tomando parte en la fiesta, podía resultar demasiado por mucho que le sonriera la fortuna—. Bien. No estamos aquí para luchar —les recordó, aunque las caras largas no desaparecieron. Para ser sincero, su comentario tampoco lo hizo sentirse mejor. Lo que contaba era si las Aes Sedai querían que ese ejército suyo luchara o no. La

decisión era de ellas.

—Que la Compañía se prepare para un ataque —ordenó—. Despejad todo el terreno que podáis y utilizad los troncos para levantar barricadas. —Talmanes torció el gesto casi tanto como Nalesean; les gustaba estar montados y moviéndose cuando combatían—. Pensad una cosa: quizás haya Guardianes vigilándonos en este momento. —Le sorprendió ver que Vanin asentía con un cabeceo y echaba una ojeada hacia la derecha de un modo elocuente—. Si nos ven preparándonos para defendernos, entonces es evidente que no nos proponemos atacar. Tal vez baste para que decidan dejarnos en paz y, si no es así, al menos estaremos preparados. —Lo juicioso de tal decisión por fin les entró en la cabeza, a Talmanes antes que a Nalesean. Daerid había estado asintiendo desde el principio.

—¿Qué te propones hacer, entonces? —inquirió Nalesean al tiempo que se atusaba la untada barba—. ¿Quedarte sentado y esperar a que vengan?

—Eso es exactamente lo que vais a hacer vosotros —respondió Mat. «¡Maldito Rand y su "quizá cincuenta Aes Sedai"! ¡Así se abrasen él y su "impónte un poco, intimídalas!".» Esperar allí mismo hasta que alguien saliera del pueblo para preguntar quiénes eran y qué querían parecía una buena idea. Nada del tirón del *ta'veren* esta vez. Si había una batalla tendría que venir a él, porque no estaba dispuesto a caer en eso como un tonto.

—¿Están en esa dirección? —preguntó Aviendha mientras señalaba. Sin esperar respuesta, se acomodó el hatillo a la espalda y echó a andar hacia el oeste.

Mat la siguió con la mirada. Condenada Aiel. Probablemente algún Guardián intentaría cogerla también y el tipo acabaría sin cabeza. Bueno, tal vez no, siendo como eran los Guardianes; si Aviendha trataba de clavarle el cuchillo a uno de ellos, podría salir herida. Además, si lograba llegar hasta Elayne y se enzarzaba con ella por Rand tirándole del pelo o, peor aun, hincándole el cuchillo... La Aiel se alejaba a rápidas zancadas, casi trotando, ansiosa por llegar a Salidar. ¡Rayos y centellas!

—Talmanes, te quedas con el mando hasta que yo regrese, pero no mováis ni un dedo a menos que alguien lance un ataque abierto contra la Compañía. Estos cuatro te pondrán al corriente de la situación. Vanin, tú vienes conmigo. Olver, quédate cerca de Daerid por si necesita mandar algún mensaje. Puedes enseñarle a jugar a zorros y serpientes —añadió al tiempo que dedicaba una sonrisa a Daerid—. Me ha dicho que le gustaría aprender.

El aludido se quedó boquiabierto, pero Mat se puso en camino sin esperar más. Estaría bonito si acababa entrando en Salidar arrastrado por un Guardián y con un buen chichón en la cabeza. ¿Cómo reducir la posibilidad de que ocurriera eso? Los estandartes atrajeron su mirada.

—Tú quédate aquí —le dijo al canoso portaestandarte. Después se dirigió a los otros—. Vosotros dos, acompañadme. Y mantened esas cosas plegadas.

Su extraño y reducido grupo alcanzó a Aviendha enseguida. Si había algo que convenciera a los Guardianes para dejarlos seguir adelante sin ponerles impedimentos, un vistazo bastaría. No había amenaza en una mujer y cuatro hombres que, obviamente, no hacían nada para pasar inadvertidos y que llevaban dos banderas. Echó una ojeada a los portaestandartes del segundo escuadrón. A pesar de que seguía sin haber un soplo de brisa, los hombres llevaban las enseñas agarradas contra los astiles. Sus rostros estaban tensos. Sólo un necio querría que, mientras iba al encuentro de un montón de Aes Sedai, un repentino golpe de viento hiciera ondear aquellas telas.

Aviendha lo miró de reojo y después trató de quitarle el pie del estribo.

—Súbeme —ordenó secamente.

En nombre de la Luz, ¿por qué quería ahora ir a caballo? En fin, no estaba dispuesto a que la Aiel intentara encaramarse a toda costa y seguramente derribarlo en el proceso; había presenciado un par de veces cómo montaban los Aiel. Tras dar un manotazo a otra mosca, se inclinó y la cogió de la mano.

—Agárrate —dijo y la aupó a la grupa del animal, soltando un gruñido por el esfuerzo. Aviendha era casi tan alta como él y pesaba como un cebón—. Rodéame la cintura con un

brazo y no te caerás. —Ella se limitó a mirarlo y se giró torpemente hasta ponerse a horcajadas, con la falda levantada hasta las rodillas y sin que enseñar las piernas de ese modo le importara lo más mínimo. Las tenía bonitas, pero él nunca volvería a tener relaciones con una Aiel aunque, como era el caso, no estuviese loca por Rand.

—El chico, Olver —habló a su espalda poco después—. ¿Los Shaido mataron a su padre?

Mat asintió sin volverse para mirarla. ¿Vería siquiera a un Guardián antes de que fuera demasiado tarde? Encabezando la marcha, Vanin cabalgaba hundido en la silla como siempre, cual un sudoroso saco, pero su vista era muy aguda.

—¿Su madre murió de hambre? —preguntó Aviendha.

—De eso o quizá de una enfermedad. —Los Guardianes llevaban aquellas capas que se fundían con cualquier entorno. Uno podía pasar junto a cualquiera de ellos sin verlo—. Olver no fue muy claro en ese punto y no quise insistirle. Él mismo la enterró. ¿Por qué lo quieres saber? ¿Crees estar en deuda con él puesto que perdió a su familia a manos de unos Aiel?

—¿En deuda con él? —Parecía sobresaltada—. No maté a ninguno de los dos y, aunque lo hubiese hecho, eran Asesinos del Árbol. ¿Cómo iba a tener *toh*? —Sin hacer una pausa continuó como si estuviese hablando del mismo tema—: No lo cuidas adecuadamente, Mat Cauthon. Sé que los hombres no saben nada sobre niños, pero es demasiado joven para pasarse el día entero entre varones adultos.

Entonces sí que Mat volvió la cabeza para mirarla. La joven se había quitado el pañuelo ceñido a la frente y se pasaba afanosamente un peine de piedra verde pulida por el rojizo cabello. Esa tarea parecía requerir toda su atención; aparte de no caerse del caballo. También se había puesto un collar de plata minuciosamente trabajado, así como un ancho brazalete de marfil tallado.

Mat sacudió la cabeza y volvió a escudriñar el bosque a su alrededor. Aiel o no, todas eran iguales en ciertos aspectos. «Si está llegando el fin del mundo, una mujer querrá tener tiempo para arreglarse el cabello. Y aún encontrará un momento para reprocharle a un hombre algo que ha hecho mal.» Aquella idea habría bastado para causarle risa si no hubiese estado tan ocupado preguntándose si los Guardianes estarían vigilándolo en ese mismo momento.

El sol había alcanzado el cenit y empezaba a sobrepasarlo cuando el bosque dio paso bruscamente a una zona despejada; menos de un centenar de pasos separaban la maleza del pueblo y, a juzgar por su aspecto, el terreno no llevaba mucho tiempo desbrozado. Salidar era una población de edificios de piedra con tejados de bálago y sus calles estaban muy concurridas y con gran ajetreo. Mat se puso la chaqueta; de fino paño de lana verde, con bordados dorados en cuello y puños, debería ser un atuendo adecuado para un encuentro con unas Aes Sedai. No obstante, se la dejó desabrochada; ni siquiera por unas Aes Sedai se moriría de calor.

Nadie intentó detenerlo cuando entró en el pueblo, pero la gente hacía un alto y todas las miradas se volvían hacia él y su extraña comitiva. Sabían su llegada, vaya que sí. Todos lo sabían. Dejó de contar rostros Aes Sedai después de llegar a cincuenta; y tardó demasiado poco en alcanzar ese número como para sentirse tranquilo. Entre la multitud no había soldados, si no se contaba a los Guardianes, algunos de los cuales llevaban aquellas capas de colores cambiantes; unos cuantos toquetearon las empuñaduras de sus espadas mientras lo veían pasar. El que no hubiese soldados en el pueblo significaba simplemente que se encontraban todos en los campamentos mencionados por Vanin. Y el hecho de que todos los soldados se encontraran en los campamentos indicaba que estaban preparados para emprender alguna acción. Mat esperaba que Talmanes estuviese cumpliendo a rajatabla sus instrucciones. Talmanes tenía sentido común, pero también casi tanta disposición como Nalesean para salir a la carga contra cualquiera. Mat habría dejado a Daerid al mando —el cairhienino había vivido demasiadas batallas para estar deseoso de lucha— pero los nobles no habrían pasado por eso. En Salidar no parecía que hubiese moscas. «Tal vez saben algo que yo ignoro.»

Alguien atrajo su atención; era una mujer bonita con una peculiar vestimenta —amplios

pantalones amarillos y chaqueta corta de color blanco— y con el rubio cabello tejido en una compleja trenza que le llegaba a la cintura. Llevaba un arco, nada menos. No eran muchas las mujeres que utilizaban ese tipo de arma. Al reparar en que la estaba observando, la mujer se metió por un estrecho callejón lateral. El aspecto de la mujer parecía querer despertar un recuerdo en un rincón de su memoria, pero no sabría decir qué. Ése era uno de los problemas con aquellas viejas evocaciones; siempre estaba viendo gente que le recordaba a alguien que, cuando por fin conseguía acordarse, resultaba que llevaba muerto mil años. Tal vez había visto realmente a alguien parecido a ella. Esas lagunas de lo que recordaba como su propia vida tenían unos límites muy borrosos. «Seguramente es otra cazadora del Cuerno», pensó con ironía y la apartó de su mente.

No tenía sentido seguir adentrándose en el pueblo hasta que alguien hablara porque parecía que nadie iba a hacerlo. Mat sofrenó al caballo e, inclinando la cabeza, saludó a una mujer delgada de cabello oscuro que lo miró con una fría expresión interrogante. Era bonita, pero demasiado flaca para su gusto aunque no tuviera aquel rostro intemporal. ¿Quién querría clavarse un montón de huesos cada vez que diera un abrazo?

—Soy Mat Cauthon —anunció con tono inexpresivo. Si esperaba de él reverencias y cumplidos podía esperar sentada, pero suscitar su hostilidad sería una necedad—. Busco a Elayne Trakand y a Egwene al'Vere. Y también a Nynaeve al'Meara, supongo. —Rand no la había mencionado, pero sabía que la antigua Zahorí había partido con Elayne.

La Aes Sedai parpadeó sorprendida, bien que la serenidad reapareció en un visto y no visto. Los observó intensamente de uno en uno, deteniéndose un momento en Aviendha, para pasar de inmediato a los portaestandartes y mirarlos durante tanto tiempo que Mat se preguntó si no estaría viendo el dragón y el disco blanco y negro de las telas plegadas.

—Seguidme —dijo al cabo—. Veré si la Sede Amyrlin puede recibiros. —Se recogió la falda y echó a andar calle adelante.

Mientras Mat taloneaba a *Puntos* para ir tras ella, Vanin retuvo un momento a su caballo pardo y susurró:

—Preguntar algo a una Aes Sedai nunca es buena idea. Yo os habría indicado adónde ir. —Hizo un gesto con la cabeza hacia un edificio cuadrado de piedra que tenía tres pisos—. Lo llaman la Torre Chica.

Mat se encogió de hombros, incómodo. ¿La Torre Chica? ¿Y tenían a alguien aquí a la que llamaba Sede Amyrlin? No creía que la mujer se hubiese referido a Elaida. Rand se había equivocado otra vez. Esta pandilla no estaba asustada ni mucho menos. Eran demasiado engreídas para tener miedo. La delgaducha Aes Sedai se detuvo ante el edificio cuadrado.

—Esperad aquí —dijo con tono perentorio y después desapareció en el interior.

Aviendha se deslizó de la grupa al suelo y Mat la siguió de inmediato, listo para agarrarla si intentaba salir corriendo. Aunque le costara derramar un poco de sangre no iba a permitirle escapar y cortarle el cuello a Elayne antes de que él tuviese ocasión de hablar con la tal Amyrlin. Sin embargo, la mujer se limitó a quedarse de pie allí, con la mirada fija al frente y las manos enlazadas en la cintura y el chal sujeto a la altura de los codos. Parecía completamente tranquila, aunque Mat pensó que cabía la posibilidad de que estuviese aterrorizada. Si tenía una pizca de sentido común, debería estarlo. Su presencia había atraído a una multitud.

Habían empezado a reunirse Aes Sedai que rodearon al grupo ante la fachada de la Torre Chica y lo observaron de hito en hito; el semicírculo se fue engrosando a medida que pasaba el tiempo. De hecho, parecían estudiar a Aviendha tanto como a él, pero Mat sentía sobre sí todas aquellas miradas frías e indescifrables. Casi no pudo resistir la tentación de toquetear la cabeza de zorro plateada que colgaba debajo de su camisa.

Una Aes Sedai de rasgos poco agraciados se abrió paso entre la multitud hacia la parte delantera, conduciendo a una esbelta joven vestida de blanco, con unos grandes ojos. Mat recordaba vagamente a Anaiya, pero la mujer apenas parecía interesada en él.

—¿Estás segura, pequeña? —le preguntó a la novicia.

La boca de la joven se atirantó levemente, pero por supuesto no dejó traslucir irritación en su tono:

—Todavía parece brillar o resplandecer. De verdad lo veo. Sólo que no sé por qué.

Anaiya dedicó una sonrisa encantada a la joven.

—Es un *ta'veren,* Nicola. Has sacado a la luz tu primer Talento. Puedes ver a los *ta'veren.* Y ahora regresa a clase. Deprisa. No querrás retrasarte respecto a las otras.

Nicola hizo una reverencia y, tras lanzar una última mirada a Mat, se abrió paso entre las apretadas filas de Aes Sedai.

Anaiya volvió la vista hacia él entonces, una de aquellas miradas Aes Sedai pensadas para poner nervioso a un hombre. Con él, desde luego, funcionó a la perfección. Naturalmente algunas Aes Sedai sabían quién era —algunas sabían más de lo que Mat habría deseado, y, ahora que lo pensaba, le pareció recordar que Anaiya era una de ésas—, pero hacer tales manifestaciones de ese modo, delante de la Luz sabría cuántas mujeres con aquellos fríos ojos de Aes Sedai... Sus manos acariciaron el tallado mango de la lanza. Ni con cabeza de zorro ni sin ella, había suficientes para agarrarlo y llevarlo a rastra donde quisieran. «¡Malditas Aes Sedai! ¡Maldito Rand!»

Empero, sólo retuvo el interés de Anaiya un momento. La mujer se acercó a Aviendha.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —inquirió. Su tono era agradable, pero resultaba obvio que esperaba una respuesta y sin tardanza.

Aviendha la miró directamente a la cara, sin aparente temor, respaldándose en la supuesta ventaja de todos y cada uno de los centímetros del palmo de altura que le sacaba a la otra mujer.

—Soy Aviendha, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel.

Los labios de Anaiya se curvaron en un asomo de sonrisa ante la nota desafiante en la voz de la joven.

Mat se preguntó quién saldría vencedora de aquel pulso de miradas; pero, antes de que tuviera ocasión de hacer una apuesta consigo mismo, se les unió otra Aes Sedai, una mujer de rostro tan huesudo que daba la impresión de vejez a pesar de las tersas mejillas y el brillante cabello castaño.

—¿Eres consciente de que puedes encauzar, chica?

—Lo soy —replicó fríamente Aviendha y cerró la boca de un modo que parecía dispuesta a no decir una sola palabra más. Se concentró en ajustarse el chal, pero ya había dicho más que suficiente. Las Aes Sedai se arremolinaban a su alrededor, apartándose de Mat.

—¿Qué edad tienes, pequeña?

—Has desarrollado gran fuerza, pero podrías aprender mucho más como novicia.

—¿Mueren muchas chicas Aiel de enfermedades que consumen cuando son unos cuantos años más jóvenes que tú?

—¿Desde cuándo has...?

—¿Podrías...?

—Realmente deberías...

—Tienes que...

Nynaeve apareció en la puerta tan de repente que pareció surgir de la nada. Se puso en jarras y miró a Mat.

—¿Qué haces aquí, Matrim Cauthon? ¿Cómo has llegado? Supongo que sería mucho esperar que no tengas nada que ver con ese ejército de seguidores del Dragón que está a punto de caer sobre nosotras.

—De hecho —replicó secamente él—, está a mi mando.

—¡Que tú...! —Nynaeve se quedó boquiabierta, después se sacudió y se tiró del vestido azul como si lo tuviera descolocado. El escote era más bajo de lo que Mat recordaba haber visto nunca en ella, lo bastante para mostrar el comienzo del busto, con bordados de volutas amarillas alrededor del escote y del repulgo. En resumen, un atuendo muy distinto de lo que solía llevar allá, en casa—. Te conduciré ante la Amyrlin.

—Mat Cauthon —llamó Aviendha, un tanto falta de aliento. Estaba mirando por encima y alrededor de las Aes Sedai para localizarlo—. Mat Cauthon. —No dijo nada más, pero siendo Aiel su expresión revelaba desesperación.

Las Aes Sedai que la rodeaban continuaron acribillándola con sus voces sosegadas, razonables e implacables.

—Lo mejor que podrías hacer...

—Debes plantearte...

—Es mucho mejor...

—No pensarás que...

Mat hizo una mueca. Cabía la posibilidad de que la joven sacara su cuchillo en cualquier momento, pero en medio de esa muchedumbre dudaba que le sirviera de mucho. No iría a la caza de Elayne en bastante rato, de eso no cabía duda. Preguntándose si al volver a la calle la encontraría con un vestido blanco, le entregó su lanza a Vanin.

—Adelante, Nynaeve. Veamos a esa Amyrlin vuestra.

La mujer lo miró ceñuda y lo condujo al interior dándose tirones a la trenza y mascullando entre dientes, aunque lo bastante alto para que pudiera oírla:

—Esto es obra de Rand, ¿verdad? Sé que lo es. De algún modo. Dar un susto de muerte a todo el mundo. Mucho cuidado con lo que haces, «lord general» Cauthon, o juro que desearás que te hubiese pillado de nuevo robando arándanos. ¡Asustar así a la gente! ¡Hasta un hombre debería tener más juicio! Y deja de sonreír de ese modo, Mat Cauthon. No sé qué va a pensar ella de esto.

Dentro había Aes Sedai sentadas a las mesas —al él le parecía la sala de una posada a pesar de todas esas Aes Sedai escribiendo diligentemente y dando instrucciones— pero les dedicaron poco más que una breve mirada a Nynaeve y a él mientras cruzaban la estancia. Todo aquello no era más que un curioso montaje. Una Aceptada pasó entre las mesas con aire malhumorado, rezongando entre dientes, y ni una sola de las Aes Sedai dijo una palabra. Mat había estado en la Torre el menor tiempo posible, pero sabía que ése no era el modo en que las Aes Sedai hacían las cosas.

En la parte posterior de la sala, Nynaeve abrió una puerta que había conocido tiempos mejores; todo lo que había allí parecía haberlos conocido. Mat la siguió dentro... y se paró en seco. Allí estaba Elayne, preciosa con aquel cabello dorado, pero actuando como una gran dama, luciendo un vestido de seda verde con el cuello alto de encaje y una de aquellas sonrisas de superioridad plasmada en su rostro. Y también estaba Egwene, sentada detrás de una mesa, exhibiendo una sonrisa entre inquisitiva y extrañada. Y con una estola de siete colores sobre el vestido amarillo pálido. Tras echar una rápida ojeada hacia atrás, Mat cerró la puerta rápidamente, antes de que alguna Aes Sedai pudiera ver el interior del cuarto.

—Quizás esto os parezca divertido —gruñó mientras cruzaba la pequeña alfombra en zancadas tan rápidas como le fue posible—, pero os desollarán si lo descubren. Nunca os permitirán continuar, a ninguna de las tres, si... —Le quitó la estola a Egwene de un tirón y la levantó apresuradamente de la silla... Y la cabeza de zorro plateada se tornó repentinamente fría contra la piel de su pecho.

Tras dar un leve empujón a Egwene para apartarla de la mesa, les asestó una mirada furiosa a las tres. Egwene sólo parecía estar desconcertada, pero Nynaeve se había quedado boquiabierta de nuevo y los grandes y azules ojos de Elayne parecían a punto de salirse de las órbitas. Una de ellas había intentado utilizar el Poder con él; lo único bueno que había sacado del viaje a través de aquel *ter'angreal* era el medallón de la cabeza de zorro. Suponía que también debía de ser un *ter'angreal,* pero de todos modos agradecía el tenerlo. Mientras estuviese tocándole la piel, el Poder Único no lo alcanzaba. Es decir, al menos no lo afectaba el *Saidar,* tenía más pruebas de las que habrían sido de su gusto para corroborarlo. Empero, se tornaba frío cuando alguien hacía un intento.

Echando la estola y su sombrero sobre la mesa, tomó asiento; se incorporó de inmediato para quitar unos cojines que tenía la silla y tirarlos al suelo. Plantó uno de los pies en el borde

de la mesa y contempló a las tres necias mujeres.

—Necesitaréis esos cojines si la tal Amyrlin descubre esta pequeña broma vuestra.

—Mat —empezó Egwene con tono firme, pero él la hizo callar.

—¡No! Si queríais hablar, debisteis hacerlo en lugar de arremeter con el jodido Poder. Ahora vais a escuchar.

—¿Cómo lo...? —empezó, estupefacta, Elayne—. Los flujos... se desvanecieron... Sin más.

Casi al mismo tiempo, Nynaeve manifestó con voz amenazadora:

—Mat Cauthon, estás comportándote como el mayor...

—¡He dicho que escuchéis! —Apuntó con el índice a Elayne—. A ti voy a llevarte de vuelta a Caemlyn, si es que puedo evitar que Aviendha te mate. ¡Si no quieres acabar con ese precioso cuello rajado, quédate cerca de mí y haz lo que te diga, sin rechistar! —El índice apuntó a Egwene—. Rand dice que te mandará de vuelta con las Sabias ni que quieras ni que no. ¡Y si lo que he visto hasta ahora es una muestra de las chiquilladas que estás haciendo, mi consejo es que sigas sus instrucciones cuanto antes! Por lo visto conoces el Viaje —Egwene dio un leve respingo—, así que puedes abrir un acceso a Caemlyn para la Compañía. ¡No quiero oír una sola objeción, Egwene! ¡Y eso va también por ti, Nynaeve! Debería dejarte aquí, pero si quieres venir, puedes hacerlo. Y te lo advierto, si vuelves a darte un tirón de la trenza mientras me miras, ¡juro que te calentaré el trasero!

Lo contemplaban como si le hubiesen salido cuernos como a un trolloc, pero al menos mantenían la boca cerrada. A lo mejor había conseguido que pensaran con un poco de sentido común, aunque tampoco esperaba que le dieran las gracias por salvarles el pellejo. Oh, no; ellas nunca harían eso. Como siempre, dirían que habrían podido arreglarlo todo por sí mismas al cabo de poco tiempo. Si una mujer le decía que estaba entrometiéndose cuando la rescataba de una mazmorra, ¿qué no sería capaz de decir? Hizo una profunda inhalación.

—Bien, cuando la pobre idiota que han elegido como su Amyrlin llegue aquí, seré yo quien hable. No puede ser muy lista cuando se ha dejado embaucar para ocupar el puesto. ¡La Sede Amyrlin de un puñetero pueblo en mitad de la nada! Mantened la boca cerrada y limitaos a hacer reverencias si sabéis lo que os conviene y yo me encargaré de sacaros las castañas del fuego otra vez. —Seguían calladas, mirándolo. Bien.

»Estoy enterado de lo de su ejército, pero yo también tengo uno. Si está tan loca como para pensar que puede arrebatarle la Torre a Elaida... En fin, seguramente no se arriesgará a tener bajas sólo para lograr reteneros a las tres aquí. Tú abres el acceso, Egwene, y os tendré en Caemlyn sanas y salvas mañana o, todo lo más tarde, pasado mañana, y estas dementes pueden correr de cabeza a su muerte a manos de Elaida si es lo que quieren. Quizás haya más que deseen acompañaros. Es imposible que todas estén locas. Rand está dispuesto a ofrecerles asilo bajo su protección. Una reverencia, un simple juramento de fidelidad y se ocupará de impedir que Elaida exhiba sus cabezas en picas en Tar Valon. No pueden pedir más. ¿Y bien? ¿No tenéis nada que decir? —Que él viera, ni siquiera pestañearon. Bastaría con un simple «gracias, Mat». Pero, no. Ni una palabra. Ni un parpadeo.

Una tímida llamada a la puerta precedió la entrada de una novicia, una bonita muchacha de ojos verdes que hizo una profunda reverencia, los ojos muy abiertos en una expresión de maravillado asombro.

—Me envían para ver si queréis algo, madre. Para el... el general, quiero decir. Vino o... o...

—No, Tabitha. —Egwene sacó la estola rayada de debajo del sombrero y se la puso en los hombros—. Deseo hablar un poco más con el «general» Cauthon en privado. Dile a Sheriam que la llamaré dentro de un rato para consultarla.

—Cierra la boca, Mat, antes de que te entren moscas —dijo Nynaeve con un tono de profunda satisfacción.

CAPÍTULO 16

Surgen nuevas posibilidades

Egwene observó a Mat mientras se ajustaba la estola. Esperaba verlo reaccionar como un oso acorralado, pero estaba sudoroso y como si hubiese recibido un mazazo en la cabeza. Habría querido preguntarle muchas cosas —¿Cómo se había enterado Rand de la existencia de Salidar? ¿Cómo demonios sabía que había descubierto el Viaje? ¿Quién se creía que era para decirle lo que tenía que hacer?— pero decidió no plantearlas. Mat y su Compañía de la Mano Roja suscitaban un montón de ideas que no dejaban de darle vueltas en la cabeza. Quizá Rand había puesto en sus manos lo que era como un regalo caído del cielo.

—¿Te importa desocupar mi silla? —pidió en voz queda. Confiaba en que Mat hubiese advertido que no sudaba, como tampoco Elayne ni Nynaeve; en fin, ésta no mucho. Siuan les había revelado el truco, algo que no tenía nada que ver con el Poder, sino simplemente con concentrarse de cierto modo. Nynaeve, no era de extrañar, se había puesto furiosa porque Siuan no se lo hubiese enseñado antes, pero la antigua Amyrlin se limitó a responder tranquilamente que era algo exclusivo para Aes Sedai, no para Aceptadas. Hasta ahora Egwene se las había ingeniado para no traslucir lo que pensaba cuando había hermanas cerca, y un rostro sereno y fresco en lugar de otro sudoroso parecía influir un tanto en su actitud hacia ella. Al menos de algunas. De modo que, con Mat, tendría que hacer maravillas. Si es que dejaba de mirar sin ver y se fijaba—. Mat, mi silla, por favor.

Mat dio un respingo y después se levantó y se apartó a un lado, mirando alternativamente a Elayne, a Nynaeve y a ella sin decir palabra, como si fueran una especie de rompecabezas. Bueno, en realidad Nynaeve y Elayne lo observaban a él del mismo modo aunque, desde luego, con mayor motivo.

Egwene sacudió el polvo de los cojines antes de colocarlos de nuevo en el asiento mientras dedicaba un pensamiento afectuoso a Chesa. Después de dos días ya no los necesitaba realmente, pero o renunciaba al baño o aceptaba los cojines hasta que no quedara en su cuerpo rastro alguno de cardenales. Chesa los quitaría si se lo ordenaba; con rostro sudoroso o seco, era la Amyrlin, ante quien reyes y reinas se inclinaban aunque ninguno lo hubiese hecho todavía; quien haría juzgar y ejecutar a Elaida a no tardar y arreglaría las cosas nefastas acontecidas en la Torre Blanca y, por ende, en el mundo. Sí, Chesa los quitaría; y le lanzaría unas miradas tan dolidas y llenas de reproche por no permitirle cuidar de ella, que era mucho mejor dejar los cojines donde estaban.

Se acomodó y juntó las manos, apoyándolas sobre la mesa.

—Mat —empezó, pero él la interrumpió de inmediato.

—Esto es realmente una locura ¿sabes? —manifestó sosegadamente, sin levantar la voz pero con mucha firmeza—. Acabarás sin cabeza, Egwene. Todas vosotras. De... ca... pi... ta... das.

—Mat —repitió más firmemente, pero él continuó como si no la hubiese oído.

—Escucha, aún estás a tiempo de escapar de todo esto. Si te consideran la Amyrlin, puedes acompañarme para... pasar revista a la Compañía, pongamos por caso. Abres un acceso y nos habremos marchado antes de que esta pandilla de lunáticas con la cabeza a pájaros tengan tiempo de parpadear.

Nynaeve había comprobado que el Poder no surtía efecto en él, pero se las había visto

con hombres recalcitrantes mucho antes de aprender a encauzar. Al tiempo que gruñía entre dientes un «¿calentarme el trasero?», que Egwene imaginó se suponía no tendría que haberlo oído nadie, la antigua Zahorí se remangó las faldas y atizó una patada tremenda a Mat justo en sus posaderas, con tal ímpetu que el joven fue trastabillando todo el trecho hasta la pared antes de recuperar el equilibrio. Elayne soltó una carcajada y la reprimió de inmediato, pero sus hombros se agitaban y los ojos relucían con regocijo.

Egwene se mordió el labio inferior para no echarse a reír también, porque la escena era verdaderamente cómica. Mat giró despacio la cabeza para mirar a Nynaeve, los ojos muy abiertos en una expresión indignada y ultrajada. Después frunció el ceño y, dando tirones a la chaqueta desabrochada como para colocársela bien, caminó lentamente hacia ella. Y lo hizo lentamente porque cojeaba. Egwene se tapó la boca. Reírse sería lo peor que podía hacer en este momento.

Nynaeve adoptó una actitud erguida y severa. De repente se le ocurrieron varias cosas. Puede que estuviese lo bastante furiosa para encauzar, pero aparentemente el *Saidar* era inútil con él. Mat era alto para la media de los hombres de Dos Ríos, bastante más alto que ella y bastante más fuerte; y, decididamente, en sus ojos había un brillo peligroso. Nynaeve lanzó una rápida mirada a Egwene al tiempo que se alisaba los pliegues de la falda, procurando mantener el gesto severo. Mat se aproximó, con una expresión tormentosa en el rostro. Otra rápida ojeada, en la que ya había un atisbo de preocupación, antes de retroceder un corto paso.

—Mat —dijo Egwene en tono sosegado. Él no se detuvo—. Mat, déjate de payasadas y atiéndeme. Estás en un buen aprieto, pero podría sacarte de él si atiendes a razones.

Por fin se detuvo. Tras asestar una mirada feroz a Nynaeve y sacudir el índice en un gesto admonitorio, le dio la espalda y apoyó los puños en la mesa.

—¿Que yo estoy en un buen aprieto? ¡Egwene, has saltado desde un árbol hacia la madriguera de un oso y crees que todo marcha bien porque aún no has aterrizado en ella!

Ella le sonrió sosegadamente.

—Mat, aquí, en Salidar, no hay muchos que tengan buena opinión de los seguidores del Dragón. Lord Bryne no, desde luego, ni sus soldados. Nos han llegado algunas noticias muy alarmantes. Y otras en verdad pavorosas.

—¡Seguidores del Dragón! —chilló él—. ¿Qué tienen que ver conmigo? ¡No soy un puñetero seguidor del Dragón!

—Pues claro que lo eres, Mat. —Lo dijo como si fuera lo mas obvio del mundo. Y lo era, si uno lo pensaba—. Vas allí donde Rand te manda. ¿Qué otra cosa eres sino un seguidor del Dragón? Sin embargo, si me haces caso, puedo impedirles que pongan tu cabeza en una pica. A decir verdad, no creo que lord Bryne utilizase una pica, porque siempre está protestando de no tener bastantes, pero no me cabe la menor duda de que acabaría ocurriéndosele algo.

Mat Cauthon miró a las otras dos mujeres y Egwene apretó fuertemente los labios un momento. No se había andado con rodeos, pero Mat parecía no tener la más mínima idea de lo que estaba hablando. Elayne le contestó con una tensa sonrisa y un contundente cabeceo. No entendía muy bien adónde quería ir a parar Egwene, pero se daba perfecta cuenta de que no hablaba por hablar. Nynaeve, todavía esforzándose por mantener un gesto severo y tirando fuertemente de la trenza, se limitó a asestarle una mirada fulminante, pero tal vez eso era incluso mejor. Aunque empezaba a sudar; cuando Nynaeve se ponía furiosa perdía la concentración.

—Ahora escúchame tú, Egwene —dijo Mat, y ella pensó que quizá ninguna de esas respuestas había sido suficiente. Mat se las arregló para combinar un tono razonable con un dejo de superioridad de lo más ofensivo—. Si quieres llamarte Amyrlin, puedes hacerlo. Rand te recibirá con los brazos abiertos en Caemlyn aunque no le lleves a todas esas Aes Sedai, pero sé que estaría contentísimo si lo hicieras. Sean cuales sean tus problemas con Elaida, él los resolverá. Esa mujer sabe que es el Dragón Renacido. Luz, tienes que recordar su carta. Diantre, tendrás tu Torre Blanca recompuesta en menos que canta un gallo. Nada de batallas.

Nada de derramamiento de sangre. Sabes perfectamente que no quieres derramamiento de sangre, Egwene.

No, no lo quería. Si se llegaba a una lucha cruenta entre Salidar y Tar Valon, sería difícil unificar de nuevo la Torre. Si se derramaba sangre Aes Sedai, sería imposible. Con todo, Elaida tenía que ser depuesta y Egwene haría lo que tuviera que hacer. Sólo que no le gustaba. Y tampoco le gustaba que Mat le dijera que lo sabía, sobre todo porque tenía razón. Y aun menos le gustaba que empleara ese tono. Tuvo que hacer un denodado esfuerzo por mantener quietas las manos sobre la mesa. Habría querido levantarse y abofetearlo.

—Trate como trate con Rand —manifestó fríamente—, puedes estar seguro de que no será llevando Aes Sedai a jurar fidelidad ni a él ni a ningún hombre. —Sin acaloramiento ni discusión; exponiendo unos simples hechos con tranquilidad—. Y cómo me encargo de Elaida es asunto mío, no os concierne a ninguno de vosotros. Si tienes un poco de sentido común, Mat, mantendrás la boca cerrada mientras permanezcas en Salidar e irás con pies de plomo. Empieza a decir a otras Aes Sedai lo que Rand va a hacer tan pronto como se arrodillen ante él, y puede que no te gusten las respuestas que recibas. Habla de llevarme contigo, o a Nynaeve o a Elayne, y serás muy afortunado de no acabar ensartado en una espada.

Mat se irguió bruscamente, con aire desafiante.

—Volveré a hablar contigo cuando estés dispuesta a atender a razones, Egwene. ¿Está Thom Merrilin por aquí?

La Amyrlin respondió con un seco cabeceo. ¿Qué quería de Thom? Seguramente empaparlo en vino. Bueno, pues lo tenía difícil si buscaba una taberna allí.

—Cuando atiendas a razones —repitió sombríamente él y se encaminó a largas zancadas, y renqueando, hacia la puerta.

—Mat —llamó Elayne—. Yo que tú no intentaría marcharme. Entrar en Salidar es mucho más fácil que salir.

Mat le lanzó una sonrisa insolente y, del modo en que la miró de arriba abajo, tuvo suerte de que no le atizara un tortazo lo bastante fuerte para soltarle los dientes.

—A ti, mi exquisita dama, voy a llevarte a Caemlyn aunque para ello tenga que atarte en un fardo que entregaré a Rand, y así me aspen si no lo hago. Y me marcharé cuando me dé la jodida gana. —Su reverencia fue burlona, tanto para Elayne como para Egwene. Nynaeve sólo recibió otra mirada fulminante y otro gesto admonitorio con el índice.

—¿Cómo puede tener Rand como amigo a un patán tan despreciable e insufrible? —preguntó Elayne a nadie en particular antes de que la puerta se hubiese cerrado del todo tras él.

—Desde luego su lenguaje no puede ser más vulgar —rezongó, iracunda, Nynaeve al tiempo que movía la cabeza para echarse la trenza hacia atrás. Egwene supuso que su amiga tenía miedo de arrancársela de un tirón si no la ponía fuera de su alcance.

—Tendría que haberle dejado hacer lo que quería, Nynaeve. Debes recordar que ahora eres Aes Sedai. No puedes ir por ahí dando patadas a la gente ni propinando bofetadas ni pinchándola con un palo. —La antigua Zahorí la miró fijamente, abriendo y cerrando la boca, y sus mejillas enrojecieron por momentos. Elayne se puso a mirar atentamente la alfombra, como si fuera lo más interesante del mundo.

Egwene suspiró, dobló la estola rayada y la dejó a un extremo de la mesa. Era su modo de recordar a Elayne y a Nynaeve que estaban solas; a veces la prenda hacía que empezaran a hablar a la Sede Amyrlin en lugar de a Egwene al'Vere. Como siempre, el truco funcionó. Nynaeve respiró profundamente.

Antes de que pudiese decir nada, sin embargo, Elayne se le anticipó:

—¿Te propones unirlos a él y a su Compañía de la Mano Roja con Gareth Bryne?

Egwene sacudió la cabeza. Los Guardianes habían informado que había seis o siete mil hombres en la Compañía de Mat, más de los que había visto en Cairhien, y era un número considerable aunque ni de lejos tanto como habían afirmado los dos hombres capturados; no obstante, los soldados de Bryne no verían con buenos ojos la colaboración con seguidores del

Librodot

Dragón. Además, tenía sus propios planes, que empezó a explicar mientras sus amigas acercaban las otras sillas a la mesa. Se parecía mucho a sentarse en una cocina para charlar. Retiró un poco más la estola.

—Es brillante. —La sonrisa de Elayne revelaba que decía lo que sentía. Claro que Elayne hablaba siempre sin tapujos—. Tampoco creía que lo otro fuera a funcionar, pero esto es realmente brillante, de veras.

Nynaeve resopló con irritación.

—¿Y qué te hace pensar que Mat te seguirá el juego? Es de los que metería un palo entre los radios de una rueda sólo por divertirse.

—Porque creo que hizo una promesa —respondió llanamente Egwene, a lo que Nynaeve asintió. Despacio, a regañadientes, pero asintió. Elayne, ni que decir tiene, parecía confundida; ella no conocía a Mat—. Elayne, Mat hace exactamente lo que le place. Siempre lo ha hecho.

—Por muchos nabos que tuviera que pelar en castigo o por muchos varejonazos que recibiera —rezongó Nynaeve.

—Sí, ése es Mat. —Egwene suspiró. Había sido el chico más irresponsable de Campo de Emond, puede que de Dos Ríos—. Pero, si da su palabra, la cumple. Y creo que ha prometido a Rand llevarte a Caemlyn, Elayne. Te habrás fijado que claudicó respecto a mí... lo hizo, en cierto sentido..., pero en tu caso no cedió un ápice. Me parece que tratará de estar tan cerca de ti como si fuera tu bolsita del cinturón. Pero no le dejaremos que te vea siquiera a menos que haga lo que queremos. —Hizo una breve pausa—. Elayne, si quieres ir con él, adelante. Con Rand, quiero decir. Tan pronto como hayamos sacado todo el provecho posible de Mat y de su Compañía.

Elayne sacudió la cabeza sin vacilación, pero con gran firmeza.

—No, Ebou Dar es demasiado importante. —Aquélla había sido una victoria obtenida sorprendentemente con una mera sugerencia. Elayne y Nynaeve iban a reunirse con Merilille en la corte de Tylin—. Al menos, si es cierto que se mantiene cerca de mí, dispondré de unos días para estudiar el *ter'angreal* que lleva. Tiene que ser eso, Egwene. No hay ninguna otra explicación.

Egwene estaba totalmente de acuerdo. Había intentado envolverlo en Aire para inmovilizarlo en el sitio y así enseñarle a quién trataba de mangonear, pero los flujos, al tocarlo, se habían disuelto. Era el único término para describirlo: se desvanecieron allí donde lo rozaron. Todavía sentía la impresión de ese momento, al recordarlo, y de pronto advirtió que no era la única que estaba alisando una falda que no lo necesitaba.

—Podríamos encargar a unos Guardianes que lo registraran y le vaciaran los bolsillos. —El tono de Nynaeve ponía de manifiesto lo mucho que le complacía esa idea—. Veríamos qué tal le sentaba eso a maese Mat Cauthon.

—Si le quitamos sus cosas —adujo pacientemente Egwene—, ¿no crees que podría negarse en redondo cuando le digamos lo que queremos que haga?

Mat nunca había aceptado bien las órdenes y su reacción habitual a las Aes Sedai y al Poder Único era aprovechar la primera ocasión que se le presentaba para escabullirse. Tal vez la promesa hecha a Rand lo frenara —tenía que haber tal promesa; no cabía otra explicación a su comportamiento— pero Egwene no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. Nynaeve asintió, aunque muy de mala gana.

—Quizá... —Elayne tamborileó los dedos sobre la mesa, con la mirada perdida en el vacío, pensativa—. Quizá podríamos llevarlo con nosotras a Ebou Dar. De ese modo, tendría más tiempo para estudiar ese *ter'angreal.* Aunque, si interrumpe el *Saidar,* no sé cómo voy a poder hacerlo.

—¡Llevar a ese joven rufián con nosotras! —Nynaeve se sentó muy erguida en la silla—. No lo dirás en serio, Elayne. Nos amargará cada día; eso se le da muy bien. No hará nada de lo que se le diga. Además, no lo aceptará sin más ni más. Tiene una idea fija: llevarte a Caemlyn; y no conseguirás que se desvíe de ella ni un centímetro aunque uses palancas y un

tiro de caballos.

—Pero si tiene intención de no perderme de vista hasta que me lleve a Caemlyn —respondió Elayne—, no tendrá más remedio que venir. Es perfecto.

—Tal vez no sea tan mala idea —intervino Egwene mientras Nynaeve buscaba otro argumento en contra. Enviarlas tras el cuenco todavía parecía adecuado, pero cuanto más pensaba en el lugar donde tendrían que buscarlo más se preocupaba—. Una escolta de unos cuantos soldados podría ser una buena idea, a menos que hayáis escogido ya Guardianes sin decírmelo. Thom y Juilin no están mal, así como Birgitte, pero el sitio al que os dirigís es muy peligroso.

—Unos pocos soldados bastarían —adujo Elayne mientras enrojecía levemente—. Siempre y cuando sepan obedecer órdenes.

Nynaeve no miró exactamente a Elayne, pero hubo una clara pausa antes de que sacudiera la cabeza, irascible.

—No vamos a entablar duelos, Egwene —dijo—, por muy susceptibles que sean esos ebudarianos. Con Thom y Juilin será suficiente. Me da en la nariz que todas esas historias que hemos estado escuchando tienen el único fin de convencernos de que lo mejor es renunciar al viaje.

Todo el mundo tenía algo malo que contar sobre Ebou Dar desde que se había corrido la voz de que iban allí; Chesa sabía unos cuantos chismes, cada uno de ellos más lamentable y horrendo que el anterior, como que unos forasteros habían sido asesinados en un abrir y cerrar de ojos por el simple hecho de mirar a quien no debían; mujeres a las que habían dejado viudas o niños que se habían quedado huérfanos por una palabra; mujeres luchando en las calles con cuchillos.

—Si fuimos capaces de sobrevivir en Tanchico contando sólo con Thom y Juilin, estando Liandrin y algunas de sus hermanas Negras involucradas en el asunto, nos las arreglaremos muy bien en Ebou Dar sin Mat Cauthon y sin soldados —agregó Nynaeve—. ¡Mat dirigiendo un ejército! Pero si ni siquiera se acordaba de ordeñar las vacas de su padre a menos que una lo sentara en la baqueta y le pusiera el cubo en la mano.

Egwene exhaló un leve suspiro. La menor mención a Birgitte provocaba esta reacción; las dos se quedaban mirando como aturulladas y después una u otra empezaba a balbucir tonterías sobre la arquera o seguía hablando como si no se la hubiese mencionado. Sólo con verla Egwene se había convencido de que la mujer que seguía a Elayne y a Nynaeve a todas partes —en especial a Elayne, por alguna razón— era la misma que había visto en el *Tel'aran'rhiod.* La legendaria Birgitte, la arquera que jamás fallaba un tiro, una de los héroes y heroínas que esperaban la llamada del Cuerno de Valere. Una heroína muerta, no una mujer viva que se paseaba por las calles de Salidar, pero la misma, no obstante. Elayne no había dado ninguna explicación todavía, sólo unas palabras farfulladas y comedidas aduciendo que no podía hablar de lo que había prometido guardar en secreto. La propia Birgitte, la heroína de las leyendas, se daba media vuelta o se metía en callejones laterales si veía venir a Egwene en su dirección. Ordenar a la mujer acudir a su despacho y exigirle una explicación estaba descartado; después de todo ella también había hecho una promesa, por muy estúpida que se sintiera con aquella situación. En fin, no parecía que aquello fuera a tener repercusiones negativas. Sólo que le habría gustado saber el porqué. Y el cómo.

Apartando a Birgitte de su mente un instante, Egwene se inclinó sobre la mesa hacia Nynaeve.

—Tal vez no podamos conseguir que Mat cumpla órdenes al pie de la letra, pero ¿no sería estupendo verlo echando humo por tener que serviros de escolta?

—Ciertamente merecería la pena —convino Elayne, pensativa—, si Rand lo ha nombrado realmente general. Madre solía decir que los mejores hombres eran reacios a obedecer órdenes y que siempre resultaba gratificante enseñarles a hacerlo. No veo a Mat como uno de los mejores; Lini dice que los necios sólo se escuchan a sí mismos. Sin embargo, si conseguimos enseñarle lo suficiente para que no haga una solemne estupidez donde no haya

nadie que lo saque del apuro, le estaremos haciendo un gran favor a Rand. Además, necesito tiempo si he de estudiar ese *ter'angreal.*

Egwene procuró no sonreír; Elayne era muy viva para coger las cosas. Claro que, probablemente, iba a intentar enseñar a Mat a sentarse derecho. Eso sí que merecería la pena verse. Le gustaba Elayne y admiraba su fortaleza, pero en este pulso de voluntades apostaría por Mat como ganador, por un pelo.

Nynaeve seguía empeñada en no dar su brazo a torcer. Mat era obcecado; diría «abajo» si ellas decían «arriba» sólo por llevarles la contraria. Era de los que causaban problemas aunque se lo metiera en un barril cerrado con clavos. Tendrían que estar sacándolo a rastras constantemente de las tabernas y de los garitos de juego. Casi al final se contentó con aducir que seguramente le daría un pellizco en el trasero a Elayne en el momento en que ésta le diera la espalda, y esto hizo comprender a Egwene que la antigua Zahorí se estaba quedando sin objeciones. Era cierto que Mat dedicaba mucho tiempo en ir tras las mujeres, cosa que Egwene no aprobaba, pero Nynaeve sabía sin duda tan bien como ella que, a pesar de perseguirlas cuando y como no debería, parecía poseer un sexto sentido para escoger mujeres que deseaban que las cortejara, hasta aquellas que nunca lo habrían imaginado. Por desgracia, cuando estaba segura de que Nynaeve estaba a punto de ceder, una llamada a la puerta anunció a Sheriam.

Ésta no esperó a tener permiso para entrar; nunca lo hacía. Lucía la estola azul y una fría mirada, e hizo una pausa para clavar los ojos en Nynaeve y en Elayne. Fuera o no la ayudante de la Amyrlin, la Guardiana no tenía autoridad sobre las Aes Sedai salvo la que la Amyrlin decidiera darle y, por supuesto, ninguna para despedir a nadie reunido con la Amyrlin; sin embargo, aquella mirada era claramente una invitación a retirarse.

Elayne se levantó grácilmente e hizo una ceremoniosa reverencia a Egwene.

—Si me disculpáis, madre, he de reunirme con Aviendha.

Por su parte, Nynaeve sostuvo firmemente la mirada de Sheriam hasta que Egwene carraspeó y recogió la estola rayada para ponérsela de nuevo sobre los hombros.

La antigua Zahorí se sonrojó y se incorporó rápidamente.

—También yo he de marcharme. Janya dijo que quería hablar conmigo sobre los Talentos perdidos.

La recuperación de esos Talentos no estaba resultando tan fácil como Egwene había esperado y no porque las hermanas fuesen reacias a hablar; el problema radicaba en hacer entender a Moghedien lo que se buscaba con una vaga descripción o a veces sólo un nombre, y después confiar en que realmente supiera algo al respecto. Estaba muy bien saber, por ejemplo, que al Alinear la Matriz se conseguía hacer más resistentes los metales, pero la mujer sabía menos de metales que de la Curación; ¿y qué demonios era Hilar Geofuego o, ya puestos, Exprimir Lágrimas?

Moghedien parecía ansiosa, desesperada, por colaborar, sobre todo desde que Siuan les había enseñado el truco para hacer caso omiso del calor. Por lo visto la Renegada había mentido a Nynaeve y a Elayne respecto a eso. Para convencer a Egwene de que no considerara aquello como «una mentira» sobre la que le había advertido, la mujer se había postrado de rodillas, sollozando y suplicando, con los dientes castañeteándole, y había besado el repulgo de sus faldas. Ansiosa o no por colaborar, la intensidad de su terror había alcanzado nuevas cotas, y el constante y nauseabundo chaparrón de terror gimoteante resultó ser simplemente excesivo. En contra de su intención, el brazalete del *a'dam* descansaba ahora en el fondo de la bolsita del cinturón de Elayne. Se lo habría entregado a Nynaeve —y contenta de librarse de él— pero estar pasándose unas a otras esa cosa delante de terceras personas acabaría levantando comentarios antes o después.

Alejando de su mente esas ideas, advirtió a su amiga:

—Nynaeve, quizá te convendría evitar a Mat hasta que se le pase el malhumor. —No tenía la certeza de que Mat pretendiera realmente llevar a cabo su amenaza; pero, si había alguien capaz de incitarlo a hacerlo, ésa era Nynaeve; y después de algo así no habría modo

de convencerla a ella—. O al menos asegúrate de que haya mucha gente cerca cuando hables con él. Creo que unos cuantos Guardianes sería lo más indicado.

Nynaeve abrió la boca, pero un instante después volvía a cerrarla; sus mejillas palidecieron ligeramente mientras la mujer tragaba saliva. Había entendido a lo que se refería Egwene.

—Sí. Sí, creo que será lo mejor, madre.

Sheriam observó cómo se cerraba la puerta; tenía un ligero ceño que no desapareció cuando se volvió hacia Egwene.

—¿Hubo palabras duras, madre?

—Sólo las que uno puede esperar cuando viejos amigos se encuentran después de mucho tiempo. Nynaeve recuerda a Mat como un bribonzuelo, pero él ya no tiene diez años y se ha dado por ofendido. —Obligadas por el Juramento que prohibía mentir, las Aes Sedai habían hecho de la verdad a medias, de la verdad a una cuarta parte y de la verdad sobrentendida todo un arte. Un arte muy útil, en opinión de Egwene. En especial con las Aes Sedai. Los Tres Juramentos no le hacían ningún favor a nadie, y a las Aes Sedai a quienes menos.

—A veces cuesta trabajo recordar que la gente cambia. —Tomando asiento en una silla sin ser invitada a hacerlo, Sheriam se arregló con cuidado la falda azul—. Imagino que quienquiera que tenga el mando de los seguidores del Dragón envió al joven Mat con un mensaje de Rand al'Thor, ¿no? Confío en que no dijeseis nada que pueda interpretarse como una promesa, madre. Un ejército de seguidores del Dragón a quince kilómetros de distancia nos coloca en una situación delicada que nos trastorna. No sería de mucha ayuda que su comandante crea que incumplimos promesas.

Egwene observó atentamente a la otra mujer un momento. Nada trastornaba a Sheriam. Al menos, no lo dejaba entrever. Sabía mucho sobre Mat, así como otras cuantas hermanas de Salidar. ¿Serviría eso para empujarlo en la dirección correcta o lo haría salir corriendo? «Mat para después —se dijo firmemente—. Y Sheriam ahora.»

—¿Queréis, por favor, pedir a alguien que traiga un poco de té, Sheriam? Tengo un poco de sed.

El semblante de la otra mujer sólo reflejó una leve alteración, una mera tensión alrededor de los rasgados ojos, tan ligera que apenas malogró su aparente serenidad. Egwene casi podía ver la pregunta que pugnaba por salir de sus labios, sin embargo. ¿Qué le había dicho a Mat que no quería hablar de ello? ¿Qué promesas había hecho de las que Sheriam tendría que salvarla sin perder terreno a favor de Romanda o de Lelaine?

No obstante, Sheriam se limitó a decir unas breves palabras a alguien que había fuera y, cuando tomó de nuevo asiento, Egwene no le dio oportunidad de abrir la boca. Por el contrario, le disparó entre ceja y ceja, por decirlo de algún modo.

—Al parecer Mat es el comandante, Sheriam, y, en cierto modo, el ejército es el mensaje. Por lo visto a Rand le gustaría que todas acudiéramos ante él en Caemlyn. Se mencionó algo sobre juramentos de fidelidad.

Sheriam levantó bruscamente la cabeza, abriendo mucho los ojos, aunque su gesto se debió sólo en parte a una reacción ofendida. Había también un atisbo de... En fin, en cualquier otra persona que no fuera una Aes Sedai, Egwene lo habría llamado miedo. De ser así, resultaba muy comprensible. Si había prometido tal cosa —al fin y al cabo eran del mismo pueblo; uno de los puntos que la hacía «útil» como Amyrlin era que había crecido con Rand— sería como haberse caído en un pozo sin fondo del que no podrían salir. Se correría la voz por mucho que Sheriam hiciese; algunas de las Asentadas podrían muy bien echarle la culpa a ella o utilizarlo como un pretexto.

Romanda y Lelaine no eran las únicas Asentadas que habían prevenido a Egwene respecto a seguir los consejos de Sheriam sin antes consultar con la Antecámara. En realidad, Delana era la única que realmente parecía apoyar plenamente a Sheriam, pero también le había aconsejado que prestara oídos a Romanda y a Lelaine, como si de verdad fuera posible

Librodot

ir en tres direcciones distintas a la vez. E, incluso si podía arreglarse la situación con la Antecámara, una vez que la noticia de esa promesa y su retirada le llegara a Rand, les sería diez veces más difícil manejarlo. Cien veces.

Egwene esperó a que los labios de Sheriam se entreabrieran y de nuevo se le anticipó:

—Le contesté que era ridículo, por supuesto.

—Por supuesto. —La voz de Sheriam no era tan firme como antes. Estupendo.

—Pero tenéis razón. La situación es delicada. Qué lástima. Vuestro consejo sobre cómo tratar con Romanda y Lelaine era bueno, pero no creo que acrecentar los preparativos para movernos sea suficiente ahora.

Romanda la había acorralado y le había dado una charla con actitud severa respecto a que el apresuramiento conducía al desastre; el ejército de Gareth Bryne debía incrementarse, hacerse lo bastante grande para que la mera noticia de su magnitud intimidara a Elaida. Y, por cierto, Romanda no pudo hacer más hincapié en recalcarle de nuevo que había que llamar de vuelta a las embajadas enviadas a los dirigentes; no debía permitirse que nadie salvo las Aes Sedai supiera más sobre los problemas en la Torre que lo inevitable.

A Lelaine le importaban bastante poco el ejército de lord Bryne y los gobernantes —eran intrascendentes— aunque sí le aconsejó prudencia y paciencia. Los contactos adecuados con las Aes Sedai de la Torre a buen seguro darían resultados positivos; Elaida sería destituida de la Sede Amyrlin y Egwene ocuparía el cargo de tal modo que nadie, salvo una pocas hermanas, sabría nunca con seguridad lo que realmente había pasado. Con el tiempo, el hecho de que la Torre Blanca hubiese estado dividida una vez pasaría a considerarse un simple chisme de campesinos.

Tal vez podría haber funcionado si hubiesen tenido tiempo suficiente. Y si quedarse esperando no diera a Elaida la misma oportunidad para captar hermanas de aquí hacia su bando.

La otra diferencia entre Romanda y Lelaine había sido que ésta lo había dicho todo con una sonrisa; una sonrisa muy apropiada para una novicia o Aceptada predilecta de la que se sintiera muy orgullosa. El redescubrimiento del Viaje hecho por Egwene había causado muchas sonrisas en Aes Sedai, aunque sólo un puñado era lo bastante fuerte para crear un acceso lo suficientemente grande para pasar una mano a través de él y la mayoría ni siquiera eso. Romanda quería utilizar accesos para coger la Vara Juratoria y otros objetos —Egwene no sabía cuáles exactamente— de la Torre, para así poder hacer verdaderas Aes Sedai en Salidar mientras privaban a Elaida de la posibilidad de hacer lo mismo; sin duda Egwene deseaba ser una verdadera Aes Sedai. Lelaine se mostró de acuerdo con esto último, pero no en lo de utilizar accesos en la Torre Blanca; había muchas posibilidades de que la detectaran y si las que estaban en la Torre aprendían el Viaje entonces ellas perderían la gran ventaja que poseían. Esos puntos habían tenido mucho peso en la opinión de la Antecámara, cosa que no le hizo pizca de gracia a Romanda.

Sheriam también había sonreído, muy de acuerdo con Lelaine respecto a algo, pero ahora no sonreía.

—Madre, no estoy segura de entenderos —dijo con excesiva tolerancia—. Los preparativos ciertamente bastarán para demostrar a la Antecámara que no os dejaréis intimidar. Moverse antes de que todo esté dispuesto sería desastroso.

Egwene se las ingenió para poner una expresión falsa.

—Lo comprendo, Sheriam. No sé qué haría sin vos y vuestros consejos. —Oh, qué ganas tenía de que llegara el momento de poner fin a esta comedia. Sheriam sería una Guardiana muy buena, puede que incluso hubiese sido una mejor Amyrlin, pero Egwene iba a disfrutar el día que pudiera enseñarle a esa mujer que era la Guardiana, no la Amyrlin. A Sheriam y a la Antecámara—. Pero el caso es que Mat tiene a ese ejército de seguidores del Dragón a la puerta de casa. ¿Qué hará lord Bryne? ¿O algunos de sus soldados, por propia iniciativa? Todo el mundo habla de lo mucho que deseaba mandar hombres a la caza de esos seguidores del Dragón que supuestamente están quemando pueblos. Sé que se le ha advertido

que controle a sus soldados, pero...

—Lord Gareth hará exactamente lo que nosotras... Lo que vos le ordenéis y nada más.

—Tal vez. —El general no estaba tan conforme con lo de controlar a sus hombres como Sheriam creía. Siuan pasaba mucho tiempo con Gareth Bryne a pesar de todos sus rezongos sobre el hombre, y éste le había contado algunas cosas. Empero, Egwene no podía permitirse el lujo de descubrir que contaba con la lealtad de Siuan—. Espero que pueda decirse lo mismo de todos sus soldados. No podemos movernos hacia el oeste, en territorio de Amadicia, pero he pensado que quizá sí podríamos hacerlo río abajo, hacia Ebou Dar. Tal vez a través de un acceso. A buen seguro que allí las Aes Sedai son bienvenidas. Lord Bryne podría acampar a las afueras de la ciudad. Trasladarnos sería una forma de dejar muy claro que no vamos a aceptar la... oferta de Rand, si es que puede llamarse así. Y, si nos proponemos hacer más preparativos, estoy convencida de que nos resultaría mucho más fácil conseguir todo en una gran urbe, con calzadas y barcos entrando y saliendo del puerto.

De nuevo Sheriam perdió el control hasta el punto de traslucir su alteración en la voz:

—Ebou Dar no es tan acogedor como pensáis, madre. La presencia de unas pocas hermanas es algo muy distinto a que se instalen unos cuantos centenares, respaldadas por un ejército. Madre, incluso el menor indicio de algo así podría hacer pensar a Tylin que nos proponemos tomar la ciudad. A Tylin y a un número considerable de nobles altaraneses a los que nada les gustaría más que tener una excusa para derrocarla y apoderarse del Trono de los Vientos para sí mismos. Una clase de enredo así echaría a perder nuestra posición con todos los mandatarios. No, madre, eso queda completamente descartado.

—Pero ¿qué hacemos entonces? ¿Correr el riesgo de quedarnos aquí? Mat no hará nada, aunque para que estalle el conflicto sólo hace falta que un puñado de soldados de lord Bryne decida tomar cartas en el asunto. —Egwene bajó la vista hacia su falda, fruncido el ceño, y se alisó los vuelos como si estuviese preocupada; luego suspiró—. Cuanto más tiempo pase sin que hagamos nada, con un ejército de seguidores del Dragón observándonos de cerca, la situación irá a peor. No me sorprendería que nos llegaran rumores de que su intención es atacarnos y que la gente diga que deberíamos adelantarnos e ir contra ellos. —Si esto no funcionaba, los supuestos rumores aparecerían: Nynaeve, Elayne, Siuan y Leane se encargarían de ello. Sería peligroso, pero podía encontrar la forma de hacer que Mat retrocediera antes de que saltaran las chispas si se llegaba a eso.

»Caray, del modo en que los rumores se extienden, tampoco me sorprendería si la mitad de la población de Altara piensa que somos seguidores del Dragón antes de que haya pasado un mes. —Ése era un rumor que habría frenado si hubiera sabido cómo. La Antecámara había dejado de traer nobles para que vieran a Logain desde que éste había sido curado, pero las partidas de reclutamiento de Bryne todavía seguían saliendo para alistar a más hombres, así como grupos de Aes Sedai en busca de novicias y hombres que hacían el largo recorrido a los pueblos más cercanos con sus carros y galeras para comprar provisiones. Cien caminos distintos para hacer correr ese rumor, y sólo hacía falta uno—. Sheriam, no puedo evitar tener la sensación de que estamos en una jaula y que no salir de ella no traerá nada bueno. Nada bueno.

—La solución es hacer que los seguidores del Dragón se marchen —manifestó Sheriam con mucho menos paciencia que antes—. Lamento tener que dejar que Mat se nos escape de las manos otra vez, pero no hay más remedio. Le habéis respondido que rehusamos la «oferta»; decidle que se marche.

—Ojalá fuera tan sencillo. Dudo que acepte irse porque se lo pidamos, Sheriam. Dio a entender muy claramente que tenía que quedarse exactamente donde está hasta que ocurra algo. Quizás esté esperando órdenes de Rand o tal vez al propio Rand en persona. En Cairhien corría el rumor de que estaba cogiendo por costumbre utilizar el Viaje con algunos de esos hombres que está reuniendo. A los que está enseñando a encauzar, me refiero. No sé qué podremos hacer si eso sucede.

Sheriam la miró de hito en hito, respirando con demasiada agitación habida cuenta de la

aparente calma de su semblante.

Una tímida llamada a la puerta precedió la entrada de Tabitha, que traía una bandeja de plata batida. Sin advertir la tensión del ambiente, la novicia se afanó colocando la tetera y las tazas de porcelana verde, el recipiente de plata con miel y una jarrita con crema, así como servilletas rematadas con puntillas, hasta que finalmente Sheriam le ordenó con tanta ferocidad que volviera a su trabajo que Tabitha soltó un chillido, hizo una reverencia tan profunda que casi tocó el suelo con la cabeza y salió corriendo.

Durante un instante Sheriam se dedicó a colocarse la falda mientras recobraba la compostura.

—Quizá —dijo al cabo, de mala gana—, sea preciso que abandonemos Salidar, después de todo. Antes de lo que yo habría querido.

—Pero la única dirección que queda es hacia el norte. —Egwene abrió mucho los ojos. ¡Luz, cómo detestaba esta comedia!—. Dará la impresión de que nos encaminamos hacia Tar Valon.

—Lo sé —replicó Sheriam con excesiva dureza. Respiró hondo y moderó el tono—. Disculpadme, madre. Estoy un poco... No me gusta que me impongan cosas a la fuerza, y me temo que Rand al'Thor nos ha obligado a actuar antes de estar preparadas.

—Hablaré muy seriamente con él cuando lo vea —manifestó Egwene—. No sé qué haría sin vuestro asesoramiento.

A lo mejor encontraba una forma de mandar a Sheriam a estudiar con las Sabias como aprendiza. Imaginar a la Guardiana después de, pongamos, medio año con Sorilea, la hizo sonreír de tal modo que de hecho la otra mujer le devolvió la sonrisa.

—¿Con miel o amargo? —preguntó Egwene mientras cogía la tetera.

Librodot

CAPÍTULO 17

Risa inesperada

—Tienes que ayudarme, hablar con ellas a ver si consigues hacerlas entrar en razón —dijo Mat sin quitarse la pipa de la boca—. Thom, ¿me estás escuchando?

Se encontraban sentados en unos barriles colocados boca abajo, a la escasa sombra arrojada por una casa de dos pisos, y fumando en sus pipas, pero la carta que Rand le había dado para él parecía acaparar casi toda la atención del viejo y desgarbado juglar, que la contemplaba fijamente. Entonces la guardó en el bolsillo de la chaqueta, sin romper el sello del árbol y la corona. Al fondo del callejón, el runrún de voces y el chirrido de los ejes de ruedas en la calle sonaban distantes. El sudor resbalaba por las caras de ambos. De momento al menos se habían tomado medidas sobre una cosa; cuando Mat salió de la Torre Chica se enteró de que un grupo de Aes Sedai se había llevado a Aviendha a alguna parte, de modo que la Aiel no tendría oportunidad de clavarle el cuchillo a nadie de aquí a un rato.

Thom se quitó la pipa de la boca. Era una pipa de boquilla larga, toda tallada con hojas de roble y bellotas.

—Una vez intenté rescatar a una mujer, Mat. Laritha era un capullo de rosa, casada con un bruto, un guarnicionero que hacía botas en un pueblo donde me paré para descansar unos días durante un viaje. Aquel tipo era una bestia. Le gritaba si la cena no estaba lista cuando él quería sentarse a la mesa y la medía con la vara si dirigía más de dos palabras a otro hombre.

—Thom, ¿qué infiernos tiene eso que ver con meter un poco de sentido común en la cabeza de esas necias?

—Tú calla y escucha, muchacho. En el pueblo era del dominio público el trato que le daba, pero Laritha me lo contó personalmente y sin dejar de gimotear sobre lo mucho que desearía que alguien la salvara. En ese momento yo tenía oro en mi bolsa, un estupendo carruaje, un cochero y un sirviente. Era joven y bien parecido. —Thom se atusó el blanco bigote con los nudillos y suspiró; resultaba difícil creer que aquel rostro curtido hubiese sido agraciado en algún momento. Mat parpadeó. ¿Un carruaje? ¿Desde cuándo tenía un carruaje un juglar?—. Verás, Mat, la terrible situación de la mujer me partía el corazón. Y no niego que también su cara bonita influyó. Como decía, era joven; creí que me había enamorado, me veía como un héroe de cuento. Así pues, un día, sentados bajo un manzano en flor bastante apartado de la casa del guarnicionero, me ofrecí a llevarla conmigo, a sacarla de allí. Le proporcionaría una doncella y una casa de su propiedad y la cortejaría con canciones y poesía. Cuando por fin comprendió mi proposición, me atizó una patada en la rodilla tan fuerte que estuve cojeando un mes, además de golpearme con el banco.

—Por lo visto a todas les gusta dar patadas —rezongó Mat mientras cambiaba de postura las posaderas en el barril—. Supongo que no te creyó, y no se la puede culpar por ello.

—Oh, sí que me creyó. Y se mostró muy ultrajada porque se me hubiese pasado siquiera por la cabeza que abandonaría a su amado esposo. Es el término que utilizó: «amado». Regresó corriendo junto a él tan deprisa como pudieron llevarla los pies y a mí no me quedó más alternativa que matarlo o meterme en mi carruaje y salir a toda prisa. Tuve que dejar atrás casi todo cuanto poseía. Espero que siga viviendo con él y en las mismas condiciones: la bolsa bien cerrada para que el infeliz no meta mano al dinero y partiéndole la cabeza con lo primero que agarre cada vez que entre en una taberna para tomarse una cerveza.

Como había hecho siempre, según me enteré después gracias a unas discretas indagaciones. —Volvió a ponerse la pipa entre los dientes, como si hubiese demostrado algo.

—No veo qué tiene que ver con esto —adujo Mat al tiempo que se rascaba la cabeza.

—Simplemente que no deberías creer que sabes toda la historia cuando sólo has oído una versión. Por ejemplo ¿estás al corriente de que Elayne y Nynaeve parten para Ebou Dar dentro de un día o dos? Juilin y yo tenemos que acompañarlas.

—¡A Ebou...! —Mat cogió la pipa un momento antes de que se le cayera de la boca a los yerbajos secos que alfombraban el callejón. Nalesean le había contado algunas cosas de una visita suya a Ebou Dar y, aun teniendo en cuenta su tendencia a la exageración en lo tocante a mujeres que había conocido y las luchas en las que había tomado parte, esa ciudad seguía pareciendo un lugar peligroso. Así que creían que podían escabullirse de él, ¿no?—. Thom, tienes que ayudarme...

—¿A qué? —lo interrumpió el juglar—. ¿A rescatarlas de las garras del guarnicionero? —Exhaló una bocanada de humo—. No lo haré, muchacho. Todavía no sabes toda la historia. ¿Qué sientes por Egwene y Nynaeve? Pensándolo mejor, sólo responde con respecto a Egwene.

Mat frunció el entrecejo y se preguntó si el juglar creía que podía trastocarlo todo dándole vueltas al asunto el tiempo suficiente.

—Aprecio a Egwene. Yo... Que me aspen, Thom, es Egwene, y no hay más que decir. Por eso es por lo que estoy tratando de salvarle el cuello a esa tonta.

—Te refieres a salvarla del guarnicionero —murmuró Thom, pero Mat prosiguió como si no lo hubiese oído.

—Su cuello y también el de Elayne; incluso el de Nynaeve, si soy capaz de contenerme y no estrangularla yo mismo. ¡Luz, sólo quiero ayudarlas! Además, Rand me rompería el cuello a mí si permito que le ocurra algo a Elayne.

—¿Has pensado alguna vez en ayudarlas para hacer lo que quieren en lugar de lo que quieres tú? Si me dejara llevar por lo que yo deseo, montaría a Elayne en un caballo y la conduciría de vuelta a Andor. Pero ella necesita hacer otras cosas; lo necesita, según creo. De modo que voy tras ella de aquí para allí, sudando de miedo día y noche por el temor de que alguien se las ingenie para matarla antes de que yo pueda impedirlo. Irá a Caemlyn cuando esté preparada. —Dio unas chupadas a la pipa con expresión complacida, pero en su voz hubo un atisbo de tensión al final de la parrafada, como si no le gustase lo que decía por mucho que fingiera que sí.

—Pues a mí me parece que lo que quieren es entregar sus cabezas a Elaida. —Así que Thom montaría a esa estúpida moza en un caballo, ¿no? ¡Un juglar llevándose a la fuerza a la heredera del trono para que fuera coronada, nada menos! ¡Anda que no se lo tenía creído el bueno de Thom!

—Tú no eres tonto, Mat —prosiguió quedamente Thom—. Te das cuenta de lo que pasa en realidad. Egwene... Resulta difícil pensar en esa chiquilla como la Amyrlin... —Mat se mostró de acuerdo con un gruñido, pero Thom no le hizo caso—. Sin embargo, creo que tiene redaños para serlo. Aún es muy pronto para decir si algunas cosas son sólo casualidades, pero empiezo a pensar que también es inteligente. La cuestión está en si es lo bastante inflexible. Si le falta eso, se la comerán viva, con redaños, inteligencia y todo lo demás.

—¿Quién? ¿Elaida?

—Oh, ella por supuesto, si se le presenta la ocasión. A ésa no es precisamente dureza lo que le falta. Pero las Aes Sedai de aquí no ven a Egwene como Aes Sedai; como Amyrlin, puede, pero no como Aes Sedai, por difícil que resulte comprenderlo. —Thom sacudió la cabeza—. No lo entiendo, pero es verdad. Lo mismo cuenta para Elayne y Nynaeve. Intentan disimularlo, pero ni siquiera las Aes Sedai ocultan tanto como ellas piensan si uno está atento y no pierde los nervios. —Volvió a sacar la carta y le dio vueltas en las manos sin mirarla—. Egwene va caminando al borde de un precipicio, Mat, y hay tres facciones aquí mismo, en Salidar. Tres que yo sepa. Pueden empujarla al vacío si da un solo paso en falso. Elayne la

seguirá si algo así ocurre; y también Nynaeve. O quizá las empujen a ellas primero para deponerla.

—En el mismo Salidar —repitió Mat con tono monótono. Thom asintió calmosamente y Mat alzó la voz sin poder contenerse—. ¿Y quieres que las deje aquí?

—Lo que quiero es que dejes de pensar que vas a obligarlas a hacer algo. Ya han decidido el camino que van a seguir y no puedes cambiar eso. Aunque sí es posible, sólo posible, que puedas ayudarme a mantenerlas con vida.

Mat se incorporó de un salto. En su mente había surgido la imagen de una mujer con un cuchillo clavado en el pecho, y no era uno de los recuerdos prestados. Dio una patada al barril en el que había estado sentado y lo mandó rodando callejón adelante. ¿Ayudar a un juglar a mantenerlas vivas? Un débil recuerdo pugnó por abrirse paso en su cerebro, algo sobre Basel Gill, un posadero de Caemlyn, diciendo algo sobre Thom, pero era como una neblina y desapareció tan pronto como intentó concretarlo.

—¿De quién es la carta, Thom? ¿De otra mujer a la que rescataste? ¿O la dejaste en un sitio donde corría el peligro de que le cortaran la cabeza?

—La dejé —repuso quedamente el juglar. Se levantó y se alejó sin decir nada más.

Mat estuvo a punto de alargar la mano para detenerlo, de decirle algo, sólo que no se le ocurría qué. «¡Viejo loco!» No, no estaba loco. Egwene era terca como una mula y Nynaeve... Bueno, en comparación, Egwene era dócil. Peor aun: ambas treparían a un árbol para ver mejor los rayos. En cuanto a Elayne, las nobles no tenían sentido común siquiera para guarecerse si llovía. Y después se indignaban cuando se mojaban.

Vació la cazoleta y aplastó las brasas del tabaco con el tacón para que los secos rastrojos no se prendieran fuego; luego recogió el sombrero, que había dejado en el suelo, y se encaminó hacia la calle, cojeando. Necesitaba información de una fuente mejor que un juglar con delirios de grandeza a costa de andar de aquí para allí con esa estirada mocosa heredera del trono. Un poco más abajo en la calle, a la izquierda, vio a Nynaeve salir de la Torre Chica y se dirigió hacia ella sorteando carros muy cargados tirados por bueyes o caballos. Ella podría decirle lo que necesitaba saber. Si es que le daba la gana. La cadera le dio un buen pinchazo. «Diantre, lo menos que me debe son unas cuantas respuestas.»

Justo en ese momento Nynaeve lo vio y se puso en tensión de manera manifiesta. Durante unos segundos observó cómo se acercaba y después, repentinamente, se encaminó con rapidez en dirección contraria con la obvia intención de esquivarlo. Miró hacia atrás un par de veces antes de perderse de vista entre la gente y los carros.

Mat se detuvo, fruncido el ceño, y se caló más el sombrero. Primero, la mujer le daba una patada sin motivo y ahora no quería hablar con él. Se proponían dejarlo que se cociera en su propia salsa para suscitarle un estado de ansiedad, ella y Egwene, hasta conseguir que se largara sumisamente cuando le apuntaran con un dedo. «¡Bueno, pues han elegido al hombre equivocado para sus jueguecitos, así la Luz les abrase el pellejo!»

Vanin y los otros estaban a las puertas de un establo, junto a un edificio de piedra que, en tiempos, debía de haber sido una posada. Ahora un continuo torrente de Aes Sedai entraba y salía de él. *Puntos* y los demás caballos estaban atados a una tosca baranda destinada a tal propósito; Vanin y los dos exploradores que habían sido capturados se habían sentado en cuclillas, apoyados contra la pared. Mar y Ladwin no podían ser más distintos físicamente; el uno, alto, desgarbado y de gesto rudo; el otro, bajo, fornido y de aspecto afable. Sin embargo, la expresión de los dos al verlo acercarse era de sentirse avergonzados. Ninguno de ellos había superado el hecho de que los capturaran tan fácilmente. Por su parte, los dos soldados que lo habían acompañado permanecían firmes, todavía sujetando prietamente los estandartes contra las astas aunque ya no tenía ningún sentido. Denotaban algo más que un simple temor. Participar en una batalla era una cosa, pero todas estas Aes Sedai eran otra muy distinta. Un hombre tenía posibilidades en un combate. Había dos Guardianes vigilándolos. Disimuladamente y desde el otro lado de la calle, pero no habían elegido ese punto, a pleno sol, para ponerse a charlar.

Librodot

Mat acarició el hocico de *Puntos* y al cabo de unos segundos empezó a examinar los ojos del caballo. Un tipo con chaleco de cuero salió del establo empujando una carretilla de estiércol calle arriba. Vanin se acercó para examinar también los ojos de *Puntos.* Sin mirar al hombre, Mat susurró:

—¿Podrías llegar hasta la Compañía?

—Quizá. —Vanin frunció el entrecejo y levantó el párpado de *Puntos*—. Con un poco de suerte, tal vez. Aunque, detesto tener que dejar atrás mi caballo.

Mat asintió y observó con más detenimiento el ojo del animal.

—Informa a Talmanes que he dicho que no se mueva. Cabe la posibilidad de que me quede aquí unos cuantos días y no quiero tener la sorpresa de ningún estúpido intento de rescate. Luego trata de regresar. Sin ser visto, si es posible.

Vanin escupió en el polvo, debajo de *Puntos,* y comentó:

—El hombre que se mezcla con Aes Sedai se embrida y se cincha la silla él mismo. Volveré en cuanto pueda. —Sacudió la cabeza y echó a andar entre la muchedumbre; con su constitución rolliza y sus andares bamboleantes nadie lo imaginaría capaz de escabullirse.

Uno de los portaestandartes se aclaró la voz y se acercó a Mat.

—Milord, ¿va todo...? Esto es exactamente lo que planeasteis que pasara, ¿verdad, milord?

—Hasta el último detalle, Mito —contestó Mat mientras daba unas palmadas a *Puntos.*

Estaba metido de cabeza en un saco, con las cuerdas bien atadas. Había prometido a Rand llevar sana y salva a Elayne a Caemlyn y no podía marcharse sin ella. Y tampoco podía largarse y dejar que Egwene pusiera el cuello bien estirado sobre el tajo del verdugo. Podía ser —¡Luz, cómo lo sacaba de quicio!— que no tuviera más remedio que seguir el consejo de Thom. Intentar mantener las jodidas cabezas de esas jodidas mujeres sobre sus jodidos hombros ayudándolas a que su demente e imposible plan funcionara de algún modo. Y mientras tanto intentando conservar su propio cuello intacto, por cierto. Y eso descartaba impedir que Aviendha se tirara a degüello a Elayne. En fin, por lo menos estaría cerca para quitarlas de en medio cuando todo se viniese abajo. Parco consuelo.

—Toda va jodidamente bien —concluyó.

Elayne esperaba encontrar a Aviendha en la sala de espera o tal vez fuera del edificio, pero no tuvo que esforzarse mucho para descubrir por qué no estaba en ninguno de los dos sitios. Había dos temas de conversación entre las otras Aes Sedai y todas estaban hablando, olvidados los papeles sobre las mesas. Mat estaba en casi todas las bocas; incluso los criados y las novicias que habitualmente iban y venían afanosos por la sala de espera ahora habían hecho un alto en sus tareas para intercambiar unas palabras respecto a él. Era un *ta'veren.* ¿No sería arriesgado dejar quedarse a un *ta'veren* en Salidar? ¿Realmente había estado en la Torre y le habían permitido irse, sin más? ¿No habría que arrestarlo por las atrocidades que habían llegado hasta sus oídos? ¿Era cierto que procedía del mismo pueblo que el Dragón Renacido y la Amyrlin? Corrían rumores sobre dos *ta'veren* relacionados con el Dragón Renacido; ¿quién era el otro y dónde se lo podía localizar? Quizá Mat Cauthon lo sabía. Parecía haber tantas opiniones como gente dispuesta a dar la suya.

Había dos preguntas que Elayne había esperado escuchar y que sin embargo no oyó: a qué había ido Mat a Salidar y cómo había descubierto Rand dónde tenía que enviarlo. Nadie las planteó; pero, aquí, una Aes Sedai se ajustaba el chal de repente como si tuviese frío o daba un respingo cuando caía en la cuenta de que alguien le había hablado; allí, una criada se quedaba mirando al vacío en mitad de la sala antes de salir de su abstracción con una sacudida o una novicia lanzaba miradas aterradas a las hermanas. Mat no era exactamente un gato suelto entre pichones, pero no le andaba muy lejos. El mero hecho de que Rand supiera dónde estaban bastaba para provocar escalofríos.

Aviendha despertaba menos comentarios, pero las hermanas no podían evitar hablar sobre ella y no simplemente para cambiar de tema. No ocurría todos los días que una

espontánea apareciera por su propio pie, sobre todo con una fuerza tan notable; y, para colmo, una Aiel. Esto último fascinaba totalmente a las hermanas. Jamás una Aiel se había instruido en la Torre y muy pocas Aes Sedai habían entrado en el Yermo de Aiel.

Una única pregunta le bastó a Elayne para saber dónde la tenían retenida. No se utilizó ese término, pero la heredera del trono sabía a qué extremos podían llegar las Aes Sedai cuando querían que una mujer se hiciese novicia.

—Vestirá de blanco al caer la noche —manifestó con absoluta convicción Akarrin, una delgada Marrón que asentía para dar énfasis casi a cada palabra que pronunciaba. Las dos hermanas que estaban con ella hicieron sendos asentimientos con igual seguridad.

Elayne, chasqueando la lengua para sí, se apresuró a salir a la calle. Un poco más adelante vio a Nynaeve que iba prácticamente trotando y echando ojeadas hacia atrás tan a menudo que tropezaba con la gente cada dos por tres. Elayne pensó en alcanzarla —no le vendría mal tener compañía— pero no le apetecía correr con tanto calor, con concentración para no transpirar o sin ella, y era el único modo de conseguirlo. Aun así, se remangó un poco la falda y apretó el paso.

Antes de haber recorrido cincuenta metros, sintió que Birgitte se acercaba y se volvió para verla venir corriendo calle abajo. Areina la acompañaba, pero se detuvo un trecho antes y se cruzó de brazos al tiempo que ponía un gesto ceñudo. Esa mujer era una insoportable tunanta; y desde luego no había cambiado de opinión porque ahora Elayne fuera realmente Aes Sedai.

—Creí que debías saberlo —empezó quedamente Birgitte—. Acabo de enterarme de que cuando partamos hacia Ebou Dar también vendrán Vandene y Adeleas.

—Comprendo —murmuró Elayne. Podría ser que las dos hermanas fueran a reunirse con Merilille por alguna razón, aunque ya había tres Aes Sedai en la corte de Tylin. O puede que tuviesen una misión específica en Ebou Dar. Tampoco creía que fuera por eso. Areina ya se había formado una opinión irrevocable; y lo mismo había hecho la Antecámara. Nynaeve y ella irían acompañadas de dos «verdaderas» Aes Sedai como preceptoras—. ¿Entiende que ella no viene?

Birgitte dirigió la vista hacia donde Elayne estaba mirando fijamente, a Areina, y después se encogió de hombros.

—Lo entiende. Y no le hace pizca de gracia. En lo que a mí respecta, estoy deseando que nos marchemos.

Elayne vaciló sólo un instante. Había jurado guardar cosas en secreto, algo que no le gustaba hacer, pero no había prometido dejar de intentar convencer a la otra mujer que no era preciso ni tenía sentido.

—Birgitte, Egwene...

—¡No!

—¿Por qué? —No hacía mucho que Elayne tenía a Birgitte como Guardián cuando la heredera del trono decidió que cuando vinculase a Rand discurriría algún modo de hacerle prometer que haría lo que le dijera, al menos cuando fuese importante. Últimamente había añadido una condición más: tendría que responder a sus preguntas. Birgitte contestaba cuando quería, lo eludía cuando le parecía bien y a veces se limitaba a adoptar un gesto obstinado, como ocurría en este momento—. Dime por qué no y si es una buena razón no te lo volveré a pedir.

Al principio Birgitte sólo frunció el ceño, pero después cogió a Elayne por el brazo y casi la arrastró hasta la boca de un callejón. Nadie de los que pasaban por la calle les prestó atención, y Areina continuó plantada en el mismo sitio, si bien su expresión se volvió aun más sombría; pese a ello, Birgitte echó una ojeada cautelosa en derredor.

—Todas las veces que los giros de la Rueda me han trasladado hacia afuera —susurró—, he nacido, vivido y muerto sin saber que estaba vinculada a ella. Sólo era consciente de eso en los intervalos, en el *Tel'aran'rhiod.* En ocasiones llegué a ser conocida, incluso famosa, pero era como todos los demás, no alguien salido de una leyenda. Esta vez se me sacó

violentamente, no llevada por los giros. Por primera vez con envoltura física, sabiendo quién soy. Por primera vez también otros lo saben. Thom y Juilin están enterados; no dicen nada, pero no me cabe duda. No me miran igual que a las demás personas. Si les dijera que iba a escalar una montaña de cristal y a matar a un gigante con mis manos, sólo preguntarían si necesitaba algo de ayuda en el camino y no esperarían que respondiera afirmativamente.

—No entiendo —manifestó lentamente Elayne, y Birgitte suspiró e inclinó la cabeza sobre el pecho.

—No sé si podré estar a la altura de lo que se espera de mí. En otras vidas hice lo que tenía que hacer, lo que parecía lo correcto, suficiente para Merian o Joanna o cualquier mujer. Ahora soy la Birgitte de las leyendas. Cualquiera que lo sepa esperará que actúe como tal. Me siento como una danzarina de plumas acudiendo ante un cónclave tovano.

Elayne no preguntó; cuando Birgitte mencionaba cosas de vidas pasadas, por lo general las explicaciones sólo servían para hacerlo todo más confuso en lugar de aclararlo.

—Eso es una tontería —afirmó rotundamente mientras cogía a la otra mujer por los brazos—. Yo lo sé y, ciertamente, no espero que mates gigantes. Ni Egwene tampoco. Y ya lo sabe.

—Mientras yo no lo admita, es como si no lo supiera —murmuró la arquera—. Y no te molestes en decir que eso también es una tontería; sé que lo es, pero no cambia nada.

—Veamos si esto otro lo cambia: es la Amyrlin y tú eres un Guardián. Se merece tu confianza, Birgitte. La necesita.

—¿Has acabado de hablar ya? —demandó Areina, a un metro de distancia—. Si vas a marcharte y a dejarme, lo menos que puedes hacer es ayudarme con el tiro con arco, como dijiste que lo harías.

—Pensaré en lo que me has dicho —respondió en tono quedo Birgitte a Elayne. Se volvió hacia Areina y aferró la coleta de la mujer a la altura de la nuca—. Nos dedicaremos al tiro con arco —dijo mientras la empujaba calle arriba—, pero antes sostendremos una charla sobre los buenos modales.

Elayne sacudió la cabeza al recordar de repente a Aviendha y reemprendió la marcha a paso vivo. La casa a la que se dirigía no estaba lejos.

Tardó unos instantes en reconocer a Aviendha. Elayne estaba acostumbrada a verla con el *cadin'sor* y el cabello rojizo oscuro corto, no con blusa, falda y chal y con el pelo cayéndole más abajo de los hombros y sujeto a las sienes por un pañuelo doblado. A primera vista, no parecía encontrarse en dificultades. Sentada con evidente incomodidad en una silla —los Aiel no estaban acostumbrados a tales muebles— daba la impresión de estar tomando tranquilamente un té con cinco hermanas, formando un círculo, en la sala de estar. Las casas donde se alojaban Aes Sedai tenían estas estancias, aunque Nynaeve y ella aún seguían en su abarrotado cuartito. Sin embargo, al observar con más atención, advirtió que Aviendha lanzaba miradas acosadas a las Aes Sedai por encima del borde de la taza. No tuvo tiempo de echar un tercer vistazo a la escena; nada más ver a Elayne, la Aiel se incorporó bruscamente y dejó caer la taza al suelo limpio. La heredera del trono había visto pocos Aiel excepto en la Ciudadela de Tear, pero sabía que ocultaban sus emociones y que Aviendha lo sabía hacer muy bien. Sólo que ahora un dolor manifiesto se plasmaba en su semblante.

—Lo siento —dijo suavemente Elayne a las mujeres presentes en la habitación—, pero he de privaros de su compañía durante un rato. Quizá podáis hablar con ella después.

Varias de las hermanas vacilaron y estuvieron en un tris de protestar aunque no tenían derecho. Obviamente era la más fuerte —y por mucho— en la sala, aparte de Aviendha, y ninguna de esas Aes Sedai era una Asentada ni miembro del consejo de Sheriam. Se alegró sobremanera de que Myrelle no estuviese allí, ya que vivía en esa casa. Elayne había manifestado su preferencia por el Ajah Verde y su pretensión había sido aceptada; después se encontró con que Myrelle era la cabeza de este Ajah allí, en Salidar. Myrelle, que no llevaba ni quince años siendo Aes Sedai. Por cosas que Elayne había oído sabía que había Verdes en Salidar que llevaban el chal al menos diez lustros, aunque ninguna de ellas tuviese una sola

Librodot

cana. De haber estado presente Myrelle, la fuerza de Elayne podría no haber contado para nada si la cabeza de su Ajah quería retener a Aviendha. Tal y como estaban las cosas, sólo Shana, una Blanca de ojos saltones que le recordaba un pez a Elayne, a lo más que llegó fue a abrir la boca, aunque la volvió a cerrar con gesto hosco cuando la heredera del trono la miró enarcando una ceja.

Las cinco tenían los labios prietos ostensiblemente, pero Elayne hizo caso omiso de la tensión reinante.

—Gracias —dijo con una sonrisa que no sentía.

Aviendha se cargó a la espalda un oscuro hatillo, pero vaciló hasta que Elayne le pidió que la siguiera.

—Te pido disculpas por eso —empezó la heredera del trono una vez que estuvieron en la calle—. Me ocuparé de que no vuelva a pasar. —Estaba segura de que podría conseguirlo; al menos, Egwene sí—. Me temo que no hay muchos sitios donde hablar en privado. En mi cuarto hace mucho calor a esta hora del día. Podemos buscar alguna sombra o tomar un poco de té, si es que no te han llenado a reventar ya.

—En tu cuarto. —No fue exactamente cortante, pero resultaba obvio que Aviendha no quería hablar todavía. Inesperadamente corrió hacia un carro que pasaba lleno con leña y cogió una rama que habría que cortar para utilizarla en las chimeneas, más larga que su brazo y más gruesa que su pulgar. Se reunió de nuevo con Elayne y empezó a pelar la rama con el cuchillo; la afilada hoja cortó las menudas ramificaciones como una cuchilla de afeitar. El gesto de dolor había desaparecido de su semblante, que ahora reflejaba una firme determinación.

Elayne la observó de reojo mientras caminaban. No podía creer que Aviendha quisiera hacerle daño, dijera lo que dijese el patán de Mat Cauthon. Claro que... Sabía muy poco sobre el *ji'e'toh;* Aviendha les había explicado algo cuando estuvieron juntas en la Ciudadela. Quizá Rand había dicho o hecho algo. Quizás aquel complejísimo laberinto de honor y obligación requería que Aviendha... No, no parecía posible. Pero, tal vez...

Cuando llegaron a su habitación Elayne decidió adelantarse y sacar el tema. Se puso frente a la otra mujer, sin abrazar el *Saidar* de manera deliberada.

—Mat asegura que has venido aquí para matarme —dijo.

Aviendha parpadeó.

—Los habitantes de las tierras húmedas entienden todo al revés —comentó, sin salir de su asombro. Soltó el palo a los pies de la cama de Nynaeve y dejó el cuchillo al lado con todo cuidado—. Mi medio hermana, Egwene, me pidió que vigilara a Rand al'Thor por ti, cosa que prometí hacer. —El hatillo y el chal fueron a parar al suelo, junto a la puerta—. Tengo *toh* con ella, pero es mucho mayor el que tengo contigo. —Se desató las lazadas de la blusa, se la sacó por la cabeza y después se bajó la camisola hasta la cintura—. Amo a Rand al'Thor y una vez me permití yacer con él. Tengo *toh* y te pido que me ayudes a cumplirlo. —Se volvió de espaldas y se arrodilló en el reducido espacio libre—. Puedes usar el palo o el cuchillo, como quieras; el *toh* es mío, pero la elección te corresponde a ti. —Alzó la barbilla, estirando el cuello. Tenía los ojos cerrados—. Sea cual sea tu elección, la acepto.

Elayne creyó que las rodillas le iban a fallar. Min había dicho que la tercera mujer sería peligrosa, pero ¿Aviendha? «¡Un momento! Dijo que ella... ¡Con Rand!» Su mano hizo intención de ir hacia el cuchillo dejado sobre la cama, y Elayne se cruzó de brazos para sujetarse las manos.

—Levántate. Y ponte la blusa. No voy a golpearte... —¿Sólo unos pocos vergajazos? Apretó los brazos para dejar quietas las manos donde estaban—... y por supuesto no pienso tocar ese cuchillo. Por favor, quítalo de ahí. —Debería entregárselo ella misma, pero no estaba segura de ser capaz de tocar el arma en ese momento y no hacer una locura—. No tienes *toh* conmigo. —Creía que ésa era la fórmula correcta—. Amo a Rand, pero no me importa que tú lo ames también. —La mentira le quemaba la lengua. ¿Aviendha se había acostado con él?

La Aiel giró sobre sus rodillas y frunció el entrecejo.

—No estoy segura de entenderlo. ¿Me estás proponiendo que lo compartamos? Elayne, somos amigas, creo, pero tenemos que ser primeras hermanas si vamos a ser hermanas conyugales. Llevará tiempo saber si podemos ser eso.

Dándose cuenta de que estaba boquiabierta, Elayne cerró la boca.

—Sí, supongo que sí —musitó débilmente. Min no dejaba de repetir que lo compartirían, pero ¡ciertamente no de ese modo! ¡Hasta la idea resultaba indecente!—. Es un poco más complicado de lo que imaginas. Hay otra mujer que también lo ama.

Aviendha se puso de pie tan rápidamente que dio la impresión de estar en un instante en un sitio y al siguiente en el otro.

—¿Cómo se llama? —Sus verdes ojos echaban chispas, y la joven tenía empuñado el cuchillo.

Elayne casi se echó a reír. «Hace un momento hablaba de compartir y ahora está tan furiosa como... como... Como yo —terminó, en absoluto complacida con la idea. Esto podría haber sido mucho peor. Podría haberse tratado de Berelain. Puesto que tenía que haber alguien más, podía muy bien ser Aviendha—. Y también yo podría enfrentarme a la situación y aceptarla en lugar de tener una pataleta como una niñita mimada.» Se sentó en la cama y entrelazó las manos sobre el regazo.

—Enfunda esa arma y siéntate, Aviendha. Y, por favor, ponte la blusa. Tengo mucho que contarte. Hay una mujer, amiga mía, mi medio hermana, llamada Min...

Aviendha se vistió, pero pasó un buen rato antes de que se sentara, y bastante rato más antes de que Elayne la convenciese de que no debían aunar fuerzas para liquidar a Min. Al menos, accedió a esto último.

—He de conocerla —dijo finalmente la Aiel—. No lo compartiré con una mujer a la que no pueda querer como una primera hermana. —Habló mientras miraba escrutadoramente a Elayne, que suspiró.

Aviendha estaba dispuesta a considerar el compartirlo con ella. Min ya había asumido compartirlo. ¿Es que era ella la única normal de las tres? Según el mapa que guardaba debajo del colchón, Min llegaría pronto a Caemlyn o quizá ya estaba allí. Ignoraba lo que quería que pasara en la capital de Andor; lo único que sabía con certeza era que deseaba que Min utilizara su don para ayudarlo. Lo que significaba que Min tendría que estar cerca de él. Y, mientras tanto, ella viajaría a Ebou Dar.

—¿Hay algo fácil en la vida, Aviendha?

—No cuando hay hombres involucrados.

Elayne no supo qué la sorprendió más, si encontrarse de repente riendo o que lo hiciera Aviendha.

CAPÍTULO 18

Una amenaza

Cruzando Caemlyn a caballo, despacio, bajo un sol de justicia a media mañana, Min realmente vio muy poco de la ciudad. Apenas reparó en la gente y en las sillas de mano, carretas y carruajes que abarrotaban las calles salvo para guiar a su yegua castaña a fin de sortearlos. Siempre había soñado con vivir en una gran urbe y viajar a lugares exóticos, pero ese día las espectaculares torres cubiertas con tejas relucientes y las fascinantes vistas que surgían a medida que la calle rodeaba una colina casi le pasaron inadvertidas. Grupos de Aiel caminando entre la muchedumbre, que dejaba un hueco despejado a su alrededor, atrajeron algo más su atención, así como las patrullas de jinetes de nariz aguileña y a menudo con barba, pero sólo porque le recordaron los rumores que habían empezado a oír estando todavía en Murandy. Merana se había puesto furiosa a causa de esas historias y también por la evidencia, en forma de restos calcinados, de la presencia de seguidores del Dragón con que habían topado en dos ocasiones; sin embargo Min creía que algunas de las otras Aes Sedai estaban preocupadas. Cuanto menos hablaran de lo que pensaban sobre la amnistía de Rand, mejor.

Al borde de la plaza, frente al Palacio Real, sofrenó a *Galabardera* y se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo orlado con puntilla que volvió a guardar en la manga de la chaqueta. Sólo había unas cuantas personas dispersas por el amplio espacio ovalado, tal vez debido a que los Aiel montaban guardia a las puertas principales del palacio. Más Aiel ocupaban balconadas de mármol o se desplazaban con gráciles movimientos por las altas pasarelas cubiertas con columnatas, como leopardos. El León Blanco de Andor ondeaba con la brisa sobre la cúpula más alta del palacio. Otra bandera carmesí tremolaba en una de las torres, un poco más abajo que la de la cúpula blanca, agitada por el leve soplo del aire justo lo suficiente para que se viese el antiguo símbolo de los Aes Sedai, blanco y negro.

Al ver a aquellos Aiel se alegró de haber rechazado la oferta de un par de Guardianes como escolta; sospechaba que entre unos y otros podían saltar chispas. En fin, no había sido precisamente una oferta y su modo de rehusar fue escabullándose una hora antes de la acordada, según el reloj que había sobre la repisa de la chimenea de la posada. Merana era de Caemlyn y cuando llegaron antes del amanecer los condujo directamente a la que, según sus palabras, era la más selecta posada de la Ciudad Nueva.

Sin embargo, no era la presencia de los Aiel el motivo de que Min permaneciera quieta en la silla. No del todo, aunque había oído todo tipo de historias terribles sobre los Aiel de rostro velado. Su chaqueta y sus calzas eran de la mejor y más fina lana que había podido encontrar en Salidar, en un tono rosa pálido, con minúsculas flores azules y blancas bordadas en solapas y puños, así como en los costados de las perneras. La camisa también era de corte masculino, pero de seda color cremoso. En Baerlon, después de que su padre muriese, sus tías habían intentado convertirla en lo que ellas llamaban una mujer como es debido, aunque quizá su tía Miren comprendió que después de diez años correteando por las minas vestida con ropas de chico tal vez fuera demasiado tarde para enfundarla en un vestido. Aun así, lo habían intentado, y ella se había resistido con la misma obstinación con que se había negado a aprender a utilizar una aguja de coser. Aparte de un episodio poco afortunado sirviendo mesas en El Reposo de los Mineros —un lugar bronco, pero en el que no había estado mucho

tiempo; Rania, Jana y Miren se habían encargado del asunto con toda contundencia cuando se enteraron y dio igual que por entonces tuviese ya veinte años—, salvo esa vez nunca se había puesto un vestido por propia voluntad. Ahora estaba pensando que quizá tendría que haber encargado que le hiciesen uno en lugar de esta chaqueta y estas calzas. Un vestido de seda, con el corpiño muy ceñido y el escote bajo y...

«Tendrá que aceptarme como soy —pensó al tiempo que retorcía las riendas con irritación—. No pienso cambiar por ningún hombre.» Sólo que hasta no hacía mucho tiempo sus ropas eran tan sencillas como las de cualquier granjero y su cabello no le había caído casi hasta los hombros en tirabuzones. *Serás como quiera que creas que él desea que seas,* susurró una vocecilla dentro de su cabeza y Min la expulsó con una imaginaria patada, más fuerte de lo que nunca había pateado a cualquier mozo de cuadra que había intentado ponerse agresivo con ella, y a continuación taconeó los flancos de *Galabardera* sólo un tantico más flojo. Odiaba la mera idea de que las mujeres fuesen débiles en lo tocante a hombres. Sólo había un problema: estaba bastante segura de que iba a descubrir lo que era eso a no mucho tardar.

Desmontó frente a las puertas de palacio, palmeó a la yegua como queriendo decirle que no había sido su intención taconearla al tiempo que miraba con incertidumbre a los Aiel. La mitad eran mujeres y todas, salvo una, bastante más altas que ella. Los hombres igualaban la talla de Rand en su mayoría y algunos la superaban incluso. Todos, desde el primero al último, la estaban observando —bueno, daba la impresión de que vigilaban todo, pero indudablemente a ella también— y, que la joven viera, sin parpadear una sola vez. Con esas lanzas y adargas, los arcos a la espalda, las aljabas en la cadera y los enormes cuchillos al cinturón parecían prestos a matar. Las tiras de tela negra que llevaban colgando sobre el pecho debían de ser los velos. Había oído decir que los Aiel no mataban sin antes taparse la cara. «Espero que sea cierto.» Se dirigió a la mujer más baja. Enmarcado por un brillante cabello pelirrojo, tan corto como Min solía llevar antes, el tostado rostro podría haber sido una talla de madera; sin embargo, era incluso un poco más baja que ella.

—Vengo a ver a Rand al'Thor —dijo Min un tanto vacilante—. El Dragón Renacido. —¿Parpadearían alguna vez estas gentes?—. Me llamo Min. Me conoce y traigo un mensaje importante para él.

La mujer pelirroja se giró hacia los otros Aiel y gesticuló rápidamente con su mano libre. Las demás mujeres se echaron a reír mientras se volvía de nuevo hacia ella.

—Te conduciré hasta él, Min. Pero, si no te conoce, tardarás mucho menos en salir que en entrar. —Algunas de las Aiel también rieron por esto último—. Me llamo Enaila.

—Me conoce —repitió a la par que enrojecía. En las mangas de la chaqueta llevaba un par de cuchillos que Thom Merrilin le había enseñado cómo utilizar, pero tenía la impresión de que esta mujer se los quitaría y la despellejaría con ellos. Una imagen flotó de repente sobre la cabeza de Enaila y al punto desapareció; era una especie de corona o halo, pero Min no tenía ni idea de lo que significaba—. ¿Se supone que tengo que entrar también a mi yegua? No creo que Rand quiera verla. —Para su sorpresa, varios Aiel, hombres y mujeres, soltaron una risita y los labios de Enaila se curvaron levemente en las comisuras como si reprimiera las ganas de hacer lo mismo.

Un hombre se acercó para hacerse cargo de *Galabardera* —a Min le pareció que también era Aiel a pesar de la mirada gacha y el atuendo blanco— y ella siguió a Enaila, a través de las puertas y de un amplio patio, al interior del palacio propiamente dicho. Fue un cierto alivio ver sirvientes con libreas rojas y blancas recorriendo los pasillos jalonados de tapices y que miraban con precaución a los Aiel que también deambulaban por los corredores, pero no más de lo que habrían hecho con un perro desconocido. Min había llegado a pensar que encontraría el palacio ocupado únicamente por Aiel, con Rand rodeado por ellos y quizá vestido con una de esas chaquetas y calzas de tonalidades marrones, grises y verdes, mirándola sin parpadear.

Enaila se detuvo ante unas anchas y altas puertas adornadas con tallas de leones, que estaban abiertas, y gesticuló rápidamente con la mano a las Aiel que estaban de guardia.

Todas eran mujeres. Una, con el cabello muy rubio y considerablemente más alta que la mayoría de los hombres, respondió del mismo modo.

—Espera aquí —le dijo Enaila, que a continuación entró.

Min dio un paso tras ella, pero una lanza se interpuso sin gestos bruscos en su camino, sostenida por la rubia mujer. O quizá no fue tan despreocupadamente, pero a Min no le importó. Podía ver a Rand.

Estaba sentado en un enorme trono dorado que parecía cubierto totalmente con dragones, vestía una chaqueta roja muy recargada con bordados dorados, y sostenía en las manos —¡quién lo habría imaginado!— un fragmento de lanza con borlones verdes y blancos. Otro trono se alzaba sobre un alto pedestal detrás de él, también dorado, pero con un león formado a base de gemas blancas sobre fondo rojo. El Trono del León, según los rumores que corrían. En ese momento, por ella Rand podría haber estado utilizándolo como escabel. Parecía cansado. Estaba tan guapo que a la joven se le encogió el corazón. Las imágenes danzaban a su alrededor de manera continua. Con las Aes Sedai y los Guardianes, esa avalancha era algo de lo que siempre procuraba evadirse; no sabía su significado más de lo que le ocurría con el resto de la gente, pero siempre estaban presentes. Con Rand, tenía que obligarse a mirarlas o, en caso contrario, no apartaría los ojos de su rostro. Una de aquellas imágenes la había vislumbrado cada vez que lo veía: millares, incontables lucecitas chispeantes, cual estrellas o luciérnagas, que se precipitaban hacia una inmensa negrura con el propósito de llenarla, entraban en ella y eran absorbidas. Parecía haber más luces de las que había visto anteriormente, pero la oscuridad también se las tragaba con mayor rapidez. Y había algo más, algo nuevo, un halo amarillo, marrón y púrpura cuya visión le provocó un nudo en el estómago.

Intentó visualizar algo en los nobles que estaban ante él —porque debían de ser eso sin duda, con aquellas levitas bellamente bordadas y aquellos vestidos de ricas sedas— pero no surgió ninguna imagen ni halo de ellos. Era lo normal con casi toda la gente y la mayoría del tiempo; y cuando sí veía, lo más frecuente era que no supiera lo que pronosticaban tales visiones. Aun así, estrechó los ojos, esforzándose con empeño. Si conseguía ver una imagen, un halo, a lo mejor podría servirle de alguna ayuda. A juzgar por los comentarios que había oído desde que habían entrado en territorio de Andor, le vendría bien toda la ayuda posible.

Suspiró profundamente y acabó dándose por vencida. Escrutar y esforzarse no servía de nada a menos que hubiese algo que ver.

De repente advirtió que los nobles se estaban retirando, que Rand se había incorporado y que Enaila le hacía señas con la mano para que entrara. Rand sonreía. Min creyó que el corazón le iba a estallar en el pecho. De modo que así era como se sentían todas esas mujeres de las que ella se había reído porque se echaban a los pies de un hombre. No. Ella no era una chiquilla atolondrada; era mayor que él, había dado su primer beso cuando él todavía pensaba que escaquearse de cuidar el rebaño de ovejas era lo más divertido del mundo, y que... «Luz, no permitas que me flaqueen las rodillas.»

Rand soltó descuidadamente el Cetro del Dragón en el asiento del trono, descendió del estrado de un salto y cruzó el gran salón a la carrera. Tan pronto como llegó ante Min la levantó por las axilas a pulso y empezó a dar vueltas con ella cuando Dyelin y los demás no se habían marchado todavía. Varios nobles los miraron de hito en hito, aunque saltaba a la vista que a Rand le importaba un ardite; por él, podían seguir mirándolos.

—Luz, Min, qué alegría volver a verte la cara —rió. Y lo decía en serio; sobre todo después de tener que estar mirando el pétreo rostro de Dyelin o de Ellorien. Pero si Aemlyn, Arathelle, Pelivar, Luan y todos ellos, del primero a último, hubiesen proclamado su regocijo porque Elayne estuviese de camino a Caemlyn en lugar de contemplarlo fijamente, con desconfianza e incluso con el insulto «mentiroso» asomando a sus ojos, se habría sentido igual de contento de ver a Min.

Cuando la soltó en el suelo, la mujer se tambaleó contra él, agarrándole los brazos y

Librodot

respirando entrecortadamente.

—Lo siento —se disculpó—. No era mi intención hacer que te mareases. Pero es que me siento realmente feliz al verte.

—Bueno, pues has hecho que me maree, palurdo —rezongó contra su pecho. Se obligó a separarse de él y alzó la cara para mirarlo, iracunda, a través de las largas pestañas—. He cabalgado una larga distancia, he llegado en mitad de la noche y lo único que me faltaba es que me cogieras y me zarandearas como a un saco de patatas. ¿Es que nunca vas a aprender a tener modales?

—Palurdo —rió él suavemente—. Min, puedes acusarme de mentiroso pero te aseguro que he echado de menos oírte llamarme eso.

La joven no le dijo nada; se limitó a mirarlo intensamente, la expresión iracunda ausente por completo. De repente a Rand sus pestañas le parecieron más largas de lo que recordaba.

Cayendo en la cuenta de dónde estaban, la tomó de la mano. Un salón del trono no era lugar para reunirse con viejos amigos.

—Ven, Min, nos tomaremos un poco de ponche fresco en mi sala de estar. Somara, voy a mis aposentos, así que puedes mandar retirarse a todo el mundo, pues no os voy a necesitar.

A Somara no pareció gustarle mucho aquella orden, pero relevó de servicio a todos los Aiel salvo Enaila y ella misma. Ambas parecían algo hoscas, cosa que Rand no entendió. Había permitido a Somara reunir dentro de palacio a todos los guerreros que quisiera porque Dyelin y los otros se dirigían hacia allí. Bashere se hallaba en el campamento de sus jinetes al norte de la ciudad por el mismo motivo. Lo de las Doncellas porque sería un recordatorio, y la ausencia del general shienariano porque con él quizá fuesen demasiados recordatorios. Confiaba en que las dos Doncellas no estuvieran planeado comportarse en plan maternal. Rand tenía la impresión de que se alternaban en las guardias más a menudo de lo que en realidad les correspondía por turno, pero Nandera era tan inflexible como Sulin en lo tocante a que él dijese específicamente quién tenía que hacer qué. Podría dirigir a las *Far Dareis Mai,* pero, para empezar, no era una Doncella y lo otro no era asunto de su incumbencia.

Mientras la conducía de la mano corredor adelante, Rand advirtió que Min contemplaba los tapices, arcones y mesas taraceados, cuencos dorados y altos jarrones de porcelana de los Marinos colocados en hornacinas; y que examinaba a Enaila y a Somara de pies a cabeza, tres veces a cada una. Pero no lo miró a él una sola vez ni pronunció ninguna palabra. Su mano envolvía la de la mujer y sintió el pulso en su muñeca a un ritmo tan alocado como el de un caballo desbocado. Esperaba que Min no se hubiese enfadado de verdad por haberle dado vueltas en el aire.

Para gran alivio de Rand, Somara y Enaila tomaron posiciones a ambos lados de la puerta, aunque ambas le asestaron una mirada impasible cuando pidió ponche, y tuvo que repetirlo. Cuando entró en la sala de estar, se quitó la chaqueta y la echó sobre una silla.

—Siéntate, Min, siéntate. Ponte cómoda y relájate. Traerán el ponche enseguida. Tienes que contármelo todo. Dónde has estado, cómo has venido a parar aquí, por qué has llegado en plena noche. Es peligroso viajar cuando está oscuro, Min. Ahora más que nunca. Te daré las mejores habitaciones de palacio, es decir, las mejores en segundo lugar, porque éstas son las mejores. Y te proporcionaré una escolta Aiel para que te acompañe a donde quieras ir. Cualquier matasiete o bravucón se quitará el sombrero e inclinará la cabeza si es que no trepa por la pared de un edificio para quitarse de en medio.

Por un momento creyó que ella se echaría a reír, pero Min siguió plantada junto a la puerta, hizo una profunda inhalación y sacó una carta del bolsillo.

—No puedo decirte de dónde vengo porque lo prometí, Rand, pero Elayne está allí y...

—En Salidar —la interrumpió y sonrió al ver el modo en que abría los ojos de par en par—. Sé unas cuantas cosas, Min. Quizá más de lo que piensan algunas personas.

—Eh... ya lo veo —musitó con un hilo de voz. Le puso bruscamente la carta en las manos y luego volvió a retroceder. Su voz cobró firmeza al añadir—: Juré que lo primero que haría sería darte eso. Adelante, léelo.

Rand reconoció el sello, un lirio estampado en cera de color amarillo oscuro, así como la fluida escritura de Elayne con su nombre, y vaciló antes de abrir la carta. Los cortes radicales, por lo sano, eran lo mejor y él había hecho uno, pero con la carta en la mano todas sus resoluciones se fueron al traste. Leyó la misiva, tras lo cual se sentó encima de la chaqueta roja y volvió a leerla. Ciertamente era corta.

«Rand,

»Creo haber expresado claramente mis sentimientos hacia ti. Ten presente que no han cambiado. Espero que sientas por mí lo que siento yo por ti. Min puede ayudarte, si le haces caso. La quiero como a una hermana y confío en que tú la quieras como yo.

»Elayne.»

Debía de estar acabándosele la tinta, porque las últimas palabras eran unos garabatos apresurados, muy distintos del trazo elegante del resto. Min había estado desplazándose furtivamente y torciendo la cabeza en un intento de leer la carta sin que resultara demasiado obvio, pero cuando Rand se incorporó para quitar la chaqueta sobre la que se había sentado —el *ter'angreal* del hombrecillo gordo estaba en un bolsillo y se le clavaba— volvió a recular.

—¿Es que todas las mujeres tratan de volver locos a los hombres? —masculló.

—¿Qué?

Él bajó la vista hacia la carta y dijo como si hablara consigo mismo:

—Elayne es tan hermosa que no puedo evitar quedarme embobado cuando la miro, pero la mitad del tiempo no sé si quiere que la bese o que me arrodille a sus pies. En honor a la verdad, a veces deseé arrodillarme... y adorarla, que la Luz me asista. Aquí dice que sé lo que siente por mí. Me ha escrito otras dos cartas antes que ésta, una rebosante de amor y la otra para decirme que no quería volver a verme nunca. Cuántas veces me he quedado sentado deseando que la primera fuera la de verdad y la segunda algún tipo de broma o error o... Y Aviendha. También es hermosa, pero cada día que he pasado a su lado ha sido una batalla. Nada de besos, ya no. Ni queda la más leve duda sobre los sentimientos que le inspiro. Se alegró más ella de alejarse de mí que yo de verla partir. Sólo que sigo esperando encontrarla cuando me doy media vuelta; pero no está y es como si me faltara una parte de mí. A decir verdad echo de menos esa brega y hay ocasiones en que me sorprendo pensado: «Todavía existen cosas por las que merece la pena luchar».

Algo en el silencio de Min le hizo alzar la cabeza. Lo miraba fijamente, con el semblante tan inexpresivo como el de una Aes Sedai.

—¿Nunca te ha dicho nadie que es una falta de educación hablar a una mujer de otra? —Su tono era totalmente impávido—. Y mucho menos hablarle de dos mujeres.

—Min, eres una amiga —protestó—. No pienso en ti como una mujer. —Era lo peor que podía haber dicho y lo supo en el momento en que las palabras salieron de su boca.

—¿De veras?

La joven se echó la chaqueta hacia atrás y plantó las manos en las caderas, pero no con la pose enfadada que él conocía tan bien. Sus muñecas estaban giradas de manera que los dedos apuntaban hacia arriba y, de algún modo, aquello lo cambiaba todo. Y tenía doblada una rodilla y eso... Por primera vez la vio realmente; no sólo a Min, sino su aspecto. No el habitual atuendo de chaqueta y pantalones marrones, sino de un tono rosa y con bordados. No el habitual cabello corto que apenas le tapaba las orejas, sino tirabuzones que le rozaban los hombros.

—¿Te parezco un chico?

—Min, yo...

—¿Tengo aspecto de hombre? ¿De caballo? —En una rápida zancada se plantó a su lado y se dejó caer sobre su regazo.

—Min —dijo, pasmado—. ¿Qué estás haciendo?

Librodot

—Convenciéndote de que soy una mujer, palurdo. ¿Es que no parezco una mujer? ¿Es que no huelo como una mujer? —Ahora que Rand se fijaba, la envolvía un tenue aroma a flores—. ¿Es que no siento como...? Bueno, ya es suficiente. Responde a la pregunta, pastor.

El hecho de dirigirse a él con los términos «palurdo» y «pastor» fue lo que acalló su sensación de alarma. Lo cierto es que estaba realmente guapa sentada en sus rodillas. Pero era Min, que lo tenía por un pueblerino con pelo de dehesa y muy poco sentido común.

—Luz, Min, sé que eres una mujer. No era mi intención insultarte. Pero también eres una amiga y me siento a gusto a tu lado. Estando contigo puedo hacer el tonto, puedo decirte cosas que no le diría a nadie, ni siquiera a Mat o a Perrin. Cuando te tengo cerca, es como si todas las tensiones que me agobian y todas las contracturas que me agarrotan los hombros y que ni siquiera había notado que tenía desapareciesen. ¿No te das cuenta, Min? Me gusta estar cerca de ti. Te he echado de menos.

Ella se cruzó de brazos y lo miró de reojo, frunciendo el entrecejo. Una de sus piernas se movió repetidamente; de haber tenido el pie apoyado en el suelo habría estado dando golpecitos con él.

—Todo eso que has dicho sobre Elayne. Y la tal... Aviendha. Por cierto, ¿quién es? Me suena como si las amases a las dos. Oh, deja de rebullir y estáte quieto de una vez. Me debes una explicación. Habráse visto, decir que no soy... En fin, respóndeme. ¿Amas a las dos?

—Tal vez sí —contestó lentamente—. La Luz me asista, creo que quizá sí. ¿Significa eso que soy un libertino o simplemente un necio ansioso?

Min abrió la boca pero la cerró al punto; sacudió la cabeza con irritación y apretó los labios. Rand se apresuró a continuar antes de que le contestara en cuál de las dos categorías consideraba que encajaba mejor; realmente no quería oírlo en boca de ella.

—Ahora ya no importa, de todos modos. Se acabó. Mandé lejos a Aviendha y no dejaré que regrese. Y yo no me permitiré acercarme a ninguna de las dos a menos de un kilómetro o de diez si de mí depende.

—¡Por amor de...! ¿Por qué, Rand? ¿Qué derecho tienes a hacer esa elección por ellas?

—¿Es que no te das cuenta, Min? Soy una diana y cualquier mujer a la que ame se convierte también en un blanco. Aun en el caso de que la flecha apunte hacia mí podría darle a ella. Y también es posible que el tiro esté dirigido a esa mujer. —Respirando agitadamente, Rand se recostó, con los brazos apoyados en los del sillón. Min se giró un poco y lo estudió con una expresión tan seria como él no había visto nunca en su rostro. La muchacha siempre estaba sonriente, como si le hiciera gracia cuanto la rodeaba. Mejor que no fuera así en este momento, porque él hablaba muy en serio—. Lan me dijo que él y yo somos iguales en ciertos aspectos y tiene razón. Dijo que hay hombres que irradian muerte. Él mismo. Yo. Cuando un hombre así se enamora, el mejor regalo que puede hacer a esa mujer es poner la mayor distancia posible entre ambos y cuanto antes. Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo que entiendo... —Enmudeció y guardó silencio un momento—. Está bien. Soy tu amiga y me alegra que lo sepas, pero no pierdas el tiempo pensando que voy a darme por vencida. Te convenceré de que no soy ni un hombre ni un caballo.

—Min, ya te he dicho que...

—Oh, no, pastor. Eso no basta. —Se retorció en su regazo de un modo que lo hizo carraspear y plantó el índice en su pecho—. Quiero ver lágrimas en tus ojos cuando lo digas. Quiero que se te caiga la baba y que la voz te salga entrecortada. No creas que vas a salir de rositas de este apuro porque pienso hacértelo pagar.

Rand se echó a reír sin poder evitarlo.

—Min, de verdad es estupendo tenerte aquí. Sólo me ves como un patán de Dos Ríos, ¿a que sí?

La actitud de ella cambió de manera relampagueante.

—Te veo a ti, Rand —musitó muy quedo—. A ti. —Se aclaró la voz y se colocó remilgadamente, con las manos sobre las rodillas y un aire formal. Si es que era posible hacer algo así encontrándose sentada como estaba—. Será mejor que siga hablando del motivo de

mi viaje. Al parecer estás enterado de lo de Salidar. Eso va a provocar que se arqueen muchas cejas, te lo advierto. Lo que probablemente no sepas es que no he venido sola. Hay una embajada de Salidar en Caemlyn, para verte.

El rezongo de Lews Therin sonó como un trueno lejano dentro de su cabeza. La mención de Aes Sedai siempre lo alteraba desde lo de Alanna y la vinculación, si bien no tanto como cuando Taim estaba cerca.

A pesar del refunfuño de Lews Therin, Rand estuvo a punto de sonreír. Había sospechado algo así tan pronto como Min le entregó la carta de Elayne. La confirmación era casi la prueba de que estaban asustadas, como había imaginado. ¿Cómo iban a estar si no, siendo rebeldes que se habían visto obligadas a esconderse en los aledaños del poder de los Capas Blancas? También era más que probable que estuviesen deseosas de hallar el modo de volver a la Torre Blanca, mordiéndose las uñas mientras discurrían cómo reanudar las buenas relaciones con Elaida. Por lo que él sabía de esa mujer, tenían muy pocas posibilidades de lograrlo y ellas debían de saberlo mejor que él. Si habían enviado una embajada al Dragón Renacido, a un hombre capaz de encauzar, entonces es que tenían que estar más que dispuestas a aceptar su protección. Esto no se parecía en nada a la propuesta de Elaida quien, por lo visto, creía que podía comprarlo y seguramente meterlo en una jaula como a un pájaro canoro. Las vagas promesas de Egwene sobre Aes Sedai que lo respaldarían estaban a punto de hacerse realidad.

—¿Quién ha venido contigo? —preguntó—. A lo mejor la conozco. —En realidad no conocía a ninguna Aes Sedai salvo a Moraine, que estaba muerta, pero sí había tenido encuentros con algunas. Si era una de ellas, quizá complicase las cosas. En esos días era realmente el joven campesino al que aludía Min y que se encogía cada vez que una Aes Sedai lo miraba.

—Hay más de una, Rand. De hecho, son nueve. —Él dio un respingo, y Min continuó apresuradamente—. Es para honrarte, Rand. El triple de hermanas que envían a un rey o una reina. Merana, que es la que tiene el mando, es del Ajah Gris y vendrá a palacio esta tarde, sola. Y sólo se acercarán a ti de una en una cada vez si no te sientes a gusto habiendo más. Han tomado habitaciones en La Corona de Rosas, en la Ciudad Nueva. Prácticamente la han ocupado, con todos los Guardianes y la servidumbre. Merana me envió primero porque te conozco, para allanar el camino. No buscan hacerte ningún daño, Rand. Estoy segura.

—¿Es eso una visión, Min, o una opinión tuya? —Qué extraño resultaba estar manteniendo una conversación seria con una mujer sentada en sus rodillas, pero, al fin y a la postre, era Min. Eso lo cambiaba todo. Sólo que tenía que estar recordándoselo a sí mismo continuamente.

—Una opinión mía —admitió de mala gana—. Rand, veo sus auras a diario, desde que salimos de Salidar. Si tuvieran intención de perjudicarte, tendría que haber visto algo. No puedo creer que no surgiera ninguna imagen de ello durante todo ese tiempo. —Rebulló y le dirigió una mirada preocupada que enseguida dio paso a una firme determinación—. Y, a propósito, creo que debería decirte algo. Vi un halo a tu alrededor en el salón del trono. Unas Aes Sedai van a hacerte daño. O mujeres que pueden encauzar, en cualquier caso. Era muy confuso y no estoy segura respecto a lo de las Aes Sedai. Pero podría suceder más de una vez. Creo que ésa es la razón de que todo esté tan embrollado. —Él la miró en silencio y sonrió—. Eso es lo que me gusta de ti, Rand. Aceptas lo que puedo hacer y lo que no. No me preguntas si estoy segura o cuándo va a ocurrir. Nunca pides más de lo que sé.

—Bueno, pues voy a hacerte una pregunta, Min. ¿Puedes asegurar que esas Aes Sedai de tu visión no son las que han venido contigo?

—No —admitió, lisa y llanamente.

Ésa era una cosa que a Rand le gustaba de ella: nunca intentaba salirse por la tangente.

«He de tener cuidado —susurró con resolución Lews Therin—. Hasta estas chicas medio entrenadas pueden ser peligrosas habiendo nueve. Tengo que...»

«Soy yo el que tiene que», pensó firmemente Rand. Hubo un instante de desconcierto

Librodot

por parte de Lews Therin y después regresó a su recóndito rincón. Siempre lo hacía cuando Rand le hablaba. El único problema era que Lews Therin parecía ver y oír más de manera progresiva y se proponía actuar en consecuencia. No se había producido ningún otro intento por su parte de aferrar el *Saidin,* pero ahora Rand estaba alerta. El hombre quería el cuerpo y la mente de Rand para sí aunque no le pertenecían, y si alguna vez conseguía hacerse con el control Rand no estaba seguro de recuperarlo. Lews Therin Telamon hablando y caminando mientras Rand al'Thor se convertía en una voz dentro de su cabeza.

—Rand —llamó Min con inquietud—, no me mires así. Estoy de tu parte, si se trata de tomar partido por unos o por otros. Quizás haya algo de eso. Creen que les contaré todo lo que me digas, pero no lo haré, Rand. Sólo quieren saber cómo tratar contigo, qué pueden esperar, pero no les diré ni una palabra que tú no quieras que les diga. Y si me pides que mienta, lo haré. Ignoran lo de mis visiones. Ese don es para ti, Rand. Sabes que observaré a todo aquel que me digas, incluidas Merana y las demás.

Rand se obligó a esbozar una mueca y se aseguró de que su voz sonase suave:

—Tranquilízate, Min. Sé que estás de mi parte. —Ésa era la pura verdad. Desconfiar de Min sería como desconfiar de sí mismo. De Lews Therin ya se había ocupado de momento; ahora tenía que ocuparse de la tal Merana y su embajada—. Diles que pueden venir de tres en tres. —Era lo que Lews Therin había aconsejado en Cairhien: no más de tres a la vez. Por lo visto el hombre creía que podía manejar a tres Aes Sedai; mostraba un obvio desdén hacia las que ahora se hacían llamar Aes Sedai. Empero, lo que en Cairhien había sido un límite era diferente allí. Merana quería que estuviese tranquilo y con buena disposición antes de que una sola Aes Sedai se le acercara. Que rumiara su invitación a que acudiesen tres y lo que ello podría significar—. Aparte de eso, ninguna de ellas puede entrar en la Ciudad Interior sin mi permiso. Y que no intenten encauzar estando conmigo. Díselo así, Min. Me daré cuenta en el instante en que abracen la Fuente y eso no me agradará. Díselo.

—Tampoco les va agradar mucho a ellas, pastor —repuso secamente—. Pero se lo comunicaré.

Un estruendo hizo que Rand girara bruscamente la cabeza.

Sulin estaba en el umbral de la puerta, con el uniforme rojo y blanco y la cara tan arrebolada que la cicatriz de la mejilla resaltaba más pálida que nunca. Su cabello blanco había crecido desde que se había puesto el uniforme, pero seguía siendo bastante más corto que el de cualquiera de las sirvientas. La señora Harfor la había obligado a peinárselo con rizos, cosa que Sulin detestaba enormemente. A sus pies había una bandeja de plata orlada con oro, con copas trabajadas también con ambos metales caídas a los lados. La jarra de vino se tambaleó una última vez mientras Rand miraba y, milagrosamente, se quedó de pie, aunque aparentemente había tanto ponche derramado sobre la bandeja y el suelo como dentro del recipiente.

Min hizo intención de levantarse, pero Rand la agarró por la cintura y la hizo sentarse de nuevo. Ya iba siendo hora de darles a entender que había terminado con Aviendha, y a Min no le importaría ayudarlo. De hecho, tras resistirse un momento, la joven se recostó contra él y apoyó la cabeza en su pecho.

—Sulin, una buena sirvienta no va tirando bandejas por ahí. Recógelo y haz lo que se supone que es tu obligación —le dijo.

La mirada que le asestó Sulin era funesta.

La solución que Rand había buscado para permitir que la mujer cumpliera con su *toh* y al tiempo aliviarla en parte de las duras tareas no había sido una idea brillante con respecto a ella. Sulin se ocupaba ahora de sus aposentos y estaba únicamente a su servicio. Ella detestaba que fuera así, naturalmente, sobre todo que él la viera haciéndolo cada día, pero ya no se rompía la espalda fregando suelos por todo el palacio ni acarreando incontables cubos de agua para los lavaderos. Rand sospechaba que Sulin habría preferido que todos los Aiel a este lado de la Pared del Dragón vieran su vergüenza en vez de que la viera él, pero de ese modo había aliviado notablemente sus tareas y, al tiempo, aliviado su cargo de conciencia un tanto;

además, si trabajar para él la hacía decidir que cumpliría antes con su *toh,* miel sobre hojuelas. Sulin debía vestir el *cadin'sor* y empuñar las lanzas, no llevar uniforme y doblar ropa blanca.

La Aiel recogió la bandeja y cruzó la habitación para dejarla, bruscamente, sobre una mesa taraceada con marfil. Cuando se daba media vuelta para dirigirse hacia la puerta, la voz de Rand la detuvo:

—Ésta es Min, Sulin. Es mi amiga. No conoce las costumbres Aiel y me tomaría muy a mal si le ocurre algo. —Se le acababa de ocurrir que las Doncellas podrían tener su propio punto de vista respecto a que hubiese mandado lejos a Aviendha y tuviese sentada en sus rodillas a otra mujer nada más haberse ido ella. Su propio punto de vista y su propia forma de ocuparse de ello—. De hecho, si sufre el menor daño, será como si se me hubiese infligido personalmente a mí.

—¿Y por qué nadie querría hacerle daño a esta mujer, excepto Aviendha? —replicó en tono grave—. Dedicó demasiado tiempo a soñar despierta contigo en lugar de enseñarte lo que tendrías que saber. —Sacudió la cabeza y masculló—: Mi señor Dragón.

Rand supuso que esto último debería haber sido un murmullo que él no tendría que haber oído. Después, la Aiel estuvo a punto de caerse de bruces dos veces al hacer la reverencia; se irguió enseguida y al salir cerró con un fuerte portazo.

Min giró la cabeza para mirarlo.

—No creo haber visto nunca a una doncella igual... ¡Rand, creo que si hubiese tenido un cuchillo te lo habría clavado!

—Una patada, tal vez —rió él—, pero nunca una cuchillada. Me cree su hermano perdido mucho tiempo atrás. —El desconcierto se reflejó en el semblante de Min, y Rand adivinó en sus ojos un centenar de preguntas—. Es una larga historia. Te la contaré en otro momento.

Una parte al menos. Nadie sabría jamás lo que tenía que aguantar de Enaila, Somara y unas cuantas otras. Es decir, las Doncellas ya lo sabían, pero nadie más.

Melaine entró al estilo Aiel, es decir, que asomó la cabeza por la puerta, miró en derredor, y a continuación pasó. Rand nunca había discernido qué hacía que un Aiel decidiese entrar o no. Los jefes, las Sabias y las Doncellas se habían metido en la habitación pillándolo en paños menores, en la cama, en el baño. La Sabia de cabello dorado se acercó y se sentó, cruzada de piernas, sobre la alfombra, a pocos pasos enfrente de donde estaba él y con mucho tintineo de brazaletes mientras se arreglaba la falda con cuidado a su alrededor. Los verdes ojos contemplaban a Min inexpresivamente.

Esta vez, Min no hizo la menor intención de levantarse. De hecho, por el modo en que se recostaba contra él, con la cabeza apoyada sobre su pecho y respirando pausadamente, Rand se preguntó si no se habría quedado dormida. Después de todo, le había dicho que había llegado a Caemlyn de noche. De repente fue plenamente consciente de su mano ceñida en torno a su cintura y la retiró prestamente para ponerla sobre el brazo del sillón. Ella suspiró casi con pesar y se acurrucó contra él. Se había dormido, no cabía duda.

—Tengo noticias que darte —anunció Melaine—, y no sé bien cuál de ellas es la más importante. Egwene se ha marchado de las tiendas. Va a un sitio llamado Salidar, donde hay Aes Sedai. Esas Aes Sedai son las que podrían respaldarte. A petición de Egwene no te hablamos antes de ellas, pero ahora te diré que son obstinadas, indisciplinadas, discutidoras y engreídas hasta lo indecible. —Su tono de voz sonaba acalorado al final de la parrafada y su cabeza estaba echada hacia adelante.

Así que una de las caminantes de sueños de Cairhien había hablado con Melaine en sus sueños. Eso era lo más que Rand sabía respecto a las habilidades de las caminantes de sueños y, a pesar de que podría serle muy útil, rara vez se mostraban dispuestas a poner ese talento a su disposición. Lo nuevo para él era eso de obstinadas y todo lo demás. La mayoría de los Aiel actuaban como si pensaran que las Aes Sedai podrían golpearlos, creían que se lo tenían merecido si tal cosa ocurriese e intentarían aceptar el golpe sin encogerse. Hasta las Sabias hablaban respetuosamente de las Aes Sedai las contadas veces que se referían a ellas.

Librodot

Obviamente algunas cosas habían cambiado.

—Lo sé —fue cuanto contestó, sin embargo. Si Melaine tenía intención de explicarle por qué, lo haría sin que él se lo preguntara. Y, si no era su intención, preguntar no le serviría de nada—. Respecto a Egwene y a Salidar también. Hay nueve de Salidar en Caemlyn ahora mismo. Min vino con ellas.

La joven rebulló contra su pecho y murmuró algo. Lews Therin estaba rezongando otra vez, demasiado bajo para entender lo que decía, pero Rand se alegró de esa distracción. Sentir a Min era... agradable. Se pondría hecha una furia si lo supiera. Aunque, teniendo en cuenta lo que había dicho de hacérselo pagar, a lo mejor se echaba a reír. A lo mejor. A veces sus cambios de humor eran bruscos e imprevisibles.

Melaine no pareció sorprendida de que lo supiera, ni siquiera se ajustó el chal. Desde que se había casado con Bael parecía haberse... «Calmado» no era el término correcto; resultaba excesivamente plácido refiriéndose a Melaine. Más bien, su irritabilidad era menos acusada.

—Ésa era mi segunda noticia. Debes tener cuidado con ellas, Rand al'Thor, y mostrar mano firme. No respetarán nada más.

Definitivamente, las cosas habían cambiado.

—Tendrás dos hijas —musitó Min—. Gemelas como dos gotas de agua.

Si Melaine no había demostrado sorpresa antes, ahora lo compensó. Abrió los ojos como platos y dio un respingo que casi la levantó de suelo.

—¿Cómo puedes...? —empezó con incredulidad, pero calló al punto para recobrar la compostura. Aun así, cuando volvió a hablar parecía faltarle resuello—. Yo misma no tenía la seguridad de que estaba embarazada hasta esta misma mañana. ¿Cómo puedes saberlo tú?

Min se levantó entonces y le dirigió una mirada que Rand conocía muy bien. Por alguna razón, la culpa era de él. Aunque las faltas de Min fueran pequeñas, tampoco estaba libre de ellas. La muchacha toqueteó nerviosamente su chaqueta mientras miraba a todas partes excepto hacia Melaine y cuando por fin sus ojos se detuvieron de nuevo sobre Rand la mirada era una simple variación de la primera. Él la había metido en este apuro, de modo que era su obligación sacarla de él.

—No te preocupes, Min —dijo—. Es una Sabia e imagino que saben cosas que te pondrían el pelo de punta. —Lástima, porque ahora estaba muy bonita con esos rizos. ¿Cómo harían eso las mujeres?—. Estoy convencido de que prometerá guardar tu secreto y te aseguro que puedes confiar en su palabra.

A Melaine casi se le enredó la lengua en su premura por pronunciar la promesa. Aun así, Rand recibió otra mirada —ésta quizá de reproche— antes de que Min se sentara junto a Melaine. ¿Y cómo demonios esperaba que la sacase del atolladero? Melaine no olvidaría lo que había dicho porque él se lo pidiera, pero sí cumpliría una promesa de guardarlo en secreto. Bastantes había mantenido hacia él.

A pesar de su reticencia, una vez que Min empezó a hablar ofreció una explicación mucho más amplia de las que jamás le había dado a él de un solo tirón, tal vez debido igualmente a las constantes preguntas de la otra mujer, así como al cambio de actitud de la Aiel. Era como si Melaine empezara a sentir que la habilidad de Min la convertía en una igual, en cierto sentido, en absoluto una habitante de las tierras húmedas.

—Es increíble —dijo la Sabia finalmente—. Cómo interpretar los sueños sin soñar. ¿Dos, dices? ¿Niñas? Bael estará encantado. Dorindha le ha dado tres hijos varones, pero las dos sabemos que le gustaría tener una hija.

Min parpadeó y sacudió la cabeza con fuerza. Claro; no sabía nada sobre las hermanas conyugales.

A partir de ese momento, las dos mujeres pasaron de inmediato a hablar sobre el parto en sí. Ninguna había dado a luz, pero ambas habían ayudado a parteras.

Rand carraspeó sonoramente. No porque le incomodara ninguno de los detalles, por supuesto. Había ayudado a ovejas a parir corderos, a las yeguas, potros, y a las vacas,

terneros. Lo que lo irritaba era que estuviesen sentadas allí, juntas las cabezas, como si él no existiera. Ninguna de las dos alzó la vista hacia él hasta que carraspeó por segunda vez, y tan fuerte que se preguntó si no se habría dañado las cuerdas vocales.

Melaine se acercó más a Min y habló en un susurro que se habría escuchado en la habitación contigua:

—Los hombres siempre se desmayan.

—Y siempre en el peor momento —abundó Min en el mismo tono.

¿Qué pensarían si lo hubiesen visto en el establo del padre de Mat, pringado de sangre y líquido amniótico hasta los codos y con tres costillas rotas donde la yegua le había dado una coz porque nunca había parido y estaba asustada? Había sido un potro precioso y la yegua ya no coceó la vez siguiente.

—Antes de que me desmaye —dijo con sorna mientras se reunía con ellas en la alfombra—, ¿os importaría a alguna de las dos contarme algo más sobre las Aes Sedai? —Habría estado de pie o sentado en el suelo con anterioridad si no hubiese tenido ocupadas las rodillas. Entre los Aiel, sólo los jefes tenían sillas y éstos sólo las utilizaban para asuntos como dar veredictos o recibir la sumisión de un enemigo.

Las dos mujeres mostraron el debido azoramiento por la indirecta. Ninguna de ellas dijo nada, pero hubo mucho ajustarse el chal y la chaqueta sin mirarlo a la cara. Todo aquello desapareció como por ensalmo en cuanto reanudaron la conversación. Min sostenía porfiadamente que las Aes Sedai de Salidar no querían hacer daño a Rand y sí podrían prestarle ayuda, manejando adecuadamente la situación, lo que significaba que ella lo tendría informado de cuanto llegara a sus oídos y de lo que hablasen, tanto en público como en privado.

—No soy una traidora por hacer eso. Lo entiendes, ¿verdad, Melaine? Conocí a Rand antes que a cualquier Aes Sedai excepto a Moraine y lo cierto es que él se ganó mi lealtad mucho antes de que ella muriese.

Melaine no consideraba a Min una traidora, todo lo contrario; y parecía que su opinión sobre ella era aun mejor. Las Sabias tenían su propia versión respecto a la idea de los Aiel sobre los espías. Sin embargo argumentó que, salvo contadas excepciones, las Aes Sedai eran tan poco merecedoras como los Shaido de la confianza de nadie, lo que significaba que no merecían ninguna hasta que se los había capturado y hecho *gai'shain.* No es que sugiriese exactamente confinar a las Aes Sedai en La Corona de Rosas, pero no le anduvo lejos.

—¿Cómo puedes fiarte de ellas, Rand al'Thor? Creo que no tienen honor, excepto Egwene al'Vere, y ella... —Melaine volvió a ajustar bruscamente su chal—. Cuando una Aes Sedai me demuestre que tiene tanto honor como Egwene, confiaré en ella y no antes.

Por su parte, Rand escuchó más que habló y, sin pronunciar más de una docena de palabras, se enteró de mucho. Para refutar los argumentos de Melaine, Min hizo una relación de las componentes de la embajada, nombre por nombre, indicando lo que cada una de ellas había dicho respecto a apoyar a Rand y admitiendo que, en honor a la verdad, no todo era halagüeño.

Tanto Merana Ambrey como Kairen Stang, una Azul, eran andoreñas y, a pesar de que supuestamente las Aes Sedai renunciaban a toda lealtad excepto a la Torre Blanca, tal vez debido a estar separadas de ella les preocupaba que Rand se instalara en Caemlyn y que hubiese asesinado a Morgase. Rafela Cindal, también del Ajah Azul, parecía satisfecha de los cambios efectuados por Rand en Tear, donde antes estaba prohibido encauzar y cuando se descubría a una chica que podía hacerlo se la sacaba a toda prisa del país, pero apenas hablaba y también le preocupaba lo de Morgase. Seonid Traighan, una Verde, rumiaba todos los rumores que llegaban de Cairhien, su tierra natal, y se reservaba su opinión. Y Faeldrin Harella, la otra hermana Gris, a veces comparaba las atrocidades cometidas por los seguidores del Dragón en Altara y Murandy a lo que los seguidores del Dragón habían hecho en Tarabon, negándose incluso a hablar del hecho de que la guerra civil había destrozado su país antes de que el primer hombre jurara lealtad al Dragón allí.

Por más que presionó Melaine, sin embargo, Min insistió en que todas y cada una de esas Aes Sedai reconocían a Rand como el Dragón Renacido y que, a lo largo de todo el viaje desde Salidar, le habían preguntado insistentemente cómo era él y cuál sería el mejor modo de abordarlo sin ofenderlo ni asustarlo.

Rand gruñó al escuchar esto último —que les preocupaba asustarlo— pero Melaine siguió machacando con que si la mayoría de las mujeres que componían la embajada tenían tantos motivos para estar en contra de Rand, entonces se podía confiar en la delegación en conjunto para que se encargara de recoger estiércol para las lumbres y nada más. Min le dedicó a Rand una mirada de disculpa y se apresuró a seguir con su planteamiento. En Arad Doman había habido tantos seguidores del Dragón como en Tarabon, además de su guerra civil, pero Demira Eriff, del Ajah Marrón, sólo hablaba de dos temas: conocer a Rand y el rumor de que éste había abierto una especie de escuela en Cairhien; en opinión de Demira, ningún hombre que estableciese cualquier tipo de centro educativo podía ser enteramente malo. Berenicia Morsad, una hermana Amarilla de Shienar, había oído de boca de shienarianos en Salidar que Rand había sido recibido en Fal Dara por el capitán general lord Agelmar Jagad, un honor que parecía contar mucho para ella; lord Agelmar jamás recibiría a un rufián, un necio o un bribón. También era un factor de peso para Masuri Sokawa, una Marrón de Arafel, país fronterizo con Shienar. Por último estaba Valinde Nathenos, quien según Min mostraba una vehemencia impropia del Ajah Blanco en conseguir que Rand expulsara a Sammael de Illian; una promesa de llevar a cabo eso, incluso de intentarlo, y a Min no le sorprendería ver a Valinde ofrecerle juramento de lealtad. Melaine expresó sus dudas al respecto, incluso puso los ojos en blanco. No había visto a una sola Aes Sedai con suficiente sentido común para hacer algo así, una postura que a Rand sorprendió sobremanera, considerando que la Sabia seguramente se reiría en sus narices si él le pidiera un juramento así. Sin embargo, Min mantuvo que era cierto, dijese lo que dijese la otra mujer.

—Me mostraré tan respetuoso con ellas como me sea posible sin arrodillarme —le dijo Rand a Min cuando la joven hubo acabado. Luego se dirigió a Melaine y añadió—: Y hasta que no den prueba de su buena voluntad, no confiaré en ellas ni un ápice. —Creía que así complacería a ambas ya que cada cual conseguía lo que quería, pero a juzgar por los ceños que pusieron como respuesta, comprendió que no contentaba ni a la una ni a la otra.

Después de esa discusión, casi esperaba que las mujeres anduvieran a la greña, pero por lo visto el embarazo de Melaine y la visión de Min había creado una especie de vínculo. Cuando se pusieron de pie, se abrazaron, todo sonrisas.

—Creía que no me ibas a gustar, Min —dijo Melaine—, pero me equivoqué. Pondré tu nombre a una de las niñas, ya que fuiste la primera en conocer su existencia. He de ir a contárselo a Bael, no vaya a ser que se ponga celoso porque Rand al'Thor se enteró antes que él. Que siempre encuentres agua y sombra, Min. —Luego se volvió hacia Rand—. Vigila atentamente a esas Aes Sedai, Rand al'Thor, y da tu protección a Min cuando la necesite. Le harán daño si se enteran de que te es leal.

Ni que decir tiene que se marchó con tan poca ceremonia como había llegado, limitándose a despedirse con un breve movimiento de cabeza.

Y con su marcha volvió a dejarlo solo con Min, cosa que, por alguna razón, lo hacía sentirse violento.

CAPÍTULO 19

La Torre Negra

Rand y Min se quedaron de pie, mirándose, inmóviles hasta que finalmente él rompió el silencio:

—¿Te apetece venir a la granja conmigo?

La joven dio un pequeño respingo de sobresalto al oír su voz.

—¿La granja?

—Es una escuela, en realidad. Para los hombres que acuden por mi amnistía.

—No. —Min se puso pálida—. No creo que... Merana estará esperando que vuelva para darle noticias. Y es conveniente que les comunique tus reglas cuanto antes. Cualquiera de ellas podría decidir deambular por la Ciudad Interior sin saber que lo tienen prohibido, y no querrás que... En fin, he de irme.

Rand no lo entendía. No conocía siquiera a los estudiantes y ya le daban miedo porque eran hombres capaces de encauzar, hombres que querían encauzar. En cualquier otra persona sería comprensible, pero él encauzaba y a Min no parecía importarle revolverle el pelo, hincarle el índice en las costillas y llamarlo con términos despectivos en su propia cara.

—¿Deseas una escolta que te acompañe de vuelta a La Corona de Rosas? Hay asaltantes incluso a plena luz del día, aunque no muchos, pero no querría que te ocurriese nada.

La risa de la mujer sonó un tanto nerviosa. Realmente estaba alterada por lo de la granja.

—Ya cuidaba de mí misma cuando tú todavía te ocupabas del hato de ovejas, palurdo. —De repente aparecieron en sus manos unos cuchillos que, con idéntica rapidez, volvieron a su escondrijo en las mangas de la chaqueta, aunque no con tanta agilidad. Luego, en un tono mucho más serio, añadió—: Tienes que cuidarte más, Rand. Descansa. Pareces estar agotado. — Inopinadamente, se puso de puntillas y estiró el cuello para rozarle los labios con un beso—. También me alegro de verte, pastor. —Y tras soltar otra risa, ésta gozosa, se marchó.

Mascullando entre dientes, Rand se puso la chaqueta y entró en el dormitorio para recoger la espada del fondo del armario, un mueble oscuro con rosas talladas y lo bastante alto y ancho para guardar las ropas de cuatro hombres. Realmente se estaba volviendo un chivo lujurioso, se increpó, al recordar sus reacciones. Min sólo estaba bromeando, divirtiéndose a su costa. Se preguntó cuánto tiempo se proponía seguir tomándole el pelo por haber tenido un pequeño lapsus.

Algo tintineó en el interior de una bolsa de tela, no muy grande, cuando la cogió de debajo de los calcetines, en un cajón de una consola taraceada con lapislázuli; la metió en uno de los bolsillos de la chaqueta y a continuación guardó otra bolsa mucho más pequeña, de terciopelo, todo ello encima de su *angreal.* El platero que había hecho lo que contenía la más grande se había mostrado más que satisfecho de trabajar para el Dragón Renacido e intentó no cobrar por ello aduciendo que el honor de servirle era pago suficiente. El orfebre que había hecho la única pieza de oro que iba en la otra bolsa exigió un precio cuatro veces superior a lo que valía realmente el trabajo, según Bashere, y fue necesario que un par de Doncellas estuviesen presentes en todo momento hasta que la pieza estuvo terminada.

Hacía tiempo que Rand tenía pensado hacer esta visita a la granja. No le gustaba Taim, y Lews Therin se encrespaba cuando el hombre estaba cerca, pero no podía continuar

eludiendo ir allí. Sobre todo ahora. Que él supiera, Taim había cumplido bien la orden de mantener a los estudiantes alejados de la ciudad —al menos, no había tenido noticia de ningún incidente y se habría enterado si los hubiese habido— pero las nuevas respecto a la llegada de Merana y la embajada acabarían llegando a la granja a través de las carretas de suministros o de nuevos estudiantes y, tal como sucedía con los rumores, nueve Aes Sedai pasarían a ser nueve hermanas Rojas o noventa buscando hombres a los que amansar. Tanto si el resultado de ello era que los estudiantes salían huyendo en plena noche como si, por el contrario, acudían a la ciudad aprovechando la oscuridad para atacar primero, Rand tenía que cortarlo antes de que empezara.

Por Caemlyn corrían ya demasiados rumores sobre Aes Sedai, otra de las razones por las que había planeado la visita. Si se daba crédito a lo que se hablaba en las calles, Alanna, Verin y las jóvenes de Dos Ríos eran más de la mitad de la Torre Blanca; y había muchas más historias sobre Aes Sedai colándose subrepticiamente en la ciudad, entrando a escondidas por las puertas en mitad de la noche. Los chismes respecto a una Aes Sedai que curaba gatos eran tan persistentes que incluso él casi se lo creyó, pero todos los esfuerzos de Bashere para rastrear el rumor no sacaron nada en limpio y parecía infundado como la historia de que las mujeres que escoltaban al Dragón Renacido a todas partes eran realmente Aes Sedai disfrazadas.

En un gesto inconsciente, Rand se volvió hacia la pared ornamentada con relieves de leones y rosas, como si mirara a través de ella. Alanna ya no se encontraba en El Sabueso de Culain. Estaba nerviosa; de no haber sido Aes Sedai Rand habría dicho que tenía los nervios destrozados. La noche anterior se había despertado, convencido de que la mujer estaba llorando, tan intensa había sido la sensación. A veces casi olvidaba que Alanna estaba allí... hasta que ocurría algo, como lo de despertarlo. Suponía que uno acababa acostumbrándose a todo. Esa mañana Alanna también se sentía... anhelante; era el término que parecía describir mejor su estado de ánimo. Apostaría todo Caemlyn a que la línea recta que iba desde sus ojos hasta la mujer acababa exactamente en La Corona de Rosas. Apostaría a que Verin se encontraba con ella. Nueve Aes Sedai no: once.

Lews Therin murmuró algo, inquieto. Era el susurro de un hombre preguntándose si no estaría acorralado. También Rand se lo preguntaba. Once, y con trece podrían cogerlo como quien coge a un niño en brazos. Si les daba la oportunidad de hacerlo. Lews Therin empezó a reír quedamente, un sonido ronco y lloroso; otra vez se había ido por las ramas.

Se planteó si avisaba o no a Somara y Enaila, pero después abrió un acceso allí mismo, sobre la alfombra de dibujos azules y dorados de su dormitorio. Con el humor de perros que tenían ese día, a buen seguro que cualquiera de ellas esperaba alguna inconveniencia antes de dar por terminada la visita a la granja y, recordando lo ocurrido en visitas anteriores, no quería que los estudiantes estuvieran echando ojeadas hacia atrás, asustados por una veintena o más de Doncellas. Ese tipo de cosas no ayudaba precisamente a reforzar la seguridad de un hombre, y ellos necesitaban estar seguros de sí mismos para poder sobrevivir.

Taim tenía razón en una cosa: cuando aferraba el *Saidin,* un hombre sabía que estaba vivo y no sólo por el hecho de que los sentidos se agudizasen. A despecho de la infección del Oscuro, a despecho de la sensación de que una suciedad aceitosa se adhería a los huesos, aunque el Poder intentaba fundirlo a uno en el sitio, congelarlo hasta que se rompiera en pedazos, aunque un paso en falso o un momento de debilidad significaban la muerte... Luz, uno sabía que estaba vivo. Aun así, Rand apartó la Fuente tan pronto como hubo cruzado el acceso; y no lo hizo únicamente para librarse de la infección antes de que la náusea lo hiciese vomitar; últimamente parecía haber empeorado, ser más repulsiva, si tal cosa era posible. La verdadera razón de cortar el contacto con el Poder era que no se atrevía a encontrarse frente a Taim henchido de *Saidin* y con Lews Therin en su cabeza.

El claro estaba más agostado que la última vez; bajo sus botas crujían más hojas secas y eran menos las que quedaban en los árboles. Algunos de los pinos estaban totalmente amarillos y varias piceas habían muerto, grises y peladas. Pero si el claro estaba distinto, el

cambio experimentado por la granja hacía el lugar casi irreconocible.

La casa tenía un aspecto muy remozado con el nuevo techado de bálago y el establo se había reconstruido por completo; era mucho más grande que antes y no estaba ladeado en absoluto. Los caballos llenaban un amplio cercado situado junto al establo, y el redil de las ovejas y el corral de las vacas se habían desplazado a más distancia. Las cabras también estaban guardadas ahora en apriscos, en tanto que unas ordenadas filas de gallineros guardaban las gallinas. Se habían talado árboles, haciendo retroceder la línea del bosque. Una docena de grandes tiendas blancas formaba una hilera detrás del establo, y muy cerca se alzaban los armazones de dos edificios mucho más grandes que el establo, donde un grupo de mujeres se había sentado fuera para hacer labores y vigilar a una veintena de niños que hacían rodar aros, se lanzaban pelotas o jugaban con muñecas.

El cambio más drástico era el experimentado por los estudiantes, casi todos ellos vestidos con chaquetas negras de cuello alto y corte ajustado; y muy pocos sudaban. Debían de ser bastantes más de cien, de todas las edades. Rand no tenía ni idea de que los reclutamientos de Taim hubiesen tenido tan buenos resultados. La sensación del *Saidin* parecía henchir el aire. Algunos hombres practicaban la ejecución de tejidos, prendiendo fuego a tocones o haciendo añicos las piedras o inmovilizándose unos a otros con ataduras de Aire. Otros encauzaban para sacar agua del pozo, los pozales aferrados con Aire, o empujaban carretillas de estiércol desde el establo o apilaban leña. No todos encauzaban. Henre Haslin observaba con ojo crítico a una fila de hombres desnudos de cintura para arriba que ejercitaban los movimientos de esgrima con espadas de práctica. Con su ralo pelo blanco y su bulbosa y roja nariz, Haslin sudaba más que sus pupilos y a buen seguro echaba de menos un trago de vino, pero observaba y corregía los errores con tanta dureza como cuando era Maestro de Armas de la Guardia de la Reina. Saeric, un canoso Goshien de los Agua Roja al que le faltaba la mano derecha, tenía bajo su pétrea mirada a otra fila de hombres sin camisa. Uno de ellos lanzaba patadas hacia arriba, a la altura de la cabeza, giraba sobre sí mismo y daba otra patada; después volvía a girar y pateaba con la otra pierna, así una y otra vez, mientras los demás asestaban puñetazos al aire frente a ellos tan deprisa como podían. En resumen, que los hombres distaban mucho de ser aquel lamentable puñado de ineptos que Rand había visto la última vez que había acudido a la granja.

Un hombre con chaqueta roja que debía de rondar la madurez, se plantó delante de Rand. Tenía una nariz afilada y una boca de gesto burlón.

—¿Quién eres tú? —demandó con acento tarabonés—. Supongo que has venido a la Torre Negra para aprender, ¿no? Deberías haber esperado en Caemlyn a que te trajera la carreta. Así habrías dispuesto de un día más para lucir esa bonita chaqueta.

—Soy Rand al'Thor —dijo sosegadamente. Y lo hizo así para no dar rienda suelta a su súbita rabia. Ser educado no costaba nada y si este necio no lo entendía así pronto...

Si acaso, la mueca burlona se acentuó en los labios del hombre.

—De modo que eres él, ¿verdad? —Miró a Rand de arriba abajo con actitud insolente—. Pues no me pareces gran cosa. Creo que hasta yo podría...

Un flujo de Aire se solidificó justo antes de asestarle un golpe debajo de la oreja, y el tipo se desplomó como un saco.

—A veces es necesario imponer disciplina con mano dura —dijo Taim, que se acercó y miró al hombre desplomado en el suelo. Su voz casi sonaba jovial, pero sus oscuros y rasgados ojos contemplaban al que había golpeado con una expresión mortífera—. Uno no puede decirle a un hombre que tiene poder para hacer que la tierra tiemble y después esperar que ande encogido. —Los dragones que trepaban por las mangas de su negra chaqueta brillaban con el sol; el hilo dorado podía explicar ese brillo pero ¿qué hacía relucir de ese modo el azul? De repente levantó la voz—. ¡Kisman! ¡Rochaid! Llevaos a Tolvar y mojadlo hasta que vuelva en sí. Nada de Curación, os lo advierto. Tal vez un buen dolor de cabeza le enseñe a tener quieta la lengua.

Dos hombres, también con chaquetas negras, ambos más jóvenes que Rand, llegaron

corriendo y se inclinaron sobre Tolvar; entonces vacilaron y miraron de reojo a Taim. Un instante después, Rand sintió que el *Saidin* los llenaba; flujos de Aire alzaron al desmayado Tolvar y los dos jóvenes se alejaron al trote, con él flotando entre ambos.

«Debería haberlo matado hace mucho tiempo —jadeó Lews Therin—. Tendría que... Tendría...» Trataba de llegar a la Fuente.

«¡No, maldito seas! —pensó Rand—. ¡No lo harás! ¡Sólo eres una jodida voz!»

Con un gemido que se fue perdiendo en la distancia, Lews Therin se alejó. Rand respiró lenta y profundamente. Taim lo estaba observando con aquella casi sonrisa en los labios.

—¿Les enseñas Curación? —preguntó Rand.

—Lo poco que sé, en primer lugar. Incluso antes de aprender a no sudar hasta morirse con este tiempo. Un arma pierde su utilidad si queda descartada con la primera herida. Aun así, ya he tenido bajas, uno que se mató a sí mismo absorbiendo en exceso y tres que estallaron en llamas, pero todavía no ha muerto ninguno por una herida de espada. —Se las ingenió para dar un timbre muy despectivo a la palabra «espada».

—Entiendo —se limitó a contestar Rand. Uno muerto y tres abrasados. ¿Tendrían tantas bajas las Aes Sedai en la Torre Blanca? Claro que allí hacían las cosas paso a paso, mientras que ellos no podían permitirse el lujo de ir despacio—. ¿Qué es eso de la Torre Negra a la que aludió ese tipo? No me gusta cómo suena, Taim. —Lews Therin habían empezado de nuevo a murmurar y a gemir, casi como si estuviese hablando.

El otro hombre se encogió de hombros a la par que contemplaba la granja y a los estudiantes con el orgullo de un amo y señor.

—Es un nombre que los estudiantes utilizan. No se puede seguir llamando a esto «la granja». Ciertamente no les satisfacía; querían algo más. La Torre Negra, en contrapeso a la Torre Blanca. —Ladeó la cabeza y miró a Rand casi de reojo—. Puedo suprimirlo, si lo deseáis. Resulta bastante fácil eliminar una palabra de los labios de los hombres.

Rand dudó. Fácil conseguir que no pronunciaran el nombre, tal vez, pero no borrarlo de sus mentes. Y había que llamarlo de alguna manera. No se le había ocurrido antes. ¿Y por qué no la Torre Negra? Empero, al contemplar la casa y los armazones —más grandes, pero simple madera— el nombre lo hizo sonreír.

—Déjalo estar. —Tal vez los comienzos de la Torre Blanca habían sido igualmente humildes, si bien la Torre Negra nunca dispondría de tiempo para crecer y rivalizar con la Blanca. Aquello borró su sonrisa; miró tristemente a los niños. También él estaba jugando, como ellos, fingiendo que habría oportunidad de construir algo que perdurara—. Reúne a los estudiantes, Taim, he de decirles varias cosas.

Había ido esperando reunirlos a su alrededor y entonces, al comprobar su número, quizá dirigirse a ellos desde la caja de la destartalada carreta que, al parecer, ya no estaba. Sin embargo, Taim tenía una plataforma para pronunciar discursos, un liso y negro bloque de piedra tan pulido que relucía como un espejo con la luz del sol y en el que había dos escalones tallados en la parte posterior. Se alzaba en una zona despejada, detrás de la casa, con el suelo allanado, desbrozado y apelmazado en derredor. Las mujeres y los niños se reunieron a un lado para observar y escuchar.

Desde lo alto de la piedra Rand tuvo ocasión de apreciar hasta dónde había llegado Taim en sus reclutamientos. Jahar Narishma, al que había hecho mención Taim, el joven con el don innato, tenía unos oscuros ojos tan grandes como los de una chica, un semblante pálido que rebosaba seguridad y el cabello tejido en largas trenzas, rematadas con campanillas de plata. De hecho, Taim le había dicho que procedía de Arafel, pero Rand reconoció el estilo shienariano de la cabeza afeitada y el mechón en cola de caballo en dos de los hombres, y a otros dos con los velos transparentes que a menudo llevaban hombres y mujeres por igual en Tarabon. Había ojos rasgados de Saldaea y tipos pálidos y bajos de Cairhien. Un hombre mayor lucía una barba untada con aceites y recortada en pico, a semejanza de un lord teariano, cosa que indudablemente él no era, con aquel rostro curtido y arrugado; y al menos localizó a tres que llevaban barba pero no bigote. Confiaba en que Taim no hubiese despertado el interés

Librodot

de Sammael al reclutar hombres en Illian. Rand había esperado ver principalmente hombres de menos edad, pero las caras juveniles, como las de Eben y Fedwin, quedaban igualadas en número por aquellas con las cabezas grises o calvas, algunas más incluso que la de Damer. Ahora que lo pensaba, sin embargo, no era nada misterioso, no había razón para que no abundaran tantos abuelos como muchachos a los que poder enseñar.

Rand no sabía pronunciar discursos, pero había meditado largo y tendido sobre lo que quería decir. No la primera parte, pero eso acabaría rápidamente, con suerte:

—Seguramente habréis oído rumores sobre que la Torre... la Torre Blanca, está dividida. Bien, pues es cierto. Hay algunas Aes Sedai rebeldes que podrían tomar la decisión de apoyarme y me han enviado emisarias. Nueve, que ahora mismo están en Caemlyn, esperando mi venia para una audiencia. Así pues, cuando llegue a vuestros oídos cualquier noticia sobre las Aes Sedai en Caemlyn, no deis crédito a cualquier rumor. Ya sabéis por qué están aquí y podéis reíros en la cara del tipo que os venga con chismes.

No hubo reacción. Se limitaron a continuar plantados en el sitio y mirándolo fijamente, casi sin pestañear. Taim tenía un gesto sesgado, muy, muy mordaz. Rand tocó la bolsa más grande que llevaba en el bolsillo y prosiguió, ahora con la parte del discurso que tenía preparada:

—Necesitáis un nombre. En la Antigua Lengua, «Aes Sedai» significa «siervos de todos» o algo muy parecido. La traducción de la Antigua Lengua no es fácil. —En lo que a él se refería, conocía sólo unas pocas palabras, algunas aprendidas a través de Asmodean, un puñado por parte de Moraine y otras pocas de las que le habían llegado por los balbuceos de Lews Therin. Bashere le había facilitado las que necesitaba, no obstante—. Otro término en la antigua Lengua es *asha'man.* Significa «custodio» o «custodios». O «defensor» o «guardián» o tal vez un par de cosas más; como os he dicho antes, la interpretación de la Antigua Lengua es muy flexible. «Custodio» parece lo más adecuado, sin embargo. No simplemente un defensor o guardián cualquiera, empero. No se podría llamar *asha'man* a un hombre que defiende una causa injusta y jamás una que sea perversa. Un *asha'man* era un hombre que defendía la verdad, la justicia y el derecho de todos. Un guardián que ni siquiera se doblegaría cuando ya no quedara esperanza. —La Luz sabía que la esperanza desaparecería cuando llegara el Tarmon Gai'don, si no antes—. Estáis aquí para convertiros en eso. Cuando hayáis terminado vuestro adiestramiento seréis Asha'man.

Se alzó un rumor entre ellos, semejante al ruido de las hojas agitadas por la brisa, repitiendo el nombre, pero cesó pronto. Los rostros atentos se alzaron de nuevo hacia él; casi podía notar que erguían las orejas para no perderse sus siguientes palabras. Al menos esto era un poco mejor que lo de antes. La bolsa de paño tintineó al sacarla del bolsillo de la chaqueta.

—Las Aes Sedai empiezan como novicias, después pasan a ser Aceptadas y finalmente se convierten en hermanas, en Aes Sedai. También vosotros tendréis grados, pero no como los de ellas. Entre nosotros no se rechazará ni descartará a nadie. —¿Rechazar? Luz, menos atarlos de pies y manos, haría cualquier cosa para que ninguno se marchara si podía encauzar aunque fuese un mínimo—. Cuando un hombre llegue a la Torre Negra... —No le gustaba ese nombre—. Cuando llegue, digo, se lo llamará soldado, porque en eso se convierte al unirse a nosotros, en lo que os convertís: en soldados para luchar contra la Sombra, y no sólo contra la Sombra sino contra cualquiera que se oponga a la justicia u oprima a los débiles. Cuando un soldado alcance cierto nivel en sus habilidades, pasará a llamarse Dedicado y llevará esto. —De la bolsa sacó una de las piezas hechas por el platero, una pequeña y reluciente espada de plata, perfecta con su empuñadura, sus gavilanes y su hoja ligeramente curvada—. Taim.

El aludido se acercó prestamente al bloque de piedra, y Rand se inclinó para prender la espada de plata en el alto cuello de su chaqueta. Pareció brillar incluso más en contraste con la negra tela. El semblante de Taim era tan inexpresivo como la piedra que había bajo los pies de Rand. Éste le tendió la bolsita y susurró:

—Da estas otras a quienesquiera que creas que están preparados. Pero asegúrate de que lo están realmente.

Librodot

Se irguió, confiando en que hubiese suficientes; en verdad no había esperado encontrar tantos hombres.

—A los Dedicados que avancen en sus habilidades lo suficiente se los llamará Asha'man y llevarán esto. —Sacó la bolsa pequeña de terciopelo y mostró lo que contenía. La luz del sol centelleó en el oro finamente trabajado, así como en el esmalte rojo intenso, de una forma sinuosa, exactamente igual que la del estandarte del Dragón. También esta insignia fue a parar al cuello de la chaqueta de Taim, en el otro pico, de modo que la espada y el dragón brillaron a ambos lados de su garganta—. Supongo que yo fui el primer Asha'man —les dijo a los estudiantes—, pero Mazrim Taim es el segundo. —El semblante de éste hacía que, en comparación, la piedra pareciese blanca; ¿qué demonios le pasaba al hombre?—. Espero que todos vosotros acabéis por convertiros en Asha'man; pero, tanto si es así como si no, quiero que recordéis que todos somos soldados. Nos aguardan muchas batallas, quizá no siempre las que imaginamos, y, al final, la Última Batalla. Quiera la Luz que sea realmente la última. Y, si la Luz nos ilumina, venceremos. Venceremos porque tenemos que hacerlo.

Tendría que haber habido algún tipo de aclamación cuando finalizó. No se consideraba la clase de orador que hacía gritar y saltar a los oyentes, pero estos hombres sabían por qué estaban allí, de modo que decirles que vencerían debería haber provocado alguna reacción, por leve que fuese. Empero, sólo hubo silencio.

Rand bajó de la piedra negra de un salto.

—Dispersaos y regresad a las clases o a vuestras ocupaciones —ordenó bruscamente Taim. Los estudiantes, o mejor dicho los soldados, se encaminaron cada cual a sus tareas casi tan callados como habían estado durante el discurso, con sólo alguno que otro murmullo. Taim señaló hacia la casa. Sostenía la bolsa con las insignias de las espadas tan prietamente que era un milagro que ninguna de ellas se le estuviese clavando a través de la tela.

—Si mi señor Dragón tiene tiempo para una copa de vino...

Rand asintió; quería llegar al fondo de esto antes de regresar a palacio.

La habitación delantera de la casa era exactamente como cabía esperar: un suelo desnudo pero limpio y sillas desparejadas, con respaldos de listones, que estaban colocadas delante de una chimenea de ladrillos rojos, tan limpia que no parecía posible que allí hubiese ardido nunca una lumbre. Un mantel blanco con flores bordadas en los dobladillos cubría una pequeña mesa. Sora Grady entró, en silencio, y puso sobre el mantel una bandeja de madera con una brillante jarra azul de vino y dos copas vidriadas en blanco. Rand creía que su mirada habría dejado de herirlo después de todo este tiempo, pero la expresión acusadora de sus ojos consiguió que se alegrara de que la mujer saliera del cuarto. Taim echó la bolsa sobre la bandeja y vació de un trago una de las copas.

—¿No enseñas a las mujeres el truco para no transpirar? —preguntó Rand—. Es cruel permitir que suden cuando sus hombres no lo hacen.

—La mayoría no quieren saber nada de ello —replicó secamente Taim—. Sus esposos y novios intentan enseñarles, pero casi todas se niegan incluso a escucharlos. Tiene que ser debido al *Saidin,* ¿comprendéis?

Rand clavó la vista en el oscuro vino de su copa. Tenía que actuar con comedimiento aquí, no estallar sólo porque lo estuviese irritando.

—Me complace ver que el reclutamiento va tan bien. Dijiste que igualarías a la Torre... la Torre Blanca... —La Torre Blanca y la Torre Negra; ¿qué contarían los relatos respecto a eso? Si es que los había en el futuro—. Que equipararías sus efectivos en menos de un año y, si sigues a este paso, lo conseguirás. No entiendo cómo encuentras a tantos.

—Si se remueve suficiente arena, al final se encuentran pepitas de oro —manifestó, envarado, Taim—. He dejado eso en manos de otros ahora, salvo un viaje o dos. Puedo confiar la tarea a Damer, Grady y otra docena de hombres durante un día; tienen edad para no cometer ninguna estupidez y hay suficientes jóvenes con fuerza para abrir un acceso, aunque no mucho más, para que acompañen a los mayores que no pueden. Tendréis vuestros mil hombres antes del año. ¿Qué ha pasado con los que os envié a Caemlyn? ¿Habéis creado

Librodot

algún ejército con ellos ya? Tenéis allí muchos más de mil.

—He dejado eso en manos de Bashere —respondió sosegadamente Rand. La boca de Taim se curvó en un gesto despectivo, y Rand soltó la jarra en la mesa antes de romperla entre los dedos. Bashere hacía cuanto podía con esos hombres, según tenía entendido, en un campamento situado en algún punto al oeste de la ciudad; lo que podía, considerando lo que eran: en palabras del general saldaenino, una colección variopinta de granjeros pobres, aprendices huidos y artesanos fracasados que jamás habían empuñado una espada, ni montado en un caballo ensillado ni viajado diez kilómetros más allá de su lugar de nacimiento. Rand tenía demasiado asuntos preocupantes para estar también pendiente de esos hombres; le había dijo a Bashere que hiciera lo que considerara oportuno con ellos y que no lo molestara con dicho asunto a menos que se amotinaran.

Miró a Taim, que no se esforzaba lo más mínimo por disimular su desdén, y echó las manos a la espalda, apretando los puños. Lews Therin murmuraba en la distancia, un eco de su propia cólera.

—¿Qué es lo que te ocurre? Parece que se te ha metido un abrojo en los pantalones desde que te puse esas insignias. ¿Es a causa de ellas? En tal caso, no lo entiendo. Esos hombres tendrán mejor concepto de las suyas al ver que tú has recibido las tuyas de manos del Dragón Renacido. Ya puestos, cobrarás importancia para ellos. Tal vez así no será preciso que mantengas la disciplina golpeándolos en la cabeza. Bien, ¿qué tienes que decir? —Había empezado bien, en un tono sosegado aunque no exactamente suave, cosa que no tenía intención de ser; pero, a medida que hablaba, su voz se fue haciendo más firme y más alta. No un grito, bien que la pregunta final sonó como un trallazo.

El otro hombre sufrió una transformación en verdad notable. Taim se estremeció visiblemente —con rabia, habría dicho Rand, no de miedo—, pero después el temblor cesó y volvió a ser el mismo de siempre. No amistoso, ciertamente, y sí un tanto burlón, pero mucho más relajado y con el control recuperado por completo.

—Ya que queréis saberlo, lo que me preocupa son las Aes Sedai y vos. Nueve que han llegado a Caemlyn, más otras dos, suman once. Y tal vez haya una o dos más. Todavía no he conseguido enterarme, pero...

—Te dije que no te acercases a la ciudad —lo interrumpió Rand con voz impasible.

—He encontrado unos cuantos hombres para que hagan las pesquisas por mí. —El timbre de Taim era seco como el polvo—. No me he acercado allí desde que os salvé del Hombre Gris.

Rand dejó pasar por alto aquello. A duras penas. Con dificultad. La voz en su cabeza mascullaba demasiado bajo para entenderla, pero echaba chispas.

—Antes cogerán humo entre los dedos que confirmar rumores. —Aquella frase salió de sus labios con todo el desprecio que sentía. ¿Que Taim lo había salvado? El hombre se sacudió. Aparentemente todavía estaba a sus anchas, pero sus ojos semejaban dos oscuras gemas.

—¿Y si se unen con las Aes Sedai Rojas? —Su voz sonaba fría y divertida, pero sus ojos centelleaban—. Hay hermanas Rojas en el campo. Varios grupos que han ido llegando en los últimos días con el propósito de interceptar a los hombres que vienen aquí.

«Lo mataré», gritó Lews Therin, y Rand notó que tanteaba hacia el *Saidin.*

«Vete —gritó Rand para sus adentros—. ¡Sólo eres una voz!» —Una voz que intentaba llegar a la Fuente.

«Oh, Luz, los maté a todos. A todos los que amaba. Pero, si lo mato, todo irá bien. Puedo compensarlo si por fin lo mato. No, nada puede compensarlo, pero de todos modos tengo que matarlo. Matarlos a todos. He de hacerlo. He de hacerlo.»

«¡No! —gritó Rand dentro de su cabeza—. Estás muerto, Lews Therin. ¡Yo estoy vivo, maldito seas, y tú estás muerto! ¡Estás muerto!»

De pronto se dio cuenta de que estaba inclinado sobre la mesa, sosteniéndose en pie sobre las temblorosas rodillas. Y farfullando:

Librodot

—¡Estás muerto! ¡Yo estoy vivo y tú estás muerto! —Pero no había aferrado el *Saidin.* Y tampoco Lews Therin. Tiritando, miró a Taim y se sorprendió de ver preocupación en el rostro del hombre.

—Debéis aguantar —dijo suavemente—. Si es posible aferrarse a la cordura, tenéis que hacerlo. El precio es demasiado alto si fracasáis.

—No fracasaré —repuso Rand mientras se incorporaba. Lews Therin guardaba silencio, como si no hubiese nadie dentro de su cabeza salvo él mismo. Y la presencia de Alanna, naturalmente—. ¿Esas Rojas han capturado a alguien?

—No, que yo sepa. —Taim lo observaba atentamente, con precaución, como si esperara otro arrebato—. La mayoría de los estudiantes ahora vienen a través de un acceso, y con tanta gente deambulando por las calzadas no debe de ser fácil localizar a un hombre que se encamina hacia aquí a menos que suelte la lengua. —Hizo una pausa—. En cualquier caso, podríamos ocuparnos de ellas sin mayor dificultad.

—No. —¿Se habría ido realmente Lews Therin? Ojalá fuera así, pero sabía que sería un necio si lo creyera—. Si empiezan a apresar hombres, tendré que hacer algo al respecto pero, tal y como están las cosas, no representan ningún peligro en el campo. Y, créeme, nadie enviado por Elaida se uniría a esas Aes Sedai que están en la ciudad. Probablemente cualquiera de los dos grupos te recibiría mejor de lo que lo harían entre sí.

—¿Y qué pasa con las que no están en el campo? Son once en total. Unos cuantos accidentes podrían reducirlas a un número mucho más seguro. Si vos no queréis mancharos las manos, yo estoy dispuesto a...

—¡No! ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Si percibo a un hombre encauzando en Caemlyn, vendré por ti, Taim. Lo juro. Y dudo que puedas estar lo bastante lejos de palacio para que no pueda sentirte si haces algo. Si una de esas Aes Sedai se desploma muerta sin razón evidente, sabré a quién culpar por ello. ¡Estás advertido!

—Marcáis unos límites muy amplios —adujo secamente Taim—. ¿Y si Sammael o Demandred deciden provocaros con unas cuantas Aes Sedai muertas a vuestra puerta? ¿También habré de pagarlo yo?

—No lo han hecho hasta ahora y más te vale que no empiecen. Quedas advertido, repito.

—Escucho a mi señor Dragón y obedezco, naturalmente. —El hombre de nariz aguileña se inclinó ligeramente—. Pero insisto en que once es un número peligroso.

Rand se echó a reír a despecho de sí mismo.

—Taim, me propongo enseñarles a bailar con la música de mi flauta. —Luz, ¿cuánto tiempo hacía que no la tocaba? ¿Y dónde estaba su flauta? Débilmente, como a lo lejos, oyó la risita de Lews Therin.

Librodot

CAPÍTULO 20

La Corona de Rosas

El carruaje alquilado por Merana se mecía en su lento avance a través de las abarrotadas calles, camino de La Corona de Rosas. Al menos en apariencia estaba tranquila; era una mujer de cabello oscuro y fríos ojos de color avellana, y las manos de dedos esbeltos reposaban sosegadamente sobre la falda gris claro. Por dentro no estaba tan serena. Treinta y ocho años atrás se había encontrado por casualidad en el sitio oportuno para negociar un tratado entre Arad Doman y Tarabon con el que supuestamente se pondría fin a las luchas por el llano de Almoth. Los domani y los taraboneses habían estado saliéndose por la tangente a cada momento y a punto de iniciar una guerra en tres ocasiones en mitad de las conversaciones, todo ello mientras mantenían rostros sonrientes de buena voluntad. Para cuando las firmas del tratado se secaron, se sentía como si hubiese rodado montaña abajo dentro de un barril lleno de astillas; y, después de todo eso, resultó que el tratado valía menos que la cera y las cintas con que se selló. Confiaba en que lo que había iniciado esa tarde en el Palacio Real acabara mejor —tenía que ser así—, pero para sus adentros se sentía como si acabase de salir de otro barril.

Min iba recostada, con los ojos cerrados; la joven parecía propensa a dar una cabezada cada vez que una Aes Sedai no estaba hablando con ella. Las otras dos hermanas que viajaban en el carruaje lanzaban rápidas ojeadas a la muchacha de vez en cuando: Seonid, fría y reservada en su vestido de brocado verde; Masuri, delgada y de ojos alegres, con un atuendo de tono marrón y bordados de hojas de vid alrededor del repulgo. Todas se habían vestido ceremoniosamente, con chales y con los colores de sus Ajahs.

Merana estaba convencida de que pensaban lo mismo que ella cuando miraban a Min. Seonid, indiscutiblemente, debería entenderlo, aunque ¿quién podría afirmarlo? Era muy metódica y práctica con respecto a sus Guardianes, casi como una mujer dueña de una pareja de valiosos perros lobos por los que sentía cierto afecto. Masuri tal vez lo entendía. Le gustaba bailar e incluso coquetear, aunque era muy capaz de olvidarse del pobre hombre cuando oía algún rumor sobre un manuscrito antiguo que estaba escondido. La propia Merana no había estado enamorada desde bastante antes del Quinto Tratado de Falme, pero recordaba lo que se sentía, de manera que sólo hizo falta una mirada a Min mientras ésta contemplaba a al'Thor para ver a una mujer que había arrojado todo sentido común por la ventana y había dado rienda suelta a su corazón.

No había pruebas de que Min hubiese hecho caso omiso de sus advertencias y le hubiese contado todo a al'Thor, pero lo cierto es que él conocía la existencia de Salidar, sabía que Elayne estaba allí y se había mostrado divertido —¡divertido!— por sus evasivas. Aparte de la posibilidad de que Min hubiese revelado cosas que eran reservadas —a partir de ahora habría que tener cuidado con lo que se decía estando ella delante, en cualquier caso— junto con todo lo demás resultaba aterrador. Merana no estaba acostumbrada a sentir miedo. Sí lo había experimentado, y a menudo, durante el año siguiente a la muerte de Basan; jamás había vinculado a otro Guardián, en parte al menos porque no quería pasar por lo mismo otra vez y en parte porque estaba demasiado ocupada para buscar al hombre adecuado. Pero ésa fue la última vez que había sentido algo más que aprensión, antes de la Guerra de Aiel. Ahora sentía miedo y no le gustaba. Todavía era posible que todo saliera bien ya que no había ocurrido

nada desastroso, pero el propio al'Thor conseguía que sus rodillas flaquearan.

El carruaje alquilado se detuvo con un bamboleo frente al establo de La Corona de Rosas y los mozos de cuadra, con sus libreas adornadas con rosas bordadas, acudieron presurosos para coger las bridas del tiro y abrir las puertas.

La sala común estaba a la altura del resto de la posada, con sus tres pisos de fina piedra blanca; un revestimiento de oscuros paneles cubría las paredes de la sala y las altas chimeneas estaban recubiertas de mármol blanco. En la repisa de una de ellas había un reloj con finos adornos dorados que tocaba las horas. Las camareras llevaban vestidos azules, y blancos delantales con un círculo de rosas bordado; todas sonreían y eran amables y eficientes, y aquellas a las que les faltaba belleza poseían atractivo. La Corona de Rosas era la posada preferida de los nobles que llegaban del campo y no tenían mansiones propias en Caemlyn, pero ahora las mesas se hallaban ocupadas exclusivamente por Guardianes. Y por Alanna y Verin, sentadas al fondo de la sala; si las cosas hubiesen podido hacerse a gusto de Merana, las dos mujeres habrían estado esperando en la cocina, con los sirvientes. Todas las otras hermanas se encontraban fuera. No había tiempo que perder.

—Si no os importa —dijo Min—, me gustaría dar un paseo y ver algo de Caemlyn antes de que oscurezca.

Merana dio su conformidad y, cuando la joven volvió a salir a buen paso, Seonid, Masuri y ella intercambiaron una mirada, preguntándose cuánto tardaría Min en regresar a palacio.

La señora Cinchonine apareció de inmediato, tan oronda como cualquier posadera que Merana conocía, haciendo reverencias y secándose las sonrosadas manos.

—¿Puedo serviros en algo, Aes Sedai? ¿Queréis que os traiga algo? —Ya había tenido albergada a Merana a menudo, tanto antes como después de enterarse de que era Aes Sedai, y la había atendido bien.

—Un té de bayas —respondió Merana, sonriendo—. En la salita privada del piso de arriba. —La sonrisa desapareció en el momento en que la posadera se alejó presurosamente al tiempo que llamaba a una de las camareras. Merana llamó con un gesto brusco a Alanna y a Verin para que se reunieran con ellas al pie de la escalera; las cinco Aes Sedai subieron en silencio.

Las ventanas de la salita ofrecían una buena vista de la calle para quienes quisieran disfrutar de ella, cosa que no estaba en el ánimo de Merana. Cerró las ventanas, apagando así parte del ruido, y dio la espalda a la calle. Seonid y Masuri se habían sentado, en tanto que Alanna y Verin permanecían de pie, entre las otras dos. El oscuro vestido de lana de Verin tenía aspecto de estar arrugado, aunque no era así; había una mancha de tinta en la punta de la nariz de la Marrón, pero sus ojos brillaban y tenían una expresión alerta. También los de Alanna brillaban, pero seguramente se debía a la ira, y de vez en cuando sus manos temblaban levemente, aferrando los vuelos de la falda de su vestido azul con corpiño amarillo; daba la impresión de haber dormido con él puesto. Tenía cierta justificación, claro, pero no era suficiente.

—Todavía no sé si tus actos han tenido alguna consecuencia adversa, Alanna —empezó firmemente Merana—. No sacó a relucir el tema de tu vinculación en contra de su voluntad, pero se mostró muy cortante, mucho, y...

—¿Ha puesto más restricciones? —interrumpió Verin, ladeando la cabeza—. A mi modo de ver todo va bien. No ha huido al saber vuestra llegada; os ha recibido a tres y con cierta cortesía o, de otro modo, estaríais echando chispas. Está un poco asustado de nosotras, lo que es positivo, o en caso contrario no habría puesto limitaciones; pero, a menos que las haya incrementado, seguimos teniendo tanta libertad como antes, así que no está aterrado. Por encima de todo, no debemos asustarlo excesivamente.

La dificultad radicaba en que Verin y Alanna no formaban parte de la delegación, de modo que Merana no tenía autoridad sobre ellas. Les habían contado lo de Logain y las Rojas y estaban de acuerdo en que no podía permitirse que Elaida continuara en la Sede Amyrlin,

pero eso no significaba nada. Por supuesto, Alanna no representaba realmente un problema, sólo potencialmente. Ella y Merana estaban tan igualadas en fuerza con el Poder que el único modo de establecer cuál de ellas era superior sería una competición, el tipo de cosa que hacían las novicias hasta que se las pescaba *in fraganti.* Alanna había sido novicia seis años, mientras que Merana lo había sido durante sólo cinco; empero, lo más importante era que Merana ya era Aes Sedai desde hacía diez años cuando la comadrona había puesto a Alanna en brazos de su madre. Aquello zanjaba la polémica. La antigüedad otorgaba preeminencia a Merana. En realidad ninguna de ellas pensaba en esos términos a menos que algo la obligara, pero las dos lo sabían y se amoldaban automáticamente. Ello no significaba que Alanna aceptara órdenes, pero cierta deferencia instintiva la mantendría bajo control hasta cierto punto. Eso y ser consciente de lo que había hecho.

El problema era Verin, que igualaba a Merana en fuerza y en antigüedad. Merana tanteó de nuevo la fuerza de la otra mujer con el Poder, aunque naturalmente sabía de antemano lo que encontraría. Imposible distinguir cuál de las dos era más fuerte. Cinco años de novicia en ambos casos, seis como Aceptadas; esos datos eran algo que todas las Aes Sedai sabían de las demás, aunque no estuviesen enteradas de nada más. La diferencia estribaba en que Verin era mayor que ella, puede que tanto como ella con relación a Alanna. Las hebras grises en el cabello de Verin lo dejaban claro. De haber sido Verin parte de la embajada, no habría existido el problema, pero no era el caso, y Merana se sorprendió escuchando atentamente a la otra mujer, mostrándole deferencia sin ser consciente de ello. Esa mañana había tenido que recordarse a sí misma dos veces que Verin no tenía el mando. Lo único que salvaba un poco la situación y la hacía tolerable era que Verin debía de pensar que tenía parte de culpa en lo de Alanna. En caso contrario, a buen seguro se habría sentado en una silla al mismo tiempo que las otras dos mujeres y no se habría quedado de pie junto a Alanna. Ojalá hubiese algún modo de hacer que se quedara en El Sabueso de Culain día y noche para velar por ese maravilloso tesoro de muchachas de Dos Ríos.

Se acomodó en una silla, de manera que Seonid, Masuri y ella rodeaban a las otras dos, se ajustó el chal y se arregló los pliegues de la falda. Estar sentada mientras ellas permanecían de pie le otorgaba cierto ascendiente moral. A su modo de ver, lo que había hecho Alanna era muy parecido a una violación.

—En realidad sí ha establecido otra restricción —anunció—. Está muy bien que hayáis localizado su «escuela», pero os sugiero muy seriamente que a partir de ahora abandonéis cualquier idea que pudieseis tener a ese respecto. Nos ha... responsabilizado de que no nos acerquemos a sus... hombres. —Todavía podía verlo, echado hacia adelante en aquella monstruosidad de solio, con el Trono de León en exhibición detrás de él y el trozo de lanza tallado aferrado en la mano; sin duda debía de ser una costumbre Aiel.

—Escuchadme, Merana Sedai —había dicho en un tono muy agradable y *muy firme—. No quiero problemas entre Aes Sedai* y *Asha'man. He ordenado a los soldados que se mantengan alejados de vosotras, pero no estoy dispuesto a que se conviertan en plato de Aes Sedai. Si vais de caza a la Torre Negra, podríais acabar siendo vosotras la comida. Y ambos queremos evitar tal cosa, ¿no es cierto?*

Merana llevaba siendo Aes Sedai tiempo suficiente para no estremecerse cada vez que se pisaba sobre su tumba, pero faltó poco en esta ocasión. Asha'man. La Torre Negra. ¡Mazrim Taim! ¿Cómo podía haber llegado esto tan lejos? Empero, Alanna estaba segura de que había más de un centenar de hombres, aunque no explicó cómo lo sabía, naturalmente; ninguna hermana revelaba voluntariamente sus fuentes de información. Daba igual. «Si persigues dos liebres a la vez, se escaparán ambas», rezaba el viejo dicho, y al'Thor era la liebre más importante del mundo. Las otras podían esperar.

—¿Está...? ¿Sigue aún aquí o se ha marchado? —preguntó Merana. Verin y Alanna parecían tomarse con mucha calma que al'Thor pudiera, aparentemente, desplazarse mediante el Viaje; a ella la ponía un poco nerviosa. ¿Qué más había aprendido por sí mismo que las Aes Sedai habían olvidado?—. Alanna... ¡Alanna!

Librodot

La esbelta Verde dio un respingo y salió bruscamente de su ensimismamiento. Parecía que esto le ocurría a menudo.

—Sigue en la ciudad. En palacio, creo. —Todavía hablaba como si tuviese la cabeza en otro sitio—. Está... Tiene una herida en el costado. Una vieja herida pero que sólo está curada a medias. Cada vez que me concentro en ella me entran ganas de llorar. ¿Cómo puede vivir con eso?

Seonid le asestó una dura mirada; cualquier mujer que tuviese un Guardián había sentido sus heridas. Empero, sabía por lo que Alanna estaba pasando con la muerte de Owein, de modo que cuando habló su voz era casi tierna y sólo un tanto vehemente:

—Oh, vaya, Teryl y Furen han recibido heridas que casi me hicieron desmayarme, aun sintiéndolas tan débilmente como nosotras las percibimos, y nunca vacilaron un solo paso. Ni uno solo.

—Creo —intervino Masuri en tono quedo— que nos estamos alejando del tema. —Siempre hablaba en voz baja, pero a diferencia de muchas Marrones siempre iba directa al grano.

—Sí —asintió Merana—. Me planteé la posibilidad de ocupar el puesto de Moraine a su lado...

Una llamada a la puerta anunció a una camarera de blanco delantal que llevaba una bandeja con el servicio de té. La tetera era de plata y las tazas de porcelana; se notaba que en La Corona de Rosas se recibía a la nobleza. Para cuando la mujer se hubo marchado después de dejar la bandeja, Alanna ya no estaba abismada en sus pensamientos. Sus oscuros ojos brillaban con todo el espíritu combativo que Merana conocía en ella. Las Verdes en particular eran celosas respecto a sus Guardianes y al'Thor le pertenecía ahora a ella, lo hubiese vinculado de un modo u otro. La deferencia se iba por la alcantarilla al pisar ese terreno. Se irguió recta como una cuchilla de acero, a la expectativa de las próximas palabras de Merana para ver si descargaba un tajo y cortaba. Con todo, Merana aguardó hasta que el té de arándanos estuvo servido y todas acomodadas en las sillas, ya que les dijo a Verin y a Alanna que se sentaran. Esa necia merecía sufrir una pequeña perturbación, además de la que sufría por causa de Owein. Quizá no estaba tan lejos de ser una violación lo que había hecho.

—Como decía, lo consideré —prosiguió al cabo—, y lo descarté. Tal vez lo habría intentado si no hubieses hecho lo que hiciste, Alanna, pero ahora está tan receloso de las Aes Sedai que seguramente se habría reído en mi cara si lo hubiese sugerido.

—Es tan arrogante como un rey —comentó, cortante, Seonid.

—Tanto como dijeron Elayne y Nynaeve e incluso más —abundó Masuri mientras sacudía la cabeza—. Mira que afirmar que sabe cuando una mujer encauza. Estuve a punto de abrazar el *Saidar* para demostrarle que se equivocaba pero, por supuesto, cualquier cosa que hubiese realizado para hacérselo ver podría haberlo alarmado en exceso.

—Y todos esos Aiel... —La voz de Seonid sonaba tensa; era cairhienina—. Hombres y mujeres. Creo que habrían intentado lancearnos con que hubiésemos parpadeado demasiado rápido. Una de ellas, una de cabello dorado que, al menos, llevaba falda, no hizo el menor esfuerzo en disimular su desagrado.

A veces, pensó Merana, Seonid no era plenamente consciente de que el propio al'Thor podía ser un peligro.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Alanna empezó a morderse el labio inferior como una chiquilla. Menos mal que tenía a Verin para cuidar de ella; en su estado, no estaba en condiciones para quedarse sola. Verin se limitó a tomar un sorbo de té y a observar; en ocasiones los ojos de la Marrón podían ser muy desconcertantes.

Merana se encontró transigiendo con la hermana Verde. Todavía recordaba, y muy bien, el frágil manojo de nervios en el que se había convertido después de lo de Basan.

—Afortunadamente su desconfianza tiene un lado positivo. Ha recibido emisarias de Elaida, en Cairhien. No fue en absoluto reservado respecto a ello. La desconfianza lo inducirá a mantenerlas a una distancia prudencial de él, creo.

—Piensa que está enfrentándonos —agregó Seonid mientras dejaba la taza en el plato.

—Y todavía podría conseguirlo —manifestó secamente Masuri—, salvo que nosotras sabemos más de él de lo que puede saber Elaida. Ella cree que ha enviado a sus delegadas a reunirse con un pastor, aunque lleve chaqueta de seda. Sea lo que sea, ha dejado de ser eso. Al parecer Moraine le enseñó bien.

—Nosotras estábamos prevenidas —dijo Merana—. Dudo que ellas lo estuvieran.

Alanna las miró fijamente y parpadeó.

—Entonces ¿no lo he estropeado todo? —Las tres asintieron a la par y ella respiró profundamente. Después se alisó la falda, fruncido el entrecejo, como si acabase de darse cuenta de que la tenía arrugada—. Todavía puedo estar a tiempo de hacer que me acepte. —Las arrugas quedaron olvidadas, y su semblante y su voz se tornaron más tranquilos y más seguros a medida que hablaba—. En cuanto a su amnistía, quizá tengamos que dejar en suspenso cualquier plan, pero eso no significa que no se lleven a cabo cuando llegue el momento. Ese peligro no puede pasarse por alto.

Durante un instante Merana lamentó haber transigido. Esta mujer le había hecho aquello a un hombre y todo lo que realmente le preocupaba era si había perjudicado sus posibilidades de éxito. No obstante y aunque a regañadientes, tuvo que admitir que, si haciendo el pino hubiese logrado que al'Thor fuera más manejable, lo habría hecho.

—Ante todo, tenemos que meter en vereda a al'Thor, por decirlo de algún modo. Ese aplazamiento se alargará cuanto sea preciso, Alanna.

La Verde apretó los labios, pero al cabo de un momento asintió en señal de conformidad. O al menos en aquiescencia.

—¿Y cómo se lo mete en vereda? —preguntó Verin—. Hay que manejarlo con delicadeza, como a un lobo atado con una cuerda de un solo cabo.

Merana vaciló. No había sido su intención compartirlo todo con estas dos, que sólo tenían una lealtad superficial hacia la Antecámara de Salidar. Temía lo que podría pasar si Verin intentaba tomar el mando aquí, si es que lo conseguía. Ella sabía cómo manejar el asunto; se la había elegido porque había dedicado toda una vida a mediar en conflictos difíciles, a negociar tratados donde el odio parecía implacable. El que los acuerdos acabaran rompiéndose y los tratados se violaran era innato en los seres humanos, pero en cuarenta y seis años de trabajo el Quinto Tratado de Falme era su único fracaso real. Sabía todo eso, pero los largos años dedicados a esa labor habían dejado profundamente arraigado en ella cierto instinto.

—Estamos poniéndonos en contacto con algunos nobles, que por suerte da la casualidad de que están todos aquí, en Caemlyn, ahora...

—Quien me preocupa es Elayne —manifestó firmemente Dyelin. Puso aun más firmeza por encontrarse sola con una Aes Sedai en la salita; las Aes Sedai presionaban implacablemente si uno se achicaba al no tener el respaldo de nadie. Sobre todo cuando nadie sabía que uno estaba solo con una de ellas.

Kairen Sedai sonrió, pero ni el gesto ni sus fríos ojos azules dejaron traslucir nada.

—Es muy posible que aún se encuentre a la heredera del trono para que se siente en el Trono del León. Lo que para otros puede parecer insuperable rara vez lo es para las Aes Sedai.

—El Dragón Renacido dice...

—Los hombres dicen muchas cosas, lady Dyelin, pero vos sabéis que yo no miento.

Luan dio unas palmaditas en el cuello del semental gris teariano mientras miraba a un lado y a otro por si acaso alguno de los mozos entraba en el establo, y esquivó un mordisco del arisco animal por un pelo. El Guardián de Rafela les avisaría si se acercaba alguien, pero últimamente Luan no sabía si podían fiarse de alguien. Sobre todo con una visita de esta clase.

—No estoy seguro de entenderos —repuso de manera cortante.

—La unidad es mejor que la división —dijo Rafela—, la paz mejor que la guerra, la

paciencia mejor que la muerte. —Luan movió bruscamente la cabeza ante el extraño final de los tópicos, y la Aes Sedai de cara redonda sonrió—. ¿No será mejor para Andor si Rand al'Thor deja el país en paz y unidad, lord Luan?

Manteniendo cerrada la bata, Ellorien miró de hito en hito a la Aes Sedai que se las había ingeniado para entrar en su baño sin ser anunciada y posiblemente sin ser vista. La mujer de piel cobriza le sostuvo la mirada desde la banqueta que había al otro lado de la bañera de mármol llena de agua, como si tal situación fuera lo más natural del mundo.

—¿Y quién ocuparía, pues, el Trono del León, Demira Sedai? —preguntó finalmente.

—La Rueda gira según sus designios —fue la respuesta.

Y Ellorien comprendió que no obtendría otra.

Librodot

CAPÍTULO 21

El color de la confianza

Una vez que Vanin se hubo marchado para advertir a la Compañía que no se moviera de donde estaba acampada, Mat descubrió que no había una sola posada en Salidar que no estuviese ocupada por las Aes Sedai y que los cinco establos estaban llenos a reventar. Empero, cuando soltó unas monedas de plata a un mozo de cuadra de cara estrecha, el tipo trasladó los sacos de avena y las balas de paja de una cuadra cerrada con paredes que podía albergar a seis caballos. También enseñó a Mat y a los otros cuatro hombres de la Compañía sitios para dormir en el sobrado del pajar, donde hacía tanto calor como en cualquier otro sitio.

—No pidáis nada —instruyó Mat a sus hombres mientras repartía entre ellos las monedas que le quedaban—. Pagad por todo y no aceptéis regalos. La Compañía no va estar en deuda con nadie de aquí.

Su falso aire de seguridad contagió a los hombres, que ni siquiera dudaron cuando les ordenó que fijaran los estandartes fuera del sobrado del pajar para que colgaran en la fachada del establo, uno carmesí y el otro blanco, el primero con el disco blanco y negro y el segundo con el dragón, a plena vista de todos. Por otro lado, al mozo de cuadra se le desorbitaron los ojos y casi se le salieron de las órbitas mientras le preguntaba a Mat que qué estaba haciendo.

Éste se limitó a esbozar una sonrisa y le lanzó al tipo de mandíbula estrecha un marco de oro.

—Simplemente mostrando a todo el mundo, sin que haya lugar a dudas, quién ha venido a parlamentar.

Quería que Egwene se diera cuenta de que no estaba dispuesto a que nadie lo mangoneara y a veces, para demostrar eso a la gente, uno tenía que actuar como un idiota redomado. El problema era que las banderas no surtían efecto alguno. Oh, sí, todos los que pasaban por allí se quedaban boquiabiertos y señalaban, y varias Aes Sedai se acercaron expresamente para echar una mirada con ojos fríos y semblante impasible, pero Mat esperaba una indignada demanda de que las quitara y tal cosa no ocurrió. Cuando acudió a la Torre Chica, una Aes Sedai cuyo rostro, de algún modo, semejaba una ciruela pasa a despecho de su apariencia intemporal, se ajustó el chal de flecos marrones y le dijo en tono categórico que la Sede Amyrlin estaba ocupada, que tal vez podría recibirlo dentro de un día o dos. Tal vez. Elayne parecía haber desaparecido, al igual que Aviendha, pero hasta ese momento nadie había gritado que se había cometido un asesinato; Mat sospechaba que la Aiel podría encontrarse en cualquier parte del pueblo y que le estaban poniendo a la fuerza un vestido blanco. Eso lo traía al fresco si con ello se mantenía la paz; no quería ser el encargado de comunicarle a Rand que una de ellas había matado a la otra. A Nynaeve sí la vislumbró en cierto momento, pero la mujer giró en una esquina y cuando él llegó allí ya había desaparecido.

Mat se pasó casi toda la tarde buscando a Thom y a Juilin; cualquiera de los dos podría contarle algo de lo que estaba pasando y, además, tenía que disculparse con Thom por su comentario respecto a aquella carta. Lamentablemente, nadie parecía saber dónde estaba ninguno de los dos. Mucho antes de caer la noche, Mat llegó a la conclusión de que todos ellos lo estaban evitando a propósito. Egwene estaba en verdad dispuesta a conseguir que se

cociera en su propia salsa, pero él se proponía demostrarle que ni siquiera había empezado a hervir. Para hacerlo más verosímil, se fue a bailar.

Al parecer la celebración por el nombramiento de una nueva Amyrlin se prolongaba un mes y, aunque todo el mundo en Salidar trabajaba sin parar durante el día, una vez que se hacía de noche se encendían hogueras en todos los cruces de calles, y los violines y las flautas hacían acto de aparición e incluso uno o dos salterios. Las risas y la música llenaban el aire y reinaba el ambiente festivo hasta la hora de acostarse. Mat vio Aes Sedai danzando en las calles con carreteros y mozos de cuadra vestidos con sus toscas ropas y Guardianes bailando con sirvientas o cocineras que se habían quitado los delantales. Pero no vio a Egwene; la jodida Sede Amyrlin no iba a dar brincos en la calle. Tampoco vio a Elayne ni a Nynaeve; ni a Thom y Juilin. El juglar no se habría perdido un baile aunque tuviera rotas las dos piernas a no ser que se estuviera quitando de en medio a propósito. Mat se dispuso a pasarlo bien, a demostrar a todo el mundo que no tenía la menor preocupación. No salió exactamente a su gusto.

Bailó un rato con la mujer más hermosa que había visto en su vida, una belleza delgada pero con un busto exuberante que quería saberlo todo sobre él; todo muy halagador, en especial que lo hubiese sacado a bailar ella. Pero al poco rato Mat advirtió que Halima se las ingeniaba de algún modo para rozarse contra él, de inclinarse para mirar algo de modo que él no podía menos de bajar la vista al escote de su vestido. Podría haber disfrutado con ello de no ser por que todas las veces Halima lo miraba a la cara con ojos penetrantes y una sonrisa divertida. No era una buena bailarina —para empezar, no dejaba de intentar ser ella la que dirigía la danza— y finalmente Mat se excusó.

Podría no haber sido nada, pero antes de que se hubiese alejado diez pasos la cabeza de zorro se puso fría como el hielo contra su pecho. Giró bruscamente sobre sus talones, lanzando una mirada furiosa en derredor; lo que vio fue a Halima observándolo con fijeza a la luz de las hogueras. Fue sólo un segundo, antes de que la mujer agarrara el brazo de un Guardián y se pusiera a bailar otra vez, pero Mat estaba seguro de haber visto una expresión conmocionada en su bello rostro.

Los violines interpretaban una música que reconoció. Al menos, la identificó uno de sus recuerdos; no había variado mucho considerando que había pasado más de un milenio. La letra debía de haber cambiado por completo, ya que la antigua que resonaba en su mente jamás habría gozado de popularidad allí:

Entrégame tu confianza, la Aes Sedai dijo,
porque sobre mis hombros se sustenta el cielo.
Confía en mí para saber y *hacer lo que es mejor,*
que de todo lo demás ya me encargaré yo.
Pero la confianza da color al brote de una negra semilla.
La confianza da color a la sangre que mana de un corazón.
La confianza da color al postrer aliento del que expira.
La confianza es, en fin, lo que da a la muerte su color.

—¿Una Aes Sedai? —respondió desdeñosamente una jovencita metida en carnes. Era bonita y, en otras circunstancias, Mat habría intentado un pequeño intercambio de besos y arrumacos—. Halima es sólo la secretaria de Delana Sedai. Ésa siempre está provocando a los hombres. Como un niño con un juguete nuevo; incitando sólo para ver si puede. Se habría metido en un buen brete más de diez veces si no estuviera bajo la protección de Delana.

Deposita en mí tu confianza, dijo la reina en su trono,
porque el deber de cargar con ese peso es mío solo.
Confía en mí para dirigir, juzgar y *gobernar*
y *de ese modo ningún hombre por necio te tendrá.*
Pero la confianza es eco del perro aullando en la tumba.

La confianza es eco de la traición envuelta en sombras.
La confianza es eco del postrer aliento del que expira.
La confianza es, en fin, el eco que a la muerte anuncia.

A lo mejor se había equivocado. A lo mejor la mujer sólo acusaba la sorpresa de que la hubiese dejado. No muchos hombres dejarían plantada a una mujer como ella, por mucho que provocara en broma y por mal que bailara. Sí, tenía que ser eso. Sin embargo, aquello dejaba en el aire la cuestión de quién y por qué. Miró en derredor, a los que bailaban, a la gente que estaba mirando al borde de las sombras y esperando su turno. La cazadora del Cuerno de cabello dorado que le había resultado familiar daba vueltas con un tipo que tenía la cara llena de granos y bultos, tan deprisa que la coleta se levantaba a su espalda. Mat distinguía a las Aes Sedai por sus rostros —o a casi todas— pero era imposible saber cuál de ellas había intentado... lo que quiera que fuera.

Se encaminó calle abajo hasta la siguiente hoguera, más que nada para alejarse de aquella canción antes de que continuara en su mente con «el gran rey» y «el lord y la lady» y «el amor de tu vida». En aquel antiguo recuerdo se acordaba de escribir la canción a causa del amor de su vida. *La confianza es el sabor de la muerte.* En la esquina próxima, un violinista y una mujer con una flauta interpretaban lo que parecía *Ahuecar las plumas,* una buena canción folclórica.

¿Hasta qué punto podía confiar en Egwene? Ahora era Aes Sedai; tenía que serlo, si era la Amyrlin, aunque fuera una Amyrlin de tres al cuarto en un pueblo de tres al cuarto. En fin, en cualquier caso, era Egwene; no podía creer que ella lo atacara desde las sombras de ese modo. Claro que Nynaeve sí era capaz de ello, aunque no para hacerle verdadero daño. Todavía le dolía la cadera, no obstante; aparte del moretón tenía un tirón muscular. Y la Luz sabía que una mujer como Elayne podría hacerlo. Llegó a la conclusión de que todavía trataban de acosarlo para que se marchara, de modo que probablemente debería esperar más tentativas. Lo mejor era no hacerles caso; casi deseó que volvieran a intentarlo. No podían tocarlo con el Poder y cuantas más veces fracasaran en sus intentos más se convencerían de que no iban a mangonearlo.

Myrelle se acercó y se quedó a su lado observando a los bailarines. Mat la recordaba vagamente. No creía que supiese nada peligroso sobre él. Esperaba que no. No era tan hermosa como Halima, desde luego, pero sí muy guapa. Con el juego de luces y sombras de la hoguera sobre su rostro casi podía olvidar que era Aes Sedai.

—Una noche calurosa —dijo ella, sonriente, y continuó hablando en un tono tan intrascendente mientras él disfrutaba contemplándola, que Mat tardó un poco en darse cuenta de hacia dónde apuntaban sus palabras.

—Creo que no —repuso amablemente en cuanto tuvo oportunidad de hablar. A esto llevaba olvidarse de ciertas cosas; las Aes Sedai no dejaban de ser Aes Sedai.

Ella se limitó a sonreír.

—Tendrías muchas ventajas y yo no trataría de tenerte prendido a mis faldas. Muchas ventajas. Has elegido una vida peligrosa o ella te ha elegido a ti. Un Guardián tiene más posibilidades de sobrevivir.

—Lo lamento, pero no. Gracias por la oferta, de todos modos.

—Piénsalo, Mat. A no ser que... ¿Te ha vinculado la Amyrlin?

—No. —Egwene no haría eso. ¿O sí? No podría mientras llevase puesto el medallón, pero ¿y si no lo hubiese llevado?—. Ahora, si me disculpáis.

Se despidió con una leve inclinación de cabeza y se encaminó con premura hacia una bonita joven de ojos azules que llevaba el ritmo de la música con el pie. Tenía una boca llena, de aspecto dulce, como hecha para los besos, y a buen seguro que él quería divertirse.

—Vi tus ojos y no pude menos de acercarme. ¿Quieres bailar?

Demasiado tarde reparó en el anillo de la Gran Serpiente que lucía en la mano derecha; y entonces la boca de aspecto dulce se abrió y una voz que reconoció le dijo secamente:

Librodot

—Te pregunté una vez si seguirías dentro de la casa cuando ésta estuviera siendo pasto de un incendio, muchacho, pero por lo visto has cogido por costumbre saltar a las llamas. Anda, márchate y busca a alguien que quiera bailar contigo.

¡Siuan Sanche! ¡Pero si la habían neutralizado y ajusticiado! ¡Lo miraba con expresión iracunda desde el rostro de una mujer joven que había robado, pero seguía siendo la misma y llevaba el anillo de Aes Sedai! ¡Y él le había pedido a Siuan Sanche un baile!

Cuando todavía la contemplaba de hito en hito, una joven y esbelta domani dio unas vueltas ante la hoguera; el verde vestido que llevaba era lo bastante fino para permitir ver su silueta al trasluz. Tras lanzar a Siuan una heladora mirada que le fue devuelta con creces, la domani sacó casi a rastras a Mat para reunirse con los bailarines. Era alta como una Aiel; de hecho, sus oscuros ojos quedaban un poco más arriba que los suyos.

—Soy Leane, por cierto —anunció con una voz que era una dulce caricia—, en caso de que no me hayas reconocido. —Su risa queda era también acariciante.

Mat dio tal respingo que por poco no pierde el primer compás. También llevaba un anillo. Mat bailó automáticamente. A pesar de ser alta, era como una pluma en sus manos, un cisne deslizándose por el agua, pero no era suficiente para hacerle olvidar la pregunta. ¿Cómo? ¿Cómo era posible? Para acabar de rematarlo, cuando el baile terminó ella le dijo con aquella voz acariciante:

—Eres un excelente bailarín.

Y después lo besó tan a fondo como jamás lo habían besado en su vida. Estaba tan estupefacto que ni siquiera intentó retirarse. La mujer suspiró y le dio unos cachetitos en la mejilla.

—Un excelente bailarín —repitió—. Recuérdalo cuando bailes la próxima vez y lo harás aun mejor. —Y se marchó riendo, para volver al baile con un tipo al que sacó entre los espectadores.

Mat decidió que había tenido de sobra para una sola noche. Regresó al establo y se fue a dormir, con la silla de montar como almohada. Sus sueños habrían sido agradables salvo por que todos estaban relacionados con Myrelle, Siuan, Leane y Halima. En lo tocante a los sueños, un hombre simplemente no tenía sentido común para quitarse la bota y vaciar el agua que le había entrado en ella.

El día siguiente tenía que ser mejor, pensó, sobre todo cuando al despertar vio a Vanin en el sobrado, dormido con la cabeza apoyada en su silla de montar. Talmanes lo entendía y se quedaría donde estaba; se habían visto Guardianes observando los preparativos de la Compañía, sin duda dejándose ver a propósito, pero nadie se había acercado al ejército acampado. Recibió una sorpresa menos agradable al encontrar la montura gris de Olver en el patio que había detrás del establo y al chico acurrucado en un rincón, envuelto en sus mantas.

—Necesitas que alguien te guarde la espalda —le dijo sombríamente a Mat—. No hay que fiarse de ella.

Mat no tuvo que preguntar para saber que se refería a Aviendha. Olver no mostró el menor interés en jugar con los niños, así que Mat tuvo que aguantar las miradas y las sonrisas que le dirigieron cuando lo vieron por todo Salidar con el chico pegado a los talones, el cual hacía todo lo posible por imitar el paso ágil de un Guardián y vigilaba en diez direcciones diferentes a la vez por si aparecía Aviendha. Quien por cierto seguía sin dar señales de vida; y menos aun Elayne o Nynaeve. Y «la Amyrlin» todavía estaba ocupada. También estaban «ocupados» Thom y Juilin. Vanin se las ingenió para enterarse de unas cuantas cosas, pero nada que hiciera feliz a Mat. Si Nynaeve había curado realmente a Siuan y a Leane, entonces estaría más insoportable que nunca. Siempre había tenido una gran opinión de sí misma; de modo que, después de haber logrado lo que no podía hacerse, los humos se le habrían subido a la cabeza y estaría más envanecida que un pavo real. Aun así, eso era lo más digerible de todo. Lo de Logain y el Ajah Rojo lo hizo encogerse; aquélla era la clase de cosa que las Aes Sedai no perdonarían. Si Gareth Bryne tenía el mando de su ejército, entonces éste no estaba formado por una chusma de granjeros ni escoria de las calles con unos pocos Guardianes para

darle un poco de enjundia. Si a eso se añadían las vituallas que Vanin había visto empaquetar y guardar en barriles para un viaje, todo apuntaba un problema. El peor tipo de problema que podría imaginar, aparte de encontrar a uno de los Renegados frente a él al otro lado de una mesa y una docena de trollocs entrando por la puerta. En resumen, nada de esto los hacía menos estúpidos; sólo unos estúpidos peligrosos. El maldito Thom y su «ayudarlas a que su plan funcione». Si el juglar salía alguna vez de su escondrijo, ya le ajustaría las cuentas.

A última hora de la tarde, Myrelle volvió a hablarle de convertirse en Guardián y hubo cierta tensión alrededor de sus ojos cuando Mat le dijo que la suya era la quinta oferta que había rechazado desde la salida del sol. No estaba seguro de si lo creyó; la mujer se marchó con un aire indignado y enfurruñada como Mat nunca había visto a una Aes Sedai. Sin embargo, era verdad. La primera propuesta le vino cuando todavía intentaba tomar su desayuno, y la hizo la mismísima Delana para quien trabajaba Halima, una mujer fornida de cabello muy claro y lagrimosos ojos azules y que casi llegó a amenazarlo para que aceptara. Esa noche no se acercó al baile y se quedó dormido con el sonido de la música y las risas; pero esta vez era un sonido amargo.

La tarde estaba mediada durante su segundo día completo en Salidar cuando una chica con vestido blanco, bonita y pecosa, que se esforzaba a más no poder para adoptar un aire de fría dignidad, le llevó una citación, porque eso era exactamente.

—Os presentaréis de inmediato ante la Amyrlin.

Punto. Ni una palabra más. Mat le hizo un gesto para que lo precediera; le pareció lo más apropiado, y a ella pareció que le gustaba que lo hiciera.

Estaban todas en aquella sala de la Torre Chica: Egwene, Nynaeve, Elayne y Aviendha. Aunque Mat tuvo que mirarla dos veces para reconocer a la Aiel, con un vestido de fina lana azul y puntillas en el cuello y los puños. Por lo menos Aviendha y Elayne no intentaban estrangularse la una a la otra, pero los rostros de ambas semejaban máscaras pétreas. Lo que las igualaba a Egwene y a Nynaeve. Ni el menor atisbo de expresión en ninguna de las cuatro, y todos los ojos clavados en él. Se las arregló para contener la lengua mientras Egwene enumeraba sus opciones, según las veía ella, sentada detrás de la mesa y con esa estola de rayas rodeándole los hombros.

—Si crees que no tienes por qué elegir ninguna —finalizó—, recuerda que puedo hacer que te aten a tu caballo y mandarte de regreso con tu Compañía de la Mano. No hay sitio en Salidar para vagos ni maulas. No lo permitiré. Para ti, Mat, sólo queda Ebou Dar con Elayne y Nynaeve o largarte de aquí y ver a quién impresionas con tus banderas y estandartes.

Lo que, en verdad, no le dejaba ninguna opción, por supuesto. Cuando lo dijo así, no hubo cambio de expresión en ninguna de ellas. Si acaso, la de Nynaeve se tornó más impertérrita. Y Egwene se limitó a comentar:

—Me alegra que lo hayas comprendido, Mat. Y ahora he de ocuparme de un millar de cosas. Intentaré verte antes de que te marches.

Así, despedido como un mozo de establo; la Amyrlin estaba muy ocupada. Sólo le había faltado lanzarle una moneda de cobre, de propina.

Tal fue la razón de que el tercer amanecer en Salidar encontrara a Mat en el terreno despejado que había entre el pueblo y el bosque.

—Seguramente seguirán aquí hasta que regrese —le dijo a Talmanes mientras miraba por encima del hombro hacia las casas. No tardarían en aparecer, y no quería que nada de esto llegara a conocimiento de Egwene. Ella trataría de frenar el plan con cualquier traba que tuviese a su alcance—. En fin, eso espero. Si se ponen en movimiento, seguidlas dondequiera que vayan, pero no tan cerca como para asustarlas. Y si una joven llamada Egwene aparece por aquí, no hagas preguntas, limítate a cogerla y regresar a galope a Caemlyn aunque para ello tengas que abrir un agujero a través de Gareth Bryne. —Claro que existía la posibilidad de que tuvieran intención de ir a Caemlyn; tal vez. Pero tenía miedo de que su punto de destino fuera Tar Valon; Tar Valon y el hacha del verdugo—. Y que Nerim se quede contigo.

Talmanes sacudió la cabeza.

—Ya que te llevas a Nalesean, me sentiré ofendido si no me permites que ponga mi asistente a tu servicio.

Mat deseó que Talmanes sonriera de vez en cuando; sería una ayuda para saber cuándo bromeaba y cuándo no. Ahora, desde luego, parecía hablar muy en serio.

Nerim se encontraba a corta distancia, sujetando las riendas de *Puntos* y de su propia yegua, marrón y cachigorda, así como dos animales de carga que llevaban unos capachos de mimbre llenos a reventar. El asistente de Nalesean, un tipo robusto llamado Lopin, sólo sujetaba las riendas de un animal de carga además de las de su castrado y las del negro semental propiedad de Nalesean.

No eran éstos, empero, todos los componentes de la partida. Nadie había tenido a bien darle más detalles aparte de dónde estar y cuándo; pero, en mitad de otra conversación sobre convertirse en Guardián, Myrelle le comunicó que no había inconveniente en que se pusiera en contacto con la Compañía siempre y cuando no intentara acercarla más a Salidar. Eso era lo último que se le ocurriría hacer. Vanin estaba allí esta mañana porque probablemente podría investigar el terreno que pisaba en cualquier parte, así como una docena de soldados de caballería elegidos entre los componentes de la Compañía por su imponente físico y por haber sabido mantener bien el orden como Brazos Rojos allá, en Maerone. Por lo que había dicho Nalesean, unos puños fuertes y rápidos y unos buenos garrotes deberían bastar para poner fin a cualquier inconveniente en el que Nynaeve y Elayne se metieran, al menos el tiempo suficiente para poder hacerlas desaparecer como por arte de magia. Y por último estaba Olver con su corcel gris, al que había puesto el nombre de *Viento,* que quizá se merecía el zanquilargo animal. Llevar a Olver había sido una decisión fácil. La Compañía podría encontrarse en problemas si finalmente tenía que seguir a ese montón de chifladas. Tal vez con Bryne no, pero serían muchos los nobles que se encresparían ante el paso de dos ejércitos por sus tierras, lo que daría pie a ataques nocturnos y flechas volando desde cualquier arbusto. Sin duda cualquier ciudad sería más segura para el chico que eso.

Todavía ninguna Aes Sedai había dado señales de vida a pesar de que el sol empezaba a arrojar sus abrasadores rayos por encima de las copas de los árboles. Mat se caló el sombrero con irritación.

—Nalesean conoce Ebou Dar, Talmanes. —El teariano esbozo una mueca y asintió. El severo semblante del cairhienino no varió un ápice—. Oh, está bien. Que venga Nerim.

Talmanes asintió en silencio; puede que hubiese estado hablando en serio, después de todo. Por fin se vio movimiento en el pueblo: un grupo de mujeres con caballos. Elayne y Nynaeve no venían solas, aunque Mat no esperaba a nadie más. Aviendha llevaba un traje de montar gris, pero miraba a su flaca yegua parda con bastante desconfianza. La cazadora del Cuerno de rubia trenza demostraba más seguridad con un castrado de ancha grupa y pelo pardusco y parecía estar intentando convencer a Aviendha de algo sobre la yegua. ¿Qué pintaban esas dos allí? También había dos Aes Sedai —otras, aparte de Nynaeve y Elayne, supuso Mat que debería decir—, unas mujeres delgadas y con el cabello blanco, algo que hasta el momento no había visto en ninguna Aes Sedai. Un tipo añoso marchaba detrás de ellas, conduciendo un animal de carga además de su propia montura; era nervudo y con escaso pelo, y ese poco era gris. A Mat le costó unos instantes comprender que era un Guardián, por la capa de color cambiante que colgaba a su espalda. En eso consistía ser Guardián: las Aes Sedai lo explotaban hasta que se quedaba calvo y probablemente también daban alguna utilidad a sus huesos cuando había muerto.

Thom y Juilin venían a corta distancia y también llevaban un animal de carga. Las mujeres se pararon a unos cincuenta pasos a la izquierda, con su añoso Guardián, sin dignarse siquiera dirigir una mirada a Mat y a sus hombres. El juglar echó una ojeada a Nynaeve y las otras y después le dijo algo a Juilin; a continuación condujeron sus caballos hacia el grupo de Mat, si bien se pararon a cierta distancia, como si no estuviesen seguros del recibimiento que les harían. Mat se encaminó hacia ellos.

—He de disculparme, Mat —empezó Thom mientras se atusaba el bigote con los

nudillos—. Elayne me ha dejado muy claro que no debo hablar más contigo. Sólo ha transigido esta mañana. En un momento de debilidad, hace varios meses, le prometí obedecer sus órdenes y hoy me lo ha echado en cara, en el momento más inoportuno. No le gustó nada que te contara lo que te conté.

—Y Nynaeve me ha amenazado con darme un puñetazo en el ojo si me acerco a ti —agregó Juilin, sombrío. Se apoyaba en su vara de bambú y llevaba un gorro tarabonés de color rojo que no debía de servirle de gran cosa como resguardo contra el sol.

Mat miró hacia el grupo de mujeres. Nynaeve lo observaba por encima de la silla de su montura, pero al ver que volvía la vista hacia ella se escondió detrás del animal, una achaparrada yegua marrón. Jamás habría imaginado que ni siquiera Nynaeve fuera capaz de emprenderla a puñetazos con Juilin, pero el atezado rastreador distaba mucho de ser el hombre que había conocido brevemente en Tear. Aquel Juilin estaba dispuesto a todo; éste, con el ceño fruncido de manera permanente, daba la impresión de estar amilanado en todo momento.

—Le enseñaré un poco de buenos modales en este viaje, Juilin. Thom, soy yo quien debe disculparse. Por lo que dije sobre la carta. Fue el calor lo que me hizo hablar de ese modo, además de la preocupación por unas estúpidas mujeres. Espero que fueran buenas noticias. —Recordó demasiado tarde lo que Thom había dicho: que había abandonado a su suerte a la mujer de la carta, y que había muerto.

Sin embargo, Thom se limitó a encogerse de hombros. Mat no sabía qué pensar de él sin su capa de juglar.

—¿Buenas noticias? —repitió Thom—. Todavía no he sacado ninguna conclusión. A menudo uno no sabe si una mujer es amiga, enemiga o amante hasta que es demasiado tarde. En ocasiones, es las tres cosas. —Mat esperaba oír una risa, pero Thom frunció el ceño y suspiró—. Parece que a las mujeres les gusta hacerse siempre las misteriosas, Mat. Puedo darte un ejemplo. ¿Te acuerdas de Aludra?

Mat tuvo que pensar un momento.

—¿La Iluminadora a la que salvamos de que le cortaran el cuello en Aringill?

—La misma. Juilin y yo nos la encontramos durante uno de nuestros viajes y no me dirigió la palabra. No es que no se acordara de mí; uno entabla conversación con desconocidos cuando se viaja juntos. Aludra no quiso reconocerme y aunque no supe el porqué no vi motivo para importunarla. La encontré como a una desconocida y como tal nos despedimos. ¿Cómo la considerarías tú? ¿Como amiga o como enemiga?

—Quizá como una amante —repuso secamente Mat. No le importaría encontrarse de nuevo con Aludra; la mujer le había regalado algunos fuegos artificiales que al final resultaron serle muy útiles—. Si quieres saber algo sobre mujeres, pregúntale a Perrin, no a mí. Yo no las entiendo en absoluto. Antes creía que Rand sí, pero Perrin seguro que es un experto en eso. —Elayne estaba hablando con las dos Aes Sedai de pelo blanco bajo la atenta mirada de la cazadora del Cuerno. Una de las Aes Sedai mayores volvió la vista hacia él y lo observó como aquilatándolo. Las dos tenían el mismo comportamiento que Elayne, frío como una reina en su jodido trono—. En fin, con un poco de suerte no tendré que aguantarlas mucho tiempo —masculló entre dientes—. A lo mejor no tardan mucho en hacer lo que tengan que hacer y podemos estar de vuelta en cinco o diez días. —Con suerte, habría regresado antes de que la Compañía tuviera que partir en pos de las chifladas. Rastrear no uno, sino dos ejércitos sería tan sencillo como robar un pastel, desde luego, pero no le apetecía nada pasar más días de los necesarios en compañía de Elayne.

—¿Diez días? —dijo Thom—. Mat, incluso con ese «acceso» tardaremos cinco o seis en llegar a Ebou Dar. Calcula mejor unos veinte, pero...

Mat dejó de escucharlo. Hasta la última brizna de irritación que había ido acumulando desde que había visto a Egwene en Salidar por primera vez alcanzó su punto crítico de golpe. Quitándose bruscamente el sombrero se dirigió a grandes zancadas hacia Elayne y las otras. No informarle de nada ya era malo de por sí —¿cómo se suponía que iba a protegerlas si

ignoraba lo que se traían entre manos?—, pero esto era ridículo. Nynaeve lo vio venir hacia ellas y, por alguna razón, se metió rápidamente detrás de su yegua.

—Será interesante viajar con un *ta'veren* —dijo una de las Aes Sedai de pelo blanco. Vista más de cerca, Mat tampoco fue capaz de calcularle una edad, si bien su rostro transmitía la sensación de muchos años. Tenía que ser por el pelo. La otra se le parecía mucho, como su reflejo en un espejo; a lo mejor eran realmente hermanas—. Soy Vandene Namelle.

Mat no estaba de humor para charlar sobre ser o no *ta'veren.* Nunca lo estaba para ese tema, pero, desde luego, en ese momento muchísimo menos.

—¿Qué es esa tontería de que tardaremos cinco o seis días en llegar a Ebou Dar? —El viejo Guardián se puso tenso a la par que endurecía la mirada y Mat lo observó con más detenimiento; nervudo, sí, pero duro como una vieja raíz. Sin embargo, no por ello cambió el tono de voz—. Podéis abrir un acceso a tiro de piedra de Ebou Dar. No somos un jodido ejército para que nuestra presencia asuste a nadie y en cuanto a aparecer de repente, en fin, al fin y al cabo sois Aes Sedai. La gente espera que os materialicéis en el aire y que caminéis a través de las paredes.

—Me temo que te estás dirigiendo a la persona equivocada —adujo Vandene, que miró a la otra mujer de pelo blanco, y ésta sacudió la cabeza mientras ella añadía—: Tampoco Adeleas, me temo. Al parecer ninguna de las dos es lo bastante fuerte para algunas de las cosas nuevas.

Mat vaciló; después se caló bien el sombrero y se volvió hacia Elayne. Ésta levantó la barbilla con arrogancia.

—Por lo visto sabes menos de lo que crees, maese Cauthon —manifestó fríamente. Mat advirtió que no sudaba, al igual que las dos... que las otras dos Aes Sedai. La cazadora del Cuerno lo miraba con aire desafiante. ¿Qué mosca la había picado?—. Hay pueblos y granjas alrededor de Ebou Dar en un radio de ciento cincuenta kilómetros —prosiguió Elayne, explicando lo obvio a un imbécil—. Un acceso es muy peligroso, y no estoy dispuesta a matar las ovejas o las vacas de un pobre hombre y mucho menos a él mismo.

Mat detestaba algo más que su tono. Tenía razón y también detestaba que fuera así. Pero no estaba dispuesto a admitirlo; ante ella, ni hablar. Buscó una salida honrosa para dar marcha atrás sin quedar en ridículo y entonces vio a Egwene saliendo del pueblo con otras dos docenas de Aes Sedai; la mayoría llevaba chales de flecos. O, más bien, ella venía y las demás la seguían. Caminaba con la cabeza muy alta y mirando al frente, la estola de rayas echada alrededor de los hombros. Las otras avanzaban a paso rápido tras ella, en pequeños grupos. Sheriam, con la estola azul de Guardiana, hablaba con Myrelle y una Aes Sedai de rostro campechano que de algún modo daba una imagen maternal. A excepción de Delana, Mat no conocía al resto —una de ellas llevaba el cabello canoso sujeto en un moño bajo; ¿qué edad tendrían que alcanzar las Aes Sedai para que el pelo se les pusiera gris o completamente blanco?— pero todas iban hablando entre sí, haciendo caso omiso de la mujer a la que habían nombrado Amyrlin. Egwene podría haber estado sola; en realidad, parecía estarlo. Conociéndola, sin duda se estaba esforzando al máximo para ser lo que ellas la habían hecho y, sin embargo, dejaban que caminara sola y en presencia de todos.

«A la Fosa de la Perdición con ellas si creen que pueden tratar de ese modo a una mujer de Dos Ríos», pensó sombríamente Mat.

Salió a su encuentro, se destocó y saludó con la mejor reverencia que sabía hacer; y sabía hacer elegantes florituras como el que más cuando era necesario.

—Buenos días, madre, y que la Luz brille sobre ti —dijo en un tono lo bastante alto para que lo escucharan en el pueblo. Puso rodilla en tierra, tomó su mano derecha y besó el anillo de la Gran Serpiente. Una rápida ojeada y un gesto dirigidos a Talmanes y a los otros, aprovechando que Egwene lo tapaba de las que venían detrás, y los tuvo a todos arrodillándose apresuradamente y recitando «Que la Luz os ilumine, madre» o variaciones similares. Incluso Thom y Juilin.

Al principio Egwene pareció sobresaltada, aunque lo disimuló de inmediato. Después

Librodot

sonrió y respondió suavemente:

—Gracias, Mat.

Él alzó los ojos hacia la joven y le sostuvo la mirada unos instantes. Después carraspeó y se puso de pie, limpiándose el polvo de la rodillera. Sheriam y todas las que estaban detrás de Egwene lo miraban fijamente.

—No esperaba verte aquí —le dijo a la joven en voz baja—; claro que, por lo visto, hay toda clase de cosas que no esperaba. ¿La Amyrlin sale a despedir siempre a la gente que parte de viaje? Por casualidad no querrás contarme ahora de qué se trata todo esto, ¿verdad?

Durante un instante creyó que iba a hacerlo, pero después ella apretó los labios y sacudió ligeramente la cabeza.

—Siempre saldré a despedir a los amigos, Mat. Habría hablado contigo antes si no hubiese estado tan ocupada. Mat, intenta no meterte en líos en Ebou Dar.

Él la miró indignado. De modo que se arrodillaba ante ella, le besaba el anillo y todo lo demás y encima le decía que no se metiera en líos, cuando de lo que se trataba era de que él mantuviera sanas y salvas a Elayne y Nynaeve.

—Lo intentaré, madre —repuso con sorna, aunque no demasiada. Sheriam y alguna de ésas podían estar lo bastante cerca para escucharlo—. Si me disculpas, he de ocuparme de mis hombres.

Hizo otra reverencia y retrocedió de espaldas varios pasos antes de darse media vuelta y dirigirse hacia donde Talmanes y los otros seguían aún de rodillas.

—¿Es que pensáis quedaros ahí hasta que echéis raíces? —gruñó—. Montad. —Siguió su propia orden y todos, excepto Talmanes, montaron rápidamente.

Egwene intercambió unas cuantas palabras con Elayne y Nynaeve, mientras Vandene y Adeleas iban a hablar con Sheriam; y entonces llegó el momento de partir, así, de repente, después de andarse con tanta parsimonia. Mat casi había esperado algún tipo de ceremonia al ver a Egwene allí, con la dichosa estola de la Amyrlin, pero ella y las demás que no iban de viaje se limitaron a retirarse un pequeño trecho. Elayne se adelantó y, repentinamente, surgió una línea perpendicular de luz ante ella que se amplió a una abertura; el paisaje que se veía a través, y que parecía la cima de un pequeño cerro cubierto de hierba marchita, pareció girar sobre sí mismo hasta que finalmente se detuvo. Igual que cuando lo hacía Rand. Casi.

—Desmontad —ordenó Mat.

Elayne parecía muy complacida consigo misma —uno nunca imaginaría la clase de mujer que era viendo aquella sonrisa con la que pedía a Nynaeve y Aviendha que compartieran su gozo— pero, satisfecha o no, el acceso no era tan grande como el que Rand había hecho para la Compañía. No eran tantos como entonces, desde luego, pero al menos podría haberlo hecho lo bastante alto para cruzarlo montados a caballo.

Al otro lado, el paisaje de suaves colinas de hierba parda llegaba hasta donde alcanzaba la vista a Mat, incluso después de haber subido de nuevo a lomos de *Puntos,* bien que una línea oscura hacia el sur sugería la presencia de un bosque. Colinas polvorientas.

—No debemos forzar mucho a los caballos en este terreno —dijo Adeleas, que montó con bastante agilidad en su rechoncha yegua baya tan pronto como el acceso desapareció. El animal daba la impresión de que se habría sentido mucho más a gusto en una cañada.

—Oh, por supuesto que no —convino Vandene. Su montura era un castrado negro de paso ligero. Las dos mujeres emprendieron la marcha hacia el sur haciendo una seña para que todo el mundo las siguiera. El viejo Guardián cabalgaba pegado a sus monturas.

Nynaeve y Elayne intercambiaron una mirada irritada y después taconearon a sus yeguas para alcanzar a las mujeres mayores; los cascos de los animales levantaron polvo al trotar, pero no frenaron hasta que estuvieron a la altura de las otras. La cazadora del Cuerno de trenza rubia las siguió con tanto empeño como el Guardián a la otra pareja.

Mat suspiró, desató el pañuelo negro que llevaba al cuello y se lo volvió a atar tapándose la boca y la nariz. Por mucho que disfrutara viendo cómo las Aes Sedai de más edad ponían en su sitio a esas dos, lo que en verdad deseaba era tener un viaje sin incidentes,

Librodot

una corta estancia en Ebou Dar y un rápido salto de vuelta a Salidar antes de que Egwene hiciese cualquier tontería irreparable. Las mujeres siempre le causaban problemas; no lo entendía.

Cuando el acceso desapareció, Egwene soltó un suspiro. Tal vez entre Elayne y Nynaeve podrían evitar que Mat se metiera en muchos líos; que lo alejaran de todos sería mucho pedir. Sintió cierto remordimiento por utilizarlo, pero tal vez su presencia podría servir de ayuda donde estaba y era preciso apartarlo de la Compañía. Además, se lo merecía. A lo mejor Elayne le enseñaba un poco de modales.

Se volvió hacia las otras, la Antecámara y Sheriam y su círculo, y dijo:

—Ahora hemos de seguir adelante con nuestro plan.

Todos los ojos se dirigieron hacia el cairhienino de la chaqueta oscura que en ese momento subía a lomos de su caballo, cerca de los árboles. Talmanes, creía Egwene haber oído a Mat llamarlo; no se había atrevido a hacer demasiadas preguntas. El hombre las observó un instante y sacudió la cabeza antes de cabalgar hacia el interior del bosque.

—Un hombre problemático donde los haya visto —dijo Romanda.

—Sí —convino Lelaine—. Haremos bien en poner la mayor distancia posible entre nosotras y los de su clase.

Egwene reprimió una sonrisa. La Compañía de Mat había cumplido su primer propósito, pero era mucho lo que dependía de qué órdenes exactamente había dado Mat al tal Talmanes. Creía que podía fiarse de Mat respecto a eso. Siuan había dicho que el tipo llamado Vanin había averiguado cosas antes de que ella tuviera ocasión de ponérselas delante de la nariz. De modo que, si tenía que «recobrar el sentido común» y acudir a la Compañía para pedir protección, entonces ésta tendría que mantenerse cerca de ella.

—¿Vamos hacia donde están nuestros caballos? —dijo—. Si nos marchamos ahora, alcanzaremos a lord Bryne bastante antes del crepúsculo.

Librodot

CAPÍTULO 22

Una idea amarga

Mientras Vilnar conducía a su patrulla montada a través de las calles de la Ciudad Nueva, no lejos de las altas murallas exteriores, con sus grises piedras surcadas por vetas plateadas y blancas bajo el sol de mediodía, se planteó la posibilidad de afeitarse la barba. Otros ya lo habían hecho; sin embargo, aunque todo el mundo dijera que el calor no era natural, tenía que hacer más fresco en Saldaea.

No había ningún peligro en ensimismarse en sus pensamientos; podía dirigir a su caballo hasta dormido y sólo el cortabolsas más estúpido intentaría ejercer su oficio encontrándose por las inmediaciones una patrulla de diez saldaeninos. No tenían un recorrido marcado, a fin de que esos tipos no supieran cuándo ni dónde podían actuar sin peligro. A decir verdad, más que atrapar ladrones lo que hacían simplemente era arrestar a aquellos que se entregaban a ellos. Hasta el matasiete más rudo de Caemlyn acudiría corriendo a los saldaeninos para que lo prendieran antes de que lo hicieran los Aiel. En consecuencia, Vilnar sólo vigilaba la calle a medias mientras dejaba que su mente divagara. Pensó en la chica, allá en Mehar, con quien le gustaría casarse; el padre de Teryane era mercader y deseaba un yerno soldado quizá más de lo que Teryane quería un soldado por esposo. Pensó en el juego que esas Aiel le habían sugerido; el Beso de las Doncellas sonaba bastante inocente, pero había advertido un brillo en sus ojos que no acababa de convencerlo. Sobre todo, sin embargo, pensó en Aes Sedai.

Vilnar siempre había querido ver Aes Sedai y, desde luego, actualmente no había sitio mejor para eso que Caemlyn, a menos que viajara a Tar Valon algún día. Daba la impresión de que había Aes Sedai por toda la ciudad. Había ido a caballo hasta El Sabueso de Culain donde, según el rumor, se albergaba un centenar de ellas, pero en el último momento fue incapaz de entrar en la posada. Era valiente con una espada en la mano y un caballo entre las piernas y con hombres o trollocs frente a él, pero la idea de unas Aes Sedai lo convertía en un pusilánime. Además, la posada no habría podido alojar a cien mujeres y ninguna de las muchachas que vio podía ser Aes Sedai. También había ido a La Corona de Rosas y estuvo observando desde el otro lado de la calle, pero no sabía con seguridad si alguna de las mujeres que vio eran Aes Sedai, lo que lo convenció de que no lo eran.

Le echó el ojo a una mujer delgada y de nariz ancha que salía de una casa alta que debía de pertenecer a un mercader; la mujer se quedó parada mirando la calle con el entrecejo fruncido y finalmente se puso un sombrero de paja y ala ancha antes de echar a andar a paso vivo. Vilnar sacudió la cabeza. No habría podido calcularle la edad, pero eso no era suficiente. Sabía cómo reconocer a una Aes Sedai. Jidar podía decir que eran tan hermosas que podían matar a un hombre con una sonrisa, y Rissen podía insistir en que sacaban un palmo de altura a cualquier hombre; allá ellos. Vilnar sabía que era el rostro lo que las identificaba, el semblante intemporal de un ser inmortal. Algo así era inconfundible y uno no podía equivocarse.

Cuando la patrulla llegó frente al elevado arco de la puerta de Puente Blanco, Vilnar se olvidó completamente de las Aes Sedai. En el exterior, uno de los mercados de granjeros se extendía a lo largo de la calzada: cobertizos alargados de piedra, techados con tejas rojas o púrpuras; corrales llenos de terneros, cerdos y ovejas, gallinas, patos y gansos; puestos en los

que se vendía todo tipo de verduras, desde guisantes hasta nabos. Por lo general esta clase de mercados eran un guirigay de granjeros voceando sus mercancías, pero ahora el silencio, a excepción del clamor de los animales, se propagaba paulatinamente desde el final del mercado hacia la puerta al paso de la procesión más extraña que Vilnar había visto en su vida. Eran granjeros, sí, a juzgar por las toscas chaquetas, pero todos los que Vilnar alcanzaba a ver llevaban a la espalda los arcos más largos que jamás había visto, una aljaba llena de flechas colgando a un costado y un cuchillo largo o una espada corta en el otro. Encabezando la marcha iban un estandarte blanco bordeado en rojo, con una cabeza de lobo carmesí y un grupo variopinto de personas tan extraño como la columna que venía detrás. Había tres Aiel, a pie naturalmente, dos de ellos, Doncellas, y un tipo cuya chaqueta de rayas verdes y pantalones amarillos lo señalaban como un gitano, salvo que portaba una espada en la espalda. Conducía de las riendas a un caballo tan grande como uno de tiro de Nashun, con una silla que parecía hecha para un gigante. El líder parecía ser un tipo de hombros anchos y cabello espeso y rizado, con una barba corta y una enorme hacha al cinturón; a su lado cabalgaba una saldaenina vestida con traje de montar de color oscuro, que no dejaba de mirarlo con la expresión más cariñosa que...

Vilnar se sentó erguido en la silla. Conocía a esa mujer. Pensó en lord Bashere, que estaba en el Palacio Real en ese mismo momento. Y pensó en lady Deira y se le cayó el alma a los pies; también ella estaba en palacio. Si alguna Aes Sedai hubiese movido la mano y hubiese convertido a aquella columna en un ejército de trollocs, Vilnar habría estado encantado. Quizás éste era el precio por soñar despierto. De haber tenido la cabeza puesta en su tarea la patrulla habría pasado por allí hacía mucho. Con todo, tenía sus órdenes.

Preguntándose si lady Deira utilizaría su cabeza como una pelota, desplegó a sus hombres en las puertas.

Perrin dejó que su semental pardo llegara a diez pasos de las puertas de la ciudad antes de tirar de las riendas. *Brioso* se alegró de parar; no le gustaba el calor. Los hombres montados que les cerraban el paso eran saldaeninos a juzgar por sus ojos rasgados y narices prominentes. Algunos llevaban lustrosas barbas negras; otros, espesos bigotes; varios iban afeitados. Todos salvo uno tenían las manos sobre las empuñaduras de sus armas. Un leve soplo de aire, ni siquiera una brisa, le trajo el efluvio de los hombres; no era olor a miedo. Perrin miró a Faile, pero su mujer estaba inclinada sobre el arqueado cuello de *Golondrina,* embebida en toquetear las bridas de la negra yegua; emitía un tenue olor a jabón de hierbas y a ansiedad. Durante los últimos trescientos kilómetros habían oído hablar de la presencia de saldaeninos en Caemlyn, que supuestamente estaban dirigidos por el padre de Faile. Eso no parecía preocuparle demasiado, pero estaba convencida de que su madre se encontraba también allí. Aunque decía que tampoco le preocupaba ella.

—Ni siquiera necesitaremos a los arqueros —comentó en voz queda Aram, que acariciaba la empuñadura que asomaba por encima de su hombro. Sus oscuros ojos parecían anhelantes; desde luego, ése era el olor que exhalaba—. Son sólo diez. Entre tú y yo podemos abrirnos paso.

Gaul se había velado el rostro y, casi con toda seguridad, también lo habían hecho Bain y Chiad, situadas al otro lado de Faile.

—Nada de arqueros y nada de espadas —dispuso Perrin—. Y tampoco lanzas, Gaul. —No se dirigió a Bain ni a Chiad; de todos modos, ellas sólo obedecían a Faile. La cual, por cierto, no parecía dispuesta a levantar la vista ni a decir una palabra en ese momento. Gaul se limitó a bajar el velo; Aran frunció el ceño con desilusión.

Perrin mantuvo una expresión serena cuando se giró hacia los saldaeninos. Sus dorados ojos ponían nerviosos a algunos hombres.

—Me llamo Perrin Aybara. Creo que Rand al'Thor querrá verme.

El tipo de la barba que no había llevado la mano a la espada hizo una leve inclinación de cabeza.

Librodot

—Soy Vilnar Barada, lord Aybara, subteniente al servicio de lord Davram Bashere. —Lo dijo muy alto y, ahora que lo pensaba, había estado evitando mirar a Faile. Ella suspiró al oír mencionar a su padre y miró ceñuda a Barada; ceño que se acentuó porque el soldado siguió sin dar señales de reconocerla—. Las órdenes de lord Bashere —continuó y, como si se le hubiese ocurrido de pronto, añadió—: y las del lord Dragón son que ningún noble puede entrar en Caemlyn con más de veinte hombres armados y cincuenta sirvientes.

Aram rebulló en la silla. Era más quisquilloso incluso que Faile con respecto al honor de Perrin, que ya era decir, pero gracias a la Luz no desenvainaría la espada a menos que se lo ordenara Perrin.

—Dannil —llamó éste por encima del hombro—, conduce a todo el mundo hasta aquel prado por el que pasamos unos cinco kilómetros atrás y acampad. Si aparece algún campesino protestando, dale algo de oro y cálmalo. Infórmale que se lo resarcirá por los daños causados. Aram, ve con ellos.

Dannil Lewin, un joven larguirucho y flaco como un espárrago, con un bigote tan denso que le tapaba la boca, saludó llevándose la mano a la sien a pesar de la infinidad de veces que Perrin le había dicho que no hiciera eso y que con un simple «de acuerdo» era suficiente, y de inmediato empezó a impartir órdenes para que todo el mundo diera media vuelta. Aram, ni que decir tiene, se mostró disgustado; no le gustaba separarse de Perrin, pero no protestó. A veces Perrin pensaba que tenía un perro guardián en el antiguo gitano. No era bueno para un hombre actuar así, pero ignoraba qué hacer al respecto.

Esperaba que Faile protestara de firme por su orden de hacer retroceder a todo el mundo, que sacara a relucir lo que era adecuado a su supuesta posición e insistiera en llevar el séquito de veinte soldados que Barada había mencionado y también a los cincuenta sirvientes, pero estaba inclinada al costado de la yegua hablando en susurros con Bain y Chiad. Perrin puso todo su empeño en no escuchar, pero aun así oyó algunas palabras sueltas. Algo sobre los hombres, con tono de sorna; las mujeres parecían emplear siempre o un dejo burlón o uno iracundo para hablar de hombres. Faile era responsable de que lo acompañara toda esa gente y, para colmo, el estandarte también, aunque todavía seguía sin explicarse cómo lo había conseguido. Había «sirvientes» en las carretas, hombres y mujeres vestidos de «uniforme» con el emblema de una cabeza de un lobo bordado en el hombro. Ni siquiera la gente de Dos Ríos había protestado por ello; en realidad parecían tan orgullosos de ello como cualquiera de los refugiados.

—¿Satisface esto los requisitos? —preguntó a Barada—. Puedes escoltarnos a los demás ante Rand si no quieres dejarnos andar sueltos por ahí.

—Creo... —Los oscuros ojos de Barada se desviaron fugazmente hacia Faile—. Creo que sería lo mejor.

En el momento en que Faile se enderezó en la silla, Bain y Chiad trotaron hacia la línea de jinetes y se abrieron paso entre ellos como si no estuvieran. Los saldaeninos ni siquiera parecieron sorprendidos; claro que debían de estar acostumbrados a los Aiel. Según los rumores, Caemlyn estaba lleno a rebosar de ellos.

—He de encontrar a mis hermanos de lanza —dijo de repente Gaul—. Que siempre encuentres agua y sombra, Perrin Aybara.

Y salió corriendo en pos de las dos mujeres. Faile ocultó una sonrisa tras su mano enguantada. Perrin sacudió la cabeza. Gaul quería que Chiad se casara con él pero, de acuerdo con la costumbre Aiel, era ella quien tenía que pedírselo y a pesar de que, según Faile, la mujer estaba dispuesta a ser su amante no quería renunciar a la lanza y contraer matrimonio. Gaul parecía sentirse tan agraviado como lo habría estado una chica de Dos Ríos en sus circunstancias. Aparentemente, también Bain tenía parte en el asunto de algún modo. Perrin no entendía cómo era posible tal cosa. Faile había manifestado, aunque con una premura un tanto excesiva, que no lo sabía, y el gesto huraño de Gaul se acentuaba cuando le preguntaba. Una gente extraña.

Los saldaeninos abrieron paso entre la multitud, pero Perrin apenas prestó atención al

gentío que abarrotaba la ciudad. Ya había visto Caemlyn en otra ocasión, parte de la ciudad, y las urbes no le gustaban gran cosa. Los lobos rara vez se acercaban a una ciudad; no había sentido a ninguno desde hacía dos días. Lo que sí hizo fue observar atentamente a su esposa, aunque de reojo y procurando que ella no se diera cuenta. Sus precauciones tuvieron tan poco resultado que habría dado igual si la hubiese mirado directamente. Faile cabalgaba siempre muy derecha, pero ahora iba totalmente tiesa en la silla, asestando una mirada feroz a la espalda de Barada. El subteniente llevaba los hombros algo hundidos, como si sintiera sus ojos. Un halcón no tendría una mirada tan penetrante como Faile.

Perrin esperaba que estuviera pensando en lo mismo que él, aunque quizá no del igual modo: en su padre. Tal vez tendría que dar algunas explicaciones —había huido de casa, después de todo, para convertirse en una cazadora del Cuerno— pero era él quien tenía que dar la cara ante el señor de Bashere, Tyr y Sidona y decirle que un herrero se había casado con su hija y heredera. No era algo que estuviese precisamente deseoso de afrontar. No se consideraba especialmente valiente —hacer lo que uno tenía que hacer no significaba bravura— pero lo cierto es que hasta el momento nunca había pensado que era cobarde. La mera idea del padre de Faile le dejaba seca la boca. Quizá debería dar media vuelta y reunirse con los demás para supervisar la instalación del campamento. Una carta dirigida a lord Bashere podía explicarlo todo. Una carta cuidadosamente redactada podría ocuparle dos o tres días. Tal vez más. No tenía facilidad de palabra.

Una ojeada a la bandera carmesí que ondeaba perezosamente sobre el Palacio Real lo sacó bruscamente de sus reflexiones. Los rumores se habían referido también a eso. Perrin sabía que no era el estandarte del Dragón, dijeran lo que dijeran los rumores —algunos afirmaban que significaba que las Aes Sedai servían a Rand y otros que era Rand quien las servía a ellas— y se preguntó por qué razón su amigo no había ordenado poner el verdadero estandarte del Dragón. Rand. Todavía lo sentía tirando de él, el *ta'veren* más fuerte atrayendo al *ta'veren* menor. No le indicaba dónde se encontraba Rand; no era ese tipo de atracción. Había partido de Dos Ríos esperando dirigirse a Tear o sabía la Luz dónde y sólo el raudal constante de rumores e historias que fluían hacia el oeste a través de Andor lo había traído aquí. Muy inquietantes, algunos de esos rumores e historias. No, lo que sentía era más una necesidad imperiosa de estar cerca de Rand o quizá la sensación de que Rand tenía necesidad de él, como un hormigueo entre los omóplatos que no podía rascarse. Ahora faltaba poco para que cesara el picor y Perrin casi deseaba que no fuera así. Tenía un sueño, uno del que Faile se reiría siendo como era una persona aventurera. Soñaba con vivir en una pequeña casa con ella, en algún lugar del campo, lejos de las ciudades y de los conflictos. Siempre había conflictos alrededor de Rand. Pero Rand lo necesitaba, y él haría lo que tenía que hacer.

Ya dentro de un enorme patio rodeado de columnas y al que se asomaban balconadas de mármol y torres puntiagudas, Perrin echó el cinturón, cargado con el peso del hacha, sobre la silla de montar —era un alivio librarse de ella durante un rato— y un hombre y una mujer vestidos con ropajes blancos se llevaron a *Brioso* y a *Golondrina.* Con unas pocas palabras, Barada los dejó a Faile y a él a cargo de unos Aiel de ojos fríos, muchos de los cuales llevaban cintas escarlatas ceñidas a la frente, con un disco blanco y negro en el centro; los condujeron al interior de palacio y con menos palabras incluso que las utilizadas por el saldaenino los dejaron en manos de unas Doncellas cuyas miradas eran igualmente gélidas. Perrin no reconoció a ninguna de la Ciudadela y sus intentos de entablar conversación con ellas sólo tuvieron por respuesta expresiones impasibles. Sus manos se movieron rápidamente con el lenguaje de señas utilizado por las Doncellas, y una fue elegida para conducirlos a Faile y a él más dentro de palacio; era una mujer delgada, con cabello rubio rojizo, a la que Perrin le calculó más o menos la edad de Faile. Se llamaba Lerian, y eso fue lo único que dijo además de advertirles que no se separaran de ella. Ojalá Bain y Chiad estuvieran allí; un rostro familiar habría sido agradable. Faile se deslizaba por los corredores como la gran dama que era, aunque cada vez que llegaban a una intersección o a un vestíbulo echaba una rápida ojeada a ambos lados. Resultaba evidente que no quería verse sorprendida por su padre.

Por fin llegaron ante una puerta doble adornada con la talla de un león, donde otras dos Doncellas se incorporaron de donde estaban sentadas en cuclillas y hubo más intercambio del lenguaje de señas antes de que la Doncella de cabello rubio rojizo entrara sin llamar.

Perrin se preguntaba si las cosas eran ahora siempre así alrededor de Rand, con Aiel montando guardia y sin pronunciar palabra, cuando de repente las puertas se abrieron de par en par y apareció Rand en mangas de camisa.

—¡Perrin! ¡Faile! Que la Luz brille en vuestro día de esponsales —deseó riendo y dio un ligero beso a la joven—. Ojalá hubiese podido estar allí.

Por su expresión, Faile estaba tan desconcertada como él.

—¿Cómo te has enterado? —exclamó Perrin, y Rand volvió a reír al tiempo que le palmeaba el hombro.

—Bode está aquí, Perrin. Bode y Janacy y todas las demás. Bueno, están en Caemlyn. Verin y Alanna se enteraron de lo de la Torre al llegar aquí y no continuaron viaje. —Parecía cansado y tenía ojeras, pero su risa no lo demostraba—. Luz, Perrin, las cosas que me contaron sobre lo que has hecho. Lord Perrin de Dos Ríos. ¿Y qué dice la señora Luhhan respecto a eso?

—Me llama lord Perrin —murmuró éste, torciendo el gesto. Alsbet Luhhan le había azotado el trasero siendo pequeño más a menudo que su propia madre—. Me hace reverencias, Rand. Reverencias. —Faile lo miró de manera desaprobadora. Según ella, azoraba a la gente cuando intentaba poner coto a todas esas inclinaciones y reverencias; en cuanto al azoramiento de él cuando se las hacían, afirmaba que era parte del precio que tenía que pagar.

La Doncella que los había conducido allí achuchó a Rand al salir y éste dio un respingo.

—Luz, os tengo parados aquí, en la puerta. Entrad, entrad. Lerian, dile a Sulin que necesito más ponche. De melón. Y dile que aligere.

Por alguna razón, las tres Doncellas se echaron a reír como si Rand hubiese dicho algo divertido.

Perrin sólo tuvo que dar un paso dentro de la sala de estar para saber, por el aroma a perfume, que había una mujer allí antes de verla.

—¿Min? —El cabello en tirabuzones cortos, la chaqueta azul bordada, así como los pantalones, no encajaban con la imagen que tenía de ella, pero el rostro sí—. ¡Min, eres tú! —Riendo la estrechó en un fuerte abrazo—. Nos estamos reuniendo todos, ¿eh? Faile, ésta es Min. Te he hablado de ella.

Fue entonces cuando se dio cuenta del olor que le llegaba de su esposa y soltó a Min mientras ésta todavía le sonreía. De repente fue muy consciente de aquellos calzones ajustados que marcaban, y de qué modo, las piernas de Min. Faile tenía muy pocos defectos, pero sí una ligera tendencia a ponerse celosa. Se suponía que él no tenía que saber que había perseguido a Cali Coplin casi un kilómetro enarbolando un palo; ¡como si él hubiese mirado con interés a una sola mujer, teniéndola a ella!

—Faile —saludó Min al tiempo que tendía las manos hacia ella—. Cualquier mujer que soporte a este peludo torpón el tiempo suficiente para casarse con él cuenta con mi admiración. Supongo que acabará siendo un buen marido una vez que lo metas en cintura.

Faile cogió las manos de Min sonriendo, pero, oh, aquel olor acre y punzante seguía presente.

—Aún no he tenido éxito en lo de meterlo en cintura, Min, pero me propongo conservarlo al menos hasta que lo consiga.

—¿Que la señora Luhhan te hace reverencias? —Rand sacudió la cabeza con incredulidad—. Tendré que verlo para creerlo. ¿Y Loial? ¿Ha venido? No lo habrás dejado fuera, ¿verdad?

—Venía, sí —contestó Perrin, que procuraba mantener vigilada a Faile sin que resultara demasiado obvio—, pero no todo el camino. Todavía no. Dijo que estaba cansado y que necesitaba un *stedding,* así que le indiqué uno que conocía, uno abandonado al norte de la

calzada de Puente Blanco, y se encaminó hacia allí a pie. Dijo que podría notarlo cuando se encontrara a quince kilómetros más o menos de él.

—Supongo que conoces a Rand y a Perrin muy bien, ¿no? —preguntó Faile, y Min miró a Rand.

—Durante un tiempo, al menos. Los conocí cuando acababan de salir de Dos Ríos por primera vez. Baerlon les pareció una gran urbe.

—¿A pie? —inquirió Rand.

—Sí —respondió lentamente Perrin. El olor de Faile estaba cambiando, desapareciendo el punzante de los celos. ¿Por qué?—. Ya sabes que prefiere caminar. Se apostó conmigo una corona de oro a que estaría aquí, en Caemlyn, no más de diez días después de que llegásemos nosotros. —Las dos mujeres se estaban mirando; Faile sonreía, y las mejillas de Min se sonrojaron levemente. Min olía a azoramiento, y Faile a estar complacida. Y sorprendida, aunque sólo un atisbo de esto último asomaba a su rostro—. Yo no quería aceptar la apuesta, ya que tiene que desviarse unos ochenta kilómetros de su ruta, pero insistió. Incluso propuso acortar el plazo a cinco días.

—Loial decía siempre que era capaz de superar a un caballo —rió Rand, pero había habido una pausa. La risa cesó—. Espero que lo logre sano y salvo —añadió más serio.

Estaba cansado, vaya que sí; y cambiado en ciertos aspectos. El Rand que Perrin había visto por última vez en Tear no era un hombre blando, ni mucho menos, pero este Rand hacía que el otro pareciese un inocente chico del campo. Apenas parpadeaba, como si temiera que al hacerlo pudiera perderse algo que necesitaba ver. Perrin reconoció algo en aquella mirada; la había visto antes en hombres de Dos Ríos después de un ataque de los trollocs, después del quinto, del décimo, cuando parecía que toda esperanza estaba perdida pero uno seguía luchando porque el precio de darse por vencido era demasiado elevado.

—Mi señor Dragón —dijo Faile, con lo que sobresaltó a Perrin; hasta ahora siempre lo había llamado Rand, aunque había oído el título desde Puente Blanco—, si me disculpas, querría decirle algo a mi marido y después os dejaré a los dos para que podáis hablar.

Apenas esperó al sorprendido asentimiento de Rand para acercarse a Perrin y darle la vuelta de manera que ella quedó de espaldas a Rand.

—No me alejaré mucho, corazón mío. Min y yo mantendremos una charla sobre cosas que seguramente te aburrirían. —Toqueteó las solapas de su chaqueta y empezó a hablar rápidamente en un susurro, tan quedo que cualquier otro que no hubiese sido él habría tenido que aguzar el oído al máximo. A veces se acordaba de su agudeza auditiva—. Recuerda que ya no es tu amigo de la infancia, Perrin. Al menos, no es sólo eso. Es el Dragón Renacido, el lord Dragón. Pero tú eres lord de Dos Ríos. Sé que sabrás defender tus derechos y los de Dos Ríos. —La sonrisa que le dedicó rebosaba amor y confianza; habría querido besarla allí mismo—. Bueno, ya lo tienes bien colocado —dijo en tono normal. Ni el menor rastro del olor a celos.

Tras hacer una gentil reverencia a Rand y pronunciar un quedo «mi señor Dragón», tendió una mano a la otra mujer.

—Vamos, Min.

La reverencia de Min denotó inexperiencia y resultó mucho menos grácil, pero consiguió que Rand diera un respingo de sobresalto.

Antes de llegar a las puertas, una de las hojas se abrió con tanta violencia que golpeó contra la pared y una mujer uniformada entró con una bandeja de plata en la que traía copas y una jarra de la que salía olor a vino y a melaza de melón. A Perrin se le abrieron mucho los ojos. A despecho del vestido rojo y blanco, podría haber sido la madre de Chiad o incluso la abuela, con aquel corto y rizado cabello blanco. Siguiendo con mirada ceñuda a las mujeres que salían de la sala, se encaminó a la mesa más cercana y soltó la bandeja; su semblante era una máscara de humildad que parecía petrificada.

—Me dijeron para cuatro, mi señor Dragón —manifestó de un modo extraño; sin duda intentaba hablar con sumiso respeto, pero era como si se le atragantara—, así que traje

servicio para cuatro.

Su reverencia hizo que la de Min pareciera elegante y al salir cerró de un portazo. Perrin miró a Rand.

—¿A ti no te parece que las mujeres son... raras?

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Tú eres el que está casado. —Rand llenó una copa de plata cincelada con ponche y se la tendió—. Si no lo sabes tú, tendrás que preguntarle a Mat. Por lo que a mí respecta, cada día las entiendo menos.

—Igual que yo. —Perrin suspiró. El ponche estaba realmente fresco, y Rand no parecía sudar ni una gota—. Por cierto, ¿dónde está Mat? Si tuviera que adivinar, diría que en la taberna más próxima y con iguales posibilidades de tener un cubilete de dados en la mano o una chica en sus rodillas.

—Mas le vale que no sea así —comentó sombríamente Rand mientras dejaba su copa de ponche sin probarla—. Se supone que tiene que estar de camino hacia aquí con Elayne, para que sea coronada. Y con Egwene y Nynaeve, espero. Luz, queda tanto que hacer antes de que llegue ella. —Meció la cabeza como un oso acorralado y después miró a Perrin—. ¿Querrías ir a Tear por mí?

—¡A Tear! Rand, llevo más de dos meses en los caminos. Mi trasero está cogiendo la forma de la silla de montar.

—Puedo dejarte allí esta noche. Hoy. Podrías dormir en la tienda de un general y no acercarte a una silla de montar durante tanto tiempo como quieras.

Perrin lo miró de hito en hito; parecía hablar en serio. De repente se encontró pensando si Rand seguía estando cuerdo. Luz, tenía que estarlo, al menos hasta el Tarmon Gai'don. Tomó un buen trago de ponche para quitarse el mal sabor de boca. Vaya forma de pensar en un amigo.

—Rand, aunque pudieras dejarme en la Ciudadela de Tear ahora mismo, seguiría diciendo que no. Tengo que hablar con alguien aquí, en Caemlyn. Y me gustaría ver a Bode y a las otras.

Rand no parecía estar escuchándolo. Se dejó caer en una de las sillas doradas y se quedó mirando a Perrin con gesto sombrío.

—¿Recuerdas el modo en que Thom solía hacer juegos malabares con todas aquellas bolas haciendo que pareciera tan fácil? Bueno, pues yo estoy haciendo juegos malabares ahora por la cuenta que me trae y, te lo aseguro, no es nada fácil. Sammael está en Illian y los demás Renegados sabe la Luz dónde. A veces ni siquiera creo que ellos sean lo peor de todo. Hay rebeldes que me creen un falso Dragón. Hay seguidores del Dragón que piensan que pueden quemar pueblos en mi nombre. ¿Has oído hablar del Profeta, Perrin? Bah, da igual; no es peor que el resto. Tengo aliados que se devoran unos a otros y el mejor general que puedo nombrar para enfrentarse a Illian sólo piensa en lanzarse a la carga y hacer que lo maten. Elayne tendría que estar aquí quizá dentro de mes y medio, con suerte, pero entre tanto puede que me encuentre con una rebelión en las manos. Luz, quiero entregarle Andor intacto. Me planteé ir a buscarla yo mismo, pero era lo peor que podría haber hecho. —Se frotó la cara con las dos manos y habló sin retirarlas—. Lo peor, con mucho.

—¿Y qué dice Moraine de todo esto?

Rand bajó las manos lo suficiente para mirar a su amigo por encima de ellas.

—Moraine ha muerto, Perrin. Mató a Lanfear y murió ella. Se acabó ese apoyo.

Perrin tomó asiento. ¿Moraine muerta? No podía creerlo.

—Bueno, si Alanna y Verin están aquí... —Hizo rodar la copa entre las palmas. Era incapaz de confiar en ninguna de esas dos mujeres—. ¿Les has pedido consejo?

—¡No! —Rand hizo un ademán cortante con la mano—. Se mantienen lejos de mí, Perrin. Eso es algo que les dejé bien claro.

Perrin decidió pedirle a Faile que hablara con Alanna y Verin para indagar lo que estaba pasando. Las dos Aes Sedai lo hacían sentirse incómodo a menudo, pero Faile parecía entenderse bien con ellas.

—Rand, sabes tan bien como yo lo peligroso que es enfurecer a una Aes Sedai. Moraine vino a buscarnos, o a ti, en cualquier caso, pero hubo veces en que pensé que estaba dispuesta a matarnos a Mat, a mí y a ti. —Rand no dijo nada, pero al menos ahora parecía estar prestando atención, con la cabeza un poco ladeada—. Si una décima parte de las historias que hemos oído desde que salimos de Baerlon son medio ciertas, éste puede ser el peor momento posible para despertar las iras de una Aes Sedai. No pretendo saber lo que está ocurriendo en la Torre, pero...

Rand se sacudió y se inclinó hacia adelante.

—La Torre está dividida completamente, Perrin. La mitad piensa que soy un cerdo que se compra en el mercado, y la otra mitad... No sé lo que piensa exactamente. Durante tres días seguidos me he reunido con algunas componentes de su embajada. Se supone que tengo que sostener otra reunión con ellas esta tarde y todavía no he conseguido sacar nada en claro con ellas. Hacen muchísimas más preguntas de las que contestan y no parecen muy complacidas de que les dé tan pocas respuestas como ellas a mí. Al menos Elaida, que es la Amyrlin por si todavía no te has enterado, y sus representantes dicen algo, aunque parecen creer que me impresionará tanto que unas Aes Sedai me hagan reverencias que no profundizaré demasiado.

—Luz —musitó Perrin—. ¡Luz! ¿Me estás diciendo que parte de las Aes Sedai se han rebelado realmente y que te has puesto justo entre la Torre y las rebeldes? ¡Dos osos prestos a luchar y tú estás recogiendo frambuesas en medio! ¿Te has parado a pensar alguna vez que tendrías problemas de sobra con las Aes Sedai sin necesidad de esto? Te lo digo en serio, Rand. Siuan Sanche conseguía que los dedos de los pies se me encogieran dentro de las botas, pero al menos uno sabía dónde pisaba con ella. Me hacía sentir como si fuera un caballo y ella estuviese intentando decidir si serviría para una carrera de fondo, pero al menos dejaba muy claro que no tenía intención de ensillarme ella misma.

La risa de Rand sonó demasiado ronca para que trasluciera algo de alegría.

—¿De verdad crees que las Aes Sedai me dejarían en paz sólo porque yo hiciese lo mismo? ¿A mí? La división de la Torre es lo mejor que me ha podido pasar, un golpe de suerte. Están demasiado ocupadas observándose las unas a las otras para volcar toda su atención en mí. Sin eso, me toparía con veinte Aes Sedai cada vez que diera media vuelta. O cincuenta. Tengo a Tear y a Cairhien respaldándome, en cierto modo, y un punto de apoyo aquí. Sin la ruptura, cada vez que abriese la boca tendría a alguien objetando: «Sí, pero las Aes Sedai dicen...». Perrin, Moraine hizo todo lo posible por manejarme hasta que le dije basta y, en honor a la verdad, ni siquiera estoy seguro de que dejara de intentarlo entonces. Cuando una Aes Sedai dice que te aconsejará y que luego tú decidirás, significa que sabe lo que deberías hacer y que te obligará a hacerlo si puede. —Cogió su copa y bebió un largo trago. Cuando la soltó, parecía más tranquilo—. Si la Torre estuviese unida, a estas alturas tendría muchas cuerdas atadas con las que me dirigirían, no podría mover ni un dedo sin antes pedirles permiso a seis Aes Sedai.

También Perrin rió con igual desgana y tan poca alegría como Rand.

—Así pues, piensas que es mejor... ¿qué? ¿Enfrentar a las Aes Sedai rebeldes contra la Torre? «Jalea al toro o jalea al oso; jalea a los dos y acabarás pisoteado y devorado.»

—No es tan sencillo, Perrin, aunque ellas no lo saben —dijo Rand con aire petulante—. Hay una tercera facción, dispuesta a arrodillarse ante mí. Si es que vuelven a ponerse en contacto conmigo. ¡Luz! No es así como deberíamos pasar la primera hora juntos desde hace tanto tiempo, hablando de Aes Sedai. Cuéntame cosas de Campo de Emond, Perrin. —Su semblante se suavizó hasta casi parecer el Rand que Perrin recordaba y sonrió anhelante—. Sólo estuve un poco con Bode y las otras, pero mencionaron todo tipo de cambios. Háblame de ellos, Perrin. Dime qué sigue igual.

Durante un buen rato charlaron sobre los refugiados y todas las novedades que habían llevado consigo: un nuevo tipo de judías y calabazas; variedades distintas de peras y manzanas; nuevos sistemas para tejer fino paño, así como alfombras; la manufactura de ladrillos y tejas; artesanía de talla de piedra y madera con más ornamentos de lo que se había

visto nunca en Dos Ríos. Perrin ya estaba acostumbrado al ingente número de personas que había cruzado las Montañas de la Niebla, pero Rand parecía estupefacto. El tema de las ventajas y las desventajas de una muralla que alguien quería levantar alrededor de Campo de Emond y de otros pueblos de la comarca se trató en profundidad, así como la conveniencia de muros de piedra contra empalizadas de troncos. En ocasiones Rand parecía el joven de antaño, riendo de buena gana con la anécdota de la inflexible oposición que todas las mujeres de la comarca habían puesto al principio respecto a los vestidos taraboneses y domani, pero que ahora estaban divididas entre las que no se ponían otra cosa que los buenos y resistentes vestidos de Dos Ríos y aquellas que habían cortado para trapos todos los que tenían. O por la moda que habían adoptado algunos jóvenes de dejarse bigote como los taraboneses o los domani, que en algunos casos se complementaba con una perilla al estilo del llano de Almoth, lo que daba al poco avisado portador el aspecto de tener un animalillo peludo agarrado debajo de la nariz. Perrin no se molestó en comentar que las barbas como la suya se habían hecho aun más populares.

Empero, fue un golpe para él la manifestación categórica de Rand de que no pensaba visitar el campamento a pesar de haber en él hombres a los que conocía. Su siguiente comentario fue enigmático:

—No puedo protegeros ni a ti ni a Mat —musitó—, pero sí a ellos.

Ni que decir tiene que después de aquello la conversación languideció hasta el punto de que el propio Rand fue consciente de que, con sus silencios, estaba haciendo que decayera. Finalmente, se puso de pie al tiempo que suspiraba y se pasaba los dedos por el pelo; miró en derredor con aire contrariado.

—Debes de tener ganas de lavarte y descansar, Perrin. No quiero entretenerte más. Haré que os proporcionen habitaciones. —Lo acompañó a la puerta y de repente añadió—: ¿Pensarás en lo de Tear, Perrin? Te necesito allí y no es una misión que entrañe peligro. Te informaré de todos los detalles si decides ir y serás uno de los únicos cuatro hombres que saben el verdadero plan. —El gesto de su semblante se endureció—. Debes de guardar esto en secreto, Perrin, ni siquiera Faile puede saberlo.

—Sé callarme y ser discreto —repuso, molesto. Y un tanto apesadumbrado. El nuevo Rand había reaparecido—. Y pensaré en lo de Tear.

Librodot

CAPÍTULO 23

Al otro lado de las puertas

Perrin apenas prestó atención mientras Rand daba instrucciones a una Doncella:

—Dile a Sulin que prepare habitaciones para Perrin y Faile y que les obedezca como me obedecería a mí.

Las dos Aiel que estaban de guardia se tomaron aquello como si fuese un chiste de lo más divertido a juzgar por el modo en que se rieron mientras se palmeaban los muslos, pero Perrin estaba pendiente de un hombre delgado que se encontraba un poco más adelante del pasillo adornado con tapices. No le cupo la menor duda de que era Davram Bashere y no sólo porque se notaba su procedencia saldaenina, aunque no se parecía en nada a Faile, con aquel espeso y canoso bigote que le colgaba hasta casi taparle la boca. Tampoco era más alto que Faile —puede que incluso fuera un poco más bajo que ella—, pero su porte, con los brazos cruzados y aquella intensa mirada que le daba apariencia de un halcón contemplando un gallinero desde el aire, hizo que Perrin estuviera seguro de su identidad. El hombre también sabía quién era él, de eso tampoco cabía la menor duda.

Tras despedirse de Rand, Perrin inhaló profundamente y se encaminó pasillo adelante. Se sorprendió pensando que le gustaría tener su hacha a mano; Bashere llevaba la espada a la cadera.

—¿Lord Bashere? —Hizo una inclinación de cabeza que no fue correspondida. El hombre emitía una intensa peste a fría cólera—. Soy Perrin Aybara.

—Vamos a hablar —manifestó secamente Bashere, que giró sobre sus talones. A Perrin no le quedó más remedio que seguirlo; y, a pesar de sus largas piernas, tuvo que apretar el paso para no rezagarse.

Después de girar en dos intersecciones, Bashere entró en una pequeña sala de estar y cerró las puertas tras ellos. Los grandes ventanales dejaban entrar la luz a raudales y más calor de lo que soportaba la atmósfera del cuarto pese a su techo alto. Dos sillas con asientos mullidos y respaldos altos y tallados se habían colocado una frente a la otra. Una jarra de cuello fino y alargado y dos copas, las tres piezas de plata, se encontraban sobre una mesa adornada con incrustaciones de lapislázuli. Nada de ponche, en esta ocasión, sino vino fuerte a juzgar por el olor.

Bashere sirvió las copas y tendió una a Perrin con gesto brusco; a continuación señaló perentoriamente una de las sillas. Bajo el bigote esbozaba una sonrisa, pero el gesto y los ojos no parecían pertenecer a la misma persona. Estos últimos podrían haber remachado clavos.

—Supongo que Zarina te habló sobre mis posesiones antes de que te... casaras con ella. Me refiero a todo lo relativo a la Corona Rota. Es una chica muy parlanchina.

El hombre seguía de pie, así que Perrin hizo lo mismo. ¿La Corona Rota? Faile nunca había mencionado nada de eso.

—Primero me dijo que erais un mercader de pieles. O quizá lo primero fue comerciante de maderas y después lo de mercader de pieles. También vendíais cerecillas. —Bashere dio un respingo y repitió lo de «mercader de pieles» con tono incrédulo, en un susurro—. Su historia cambiaba de una vez para otra —continuó Perrin—, pero muy a menudo solía comentar algo que vos decíais sobre cómo debía actuar un general, de modo que le pregunté directamente y... —Bajó la vista a su copa de vino y después se obligó a buscar la mirada del

otro hombre—. Cuando descubrí quién erais estuve a punto de cambiar de idea sobre casarme con ella, sólo que Faile ya lo había decidido y cuando se le ha metido algo en la cabeza hacerla cambiar de idea es como azuzar a una mula que ha resuelto sentarse. Además, la amaba. La amo.

—¿Faile? —espetó Bashere—. ¿Quién, en nombre del Abismo, es Faile? ¡Estamos hablando de mi hija Zarina y de lo que has hecho con ella!

—Faile es el nombre que adoptó cuando se convirtió en cazadora del Cuerno —explicó pacientemente Perrin. Tenía que causar buena impresión a este hombre; estar a malas con el suegro era casi tan malo como estarlo con la suegra—. Eso ocurrió antes de conocernos.

—¿Una cazadora del Cuerno? —El orgullo traslució en la voz del hombre, así como en su inopinada sonrisa. El olor a ira casi desapareció—. Esa pequeña descarada jamás me dijo una palabra sobre eso. He de admitir que Faile le va mejor que Zarina. Ponerle ese nombre fue idea de su madre y yo... —De repente se sacudió y asestó a Perrin una mirada de desconfianza. La cólera volvió a olerse en el aire—. No intentes cambiar de tema, muchacho. Estamos hablamos de ti y de mi hija y de ese supuesto matrimonio vuestro.

—¿Supuesto? —A Perrin siempre se le había dado bien controlar el genio; la señora Luhhan afirmaba que nunca había tenido un estallido de rabia. Cuando uno es más corpulento y más fuerte que los otros chicos con los que crece, se aprende a no perder la calma. Empero, en ese momento estaba teniendo cierta dificultad para conseguirlo—. La Zahorí celebró la ceremonia, un ritual con el que todo el mundo en Dos Ríos se ha casado desde tiempos inmemoriales.

—Muchacho, daría igual si la hubiese celebrado un Mayor Ogier con seis Aes Sedai como testigos. Zarina aún no tiene edad para casarse sin permiso de su madre, algo que nunca pidió ni, mucho menos, recibió. En este momento está con Deira y, si no convence a su madre de que es lo suficientemente adulta para casarse, será llevada a nuestro campamento, seguramente sirviendo a su madre como silla de montar. En cuanto a ti... —Los dedos de Bashere acariciaron la empuñadura de su espada aunque no pareció ser consciente de ello—. A ti tendré que matarte —dijo en un tono casi jovial.

—Faile es mía —gruñó Perrin. El vino le cayó en la muñeca y, al bajar la vista, miró con sorpresa la copa, aplastada en su puño. Puso la retorcida pieza de plata sobre la mesa con cuidado, junto a la jarra, pero no pudo hacer nada respecto a su voz—. Nadie me la quitará. ¡Nadie! Llevadla a vuestro campamento o a cualquier otra parte e iré por ella.

—Tengo nueve mil soldados conmigo —informó el otro hombre con un tono sorprendentemente suave.

—¿Acaso son más difíciles de matar que los trollocs? Intentad quitármela. ¡Intentadlo, y entonces lo comprobaremos! —Perrin se dio cuenta de que estaba temblando de rabia, con los puños tan apretados que le dolían. Le impresionó la intensidad de su ira; hacía tanto tiempo que no se había puesto furioso, verdaderamente furioso, que ya había olvidado lo que se sentía.

Bashere lo estudió de arriba abajo y luego sacudió la cabeza.

—Será una pena tener que matarte. Necesitamos sangre nueva en la familia, porque la de nuestra casa empieza a volverse débil. Mi abuelo solía decir que todos nos estábamos volviendo blandos y tenía razón. No soy ni la mitad de hombre que era él y, por mucho que me avergüence admitirlo, Zarina es terriblemente blanda. No débil, ojo... —Frunció el entrecejo un instante y asintió al ver que Perrin no iba a decir que Faile era débil—, pero blanda, a pesar de todo.

Aquello dejó a Perrin tan pasmado que se sentó antes de darse cuenta de que se había movido hacia la silla. Casi olvidó que estaba furioso. ¿Es que este hombre estaba loco para que cambiara de tema así? ¿Que Faile era blanda? Su mujer podía mostrarse deliciosamente tierna a veces, cierto, pero cualquier hombre que creyera que era blanda en el sentido que apuntaba su padre lo más probable es que se quedara sin cabeza y que Faile se la sirviera en bandeja a su padre. Incluido él.

Librodot

Bashere cogió la copa aplastada, la examinó, volvió a dejarla en la bandeja y se sentó en la otra silla.

—Zarina me habló bastante de ti antes de reunirse con su madre, todo sobre lord Perrin de Dos Ríos. Eso suena bien. Me gustan los hombres capaces de saber estar a la altura y aguantar el tipo cuando están ante un trolloc. Ahora quiero saber qué clase de hombres eres.

Esperó expectante, dando sorbos de vino. Perrin habría deseado tener un poco más del ponche de Rand o incluso su copa de vino intacta, porque la garganta se le quedó seca de golpe. Quería dar una buena impresión, pero tenía que empezar diciendo la verdad.

—El hecho es, señor, que no soy realmente un lord. Soy un herrero. Veréis, cuando los trollocs llegaron... —Enmudeció porque Bashere se había echado a reír y lo hacía con tantas ganas que tuvo que enjugarse los ojos.

—Muchacho, el Creador no hizo las casas nobles. Algunos lo olvidan, pero si retrocedes lo suficiente en cada una de ellas encontrarás a un plebeyo que dio muestras de un valor fuera de lo normal o que mantuvo la calma y tomó el mando cuando todos los demás corrían de un lado a otro como gansos desplumados. Pero, ojo, otra cosa que algunos prefieren olvidar es que el camino cuesta abajo es igualmente repentino. Tengo dos doncellas en Tyr que serían damas nobles si sus antepasados dos siglos atrás no hubiesen sido tan necios que ni siquiera los necios los seguirían. Y un leñador en Sidona que afirma que sus ancestros eran reyes y reinas anteriores a Artur Hawkwing. Puede que diga la verdad; es un buen leñador. Hay tantos caminos hacia abajo como hacia arriba, y los primeros son tan resbaladizos como los otros. —Bashere resopló tan fuerte que se le levantaron los pelos del bigote—. Un necio gime cuando la fortuna le da la espalda y lo hace descender, pero hace falta ser un completo estúpido para gemir y quejarse cuando la fortuna le sonríe a uno y lo empuja hacia arriba. Lo que quiero saber de ti no es quién eres ni lo que eres, sino cómo eres por dentro. Si mi esposa deja a Zarina sin despellejar y yo no te mato a ti, ¿sabes cómo tratar a una esposa? ¿Y bien?

Teniendo muy presente que quería causar buena impresión, Perrin decidió guardarse el comentario de que preferiría volver a ser un herrero.

—Trato a Faile lo mejor que sé —contestó con precaución.

—Lo mejor que sabes. —Bashere volvió a resoplar—. Más te vale que eso sea suficiente, muchacho, o te... Bueno, ya me has oído. Una esposa no es un soldado de caballería que sale corriendo cuando gritas. En cierto modo, una mujer es como una paloma. Se la coge con la mitad de fuerza que uno considera necesario o, en caso contrario, se le puede hacer daño. Y tú no quieres hacer daño a Zarina, ¿me explico? —De improviso, y sorprendentemente, sonrió y su voz casi sonó amistosa—. Podrías ser un buen yerno, Aybara, pero si la haces desgraciada... —De nuevo acarició la empuñadura de su espada.

—Intento hacerla feliz —dijo seriamente Perrin—. Causarle daño o infelicidad sería lo último que querría hacerle.

—Bien, porque sería lo último que harías, muchacho. —Pronunció esas palabras sonriendo también, pero Perrin no tenía duda alguna de que Bashere había dicho en serio todas y cada una de ellas—. Creo que es hora de que te lleve ante Deira. Si ella y Zarina no han terminado su conversación a estas alturas, será mejor que aparezcamos por allí antes de que una mate a la otra. Siempre se exaltan un poco cuando discuten, y Zarina ya es muy mayor ahora para que Deira ponga fin a la disputa dándole una zurra. —Bashere dejó su copa en la mesa y continuó hablando mientras se encaminaban a la puerta—. Hay una cosa de la que debes estar al tanto. Sólo porque una mujer diga que cree algo no quiere decir que sea verdad. Oh, sí lo cree, pero una cosa no es necesariamente cierta sólo porque una mujer lo crea. Tenlo siempre presente.

—Lo tendré. —Perrin creía entender a lo que se refería el hombre. A veces Faile sólo tenía un conocimiento somero de la verdad. Nunca con cosas importantes o, al menos, no con las que ella consideraba importantes, pero si prometía hacer algo que no deseaba hacer, siempre se las ingeniaba para dejarse un agujero por el que escabullirse y guardar la forma de la promesa saltándose el fondo y hacer exactamente su santa voluntad. Lo que no entendía era

Librodot

qué tenía que ver eso con conocer a la madre de Faile.

Fue una larga caminata por palacio, a lo largo de columnatas y subiendo tramos de escaleras. No parecía haber muchos saldaeninos por allí; pero sí había bastantes guerreros Aiel y Doncellas, por no mencionar los sirvientes con uniformes rojos y blancos que inclinaban la cabeza o hacían reverencias, y hombres y mujeres vestidos con ropajes blancos, igual que los que se habían ocupado de sus caballos en el patio. Estos últimos iban y venían presurosos llevando bandejas o montones de toallas, con la vista gacha y sin que aparentemente repararan en nadie. Perrin se llevó una sorpresa al advertir que algunos de ellos llevaban la misma cinta escarlata ciñéndoles las sienes que lucían muchos de los guerreros Aiel. Así pues, debían de ser Aiel también. Asimismo reparó en un pequeño detalle: la dichosa cinta la llevaban hombres y mujeres por igual, tanto los que vestían de blanco como los que llevaban chaquetas y polainas de apagados tonos pardos, pero no había visto a ninguna Doncella que la llevara. Gaul le había contado cosas sobre los Aiel, pero nunca había mencionado esas cintas de la cabeza.

Cuando Bashere y él entraron en un cuarto amueblado con sillas taraceadas de marfil y pequeñas mesas colocadas sobre alfombras de dibujos rojos, dorados y verdes, el agudo oído de Perrin alcanzó a escuchar el apagado sonido de unas voces femeninas en la sala interior. No entendió lo que decían a causa del grosor de la puerta, pero sí supo distinguir una de ellas como la de Faile. De repente sonó el chasquido de una bofetada, seguido casi de inmediato por otro, y el joven se encogió. Sólo un completo estúpido intervendría en una discusión entre su esposa y su suegra —por lo que había visto, generalmente las dos mujeres se volvían contra el pobre necio— y sabía muy bien que Faile sabía defenderse sola en circunstancias normales. Claro que conocía mujeres fuertes —madres o incluso abuelas— que permitían que sus propias madres las trataran como si fuesen niñas.

Irguió los hombros y se dirigió a la puerta que comunicaba con la sala interior, pero Bashere se adelantó y llamó con los nudillos, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Por supuesto, el saldaenino no podía oír lo que a Perrin le sonaba como dos gatas peleando dentro de un saco. Y gatas mojadas.

La llamada en la puerta de Bashere cortó los gruñidos como si fuese un afilado cuchillo.

—Adelante —respondió una voz serena.

Perrin tuvo que hacer un gran esfuerzo para no empujar a Bashere y pasar delante de él; una vez dentro, sus ojos observaron a Faile con ansiedad. Estaba sentada en un ancho sillón, justo en la zona donde la luz de las ventanas no daban de lleno. La alfombra en esa parte era roja en su mayoría y le hizo pensar en sangre; uno de los dos tapices representaba a una mujer a caballo matando a un leopardo con una lanza. El otro era una escena de una terrible batalla sostenida alrededor de una bandera del León Blanco. El olor que exhalaba Faile era una mezcolanza de emociones que Perrin fue incapaz de separar y la mejilla izquierda de su mujer tenía la marca roja de una mano, pero le sonrió, aunque débilmente.

La madre de Faile hizo que Perrin parpadeara. Con los comentarios de Bashere sobre palomas, había esperando encontrar una mujer frágil, pero lady Deira sacaba varios centímetros de altura a su marido y era... escultural. No corpulenta como la señora Luhhan, que era redonda, ni como Daise Congar, que parecía capaz de manejar el martillo de un herrero. Tenía un busto exuberante, algo que ciertamente un hombre no debería pensar de su suegra. Y ahora sabía de quién había heredado la belleza Faile. El rostro de su mujer era el de su madre, sin los mechones blancos que surcaban el oscuro cabello en las sienes. Si ése era el aspecto que Faile tendría cuando alcanzara esa edad, podía considerarse un hombre muy afortunado. Por otro lado, aquella firme nariz daba a lady Deira la apariencia de un águila, con esos oscuros y rasgados ojos clavados en él; un águila de mirada feroz, lista para hincar las garras en un conejo particularmente insolente. Olía a ira y a desprecio. La verdadera sorpresa, sin embargo, fue la marca roja de una mano en su mejilla.

—Padre, estábamos hablando de ti —dijo Faile con una sonrisa afectuosa mientras se acercaba al hombre y le cogía las manos. Lo besó en las mejillas, y Perrin sintió una repentina

punzada de contrariedad; un padre no se merecía todo eso cuando había un marido plantado allí mismo con sólo una breve sonrisa como apoyo.

—Entonces ¿debo salir a galope y esconderme, Zarina? —rió Bashere. Oh, qué risa tan plena. ¡Por lo visto no se había dado cuenta de que esposa e hija se habían abofeteado!

—Prefiere Faile, Davram —dijo distraídamente lady Deira. Con los brazos cruzados bajo aquel opulento busto, observaba a Perrin de arriba abajo sin molestarse en hacerlo con disimulo.

—Ahora depende de él —oyó que Faile susurraba a su padre.

Perrin suponía que, en efecto, dependía de él, puesto que ella y su madre habían llegado a las manos. Irguió los hombros y se preparó para decirle a lady Deira que sería tan tierno con Faile como si fuese una gatita y que él sería tan sumiso como un cordero. Esto último sería mentira, desde luego —Faile escupiría a un hombre sumiso y lo asaría para la cena—, pero había que mantener la paz a toda costa. Además, era verdad que trataba de ser delicado con ella. Quizá lady Deira era la razón de que Bashere le hubiese hablado así sobre la delicadeza; no había hombre con arrestos suficientes para ser de otro modo con esa mujer.

—Los ojos amarillos no hacen al lobo —dijo la madre de Faile antes de que Perrin tuviese ocasión de hablar—. ¿Eres lo bastante fuerte para manejar a mi hija, joven? Por lo que me ha contado, eres un pelele que le consiente todos los caprichos y que deja que lo maneje a su antojo.

Perrin los miró de hito en hito. Bashere había ocupado el sillón en el que Faile había estado sentada y se dedicaba a examinar con aire complaciente sus botas, una apoyada en la puntera de la otra. Faile, sentada en el ancho reposabrazos del sillón ocupado por su padre, asestó una mirada ceñuda a su madre y después le sonrió a Perrin con la misma confianza que había mostrado cuando le dijo que plantara cara a Rand.

—Yo no creo que me maneje a su antojo —repuso cautelosamente. Faile lo intentaba, cierto, pero estaba convencido de que no se lo permitía. Excepto muy de vez en cuando, para complacerla.

El resoplido de lady Deira no pudo ser más explícito.

—Los calzonazos nunca lo creen. Una mujer quiere un hombre fuerte, más fuerte que ella, aquí. —Su índice se clavó en el pecho de Perrin con tanta fuerza que lo hizo gruñir—. Jamás olvidaré la primera vez que Davram me cogió por el pescuezo y me demostró que era el más fuerte de los dos. ¡Fue magnífico!

Perrin parpadeó; aquella imagen era algo que no le entraba en la cabeza.

—Si una mujer es más fuerte que su marido —prosiguió lady Deira—, acaba despreciándolo. Sólo le queda la opción de tiranizarlo o de rebajarse a sí misma para no hacerlo menos a él. Por el contrario, si el marido es lo bastante firme... —Volvió a darle con el índice, y esta vez con más brío—, ella puede mostrarse tan fuerte como es, tan fuerte como puede llegar a ser. Tendrás que demostrar a Faile tu firmeza. —Otro golpe con el dedo, aun más brusco—. Las mujeres de mi familia son leopardos. Si no puedes adiestrarla para que cace a tus órdenes, Faile te arrancará la piel a zarpazos como te mereces. ¿Eres lo bastante fuerte?

Esta vez, el golpe del índice de la mujer hizo que Perrin retrocediera un paso.

—¿Queréis dejar de hacer eso? —gruñó. Refrenó las ganas de frotarse el pecho. Faile no lo estaba ayudando en nada; se limitaba a sonreírle con expresión animosa. Bashere lo observaba con los labios fruncidos y una ceja enarcada—. Si la consiento de vez en cuando es porque me da la gana hacerlo. Me gusta verla sonreír. Y si lo que esperáis de mí es que la pisotee, ya podéis olvidarlo. —Quizás había perdido al decir eso. La madre de Faile lo estaba mirando de un modo muy peculiar y su olor era una mezcolanza que no podía interpretar, bien que todavía se distinguía la rabia y un frío desdén. Aun así, ni que quisiera causarles buena impresión ni que no, se había acabado eso de decir lo que Bashere y su mujer querían oír—. La amo y ella me ama y no hay más que hablar, en lo que a mí concierne.

—Me ha dicho —intervino Bashere, hablando lentamente— que si te llevas a nuestra

Librodot

hija irá por ella. Por lo visto piensa que nueve mil saldaeninos no tienen nada que hacer contra unos cuantos cientos de arqueros de Dos Ríos.

Su mujer dirigió a Perrin una mirada evaluativa y después recobró el control e irguió la cabeza.

—Todo eso está muy bien, pero cualquier hombre puede manejar una espada. Lo que quiero saber es si se siente capaz de domar a una voluntariosa, testaruda, desobediente...

—Basta ya, Deira —la interrumpió suavemente Bashere—. Puesto que, obviamente, has llegado a la conclusión de que Zarina... Faile, ya no es una niña, creo que Perrin se las apañará bastante bien.

Para sorpresa de Perrin, la esposa de Bashere inclinó dócilmente la cabeza.

—Lo que tú digas, corazón mío. —Entonces miró a Perrin, ni por asomo dócil, como queriendo decirle que ése era el modo en que un hombre debía manejar a una mujer.

Bashere masculló algo entre dientes acerca de nietos y de volver a fortalecer el linaje con sangre nueva. ¿Y Faile? Ella le sonrió con una expresión que, definitivamente, lo hizo sentirse incómodo. Con las manos entrelazadas, las piernas cruzadas por los tobillos y la cabeza ladeada, se las ingenió para aparentar un aire... sumiso. ¡Faile! A lo mejor se había emparentado con una familia en la que todos estaban locos de remate.

Tras cerrar la puerta al marcharse Perrin, Rand apuró la copa de ponche y luego se repantigó en un sillón, pensativo. Confiaba en que Perrin hiciese migas con Bashere. Claro que si saltaban chispas, a lo mejor Perrin se mostraría más dispuesto a viajar a Tear. Necesitaba a Perrin o a Mat allí para convencer a Sammael de que aquél era el verdadero ataque. La idea provocó en él una queda y amarga risa. Luz, qué manera de pensar en un amigo. Lews Therin reía bajito y mascullaba algo ininteligible sobre amigos y traiciones. Rand deseó poder dormir durante un año entero.

Min entró sin llamar a la puerta ni ser anunciada, claro es. Las Doncellas la miraban de un modo raro a veces; pero, fuera lo que fuera lo que Sulin o quizá Melaine había dicho, ahora Min se encontraba en la corta lista de personas que pasaban libremente a sus aposentos, estuviese él haciendo lo que estuviese haciendo. También ella abusaba de ese privilegio; ya en una ocasión había insistido en acercar una banqueta a la bañera mientras él se aseaba y charlar como si aquello fuera de lo más normal. Ahora la joven hizo una pausa sólo para servirse una copa de ponche antes de sentarse en su regazo. Una fina película de transpiración brillaba en su cara. Ni siquiera había intentado aprender cómo hacer caso omiso del calor; en lugar de ello había comentado entre risas que no era Aes Sedai ni tenía pensado serlo. Por lo visto, Rand se había convertido en su asiento preferido durante estas visitas, pero él estaba convencido de que si se limitaba a no darse por aludido, antes o después la joven dejaría este jueguecito. Ésa era la razón de que hubiese procurado esconderse lo mejor posible bajo el agua de la bañera en lugar de vendarle los ojos con Aire. Si descubría que lo afectaba ya no dejaría la dichosa broma. Además, aunque le avergonzaba admitirlo tratándose de Min, tener a una chica sentada en las rodillas resultaba muy placentero. No era de piedra.

—¿Tuviste una charla agradable con Faile?

—No duró mucho. Su padre vino a buscarla y estaba demasiado ocupada rodeándole el cuello con los brazos para acordarse de mí. Estuve dando un paseo.

—¿No te cae bien? —preguntó y los ojos de Min se abrieron de par en par, de manera que las pestañas los hicieron parecer aun más grandes. Las mujeres nunca esperaban que un hombre advirtiera o se percatara de algo de lo que ellas no querían que se diera cuenta.

—No es que no me guste exactamente —contestó, aunque a regañadientes—. Sólo que... En fin, que quiere lo que quiere cuando quiere y no aceptará un «no» como respuesta. Compadezco al pobre Perrin, casado con ella. ¿Sabes lo que quería de mí? Asegurarse de que no tenía ningún plan respecto a su precioso marido. Puede que no te hayas dado cuenta, porque los hombres nunca se fijan en esas cosas...

Enmudeció y alzó la vista hacia él con desconfianza, observándolo tras aquellas largas

pestañas. Rand había demostrado que sí advertía algunas cosas, después de todo. Una vez que se convenció de que él no pensaba echarse a reír ni sacar a relucir ese tema, continuó:

—Con sólo mirarlo una vez comprendí que el muy tonto está loco por ella. Y ella está loca por él, si es que le sirve de algo tal cosa. Dudo que ni siquiera haya mirado con interés a ninguna otra mujer, pero ella no se fía, sobre todo si la otra mujer lo mira a él. Perrin ha encontrado a su halcón y no me sorprendería que ella lo matara cuando aparezca el azor. —Calló de golpe y miró de reojo a Rand antes de beber un trago de vino, como queriendo esconder la cara en la copa.

Si le preguntaba qué había querido decir, ella le respondería. Rand recordaba haberle oído manifestar que no le contaría nada de sus visiones a menos que le concernieran; pero, si era así, había cambiado de opinión por alguna razón. Ahora estaba dispuesta a buscar imágenes en cualquier persona que él le indicara y a contarle todo cuanto viera. Empero, hacer tal cosa la incomodaba.

«¡Cállate! —le gritó a Lews Therin, que había reanudado su runrún—. ¡Vete! ¡Estás muerto!» No surtió efecto; era algo que últimamente ocurría con frecuencia. Aquella voz continuó mascullando algo sobre ser traicionado por amigos o quizá sobre traicionarlos a ellos.

—¿Has visto algo que me concierna? —preguntó.

Con una sonrisa agradecida, Min se acurrucó amigablemente contra su pecho —bueno, probablemente su gesto era amistoso; aunque a lo mejor no lo era— y empezó a hablar entre sorbo y sorbo de ponche:

—Cuando estabais juntos vi esas luciérnagas y la oscuridad más fuerte que nunca. Mmmm, me gusta el ponche de melón. Pero cuando os encontrabais juntos en la misma habitación las luciérnagas aguantaban en lugar de ser devoradas con mayor rapidez de lo que podían apiñarse en un enjambre, como ocurre cuando te encuentras solo. Y vi algo más cuando estabais juntos: dos veces él va a tener que estar allí o tú... —Bajó la vista a la copa para que él no le viera la cara—. Si no está, algo malo va a pasarte. —Habló con un hilo de voz y parecía asustada—. Algo muy malo.

Por mucho que Rand deseara saber más, como cuándo, dónde y qué, sin duda la joven ya le había dicho cuanto sabía.

—Entonces, tendré que mantenerlo cerca de mí —comentó con el tono más animoso de que fue capaz. No le gustaba que Min estuviera asustada.

—Ignoro si eso será suficiente —farfulló al haberse llevado la copa a los labios—. Ocurrirá si él no está allí, pero nada de lo que he visto confirma que no ocurrirá porque esté. Será muy malo, Rand. Sólo con pensar en esa visión me...

Él la cogió de la barbilla y la obligó a levantar la cara. Se sorprendió al ver sus ojos rebosantes de lágrimas.

—Min, no sabía que estas visiones podían hacerte sufrir —musitó suavemente—. Lo lamento.

—¡Qué vas tú a saber, palurdo! —rezongó. Sacó un pañuelo rematado con puntillas y se enjugó los ojos—. Me había entrado polvo. Por lo visto no haces que Sulin limpie aquí dentro lo bastante a menudo. —El pañuelo desapareció bajo la manga con un floreo—. He de regresar a La Corona de Rosas. Sólo quería decirte lo que había visto sobre Perrin.

—Min, ten cuidado. Tal vez no deberías venir tan a menudo. No creo que Merana sea indulgente contigo si descubre lo que estás haciendo.

La sonrisa que esbozó le hizo recordar a la Min de antaño, y sus ojos traslucían una expresión divertida aunque todavía brillaban por las lágrimas.

—Deja que sea yo quien se preocupe por mi seguridad, pastor. Creen que estoy pasmada visitando Caemlyn como cualquier bobalicona palurda. Si no viniese a diario, ¿cómo ibas a saber que se están reuniendo con los nobles? —Aquello lo había descubierto por casualidad el día anterior en su camino a palacio. Merana apareció fugazmente en la ventana de un palacete que, según las indagaciones de Min, pertenecía a lord Pelivar. Era tan poco

probable que Pelivar y su invitada fueran los únicos que se habían reunido como que Merana hubiese acudido allí para limpiarle el sumidero.

—Ten cuidado —insistió firmemente—. No quiero que te ocurra nada, Min.

Ella lo estudió unos instantes en silencio y después se incorporó lo suficiente para besarlo suavemente en los labios. En fin, había sido un ligero beso, pero esto se había convertido en un ritual diario cuando la joven se marchaba, y Rand tenía la sensación de que quizás esos besos iban haciéndose menos leves de un día para otro. A despecho de habérselo prometido a sí mismo, no pudo menos de decir:

—Preferiría que no hicieses eso. —Dejarla sentarse en sus rodillas era una cosa, pero lo de besarlo era llevar la broma demasiado lejos.

—Todavía no hay lágrimas de pesar y arrepentimiento en tus ojos, chico de campo —replicó, sonriente—. Ni balbuceos pidiendo perdón.

Le revolvió el pelo como si fuera un crío de diez años y se dirigió a la puerta, moviéndose con un grácil contoneo que tal vez no provocaba lágrimas ni balbuceos, pero que sí atraía sus ojos como un imán por mucho que él se empeñara en no mirarla. Sus ojos se desplazaron rápidamente al rostro de la joven cuando ésta se dio media vuelta.

—Caramba, pastor, tienes la cara ardiendo. Creía que el calor ya no te afectaba. Bueno, no tiene importancia. Sólo quería decirte que tendré cuidado. Hasta mañana. Y asegúrate de ponerte calcetines limpios.

Rand soltó la respiración contenida una vez que la puerta se hubo cerrado tras ella. ¿Calcetines limpios? ¡Se los cambiaba a diario! Sólo había dos opciones: podía seguir fingiendo que sus bromas no surtían efecto en él hasta que se diese por vencida o podía claudicar y resignarse a balbucir. O incluso a suplicar; a lo mejor dejaba de chincharlo si se lo suplicaba; claro que entonces tendría algo con lo que tomarle el pelo, y a Min le encantaba hacer eso. La otra opción que quedaba —acortar el tiempo que pasaban juntos y mostrarse frío y distante— estaba descartada. Era una amiga; no podía ser frío con ella como no podría serlo con... Los nombres que le vinieron a la cabeza fueron Aviendha y Elayne, y no encajaban en la situación. Como no podría serlo con Mat o Perrin. Lo único que aún no entendía era por qué se sentía tan a gusto con ella. No debería, pinchándolo como lo pinchaba, pero así era.

Los rezongos de Lews Therin habían cobrado fuerza desde el momento en que se mencionó a las Aes Sedai y ahora manifestó con toda claridad:

«Si están conspirando con los nobles tendré que hacer algo respecto a ellas.»

«Vete», ordenó Rand.

«Nueve son demasiado peligrosas, incluso estando poco adiestradas. Demasiado peligrosas. No puedo permitírselo. No. Oh, no.»

«¡Vete, Lews Therin!»

«¡No estoy muerto! —aulló la voz—. ¡Merezco morir, pero estoy vivo! ¡Vivo! ¡Vivo!»

«¡Estás muerto! —replicó a gritos Rand, dentro de su cabeza—. ¡Estás muerto, Lews Therin!»

La voz se fue desvaneciendo en la distancia, todavía gritando «¡Vivo!» cuando dejó de oírse.

Tembloroso, Rand se puso de pie, llenó su copa de nuevo, y apuró el ponche en un solo trago. El sudor le resbalaba por la cara y tenía la camisa pegada al cuerpo. Encontrar otra vez la concentración necesaria exigió todo un esfuerzo. Lews Therin se volvía más y más persistente. Una cosa era segura: si Merana estaba conspirando con los nobles, en especial aquellos dispuestos a declararse en rebelión si no conseguía traer a Elayne lo bastante pronto para complacerlos, entonces tendría que tomar cartas en el asunto. Por desgracia, no se le ocurría cómo.

«Matarlas —susurró Lews Therin—. Nueve son demasiado peligrosas, pero si mato algunas, si las hago huir... Matarlas... Hacer que me tengan miedo... No moriré otra vez... Merezco la muerte, pero deseo vivir...» Empezó a llorar, pero sus quedas divagaciones no

cesaron.

Rand llenó de nuevo su copa y trató de no oírlo.

Cuando la puerta de Origan, en la Ciudad Interior, apareció a la vista, Demira Eriff aminoró el paso. Varios hombres entre el gentío que abarrotaba la calle la miraron encandilados mientras pasaban junto a ella y, quizá por enésima vez, tomó nota mentalmente de dejar de llevar vestidos de su país de origen, Arad Doman; y también por enésima vez lo olvidó de inmediato. Los vestidos apenas tenían importancia —se había hecho confeccionar los mismos seis modelos durante años— y si un hombre que no se daba cuenta de que era Aes Sedai se volvía demasiado imprudente, no tenía más que dejarle claro con quién se estaba propasando. Con eso bastaba para quitárselo de encima con sorprendente rapidez; tan deprisa, generalmente, como el tipo era capaz de correr.

En ese momento, lo único que le interesaba era la puerta de Origan, un enorme arco de mármol blanco en la luminosa muralla del mismo color, y el río de gente y vehículos que pasaban por él, bajo la vigilante mirada de una docena de Aiel; Demira sospechaba que su actitud indolente era mera apariencia. Sin duda eran capaces de reconocer una Aes Sedai a simple vista. A veces lo hacía gente por demás sorprendente. Además, la estaban siguiendo desde que había salido de La Corona de Rosas; aquellas chaquetas y polainas hechas para fundirse con un paisaje de rocas y arbustos resaltaban en las calles de una ciudad. De modo que, aun en el caso de que hubiese querido entrar en la Ciudad Interior, aunque hubiese estado dispuesta a correr el riesgo de afrontar la ira de Merana por adentrarse allí sin antes pedir permiso a al'Thor, no lo habría hecho. ¡Oh, qué irritante resultaba tener que pedir permiso a un hombre! Lo único que quería era ver a Milam Harnder, segundo bibliotecario del Palacio Real y su informador durante casi treinta años.

La biblioteca del palacio de Caemlyn no podía compararse con la de la Torre Blanca o con la Biblioteca Real de Cairhien o la Biblioteca Terhana de Bandar Eban, pero tenía tantas posibilidades de acceder a una de ésas como de poder volar. Empero, si su mensaje le había llegado a Milam, éste habría empezado a buscarle los libros que quería. Era muy posible que la biblioteca de palacio guardara alguna información sobre los Sellos de la prisión del Oscuro, puede que incluso un registro de volúmenes catalogados, aunque tal cosa sería mucho esperar. En su mayoría, las bibliotecas tenían tomos amontonados en cualquier sitio y que deberían haber sido registrados mucho tiempo atrás pero que, de algún modo, habían quedado arrinconados durante cien o quinientos e incluso a veces más años. Casi todas las bibliotecas poseían tesoros cuya existencia los bibliotecarios ni siquiera sospechaban.

Aguardó con impaciencia mientras la multitud pasaba a su lado, atenta únicamente a las personas que salían por la puerta, pero no vislumbró la calva cabeza y la cara redonda de Milam. Transcurrido un buen rato, suspiró; obviamente su informador no había recibido el mensaje porque, de haber sido así, habría acudido a la cita poniendo cualquier excusa para ausentarse. Así las cosas, no le iba a quedar más remedio que esperar a que llegase su turno de acompañar a Merana al palacio y confiar en que el joven al'Thor le diera permiso —¡otra vez lo del permiso!— para buscar en la biblioteca.

Cuando daba la espalda a la puerta de la muralla, la casualidad quiso que sus ojos se encontraran con los de un tipo alto, de rostro descarnado y vestido con un chaleco de carretero, que la miraba con descarada admiración. Y cuando sus miradas se encontraron ¡le guiñó un ojo!

No estaba dispuesta a aguantar algo así todo el camino de vuelta; lo despistaría. «Realmente he de acordarme de encargar algún vestido sencillo», pensó mientras se preguntaba por qué no lo había hecho nunca. Por suerte ya había estado en Caemlyn antes, hacía unos años, y Stevan estaba aguardándola en La Corona de Rosas; su vínculo la guiaría hasta allí si se desorientaba. Se metió furtivamente en un estrecho pasaje que había entre la tienda de un cuchillero y una taberna.

La última vez que había visitado Caemlyn los angostos callejones estaban embarrados

pero, aun encontrándose ahora secos, cuanto más penetraba en éste, más desagradable era el olor. Las paredes eran lisas, sin ventanas, y en contados casos con portezuelas muy estrechas que tenían el aspecto de no haberse abierto en mucho tiempo. Gatos escuálidos la observaban desde lo alto de barriles y muros traseros, y perros vagabundos, con las costillas muy marcadas, echaban las orejas hacia atrás e incluso en algunos casos le gruñían antes de correr a esconderse en una travesía, o corredera, como llamaban en Caemlyn a los callejones. No le preocupaba que la arañasen o mordieran; parecía como si los gatos percibiesen algo con las Aes Sedai; Demira no sabía de ningún caso de una Aes Sedai que hubiese sido arañada ni siquiera por el gato más salvaje. Los perros se mostraban hostiles, cierto, casi como si creyeran que las Aes Sedai eran gatos, pero por lo general se escabullían después de hacer una pequeña exhibición.

Había muchos más gatos y perros en las correderas de lo que Demira recordaba, aunque más escuálidos, y bastantes menos personas. De hecho no vio a nadie hasta que, al doblar una esquina, se encontró con cinco o seis Aiel que venían en dirección opuesta, riendo y charlando entre ellos. Parecieron sobresaltarse al verla.

—Perdón, Aes Sedai —farfulló uno de ellos, y todos se apartaron pegándose a un lado del pasaje a pesar de que había sitio de sobra.

Preguntándose si serían los mismos que la habían estado siguiendo —uno de aquellos rostros le resultaba familiar, el de un tipo achaparrado, con ojos malvados— Demira respondió con una leve inclinación de cabeza y dio las gracias en un susurro mientras empezaba a pasar a su lado.

La lanza que se clavó en su costado fue una impresión tal que ni siquiera gritó. Buscó contacto con el *Saidar* frenéticamente, pero algo más le atravesó el costado y se desplomó en el suelo. Aquel rostro medio recordado se acercó al suyo, con una expresión burlona en los negros ojos, al tiempo que gruñía algo que no entendió mientras intentaba tocar el *Saidar,* mientras trataba de... La oscuridad se cerró sobre ella.

Cuando Perrin y Faile salieron finalmente de la interminable reunión con los padres de ella, aquella extraña criada, Sulin, los estaba aguardando en el pasillo. Perrin estaba sudando a mares, hasta el punto de tener manchas oscuras en la chaqueta; se sentía como si hubiese corrido quince kilómetros mientras lo aporreaban a cada zancada. Faile, por su parte, se mostraba radiante, guapísima y tan enorgullecida como cuando había llevado a los hombres de Colina del Vigía justo en el momento en que los trollocs estaban a punto de invadir Campo de Emond. Sulin les hacía una reverencia cada vez que la miraban, y de un modo tan exagerado que en cada ocasión estaba a punto de irse de bruces al suelo; su curtida cara, cruzada por una cicatriz, mostraba una sonrisa obsequiosa en un gesto tan forzado que daba la impresión de que el rostro se le haría añicos con que respirara un poco más fuerte. Cuando pasaban ante Doncellas éstas movían las manos rápidamente con el lenguaje de señas, y Sulin también les hacía reverencias, aunque rechinando los dientes con fuerza suficiente para que Perrin lo oyera claramente. Hasta Faile empezó a observarla con prevención.

Una vez que la mujer los hubo conducido a sus aposentos, compuestos por una sala de estar y un dormitorio en el que había un lecho con dosel lo bastante grande para diez personas, así como un balcón que daba a un patio con una fuente, Sulin insistió en explicarles o mostrarles todo, hasta lo que era evidente. Les explicó que sus caballos estaban instalados en los establos y se los había almohazado. Habían sacado el equipaje de sus alforjas y lo habían guardado en el armario, junto con el cinturón del hacha de Perrin, si bien la mayoría del escaso contenido se hallaba colocado pulcramente en los cajones de una cómoda; el hacha de Perrin estaba apoyada contra el hogar de mármol gris, como si fuera para trocear leña. Había dos jarras de plata, la superficie cubierta de gotitas condensadas; una de ellas contenía té frío aromatizado con menta y la otra, ponche de ciruelas. La mujer señaló dos espejos con marco dorado, colgados en la pared; otro sobre una mesa en la que también descansaban el peine y el cepillo de marfil de Faile; y uno enorme de cuerpo entero con los soportes de

madera tallada que no habría pasado inadvertido ni a un ciego.

Mientras Sulin seguía explicando que se había traído agua para bañarse en las tinas de cobre, Perrin le puso una corona de oro en la callosa palma de la mano.

—Gracias —le dijo—, pero si eres tan amable de dejarnos a solas...

Por un momento creyó que la mujer iba a arrojarle a la cara la pesada moneda, pero en lugar de eso volvió a hacer una torpe reverencia y se marchó dando un portazo.

—Supongo que la persona encargada de enseñar a la servidumbre no realiza bien su trabajo —comentó Faile—. Eso estuvo muy bien, por cierto. Con educación pero mostrando firmeza. Ojalá actuaras igual con nuestros sirvientes. —Se volvió de espaldas a él y pidió en un susurro—: ¿Me desabrochas, por favor?

Perrin se sentía siempre muy torpe al hacerlo y tenía la sensación de que sus dedos eran demasiado gruesos para aquellos pequeños botones y que iba a arrancarlos o a romperle el vestido. Por otro lado, disfrutaba mucho desnudando a su esposa. Por lo general Faile hacía que una criada la ayudara en esos menesteres; Perrin estaba convencido de que lo hacía porque se perdían muchos botones.

—¿Hablabas en serio cuando le dijiste todas esas tonterías a tu madre? —preguntó.

—¿Acaso no es verdad, esposo mío, que me has domado y me has enseñado a posarme en tu muñeca cuando me llamas? —respondió ella sin mirarlo—. ¿Es que no corro a complacerte? ¿No obedezco hasta tu menor gesto?

Olía a estar divertida y, desde luego, su tono lo era. Lo único es que parecía estar hablando en serio, igual que cuando le había dicho a su madre prácticamente lo mismo, con la cabeza alta y mostrándose tan orgullosa como era posible. Las mujeres eran raras y no había más explicación. ¡Y su madre...! ¡Por no hablar de su padre!

Tal vez lo mejor sería cambiar de tema. ¿Qué era aquello que había dicho Bashere?

—Faile, ¿qué es una corona rota? —Estaba seguro de que ésas habían sido sus palabras.

Su mujer hizo un ruido de irritación y de repente empezó a desprender olor que denotaba que estaba disgustada.

—Rand se ha ido de palacio, Perrin.

—¿Y qué? —Se agachó para ver más de cerca uno de los minúsculos botones de nácar; frunció el entrecejo a su espalda—. ¿Cómo lo sabes?

—Por las Doncellas. Bain y Chiad me han enseñado un poco de ese lenguaje de señas. Que no se te escape una palabra, Perrin. Por el modo en que esas dos actuaron cuando se enteraron de que aquí había Aiel, creo que tal vez no deberían haberlo hecho. Además, podría ser conveniente entender lo que las Doncellas se dicen sin que ellas lo sepan. Parecen que están a partir un piñón con Rand. —Se giró para lanzarle una mirada pícara y le acarició la barba—. Esas primeras Doncellas que vimos en la entrada pensaban que tenías unos buenos hombros, pero no tenían muy buena opinión de esto. Las Aiel no saben reconocer una buena barba cuando la ven.

Perrin sacudió la cabeza y esperó a que ella se volviera de nuevo de espaldas para guardarse en un bolsillo el botoncito que había arrancado sin querer cuando ella se giró hacia él. A lo mejor no se daba cuenta; él había llevado la chaqueta sin un botón durante toda una semana y no lo advirtió hasta que Faile se lo hizo notar. En lo referente a las barbas, por lo que Gaul había dicho, los Aiel siempre se afeitaban; Bain y Chiad habían encontrado un motivo de raras chanzas con la suya. Había pensado más de una vez afeitársela con este calor, pero a Faile le gustaba.

—¿Y qué pasa con Rand? ¿Por qué tendría que importar que se haya ido de palacio?

—Porque tú deberías saber qué está haciendo a tu espalda. Obviamente ignorabas que se iba. Recuerda que es el Dragón Renacido. Eso es muy parecido a ser rey, un rey de reyes, y los monarcas utilizan a veces incluso a sus amigos, ya sea por casualidad o a propósito.

—Rand no haría algo así. ¿Qué es lo que estás sugiriendo, en cualquier caso? ¿Que lo espíe?

Lo dijo en broma, pero ella respondió:

—Tú personalmente no, amor mío. Espiar es trabajo de la esposa.

—¡Faile! —Se irguió tan bruscamente que por poco no arranca otro botón; la cogió por los hombros y la giró de cara a él—. No vas a espiar a Rand, ¿me oyes? —Ella puso una expresión obstinada, con las comisuras de los labios torcidas hacia abajo y los ojos entrecerrados; prácticamente, apestaba a terquedad. No obstante, también él podía ser muy testarudo—. Faile, quiero ver un poco de esa obediencia de la que hacías alarde. —A su modo de entender, su esposa hacía lo que decía él cuando estaba de buenas y complaciente, pero si no, no, sin importarle si él tenía razón o no—. Lo digo en serio, Faile. Quiero que me lo prometas. No tomaré parte en ningu...

—Lo prometo, corazón mío —repuso mientras le ponía los dedos sobre los labios—. Prometo que no espiaré a Rand. ¿Ves? Obedezco a mi señor esposo. ¿Recuerdas cuántos nietos dijo mi madre que esperaba tener?

El repentino cambio de conversación lo hizo parpadear. Pero Faile lo había prometido y eso era lo importante.

—Seis, creo. Perdí la cuenta cuando empezó a explicarnos cuáles deberían ser niños y cuáles niñas.

Lady Deira les había dado ciertos consejos, embarazosamente francos, sobre cómo lograrlo; menos mal que él se había perdido la mayor parte al estar planteándose la conveniencia de salir de la habitación. Faile se había limitado a asentir como si aquello fuese lo más natural del mundo, estando allí su padre y su marido.

—Al menos seis —dijo Faile con una sonrisa verdaderamente maliciosa—. Perrin, la vamos a tener pegada a los talones a menos que pueda decirle que puede esperar la llegada del primero pronto, y se me ha ocurrido que, si por fin eres capaz de acabar de desabrochar el resto de los botones... —Después de meses de matrimonio, todavía se ponía colorada, pero no perdió la sonrisa maliciosa—. La presencia de una verdadera cama tras muchas semanas me ha vuelto tan descarada como una muchacha de campo durante la recolección.

A veces Perrin no podía menos de preguntarse sobre esas chicas de campo saldaeninas que Faile sacaba a relucir siempre. Con sonrojos o sin ellos, si eran tan atrevidas como su mujer cuando los dos estaban solos, en Saldaea no debía de recogerse ni una sola cosecha. Le arrancó otros dos botones antes de acabar de desabrocharle el vestido, y a ella no le importó un ápice. De hecho, le desgarró la camisa al quitársela.

Demira se sorprendió de abrir los ojos, de encontrarse tumbada en la cama de su habitación en La Corona de Rosas. Esperaba estar muerta, no desvestida y bien arropada bajo la sábana de lino. Stevan se hallaba sentado en una banqueta a los pies del lecho, arreglándoselas para traslucir una expresión aliviada, preocupada y severa a la vez. Su esbelto Guardián cairhienino era un palmo más bajo que ella y casi veinte años más joven a pesar de las canas que lucía en las sienes, pero a veces trataba de comportarse como un padre, pensando, aunque no lo dijera, que ella no podía cuidar de sí misma y que necesitaba que él la llevara cogida de la mano. Mucho se temía que este incidente iba a servirle de motivo para ganar terreno durante muchos meses en la pugna que sostenían al respecto. Merana se encontraba a un lado de la cama, con expresión seria, y Berenicia estaba al otro. La rellenita hermana Amarilla siempre tenía un gesto serio, pero ahora la expresión de su rostro era realmente sombría.

—¿Cómo me...? —fue todo cuanto consiguió decir Demira. Luz, qué débil se sentía. Era el efecto de la Curación, pero el simple gesto de sacar los brazos de debajo de la sábana fue todo un esfuerzo. Debía de haber estado muy cerca de la muerte. La Curación no dejaba cicatrices, pero los recuerdos y la debilidad eran más que suficiente para darse cuenta de ello.

—Un hombre entró en la sala común —contestó Stevan—, diciendo que quería una cerveza. Habló de que había visto Aiel siguiendo a una Aes Sedai, y os describió con exactitud, y alardeando de que iban a matarla. No bien había hablado cuando sentí... —Un fugaz gesto de dolor se reflejó en su semblante.

—Stevan me pidió que lo acompañara —intervino Berenicia—, o más bien casi me sacó a rastras de la posada. Fuimos corriendo todo el tiempo. A fuer de ser sincera, no estaba segura de que hubiésemos llegado a tiempo hasta que has abierto los ojos ahora.

—Ni que decir tiene que todo era parte de la misma trampa, de la misma advertencia —dijo Merana con voz inexpresiva—. Los Aiel y el hombre. Una lástima que lo dejáramos escapar, pero estábamos tan preocupados contigo que se las ingenió para escabullirse antes de que a nadie se le ocurriera retenerlo.

Demira estaba pensando en Milam y en cómo afectaría esto a la búsqueda en la biblioteca, en cuánto tiempo tardaría Stevan en calmarse, y el comentario de Merana no cobró sentido en su mente hasta el último momento.

—¿Retenerlo? ¿Advertencia? ¿De qué estás hablando, Merana?

Berenicia masculló algo sobre que lo entendería si se lo enseñaban escrito en un libro; en ocasiones, Berenicia tenía una lengua realmente viperina.

—¿Acaso has visto a alguien entrar en la posada para tomar una cerveza desde que estamos aquí, Demira? —inquirió pacientemente Merana.

Era verdad; no había venido nadie. Una o incluso dos Aes Sedai no representaban una gran diferencia entre los clientes de una posada en Caemlyn, pero nueve era harina de otro costal. Últimamente la señora Cinchonine había hecho comentarios al respecto en voz alta.

—Entonces de lo que se trataba era de que pensarais que me habían matado unos Aiel. O quizá de que me encontraseis antes de que hubiese muerto. —Acababa de recordar lo que aquel tipo malcarado le había susurrado—. Uno de ellos me dijo que os advirtiera que no os acercaseis a al'Thor. Sus palabras exactas fueron: «Diles a las otras brujas que no se acerquen al Dragón Renacido». Difícilmente habría podido transmitir ese mensaje si hubiera muerto, ¿no? ¿En qué parte tenía las heridas?

Stevan rebulló en su banqueta y le lanzó una mirada dolida.

—Ninguna de las dos tocó órganos que habrían causado vuestra muerte inmediata, pero con la cantidad de sangre que perdisteis...

—¿Qué vamos a hacer ahora? —lo interrumpió Demira, que dirigió la pregunta a Merana antes de que el Guardián empezara a decirle lo necia que había sido al dejarse sorprender así.

—Mi opinión es que encontremos a los Aiel responsables —intervino con firmeza Berenicia—. Y hacer de ellos un escarmiento que sirva de ejemplo. —Era oriunda de las Marcas Fronterizas de Shienar y los ataques de los Aiel habían constituido un acontecimiento que había marcado su infancia y adolescencia—. Seonid está de acuerdo conmigo.

—¡Oh, no! —protestó Demira—. No permitiré que nadie eche a perder la primera ocasión que se me presenta de estudiar a los Aiel, con el trabajo que cuesta sacarles más de dos palabras. Después de todo, la atacada fui yo. Además, a menos que el hombre que os advirtió fuese también Aiel, parece evidente que actuaron siguiendo órdenes y creo que sólo hay un hombre en Caemlyn que tiene mando sobre los Aiel.

—El resto de nosotras —dijo Merana mientras asestaba una mirada firme a Berenicia— coincidimos contigo, Demira. No quiero oír hablar más de perder tiempo y energía encontrando a una jauría de perros de presa entre otros cientos más, mientras que el hombre que los envió a cazar va por ahí sonriendo satisfecho.

Berenicia se encrespó un poco antes de agachar la cabeza, pero siempre lo hacía.

—Al menos debemos demostrar a al'Thor que no puede tratar de ese modo a unas Aes Sedai —manifestó Berenicia con voz cortante. Una mirada de Merana moderó su tono, aunque no parecía muy satisfecha—. Bien que no con tanta firmeza como para que se vaya al traste lo que hemos planeado, claro está.

Demira unió los dedos de las manos por las puntas y los apoyó sobre sus labios. Suspiró. Luz, se sentía realmente débil.

—Se me ha ocurrido una idea. Si lo acusamos abiertamente de lo que ha hecho, lo negará, por supuesto, y no tenemos pruebas con las que rebatirlo. Y no sólo eso. Podría ser

perjudicial dejar que se supiera que es libre de dar caza a las Aes Sedai como si fuesen conejos.

Merana y Berenicia intercambiaron miradas y asintieron con gesto firme. El pobre Stevan estaba furioso; jamás había permitido que nadie que le hubiese hecho daño escapara a su castigo.

—¿No sería mejor no decir nada? —prosiguió Demira—. Indudablemente eso le dará qué pensar y lo hará sudar. ¿Por qué no hemos dicho nada? ¿Qué vamos a hacer? No sé si podríamos hacer poco o mucho, pero al menos conseguiremos que se ponga nervioso y no deje de echar ojeadas hacia atrás.

—Bien pensado —manifestó Verin desde la puerta—. Al'Thor tiene que respetar a las Aes Sedai o no habrá colaboración con él. —Hizo una seña a Stevan para que saliera del cuarto; el Guardián esperó hasta que Demira asintió con la cabeza, claro está. Verin ocupó la banqueta que había dejado libre el hombre—. Pensé que, puesto que se te eligió como blanco... —Lanzó una mirada ceñuda a Merana y Berenicia—. ¿Queréis hacer el favor de sentaros? No me seduce sufrir tortícolis por tener que estar con el cuello doblado hacia arriba para veros. —Mientras las dos mujeres acercaban la única silla que había en el cuarto y una segunda banqueta, Verin prosiguió—: Puesto que fuiste quien sufrió el ataque, Demira, he pensado que deberías colaborar a decidir qué tipo de lección hay que dar a maese al'Thor. Y por lo visto ya has empezado a discurrir una.

—Yo opino... —comenzó Merana, pero Verin la interrumpió.

—Dentro de un momento, Merana. Demira tiene derecho a ser la primera en hacer sugerencias.

Demira contuvo la respiración, esperando el estallido. Merana siempre parecía desear que Verin aprobara sus decisiones, lo que era bastante normal considerando las circunstancias, aunque no por ello dejaba de resultar chocante, pero ésta era la primera vez que Verin se había puesto al mando, abiertamente. Al menos, era la primera vez delante de terceras personas. Sin embargo, lo único que Merana hizo fue mirar fijamente a Verin un instante, con los labios apretados, y después inclinó la cabeza. Demira se preguntó si eso significaba que Merana pensaba transferir la dirección de la embajada a Verin; ahora no parecía que pudiera hacer otra cosa, después de lo ocurrido. Los ojos de las tres se volvieron hacia Demira, esperando. Los de Verin eran particularmente penetrantes.

—Si queremos que le preocupe la incertidumbre de qué vamos a hacer, sugiero que nadie acuda hoy a palacio. Quizá sin dar siquiera una explicación o, si eso es demasiado fuerte, con una que le dé a entender lo que pasa. —Merana asintió. Y más importante, teniendo en cuenta el rumbo que estaban tomando las cosas, Verin también asintió. Demira decidió aventurarse un poco más—. Tal vez tendríamos que faltar a la cita durante varios días y dejar que se cueza en su propia salsa. Estoy segura de que con sólo observar a Min, sabremos cuándo está a punto de ebullición y...

Fuera lo que fuese lo que decidieran hacer, deseaba tomar parte en ello. Después de todo, la sangre derramada había sido la suya, y sólo la Luz sabía hasta cuándo tendría que retrasar ahora sus pesquisas en la biblioteca. Esto último era un motivo tan importante para dar una lección a al'Thor como el hecho de que hubiese olvidado quiénes eran las Aes Sedai.

Librodot

CAPÍTULO 24

La Mujer Errante

Mat deseaba una cabalgada tranquila hasta Ebou Dar y, en cierto modo, la tuvo. Pero viajar con seis mujeres, cuatro de ellas Aes Sedai, significaba tener motivos de irritación en cantidad.

Llegaron al lejano bosque ese primer día, cuando el sol todavía estaba alto en el cielo, y cabalgaron varias horas bajo un dosel de ramas en su mayoría desnudas, y hojas muertas y ramitas secas que crujían bajo los cascos de los caballos; finalmente acamparon cerca de un menguado arroyo, justo antes de la puesta de sol. Harnan, el jefe de fila, con su cara larga y su tatuaje de un halcón en la mejilla, se encargó de que los soldados de caballería se instalaran, de que se almohazara y maneara a los caballos, de poner centinelas y de que se encendieran lumbres. Nerim y Lopin trabajaron afanosos de aquí para allí sin dejar de rezongar por no haber llevado tiendas y de cómo podía saber uno que habría que pasar las noches al raso si su señor no decía nada y que si su señor se agarraba una pulmonía o cualquier otra enfermedad no era por su culpa. A pesar de que el uno era delgado y el otro robusto, se las ingeniaron para dar la impresión de ser calcos que se repetían como un eco. Vanin se ocupó de sí mismo, naturalmente, aunque no quitó ojo a Olver y almohazó a *Viento* allí donde el chico no llegaba aun utilizando la silla de montar como un taburete. Todo el mundo cuidaba de Olver.

Las mujeres compartían el campamento pero, de algún modo, la zona que ocupaban parecía estar aparte, como si se encontrara a cincuenta pasos. Daba la sensación de que una línea impalpable dividía el campamento en dos, con carteles invisibles que advertían a los soldados que no la cruzaran. Nynaeve, Elayne y las dos mujeres de cabello blanco se agruparon alrededor de su lumbre con Aviendha y la cazadora de pelo dorado, y rara vez dirigían una mirada hacia donde Mat y sus hombres estaban colocando los petates. Por lo que Mat consiguió entender, la conversación que sostenían en voz baja versaba sobre la preocupación de Vandene y Adeleas de que Aviendha se propusiera llevar de las riendas a su caballo hasta Ebou Dar en lugar de cabalgar. Thom intentó hablar con Elayne y como respuesta recibió, ¡qué ocurrencia!, una suave palmadita en la mejilla dada con aire ausente antes de que le mandara sentarse en otra lumbre donde estaban reunidos Juilin y Jaem, el nervudo y viejo Guardián de Vandene, quien parecía pasarse todo el tiempo afilando su espada.

Mat no tenía nada que objetar a que las mujeres se mantuvieran aparte. Había notado cierta tensión entre ellas que escapaba a su comprensión. Al menos la había entre las dos mujeres mayores y Nynaeve y Elayne, y la cazadora parecía estar contagiada también. A veces miraban a las Aes Sedai —las otras Aes Sedai; Mat no estaba seguro de que pudiera hacerse a la idea de que Nynaeve y Elayne lo eran también— con demasiada fijeza, aunque Vandene y Adeleas parecían darse tan poca cuenta como Aviendha. Fueran cuales fueran las razones, Mat no quería tener nada que ver en ello. Olía a una discusión a punto de estallar, y tanto si lo hacía en una llamarada como si se limitaba a arder como ascuas debajo de una capa de tierra, un hombre con sentido común se mantenía lo más lejos posible de cualquier disputa entre mujeres. Y ni con medallón ni sin él, un hombre listo se mantenía aun más apartado cuando esas mujeres eran Aes Sedai.

Aquello era un pequeño fastidio, como lo fue lo siguiente, esto último culpa suya: la

comida. El olor a cordero y alguna clase de sopa no tardó en llegar de la lumbre de las Aes Sedai. Dando por hecho que llegarían a Ebou Dar enseguida, Mat no había dado instrucciones a Vanin ni a los otros respecto al avituallamiento, lo cual significaba que tenían un poco de carne seca y tortas de pan duro en sus alforjas. Mat había visto muy pocos pájaros y ardillas, cuanto menos un venado, de modo que la caza quedaba descartada. Cuando Nerim colocó una mesita y una banqueta plegables para Mat —Lopin hizo otro tanto para Nalesean— Mat le dijo que repartiera lo que había guardado en las alforjas de los animales de carga. El resultado no fue tan bueno como esperaba.

Nerim, de pie junto a la mesa de Mat, le servía agua de una jarra de plata como si se tratase de vino y observaba lastimeramente cómo desaparecían los manjares en los gaznates de los soldados.

—Huevos de codorniz escabechados, milord —anunció en un tono fúnebre—. Habrían ido muy bien para el desayuno de milord en Ebou Dar. —Y luego—: Lengua ahumada de la mejor, milord. Si milord supiera por lo que tuve que pasar para encontrar lengua ahumada en miel en ese poblacho, sin tiempo para buscar nada y con todo lo mejor retirado ya por las Aes Sedai.

De hecho, su mayor resentimiento parecía ser que Lopin hubiese encontrado alondras en conserva para Nalesean. Cada vez que éste se llevaba una a la boca y la masticaba, la sonrisa engreída de Lopin se hacía más amplia y el rostro de Nerim se ponía aun más largo. En realidad, saltaba a la vista, por el modo en que algunos soldados olisqueaban el aire, que habrían preferido un trozo de cordero y un cuenco de sopa que cualquier ración grande de lengua ahumada con miel o pudín de hígado de pato. Olver miraba hacia la lumbre de las mujeres con descarada fijeza.

—¿Quieres comer con ellas? —le preguntó Mat—. No me importa si lo haces.

—Me gustan las anguilas saladas y ahumadas —manifestó rotundamente el chico. Luego, en un tono más sombrío, añadió—: Además, ésa podría echarle algo a la comida. —Sus ojos seguían a Aviendha cada vez que ésta se movía, y parecía haberla tomado también con la cazadora, quizá porque pasaba mucho tiempo charlando de un modo claramente amistoso con la Aiel. Aviendha debía de haber notado la intensa y fija mirada del chico, porque lo observó y frunció el entrecejo.

Mat se limpió la barbilla y volvió la vista hacia la lumbre de las Aes Sedai —pensándolo bien, también él habría preferido un trozo de cordero y un poco de sopa—, y entonces advirtió que Jaem no estaba. Vanin rezongó porque lo mandara salir de nuevo, pero Mat lo hizo por la misma razón por la que enviaba al hombre a explorar durante el día a despecho de que Jaem también salía a reconocer el terreno. Mat no quería depender de lo que las Aes Sedai tuviesen a bien decirle. Quizás habría confiado en Nynaeve —no la creía capaz de mentirle, ya que durante sus años como Zahorí había descargado toda su ira sobre los embusteros— pero la mujer no dejaba de echarle ojeadas por encima del hombro de Adeleas con una actitud realmente recelosa.

Para sorpresa de Mat, Elayne se levantó tan pronto como acabó de comer y se acercó a través de la invisible línea divisoria, como deslizándose. Algunas mujeres parecían no rozar apenas el suelo cuando caminaban, y Elayne era una de ellas.

—¿Te importa hacer un aparte conmigo, maese Cauthon? —inquirió, imperturbable, no del todo amable pero tampoco abiertamente descortés.

Él le indicó con un gesto de cabeza que caminara delante y la joven se deslizó hacia los árboles bañados por la luz de la luna, más allá de los centinelas. Su dorada melena le caía sobre los hombros enmarcando un rostro que dejaría embobado a cualquier hombre, y la luz de la luna suavizaba su arrogancia. Si no hubiese sido quien era... Y no se refería únicamente a su condición de Aes Sedai; ni siquiera a que le perteneciera a Rand. Rand parecía estar enredándose con la peor clase de mujeres posible, siendo como era un hombre que siempre había sabido cómo manejarlas. Entonces Elayne empezó a hablar, y Mat olvidó todo lo demás.

—Tienes un *ter'angreal* —dijo sin más preámbulos y sin mirarlo. Simplemente siguió deslizándose sobre el suelo acompañada por un suave rumor de las hojas secas; parecía dar por hecho que él la seguiría como un perro faldero—. Hay quien defiende que los *ter'angreal* son, por derecho, propiedad de las Aes Sedai, pero no voy a pedirte que me lo entregues. Nadie te lo quitará. Sin embargo, esos objetos tienen que ser estudiados y por tal razón quiero que me dejes el *ter'angreal* todas las tardes, cuando nos detengamos para acampar. Te lo devolveré por las mañanas, antes de reemprender el viaje.

Mat la miró de reojo. Hablaba completamente en serio, de eso no cabía la menor duda.

—Es muy amable por tu parte permitir que conserve lo que es mío. Sólo que ¿qué te ha hecho pensar que tengo uno de esos...? ¿Cómo los has llamado? Un ter... no sé qué.

Oh, aquello sí que la hizo ponerse tensa y también que lo mirara. A Mat le sorprendió que de sus ojos no saltaran llamas suficientes para alumbrar la noche. Su voz, por otro lado, era puro hielo.

—Sabes perfectamente bien qué es un *ter'angreal,* maese Cauthon. Oí a Moraine hablarte de ellos en la Ciudadela de Tear.

—¿En la Ciudadela? —repitió en un tono trivial—. Oh, sí, recuerdo la Ciudadela. Todos nos divertimos allí. ¿Recuerdas algo ocurrido en la Ciudadela que te dé derecho a venirme con exigencias? Yo no. Sólo estoy aquí para evitar que tú y Nynaeve acabéis con el pellejo lleno de agujeros en Ebou Dar. Podrás preguntar a Rand todo lo que quieras sobre *ter'angreal* después de que te haya dejado a su cargo.

Durante unos segundos larguísimos lo miró fijamente, como si tuviese intención de doblegarlo por las buenas o por las malas, pero después giró sobre sus talones sin pronunciar palabra. Mat la siguió de vuelta al campamento y se sorprendió al verla caminar a lo largo de la línea de caballos maneados. Examinó las lumbres y el modo en que se habían colocado los petates, sacudió la cabeza al ver los restos de la cena de los soldados. Mat no tenía la menor idea de qué se traía entre manos hasta que regresó hacia él, con la barbilla bien levantada.

—Tus hombres lo han hecho bien, maese Cauthon —manifestó en voz lo bastante alta para que todo el mundo la oyera—. En general, estoy bastante satisfecha. Sin embargo, si hubieses planeado las cosas con la debida antelación, no tendrían que haberse alimentado con comida que, en el mejor de los casos, los tendrá en vela esta noche. Aun así, en conjunto lo has hecho bien. Estoy segura de que a partir de ahora planearás las cosas de antemano.

Haciendo gala de toda la altivez que podía esperarse de ella, regresó a su propia lumbre antes de que Mat fuese capaz de decir una palabra y lo dejó allí plantado, con cara de bobo.

Aun así, si eso hubiese sido todo —lo de la puñetera heredera del trono pensando que él era uno de sus súbditos y lo de la actitud tirante de Nynaeve y ella hacia Vandene y Adeleas—, si hubiese sido eso todo, Mat se habría puesto a bailar una danza popular. Justo después de la «inspección» de Elayne y antes de que él hubiese tenido tiempo de llegar a sus mantas, la cabeza de zorro se puso helada contra su pecho.

Se llevó tal impresión que se quedó plantado en el sitio, con la cabeza inclinada y mirándose el pecho antes de que se le ocurriese siquiera la idea de volver la vista hacia la lumbre de las Aes Sedai. Allí estaban todas en fila, incluida Aviendha, a lo largo de la invisible línea divisoria. Elayne murmuró algo que Mat no alcanzó a oír y las dos Aes Sedai de pelo blanco asintieron; Adeleas mojó la pluma en un tintero que llevaba en una especie de funda colgada del cinturón y tomó notas apresuradamente en una libreta. Nynaeve se propinaba tirones de la trenza y mascullaba entre dientes.

La sensación de frío duró unos cuantos segundos más y luego desapareció. Las mujeres volvieron a la lumbre hablando quedamente entre ellas. De vez en cuando, alguna echaba una ojeada en su dirección, hasta que finalmente Mat se acostó.

El segundo día salieron a una calzada, y Jaem guardó su capa de colores cambiantes. Era una ancha vía de tierra apelmazada en la que, de vez en cuando, aparecía un trozo de viejo pavimento, pero el ir por ella no aceleró gran cosa la marcha del viaje. Para empezar, trazaba un amplio rodeo a través del bosque en el que las elevaciones eran cada vez más numerosas.

Algunas de aquellas elevaciones merecían como mínimo el nombre de pequeñas montañas; eran formaciones abruptas, con riscos escarpados y agujas pétreas que asomaban entre los árboles. Por si esto fuera poco, había un constante fluir de gente en una y otra dirección; en su mayoría eran grupos de personas con los rostros carentes de expresión que apenas parecían tener suficiente capacidad de reacción para quitarse del camino de una carreta de granjero tirada por bueyes o, peor aun, de una caravana de mercaderes con sus carros de techos de lona y tiradas por troncos de seis u ocho caballos. En las laderas de las colinas se veían granjas y graneros de piedra clara y a la mitad del tercer día de marcha divisaron el primer pueblo de edificios enjalbegados, con techos planos de tejas rojizas.

No obstante, los pequeños inconvenientes no faltaban. Elayne continuó con sus inspecciones diarias al final del día y cuando Mat le dijo sarcásticamente que le alegraba que estuviera satisfecha, la segunda noche que acampaban junto a la calzada, la joven esbozó una de aquellas intencionadas sonrisas regias y respondió:

—Deberías hacerlo, maese Cauthon.

¡Y lo manifestó como si dijera en serio cada palabra!

Una vez que empezaron a hacer noche en posadas, Elayne inspeccionaba los caballos y los petates de los soldados instalados en los sobrados de los establos. Pedirle que no lo hiciera tuvo por toda respuesta un frío enarcar de ceja y ninguna contestación. Exigir que dejara de hacerlo ni siquiera mereció el arquear de ceja; simplemente lo pasó por alto, como si no él estuviese. Además le ordenaba encargarse de cosas que Mat ya había decidido hacer, como mandar revisar las herraduras de los caballos en la primera posada que encontraron que tenía herrero, y, lo más irritante, cosas de las que él se habría ocupado si las hubiese sabido antes que ella. Mat no se explicaba cómo demonios había descubierto que Tad Kandel intentaba disimular que tenía un forúnculo en el trasero; o que Lawdrin Mendair escondía no menos de cinco frascas de brandy en sus alforjas. El término «irritado» no describía ni de lejos cómo se sentía cuando se ocupaba de algo después de que ella le mandara que lo hiciese, pero hubo que sajar el forúnculo de Kandel —algunos de la Compañía habían adoptado la misma actitud de Mat hacia la Curación— y vaciar el brandy de Mendair y una docena de cosas más.

Mat casi rezaba para que Elayne le dijese que hiciera algo que no fuera necesario, aunque sólo fuese una vez, para así poder decirle que no. ¡Manifiesta y rotundamente no! Pedirle de nuevo el *ter'angreal* habría sido perfecto, pero ella no volvió a mencionarlo. Mat les explicó a los soldados que no tenían que obedecer las órdenes de la joven y, de hecho, en ninguna ocasión sorprendió a alguno haciéndolo, pero empezaron a sonreír con aire complacido ante sus cumplidos sobre lo bien que cuidaban de sus caballos y sacaban pecho cuando les decía que le parecían unos buenos soldados. El día que Mat vio a Vanin llevándose la mano a la sien en un saludo y murmurando «gracias, milady» sin el menor atisbo de ironía, por poco se traga la lengua.

Trató de ser amable, pero ninguna de las mujeres se ablandó, ni siquiera Elayne. Aviendha le dijo que no tenía honor —¡nada menos!— y que si era incapaz de demostrar más respeto hacia Elayne ella misma se ocuparía de enseñarle a tener más educación. ¡Aviendha! ¡La mujer de la que él todavía sospechaba que esperaba la ocasión para cortarle el cuello a Elayne! ¡Y llamó a Elayne su medio hermana! Vandene y Adeleas lo miraban como si fuera un insecto raro pinchado en un tablero. Se ofreció a practicar tiro con arco con la cazadora, ya fuera por diversión o jugándose dinero —el arco que llevaba la mujer debía de haber desbocado su imaginación, ya que su nombre como cazadora era Birgitte— pero ella se limitó a lanzarle una mirada rara y a declinar su ofrecimiento. De hecho, se mantuvo alejada de él después de aquello. Casi siempre estaba pegada a Elayne como un abrojo a la ropa, salvo cuando la heredera del trono venía a hablar con él. Y en cuanto a Nynaeve...

Todo el camino desde Salidar lo había estado evitando como si apestara. La tercera noche de viaje, en la primera posada, un lugar pequeño llamado El Cuchillo de Esponsales, Mat la vio en el establo techado con tejas, dándole una zanahoria arrugada a su rechoncha yegua y decidió que, aunque algo no fuera del todo bien, al menos podría hablar con ella

sobre Bode. Que la hermana de uno saliera de casa para convertirse en Aes Sedai no era cosa que pasara todos los días y la antigua Zahorí sabría a qué tendría que enfrentarse Bode.

—Nynaeve —empezó, acercándose a ella—, quiero hablar contigo de...

No consiguió llegar más lejos. La mujer prácticamente saltó en el aire y sacudió un puño en su dirección, aunque de inmediato lo ocultó en los pliegues de la falda.

—Déjame en paz, Mat Cauthon —espetó, casi chillando—. ¿Me has oído? ¡Déjame en paz!

Y salió corriendo; pasó a su lado tan encrespada que Mat esperó ver que la coleta se le erizaba como la cola de un gato. Después de ese episodio, su actitud hacia él ya no fue sólo como si oliese mal, sino como si tuviese una enfermedad contagiosa, además de repugnante. Por el mero hecho de hacer intención de aproximarse a ella, la mujer se escudaba detrás de Elayne y le asestaba una mirada feroz por encima del hombro de la joven, y por su expresión habríase dicho que le iba a sacar la lengua en cualquier momento. Las mujeres estaban completamente locas, ésa era la explicación.

Por lo menos Thom y Juilin cabalgaban de buen grado junto a él a lo largo del día, siempre y cuando Elayne no requiriese su atención. La joven lo hacía a veces, sólo por alejarlos de él, estaba convencido, aunque no tenía ni la más remota idea del porqué. Una vez que encontraron posadas en el camino, los dos hombres se mostraron más que dispuestos a compartir una jarra de cerveza o un ponche con Mat y Nalesean por la noche. Eran salas comunes rurales, con paredes de ladrillos y muy tranquilas, donde contemplar al gato de la casa era el principal entretenimiento y a los parroquianos los atendía la posadera en persona, quien por lo general tenía unas caderas tales que si algún hombre hubiera tratado de darles un pellizco seguramente se habría roto los dedos. La conversación versaba generalmente sobre Ebou Dar, de la que Thom sabía bastantes cosas a pesar de no haber estado nunca en ella. Nalesean se mostraba más que dispuesto a contar su visita allí todas las veces que se lo pidieran, bien que le gustaba centrar su relato en los duelos que había presenciado y en las apuestas en carreras de caballos. Juilin contribuía con lo que le habían contado hombres que conocían a otros hombres que habían estado allí, y que tenía pocos visos de realidad hasta que Thom o Nalesean confirmaban tales historias. En Ebou Dar los hombres se batían en duelo por las mujeres, y las mujeres por los hombres, y en ambos casos el premio —ése era el término utilizado— accedía a irse con el vencedor. Los hombres regalaban un cuchillo a las mujeres cuando se casaban, y el esposo le pedía a ella que lo usara para matarlo si la contrariaba. ¡Si la contrariaba! El que una mujer matara a un hombre se consideraba justificado a menos que se demostrara lo contrario. En Ebou Dar, eran las mujeres las que llevaban la voz cantante y los varones respondían con una sonrisa forzada al desplante que, de haber venido de otro hombre, habría hecho a éste merecedor de la muerte. A Elayne le encantaría. Y también a Nynaeve.

En aquellas conversaciones salió a relucir algo más. Mat no había logrado imaginar la razón del desagrado de Nynaeve y Elayne por Vandene y Adeleas, aunque las dos mujeres jóvenes procuraban disimularlo. Aparentemente Nynaeve se contentaba con lanzar miradas furibundas y mascullar entre dientes. Elayne no hacía nada de eso, pero sí que intentaba constantemente ponerse al mando; parecía creer que ya era la reina de Andor. Fueran los años que fueran los que aquellos rostros de Aes Sedai ocultaban, Vandene y Adeleas tenían que ser lo bastante mayores para ser las madres, si no las abuelas, de las dos mujeres jóvenes. A Mat no le habría sorprendido descubrir que ya eran Aes Sedai cuando Nynaeve y Elayne nacieron. Ni siquiera Thom se explicaba la tensión reinante entre ellas, y eso que él daba la impresión de saber un montón de cosas para ser un simple juglar. Elayne lo había dejado con un palmo de narices, diciéndole que él no entendía ni podía entenderlo, cuando Thom trató de reconvenirla con delicadeza. Por lo visto las dos Aes Sedai mayores eran increíblemente tolerantes. Adeleas no parecía advertir casi nunca el hecho de que Elayne diese órdenes, y tanto ella como Vandene se mostraban sorprendidas cuando sí se daban cuenta.

—Vandene le dijo: «Bien, si realmente lo deseas, pequeña, pues claro que lo haremos»

—masculló Juilin, que relataba el incidente—. Cualquiera pensaría que alguien que era simplemente una Aceptada hasta hace dos días estaría complacida con eso, pero los ojos de Elayne me recordaron una tormenta invernal. Nynaeve rechinaba los dientes tan fuerte que creí que se los iba a romper.

Se encontraban en la sala común de El Cuchillo de Esponsales. Vanin, Harnan y otros ocupaban los bancos en otras mesas, junto con algunos lugareños. Los hombres vestían chalecos largos, algunos de colores tan chillones que nada tendrían que envidiar a las ropas de los gitanos, y a menudo sin llevar camisa debajo; las mujeres, vestidos de escotes bajos a pico, con las faldas recogidas hasta las rodillas por un lado para enseñar enaguas de tonalidades lo bastante fuertes para hacer parecer desvaídos los chalecos de sus hombres. Muchos varones y todas las mujeres lucían grandes pendientes de aro y en las manos, generalmente, tres o cuatro anillos con relucientes cristales de colores. Tanto ellos como ellas toqueteaban los cuchillos curvos que llevaban metidos en el cinturón y dirigían miradas sombrías a los forasteros. Había dos caravanas de mercaderes de Amadicia en El Cuchillo de Esponsales, pero los mercaderes habían comido en sus habitaciones y los carreteros no se habían movido de los vehículos. Elayne, Nynaeve y las demás mujeres también estaban en el piso de arriba.

—Las mujeres son... diferentes —dijo Nalesean, riendo, en respuesta a Juilin, aunque sus palabras iban dirigidas a Mat. Por lo general no se mostraba tan estirado con los plebeyos, pero Juilin era además teariano y eso, al parecer, marcaba una diferencia, sobre todo considerando que Juilin tenía por norma mirarlo de hito en hito cuando hablaba con él—. Existe un dicho populachero en Tear: «Bajo la piel de una Aes Sedai se esconden diez mujeres». El vulgo es sabio en ocasiones, voto a tal.

—Al menos ninguna ha hecho nada, digamos, drástico —comentó Thom—. Aunque creo que faltó poco cuando a Elayne se le escapó que había hecho a Birgitte su primer Guardián.

—¿La cazadora? —exclamó Mat. Varios lugareños lo miraron duramente y el joven bajó la voz—. ¿También es Guardián? ¿Guardián de Elayne? —Desde luego, aquello explicaba unas cuantas cosas.

Thom y Juilin intercambiaron miradas por encima del borde de sus jarras.

—Le producirá una gran satisfacción saber que has deducido que era una cazadora del Cuerno —manifestó el juglar, que se limpió la espuma del bigote—. Pues sí, es Guardián, y buena agarrada se montó cuando lo supieron. Jaem empezó a tratarla enseguida como a una hermana pequeña, pero Vandene y Adeleas... —Soltó un borrascoso suspiro—. Ninguna estaba muy contenta de que Elayne hubiese elegido ya un Guardián; por lo visto la mayoría de las Aes Sedai tardan años antes de encontrar uno. Sobre todo no les hizo pizca de gracia que hubiese elegido a una mujer. Y su desagrado ha reforzado la actitud de Elayne.

—Al parecer no les gusta que se hagan cosas que nunca se han hecho —añadió Juilin.

—Una mujer Guardián —murmuró Nalesean—. Sabía que todo cambiaría con la llegada del Dragón Renacido, pero ¿una mujer Guardián?

Mat se encogió de hombros.

—Supongo que cumplirá bien su labor siempre y cuando sepa realmente disparar ese arco que lleva. ¿Se te ha ido por el otro lado? —le preguntó a Juilin, que se había atragantado con la cerveza y estaba tosiendo—. A mí dame un buen arco y déjate de espada. Una vara de combate sería mejor, pero me conformo con un arco. En fin, espero que no intente interponerse en mi camino cuando llegue el momento de que lleve a Elayne con Rand.

—Sabe dispararlo, sí. —Thom se inclinó sobre la mesa para palmear la espalda a Juilin—. Y creo que es buena, Mat.

Empero, si Nynaeve y las otras estaban pensando en tirarse de los pelos —y Mat no quería estar en quince kilómetros a la redonda de algo así, ni con cabeza de zorro ni sin ella—, a él no se lo dieron a entender. Por el contrario, presentaban un frente sólido; además, se repitieron las tentativas de encauzar sobre él, que empezaron mientras ensillaba a *Puntos* la mañana siguiente al primer intento. Por suerte, Mat estaba muy ocupado apartando a Nerim,

Librodot

quien pensaba que ensillar el caballo de Mat era trabajo de él, además de dar a entender que podía hacerlo mejor. La repentina sensación de frío duró sólo un momento, así que Mat no dio señal alguna que indicara que había notado nada. Ésa, decidió, sería su respuesta. Ni miradas intensas ni ojeadas furiosas ni acusaciones. Haría caso omiso de ellas, y que se cocieran en su propia salsa.

Tuvo ocasiones de sobra para no hacerles caso. El medallón de plata se puso helado otras dos veces antes de que llegaran a la calzada y después ocurrió varias veces más durante el transcurso del día y de la tarde, y de todos los días y las tardes a partir de entonces. En ocasiones surgía y desaparecía en dos segundos, y otras Mat estaba seguro de que duraba incluso hasta una hora. Ignoraba cuál de ellas era la responsable, claro está. O, más bien, casi nunca lo sabía. Una vez, cuando el calor había hecho que le saliera un sarpullido en la espalda y el pañuelo anudado al cuello parecía estar ahogándolo, sorprendió a Nynaeve mirándolo en el momento en que el medallón se puso frío. La expresión ceñuda de la mujer era tal que un granjero que pasaba por la calzada azuzó a su buey con un palo para que acelerara la marcha mientras miraba hacia atrás como si temiera que Nynaeve volviera los ojos hacia él y matara a su buey allí mismo, entre las lanzas del carro. Únicamente cuando Mat le devolvió una mirada igualmente ceñuda, Nynaeve dio tal respingo que por poco se cae de la yegua, y la sensación de frío desapareció. En cuanto a las otras, no tenía ni idea. A veces veía a dos o tres de ellas observándolo, incluida Aviendha, que seguía caminando y conduciendo por las riendas a su montura. Las demás, para cuando Mat posaba los ojos en ellas, ya estaban charlando entre sí o mirando hacia cualquier otra parte, ya fuera un águila que planeaba en el cielo despejado o un gran oso negro, erguido sobre las patas traseras, entre los árboles de una ladera empinada que se veía desde la calzada. Lo único bueno de ello era que Mat tenía la impresión de que Elayne no estaba nada contenta. Ignoraba la razón y tampoco le importaba. ¡Mira que pasar revista a sus hombres! ¡Felicitarlos, como quien da palmaditas en la cabeza a un niño bueno! Si fuera la clase de hombre que hacía una cosa así, le habría dado una buena patada en el trasero.

A decir verdad, sin embargo, Mat empezaba a sentirse más que contento consigo mismo. Fuera lo que fuera lo que estuviesen haciendo, no tenía ningún efecto en él que no pudiesen curar las friegas en el pecho con un ungüento de Nerim; éste le aseguró que no quedarían marcas de lo que parecía una congelación. Siguió sintiéndose muy ufano hasta la cuarta tarde. Acababa de dejar a *Puntos* en el establo de El Aro Sureño, una posada destartalada de dos pisos de ladrillos enjalbegados en un destartalado poblacho lleno de moscas llamado So Tehar, cuando algo blando lo golpeó entre los omóplatos. Con el olor a estiércol de caballo metido en las narices, Mat giró sobre sus talones dispuesto a comerse al mozo del establo o a uno de esos patanes de mirada huraña de So Tehar, sin necesidad de trocearlo antes con un cuchillo. No había ni mozo de establo ni patán; sólo estaba Adeleas, que garabateaba afanosamente en su libreta y asentía con la cabeza. Tenía las manos totalmente limpias; ni rastro de estiércol.

Mat entró en la posada y pidió un ponche a la posadera; después cambió de opinión e hizo que le sirviera un brandy. Éste resultó ser un líquido turbio que, según insistió la desgarbada mujer, estaba hecho con ciruelas, pero sabía como si con él pudiera limpiarse óxido de los metales. A Juilin le bastó con olisquearlo una vez y Thom ni siquiera hizo eso. Incluso Nalesean sólo dio un pequeño sorbo antes de pedir ponche, y eso que el teariano era de los que se bebían cualquier cosa. Mat perdió la cuenta de cuántas copitas de peltre vació; pero, fueran las que fuesen, hizo falta que Nerim y Lopin aunaran fuerzas para llevarlo a la cama. En realidad nunca se había permitido plantearse la posibilidad de que la cabeza de zorro tuviera limitaciones. Tenía pruebas más que suficientes de que frenaba el *Saidar,* pero si lo único que esas mujeres tenían que hacer era coger algo con el Poder y arrojárselo... «Es mejor que nada», se repitió una y otra vez, tendido en el colchón lleno de bultos y contemplando las sombras proyectadas por la luz de la luna sobre el techo. «Mucho mejor que nada.» Sin embargo, de haber sido capaz de sostenerse en pie sin ayuda, habría bajado de nuevo a pedir más brandy.

Y por ello estaba de un humor de perros, con la lengua como si la tuviera cubierta de plumas, tambores resonando dentro de su cabeza y todo él chorreando sudor por el implacable sol, cuando, al quinto día, la calzada remontó una cuesta desde donde se divisaba Ebou Dar al fondo, extendiéndose a ambas orillas del anchuroso río Eldar, y una gran bahía llena de barcos más allá.

Su primera impresión de la urbe fue el color blanco: edificios blancos, palacios blancos, torres blancas, cúpulas blancas; estas últimas, de formas puntiagudas como nabos o peras, a menudo mostraban bandas carmesí o azules o doradas, pero, en conjunto, la urbe era blanca y reflejaba la luz del sol de un modo que casi hacía daño a los ojos. Las puertas en las que terminaba la calzada conducían a un gran arco de medio punto encastrado en una muralla enjalbegada, tan gruesa que el caballo de Mat dio diez pasos bajo su sombra antes de emerger de nuevo al sol. Parecía una ciudad de plazas, canales y puentes; las plazas eran muy grandes, con fuentes o estatuas en el centro, y estaban abarrotadas de gente; había canales anchos y estrechos por los que se desplazaban chalanas que los barqueros impelían con pértigas; los puentes eran de todos los tamaños, algunos bajos, otros que se elevaban en un alto arco, otros lo bastante amplios para que a sus lados hubiera hileras de tiendas. Palacios con grandes pórticos de columnas se alzaban al lado de comercios en los que se exhibían alfombras y telas; casas de cuatro pisos, con amplios ventanales en arco que quedaban ocultos tras postigos de lamas, compartían calle con establos, talleres de cuchilleros y pescaderías.

Estando el grupo en una de las plazas, Vandene detuvo a su montura para conferenciar con Adeleas mientras Nynaeve las miraba con el entrecejo fruncido y Elayne las contemplaba tan fríamente que uno habría jurado ver carámbanos colgando de su nariz y su barbilla. A instancias de la heredera del trono, Aviendha había montado a lomos de su desgarbado caballo pardo para entrar en la ciudad, pero ahora la Aiel volvió a desmontar con la misma torpeza con que había subido antes a la silla. Mostraba tanta curiosidad como Olver, que tenía los ojos abiertos de par en par desde el primer momento en que divisó la ciudad a lo lejos. Birgitte parecía empeñada en ir pegada a Elayne del mismo modo que Jaem hacía con Vandene.

Mat aprovechó la ocasión para abanicarse con el sombrero y echar una ojeada en derredor.

El palacio más grande que había visto hasta el momento ocupaba todo un lado de la plaza cuadrada, todo él cúpulas y afiladas torres y columnatas a tres o cuatro pisos de altura sobre el suelo. En los otros tres lados de la plaza se mezclaban caserones con posadas y comercios, cada uno de ellos tan blanco como los que lo flanqueaban. Una estatua de mujer con vestiduras ondeantes, más alta que un Ogier, se alzaba sobre un pedestal aun más alto en el centro de la plaza, con un brazo levantado para señalar al sur, hacia el mar. Sólo un puñado de personas deambulaba por las pálidas piedras del pavimento, lo que no era de extrañar con tanto calor. Unos pocos tomaban su comida en la grada inferior del pedestal, y las palomas y las gaviotas se apiñaban a su alrededor para disputarse las migajas. Era una escena de tranquilidad. Mat no entendió por qué sintió de repente rodar los dados dentro de su cabeza.

Conocía muy bien esa sensación. A veces la percibía cuando la suerte estaba totalmente a su favor en el juego. Siempre estaba presente cuando se avecinaba una batalla. Y también parecía producirse cuando se estaba jugando el cuello por una decisión equivocada.

—Entraremos por una de las puertas laterales —anunció Vandene, a lo que Adeleas asintió con la cabeza—. Merilille se ocupará de que nos proporcionen cuartos para refrescarnos.

Entonces, eso quería decir que ése era el palacio de Tarasin, donde Tylin Quintara, de la casa Mitsobar, ocupaba el Trono de los Vientos y gobernaba de verdad en, más o menos, un radio de ciento cincuenta kilómetros alrededor de Ebou Dar. Una de las pocas cosas que Mat había conseguido descubrir acerca de este viaje era que las Aes Sedai iban a reunirse en palacio con una de sus hermanas y, ni que decir tiene, con Tylin. Las Aes Sedai verían a la reina. Mat contempló aquel inmenso y reluciente montón de mármol y piedra enlucida y

Librodot

pensó qué se sentiría estando allí dentro. Por lo general le gustaban los palacios; al menos, le gustaban los sitios donde hubiera servidumbre y dorados; además, no había nada malo en dormir en un colchón de plumas. Empero, un palacio real significaba tropezar con un noble a cada paso. Mat prefería tratar con un solo noble por turno; hasta Nalesean podía resultar irritante en ocasiones. Un palacio de ese tamaño significaba o estar preguntándose continuamente dónde estarían Nynaeve y Elayne o montar guardia para no perderlas de vista. No estaba seguro de qué sería peor, si que le permitieran acompañarlas allí dentro como un guardia personal o que rehusaran. Casi podía oír a Elayne diciendo con ese frío tono suyo: «Por favor, buscad algún lugar donde puedan alojarse maese Cauthon y mis hombres. Que se les proporcione alimento y agua». También lo comprobaría. Se dejaría caer por allí para realizar sus inspecciones y para decirle que hiciera lo que ya había empezado a hacer. No obstante, si había un lugar donde ella y Nynaeve estarían a salvo y sin meterse en líos sería en el palacio de la reina. Además, lo que de verdad le apetecía era un sitio donde pudiera apoyar los pies en una mesa y beber ponche con una chica sentada en sus rodillas mientras ésta le frotaba las sienes para que se relajara. Y unos paños húmedos en la frente no estarían nada mal. Le dolía la cabeza. El sermón remilgado que Elayne había soltado esa mañana respecto a los perjuicios de la bebida y a dar ejemplo con el comportamiento todavía resonaba en sus oídos. Esa era una razón más para ponerse en su sitio. Había estado demasiado débil para contestarle, recién salido de la cama y preguntándose si sería capaz de subir a lomos de *Puntos;* Elayne se había salido con la suya demasiadas veces, así por las buenas. Si no ponía fin a esto ahora mismo, dentro de poco estaría saludando a esa presumida como si fuera un soldado raso.

Todas estas ideas pasaron por su mente en el corto espacio de tiempo que tardó Vandene en hacer girar su castrado bayo hacia el palacio.

—Tomaré habitaciones para mis hombres en una de esas posadas —anunció en voz alta—. Si tú o Elayne decidís salir a la calle, Nynaeve, podéis mandar aviso y traeré a unos cuantos soldados para acompañaros. —Probablemente no le avisarían; no había quien convenciese de lo contrario a una mujer que pensaba que podía cuidar de sí misma en la guarida de un oso sin más armas que sus manos. Sin embargo, confiaba en que a Vanin se le ocurriría alguna cosa para saber cuándo salían. Y, si no él, entonces Juilin; un rastreador debería saberlo—. Esa misma servirá. —Eligiendo al azar, señaló un edificio ancho que había al otro lado de la plaza. Un letrero que no alcanzaba a leer se mecía sobre la puerta en arco.

Vandene miró a Adeleas. Elayne miró a Nynaeve. Aviendha lo miró a él, ceñuda.

Sin embargo, Mat no les dio oportunidad de hablar a ninguna de ellas.

—Thom, Juilin, ¿qué tal unas copas de ponche? —Quizás un poco de agua sería mejor; en toda su vida había bebido tanto.

—Tal vez más tarde, Mat —respondió Thom mientras sacudía la cabeza—. He de estar cerca por si Elayne me necesita.

Aquella sonrisa casi paternal que dirigió a la joven se borró cuando el juglar la vio mirando a Mat con expresión perpleja. Juilin no sonrió —rara vez lo hacía ya— pero también dijo que debía estar cerca de las mujeres y que quizá más tarde se tomarían esas copas.

—Como gustéis —contestó Mat mientras se calaba el sombrero otra vez—. Vanin. ¡Vanin!

El hombre grueso dio un respingo de sobresalto y dejó de mirar con adoración a Elayne. ¡Incluso se sonrojó! ¡Luz, qué mala influencia era esa mujer!

Mientras Mat hacía dar media vuelta a *Puntos,* la voz de Elayne pareció golpearlo en la espalda; y en un tono aun más remilgado que el empleado por la mañana.

—No debes dejarlos beber demasiado, maese Cauthon. Algunos hombres no saben cuándo deben parar. Y desde luego no deberías permitir que un chiquillo viera cómo se emborrachan unos hombres hechos y derechos.

Mat rechinó los dientes y continuó cruzando la plaza sin mirar atrás. Olver lo observaba. Iba a tener que advertir a los soldados que no se embriagaran delante del chico, especialmente

a Mendair. ¡Luz, cómo detestaba que esa mujer le dijera lo que debía hacer!

Resultó que la posada se llamaba La Mujer Errante, pero el letrero colgado sobre la puerta, así como la sala común, prometían todo lo que Mat deseaba. Dentro de la estancia de techo alto hacía ciertamente más fresco que en la calle, con las altas ventanas resguardadas tras postigos tallados en arabescos en los que parecía haber más huecos que madera pero que proporcionaban sombra. Había forasteros sentados entre los residentes: un larguirucho murandiano con bigotes retorcidos; un fornido kandorés con dos cadenas de plata cruzadas sobre la pechera de la chaqueta; y otros a los que Mat no supo identificar a primera vista. Una tenue nube de humo de pipa flotaba en el aire, y dos mujeres tocando flautas y un hombre con un tambor que sujetaba entre las rodillas interpretaban una extraña música. Y lo mejor de todo: las camareras eran bonitas y los hombres jugaban a los dados en cuatro mesas. El mercader kandorés jugaba a las cartas.

La majestuosa posadera se presentó como Setalle Anan, aunque sus ojos de color avellana revelaban que la mujer no era oriunda de Ebou Dar.

—Bienvenidos, milores... —Los grandes pendientes de aro se mecieron cuando inclinó la cabeza ante Mat y Nalesean—. ¿Puede La Mujer Errante ofreceros su humilde alojamiento?

Era bonita a pesar de las hebras grises que había en su cabello, pero Mat la miraba a los ojos. Llevaba un cuchillo de esponsales colgado de una cadena, y la empuñadura, engastada con piedras rojas y blancas, reposaba sobre el nacimiento de sus generosos senos; también llevaba unos de esos cuchillos curvos en el cinturón. Con todo, Mat no pudo menos de sonreír.

—Señora Anan, me siento como si hubiese vuelto a casa.

Lo extraño es que los dados habían dejado de rodar dentro de su cabeza.

Librodot

CAPÍTULO 25

Reclinarse en el cuchillo

Nynaeve salió de la bañera de cobre con una toalla enrollada en la cabeza, y se secó lentamente. La sirvienta, canosa y entrada en carnes, intentó vestirla, pero la joven la despidió haciendo caso omiso de las miradas estupefactas y las protestas de la mujer y lo hizo ella misma, con gran cuidado, examinando frente al espejo de cuerpo entero el vestido verde oscuro adornado con un ancho cuello de pálido encaje de Merada. El grueso anillo de oro de Lan estaba guardado en su bolsita —mejor no pensar en eso— junto con uno de los retorcidos anillos *ter'angreal,* mientras que la Gran Serpiente brillaba en el tercer dedo de su mano derecha. Su mano derecha. Mejor no pensar en eso tampoco.

El techo alto era una agradable pintura al fresco que representaba un cielo azul con nubes blancas, y, si bien los muebles se apoyaban sobre unas patas doradas de león desconcertantemente grandes y los esbeltos postes de la cama y las patas de las sillas y todas las demás partes verticales tenían demasiadas acanaladuras y dorados para su gusto, la habitación seguía siendo el cuarto más cómodo en el que había estado desde hacía mucho tiempo. Una estancia agradable. Moderadamente fresca. ¡Luz! Lo que estaba intentando hacer era calmarse.

Pero, por supuesto, no funcionaba. Había sentido tejer el *Saidar* y tan pronto como salió de su dormitorio vio la salvaguarda contra oídos indiscretos levantada por Elayne alrededor de la sala de estar. Birgitte y Aviendha ya estaban allí también, todas ellas recién bañadas y con ropa limpia.

En una distribución que según Birgitte era muy corriente allí, cuatro dormitorios flanqueaban la sala de estar, que también tenía el techo pintado como un cielo con nubes. Cuatro altos ventanales arqueados se abrían a un balcón de hierro forjado pintado en blanco, tan intrincado que uno podía asomarse por él, sin ser visto, a la plaza de Mol Hara, frente a palacio. Una débil brisa penetraba por los ventanales trayendo consigo el olor salado del mar y, cosa por demás sorprendente, era ligeramente fresca. Con la rabia interfiriendo en su concentración, Nynaeve había estado sufriendo el calor desde poco después de llegar al palacio de Tarasin.

A Thom y Juilin se les había destinado una habitación en algún lugar alejado, en las dependencias del servicio, lo que pareció irritar a Elayne más que a los dos hombres. De hecho, Thom se había echado a reír. Claro que él podía permitirse ese lujo.

—Toma un poco de este excelente té, Nynaeve —dijo Elayne mientras extendía una servilleta blanca sobre la falda de seda azul intenso. Como todo lo demás en la sala de estar, la silla que ocupaba tenía bolas doradas por pies y también rematando el alto respaldo. Aviendha estaba sentada a su lado, pero en el suelo, con las piernas dobladas debajo de la falda del vestido; éste tenía el cuello alto y su color verde claro casi igualaba el de las baldosas. El laberíntico collar de la Aiel era el complemento perfecto para su atuendo. Nynaeve creía que nunca había visto a Aviendha sentada en una silla; la gente, desde luego, la había mirado extrañada en las dos posadas en que pernoctaron.

—Es de menta y zarzamora —añadió Birgitte al tiempo que volvía a llenar la taza dorada de delicada porcelana.

Birgitte, naturalmente, llevaba pantalones grises y una chaqueta corta. De vez en cuando

se ponía un vestido; pero, teniendo en cuenta sus gustos, a Nynaeve le alegraba que lo hiciera sólo de tarde en tarde. Allí estaban las tres, arregladas primorosamente y preparadas, y nadie requería su compañía.

La jarra plateada brillaba con la condensación, y el té estaba frío y resultaba refrescante. Nynaeve admiró el rostro de Elayne, fresco y seco; en cuanto a ella, ya sentía el suyo húmedo de nuevo a pesar de la suave brisa.

—He de decir —murmuró— que esperaba otro recibimiento.

—¿De veras? —preguntó Elayne—. ¿Después del modo en que Vandene y Adeleas nos han tratado?

—Está bien —suspiró Nynaeve—. Entonces, confiaba en recibir otro trato. Por fin soy Aes Sedai, una verdadera Aes Sedai, y nadie parece creerlo. Realmente esperaba que al dejar Salidar las cosas cambiarían.

Su reunión con Merilille Ceandevin no había ido bien. O, mejor dicho, su presentación; porque, después de que Vandene las presentara someramente, las despacharon, para que así las verdaderas Aes Sedai pudiesen hablar. Merilille había dicho que sin duda deseaban refrescarse, pero en realidad era una invitación a que se retiraran, con la elección de marcharse como obedientes Aceptadas o negarse a hacerlo como niñas enfurruñadas. Sólo recordarlo mandaba al traste todos los intentos de Nynaeve de recobrar la calma; el sudor empezó a resbalarle por la cara.

A decir verdad, echarlas de la reunión no había sido lo peor. Merilille era una cairhienina esbelta y elegante, de lustroso cabello negro y grandes y brillantes ojos, una Gris que parecía como si nada la hubiese sorprendido jamás y nada pudiera hacerlo. Sólo sus oscuros ojos se habían abierto por la sorpresa al comunicarle que Nynaeve y Elayne eran Aes Sedai y se abrieron aun más al oír que Egwene era la Sede Amyrlin. Que Birgitte se hubiese convertido en Guardián la dejó pasmada, aunque a esas alturas de la presentación ya se las arregló para limitar su reacción a una mirada intensa y un gesto fugaz de apretar los labios. Aviendha salió mejor parada; Merilille le dedicó únicamente una frase amable sobre lo mucho que disfrutaría siendo novicia. Después vino la despedida. Y una sugerencia, más con naturaleza de orden, de que dedicaran varios días a «recuperarse» de los «rigores» del viaje.

Nynaeve sacó el pañuelo guardado en una manga y empezó a abanicarse con él, sin muchos resultados debido a su tamaño minúsculo y al hecho de que era casi todo de puntillas.

—Sigo pensando que ocultan algo.

—Oh, vamos, Nynaeve. —Elayne sacudió la cabeza—. Me gusta tan poco como a ti el modo en que nos tratan, pero tú pareces empeñada en hacer una montaña de un grano de arena. Si Vandene y Adeleas quieren buscar fugitivas, deja que lo hagan. ¿Os es que preferirías que se encargaran de la localización del cuenco?

A lo largo del viaje apenas habían hablado del *ter'angreal* que buscaban por miedo a que las otras dos mujeres hicieran eso precisamente.

En cualquier caso, Nynaeve seguía pensando que ocultaban cosas. Lo que pasaba era que Elayne se negaba a admitirlo, nada más. Adeleas no se había dado cuenta de que Nynaeve había oído por casualidad el comentario sobre ir tras fugitivas una vez que llegaran a Ebou Dar, y cuando la antigua Zahorí les preguntó si de verdad pensaban que iban a encontrar alguna, Vandene respondió con una rapidez un tanto excesiva que siempre estaban ojo avizor para descubrir jóvenes que habían huido de la Torre. No tenía sentido. Nadie había escapado de Salidar, pero las novicias huían en ocasiones —era una vida dura, sobre todo cuando esperaban años de obediencia antes de que una pudiera siquiera pensar por sí misma— y también estaban los contados casos de Aceptadas que empezaban a perder la esperanza de llegar a alcanzar el chal e intentaban escabullirse, pero hasta Nynaeve sabía que muy pocas lograban ir más allá de la isla de Tar Valon y casi todas eran conducidas de vuelta a la Torre. Podían echar a una novicia en cualquier momento, ya fuera por carecer de la fuerza suficiente para seguir adelante o por negarse a pasar —o no superar— la prueba para ascender a Aceptada o la que otorgaba el rango de Aes Sedai, la cual se habían saltado Elayne y ella,

Librodot

pero marcharse nunca dependía de una a no ser que ya se tuviera el chal.

De modo que si las fugitivas que tenían éxito eran tan contadas ¿por qué Vandene y Adeleas creían que podrían encontrar alguna en Ebou Dar? ¿Y por qué se habían cerrado como ostras cuando les preguntó? Temía saber la respuesta a esto último. No darse tirones de la trenza requirió un gran autocontrol; creía que en eso iba mejorando.

—Al menos a Mat le ha quedado muy claro que somos Aes Sedai —gruñó. Por lo menos podía encargarse de él. Que intentase algo, y no tardaría en comprobar lo que se sentía al ser golpeado por cualquier cosa sobre la que ella pudiera tejer un flujo—. Más le vale.

—¿Y es por eso por lo que lo has estado esquivando como un chelta eludiendo al recaudador de impuesto? —inquirió Birgitte esbozando una sonrisa.

Nynaeve sintió que sus mejillas se encendían; creía que había sabido ocultar sus sentimientos mejor.

—Es muy irritante, incluso para un varón —rezongó Aviendha—. Debes de haber viajado a lugares muy lejanos, Birgitte. A menudo te refieres a sitios de los que nunca he oído hablar. Algún día me gustaría viajar por las tierras húmedas y ver todos esos lugares extraños. ¿Dónde viven esos... cheltas?

Aquello borró de golpe la sonrisa de Birgitte; fueran quienes fueran, podían llevar muertos un millar de años o desde el principio de la Era. ¡Ella y sus deslices sobre cosas y lugares antiguos en su conversación! Nynaeve habría querido estar presente cuando tuvo que admitir ante Egwene lo que ésta ya sabía. Egwene había adquirido una firmeza de carácter realmente extraordinaria durante su estancia con los Aiel y tenía muy poco aguante con lo que consideraba necedades. De hecho, Birgitte había salido de la reunión con aire escarmentado.

Aun así, a Nynaeve le caía mucho mejor Birgitte que Aviendha, que la ponía nerviosa a veces con sus duras miradas y sus comentarios sanguinarios. Además, por muy irritante que pudiera ser Birgitte, Nynaeve había prometido ayudarla a guardar su secreto.

—Mat... me amenazó —confesó hablando muy deprisa. Era lo primero que se le había ocurrido para que Aviendha olvidara el desliz de Birgitte y lo último que habría deseado que supiera nadie. Sus mejillas volvieron a sofocarse. Elayne sonrió, aunque tuvo la delicadeza de ocultarlo llevándose la taza a los labios—. No de ese modo —se apresuró a añadir al ver que Aviendha se llevaba la mano al cuchillo del cinturón. La Aiel parecía pensar que la respuesta adecuada a todo era la violencia—. Sólo fue... —Aviendha y Birgitte la miraron con interés, todas oídos—. Simplemente dijo... —Igual que ella había echado un cable a Birgitte, Elayne hizo otro tanto con ella ahora.

—Me parece que hemos hablado demasiado de maese Cauthon —manifestó firmemente—. Sólo está aquí para quitárselo de encima a Egwene. Ya pensaré más adelante cómo resolver lo de su *ter'angreal.*

Apretó los labios un momento. No le había hecho gracia cuando Vandene y Adeleas empezaron a encauzar sobre Mat sin molestarse siquiera en pedirle permiso, y menos aun que el joven se hubiese escabullido a aquella posada. Naturalmente, ella no podía impedírselo. Estaba convencida de que por el mero hecho de decirle lo que debía hacer desde el principio acabaría acostumbrándose a obedecer. En fin, que tuviera mucha suerte, le deseó Nynaeve para sus adentros, aunque sin ningún convencimiento.

—Él es la parte menos importante de este viaje —añadió la heredera del trono con mayor firmeza si cabe.

—Sí. —Nynaeve consiguió que su voz no denotara alivio—. Sí, lo que realmente importa es el cuenco.

—Sugiero salir yo primero para explorar el terreno —intervino Birgitte—. Ebou Dar parece un lugar más peligroso de lo que recordaba y el distrito que describisteis podría serlo más que... —Se interrumpió y ni siquiera miró de reojo a Aviendha—. Que el resto de la ciudad —finalizó con un suspiro.

—Si hay que reconocer el terreno, quiero tomar parte en ello —dijo Aviendha—. Tengo un *cadin'sor.*

—Se supone que un explorador ha de pasar inadvertido en el entorno —manifestó suavemente Elayne—. Creo que deberíamos conseguir vestidos ebudarianos para todas nosotras y después podremos empezar a buscar las cuatro desde el principio, sin dejar a nadie fuera. Aunque Nynaeve será la que tendrá más fácil hacerse pasar por una nativa de aquí —añadió, sonriendo a Birgitte y a Aviendha. Los ebudarianos que habían visto hasta el momento tenían todos el cabello negro y la mayoría los ojos oscuros.

Aviendha soltó el aire con gesto desanimado, y Nynaeve tuvo ganas de hacerle eco al recordar aquellos escotes tan bajos. Muy, muy bajos, aunque el corte fuera a pico. Birgitte esbozó una sonrisa; esa mujer no conocía lo que era la vergüenza.

Antes de que la discusión pudiera ir más allá, una mujer con el oscuro cabello recortado y el uniforme de la casa Mitsobar entró sin llamar, cosa que Nynaeve consideró una falta de educación por mucho que Elayne dijese que ese comportamiento era el correcto en la servidumbre. El vestido era blanco, con la falda cosida de manera que quedaba recogida en el lado izquierdo, a la altura de la rodilla, para dejar a la vista unas enaguas verdes; el corpiño, muy ceñido, llevaba bordado sobre el seno izquierdo el emblema del Ancla y la Espada, también en color verde. Incluso el estrecho escote del uniforme bajaba hasta donde Nynaeve recordaba. La mujer, algo rellenita y de mediana edad, vaciló y después hizo una reverencia y habló dirigiéndose a todas:

—La reina Tylin desea ver a las tres Aes Sedai, si gustan.

Nynaeve intercambió una mirada de asombro con Elayne y las otras.

—Sólo estamos dos Aes Sedai aquí —respondió la heredera del trono al cabo de un momento—. ¿Queréis decir que antes hemos de reunirnos con Merilille?

—Se me ordenó venir a estos aposentos... Aes Sedai. —La pausa apenas fue lo bastante larga para advertirla y la mujer consiguió por poco no dar una entonación interrogante al título.

Elayne se incorporó y se alisó la falda; alguien que no la conociera jamás habría sospechado que bajo aquella expresión sosegada subyacía la ira, pero había cierta tirantez en las comisuras de los labios y de los ojos.

—¿Vamos, pues? Nynaeve, Birgitte, Aviendha...

—No soy Aes Sedai, Elayne —adujo la Aiel.

—Se me dijo sólo las Aes Sedai —se apresuró a aclarar la sirvienta.

—Aviendha y yo podemos dar una vuelta por la ciudad mientras vosotras veis a la reina —propuso Birgitte antes de que Elayne tuviera tiempo de abrir la boca.

El rostro de la Aiel se animó. Elayne les asestó a ambas una mirada penetrante y después la joven suspiró.

—De acuerdo, pero sed prudentes. Nynaeve, ¿vienes o también quieres ir a ver la ciudad? —Eso último lo dijo con un tono seco al tiempo que lanzaba otra mirada admonitoria a Birgitte.

—Oh, no me lo perdería por nada del mundo —respondió Nynaeve—. Será estupendo reunirse finalmente con alguien que cree que... —No podía terminar la frase estando presente la sirvienta—. No debemos hacer esperar a su majestad.

—Oh, no —se mostró de acuerdo la mujer—. De lo contrario mis orejas no valdrían nada.

Valieran poco o mucho, lo cierto es que caminaron un buen rato por los pasillos de palacio. Como para compensar todo el blanco del exterior, el palacio estaba lleno de colores. En un corredor el techo estaba pintado en verde y las paredes en azul; en otro, las paredes eran amarillas y el techo rosa pálido. Las baldosas eran rombos rojos, negros y blancos, o azules y amarillos, o casi cualquier combinación de colores. Había pocos tapices y éstos por lo general representaban escenas marítimas, pero sí abundaban los jarrones de porcelana dorada de los Marinos en sus correspondientes hornacinas de las paredes, así como piezas de cristal tallado de estatuillas, vasijas y cuencos; éstos atrajeron las miradas de Elayne y Nynaeve.

Ni que decir tiene que había sirvientes yendo y viniendo por todas partes; la versión del

Librodot

uniforme de los hombres se traducía en pantalones blancos y un chaleco largo de color verde sobre una camisa también blanca, con mangas plisadas. No habían llegado muy lejos cuando Nynaeve vio a alguien que venía hacia ella y que la hizo detenerse y agarrar a Elayne del brazo. Era Jaichim Carridin. No quitó los ojos del alto hombre, en cuyo cabello empezaban a cundir las canas, mientras éste pasaba a su lado y seguía adelante, con la blanca capa ondeando a su espalda, sin que sus ojos hundidos, de expresión cruel, se volvieran en su dirección una sola vez. Tenía el rostro sudoroso, pero hizo caso omiso de ellas como ellas lo hicieron de él.

—¿Qué hace aquí? —demandó Nynaeve. Ese hombre había desencadenado una matanza en Tanchico y sólo la Luz sabía en cuántos sitios más.

La sirvienta la miró inquisitivamente antes de contestar:

—Oh, vaya, los Hijos de la Luz también mandaron una embajada hace meses. La reina aguarda, eh... Aes Sedai. —De nuevo aquella vacilación.

Elayne se las ingenió para asentir con graciosa elegancia, pero Nynaeve no pudo evitar la aspereza en su voz.

—Entonces no debemos hacerla esperar.

Una cosa que Merilille había dejado escapar sobre la tal Tylin es que era una mujer puntillosa, fríamente formal, pero si también empezaba a dudar que ellas dos eran Aes Sedai, el estado de ánimo de Nynaeve era justo el adecuado para demostrarle su condición de hermana de hecho.

La criada las hizo entrar en una amplia estancia, con el techo pintado en un azul claro y las paredes en amarillo, en la que una hilera de triples ventanas en arco daba a un balcón de hierro forjado y por las que penetraba una brisa marina muy agradable. Ante la reina, Nynaeve y Elayne hicieron una reverencia, la correcta de unas Aes Sedai a una dirigente, lo que significaba doblar la rodilla ligeramente y una inclinación de cabeza aun más leve.

Tylin era una mujer impresionante. Tenía más o menos la misma estatura de Nynaeve y mostraba una actitud regia que Elayne tendría que esforzarse para igualar en sus mejores momentos. Debería haber respondido a sus reverencias con otra igual, pero no lo hizo. En lugar de ello, sus grandes ojos oscuros las examinaron con una intensidad imperiosa.

Nynaeve le devolvió la mirada lo mejor que pudo. Las ondas del lustroso cabello negro, con canas en las sienes, caían bastante más abajo de los hombros de Tylin y enmarcaban un rostro que era atractivo aunque no sin arrugas. Sorprendentemente, las mejillas de la mujer tenían sendas cicatrices, finas y tan antiguas que casi habían desaparecido. Ni que decir tiene que también llevaba uno de esos cuchillos curvos metido bajo el cinturón de oro tejido, con la empuñadura y la vaina incrustadas de gemas; Nynaeve estaba convencida de que debía de ser únicamente para aparentar. Ciertamente, el vestido de seda azul que llevaba Tylin era lo menos indicado para sostener un duelo, con chorreras de encaje blanco como la nieve y la falda recogida por encima de las rodillas en la parte delantera de manera que mostraba enaguas de seda verdes y blancas, y por detrás con una cola de casi un metro. El corpiño, adornado también con puntillas, era tan ajustado que Nynaeve no habría sabido decir si sería más incómodo estando de pie o sentada. Un cuello alto de oro tejido ceñía la garganta de la mujer de manera que la puntilla le rozaba la barbilla. Llevaba colgado, con la empuñadura hacia abajo, un cuchillo de esponsales enfundado en una vaina blanca que quedaba enmarcado en un curioso escote de forma ovalada que no tenía nada que envidiar a los bajísimos en pico.

—Debéis de ser Elayne y Nynaeve. —Tylin tomó asiento en una silla que parecía de bambú aunque estaba cubierta de dorado y se arregló los pliegues de la falda meticulosamente, sin quitarles los ojos de encima. Su voz era profunda, melodiosa e imperativa—. Creí entender que había una tercera. ¿Aviendha?

Nynaeve intercambió una mirada con Elayne. No las había invitado a sentarse ni había hecho el menor gesto hacia las otras sillas.

—Ella no es Aes Sedai —comenzó Elayne sosegadamente.

—¿Y vosotras sí? —la interrumpió la reina—. Como mucho, has visto dieciocho

inviernos, Elayne. Y tú, Nynaeve, que me miras como una gata a la que le han pisado la cola, ¿cuántos has visto? ¿Veintidós? ¿Veintitrés? ¡Que me trinchen el hígado! Visité Tar Valon y la Torre Blanca una vez. Dudo que ninguna mujer de vuestra edad haya llevado jamás ese anillo en la mano derecha.

—¡Veintiséis! —espetó Nynaeve. Después de aguantar que gran parte del Círculo de Mujeres en Campo de Emond pensaran que era demasiado joven para ser Zahorí, había tomado por costumbre alardear de cada año cumplido—. Tengo veintiséis años y soy Aes Sedai del Ajah Amarillo. —Aun sentía un escalofrío de orgullo diciendo eso—. Elayne tendrá dieciocho años, pero también es Aes Sedai, del Ajah Verde. ¿Creéis que Merilille o Vandene nos permitirían llevar estos anillos en plan de broma? Son muchas las cosas que han cambiado, Tylin. La Sede Amyrlin, Egwene al'Vere, no es mayor que Elayne.

—¿De veras? —dijo la reina en un tono inexpresivo—. No se me informó de ese detalle. Cuando las Aes Sedai que me aconsejaban desde el día en que ocupé el trono y que aconsejaron a mi padre antes que a mí de repente parten hacia la Torre sin dar explicaciones y después me entero de que los rumores de una Torre dividida son ciertos; cuando los seguidores del Dragón parecer brotar de la tierra; cuando se elige una Amyrlin para oponerse a Elaida y se reúne un ejército bajo el mando de uno de los más grandes capitanes, dentro de Altara, antes de que yo tenga noticia alguna sobre ello... Cuando todo eso ha pasado no podéis esperar que me entusiasmen las sorpresas.

Nynaeve confiaba en que su rostro no trasluciera lo mal que se sentía. ¿Por qué no aprendía a quedarse calladita de vez en cuando? De repente fue consciente de haber dejado de sentir la Fuente Verdadera; la ira y el azoramiento no casaban bien. Probablemente era lo mejor que podía ocurrir porque, de haber sido capaz de encauzar, a buen seguro que habría hecho una tontería aun mayor.

Elayne se lanzó a suavizar las cosas sin demora.

—Sé que habréis oído antes esto —le dijo a Tylin—, pero permitidme que sume mis disculpas a las de Merilille y las otras. Reunir un ejército dentro de vuestras fronteras sin antes pediros permiso fue una desmesura y una desfachatez. Sólo puedo decir en descargo de un acto así que los acontecimientos se sucedieron rápidamente y que en Salidar nos desbordaron, pero eso no lo disculpa. Os juro que no hay intención alguna de perjudicar a Altara y que tampoco se quiso insultar al Trono de los Vientos. Mientras hablamos ahora, Gareth Bryne conduce a ese ejército hacia el norte, fuera de las fronteras de Altara.

Tylin la miró fijamente, sin pestañear.

—No he oído una sola palabra de disculpa ni ninguna explicación hasta ahora. Pero cualquier dirigente de Altara tiene que aprender a tragarse los insultos de potencias mayores aunque le sepan a acíbar. —Inhaló profundamente e hizo un gesto con la mano—. Sentaos, sentaos. Sentaos la dos. Reclinaos sobre vuestro cuchillo y dejad libre vuestra lengua. —Su repentina sonrisa tuvo mucho de mueca—. Ignoro cómo decís eso en Andor. Poneos cómodas y hablad sin rodeos.

Nynaeve se alegró de ver que los azules ojos de Elayne se abrían sorprendidos, ya que ella misma dio un respingo que se oyó. ¿Y ésta era la mujer que según Merilille encarnaba el más estricto protocolo cincelado en mármol pulido? Nynaeve agradeció poder sentarse. Considerando todas las corrientes subterráneas que existían en Salidar se preguntó si Tylin estaba intentando... ¿Qué? Había llegado a un punto en que sospechaba que cualquier persona que no fuese una amiga íntima estuviera tratando de manipularla. Elayne se sentó al borde de la silla y con la espalda muy erguida.

—Lo he dicho en serio —insistió Tylin—. Cualquier cosa que expreséis no lo tomaré como un insulto. —Por el modo en que sus dedos tamborileaban sobre la enjoyada empuñadura del puñal, sin embargo, habríase dicho que sí consideraría como tal el silencio.

—No sé bien por dónde empezar —comenzó con tiento Nynaeve. Ojalá Elayne no hubiese hecho un gesto de asentimiento, corroborando sus palabras; se suponía que era ella la que sabía cómo tratar con reyes y reinas. ¿Por qué no decía algo?

Librodot

—Por el porqué —instó, impaciente, la soberana—. ¿Por qué cuatro Aes Sedai más de Salidar vienen a Ebou Dar? La razón no puede ser eclipsar la embajada de Elaida. De hecho, Teslyn ni siquiera la da ese nombre, y sólo han venido ella y Joline. Vaya, ¿no lo sabíais? —Se echó hacia atrás en la silla, riendo, y llevó los dedos de una mano a sus labios—. ¿Estáis enteradas de la presencia de los Capas Blancas? ¿Sí? —Su mano libre hizo un gesto como descargando un latigazo en el aire—. ¡Eso para los Capas Blancas! Empero, he de escuchar a todos los que acuden para ser recibidos en audiencia, al Inquisidor Carridin igual que al resto.

—Pero ¿por qué? —demandó Nynaeve—. Me complace que no os gusten los Capas Blancas, pero, en ese caso, ¿por qué tenéis que escuchar una sola palabra de lo que diga Carridin? Ese hombre es un carnicero. —Sabía que había cometido otro error. Lo comprendió por el modo repentino en que Elayne pareció examinar el inmenso hogar de mármol blanco, donde el profundo dintel estaba cincelado en forma de grandes olas; lo supo incluso antes de que el último vestigio de risa de Tylin se apagara como una vela.

—Te has tomado en serio lo que he dicho —manifestó la reina en voz queda—. Os animé a hablar con claridad y... —Aquellos oscuros ojos se quedaron fijos en las baldosas del suelo; parecía como si estuviese intentando recobrar la compostura.

Nynaeve miró a Elayne esperando algún indicio que le explicara qué había ido mal o, mejor aun, cómo arreglarlo, pero la heredera del trono se limitó a mirarla de reojo y a sacudir la cabeza una vez de un modo casi imperceptible antes de volver a la observación de las olas de mármol. ¿Debería evitar también mirar a Tylin? Sin embargo, la soberana atraía sus ojos como un imán. Con una mano, Tylin acariciaba la empuñadura de su cuchillo curvo y con la otra toqueteaba el puño más pequeño que reposaba sobre sus senos.

El cuchillo de esponsales revelaba mucho de Tylin; Vandene y Adeleas se habían mostrado muy dispuestas a explicar algunas cosas referentes a Ebou Dar, generalmente aquellas que hacían parecer peligrosa la ciudad para quien no fuera acompañado por una docena de guardias armados. La vaina blanca significaba que la reina había enviudado y no tenía intención de volver a casarse. Las cuatro perlas y una gota de fuego engastadas en la empuñadura de oro decían que había dado a luz cuatro hijos y una hija; el engaste blanco de la gota de fuego y el rojo de tres de las perlas revelaban que sólo uno de los hijos varones sobrevivía, que los otros cuatro tenían como poco dieciséis años al morir y que habían perecido en duelos ya que en caso contrario los engastes habrían sido negros. ¡Qué doloroso debía de ser llevar siempre encima un recordatorio así! Según Vandene, las mujeres tenían por un gran orgullo que los engastes fueran rojos o blancos, tanto si rodeaban perlas o gotas de fuego o simples cristales de colores. Vandene afirmaba que muchas mujeres ebudarianas arrancaban las piedras que representaban a sus hijos mayores de dieciséis años que rehusaban un duelo y que jamás volvían a reconocerlos como tal.

Finalmente, Tylin levantó la cabeza. Su semblante mostraba un gesto afable y su mano se apartó del cuchillo del cinturón, pero continuó toqueteando el cuchillo de esponsales con aire ausente.

—Beslan, mi hijo, tiene tu misma edad, Elayne. Quiero que me suceda en el Trono de los Vientos —confió en voz suave—. Tal cosa se daría por sentada si estuviésemos en Andor, aunque en ese caso tendría que ser una mujer —aquí sonrió, aparentemente con genuino regocijo—. Se daría por sentado en cualquier otro país excepto en Murandy, donde las cosas funcionan de un modo muy parecido a Altara. En el milenio transcurrido desde Artur Hawkwing, sólo una casa ha sido capaz de conservar el trono durante cinco generaciones seguidas, y la caída de Anarina fue tan en picado que al día de hoy la casa Todande es un perrillo faldero de quien quiera aceptarla como tal. Ninguna otra casa ha tenido más de dos generaciones en reinados sucesivos.

»Cuando mi padre ascendió al trono, otras casas ostentaban más poder que la de Mitsobar en la propia ciudad. Si hubiese salido de palacio sin ir acompañado por su guardia, lo habrían metido dentro de un saco con grandes piedras y lo habrían arrojado al río. Cuando murió, me entregó lo que ahora poseo. Poco, comparado con lo que tienen otros dirigentes.

Un hombre cabalgando de continuo en caballos de refresco podría alcanzar en un solo día el límite del territorio bajo mi autoridad. Empero, no he permanecido ociosa. Cuando llegaron las nuevas sobre el Dragón Renacido, tuve la certeza de que podría transmitirle a Beslan el doble de lo que poseo ahora y, llamémoslos, ciertos aliados. La Ciudadela de Tear y *Callandor* lo cambiaron todo. Ahora le doy las gracias a Pedron Niall cuando arregla las cosas para que Illian se apropie de otra franja fronteriza de ciento cincuenta kilómetros en lugar de invadir Altara. Oigo a Carridin y a Teslyn y a Merilille, y rezo para que pueda legar algo a mi hijo en lugar de que me encuentren ahogada en el baño el día que Beslan sufra un accidente de caza.

Tylin hizo una profunda inhalación. El gesto plácido de su semblante no se alteró, pero al hablar su voz había adquirido un timbre cortante.

—Bien, y ahora que me he desnudado ante vosotras en plena lonja del mercado, respondedme: ¿Por qué este honor de que acudan a mi corte otras cuatro Aes Sedai?

—Estamos aquí para encontrar un *ter'angreal* —respondió Elayne y, mientras Nynaeve la miraba estupefacta, explicó a la reina todo, desde el *Tel'aran'rhiod* hasta la capa de polvo que cubría la habitación donde se encontraba el cuenco.

—Lograr que el tiempo vuelva a ser normal sería un milagro y una bendición —musitó lentamente Tylin—; pero, por tu descripción de ese barrio, me suena que es el Rahad, al otro lado del río. Incluso la Fuerza Civil va con mil ojos por esa zona. Disculpadme, pero, aunque entiendo que sois Aes Sedai, en el Rahad podríais acabar con un cuchillo clavado en la espalda antes de daros cuenta de lo que ha pasado. Quizá deberíais dejar esa búsqueda a Vandene y Adeleas. Creo que tienen unos cuantos años más que vosotras y, por ende, habrán visto sitios así con anterioridad.

—¿Os hablaron del cuenco? —preguntó Nynaeve, frunciendo el ceño.

—No. —La reina sacudió la cabeza—. Sólo me dijeron que estaban aquí para buscar algo. Las Aes Sedai jamás dicen una palabra más de lo que es absolutamente necesario. —De nuevo la fugaz sonrisa asomó a su cara; parecía un gesto divertido, aunque hacía que las cicatrices de las mejillas semejaran finas arrugas—. Al menos, hasta que llegasteis vosotras dos. Ojalá los años no os cambien demasiado. A menudo deseo que Cavandra no hubiese regresado a la Torre; con ella podía hablar así. —Se puso de pie al tiempo que les indicaba con un gesto que permanecieran sentadas y después cruzó la estancia para tocar un gong de plata con un macillo de marfil; para ser tan pequeño, produjo un sonido fuerte y agudo—. Pediré un poco de té de menta frío y charlaremos. Me diréis en qué modo puedo ayudaros; si envío soldados al Rahad se repetirán las algaradas de los Disturbios del Vino. Tal vez hasta podríais explicarme por qué la bahía está llena de barcos de los Marinos pero sin que ninguno de ellos atraque ni haga transacciones.

Pasaron un largo rato tomando té y charlando, especialmente sobre los peligros del Rahad y lo que Tylin no podía hacer; la reina mandó llamar a Beslan, un joven de voz suave que saludó con una reverencia respetuosa y las miró fijamente con unos hermosos ojos negros que quizá traslucieron alivio cuando su madre le dijo que podía marcharse. Desde luego, él no dudó ni por un momento que fueran Aes Sedai. Finalmente, sin embargo, las dos mujeres jóvenes se encontraron regresando a sus aposentos por los pasillos pintados con vivos colores.

—Así que también se proponen ocuparse ellas de la búsqueda —rezongó Nynaeve al tiempo que echaba una ojeada en derredor para asegurarse de que ninguno de los sirvientes uniformados estaba lo bastante cerca para oírla. Tylin se había enterado de muchas cosas sobre ellas demasiado pronto. Y, por mucho que sonriera, le había molestado la presencia de Aes Sedai en Salidar—. Elayne, ¿te parece prudente haberle contado todo? Podría decidir que el mejor modo de que el chico ascienda al trono es dejarnos encontrar el cuenco y después informar a Teslyn. —Conocía sólo por encima a la Roja, pero la recordaba como una mujer desagradable.

—Sé lo que pensaba mi madre sobre que unas Aes Sedai fueran y vinieran por territorio de Andor sin informarle jamás lo que se traían entre manos. Sé cómo me sentiría yo de estar

Librodot

en lugar de Tylin. Además, recordé finalmente que me enseñaron esa frase, la de reclinarse en su cuchillo y todo lo demás. El único modo de insultar a alguien que te dice eso, es mentirle. —Elayne levantó la barbilla—. En cuanto a Vandene y Adeleas, sólo creen que han asumido el control, porque en realidad no lo han hecho. Ese barrio, el Rahad, será peligroso, pero dudo mucho que sea peor que Tanchico. Y aquí no tendremos que preocuparnos por el Ajah Negro. Te apuesto a que en diez días el cuenco estará en nuestro poder. Y que sabré por qué el *ter'angreal* de Mat hace lo que se supone no podría hacer y tendré a ese patán saludándonos militarmente con la misma rapidez que maese Vanin. Y que estaremos de camino para reunirnos con Egwene, mientras Vandene y Adeleas se quedan aquí plantadas con Merilille y Teslyn, tratando de explicarse lo que ha pasado.

Nynaeve no pudo evitar echarse a reír con todas sus ganas. Un sirviente larguirucho que cambiaba de sitio un jarrón de porcelana dorada la miró de hito en hito, a lo que la antigua Zahorí respondió sacándole la lengua. Faltó poco para que el hombre dejara caer el jarrón al suelo.

—No aceptaré esa apuesta, salvo en lo referente a Mat, Elayne. Quedamos en que en diez días.

Librodot

CAPÍTULO 26

El Espejo de las Nieblas

Rand daba chupadas a la pipa con satisfacción; estaba en mangas de camisa, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en una de las columnas blancas que rodeaban el pequeño patio oval, y contemplaba los chorros de la fuente de mármol centelleando como gemas bajo la luz del sol. Era por la mañana, y en esa parte del patio todavía duraba una agradable sombra. Hasta Lews Therin estaba tranquilo y callado.

—¿Seguro que no quieres replantearte lo de Tear? —preguntó.

Perrin estaba, como él, sentado en el suelo y apoyado en la siguiente columna y tampoco tenía puesta la chaqueta. Expulsó el humo en dos perfectos aros antes de ponerse de nuevo entre los dientes su pipa, un objeto muy adornado con tallas de cabezas de lobo.

—¿Y qué pasa con lo que vio Min? —preguntó a su vez.

El intento de Rand de hacer también un anillo se echó a perder a costa del gruñido que soltó, de modo que el humo salió en una bocanada. Min no tenía derecho a sacar a relucir eso cuando Perrin podía escucharla.

—¿De verdad quieres estar atado a mi cinturón, Perrin?

—Lo que quiero no parece haber contado gran cosa desde la primera vez que vimos a Moraine en Campo de Emond —repuso secamente su amigo, que suspiró—. Eres quien eres, Rand. Si fracasas tú, fracasa todo. —De repente se retiró de la columna y se sentó erguido al tiempo que miraba con el entrecejo fruncido hacia una amplia puerta que había a la izquierda, detrás de las columnas.

Pasaron varios segundos hasta que Rand oyó pisadas en esa dirección, demasiado fuertes para ser de un humano. La inmensa figura que se agachó para cruzar el umbral y que entró en el patio era el doble de alta que la sirvienta que tenía que ir casi corriendo para mantener el paso de las largas piernas del Ogier.

—¡Loial! —exclamó Rand mientras se incorporaba rápidamente.

Perrin y él llegaron al mismo tiempo junto al Ogier, cuya ancha sonrisa realmente casi dividía su cara en dos. La larga casaca, cuyos vuelos caían por encima de las botas altas con los bordes vueltos, todavía tenía polvo del camino y en los enormes bolsillos se marcaban formas cuadradas, como siempre; Loial necesitaba tener libros a mano.

—¿Estás bien, Loial?

—Pareces cansado —abundó Perrin mientras conducía al Ogier hacia la fuente—. Siéntate en el borde del pilón.

Loial se dejó llevar, aunque enarcó sus largas y colgantes cejas y agitó las copetudas orejas en un gesto de desconcierto mientras miraba alternativamente a ambos. Sentado era tan alto como Perrin de pie.

—¿Que si estoy bien? ¿Que si estoy cansado? —Su voz retumbaba como un temblor de tierra—. ¡Pues claro que estoy bien! Y si estoy cansado es lógico, ya que he caminado mucho. He de decir que resulta muy agradable depender sólo de mis piernas. Uno siempre sabe dónde lo llevan sus propios pies, pero nunca puede estar seguro con un caballo. De todos modos, mis piernas son más rápidas. —De improviso soltó una atronadora risa—. Me debes una moneda de oro, Perrin. ¡Tú y tus diez días! Apostaría otra corona a que no has llegado ni cinco días antes que yo.

—Tendrás tu corona —rió Perrin. En un aparte con Rand y que hizo que las orejas de Loial vibraran de indignación, añadió—: Gaul lo ha echado a perder. Ahora juega a los dados y hace apuestas en carreras de caballos aunque es incapaz de distinguir un pura sangre de un jamelgo.

Rand sonrió. Loial nunca había tenido muy buena opinión de los caballos y no era de extrañar, ya que sus piernas eran más largas que las patas de los animales.

—¿Seguro que estás bien, Loial? —insistió.

—¿Encontraste ese *stedding* abandonado? —inquirió Perrin, sin quitarse la pipa de entre los dientes.

—¿Has estado allí el tiempo suficiente?

—¿De qué habláis vosotros dos? —El ceño fruncido de Loial en un gesto de incertidumbre hizo que las puntas colgantes de sus cejas cayeran sobre sus mejillas—. Sólo quería volver a ver un *stedding,* sentirlo. Ya estoy listo para otros diez años más.

—Pues no es eso lo que dice tu madre —replicó seriamente Rand.

Antes de que Rand hubiese acabado de hablar, ya estaba Loial de pie y mirando frenéticamente en derredor, con las orejas aplastadas y temblando.

—¿Mi madre? ¿Aquí? ¿Está ella aquí?

—No, no está —contestó Perrin, y las orejas de Loial quedaron fláccidas por el alivio—. Al parecer se encuentra en Dos Ríos. O lo estaba hace un mes. Rand utilizó algún método de saltar de un sitio a otro y los llevó a ella y al Mayor Haman... ¿Qué te pasa?

A medio gesto de volver a sentarse, Loial se había quedado petrificado, con las rodillas dobladas, al oír el nombre del Mayor Haman. Luego cerró los ojos y se dejó caer lentamente en el borde del pilón.

—El Mayor Haman —musitó al tiempo que se frotaba la cara con la enorme manaza—. El Mayor Haman y mi madre. —Miró a Perrin. Miró a Rand. Después, en un tono de voz que sonaba demasiado quedo e indiferente, preguntó—: ¿Iba alguien más con ellos? —En fin, era un tono bajo tratándose de un Ogier; sonaba como el zumbido de un gigantesco abejorro metido en una gran botella de cristal.

—Una joven Ogier llamada Erith —le respondió Rand—. Tu... —Dejó la frase en el aire, incapaz de terminarla.

Exhalando un gemido, Loial volvió a incorporarse de un salto. En puertas y ventanas asomaron las cabezas de criados para ver qué era aquel ruido tremendo, pero desaparecieron enseguida cuando vieron a Rand. El Ogier empezó a pasear arriba y abajo, orejas y cejas tan caídas que parecía como si se le estuviesen derritiendo.

—Una esposa —farfulló Loial—. No puede ser de otro modo, si están involucrados mi madre y el Mayor Haman. Una esposa. ¡Soy demasiado joven para casarme!

Rand se tapó la boca con la mano para ocultar una sonrisa; puede que Loial fuera joven para la media de vida de los Ogier, pero en su caso significaba que tenía más de noventa años.

—Me llevará a rastras de vuelta al *stedding* Shangtai —continuó Loial—. Sé que no me dejará viajar contigo y aún no tengo suficientes notas en mi libro. Oh, tú puedes sonreír, Perrin. Al fin y al cabo, Faile hace lo que dices. —Perrin se atragantó con el humo de la pipa y resolló hasta que Rand le dio unas palmadas en la espalda—. Con nosotros es diferente —continuó Loial—. En nuestra sociedad se considera de muy mala educación no hacer lo que dice la esposa. Una gran grosería. Sé que me hará dedicarme a algo serio y respetable, como cantar a los árboles o... —Se puso ceñudo de repente y dejó de pasear de un lado a otro—. ¿Dijiste Erith?

Rand asintió; Perrin parecía estar recuperando la respiración, pero observaba a Loial con una especie de sorna malévola.

—¿Erith, hija de Iva, nieta de Alar? —preguntó el Ogier, a lo que Rand volvió a asentir. Loial regresó junto a la fuente y tomó asiento de nuevo en el borde del pilón—. Pero si la conozco. Tienes que acordarte, Rand. La conocimos en el *stedding* Tsofu.

—Eso es lo que intentaba decirte —respondió pacientemente Rand, que también parecía

estar pasándolo en grande—. Era la que comentó que le parecías muy apuesto. Y te regaló una flor, si no recuerdo mal.

—Puede que lo dijera —masculló Loial, a la defensiva—. Tal vez, pero no me acuerdo. —Pese a sus palabras, se llevó la mano a uno de los bolsillos repleto de libros, en el que Rand habría apostado cualquier cosa a que guardaba la flor cuidadosamente prensada. El Ogier carraspeó con un retumbante sonido—. Erith es muy hermosa. Nunca había visto una belleza tal. Y es inteligente. Escuchó con gran atención cuando le expliqué la teoría de Serden, hijo de Kolom, nieto de Radin; la escribió hace unos seiscientos años, y se refiere a cómo los Atajos se... —Dejó la frase en el aire al reparar en sus sonrisitas—. En fin, que escuchó con interés. Con gran interés.

—Seguro que sí —dijo evasivamente Rand. La mención de los Atajos lo hizo pensar. La mayoría de los accesos se encontraban cerca de *steddings* y, si se daba crédito a la madre de Loial y al Mayor Haman, lo que a Loial le hacía falta era un *stedding.* Ni que decir tiene que lo más cerca de uno que él podía trasladar a su amigo era en los aledaños; no se podía encauzar hacia dentro de un *stedding* del mismo modo que no se podía encauzar estando en uno de ellos—. Escucha, Loial, quiero poner bajo vigilancia todos los accesos a los Atajos y para ello necesito a alguien que no sólo pueda encontrarlos sino que tenga posibilidad de hablar con los Mayores y obtener su permiso para llevarlo a cabo.

—Luz —gruñó, malhumorado, Perrin. Dio golpecitos a su pipa para vaciarla y pisó con el tacón de la bota los restos quemados del tabaco—. ¡Luz! Enviaste a Mat a hacer frente a unas Aes Sedai. Quieres lanzarnos a mí y a unos pocos cientos de hombres de Dos Ríos, algunos de los cuales conoces, en medio de una guerra contra Sammael. Y ahora quieres que Loial emprenda camino cuando acaba de llegar. ¡Maldita sea, Rand, míralo! Necesita descansar. ¿Hay alguien a quien no utilices? A lo mejor se te ocurre mandar a Faile a la caza de Moghedien o de Semirhage. ¡Luz!

La ira se acumuló dentro de Rand cual una tempestad que lo hizo temblar. Aquellos ojos amarillos lo contemplaban sombríamente, pero les devolvió una mirada igual de tormentosa.

—Utilizo a quien sea preciso. Tú mismo lo has dicho: soy quien soy. Estoy utilizándome a mí mismo hasta consumirme porque he de hacerlo, igual que utilizaré a cualquiera que deba. No tenemos opción. Yo no. Ni tú. ¡Ni nadie!

—Rand, Perrin —musitó, preocupado, Loial—. Calmaos, por favor. No peleéis. Vosotros no. —Una mano grande como un jamón palmeó torpemente los hombros de uno y otro—. Los dos deberías descansar en un *stedding.* En los *steddings* reina una gran paz, un ambiente muy relajante.

Rand y Perrin seguían mirándose fijamente. En los ojos del primero todavía centelleaba la ira, como relámpagos de una tormenta que no acaba de amainar. Los rezongos de Lews Therin resonaban vacilantes, lejanos.

—Lo siento —musitó, hablando por los dos.

Perrin hizo un gesto con la mano como quitándole importancia, quizá dando a entender que no había nada por lo que disculparse o tal vez que aceptaba la disculpa, pero él no hizo lo propio. En cambio, su cabeza giró de nuevo hacia las columnas, a la puerta por la que había llegado Loial. Una vez más, transcurrieron varios segundos antes de que Rand oyera unos pasos precipitados. Min entró en el patio a todo correr. Haciendo caso omiso de Perrin y de Loial se echó en brazos de Rand.

—Vienen hacia aquí —jadeó—. Están de camino hacia aquí.

—Cálmate, Min —pidió Rand—. Tranquilízate. Empezaba a pensar que todas estaban guardando cama como... ¿Cómo dijiste que se llama? ¿Demira? —En realidad, sentía un gran alivio a pesar de que los rezongos y risas jadeantes de Lews Therin crecieron de intensidad con la mención de Aes Sedai. Durante tres días Merana había acudido con dos hermanas cada tarde, tan puntual como la pieza más precisa de un artesano en relojes, pero las visitas habían cesado de manera repentina hacía cinco días, sin una palabra de explicación. Min no tenía ni idea del porqué. Rand había estado preocupado de que se hubiesen sentido lo bastante

ofendidas por sus reglas para marcharse de Caemlyn.

Pero el rostro de Min, alzado hacia él, tenía una expresión de angustia. Se dio cuenta de que la joven estaba temblando.

—¡Escúchame! Son siete, no tres, y no me enviaron para pedirte permiso ni para informarte de su venida ni nada. Me escabullí y he traído a *Galabardera* a galope tendido todo el camino para adelantarme. Se proponen entrar en palacio antes de que sepas que están aquí. Oí a Merana hablar con Demira cuando creían que yo no estaba. Tienen intención de llegar al salón del trono antes que tú para que así tengas que acudir tú a su presencia.

—¿Crees que esto está relacionado con tu visión? —preguntó sosegadamente. Mujeres capaces de encauzar le harían mucho daño, había dicho Min. «¡Siete! —susurró roncamente Lews Therin—. ¡No! ¡No! ¡No!» Rand hizo caso omiso de él; la verdad es que no podía hacer mucho más.

—Lo ignoro, Rand —contestó Min en un tono angustiado. Rand se sorprendió al reparar que el brillo de sus oscuros ojos se debía a las lágrimas que pugnaban por derramarse—. ¿Crees que no te lo diría si lo supiese? Sólo sé que vienen y que...

—No hay nada que temer —la interrumpió firmemente. Las Aes Sedai debían de haberla asustado de verdad para que Min estuviese a punto de llorar. «Siete —gimió Lews Therin—. No puedo dominar a siete, no a la vez. A siete no.» Rand pensó en el *angreal* del hombrecillo gordo y la voz se redujo a murmullos, aunque seguía sonando intranquila. Al menos Alanna no era una de ellas; Rand podía sentirla a cierta distancia, sin moverse y, desde luego, no desplazándose hacia él. No estaba seguro de atreverse a enfrentarse cara a cara con ella otra vez—. Y tampoco hay tiempo que perder. ¡Jalani!

La joven Doncella de mejillas llenitas salió de detrás de una columna tan de repente que las orejas de Loial se irguieron bruscamente. Min pareció reparar en el Ogier por vez primera; y en Perrin. También ella dio un respingo.

—Jalani, dile a Nandera que me dirijo al salón del trono —instruyó Rand—, donde espero la llegada de Aes Sedai a no tardar.

La joven Doncella trató de mantener el gesto impasible, pero el atisbo de una sonrisa ufana resaltó sus mejillas haciéndolas parecer aun más llenitas.

—Beralna ya ha ido a informar a Nandera, *Car'a'carn.*

Las orejas de Loial se agitaron por la sorpresa ante el título.

—Entonces, dile a Sulin que se reúna conmigo en los vestidores de detrás del salón del trono. Que lleve mi chaqueta y el Cetro del Dragón.

La sonrisa de Jalani se ensanchó aun más.

—Sulin ya ha ido corriendo, con su vestido de mujer de las tierras húmedas, tan deprisa como una liebre de hocico gris que se ha sentado en las espinas de una *segade.*

—En tal caso, puedes traer mi caballo al salón del trono.

La joven Doncella se quedó boquiabierta, sobre todo cuando Perrin y Loial prorrumpieron en carcajadas, doblándose por la cintura. Min le asestó un puñetazo en las costillas falsas que le hizo soltar un gruñido de dolor.

—¡Esto no es asunto para tomárselo a broma, pastor ignorante! Merana y las demás se ajustaron los chales como quien se pone una armadura. Y ahora, atiéndeme. Me situaré a un lado, detrás de las columnas, de manera que tú puedas verme pero ellas no, y, si vislumbro algo, te haré algún tipo de señal.

—Tú te quedas aquí, con Loial y Perrin —le dijo él—. No sé qué clase de señal podrías hacer que pudiera entender, y si te descubren sabrán que me has advertido. —Ella le lanzó una de aquellas miradas, puesta en jarras, entre hosca y obcecada—. Min...

Para su sorpresa, la joven suspiró y dijo:

—Sí, Rand. —Tan suave como una malva.

Esa reacción en ella lo hacía tan suspicaz como si viniera de Elayne o Aviendha, pero no tenía tiempo para indagar más si quería llegar al salón del trono antes de que lo hiciera Merana. Asintió, confiando en no traslucir la incertidumbre que sentía.

Preguntándose si no habría debido pedirles a Perrin y a Loial que la retuvieran allí —¡a ella le habría encantado eso!— fue trotando todo el camino hasta los vestidores anexos al salón del trono, con Jalani pisándole los talones y mascullando si lo del caballo había sido una broma. Sulin ya estaba allí con la chaqueta roja de bordados dorados y el Cetro del Dragón; el trozo de lanza mereció un gruñido de aprobación de la joven Doncella, aunque Rand estaba seguro de que le habría parecido más aceptable sin los borlones verdes y blancos y con un astil como era debido, entero y sin las tallas. Rand tanteó el bolsillo para comprobar que llevaba el *angreal.* Allí estaba, y respiró con alivio, aunque Lews Therin parecía seguir jadeando con ansiedad.

Cuando Rand pasó por uno de los vestidores forrados con paneles de madera al salón del trono, descubrió que todo el mundo había actuado con igual rapidez que Sulin. Bael erguía su imponente estatura a un lado del estrado del trono, cruzado de brazos, mientras que Melaine estaba situada al otro lado, ajustándose sosegadamente su oscuro chal. Alrededor de un centenar de Doncellas se alineaban formando un pasillo desde las puertas, con una rodilla hincada en el suelo, bajo la atenta mirada de Nandera y equipadas con lanzas y adargas, los arcos guardados en las fundas colgados al hombro y las aljabas llenas en la cadera. Sólo se les veían los ojos por encima de los velos negros. Jalani corrió a reunirse en las filas. Detrás de ellas se amontonaban más Aiel entre las gruesas columnas, tanto hombres como Doncellas, aunque ninguno parecía ir armado aparte del cuchillo del cinturón. Sin embargo, muchos rostros mostraban una expresión sombría. No debían sentirse a gusto con la idea de enfrentarse a unas Aes Sedai y no por miedo al Poder. Hablaran como hablaran de ellas ahora Melaine y las otras Sabias, la mayoría de los Aiel tenían firmemente arraigado en sus mentes el haberles fallado en el pasado.

Bashere no estaba presente, por supuesto —él y su esposa se encontraban en uno de los campamentos de entrenamiento— y tampoco había ningún noble andoreño de los que solían pulular por palacio. Rand estaba convencido de que Naean, Elenia, Lir y toda esa pandilla se habían enterado de esta reunión tan pronto como empezó el movimiento. Jamás se perdían una audiencia del trono a menos que Rand les mandara salir. Su ausencia sólo podía significar que, de camino al salón del trono, también se habían enterado del motivo, lo cual indicaba que las Aes Sedai ya estaban en palacio.

En efecto, Rand apenas había tomado asiento en el Trono del Dragón, con el Cetro del Dragón sobre sus rodillas, cuando la señora Harfor entró con el semblante arrebolado, algo inusitado en ella. Los miró a él y a los Aiel con idéntica sorpresa y anunció:

—Envié sirvientes a buscaros por todas partes. Hay unas Aes Sedai... —Fue todo lo que pudo decir antes de que siete Aes Sedai aparecieran en las grandes puertas.

Rand sintió a Lews Therin tratando de asir el *Saidin,* tocando el *angreal,* pero Rand logró asirlo antes y dominó aquel aterrador torrente de fuego y hielo, contaminación y dulzura, con tanta firmeza como asía el trozo de lanza seanchan.

«Siete —masculló en tono sombrío Lews Therin—. Les dije que tres y vienen siete. He de ser cauto. Sí. Cauto.»

«Fui yo quien dijo que tres —espetó Rand a la voz—. ¡Yo! ¡Rand al'Thor!» Lews Therin se calló, pero después el lejano rezongo comenzó de nuevo.

Mirando primero a Rand y después a las siete mujeres con los chales de flecos de colores, la señora Harfor aparentemente decidió que estar en medio no era un buen sitio. Las Aes Sedai recibieron su primera reverencia, Rand la segunda, y después la mujer se dirigió hacia un lado de las puertas haciendo todo un alarde de calma. Cuando las Aes Sedai hubieron cruzado el umbral, formando una línea de siete en fondo, la señora Harfor se deslizó al corredor por detrás con un poquito de prisa.

En cada una de las tres visitas realizadas, Merana había llevado consigo a diferentes Aes Sedai y Rand las reconoció a todas salvo a una, desde Faeldrin Harella, situada al extremo de la derecha, con su oscuro cabello tejido en multitud de finas trencillas que adornaba con cuentas de vivos colores, a la corpulenta Valinde Nathenos, en el extremo izquierdo, con su

chal de flecos blancos y vestido del mismo color. Todas ellas vestían con el color de su Ajah. Rand sabía quién debía de ser la que no conocía. Aquella tez cobriza señalaba que la bonita mujer ataviada con ropas de seda de un tono broncíneo oscuro era Demira Eriff, la hermana Marrón de la que Min había informado que había tenido que guardar cama. Sin embargo se encontraba en el centro de la fila, un paso por delante de las demás, en tanto que Merana se hallaba entre Faeldrin y la rellenita Rafela Cindal, quien parecía aun más seria ese día de lo que se había mostrado cuando acudió con Merana seis días atrás. Todas parecían muy serias.

Se detuvieron un instante, mirándolo impasiblemente, haciendo caso omiso de los Aiel, y después se adelantaron, en primer lugar Demira, y después Seonid y Rafela, seguidas por Merana y Masuri, de manera que formaban una especie de punta de flecha apuntada hacia Rand. A éste no le hizo falta sentir el cosquilleo en la piel para saber que habían abrazado el *Saidar.* A cada paso que daban, las mujeres parecían mucho más altas que antes.

«¿Creen que van a impresionarme hilando el Espejo de las Nieblas?» La risa incrédula de Lews Therin dio paso a unas carcajadas demenciales. Rand no necesitaba explicación alguna del hombre; había visto a Moraine hacer algo parecido en una ocasión. Asmodean también lo había llamado el Espejo de las Nieblas, así como Ilusión.

Melaine ajustó su chal con irritación y aspiró sonoramente el aire por la nariz, pero Bael reaccionó de repente como si él solo estuviese haciendo frente a una carga de centenares de hombres. Tenía intención de aguantar el embate, pero sin esperar resultado alguno. De hecho, algunas Doncellas rebulleron inquietas hasta que Nandera les asestó una mirada furibunda por encima del velo y aquello bastó para acallar el quedo ruido de pies moviéndose entre los Aiel situados tras las columnas.

Demira Eriff empezó a hablar y resultó obvio que también en eso estaba involucrado el encauzamiento. No gritó, pero su voz llenó el salón del trono dando la impresión de provenir de todos los puntos a la vez.

—En las circunstancias actuales, se decidió que hablara yo en nombre de todas. No venimos hoy con intención de hacerte daño, pero las restricciones que habíamos aceptado antes a fin de que te sintieras seguro ahora tenemos que rechazarlas. Obviamente nunca has aprendido a mostrar el respeto debido a las Aes Sedai. Ahora no tendrás otro remedio que aprenderlo. A partir de este día, vendremos e iremos como y cuando nos plazca, y sólo si así lo decidimos te informaremos antes cuando queramos hablar contigo. Tus centinelas Aiel apostados alrededor de nuestra posada han de retirarse y nadie debe seguirnos ni tampoco vigilarnos. Cualquier futuro insulto a nuestra dignidad recibirá su castigo, aunque aquellos a los que debamos castigar son como niños, y tú serás responsable de su dolor. Así es como ha de ser. Así es como será. Entiende de una vez que somos Aes Sedai.

Cuando aquella punta de flecha se detuvo ante el trono, Rand advirtió que Melaine lo miraba de reojo, fruncido el ceño, sin duda preguntándose si estaba impresionado. Si no hubiese sabido lo que estaba ocurriendo, lo habría estado; ni siquiera estaba seguro de no estarlo, de todos modos. Las siete Aes Sedai parecían ser el doble de altas que Loial, puede que más, y las cabezas llegaban casi a mitad de camino del abovedado techo con sus cristaleras de colores. Demira lo observaba desde arriba, fría y desapasionada, como si estuviese sopesando la posibilidad de cogerlo con una mano, la cual parecía lo bastante grande para poder hacerlo.

Rand se obligó a recostarse en el trono con indiferencia; apretó los labios al darse cuenta de que le había supuesto un esfuerzo, aunque no excesivo. Lews Therin seguía balbuciendo y chillando, pero a lo lejos, algo sobre no esperar más y arremeter ahora. La Aes Sedai había dado énfasis a algunas palabras, como si Rand tuviera que entender el significado. ¿En qué circunstancias? Habían aceptado las restricciones antes; ¿por qué, de repente, esta actitud irrespetuosa? ¿Por qué habían decidido de pronto que, lejos de necesitar hacerlo sentirse seguro, podían amenazarlo?

—Las emisarias de la Torre en Cairhien aceptaron las mismas restricciones y no parecieron sentirse ofendidas. —En fin, no demasiado ofendidas—. En lugar de vagas

amenazas, ofrecieron regalos.

—Nosotras no somos ellas. Y no están aquí. No vamos a comprarte.

El desprecio en la voz de Demira lo hirió. A Rand le dolían los nudillos de tanto apretar el Cetro del Dragón. Su cólera encontraba eco en la de Lews Therin y, de repente, advirtió que el hombre estaba intentando de nuevo alcanzar la Fuente.

«¡Maldito seas!» pensó Rand. Tenía intención de aislarlas con un escudo, pero Lews Therin habló jadeante, casi dominado por el pánico:

«No hay fuerza suficiente. Incluso con el *angreal* es posible que no sea bastante para sujetar a siete. ¡Necio! ¡Esperaste demasiado! ¡Es demasiado peligroso!»

Aislar a cualquiera requería un esfuerzo considerable. Con el *angreal* Rand estaba convencido de poder crear siete escudos, aun contando con que las mujeres ya estaban abrazando el *Saidar,* pero si una sola de ellas consiguiese romper el escudo... O más de una. Quería impresionarlas con su fuerza, no darles la ocasión de superarla. Pero había otro modo. Tejiendo Energía, Fuego y Tierra arremetió casi como si fuera a aislarlas.

Su Espejo de Nieblas se destruyó y de repente no eran más que siete mujeres normales plantadas ante él con una expresión estupefacta en el rostro. La impresión desapareció tras la máscara de tranquilidad Aes Sedai un instante después, sin embargo.

—Ya has oído nuestras exigencias —dijo Demira en un tono normal, pero imperioso, como si nada hubiese ocurrido—. Esperamos que se cumplan.

Rand las miró fijamente a despecho de sí mismo. ¿Qué era lo que tenía que hacer para demostrarles que no iban a intimidarlo? El *Saidin* lo henchía como una oleada de ardiente rabia; no podía permitirse el lujo de soltarlo. Lews Therin gritaba ahora como un demente, fuera de sí, tratando de arrebatarle la Fuente y aferrarla él. Tuvo que emplearse a fondo para impedírselo. Se levantó lentamente. Con la altura extra que le proporcionaba el estrado, se erguía imponente ante ellas. Siete rostros impasibles se alzaban hacia él.

—Las restricciones siguen vigentes —manifestó con voz calmada—. Y se añade una más a las anteriores: de ahora en adelante, espero ver el respeto que me debéis. Soy el Dragón Renacido. Podéis iros. La audiencia ha terminado.

Durante quizás unos diez segundos las mujeres se quedaron inmóviles, sin pestañear siquiera, como para demostrar que no moverían ni un dedo porque él lo mandara. Después Demira se dio media vuelta sin hacer la más leve inclinación de cabeza. Al pasar junto a Seonid y Rafela, éstas giraron y fueron tras ella, y a continuación las otras, todas ellas caminando como si se deslizaran sobre las baldosas rojas y blancas, sin apresurarse, y salieron del salón del trono.

Rand bajó del estrado cuando las mujeres desaparecieron en el pasillo.

—El *Car'a'carn* las ha manejado bien —dijo Melaine en voz lo bastante alta para que se oyera en todos los rincones—. Habría que agarrarlas por el cuello y enseñarles honor aunque lloraran por ello.

Bael no logró del todo disimular su incomodidad al oír hablar de las Aes Sedai en tales términos.

—¿Y quizá no sería también el modo indicado de manejar a las Sabias? —inquirió Rand, arreglándoselas para sonreír.

Melaine se ajustó el chal como para dar énfasis a sus palabras, pronunciadas en voz baja:

—No seas un completo necio, Rand al'Thor.

Bael soltó una queda risita aunque por ello se ganó una mirada feroz de su esposa. Bueno, por lo menos había conseguido que alguien se riera; él, por el contrario, no sentía el regocijo de su pequeño chiste y no a causa del aislamiento del vacío. Casi deseó haber permitido a Min que asistiera a la reunión. Aquí había demasiado trasfondo que no entendía y temía que hubiese mucho más que ni siquiera veía. ¿Qué era realmente lo que se traían entre manos?

Librodot

Min cerró la puertecilla del vestidor y se recostó contra el oscuro panel con tallas de leones mientras inhalaba profundamente. Faile había ido a buscar a Perrin y, por mucho que Loial protestó aduciendo que Rand quería que ella se quedara allí, el Ogier había tenido que callarse ante la simple e indiscutible verdad de que Rand no tenía derecho a obligarla a permanecer en ningún sitio. Ni que decir tiene que si Loial hubiese sospechado siquiera lo que ella se proponía hacer, seguramente la habría cogido debajo del brazo —con sumo cuidado, claro es— y se habría sentado en el patio para leerle algún libro.

La cosa era que, a pesar de que lo había oído todo, no había visto gran cosa, aparte de unas Aes Sedai elevándose sobre el trono y el estrado. Debían de haber estado encauzando, algo que tornaba borrosas las imágenes y halos, pero Min se había sentido tan estupefacta que tampoco se habría percatado si hubiese habido alguno. Para cuando quiso recobrar la serenidad, habían dejado de parecer tan altas y la voz de Demira ya no retumbaba desde todos los rincones.

Se mordisqueó el labio mientras reflexionaba frenéticamente. Desde su punto de vista, había dos problemas. El primero, Rand y sus exigencias de respeto, significara lo que significara eso. Si esperaba que Merana le hiciera una reverencia iba a tener que esperar largo y tendido y, entre tanto, seguramente las había irritado. Tenía que haber una forma de que ella pudiera suavizar esa situación, si es que lograba discurrir cómo. El segundo problema eran las Aes Sedai. Rand parecía pensar que esto era una especie de pataleta a la que podía poner fin mostrándose firme e imponiéndose. Min ignoraba si a las Aes Sedai les daban pataletas, pero aun en caso afirmativo estaba segura de que esto era algo mucho más serio. Empero, el único sitio donde descubrirlo era en La Corona de Rosas.

Pidió que le trajeran a *Galabardera* en el establo del patio principal y partió al trote de vuelta a la posada; allí la dejó en manos de un mozo de cuadra de enormes orejas, con la orden de que se almohazara bien a la yegua y se le diera una ración de avena. Había ido a palacio a galope tendido y *Galabardera* se merecía una recompensa por ayudarla a echar a pique la maniobra de Merana y las otras. A juzgar por la fría ira que había traslucido la voz de Rand, Min no sabía qué habría podido pasar si se hubiese enterado de repente, sin previo aviso, de que siete Aes Sedai lo esperaban en el salón del trono.

La sala común de La Corona de Rosas seguía casi igual que cuando se había escabullido por la puerta de la cocina un rato antes. Los Guardianes estaban sentados a las mesas, algunos jugando al dominó o a las damas y unos cuantos a los dados. Todos levantaron la cabeza casi como un solo hombre cuando Min entró y, al reconocerla, volvieron a lo que estaban haciendo. La señora Cinchonine se encontraba de pie ante la puerta de la bodega —en La Corona de Rosas no había barriles de cerveza ni de vino apilados contra las paredes de la sala— cruzada de brazos y una expresión agria en el rostro. Los Guardianes eran los únicos que ocupaban las mesas y, como regla, estos hombres bebían poco y en contadas ocasiones. Había jarras y copas de peltre en las mesas pero Min veía el contenido de todas ellas intacto. Localizó a un hombre que podría mostrar buena disposición a contarle alguna cosa.

Mahiro Shukosa estaba sentado solo a una mesa, entretenido con los rompecabezas de la posada, y las dos espadas que por lo general llevaba colgadas a la espalda apoyadas contra la pared, al alcance de la mano. Con las canosas entradas y la nariz de rasgos aristocráticos, Mahiro era apuesto en un estilo tosco, aunque desde luego sólo una mujer enamorada lo habría descrito como guapo. En Kandor era un lord. Había visitado las cortes de casi todos los países, viajando con una pequeña biblioteca a cuestas y ganando o perdiendo en juegos con la misma sonrisa pronta. Recitaba poesía, tocaba el arpa y era un bailarín de ensueño. En resumen, salvo por el hecho de ser el Guardián de Rafela era exactamente la clase de hombre que a Min le habría gustado antes de conocer a Rand. De hecho, todavía le gustaban cuando reparaba en ellos durante los contados ratos que dejaba de pensar en él. Afortunada o desgraciadamente, Mahiro Shukosa la veía de un modo que Min sospechaba característico de Kandor, como una especie de hermana pequeña que de vez en cuando necesitaba charlar con alguien y alguno que otro consejo para que no se rompiera el cuello cuando salía a correrla.

Le decía que tenía las piernas bonitas, aunque jamás se le ocurriría tocárselas, y que le rompería el cuello a cualquier hombre que pensara hacerlo sin que ella le diera permiso.

Tras encajar diestramente las complejas piezas de hierro, colocó el rompecabezas sobre un montón de los que ya había terminado y cogió otro del segundo montón mientras Min se sentaba enfrente de él.

—Hola, repollo —saludó el Guardián, sonriente—. Así que has vuelto con el cuello intacto ni haber sido secuestrada ni haberte casado.

Algún día le preguntaría qué significaba eso; siempre se lo decía.

—¿Ha ocurrido algo desde que me marché, Mahiro?

—¿Te refieres a otra cosa aparte del regreso de las hermanas de su visita a palacio con aspecto de una tormenta sobre las montañas? —Como era habitual, el rompecabezas se desmontó entre sus manos como si hubiese encauzado.

—¿Y qué les ha ocurrido para irritarlas de ese modo?

—La entrevista con al'Thor, supongo. —El rompecabezas cobró forma de nuevo con igual facilidad y se unió al montón de los descartados; en un visto y no visto, ocurrió lo mismo con uno más del otro montón—. Hice ése hará cosa de un año —confesó.

—Pero ¿cómo, Mahiro? ¿Qué ha pasado?

Los oscuros ojos del hombre la observaron; los ojos de un leopardo habrían tenido el mismo aspecto de los de Mahiro si hubiesen sido casi negros.

—Min, una potrilla que mete la nariz en la madriguera equivocada puede acabar con las orejas arrancadas.

Min se encogió. Era completamente cierto. ¡Las tonterías que una mujer podía hacer por estar enamorada!

—Eso es precisamente lo que intento evitar, Mahiro. La única razón por la que estoy aquí es llevar y traer mensajes entre Merana y palacio, pero entro allí sin tener ni idea de en qué me estoy metiendo. No sé por qué las hermanas interrumpieron las visitas diarias ni por qué las han reanudado ni la razón de que hayan ido hoy un puñado en lugar de tres. Podría muy bien ocurrir que saliera de todo esto con algo más que las orejas arrancadas por no saber a qué atenerme. Merana no va a decírmelo; no me dice nada salvo que vaya allí y haga esto o aquello. ¿Ni siquiera una pequeña pista, Mahiro? ¡Por favor!

El hombre se puso a estudiar el rompecabezas, pero Min sabía que estaba pensando porque las piezas encajadas se movían entre sus largos dedos sin que se soltara ninguna.

Un movimiento en la parte trasera de la sala atrajo la atención de Min y la joven estuvo a punto de girar instintivamente la cabeza hacia allí, pero frenó el gesto en el último momento. Dos Aes Sedai volvían de tomar un baño a juzgar por su apariencia. La última vez que había visto a aquellas dos había sido muchos meses atrás, antes de que salieran de Salidar porque Sheriam tenía el pálpito de que Rand estaba en alguna parte del Yermo de Aiel. Y hacia allí era donde se habían encaminado Bera Harkin y Kiruna Nachiman; al Yermo de Aiel, no a Caemlyn.

Salvo por el rostro intemporal, Bera habría podido pasar por una ama de casa campesina, con el cabello castaño cortado de manera que enmarcaba su cara cuadrada, pero en este momento aquel semblante mostraba una firme y sombría determinación. Kiruna, elegante y escultural, no dejaba duda alguna de lo que era exactamente, hermana del monarca de Arafel y una dama poderosa por derecho propio. Sus grandes y oscuros ojos relucían como si fuese a ordenar una ejecución en cualquier momento y a disfrutar con el espectáculo. Imágenes y halos aparecían y desaparecían sobre ellas del modo que ocurría siempre con las Aes Sedai y sus Guardianes. Una de ellas atrajo la mirada de Min cuando surgió alrededor de ambas mujeres en el mismo instante, una aureola amarillo pardusco y púrpura intenso. Los colores en sí no significaban nada, pero aquel halo cortó la respiración a Min.

La mesa no estaba lejos del pie de la escalera, pero las dos mujeres ni siquiera dirigieron una mirada de pasada a Min cuando se dispusieron a subir los peldaños. Tampoco le habían hecho caso en Salidar, además de que ahora iban enfrascadas en su conversación.

Librodot

—Alanna tendría que haberlo puesto en su sitio hace mucho tiempo. —Kiruna Nachiman mantenía un tono de voz bajo, pero rebosante de ira—. Yo lo habría hecho en su lugar. Cuando llegue, pienso decírselo así, y al infierno con los convencionalismos.

—Habría que imponerle el sometimiento —se mostró de acuerdo Bera con voz inflexible—, y antes de que pueda hacer más daño a Andor. —Era andoreña—. Cuanto antes, mejor.

Mientras las dos mujeres subían la escalera Min advirtió que Mahiro la estaba observando.

—¿Cómo han llegado aquí? —preguntó; se sorprendió de que su voz sonara perfectamente natural. Con Kiruna y Bera sumaban trece. Trece Aes Sedai. Y estaba lo de aquel halo.

—Siguiendo los rumores sobre al'Thor. Se encontraban a mitad de camino hacia Cairhien cuando se enteraron de que estaba aquí. Yo en tu lugar las evitaría, Min. Sé por sus Gaidin que ninguna de las dos está de buen humor.

Kiruna tenía cuatro Guardianes y Bera, tres. Min se las ingenió para sonreír. Deseaba salir corriendo de la posada, pero con ello levantaría muchos comentarios y sospechas, incluso de Mahiro.

—Eso suena como un buen consejo. ¿Y qué dices de la pista?

El hombre vaciló un instante y después soltó el rompecabezas.

—No diré lo que es ni lo que no, pero un oído atento podría interpretar una palabra... Quizá deberías esperar encontrar molesto a al'Thor. Quizá deberías incluso plantearte pedir que otra persona llevara cualquier mensaje, tal vez uno de nosotros. —Se refería a los Guardianes—. Quizá las hermanas hayan decidido darle una pequeña lección de humildad a al'Thor. Y con eso, repollo, quizás haya dicho más de lo que debería. ¿Lo pensarás?

Min ignoraba si la «pequeña lección» era lo sucedido en palacio o algo que aún no había ocurrido, pero todo encajaba ahora. Y ese halo.

—También eso suena como un buen consejo. Mahiro, si Merana viene buscándome para que lleve un mensaje, ¿querrás decirle que he ido a dar un paseo por la Ciudad Interior durante los próximos cinco días?

—Un largo paseo —rió el hombre con amable sorna—. Todavía acabarás secuestrando un esposo si no vas con cuidado.

El orejudo mozo de cuadra la miró de hito en hito cuando Min insistió en que sacara del establo a *Galabardera* y volviera a ensillarla. Salió de las cuadras al paso, pero tan pronto como perdió de vista La Corona de Rosas en una esquina Min taconeó a la yegua, y a su paso la gente tuvo que saltar a los lados para quitarse de en medio mientras galopaba hacia palacio todo lo deprisa que *Galabardera* podía llevarla.

—Trece —repitió fríamente Rand y sólo decirlo bastó para que Lews Therin intentara arrebatarle de nuevo el control del *Saidin.* Era una lucha silenciosa con una bestia desaforada. Cuando Min informó que en realidad había trece Aes Sedai en Caemlyn, Rand había conseguido por los pelos aferrar la Fuente antes que Lews Therin. El sudor le corría por la cara y en su chaqueta había manchas oscuras. No había lugar para hacer ninguna otra cosa salvo evitar que el *Saidin* cayera en poder de Lews Therin. El esfuerzo hacía que un músculo de la mejilla se contrajera de manera espasmódica. La mano derecha le temblaba.

Min dejó de pasear de un lado al otro de la alfombra de la sala de estar y empezó a brincar sobre las puntas de los pies.

—No es sólo eso, Rand —añadió, frenética—. Es el halo: sangre, muerte, el Poder Único, esas dos mujeres y tú, todo en el mismo sitio y en el mismo momento. —Sus ojos brillaban otra vez, pero en esta ocasión las lágrimas corrieron por sus mejillas, incontenibles—. A Kiruna y a Bera no les gustas. ¡Ni pizca! ¿Recuerdas lo que vi a tu alrededor? Mujeres capaces de encauzar que te hacían daño. Son los halos y que su número ascienda a trece y todo lo demás, Rand. ¡Es demasiado!

Librodot

Min afirmaba que sus visiones siempre se cumplían aunque ignoraba si sería dentro de un día o de un año o de diez. Si se quedaba en Caemlyn, Rand sospechaba que sería lo primero. Aun con sólo aquella especie de gruñido continuo dentro de su cabeza, sabía que Lews Therin deseaba atacar a Merana y a las otras antes de que ellas lo atacaran a él. A fuer de ser sincero, la idea le resultaba inquietantemente atractiva al propio Rand. Tal vez sólo era una casualidad, tal vez su influencia de *ta'veren* en el azar había actuado en su contra, pero el hecho seguía existiendo. Merana había decidido desafiarlo justo el mismo día en que el número de Aes Sedai reunidas era trece.

Se puso de pie y entró en su dormitorio, donde permaneció sólo el tiempo suficiente para coger su espada de la parte posterior del armario y abrocharse el cinturón con la hebilla en forma de dragón.

—Vas a venir conmigo, Min —le dijo a la joven al tiempo que recogía el Cetro del Dragón y se encaminaba hacia la puerta.

—¿Ir adónde? —demandó ella mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo, pero fue tras él, que ya había salido al pasillo. Jalani se incorporó de un brinco una fracción de segundo más deprisa que Beralna, la huesuda pelirroja de ojos azules y sonrisa feroz.

Siendo Doncellas las únicas personas presentes, Beralna, como siempre, lo miró como considerando si hacerle o no el gran favor de llevar a cabo lo que le pedía, pero Rand le asestó una penetrante mirada a su vez. El vacío conseguía que su voz sonara distante y fría. La voz de Lews Therin había quedado reducida a apagados lloriqueos, pero Rand no osaba bajar la guardia. En Caemlyn no; ni en ningún lugar cerca de Caemlyn.

—Beralna, encuentra a Nandera y dile que se reúna conmigo en los aposentos de Perrin con todas las Doncellas que quiera traer. —No pensaba dejar atrás a Perrin y no por causa de ninguna visión; cuando Merana descubriera que Rand se había marchado, una de ellas podría decidir vincular a Perrin del mismo modo que Alanna había hecho con él—. Es posible que no regrese aquí. Si alguien ve a Perrin, a Faile o a Loial, que les diga que se reúnan conmigo allí también. Jalani, encuentra a la señora Harfor y dile que necesito papel, pluma y tinta. —Tenía que escribir unas cartas antes de marcharse. Su mano volvió a temblar y añadió—: Montones de papel. ¿Y bien? ¿A qué esperáis? ¡Moveos! ¡Vamos!

Las dos Doncellas intercambiaron una mirada y luego echaron a correr. Rand encaminó sus pasos en dirección opuesta, con Min casi trotando para no quedarse atrás.

—Rand, ¿adónde vamos?

—A Cairhien. —Con el vacío rodeándolo, aquello sonó tan frío como una bofetada—. Confía en mí, Min. No te haré ningún daño. Antes me cortaría el brazo que hacerte daño a ti.

Ella guardó silencio. Cuando Rand bajó la vista hacia la joven, se encontró con que lo estaba mirando a su vez con una extraña expresión.

—Eso ha sido muy bonito, pastor. —Su voz era tan rara como su gesto. La posibilidad de trece Aes Sedai yendo por él debía de haberla asustado realmente y no podía culparla por ello.

—Min, si resulta que hay que enfrentarse a ellas, prometo enviarte lejos del peligro de algún modo. —¿Cómo podía cualquier hombre hacer frente a trece? La mera idea hizo que Lews Therin surgiera de nuevo, gritando.

Para su sorpresa, Min sacó de las mangas de la chaqueta aquellos cuchillos con una floritura y abrió la boca, pero entonces deslizó las armas de nuevo en las mangas con igual suavidad —debía de haber estado practicando— antes de hablar:

—Puedes llevarme de la nariz a Cairhien o a cualquier otro sitio, pastor, pero más te vale cambiar de idea si crees que vas a quitarme de en medio así como así.

Por alguna razón, Rand tuvo la completa seguridad de que no era eso lo que había estado a punto de decir. Cuando llegaron a los aposentos de Perrin, Rand encontró una nutrida reunión. A un lado de la sala de estar, Perrin y Loial estaban en mangas de camisa, sentados con las piernas cruzadas en la alfombra azul y fumando sus pipas con Gaul, un Soldado de Piedra que Rand recordaba de la caída de la Ciudadela. Al otro lado se hallaba sentada Faile,

Librodot

asimismo en el suelo, con Bain y Chiad, quienes también habían formado parte de la fuerza de asalto a la Ciudadela. A través de la puerta abierta del dormitorio, Rand alcanzó a ver a Sulin cambiando las ropas de la cama, agitándolas como si se propusiera desgarrarlas en tiras. Todos alzaron la vista cuando Min y él entraron, y Sulin salió por la puerta del dormitorio.

Hubo mucha agitación y movimientos precipitados de un lado para otro una vez que les informó sobre las trece Aes Sedai y lo que Min había oído por casualidad. No mencionó las visiones, sin embargo; algunos de los presentes en la sala sabían el don de la joven pero puede que otros tal vez no, y él no iba a revelárselo a menos que Min lo hiciese antes. Cosa que la chica no hizo. Y tampoco habló de Lews Therin, por supuesto; ni de que le daba miedo lo que podía suceder en una ciudad con trece Aes Sedai aun en el caso de que no movieran un dedo contra él. Que pensaran que estaba aterrado si querían; en realidad no sabía seguro que no lo estaba.

Lews Therin se había callado, pero Rand podía sentirlo como sentiría unos ojos ardientes observándolo en la noche. La ira y el miedo, y quizá también el pánico, se arrastraban por el borde del vacío como arañas gigantes.

Perrin y Faile se pusieron a hacer el equipaje rápidamente, y Bain y Chiad se comunicaron con el lenguaje de señas antes de anunciar que habían decidido acompañar a Faile, con lo que Gaul anunció que también acompañaba a Perrin. Rand no entendía lo que pasaba entre ellos, pero que ocurría algo era evidente por el hecho de que Gaul se esforzaba en no mirar a Bain y a Chiad y éstas a su vez no lo miraban a él. Loial salió corriendo, mascullando entre dientes, o eso pensaba él, respecto a que Cairhien estaba mucho más lejos de Dos Ríos que Caemlyn y de que su madre era una afamada andariega. Cuando regresó, llevaba un hatillo a medio hacer debajo de un brazo y unas enormes alforjas echadas al hombro y por las que asomaban camisas colgando. Loial estaba listo para partir al momento. Sulin también desapareció y volvió con un envoltorio en los brazos que parecía hecho con vestidos rojos y blancos. Con aquella incongruente expresión sumisa fija en el rostro, le gruñó a Rand que se le había ordenado servirle, así como a Perrin y a Faile, y que sólo un lagarto enloquecido por el sol pensaría que podría llevar a cabo su tarea en Caemlyn estando ellos en Cairhien. Incluso añadió al final de la parrafada un «mi señor Dragón» que más sonó como un insulto e hizo una reverencia, sorprendentemente sin un solo tambaleo. Esto último pareció sorprenderla también a ella.

Nandera llegó casi al mismo tiempo que la señora Harfor, que traía un escritorio portátil con varias plumas de puntas de acero así como suficiente papel, tinta y cera de sello para escribir unas cincuenta cartas. Lo que al final resultó una idea excelente.

Perrin quería enviar instrucciones a Dannil Lewin para que los siguiera con el resto de los hombres de Dos Ríos —tampoco él estaba dispuesto a dejar allí a ninguno al alcance de las Aes Sedai— y sólo cambió de idea respecto a decirle que se llevara a Bode y a las otras chicas de El Sabueso de Culin después de que tanto Faile como Rand señalaran que, en primer lugar, las Aes Sedai no las dejarían marchar fácilmente y, en segundo, que probablemente ellas no iban a querer. Perrin y Faile habían ido a la posada en más de una ocasión, y hasta Perrin tuvo que admitir que las chicas estaban ante todo impacientes por iniciar su aprendizaje para hacerse Aes Sedai.

Faile también escribió apresuradamente dos cartas, una a su madre y la otra a su padre, para que no se preocuparan, dijo. Rand ignoraba cuál iba dirigida a quién pero el tono era muy distinto; una de ellas la empezó media docena de veces para después romper el papel y escribía cada palabra frunciendo el entrecejo, en tanto que la otra la redactó sin pausa, sonriendo en todo momento y de vez en cuando soltando incluso alguna que otra risita. Imaginó que ésta era para su madre. Min escribió a un amigo llamado Mahiro, a La Corona de Rosas, y por alguna razón hizo hincapié al explicarle a Rand que era un hombre mayor, si bien enrojeció al decirlo. Incluso Loial tomó pluma y papel tras cierta vacilación. No obstante, decidió utilizar su propia pluma, ya que cualquiera de las que utilizaban los humanos habría desaparecido entre sus enormes dedos. Tras sellar su carta, se la entregó a la señora Harfor

Librodot

con la tímida petición de que la entregara personalmente si se presentaba la ocasión. El pulgar, del tamaño de una gruesa salchicha, tapaba gran parte del nombre del destinatario, escrito tanto en lenguaje humano como en Ogier, pero con el Poder Único aguzando su vista, Rand distinguió la palabra «Erith». Empero, Loial no dio señales de querer esperar y dársela él mismo.

Las cartas del propio Rand resultaron tan difíciles como la primera de Faile, bien que por razones distintas. El sudor que goteaba de su cara corría la tinta y la mano le temblaba tanto que tuvo que empezarlas más de una vez a costa de los borrones. Sabía exactamente lo que quería decir, sin embargo. Para Taim, una advertencia sobre trece Aes Sedai y una reiteración de sus órdenes de mantenerse lejos de ellas. Y a Merana una advertencia de diferente naturaleza, más bien una especie de invitación; era absurdo tratar de ocultarse, ya que Alanna podía localizarlo en cualquier lugar del mundo antes o después. No obstante, tendría que ser con sus condiciones, si estaba en su mano conseguirlo.

Cuando finalmente selló las misivas —la presencia de un sello de piedra verde en el que se había cincelado la figura de un dragón mereció por su parte una penetrante mirada a la señora Harfor, quien se la devolvió con la más absoluta indiferencia—, Rand se volvió hacia Nandera.

—¿Tienes a tus veinte Doncellas fuera? —preguntó.

—¿Veinte? —Las cejas de Nandera se enarcaron—. Tu mensaje decía que trajera cuantas quisiera y que tal vez no regresarías aquí. Tengo a quinientas y habría más si no hubiese puesto límite.

Rand se limitó a asentir. En su mente reinaba el silencio a excepción de sus propios pensamientos, pero percibía a Lews Therin dentro del vacío con él, esperando como un muelle tenso. Hasta que tuvo a todos en la cámara de Cairhien tras pasar por el acceso y dejó que la abertura se cerrara, cortando así la vaga sensación de la presencia de Alanna en algún punto hacia el oeste, Lews Therin no se alejó. Fue como si, agotado de forcejear con Rand, el hombre se hubiese dormido. Por fin Rand cortó el contacto con el *Saidin,* y al hacerlo fue plenamente consciente de lo cansado que estaba él por la constante brega. Se le doblaron las rodillas, y Loial tuvo que llevarlo en brazos a sus aposentos en el Palacio del Sol.

Merana estaba sentada junto a la ventana de la sala, de espaldas a la calle y con la carta de Rand al'Thor sobre su regazo. Sabía el contenido de memoria. Merana, empezaba; nada de Merana Aes Sedai, ni siquiera Merana Sedai.

«Merana:
»Un amigo mío me dijo en una ocasión que en la mayoría de los juegos de dados el número trece se consideraba casi tan funesto como sacar los "Ojos del Oscuro". Yo también creo que el trece es un número aciago. Me marcho a Cairhien. Podéis seguirme del modo que os sea factible con otras cinco hermanas como máximo. De ese modo estaréis en igualdad de condiciones con las emisarias de la Torre Blanca. Me molestaré si intentáis traer más. No volváis a presionarme. Es muy poca la confianza que me resta ya.

»Rand al'Thor
»El Dragón Renacido.»

Al final, había apretado tanto la pluma que casi había traspasado el papel; era como si las dos últimas líneas las hubiese escrito una mano diferente.

Merana permaneció sentada muy quieta, en silencio. No estaba sola. Los restantes miembros de la delegación, si es que aún podía llamarse así, se hallaban sentados en sillas distribuidas alrededor de las paredes y trasluciendo muy distintos estados de ánimo. Lo irritante es que sólo Berenicia se mostraba tan abatida como Merana, las regordetas manos enlazadas en el regazo, la cabeza ligeramente gacha y los serios ojos vigilantes; no decía una

palabra a menos que se le hablara directamente. Faeldrin, por el contrario, tenía una posición muy erguida y hablaba cuando deseaba, al igual que Masuri y Rafela. De hecho, Seonid parecía poco menos ansiosa, sentada al borde de la silla y sonriendo a menudo con determinación. Las demás mantenían una actitud semejante a la de Valinde, casi plácida. Estaban todas salvo Verin y Alanna, a las que unos Gaidin habían ido a buscar. Kiruna y Bera, de pie en medio de la sala, hacían que su presencia resultara muy manifiesta.

—Que cualquiera sea capaz de enviar una carta así a una Aes Sedai me asquea. —Kiruna no gritaba, sino que se las ingeniaba para que su voz sonara fría, sosegada y firme al mismo tiempo. Sin embargo, sus oscuros ojos suplían la carencia de fogosidad de su tono—. Demira, ¿tu fuente de información puede confirmar que al'Thor ha partido hacia Cairhien?

—El Viaje —murmuró Bera con incredulidad—. ¡Y pensar que ha podido descubrir ese Talento!

Las cuentas de colores de las trenzas de Faeldrin tintinearon cuando la mujer asintió.

—No se nos ocurre otra posible explicación. Haremos bien en recordar que tal vez es más poderoso incluso que Logain o que Mazrim Taim, ¿no?

—¿No puede hacerse nada respecto a Taim? —La redonda cara de Rafela, normalmente afable y sosegada, tenía una expresión severa, en tanto que su voz, por lo general suave, sonaba fría—. Hay al menos cien hombres que pueden encauzar, ¡cien!, a poco más de treinta kilómetros de donde estamos ahora.

Kairen asintió resueltamente, pero no dijo nada.

—Eso debe esperar —manifestó con firmeza Kiruna—. ¡Por la Luz y el honor, no sé cuántas hermanas harían falta para encargarse de tantos! En cualquier caso, el asunto importante del que hay que ocuparse es al'Thor. Demira...

La aludida había esperado, por supuesto, a que las otras terminaran de hablar. Con una ligera inclinación de cabeza dijo:

—Sólo sé que se ha marchado, aparentemente con un gran número de Aiel y posiblemente con Perrin Aybara también.

—Lo de Perrin es seguro —añadió Verin, que había entrado en la estancia cuando Demira empezaba a hablar—. Envié a Tomás al campamento de los hombres de Dos Ríos y al parecer mandaron dos hombres a palacio con los caballos de Perrin y de su esposa. Los demás han dejado atrás carretas y servidumbre y ya cabalgan hacia el este tan rápido como les es posible. Siguiendo los estandartes de la cabeza de lobo de Perrin y del Águila Roja de Manetheren. —Una leve sonrisa curvó sus labios como si aquello le pareciera divertido. Obviamente, no era así como lo veía Kairen, que dio un respingo y después apretó los labios formando una tensa línea.

A Merana tampoco le pareció divertido, pero era un detalle insignificante comparado con lo demás, algo así como un ligero tufillo a algo podrido cuando uno está sentado sobre un montón de estiércol; o un perro gruñendo cuando los lobos ya han cerrado las fauces en las faldas de uno. Y pensar que se había preocupado tanto por Verin, manteniendo un pulso con ella. En realidad Verin apenas había cambiado sus propios planes, salvo por inducir a Demira a que sugiriese el desdichado enfrentamiento de ese día. Lo había hecho con gran habilidad; Merana dudaba que nadie salvo una Gris se hubiese percatado de ello. Con todo, ella misma había estado de acuerdo incluso con eso. Hacer frente a al'Thor —intentar hacerle frente— era lo menos que podían hacer. Se había preocupado por Verin y entonces aparecieron Kiruna y Bera, ninguna de ellas atadas a su autoridad y ambas tan fuertes, al menos, como Masuri o Faeldrin o Rafela.

—Eso sí que es un nabo podrido echado al estofado —murmuró Bera sombríamente. Kairen y unas cuantas más asintieron en señal de conformidad.

—Un nabo pequeño —repuso Kiruna en tono seco. A esto casi todas asintieron, salvo Merana y Verin; la primera se limitó a suspirar suavemente, en tanto que la hermana Marrón observaba a Kiruna con aquellos ojos semejantes a los de un pájaro, ladeada la cabeza—. ¿Por qué tarda Alanna? —demandó Kiruna a nadie en particular—. No quiero repetir dos veces

todas las cosas.

Merana suponía que era ella quien había dado pie a todo esto, cediendo ante Verin y permitiendo que tomara decisiones. Entonces era todavía la cabeza de la delegación, todavía seguían sus órdenes, incluso Masuri y Rafela y Faeldrin. Pero todas lo sabían. Aún no estaba segura de que Kiruna o Bera hubiesen tomado el mando —que una de ellas hubiese nacido en una granja y la otra en un palacio no tenía ninguna relevancia; eso no tenía nada que ver con ser Aes Sedai— pero de lo que sí estaba segura era de que la embajada se estaba desmoronando a su alrededor. Era el tipo de cosas que nunca habría sucedido si hubiese tenido todo el poder de la Torre y de la Sede Amyrlin respaldándola, y no habría importado el que le hubiese costado treinta años conseguir el chal o que apenas fuese lo bastante fuerte con el Poder para impedir que la desplazaran. Ahora sólo eran un grupo de Aes Sedai situándose en sus posiciones relativas sin pensar.

Como si pronunciar su nombre hubiese sido una invocación, Alanna apareció en el momento en que Bera abría la boca. Ella y Kiruna se echaron sobre la recién llegada al mismo tiempo.

—Al'Thor dice que se ha marchado a Cairhien —espetó Bera sin andarse con rodeos—. ¿Puedes añadir alguna información más?

Alanna les hizo frente orgullosamente, con un brillo peligroso en sus oscuros ojos. Después de todo, estaban hablando de su Guardián.

—Está en alguna parte hacia el este, es todo lo que sé. Podría ser Cairhien.

—Si tenías que vincular a un hombre sin su consentimiento —demandó Kiruna en aquel tono imperioso—, ¿por qué, en nombre de la bendita Luz, no has utilizado ese vínculo para someterlo a tu voluntad? Comparado con lo otro, eso sólo es darle un cachete en la mano.

Alanna no controlaba todavía sus emociones, de modo que sus mejillas se arrebolaron, en parte de cólera a juzgar por el modo en que sus ojos relucían y en parte sin duda por la vergüenza.

—¿Es que nadie te lo ha dicho? —inquirió con excesiva animación—. Supongo que ninguna quiere pensar en ello. Yo, desde luego, no. —Faeldrin y Seonid bajaron la vista al suelo y no fueron las únicas—. Traté de imponerle sometimiento instantes después de vincularlo —continuó Alanna como si no se hubiese dado cuenta de nada—. ¿Has intentado arrancar de cuajo un roble sólo con tus manos, Kiruna? Fue muy parecido a eso.

La única reacción de Kiruna fue que sus ojos se abrieron lentamente y que respiró hondo, muy despacio.

—Eso es imposible. Imposible —masculló Bera.

Alanna echó la cabeza hacia atrás y rió. El estar puesta en jarras hizo que su risa pareciera despectiva, lo que consiguió que Bera apretara los labios y que en los ojos de Kiruna asomara un brillo gélido. Verin las observaba atentamente, de un modo que a Merana le recordó a un petirrojo mirando unos gusanos. De algún modo, Verin parecía ceder el mando sin hacerlo realmente, aunque Merana no entendía cómo.

—Hasta ahora nadie había vinculado a un hombre capaz de encauzar —dijo Alanna cuando cesaron sus risas—. Quizás eso tenga algo que ver.

—Sea como fuere —adujo firmemente Bera, cuya mirada era igualmente firme—. Sea como fuere. Todavía puedes localizarlo.

—Sí —abundó Kiruna—. Vendrás con nosotras, Alanna.

Alanna parpadeó como si hubiese estado ensimismada y volviera a ser consciente de lo que la rodeaba; inclinó levemente la cabeza en señal de conformidad.

Era el momento, decidió Merana. Si iba a mantener unida a la delegación, ésta era su última oportunidad de hacerlo. Se puso de pie mientras doblaba la carta de al'Thor para tener ocupadas las manos en algo.

—Cuando conduje esta embajada a Caemlyn —empezó, para recordarles a todas que ella era la cabeza de la delegación; gracias a la Luz su voz sonaba firme—, se me dio un gran margen de acción, pero parecía obvio lo que había que hacer, y nosotras —puntualizó, para

Librodot

recordarles que eran una delegación— emprendimos la tarea con bastantes expectativas de llevarla a buen fin. Había que engatusar a al'Thor para sacarlo de Caemlyn a fin de que Elayne pudiera regresar y ser coronada, consiguiendo de ese modo que Andor fuera un firme respaldo para nuestra causa. Había que ganarse poco a poco la confianza de al'Thor, convencerlo de que no le haríamos daño. Y también enseñarle a tener el respeto debido. Dos o tres de nosotras, cuidadosamente seleccionadas, habrían ocupado el lugar de Moraine como consejeras, guiando sus pasos. Incluida Alanna, naturalmente.

—¿Cómo sabes que no mató a Moraine, igual que se dice que mató a Morgase? —la interrumpió Bera.

—Hemos oído toda clase de rumores respecto a su muerte —añadió Kiruna—. Algunos apuntan incluso que murió luchando contra Lanfear. Pero la mayoría la sitúan a solas con al'Thor cuando murió.

Merced a un gran esfuerzo, Merana contuvo las ganas de replicar. Si permitía que aquellos instintos arraigados cobraran forma en palabras, acabarían apoderándose de todas ellas.

—Todo eso estaba controlado cuando vosotras dos aparecisteis —prosiguió—. Sólo por casualidad, lo sé, y únicamente siguiendo las instrucciones que teníais de encontrarlo, pero lo cierto es que con vosotras nuestro número llegó a trece. ¿Qué hombre de la clase de al'Thor no habría salido huyendo al enterarse de que había trece Aes Sedai reunidas? La pura realidad es que, sea cual sea el daño hecho a nuestros planes, la responsable eres tú, Kiruna, y tú, Bera. —Ya sólo le quedaba esperar. Si había conseguido cierto ascendiente moral...

—¿Has terminado? —inquirió fríamente Bera.

Kiruna fue aun más directa: se volvió hacia las demás sin molestarse en contestar.

—Faeldrin, vendrás con nosotras a Cairhien, si quieres. Y vosotras también, Masuri, Rafela.

Merana tembló de rabia y arrugó la carta en su puño crispado.

—¿Es que no os dais cuenta? —gritó—. Habláis como si pudiésemos continuar como antes, como si no hubiese cambiado nada. Hay una embajada de Elaida en Cairhien, de la Torre Blanca. Así es como al'Thor debe de verlo. ¡Lo necesitamos más que él a nosotras, y me temo que lo sabe!

Durante un instante la conmoción asomó a todos los rostros salvo al de Verin, que se limitó a asentir pensativamente al tiempo que esbozaba una sonrisita enigmática. Durante un instante, en casi todos los semblantes los ojos se abrieron de par en par, estupefactos. Las palabras de Merana parecían resonar en el aire: «Lo necesitamos más que él a nosotras». No precisaban los Tres Juramentos para saber que era cierto.

—Siéntate, Merana, y haz el favor de tranquilizarte —dijo entonces Bera con una gran firmeza.

Merana se sentó antes de ser consciente de haberlo hecho; todavía temblaba, todavía tenía ganas de gritar, pero se sentó aferrando con las manos crispadas la misiva de al'Thor. Kiruna le dio la espalda deliberadamente.

—Seonid, tú vendrás, por supuesto. Otro par de Gaidin siempre vienen bien. Y Verin, creo. —Verin asintió como si fuera una petición, no una orden—. Demira, sé que tienes motivo de queja y que has sido agraviada por él, pero no queremos asustar a ese hombre otra vez, además de que alguien debe conducir a esa extraordinaria colección de muchachas de Dos Ríos hasta Salidar. Tú, Valinde, Kairen y Berenicia, debéis ayudar a Merana en esa tarea.

Las otras cuatro nombradas musitaron su aquiescencia sin la menor vacilación, pero Merana sintió frío. La delegación no se estaba desmoronando: se había hecho pedazos.

—Yo... —Calló cuando Bera volvió la mirada hacia ella, al igual que Kiruna. Y también Masuri y Faeldrin y Rafela. Hecha añicos y, con ella, su autoridad—. Quizás os vendría bien la presencia de una Gris —dijo débilmente—. Sin duda habrá negociaciones y... —De nuevo le faltaron las palabras. Esto jamás habría ocurrido si la Torre hubiese estado intacta.

—De acuerdo —accedió finalmente Bera, aunque con un tono que Merana tuvo que

hacer un alarde de control para impedir que sus mejillas se encendieran de vergüenza.

—Demira, tú te encargarás de conducir a las chicas a Salidar —decidió Kiruna.

Merana se quedó sentada muy quieta. Rezó para que la Antecámara hubiese elegido ya una Amyrlin. Alguien de gran fortaleza, tanto con el Poder como en su corazón. Haría falta otra Deane, otra Rashima, para conseguir que fueran lo que habían sido. Rezó para que Alanna las condujera hasta al'Thor antes de que éste decidiera reconocer la autoridad de Elaida, porque, en tal caso, ni siquiera otra Rashima las salvaría.

Librodot

CAPÍTULO 27

Espinas

Rand pasó el resto del día en sus aposentos en el Palacio del Sol, casi todo el tiempo tumbado en la cama, un inmenso lecho con cuatro postes cuadrados de madera negra, más gruesos que su pierna y pulidos hasta hacerlos brillar entre las incrustaciones de marfil en forma de cuña. Como para crear un contraste con la profusión de dorado de la antecámara y la sala de estar, los muebles del dormitorio eran todos de madera negra y marfil, aunque de líneas igualmente angulosas.

Sulin no dejaba de entrar y salir, mullendo las almohadas de plumas, ajustando las ropas del lecho sobre él, rezongando que las mantas en el suelo eran más sanas, llevándole té de menta que Rand no había pedido y ponche que no le apetecía; hasta que le ordenó que lo dejara en paz.

—Como ordene mi señor Dragón —gruñó la mujer al tiempo que esbozaba una dulce sonrisa. Hizo su segunda reverencia perfecta, pero salió como si tuviera intención de no abrir la puerta y pasar a través de ella.

Min también estuvo haciéndole compañía, sentada al borde de la cama, agarrándole una mano y con el entrecejo tan fruncido que Rand sospechó que la joven creía que se estaba muriendo. Finalmente, también le mandó salir; se levantó y se puso una bata de seda gris oscuro que había permanecido en el armario hasta el momento, sin que la utilizara nunca. También encontró otra cosa al fondo del armario: un estuche estrecho, de madera lisa, que guardaba una flauta, un regalo que Thom Merrilin le había hecho lo que ahora le parecía toda una vida atrás. Se sentó junto a uno de los estrechos ventanales e intentó tocarla. Después de tanto tiempo, al principio sólo consiguió sacar del instrumento más notas chirriantes y silencios que otra cosa. Fueron esos sonidos extraños los que hicieron que Min entrara de nuevo.

—Toca para mí —pidió, riendo con deleite o, tal vez, con sorpresa. Y, naturalmente, se sentó en sus rodillas mientras él intentaba, con escaso éxito, interpretar algo que tuviera cierto parecido con una tonada.

Y así fue como los sorprendieron las Sabias —Amys, Bair, Sorilea y alrededor de otras doce más— cuando entraron sin llamar. Min se levantó rápidamente y se sonrojó al tiempo que se daba tirones de la chaqueta para enderezarla de un modo que cualquiera habría pensado que habían estado luchando. Bair y Sorilea llegaron junto a Rand antes de que éste tuviera tiempo de pronunciar una sola palabra.

—Mira a la izquierda —ordenó Sorilea al tiempo que tiraba hacia arriba del párpado de Rand y acercaba su curtido rostro para escudriñarle el ojo—. Mira a la derecha.

—Tu pulso es demasiado rápido —rezongó Bair, cuyos huesudos dedos estaban apoyados contra un lado de su cuello.

Por lo visto Nandera había enviado a una Doncella corriendo tan pronto como se le habían doblado las rodillas. Y al parecer Sorilea había espantado a todo un ejército de Sabias que trataban de entrar en palacio, reduciendo el grupo a esta horda más pequeña. Y por lo visto ni que fuera Sorilea ni que no, todas querían tener su turno con el *Car'a'carn.* Cuando ella y Bair hubieron acabado, fueron reemplazadas por Amys y por Colinda, una mujer delgada de penetrantes ojos grises que parecía cercana a la edad madura pero que tenía una

presencia casi tan imponente como Sorilea. Claro que también la tenía Amys; y muchas otras. Lo tantearon, lo examinaron, le hurgaron, lo llamaron testarudo cuando se negó a dar brincos. Realmente parecían pensar que lo haría.

Min no escapó a su escrutinio; mientras unas Sabias hacían su turno con él, otras la rodeaban a ella haciéndole un montón de preguntas sobre sus visiones. Por decirlo de algún modo, su actitud hizo que se le desorbitaran los ojos y que las mirara fijamente a ellas y a Rand como preguntándose si le estaban leyendo la mente. Amys y Bair se lo explicaron —Melaine había sido incapaz de guardar en secreto lo de sus hijas— y en lugar de desorbitársele más, lo que probablemente era imposible en ese punto, los ojos de Min parecieron a punto de salirse de las cuencas. Incluso Sorilea parecía aceptar el punto de vista de Melaine respecto a que la habilidad de Min la convertía de alguna forma en una igual. Sin embargo, y siendo como eran las Sabias —más o menos como ocurría con las Aes Sedai— tuvo que repetirlo todo casi tantas veces como Sabias había presentes, porque las que se ocupaban de Rand haciendo aspavientos en un momento u otro querían asegurarse de no haberse perdido nada.

Una vez que Sorilea y las demás llegaron a la conclusión, aunque a regañadientes, de que lo único que necesitaba era descansar y se marcharon después de ordenarle que hiciera reposo, Min volvió a instalarse cómodamente en su regazo.

—¿Hablan en los sueños? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. Parece imposible, como algo sacado de un cuento. —Su frente se arrugó—. ¿Qué edad crees que tiene Sorilea? Y esa Colinda. Vi... No. No tiene nada que ver contigo. Tal vez el calor me está afectando. Cuando sé, siempre sé. Tiene que ser el calor. —Un brillo travieso asomó a sus ojos y la joven se acercó lentamente, frunciendo los labios como si pidiera un beso—. Si los pones así —murmuró cuando casi tocaban los de Rand—, podría servirte de ayuda. Había trozos en esa última pieza que casi sonaban como *El gallo en el árbol del caucho.*

A Rand le costó unos segundos entender, con los ojos de la muchacha llenando su campo visual, y, cuando por fin lo hizo, su cara debió de ser todo un espectáculo, porque Min estalló en carcajadas contra su pecho.

Al cabo de un rato llegó una nota de Coiren interesándose por su salud, manifestando su deseo de que no estuviese enfermo y preguntando si podía ir a verlo con otras dos hermanas; se ofrecía a utilizar la Curación si él quería. Lews Therin rebulló como si despertara de un sueño mientras Rand leía la nota, pero su vago rezongo de descontento apenas significaba una mínima parte del estallido de rabia de Caemlyn y pareció volver a dormirse cuando Rand dejó a un lado la breve misiva.

Era un brusco contraste con el comportamiento de Merana. Y un recordatorio de que en el Palacio del Sol no ocurría nada que Coiren no supiera de pe a pa antes de ponerse el sol, si no más pronto. Respondió agradeciendo su interés con educación y rechazando su oferta con educación. Aunque se hubiese levantado de la cama, seguía estando cansado y quería tener su mente totalmente despierta y alerta cuando se reuniera con cualquier Aes Sedai. Eso era parte del juego.

En la misma nota de respuesta Rand también había pedido a Gawyn que lo visitara. Sólo había visto una vez al hermano de Elayne, pero le caía bien. Gawyn no había acudido, sin embargo, ni respondió a su invitación. Tristemente, Rand llegó a la conclusión de que Gawyn creía los cuentos que corrían de que había matado a su madre. Ésa era la clase de cosa que difícilmente se le podía pedir a un hombre que no creyera. Lo ponía de un humor tan pésimo cuando lo pensaba que hasta Min parecía perder la esperanza de alegrarlo; ni Perrin ni Loial se quedaban junto a él cuando estaba así.

Tres días después llegó otra petición de Coiren, igualmente cortés, y una tercera otros tres días más tarde, pero Rand también puso excusas a ésas. En parte era por Alanna. La sensación era todavía lejana y vaga, pero la mujer se iba acercando más y más a cada hora que pasaba. Ello no le sorprendía; había estado seguro de que entre las seis que elegiría Merana una de ellas sería Alanna. No estaba dispuesto a permitir que ésta se acercara a menos de un

kilómetro de él o, como poco, no al alcance de la vista, pero había dicho que las pondría en igualdad de condiciones con Coiren y lo había dicho en serio. De modo que Coiren habría de tener paciencia durante un tiempo. Además, estaba ocupado, de un modo u otro.

La visita, que él esperaba rápida, a la escuela de lo que en tiempos había sido el palacio de Barthanes, resultó no ser tan rápida. Idrien Tarsin lo esperaba de nuevo en la puerta para mostrarle todo tipo de inventos y descubrimientos, a menudo incomprensibles, así como los talleres donde ahora se fabricaban nuevos arados, cosechadoras y rastras para su venta, pero el problema fue Herid Fel. O tal vez Min. Fel se quedaba absorto en sus reflexiones como siempre, dejando frases a medias, y obviamente olvidando la presencia de Min. Esto le ocurrió muchas veces. Pero tan pronto como Rand conseguía encaminar de nuevo las ideas del hombre al asunto del que hablaban, entonces Fel reparaba de repente en ella, por primera vez de nuevo, y daba un respingo. Se disculpaba constantemente por la pipa a medio fumar que seguía sin acordarse de encender, se sacudía constantemente ceniza de su prominente estómago, se atusaba constantemente el cabello canoso. Min parecía divertirse con la situación, aunque Rand no se explicaba que a la joven le resultara gracioso que Fel se olvidara de ella una y otra vez. Incluso lo besó en la coronilla cuando ella y Rand se levantaron para marcharse, cosa que dejó de una pieza al hombre. Todo ello no contribuyó precisamente a conseguir una explicación comprensible de lo que Fel había descubierto sobre los Sellos de la prisión del Oscuro o sobre la Última Batalla.

Al día siguiente llegó una nota con las palabras apretujadas en la esquina arrancada de un pergamino:

> «El convencimiento y el orden procuran fortaleza. Hay que limpiar los escombros antes de poder construir. Lo explicaré la próxima vez que nos veamos. Que no venga la chica. Demasiado bonita.
>
> »Fel.»

Eran garabatos escritos con precipitación, la firma estaba comprimida en la misma punta del trozo de papel y lo que decía no tenía sentido para Rand. Cuando intentó reunirse de nuevo con Fel, sin embargo, se encontró con que, al parecer, el hombre le había dicho a Idrien que volvía a sentirse joven y que se iba a pescar. En plena sequía. Rand se preguntó si finalmente había perdido la chaveta. Ni que decir tiene que a Min la nota le pareció divertida; preguntó si podía quedarse con ella y Rand la sorprendió varias veces mirándola y sonriendo.

Chiflado o cuerdo, Rand decidió que Min no lo acompañaría la próxima vez, aunque, para no faltar a la verdad, lo difícil era tenerla a su lado cuando deseaba su compañía. La joven parecía pasar más tiempo con las Sabias que con él. No entendía por qué lo irritaba tanto eso, pero se dio cuenta de que tendía a hablar de mala manera a la gente cuando Min se encontraba en las tiendas. No obstante, era mejor que no pasara demasiado tiempo junto a él. La gente repararía en ello. Hablaría, haría suposiciones. En Cairhien, hasta la servidumbre participaba en su propia versión del Juego de las Casas, y sería peligroso para ella el que la gente se preguntara si era importante. Mejor que no estuviera. Procuró no hablar con brusquedad a los demás.

Para lo que quería a Min, naturalmente, era para vislumbrar halos o imágenes en los nobles que empezaron a acudir ante él de uno en uno, interesándose por su salud —la flojedad de rodillas debía de haber dado pie a muchos rumores— sonriendo, preguntando cuánto tiempo tenía pensado quedarse esta vez, qué planes tenía si se les permitía preguntarlo, sonriendo más, siempre sonriendo. El único que no sonrió tan obsequiosamente fue Dobraine, que seguía llevando afeitada la parte delantera de la cabeza como un soldado y las franjas horizontales de su chaqueta desgastadas por el peto que no llevaba puesto en palacio; Dobraine se mostró tan sombrío mientras hacía exactamente las mismas preguntas que todos que Rand casi se alegró más de verlo marchar a él que a cualquiera de los otros.

Min se las arregló para estar presente en esas audiencias, buscando un hueco para ello

entre lo que quiera que estuviese haciendo con las Sabias; Rand no pensaba preguntarle. El problema estaba en ocultarla, que pasara inadvertida a los nobles.

—Podría fingir que soy tu amiguita de turno —rió Min—. Me enroscaría sobre ti y te daría de comer uvas. Bueno, pasas, porque no he visto uvas desde hace algún tiempo. Y tú podrías llamarme tu dulce boquita de piñón. Así no le extrañaría a nadie que estuviese allí.

—No —espetó bruscamente.

—¿De verdad crees que los Renegados se me echarían encima sólo por eso? —inquirió ella, repentinamente seria.

—Es posible —le contestó con igual seriedad—. Un Amigo Siniestro como Padan Fain lo haría, si es que aún vive. No correré ese riesgo, Min. En cualquier caso, no daré pie a que estos cairhieninos de mentes sucias piensen eso de ti. Y tampoco los tearianos. —Con los Aiel era distinto; consideraban divertidas las chanzas de la joven. Realmente graciosas.

Desde luego Min era variable. Pasó de la solemnidad a estar radiante sin punto intermedio, toda sonrisas que se sucedían sin interrupción. Hasta que empezaron las audiencias.

La idea de colocar un biombo de calados y dorados en un rincón de la antesala resultó un completo fracaso. Los oscuros y relucientes ojos de Maringil evitaron con tanto empeño mirar hacia allí que Rand tuvo la certeza de que el hombre pondría patas arriba el palacio para descubrir quién o qué se escondía detrás. La sala de estar tuvo mejores resultados, con Min atisbando la antesala a través de la rendija de las puertas, pero no todos mostraron halos o imágenes durante su audiencia con él y lo que vio, tanto allí como al ir caminando por los pasillos, era funesto: Maringil, canoso, delgado como una cuchilla y frío como el hielo, iba a morir de una cuchillada; Colavaere, cuyo hermoso rostro se mostraba sosegado y circunspecto una vez que supo que Aviendha no acompañaba a Rand en esta ocasión, moriría ahorcada; Meilan, con su barba puntiaguda y voz untuosa, moriría envenenado; el futuro iba a cobrarse muchas víctimas entre los Grandes Señores de Tear. Aracome, Maraconn y Gueyam también iban a tener una muerte violenta, en batalla, creía Min. Dijo que nunca había visto tantas muertes en un grupo de personas.

Para cuando vio la sangre cubriendo el ancho rostro de Gueyam, durante su quinto día de estancia en Cairhien, la joven se sentía tan revuelta por la idea que Rand la obligó a acostarse y encargó a Sulin que le pusiera paños húmedos en la frente. En esta ocasión fue él quien se sentó al borde de la cama y le sostuvo la mano. Ella mantuvo la suya apretando con gran fuerza.

Sin embargo, no renunció a las bromas. Había dos situaciones en las que tenía la absoluta seguridad de que estaría allí, y eran cuando hacía prácticas con la espada, ensayando los ejercicios con cuatro o cinco de los mejores soldados que pudo encontrar entre tearianos y cairhieninos, y cuando Rhuarc o Gaul y él practicaban la lucha cuerpo a cuerpo intentando derribarse el uno al otro o asestarse patadas en la cabeza. Min, inevitablemente, le pasaba los dedos por el pecho desnudo y hacía alguna broma sobre pastores que no sudaban porque estaban acostumbrados a tener un vello tan tupido como la lana de sus ovejas, o cualquier otra chanza por el estilo. A veces le tocaba la cicatriz tierna del costado que nunca acababa de curar, aquel círculo de pálida carne rosada, pero lo hacía de manera diferente, con suavidad; jamás gastaba bromas sobre eso. Le pellizcaba el trasero, lo que sorprendentemente solía hacer cuando había gente delante. Las Doncellas y las Sabias se desternillaban de risa cada vez que él daba un brinco al sentir el pellizco; Sulin parecía a punto de reventar por el esfuerzo de no prorrumpir en carcajadas. Y se acurrucaba en su regazo y lo besaba en cuanto se le presentaba la ocasión; incluso lo amenazó con ir a frotarle la espalda en el baño una de esas noches. Cuando él fingió llorar y balbucir protestas, Min se echó a reír y dijo que con eso no bastaba.

La joven ponía fin rápidamente a estas escenas si una Doncella asomaba la cabeza por la puerta para anunciar a alguien, en especial si era Loial, que nunca se quedaba mucho rato y que hablaba sobre la Biblioteca Real todo el tiempo; o Perrin, cuyas visitas eran aun más

Librodot

breves y quien, por alguna razón, parecía estar cada vez más cansado. Sobre todo, Min se levantaba de sus rodillas de un salto cuando Faile venía con el uno o el otro. Las dos ocasiones en que ocurrió tal cosa, Min cogió velozmente uno de los libros que Rand tenía en el dormitorio y, tomando asiento, fingió que leía, abriéndolo por la mitad como si hubiese estado enfrascada en el libro desde hacía tiempo. Rand no entendía las frías miradas que intercambiaban las dos mujeres. No era precisamente animosidad; ni siquiera antipatía. Pero Rand sospechaba que si cualquiera de las dos hiciese una lista con los nombres de las personas con quienes no pasaría un rato, el de la otra ocuparía un lugar prominente en esa relación.

Lo divertido del asunto fue que, en la segunda de esas ocasiones, el libro en cuestión resultó ser el primer volumen, forrado en piel, de *Ensayos sobre la razón,* de Daria Gahand, cuya lectura le estaba resultando pesada y que iba a devolver a la biblioteca la próxima vez que Loial se pasara a verlo. De hecho, Min siguió leyendo durante un rato después de que Faile se hubo marchado y, a pesar de todos sus rezongos entre dientes y fruncidos de ceño, esa noche se lo llevó a su cuarto, en las dependencias de invitados.

Si entre Min y Faile había un frío desinterés, decir que entre Min y Berelain había animosidad era quedarse corto. Cuando Somara anunció a la Principal la segunda tarde de su estancia en Cairhien, Rand se puso la chaqueta, salió a la antesala y tomó asiento en el sillón dorado del estrado antes de decirle a Somara que la hiciera pasar. Min, por su parte, se dirigió con parsimonia a la cámara. Berelain entró, tan hermosa como de costumbre, con un vestido de color azul pastel y un escote tan bajo como siempre; su mirada cayó sobre Min, que llevaba la chaqueta y las polainas rosa pálido. Durante unos largos instantes fue como si Rand no existiera. Berelain miró a Min de arriba abajo descaradamente. Min se olvidó de ir a la cámara; se puso en jarras y se quedó plantada allí con una rodilla doblada, estudiando a Berelain con idéntico descaro. Se sonrieron; Rand sintió que el pelo se le ponía de punta cuando hicieron aquello. Le recordaban a dos gatas desconocidas que acaban de descubrir que se han quedado encerradas en un cuarto pequeño. Decidiendo aparentemente que ya no tenía sentido esconderse, Min caminó a través de la antesala —contonearse sería un término más adecuado; ¡pero si en comparación los andares de Berelain parecían varoniles!— y se sentó con una pierna cruzada sobre la rodilla de la otra, todavía sonriendo. ¡Luz, y cómo sonreían esas mujeres!

Finalmente Berelain se volvió hacia Rand extendiendo los vuelos de la falda y haciendo una profunda reverencia. Rand oyó a Lews Therin ronronear dentro de su cabeza, disfrutando del espectáculo de una bellísima mujer que mostraba más que generosamente sus encantos. También Rand apreció lo que veía a despecho de estar preguntándose si no debería desviar la mirada al menos hasta que la mujer se incorporara de nuevo, pero si se había sentado en el estrado era porque tenía una razón. Trató de que su voz sonara razonable y firme por igual.

—Rhuarc dejó escapar que estabais descuidando vuestros deberes, Berelain. Al parecer permanecisteis retirada en vuestros aposentos durante días después de mi última visita. Tengo entendido que tuvo que hablar seriamente con vos para haceros salir de allí. —En realidad Rhuarc no había dicho exactamente eso, pero era la impresión que daban sus palabras. Las mejillas de la mujer se pusieron rojas como la grana, sugiriendo que Rand había dado en el clavo—. Sabéis la razón de que seáis vos quien está a cargo aquí y no él. Se supone que debéis escuchar sus consejos, no dejarlo todo en sus manos. Lo último que necesito en este momento es que los cairhieninos se rebelen porque crean que he designado a un Aiel para gobernarlos.

—Yo... estaba preocupada, milord Dragón. —A despecho de la vacilación en su voz y el enrojecimiento de sus mejillas, su voz sonaba serena—. Desde que llegaron las Aes Sedai los rumores han brotado como las malas hierbas. ¿Puedo preguntar quién os proponéis que gobierne aquí?

—Elayne Trakand, la heredera del trono de Andor. La reina de Andor, ahora. —O, al menos, muy pronto—. Ignoro a qué rumores os referís, pero vos ocupaos de poner orden en

Cairhien y dejad que yo me preocupe por las Aes Sedai. Elayne os agradecerá la labor que hayáis hecho aquí.

Por alguna razón, Min aspiró sonoramente el aire por la nariz.

—Es una buena elección —manifestó pensativamente Berelain—. Los cairhieninos la aceptarán, creo, y puede que también lo hagan los rebeldes de las colinas. —Aquélla era una buena noticia; Berelain era astuta para juzgar las corrientes políticas, tan buena como cualquier cairhienino. La mujer respiró hondo, consiguiendo que el ronroneo de Lews Therin cesara—. En cuanto a las Aes Sedai... Según los rumores han venido para escoltaros a la Torre Blanca.

—Y yo repito que dejéis el tema de las Aes Sedai en mis manos. —No es que no se fiara de ella; le había confiado la regencia de Cairhien hasta que Elayne ocupara el Trono del Sol, e incluso confiaba lo bastante para creer que no albergaba ambiciones de querer el trono para sí misma. Aun así, también sabía que cuantas menos personas estuviesen al tanto de que tenía algún plan respecto a las Aes Sedai, menos posibilidades habría de que Coiren se enterara de que veía más allá del oro y las joyas que le había ofrecido.

Tan pronto como las puertas se cerraron detrás de Berelain, Min volvió a aspirar sonoramente por la nariz. De hecho, esta vez fue más un resoplido desdeñoso.

—Me pregunto por qué se molesta en llevar ropa encima. En fin, sufrirá un desaire antes o después. No vi nada de utilidad para ti, sólo un hombre de blanco del que se enamorará locamente. ¡Algunas mujeres no tienen pizca de vergüenza!

Esa misma tarde, le pidió dinero para hacerse ropa ya que había salido de Caemlyn con lo puesto; a poco tenía todo un cuarto lleno de modistas que empezaron a hacer un montón de chaquetas y polainas y blusas en sedas y brocados de todos los colores. Algunas de las blusas tenían un escote muy bajo, aun cuando fueran debajo de la chaqueta, y algunas de las polainas eran tan ajustadas que Rand no entendía cómo podía meterse en ellas. También practicaba el lanzamiento de cuchillos a diario. Una vez vio a Nandera y Enaila enseñándole la lucha con manos y pies, que difería bastante del modo en que lo hacían los hombres; a las Doncellas no les gustaba que él estuviera mirando y rehusaron continuar hasta que se marchó. Quizá Perrin, con su experiencia, entendía todo aquel lío, pero Rand decidió por enésima vez que él no comprendía a las mujeres y que jamás lo haría.

A diario Rhuarc acudía a los aposentos de Rand o éste iba al estudio que el Aiel compartía con Berelain. A Rand lo complació ver a la mujer trabajando de firme con informes de cargamentos de cereales y reasentamientos de refugiados y reparaciones de los daños sufridos durante lo que algunos cairhieninos habían dado en llamar la Segunda Guerra de Aiel. Rhuarc afirmaba haber decidido pasar por alto lo que él denominaba el juego cairhienino a imitación del *ji'e'toh,* aunque todavía rezongaba cada vez que veía a una cairhienina con una espada o a jóvenes de ambos sexos vestidos de blanco. Aparentemente los rebeldes continuaban a la expectativa en las colinas, incrementando su número, pero tampoco ellos le quitaban el sueño. Los que sí le preocupaban eran los Shaido y cuántas lanzas seguían desplazándose hacia el sur a diario, de camino a Tear. Los exploradores, aquellos que lograban regresar, informaban que había agitación en los campamentos Shaido de La Daga del Verdugo de la Humanidad. No había indicios de en qué dirección se proponían ir ni cuándo. Rhuarc mencionó el número de Aiel que todavía cedían al marasmo y arrojaban sus lanzas, el de los que rehusaban desprenderse de las ropas de *gai'shain* cuando habían cumplido su plazo, y hasta el de aquellos pocos que todavía se dirigían al norte para reunirse con los Shaido; viniendo del jefe de clan era una señal de inquietud. Curiosamente, Sevanna había estado en las tiendas, incluso en la propia ciudad, y se había marchado el día después de que Rand llegara. Rhuarc mencionó esto último sólo de pasada.

—¿No habría sido mejor detenerla? —preguntó Rand—. Rhuarc, sé que se supone que es una Sabia, pero no puede serlo, tal y como yo lo entiendo. No me sorprendería que los Shaido se avinieran a razones al no estar ella.

—Lo dudo —repuso secamente Rhuarc. Estaba sentado en uno de los cojines, apoyado

contra la pared del estudio, fumando su pipa—. Amys y las otras intercambian miradas a espaldas de Sevanna, pero la reciben como a una Sabia. Si las Sabias dicen que Sevanna es una de ellas, entonces lo es. Conozco jefes en los que no habría malgastado un odre de agua aunque me hubiera encontrado en medio de diez manantiales, pero seguían siendo jefes.

Rand suspiró y estudió el mapa extendido sobre la mesa. Rhuarc no parecía necesitarlo; sin mirarlo, era capaz de describir cada rasgo del terreno mostrado en el mapa. Berelain estaba sentada en su silla de respaldo alto, al otro lado de la mesa, con las piernas dobladas en el asiento y un montón de papeles sobre el regazo. Sostenía una pluma en la mano y había un tintero en una mesita auxiliar colocada junto a la silla. De vez en cuando miraba a Rand; pero, cuando se encontraba con los ojos de Rhuarc, volvía a agachar la cabeza sobre los informes. Rhuarc fruncía el ceño cuando la miraba, y ella siempre se ponía colorada y tensaba la mandíbula en un gesto testarudo. Rhuarc parecía poner una expresión de reproche, cosa que no tenía sentido. Ahora la mujer se estaba ocupando de sus obligaciones.

—Tendrás que dejar de mandar lanzas hacia el sur —dijo finalmente Rand, bien que no le gustaba dar esa orden. Era vital que Sammael viera el martillo más grande del mundo viniendo hacia él, pero no al precio de tener que expulsar de nuevo a los Shaido de Cairhien—. No se me ocurre otra solución.

Los días pasaban y, de un modo u otro, ocupaban su tiempo. Tuvo lores y ladys tan sonrientes y cordiales entre sí que no le cupo duda de que estaban maquinando unos contra otros bajo cuerda. Las Sabias le aconsejaban cómo tratar con las Aes Sedai, ya fueran de la Torre o de Salidar; Amys y Bair hablaron de ellas en tales términos que hicieron parecer afables los comentarios de Melaine; Sorilea consiguió que se le helara la sangre. Jóvenes cairhieninos causaron desórdenes callejeros contra la prohibición de Rhuarc de sostener duelos. El jefe Aiel lo solucionó dándoles a probar lo que era realmente ser hecho *gai'shain;* permanecer sentados desnudos bajo el sol todo el día y vigilados enfrió un tanto su ardor, pero Rhuarc no estaba dispuesto a ir contra la costumbre tan lejos como para vestir con los ropajes blancos a unos habitantes de las tierras húmedas, y aquellos a quienes los Escudos Rojos habían capturado de hecho empezaron a fanfarronear sobre el asunto. Rand oyó por casualidad a Selande decirle a otra joven armada con espada y con el cabello recortado, en un tono muy engreído, que ella jamás comprendería verdaderamente el *ji'e'toh* hasta que hubiese sido hecha cautiva por los Aiel. Según ella, exaltaba el espíritu, significara lo que significara tal cosa.

Pero a pesar de los Shaido y los nobles, de las Sabias y de los disturbios, a despecho de preguntarse si Fel iba a regresar algún día de pescar, aquellos días le parecieron... agradables. Refrescantes. Tal vez sólo se debía a que estaba agotado cuando llegó. Y tal vez lo eran simplemente en comparación con las últimas horas pasadas en Caemlyn; empero, parecía que Lews Therin estaba más tranquilo. Rand se encontró disfrutando con las chanzas de Min hasta el punto de que en una o dos ocasiones tuvo que recordarse que sólo eran eso, bromas. Al décimo día de estar en Cairhien pensó que éste no sería un mal modo de pasar el resto de su vida. Claro que sabía de sobra que no podía durar.

Para Perrin aquellos diez días no tuvieron nada de agradables. Enseguida empezó a buscar la compañía de Loial, pero el Ogier había encontrado un paraíso en la Biblioteca Real, donde pasaba gran parte del día. A Perrin le gustaba leer y seguramente habría disfrutado de aquellas estancias aparentemente interminables, llenas de libros hasta los techos abovedados, pero una Aes Sedai frecuentaba aquellas salas; era una mujer esbelta de cabello oscuro que rara vez parecía parpadear. Fingió no reparar en él, pero Perrin no se había fiado gran cosa de las Aes Sedai ni siquiera antes de los acontecimientos de Caemlyn. Negándosele la compañía de Loial durante largas horas, Perrin se dedicó a cazar con Gaul y unas cuantas veces con Rhuarc, a quien había conocido en la Ciudadela y que le caía bien. El problema de Perrin era su esposa. O tal vez era Berelain. O ambas. Si Rand no hubiese estado tan ocupado, Perrin le habría pedido consejo. En un sentido amplio, Rand conocía a las mujeres, pero había cosas de las que un hombre simplemente no podía hablar abiertamente.

Empezó el primer día, cuando llevaban en Cairhien apenas el tiempo suficiente para que les mostraran sus aposentos en el Palacio del Sol. Faile se marchó con Bain y Chiad a explorar y él estaba desnudo de cintura para arriba y aseándose cuando de repente olió un perfume, no intenso pero fuerte para su olfato, y una cálida voz a su espalda dijo:

—Siempre fui de la opinión que debías de tener una bonita espalda, Perrin.

Él giró sobre sus talones con tanta rapidez que faltó poco para que tirara el lavabo.

—He oído comentar que has venido con... ¿una esposa? —Berelain se encontraba en el umbral de la sala de estar, sonriendo.

Sí, así era; una esposa a la que no le haría ninguna gracia encontrarlo solo y sin camisa con una mujer que llevaba puesto ese vestido. Especialmente si se trataba de la Principal de Mayene. Se metió precipitadamente la camisa por la cabeza, le dijo a Berelain que Faile había salido y que ignoraba cuándo estaría de regreso para recibir visitas, tras lo cual la plantó literalmente en el pasillo lo más deprisa posible sin tener que llegar a cogerla y lanzarla fuera. Creyó que la cosa había acabado ahí; cuando Berelain se marchó, él se las había ingeniado para referirse a Faile como su esposa seis veces en el mismo número de frases y manifestar en dos cuánto la amaba. Ahora Berelain sabía que estaba casado, sabía que amaba a su esposa, y con eso tendría que haber bastado.

Cuando Faile regresó al cabo de un rato, dio dos pasos en el dormitorio y empezó a irradiar efluvios de celos e ira, un olor picante y penetrante como un cuchillo, mezcla que debería haberle hecho sangrar la nariz. Perrin no lo entendía; todavía percibía el perfume de Berelain, pero su sentido del olfato era tan agudo casi como el de un lobo. Sin duda Faile no podía olerlo. Era muy raro. Faile sonrió. De sus labios no salió una sola palabra impropia, se mostró tan amorosa como siempre e incluso más fogosa de lo habitual, abriéndole profundos arañazos en los hombros, cosa que nunca había hecho antes.

Después, mientras examinaba los ensangrentados surcos a la luz de la lámpara, le mordisqueó una oreja, aunque ni mucho menos con suavidad, y se rió.

—En Saldaea —murmuró— hacemos muescas en las orejas de los caballos para marcarlos, pero creo que esto servirá para marcarte a ti.

Y durante todo el tiempo no dejó de exudar aquel efluvio a celos y rabia.

Si las cosas hubiesen acabado ahí, la situación se habría calmado. Los estallidos de celos de Faile podían surgir con la intensidad y rapidez del fuego de una forja aventado por un ventarrón, pero siempre se extinguían tan repentinamente como se habían inflamado una vez que se daba cuenta de que no había motivo. A la mañana siguiente, sin embargo, Perrin la vio hablando con Berelain al fondo del corredor, y ambas sonreían, algo de todo punto incomprensible. Captó lo último que dijo Berelain antes de marcharse:

—Siempre cumplo mis promesas.

Fue un comentario extraño que tuvo como respuesta en Faile la repentina aparición de aquel acre y punzante efluvio.

Le preguntó a su mujer de qué promesas hablaba Berelain y tal vez cometió un error al hacerlo. Faile parpadeó desconcertada; a veces olvidaba su fino oído.

—Realmente no me acuerdo —dijo—. Es la clase de mujer que hace todo tipo de promesas que no puede cumplir.

Perrin se ganó una segunda «marca» de arañazos en los hombros; ¡y la mañana todavía no estaba mediada!

Berelain empezó a acecharlo. Al principio no lo consideró así. La mujer había coqueteado con él una vez, en la Ciudadela de Tear, de un modo muy superficial, sin ir en serio a su modo de ver, y ahora sabía que estaba casado. Aparentemente sólo se trataba de una serie de encuentros casuales en los pasillos, unas cuantas palabras inofensivas dichas casi de pasada. Pero después de un tiempo Perrin comprendió que o su condición de *ta'veren* estaba influyendo en el azar más allá de lo normal o Berelain estaba arreglando los encuentros «casuales» por improbable que pudiera parecer tal cosa. Intentó convencerse de que era ridículo. Se mofó de sí mismo diciéndose si se creía apuesto como Wil al'Seen. Wil era el

único hombre al que había visto que las mujeres perseguían; ciertamente no habían hecho tal cosa con Perrin Aybara. Pero eran demasiados los encuentros casuales.

Siempre lo tocaba. No descaradamente, sólo rozándole la mano con los dedos un momento o posando éstos en su brazo o en su hombro. Apenas perceptible. El tercer día se le ocurrió una idea que hizo que se le pusiera de punta el vello de la nuca: cuando se doma un caballo que nunca ha sido montado, se empieza con ligeros toques hasta que el animal aprende que ese leve roce no va a hacerle daño y aguanta tranquilo bajo la caricia de la mano; después viene el sudadero y después la silla de montar. Embridarlo era siempre lo último.

Perrin empezó a temer el aroma del perfume de Berelain traído por el aire alrededor de una esquina. Empezó a dirigirse en dirección opuesta a esa primera vaharada, pero no podía dedicar cada segundo a estar alerta a ello.

Para empezar, parecía haber un gran número de jovenzuelos cairhieninos, necios y fanfarrones, que entraban y salían de palacio, en su mayor parte mujeres. ¡Mujeres armadas con espadas! Algunos grupos de estos chiflados, hombres o mujeres, se plantaban deliberadamente en su camino con ganas de pelea, pero él los evitaba y se apartaba a un lado; en dos ocasiones tuvo que derribar a un tipo cuando el muy idiota no dejó que los esquivara, insistiendo en ponerse delante de él. Se sintió mal por ello —casi todos los cairhieninos eran considerablemente más pequeños que él— pero uno no debe correr riesgos con un hombre que tiene la mano sobre la empuñadura de la espada. Una vez, una joven hizo eso y, después de que él le quitó el arma, se puso a dar la lata hasta que se la devolvió, cosa que pareció conmocionarla, y después fue tras él gritando que no tenía honor hasta que unas Doncellas se la llevaron hablándole con ferocidad.

Y, en segundo lugar, la gente sabía que era amigo de Rand. Aun en el caso de que no hubiese llegado como lo hizo, algunos de los Aiel y tearianos lo recordaban de la Ciudadela y se corrió la voz. Lores y ladys que no había visto en su vida se presentaban a sí mismos en los pasillos, y Grandes Señores tearianos que lo habían mirado por encima del hombro en Tear, ahora en Cairhien se dirigían a él como si fuera un viejo amigo. La mayoría olía a miedo y a otra cosa que no sabía identificar. Se dio cuenta de que todos querían lo mismo.

—Me temo que el lord Dragón no siempre recurre a mí para hacerme confidencias, milady —le dijo cortésmente a una mujer de ojos fríos llamada Colavaere—, y cuando lo hace no esperaréis que viole esa confidencia.

La sonrisa de la mujer parecía venir de muy arriba; daba la sensación de que se estaba preguntando qué tal frazada para las rodillas haría su piel si lo despellejaba. Tenía un raro olor, intenso y suave y de algún modo... elevado.

—Realmente no sé qué se propone hacer Rand —le dijo a Meilan. El hombre casi repitió su habitual mirada despectiva, aunque sonreía tanto como Colavaere. También tenía el olor, igualmente fuerte—. Tal vez deberíais preguntarle a él.

—Si lo supiera, desde luego no iría publicándolo por toda la ciudad —le contestó a un hombre de pelo blanco que enseñaba los dientes de un modo que recordaba una comadreja. Para entonces ya se estaba hartando de los intentos de sonsacarle. Maringil también desprendía el olor, hasta la última brizna tan intenso como el de Colavaere o el de Meilan.

Los tres lo tenían mucho más que cualquiera de los otros, un olor peligroso; lo notaba en los huesos, como el resquebrajado pico de una montaña antes de la avalancha.

Entre andar ojo avizor con los necios jóvenes y tener metido en la nariz aquel olor, no habría distinguido el aroma de Berelain hasta que la mujer se había acercado sigilosamente lo suficiente para saltar sobre él. Bueno, en honor a la verdad, Berelain se deslizaba por los pasillos como un cisne en un estanque remansado, pero desde luego la sensación que daba era que le saltaba encima.

Perrin mencionó a Faile tantas veces que perdió la cuenta, pero Berelain no parecía oírlo. Le pidió que parara de una vez y ella le preguntó que a qué se refería. Le dijo que lo dejara en paz, y por toda respuesta tuvo una risa y una palmadita en la mejilla al tiempo que le preguntaba qué era lo que suponía que tenía que dejar de hacer. Y por supuesto tuvo que ser

en ese preciso momento cuando Faile salió del pasillo que se cruzaba con el corredor en que estaban ellos y justo un instante antes de que él retrocediera bruscamente. A Faile debió de parecerle que se retiraba porque la había visto. Sin vacilación alguna, Faile giró suavemente sobre sus talones sin alterar el ritmo de su paso en lo más mínimo, ni más rápido ni más lento.

Corrió en pos de ella, la alcanzó y caminó a su lado en medio de un dolido silencio. Difícilmente un hombre podía decir lo que tenía que decir en un sitio donde la gente podía oírlo. Faile mantuvo una agradable sonrisa todo el camino hasta sus aposentos, pero, oh, aquel punzante, espinoso olor...

—Eso no era lo que parecía —dijo tan pronto como se hubo cerrado la puerta a sus espaldas. Ella no dijo una palabra; simplemente enarcó las cejas en una muda pregunta—. En fin, sólo... Berelain me dio palmaditas en la cara... —Seguía sonriendo, pero sus cejas se fruncieron en un gesto sombrío, y entre las espinas se mezcló el efluvio de la ira—. Pero lo hizo y ya está. Yo no la alenté, Faile. Simplemente lo hizo.

Ojalá Faile hubiera dicho algo, pero se limitó a mirarlo fijamente. Perrin imaginó que estaba esperando, pero ¿qué? La respuesta le llegó de sopetón y, como parecía suceder muy a menudo cuando hablaba con ella, fue como si le pusieran un nudo corredizo al cuello.

—Faile, lo siento.

La ira se tornó afilada como una cuchilla.

—Ya veo —repuso fríamente y salió del cuarto.

De modo que había metido la pata, aunque no entendía cómo. Se había disculpado y ni siquiera había hecho nada por lo que tuviera que disculparse.

Esa tarde oyó por casualidad a Bain y a Chiad discutiendo si deberían ayudar a Faile a darle una paliza ¡nada menos! Imposible saber si Faile lo había sugerido —era muy fiera, pero ¿hasta ese punto?—, pero sospechaba que las dos Aiel querían que él las oyera, cosa que lo enfureció. Obviamente, su esposa discutía con ellas asuntos de los dos, cosas que deberían haber quedado entre marido y mujer, lo que lo enfureció aun más. ¿De qué otras facetas de su vida matrimonial charlaba mientras tomaba el té? Esa noche, mientras él la miraba sin salir de su sorpresa, Faile se puso un camisón de gruesa lana a pesar del calor. Cuando intentó besarla en la mejilla, casi con timidez, ella masculló que había tenido un día agotador y se volvió dándole la espalda. Olía a furia, un olor lo bastante intenso para partir una cuchilla a lo largo.

No podía conciliar el sueño con aquel olor, y cuanto más tiempo yacía a su lado, contemplando el techo en la oscuridad, más furioso se ponía. ¿Por qué le hacía esto? ¿Es que no se daba cuenta de que sólo la amaba a ella? ¿Es que no le había demostrado más que de sobra que lo que más deseaba en la vida era tenerla en sus brazos para siempre? ¿Era culpa suya que a una estúpida mujer se le hubiese metido entre ceja y ceja coquetear con él? Lo que debería hacer era tenderla boca abajo en sus rodillas y darle de azotes hasta que le entrara un poco de sentido común. Sólo había hecho eso en una ocasión, cuando ella había pensado que podía darle un puñetazo siempre que se le antojaba para dejar claro su punto de vista. A la larga, le había dolido más a él que a ella; no soportaba la idea de que Faile se sintiera dolida. Quería hacer las paces con ella. Sólo con ella.

Y por eso tomó la decisión que tomó estando allí tumbado, con las primeras luces del sexto día de estancia en Cairhien colándose por las ventanas. En la Ciudadela, Berelain había coqueteado con una docena de hombres que él supiera; fuera cual fuera la razón que la había llevado a escogerlo como presa, pondría en otro su atención si él no se dejaba ver durante mucho tiempo. Y, una vez que Berelain eligiese a otra víctima, Faile recobraría el sentido común. Parecía sencillo.

De modo que, tan pronto como se puso algo de ropa encima, salió a buscar a Loial y desayunó con él; después lo acompañó a la Biblioteca Real. Cuando vio a la esbelta Aes Sedai y Loial le dijo que estaba allí todos los días —el Ogier se mostraba apocado en presencia de Aes Sedai, pero no le importaba que hubiese cincuenta a su alrededor— Perrin buscó a Gaul y le preguntó si le apetecía ir de caza. No había muchos ciervos ni conejos en las colinas cercanas a la ciudad, por supuesto, y los pocos que quedaban estaban sufriendo las

consecuencias de la sequía tanto como las personas, pero aun así el olfato de Perrin los habría conducido hasta todos los que hubiese hecho falta si realmente hubiera ido tras su carne. Ni siquiera encajó una flecha en el arco en todo el tiempo, pero insistió en permanecer fuera hasta que Gaul le preguntó si se proponía cazar murciélagos a la luz de la media luna; a veces Perrin olvidaba que las demás personas no veían de noche tan bien como él. Al día siguiente salió de caza otra vez hasta que estuvo oscuro, y también al otro día.

El problema era que su sencillo plan parecía estar yéndose al garete. La primera noche, cuando regresó al Palacio del Sol con el arco sin encordar echado sobre el hombro, agradablemente cansado de la larga caminata, sólo un golpe de suerte le trajo en el aire el aroma del perfume de Berelain a tiempo de frenarlo antes de entrar en el vestíbulo principal de palacio. Haciendo señas a los Aiel que montaban guardia para que permanecieran callados, Perrin se escabulló hasta una puerta de la servidumbre que tuvo que aporrear hasta que un tipo con ojos soñolientos abrió y lo dejó pasar. A la noche siguiente, Berelain estaba esperando en el pasillo donde estaban sus aposentos; tuvo que esconderse tras la esquina casi la mitad de la noche antes de que ella se diera por vencida. Todas las noches lo estaba esperando en alguna parte, como si pudiera fingir un encuentro casual cuando no había nadie más despierto, salvo unos pocos sirvientes. Era una completa locura; ¿por qué no se había dedicado a perseguir a otro? Y todas las noches, cuando finalmente entraba de puntillas, con las botas quitadas, en el dormitorio, Faile ya dormía con aquel maldito camisón de lana. Mucho antes de la sexta noche sucesiva en vela, estaba dispuesto a admitir que había metido la pata aunque todavía no entendía cómo. El plan había parecido tan condenadamente simple... Lo único que quería era una palabra de Faile, una insinuación de lo que debería decir o hacer. Pero todo lo que obtuvo fue el sonido de sus propios dientes rechinando en medio de la oscuridad.

Al décimo día Rand recibió otra petición de audiencia de Coiren, tan cortésmente redactada como las tres anteriores. Durante un rato estuvo frotando el grueso y suave papel entre el pulgar y el índice, reflexionando. Imposible saber a qué distancia se encontraba Alanna a través de su percepción de la mujer; pero, comparando la intensidad de la sensación el primer día con la de ahora, imaginó que debía de encontrarse a mitad de camino de Cairhien. Si era así, Merana no se estaba demorando. Eso estaba bien; quería que se sintiera ansiosa. Arrepentida, al menos un poco, también vendría bien, pero eso sería tanto como desear la luna; era una Aes Sedai. Otros diez días más hasta que llegaran a Cairhien, si mantenían el mismo paso, y deberían poder hacerlo. Tiempo suficiente para reunirse dos veces más con Coiren, y así habría concedido a cada grupo tres audiencias. Que Merana reflexionara sobre eso cuando llegara. Ninguna ventaja en absoluto a su favor, con la Torre Blanca al otro lado; no tenía por qué saber que antes metería la mano en un nido de víboras que acercarse a la Torre, sobre todo con Elaida como Amyrlin. Otros diez días más; se comería sus botas si antes de otros diez Merana no accedía a ofrecerle el respaldo de Salidar sin tonterías como guiarlo y mostrarle el camino. Entonces, por fin, podría volcar toda su atención en Sammael.

Mientras Rand se sentaba para escribir a Coiren que podía traer a dos de sus hermanas al Palacio del Sol al día siguiente por la tarde, Lews Therin empezó a mascullar de forma audible:

«Sí. Sammael. Matarlo esta vez. A Demandred, a Sammael y a todos ellos. Sí, lo haré esta vez.»

Rand apenas lo oyó.

CAPÍTULO 28

La captura

Rand dejó que Sulin lo ayudara a ponerse la chaqueta por la sencilla razón de que habría tenido que arrancársela literalmente de las manos en caso contrario. Como siempre, intentó ponerle la prenda sin pararse en detalles tales como dónde tenía los brazos. El resultado fue una especie de danza corta en mitad del dormitorio. Lews Therin soltó una risita que denotaba una especie de demente regocijo, justo lo suficientemente alto para oírlo.

«Sammael, oh, sí, pero Demandred primero. Me libraré de él antes que nada, y después Sammael. Oh, sí.» Si hubiese tenido manos, seguro que se las habría estado frotando de alegría. Rand hizo caso omiso.

—Sé respetuoso —masculló Sulin entre dientes—. No mostraste respeto a esas Aes Sedai en Caemlyn y ya viste lo que pasó. Las Sabias... Las he oído decir cosas que... Debes ser respetuoso. Mi señor Dragón —acabó como si acabara de ocurrírsele.

Por fin Rand consiguió meterse la chaqueta.

—¿Ha llegado Min?

—¿Acaso la ves aquí? Mi señor Dragón. —Quitando imaginarias pelusas de la roja seda, Sulin empezó a abrocharle los botones.

Acabarían antes si dejaba las manos caídas a los costados y le permitía hacerlo.

—Min vendrá cuando venga si es que viene. Sorilea acabará lo que esté haciendo con ella en las tiendas cuando acabe. —De repente alzó los ojos hacia él y lo miró intensamente—. ¿Qué quieres de ella? No creo que te apetezca que alguien te esté pellizcando el culo delante de las Aes Sedai. —Esta tarde no estaba conteniendo la sonrisa—. Mi señor Dragón.

Le costó un esfuerzo no ponerse ceñudo. Todo iba tan bien y ahora esto. Sorilea sabía que quería contar con Min hoy más que en ninguna otra audiencia previa; no había que perder la ocasión de que la joven viera a Coiren y a otras dos emisarias de Elaida. Sorilea había prometido que estaría de vuelta a tiempo. Se retiró otra vez, pero Sulin lo siguió, empeñada en acabar de abrocharle los botones.

—Sulin, quiero que vayas a la tienda de Sorilea. Encuentra a Min y tráela aquí. Nada de preguntas, Sulin. Hazlo.

La mujer consiguió sonreír y rechinar los dientes al mismo tiempo, un gesto de lo más curioso.

—Como ordene mi señor Dragón. —Una suave reverencia extendió la falda roja y blanca e inclinó su rostro a mitad de camino del suelo.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Rand mientras ella se volvía para marcharse. No era necesario aclarar a qué se refería; la vacilación de Sulin denotó que lo había entendido.

Cuando finalmente habló, lo hizo tranquila y firmemente, sin rezongar en absoluto:

—Hasta que mi vergüenza iguale la suya. —Lo miró directamente a los ojos durante un instante, la misma Sulin de antaño aunque con el pelo más largo, pero enseguida la máscara volvió a aparecer—. Si mi señor Dragón me disculpa, he de correr si quiero llevar a cabo su orden.

Cosa que hizo, remangándose la falda hasta las rodillas y saliendo del cuarto deprisa como el rayo. Rand sacudió la cabeza y se acabó de abotonar la chaqueta él mismo. A decir verdad se sentía bien. Salvo por Min, naturalmente. Sorilea lo había prometido. Min lo había

prometido. Una vez que eludiera las inevitables preguntas de Coiren respecto a si había decidido regresar a Tar Valon con ella, iba a hacer que Min se sentara y... No estaba seguro de qué iba a hacer. Pero Alanna estaba un día más cerca. Un rato no muy largo de tener que escuchar a Coiren y después iría a practicar con la espada durante una hora.

«Demandred —gruñó Lews Therin—. ¡Deseaba a Ilyena! —Como siempre, el recuerdo de Ilyena lo redujo a un distante llanto quejumbroso—. ¡Ilyena! ¡Oh, Luz, Ilyena!»

Rand se llevó el Cetro del Dragón a la antesala. Preguntándose a quiénes llevaría consigo Coiren, tomó asiento en el alto sillón colocado en el estrado para no empezar a pasear por la impaciencia. No por las Aes Sedai, sino por Min. Sabía que la necesitaba. Lo sabía.

Por fin una de las puertas se abrió lo suficiente para dejar paso a una mujer, pero era Chiad, no Min.

—Las Aes Sedai están aquí, *Car'a'carn.* —Lo dijo un tanto estirada, insegura todavía con el hecho de que un hombre de las tierras húmedas fuera jefe de jefes y, ya puestos, todavía insegura de verlo como el hijo de una Doncella.

Rand asintió mientras se sentaba erguido y ponía derecho el Cetro del Dragón sobre su rodilla.

—Hazlas pasar.

Iba a hablar seriamente con Min sobre esto. ¡Mira que dedicar todo su tiempo a las Sabias!

Coiren entró deslizándose como un rechoncho y engreído cisne, seguida de Galina y otra mujer de pelo negro como el azabache y ojos duros en su rostro de Aes Sedai. Todas llevaban vestidos de tonalidades grises, elegidos, sospechaba Rand, porque disimulaban el polvo. Para su sorpresa, de nuevo unas sirvientas con ligeros guardapolvos colgados a la espalda entraron detrás de las Aes Sedai, hasta una docena de ellas, acarreando con esfuerzo dos arcones forrados de bronce, ninguno de los cuales era pequeño. Algunas de las mujeres jóvenes lo miraron, pero la mayoría mantenía gacha la cabeza, ya fuera porque estaban concentradas en la pesada carga o tal vez por miedo.

Los labios de Rand estuvieron a punto de curvarse con una sonrisa antes de que pudiera contenerse. Realmente creían que podían comprarlo.

—Lástima que vuestra hermana Verde no esté aquí hoy —dijo Galina.

Los ojos de Rand se desviaron velozmente de las sirvientas a las Aes Sedai. Las tres lo observaban atentamente. ¿Cómo sabían lo de Alanna?

No era el momento para perderse en elucubraciones, sin embargo; casi en el mismo instante sintió un cosquilleo en la piel.

La furia se encendió dentro de él y también en Lews Therin. Rand aferró el *Saidin* casi arrebatándoselo de los dientes a Lews Therin. Una ira abrasadora bramaba en los límites del vacío, así como el desprecio, cuando miró a Coiren, Galina y quienquiera que fuese la tercera. La suave mandíbula redondeada de Coiren mostraba un gesto de determinación; de hecho, las otras dos sonreían, anhelantes, aunque en absoluto de un modo agradable. Eran tan necias como Merana y su pandilla.

El escudo que se deslizó entre él y la Fuente Verdadera fue como el cierre de una compuerta; el fluido del *Saidin* se interrumpió dejando sólo el repugnante residuo de la infección. Aparte de eso, el aire pareció tornarse sólido a su alrededor y desde los tobillos hasta la cabeza su cuerpo estaba petrificado. Aquel escudo hizo que los ojos se le desorbitaran; era imposible. No había tres mujeres capaces de aislarlo de la Fuente una vez que había aferrado el *Saidin,* no a menos que fueran tan fuertes como Semirhage o Mesaana o... Tanteó en busca de la Fuente, arremetió contra aquel invisible muro de piedra, más y más fuerte. Lews Therin bramaba como una bestia, golpeando, lanzando zarpazos frenéticamente. Uno de ellos tenía que ser capaz de llegar al *Saidin;* uno de los dos tenía que ser capaz de romper un escudo mantenido por sólo tres mujeres.

El bloqueo sólo llevaba puesto unos segundos cuando una de las sirvientas se adelantó y se puso junto a Galina y Rand sintió que su rostro se quedaba pálido. Cuatro pares de ojos en

cuatro semblantes intemporales lo observaban.

—Es una verdadera lástima que haya sido necesario llegar a esto. —El sosegado tono de Coiren parecía más apropiado para dirigirse a toda una asamblea que a un solo hombre—. Deseaba realmente que vinieras a Tar Valon por tu propia voluntad, pero era obvio que sólo intentabas darnos largas. Supongo que habrás tenido algún contacto con esas pobres necias que huyeron después de que esa mujer, Sanche, fuera neutralizada. ¿De verdad creías que podían ofrecerte algo? ¿Como fuerza en contra de la Torre Blanca? —De hecho parecía desilusionada con él.

Lo único que Rand podía mover eran los ojos; se desplazaron hacia las sirvientas, muy atareadas alrededor de uno de los arcones. Estaba abierto y estaban sacando una bandeja llana. Algunas de aquellas caras parecían jóvenes, pero las otras... Todas eran Aes Sedai, estaba convencido. Las cinco jóvenes debían de serlo recientemente, lo suficiente para que no se notara en ellas la intemporalidad; cinco para que lo miraran y ahuyentaran sus recelos en tanto que las otras ocultaban el rostro. Quince Aes Sedai. Trece para coligarse y dos para someterlo. Trece para... Lews Therin huyó gritando.

Galina arrebató el Cetro del Dragón de la mano de Rand y sacudió la cabeza.

—Ahora estoy a cargo, Coiren. —No lo miró ni una vez; podría haber sido parte del sillón—. Se acordó que, si se llegaba a este punto, el Ajah Rojo se haría cargo. —Entregó el Cetro del Dragón a la mujer de pelo negro y añadió—: Guarda esto en alguna parte, Katerine. Podría ser un recuerdo divertido para la Amyrlin. El Ajah Rojo. El sudor corrió por el rostro de Rand. Si las Doncellas apostadas fuera entraran ahora... O las Sabias o Sulin o cualquiera que pudiera dar la voz de alarma, poner en pie al palacio. Trece Aes Sedai y el Ajah Rojo a cargo. Si hubiese podido abrir la boca, habría lanzado un aullido de desesperación.

Bain levantó la vista sorprendida cuando las puertas se abrieron —Rand al'Thor había recibido a las Aes Sedai hacía pocos minutos— y en un gesto automático desvió los ojos cuando vio a las sirvientas sacando los arcones. Una de las Aes Sedai de cabellos negros se plantó delante de ella, y Bain se apresuró a incorporarse de donde estaba en cuclillas junto a la puerta. Todavía no sabía qué pensar de las historias que las otras Doncellas le habían contado en Caemlyn, cosas que antes sólo eran conocidas por los jefes y las Sabias, pero los oscuros ojos de esta mujer parecían saber todo sobre cómo habían fallado los Aiel mucho tiempo atrás. Aquellos ojos retuvieron los de Bain hasta que ésta sólo fue vagamente consciente de la otra Aes Sedai de cabello negro plantada delante de Chiad, y apenas advirtió que la de aire pomposo conducía pasillo adelante al resto de las mujeres cargadas con los arcones. Bain se preguntó si la Aes Sedai que tenía delante se propondría matarla por el antiguo fallo de los Aiel. Sin duda habrían empezado a matar antes de ahora si fuese ésa su intención, pero los negros ojos de la mujer relucían con una dureza que parecían presagiar la muerte. Bain no tenía miedo a morir; sólo esperaba disponer de tiempo suficiente para cubrirse con el velo.

—Al parecer el joven maese al'Thor está acostumbrado a ir y venir a Cairhien a su antojo —le dijo la Aes Sedai en una voz dura como la piedra—. No estamos habituadas a que nadie se desentienda de nosotras de un modo tan grosero. Si regresa a palacio en los próximos días también lo haremos nosotras. Si no... Nuestra paciencia no es infinita.

Dicho esto se alejó, junto con la otra, en pos de las mujeres cargadas con los arcones.

Bain intercambió una rápida mirada con Chiad y ambas penetraron en la antesala apresuradamente.

—¿Qué quieres decir con que no está? —demandó Perrin.

Las orejas de Loial se agitaron en su dirección, pero el Ogier mantuvo los ojos fijos en el tablero de damas con la misma intensidad que Faile. Ésta olía a... Perrin era incapaz de identificar nada en la maraña de efluvios que emanaba de su mujer, pero esa combinación de olores le hacía desear morderse los puños. La respuesta de Nandera fue encogerse de hombros.

—A veces hace eso —comentó la Aiel. Se mostraba tranquila, con los brazos cruzados

y el rostro impasible, pero su olor era de irritación, un efluvio ligeramente punzante, como pequeños abrojos—. Se escabulle sin llevar siquiera una Doncella para cubrirle la espalda y en ocasiones está ausente medio día. Cree que no lo sabemos. Pensé que quizá tú sabías dónde estaba.

Algo en su voz le dijo a Perrin que si lo descubría iría tras él.

—No —suspiró—. No tengo la menor idea.

—Presta atención al juego, Loial —murmuró Faile—. A buen seguro no querrás poner esa ficha ahí.

Perrin volvió a suspirar. Había decidido quedarse todo el día al lado de Faile. Tendría que hablar con él antes o después y, además, Berelain lo dejaría en paz si se encontraba con su esposa. En fin, por lo menos la Principal no lo había molestado; pero, tan pronto como Faile comprendió que ese día no saldría de caza otra vez, había pillado a Loial antes de que el Ogier saliera corriendo a la biblioteca y desde entonces estaban jugando partida tras partida de damas. En silencio, a efectos prácticos. Perrin habría deseado saber dónde estaba Rand.

Tendido boca arriba en la cama, Rand contemplaba fijamente las gruesas vigas del sótano sin verlas realmente. El lecho no era grande, pero tenía dos colchones y almohadas de plumas y sábanas de buen lino. Había una silla de aspecto sólido y una pequeña mesa, sencilla pero bien construida. Todavía le dolían los músculos tras haber sido transportado en el interior de uno de los arcones. El Poder lo había doblado con facilidad, la cabeza entre las rodillas; unas cuerdas sencillas habían bastado para hacer de él un paquete.

El ruido de metal chirriando contra metal le hizo volver la cabeza. Galina había utilizado una gran llave para abrir una trampilla practicada en los barrotes de la jaula de hierro, que era lo bastante amplia para que cupieran en ella la cama, la mesa y la silla. Una mujer de cabello gris y rostro arrugado metió los brazos por el hueco para dejar una bandeja cubierta con un paño encima de la mesa y después se retiró rápidamente, casi de un salto.

—Me propongo entregarte en la Torre en un estado de salud razonable —manifestó fríamente Galina mientras volvía a cerrar la trampilla—. Come o serás alimentado a la fuerza.

Rand volvió a clavar los ojos en las vigas del techo. Seis Aes Sedai estaban sentadas en sillas alrededor de la jaula, sustentando el escudo que lo aislaba. Rand mantenía el vacío a su alrededor en caso de que tuvieran un desliz, pero no se lanzaba contra la barrera. Cuando lo habían empujado hacia la jaula para meterlo en ella, lo había hecho; algunas de las mujeres se habían reído, las que se dieron por enteradas. Ahora en cambio tanteó sigilosamente hacia el furioso torrente del *Saidin,* una tormenta de fuego y hielo que continuaba allí, casi a su alcance, justo en el límite de su campo visual. Tanteó hacia la Fuente y sintió el muro invisible cerrándole el acceso a ella; lo recorrió como intentando encontrar una brecha. Lo que halló fue un lugar donde el muro parecía convertirse en seis puntos; también éstos lo frenaron con igual eficacia, pero eran seis, no una única superficie y, definitivamente, eran puntos.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Se había establecido sobre él una gris vacuidad que borraba el sentido del tiempo, que lo sumía en un estado letárgico. Llevaba el tiempo suficiente para tener hambre, pero el vacío convertía las sensaciones en algo distante, y ni siquiera el olor a guisado caliente y pan recién hecho que llegaba de la bandeja tapada despertó su interés. Levantarse le parecía un esfuerzo excesivo. Hasta ahora, doce Aes Sedai habían hecho turnos alrededor de la jaula y ni uno solo de los rostros que había visto antes apareció en el sótano. ¿Cuántas había en la casa? No tenía ni idea de a qué distancia lo habían trasladado dentro del arcón, la mayor parte del tiempo zarandeado en una carreta o carro. ¿Por qué había olvidado el consejo de Moraine? No fiarse jamás de una Aes Sedai, ni un instante, ni un pelo. Seis Aes Sedai encauzando el *Saidar* necesario para mantener el escudo tendría que ser advertido en el exterior por cualquier mujer capaz de encauzar. Sólo hacía falta que Amys, Bair o alguna otra pasaran por la calle y se preguntaran qué ocurría. Ahora tenían que estar pensando que su desaparición había coincidido con la marcha de Coiren de palacio. Todo ello si es que fuera había una calle. Sólo hacía falta que...

Tanteó de nuevo el escudo, suavemente, para que ellas no se diesen cuenta. Seis puntos. Seis puntos blandos de algún modo. Eso tenía que significar algo. Ojalá Lews Therin volviese a hablar, pero el único sonido dentro de su cabeza eran sus propios pensamientos deslizándose a lo largo del vacío. Seis puntos.

Caminando a buen paso por la calle envuelta en la oscuridad, junto a la gran casa de piedra donde se alojaban las Aes Sedai, Sorilea las sintió encauzando todavía, aunque era una sensación débil. Sólo lo percibía débilmente porque ella misma apenas podía encauzar, pero no fue ése el motivo por el que hizo caso omiso. Habían estado encauzando día y noche desde su llegada; ninguna Sabia perdía el tiempo ya preguntándose por qué lo hacían. Sorilea tenía, desde luego, asuntos más importantes en los que pensar ahora. En el palacio de los Asesinos del Árbol las Doncellas estaban empezando a irritarse con Rand al'Thor, rezongando que el *Car'a'carn* iba a tener que dar explicaciones cuando regresara esta vez. Sorilea había vivido muchos más años que cualquiera de esas Doncellas, mucho más que cualquier otra Sabia y, fuera o no débil en el Poder, se sentía inquieta. Como la mayoría de los hombres, Rand al'Thor se marchaba cuando quería y a donde quería —los varones eran como gatos en ese aspecto— pero esta vez, coincidiendo con el momento en que él se había marchado, Min había desaparecido en algún punto entre las tiendas y el palacio. A Sorilea no le gustaban las coincidencias por muchas que concurrieran en torno al *Car'a'carn.* Se arrebujó en el chal al sentir un repentino escalofrío que le llegó a los huesos y apretó el paso en dirección a las tiendas.

Librodot

CAPÍTULO 29

Tejidos del Poder

Los hombres sentados alrededor de la mesa de la sala común de La Mujer Errante eran en su mayoría lugareños; se los distinguía por los largos chalecos de brillante seda, a menudo brocada, encima de camisas pálidas con mangas amplias. Granates o perlas adornaban los anillos; los pendientes de aro eran de oro, y en los pomos de los cuchillos curvos, metidos en los cinturones, relucían zafiros y opalescentes piedras de la luna. Varios hombres llevaban chaquetas de seda echadas sobre los hombros, con una cadena de plata o de oro ensartada entre las estrechas solapas, que lucían bordados de flores o animales. Eran unas prendas de aspecto extraño —demasiado pequeñas para ponérselas y se notaba que estaban pensadas para llevarlas a guisa de capa— pero quienes las vestían portaban espadas largas y finas además del cuchillo curvo, y parecían bien dispuestos a utilizar cualquiera de las dos armas ya fuese a causa de una palabra o incluso una mirada equivocadas o porque les apeteciese, simplemente.

En conjunto era una concurrencia variada. Había dos mercaderes murandianos, con bigotes enroscados y aquellas ridículas barbitas en el mentón; un domani, con el cabello largo hasta más abajo de los hombros y un fino bigotillo, que lucía un brazalete de oro, un collar ajustado también del mismo metal precioso y un pendiente con una perla enorme en la oreja izquierda; un atezado Atha'an Miere vestido con chaqueta de un vivo color verde, con las manos tatuadas y dos cuchillos metidos en el fajín rojo; un tarabonés con el velo transparente cubriéndole un espeso bigote que casi le tapaba la boca; además de varios forasteros que podían proceder de cualquier lugar. Sin embargo, todos ellos tenían un montón de monedas ante sí, bien que el tamaño variaba. Al encontrarse tan próxima al palacio de Tarasin, La Mujer Errante atraía a clientes con oro para gastar.

Tras agitar los cinco dados en el cubilete de cuero, Mat los lanzó sobre la mesa. Se detuvieron mostrando dos coronas, dos estrellas y una copa. Una tirada aceptable, pero no muy buena. Su suerte tenía altibajos y en aquel momento no era boyante, lo que significaba que ganaba, como mucho, la mitad de las tiradas. Hasta entonces se las había arreglado para perder diez seguidas, algo inusitado en él en cualquier momento. Los dados pasaron a un forastero de ojos azules, un tipo de rostro estrecho y aire rudo que parecía disponer de dinero de sobra para despilfarrar a pesar de su chaqueta marrón de aspecto sencillo.

Vanin se acercó a Mat y le susurró al oído:

—Han vuelto a salir. Thom dice que todavía no se explica cómo.

Mat le asestó una mirada al grueso hombre que lo hizo enderezarse con más rapidez de lo que cabría esperar de alguien así. Apurando de un trago su copa de ponche frío de melón, Mat dirigió la vista hacia la mesa. ¡Otra vez! El hombre de ojos azules había tirado y, tras rodar sobre el tablero, los dados se detuvieron mostrando tres coronas, una rosa y una vara. Alrededor de la mesa se alzaron murmullos ante la tirada ganadora.

—¡Rayos y centellas! —rezongó Mat—. Lo próximo será que la Hija de las Nueve Lunas entre aquí y me reclame. —El tipo de ojos azules, que celebraba la victoria bebiendo de su copa, se atragantó—. ¿Conocéis ese nombre? —inquirió Mat.

—El ponche se me ha ido por mal sitio —contestó el hombre con un acento suave, arrastrando las palabras, que Mat no reconoció—. ¿Qué nombre dijisteis?

Mat hizo un gesto pacificador; había visto empezar peleas por menos motivos. Guardó

sus monedas de oro y plata en la bolsa, metió ésta en el bolsillo de la chaqueta y se levantó.

—Me marcho. Que la Luz brille sobre todos los presentes.

Los que estaban a la mesa respondieron de igual forma, incluso los forasteros. La gente era muy educada en Ebou Dar.

A pesar de que la mañana no estaba mediada, la sala común se encontraba bastante llena y otra partida de dados contribuía con sus risas y gruñidos a dar ambiente a la posada. Dos de los hijos más jóvenes de la señora Anan ayudaban a las camareras sirviendo desayunos tardíos. La propia posadera estaba sentada en la parte posterior de la estancia, cerca de la blanca escalera sin barandilla, vigilándolo todo con atención; la acompañaba una mujer joven y bonita cuyos grandes y negros ojos lucían con un brillo alegre, como si supiera un chiste que nadie más conocía. Su cara era un óvalo perfecto enmarcado por la lustrosa melena negra y el profundo escote a pico de su vestido gris, con cinturón rojo, mostraba una seductora vista. La expresión divertida de sus ojos se acentuó mientras sonreía a Mat.

—Con vuestra suerte, lord Cauthon —dijo la señora Anan—, mi esposo debería preguntaros hacia qué parte debe mandar sus barcos de pesca. —Por alguna razón, su tono sonaba seco.

Mat aceptó el título sin pestañear. En Ebou Dar, pocos desafiarían a un noble salvo otro noble; era un simple asunto de cálculo para él. Había muchos menos lores que plebeyos, lo que significaba menos oportunidades de que alguien intentara clavarle un cuchillo. Aun así, había tenido que partir tres cabezas en los últimos diez días.

—Me temo que mi suerte no funciona con ese tipo de cosas, señora.

Olver pareció surgir de repente a su lado.

—¿Vamos a las carreras de caballos, Mat? —pidió con ansiedad.

Frielle, la hija mediana de la señora Anan, se acercó casi corriendo para agarrar al chico por los hombros.

—Perdón, lord Cauthon —dijo con nerviosismo—. Se me escapó. La Luz sabe que lo hizo.

Casi en vísperas de casarse —de hecho, el ajustado collar para el cuchillo de esponsales ceñía ya su esbelta garganta— se había ofrecido voluntaria para cuidar de Olver mientras comentaba entre risas lo mucho que deseaba tener seis hijos propios. Mat sospechaba que la joven estaba empezando a soñar con tener hijas.

Nalesean, que bajaba la escalera, fue el destinatario de una intensa mirada de Mat, lo bastante dura para que el teariano se parara en los peldaños. Era él quien había apuntado a *Viento* en dos carreras con Olver como jinete —aquí eran los chicos los que montaban en las competiciones—, sin que él supiese una palabra de todo ello hasta después de que todo hubo acabado. El hecho de que *Viento* hubiese resultado ser tan veloz como su nombre había empeorado las cosas. Dos victorias habían despertado en Olver el deseo de más.

—No es culpa vuestra, señora —le contestó Mat a Frielle—. Metedlo en un barril si no tenéis más remedio y hacedlo con mis bendiciones.

Olver le asestó una mirada acusadora, pero al cabo de un momento giró rápidamente para dedicarle a Frielle una sonrisa insolente que había aprendido a saber dónde. El gesto resultaba chocante con sus grandes orejas y amplia boca; jamás llegaría a ser un jovencito atractivo.

—Me quedaré sentado, en silencio, si puedo miraros a los ojos. Tenéis unos ojos bellísimos —piropeó a la joven.

Frielle se parecía mucho a su madre, y no sólo en el físico. Se echó a reír dulcemente y le dio una afectuosa palmadita debajo de la barbilla, con lo que consiguió que el chico enrojeciera. La señora Anan y la mujer joven de grandes ojos sonrieron sin levantar la vista de la mesa.

Mat sacudió la cabeza y empezó a subir la escalera. Tenía que hablar con Olver. No podía sonreír de ese modo a todas las mujeres que veía. ¡Y decirle a una mujer que tenía unos ojos bellísimos! ¡A su edad! ¿Dónde habría aprendido esas cosas?

—Se han escabullido otra vez, ¿verdad? —dijo Nalesean cuando pasó a su lado. No era una pregunta y, cuando Mat asintió, el teariano se dio un tirón de la puntiaguda barba y maldijo entre dientes—. Reuniré a los hombres, Mat.

Nerim estaba trasteando en el cuarto de Mat, limpiando la mesa con un paño como si las criadas de la posada no hubiesen limpiado el polvo ya esa misma mañana. El sirviente compartía con Olver la habitación contigua, más pequeña, y rara vez se ausentaba de La Mujer Errante. En su opinión, Ebou Dar era un lugar disoluto e incivilizado.

—¿Milord va a salir? —preguntó lúgubremente al ver que Mat cogía el sombrero—. ¿Con esa chaqueta? Me temo que tiene en el hombro una mancha de vino de anoche. La habría limpiado si milord no se hubiese vestido con tanta prisa esta mañana. Y también le habría cosido el desgarrón de la manga, producido por un cuchillo, creo.

Mat dejó que sacara del armario una chaqueta gris con bordados plateados en los puños y en el cuello alto, y le entregó la verde con bordados dorados.

—Confío en que milord intente al menos no mancharla de sangre hoy. Las manchas de sangre son difíciles de quitar.

Era una especie de acuerdo que habían establecido: Mat soportaba el gesto taciturno y las observaciones pesimistas de Nerim y dejaba que el hombre recogiera, limpiara y le entregara en la mano cosas que él mismo podría haber cogido sin el menor problema; a cambio, Nerim había aceptado, a regañadientes, renunciar a sus intentos de vestirlo.

Tras comprobar las dagas escondidas en las bocamangas, debajo de la chaqueta y en el doblez de la parte superior de las botas, Mat dejó la lanza apoyada en un rincón, junto con el arco sin encordar, y bajó a la puerta principal. No había cogido la lanza porque el arma parecía atraer idiotas con ganas de gresca del mismo modo que la miel atraía a las moscas.

A despecho del sombrero, el sudor perló el rostro de Mat en el momento en que salió de la sombra y relativa frescura de la posada. El sol matinal tenía tanta fuerza como el de mediodía de pleno verano en circunstancias normales, pero la plaza de Mol Hara estaba abarrotada de gente. Al principio Mat se quedó parado, mirando fijamente el palacio de Tarasin. Con Juilin y Thom vigilando dentro del edificio y Vanin haciéndolo fuera, ¿cómo se las ingeniaban esas mujeres para escabullirse sin ser vistas? Salían casi a diario. Después de que esto sucediera tres veces, Mat había destacado centinelas en todas las salidas posibles del blanco edificio, donde se apostaban antes del alba. Eran más que suficientes, contando con Nalesean y con él. Ninguno de ellos les había visto el pelo, pero justo antes del mediodía Thom había salido para informar que las mujeres se habían marchado no se sabía cómo. El viejo juglar estaba fuera de sí, a punto de arrancarse el bigote a tirones. Mat sabía la razón de que las mujeres tuvieran ese comportamiento: lo hacían simplemente para fastidiarlo.

Nalesean y los demás aguardaban, formando un grupo cabizbajo y sudoroso. El teariano toqueteaba la empuñadura de su espada como si ansiara que se le presentase la oportunidad de utilizarla.

—Hoy miraremos al otro lado del río —anunció Mat.

Varios de los Brazos Rojos intercambiaron miradas inquietas; habían oído los comentarios sobre esa zona. Vanin cambió el peso de un pie a otro y sacudió la cabeza.

—Lady Elayne jamás se marcharía de ese modo. La Aiel tal vez, o Birgitte, pero no lady Elayne.

Mat cerró los ojos un instante. ¿Cómo se las habría ingeniado Elayne para echar a perder a un buen hombre en tan poco tiempo? No perdía la esperanza de que, estando apartado de ella y de su influencia el tiempo suficiente, Vanin volvería a la normalidad, pero lo cierto es que esa esperanza empezaba a flaquear. ¡Luz, cómo detestaba a las nobles!

—Bien, si no las localizamos hoy nos olvidaremos del Rahad. —En ese barrio destacaban como alondras entre una bandada de mirlos—. Sin embargo, tengo el propósito de dar con ellas aunque se escondan debajo de una cama en la Fosa de la Perdición. La búsqueda se hará en parejas, como siempre, y guardaos las espaldas el uno al otro. Ahora habrá que encontrar barqueros para que nos lleven al otro lado del río. Maldita sea, espero que no estén

Librodot

todos por ahí, vendiendo frutas a los barcos de los Marinos.

A Elayne la calle le parecía igual que en el *Tel'aran'rhiod*: edificios de ladrillos de cinco o seis plantas, cubiertos a trozos por parches de yeso desconchado, apiñados unos contra otros y alzándose sobre el irregular pavimento. Sólo a esta hora del día, con el dorado sol brillando en lo alto, las sombras desaparecían por completo en esos angostos callejones. Las moscas zumbaban por doquier. La única diferencia con el Mundo de los Sueños eran las ropas lavadas que estaban tendidas en las ventanas, las personas —en ese momento, por supuesto, no había muchas fuera— y el olor, un penetrante hedor a podredumbre que la inducía a respirar someramente. Por desgracia, todas las calles se parecían en el Rahad.

Detuvo a Birgitte poniéndole la mano en el brazo y examinó el destartalado montón de ladrillos que era un edificio de seis pisos, donde colgaba ropa tendida en la mitad de las ventanas; nadie habría dicho que aquellas prendas estaban lavadas. El débil llanto de un bebé se oía en alguna parte del interior de la casa. Era el número correcto de plantas, seis. Estaba segura de ello, aunque Nynaeve insistiera en que eran cinco.

—No creo conveniente que nos quedemos paradas observando fijamente —adujo en voz queda Birgitte—. La gente nos está mirando.

No era del todo cierto; simplemente, Birgitte se preocupaba por su seguridad. Hombres descamisados y con chalecos astrosos las más de las veces andaban por la calle pavoneándose; el sol se reflejaba en sus pendientes de aro de latón, así como en los anillos del mismo metal adornados con cristales de colores. Otros se escabullían como cualquier perro callejero de los que pueden enseñar los dientes o morder. En realidad, las mujeres se comportaban igual; éstas llevaban vestidos raídos y la acostumbrada bisutería de latón y cristal. Todos portaban un cuchillo curvo metido en el cinturón y con frecuencia también otro de hechura corriente.

A decir verdad, nadie les dirigió más de una mirada superficial a Birgitte y a ella, aunque el semblante de la arquera a menudo exhibía una expresión desafiante y ella misma era demasiado alta para la media de las mujeres ebudarianas. Porque eso era exactamente lo que la gente veía merced a un complejo tejido de Aire y Fuego que Elayne había invertido y atado. Cuando la heredera del trono miraba a Birgitte veía a una mujer entrada en años, con finas arrugas en los rabillos de unos negros ojos y algunas canas en el cabello del mismo color. Resultaba más fácil lograr los disfraces cuanto más se ajustaban a la realidad, de modo que a Birgitte el pelo le caía a la espalda recogido en cuatro sitios con ajados lazos verdes, aunque era bastante más largo de lo que las ebudarianas solían llevarlo; claro que tampoco ella se había cortado el suyo y a nadie parecía llamarle la atención. Era un disfraz perfecto, aunque habría deseado no tener que sudar. Con la adición de un tejido de Energía aun más complejo, que enmascaraba la habilidad de una mujer para encauzar, Elayne había pasado delante de Merilille esa misma mañana cuando se encaminaba a una puerta para salir de palacio. Todavía lo mantenía activo, porque habían visto a Vandene y a Adeleas a este lado del río en más de una ocasión.

Sus ropas no eran resultado de los tejidos del Poder, desde luego, sino unos raídos vestidos de lana con bordados deshilachados en las mangas y alrededor de los estrechos y bajos escotes. La ropa interior y las medias también eran de lana y las de Elayne, al menos, le picaban. Tylin les había proporcionado estas prendas, así como unos cuantos consejos y los cuchillos de esponsales con fundas blancas. Por lo visto era menos probable que se desafiara a mujeres casadas que a solteras y menos aun a viudas que rehusaban contraer nuevas nupcias. También aparentar más edad contribuía a ello. Nadie desafiaba a una abuela canosa, aunque el caso contrario sí podría darse.

—Creo que deberíamos entrar —dijo Elayne.

Birgitte se adelantó, con la mano sobre el cuchillo sujeto por el desgastado cinturón de lana marrón, para abrir la puerta sin pintar. Al otro lado había un pasillo oscuro flanqueado por puertas cochambrosas; al fondo se veía una estrecha escalera de baldosas desportilladas.

Librodot

Elayne respiró con cierto alivio, aunque no demasiado.

Ni con fundas blancas de cuchillos ni sin ellas, entrar en un edificio en el que no se vivía era un buen modo de dar pie a una lucha con armas blancas. Lo mismo ocurría con hacer preguntas o mostrar curiosidad. Tylin les había aconsejado que no hicieran tales cosas, pero durante el primer día habían visitado posadas, que se distinguían únicamente por tener las puertas pintadas de azul, planeando decir que estaban comprando cosas viejas descartadas y guardadas en trasteros que después restauraban y vendían. Habían decidido que Nynaeve fuera con Aviendha y Birgitte con ella para de ese modo cubrir más terreno. Las salas comunes de las posadas eran sitios oscuros y siniestros, y en dos ocasiones que entraron en sendos establecimientos Birgitte la había sacado a toda prisa, ambas con los cuchillos empuñados, justo antes de que se iniciaran serias reyertas. La segunda vez, Elayne no tuvo más remedio que encauzar brevemente para hacer tropezar y caer a dos mujeres que las persiguieron hasta la calle, y aun así Birgitte había estado segura de que alguien las había seguido el resto del día. Nynaeve y Aviendha tuvieron la misma clase de dificultades, excepto que nadie las siguió; de hecho, la antigua Zahorí había golpeado a una mujer con una banqueta. En consecuencia, quedó descartado hacer hasta las preguntas más inocuas; a partir de entonces todas esperaron fervientemente tener la suerte de no acabar con un cuchillo clavado al cruzar un umbral.

Birgitte precedió a Elayne escaleras arriba, bien que miraba hacia atrás con frecuencia. Los olores de comidas preparándose se mezclaban de un modo repugnante con el tufo generalizado del Rahad. El llanto del bebé cesó, pero en algún lugar del edificio una mujer empezó a gritar. En el tercer piso, un tipo de hombros anchos, sin llevar encima camisa ni chaleco, abrió una de las puertas en el momento en que las dos llegaban al descansillo. Birgitte lo miró ceñuda, y el hombre levantó las manos con las palmas hacia ellas y reculó al interior de la casa, cerrando la puerta con el pie mientras entraba. En el último piso, donde tendría que estar el trastero si éste era el edificio correcto, una mujer descarnada, vestida con una tosca camisola de lino, se hallaba sentada en una banqueta a la puerta de su vivienda, aprovechando el poco aire que corría mientras afilaba un cuchillo. Volvió la cabeza hacia ellas y la hoja dejó de deslizarse sobre la piedra de amolar. No les quitó ojo mientras las dos retrocedían lentamente escalera abajo, y el suave chirrido del acero sobre la piedra no se reanudó hasta que llegaron al descansillo del piso inferior. Sólo entonces Elayne soltó un suspiro de alivio.

Se alegraba de que Nynaeve no hubiese aceptado su apuesta. Diez días. Había sido una estúpida optimista. Aquél era el undécimo día desde su fanfarronada; once días en los que a veces pensaba que estaba en la misma calle por la tarde que en la que había estado por la mañana; once días sin encontrar la menor pista que las condujera al cuenco. En ocasiones se habían quedado en palacio sólo para despejarse. ¡Todo era tan frustrante! Al menos Vandene y Adeleas tampoco estaban teniendo suerte. Por propia experiencia, Elayne sabía que nadie en el Rahad diría voluntariamente una sola palabra a unas Aes Sedai. La gente desaparecía tan pronto como se daba cuenta de quiénes eran; había visto a dos mujeres intentar apuñalar a Adeleas, sin duda para robar a la necia mujer que se aventuraba en el Rahad vestida con sedas, y para cuando la hermana Marrón levantó a las dos con flujos de Aire y las metió por una estrecha ventana dos pisos más arriba, no quedaba un alma en la calle. Bien, pues no estaba dispuesta a permitir que esas dos encontraran su cuenco y se lo arrebataran en las narices.

De vuelta en la calle, ocurrió algo que le recordó a Elayne que en el Rahad había cosas peores que la frustración. Justo enfrente de ella, un hombre delgado, con el torso lleno de sangre y un cuchillo empuñado en una mano, salió renqueando de un zaguán y giró rápidamente sobre sus talones para enfrentarse a otro hombre que lo seguía; el segundo era más alto y corpulento y sangraba de un tajo en la mejilla. Los dos giraron en círculo, las miradas trabadas, las armas centelleando al amagar puñaladas. Como si hubiese brotado del pavimento, se reunió una pequeña multitud para presenciar la lucha; nadie se acercó

corriendo, pero tampoco ninguno de los espectadores pasó de largo.

Elayne y Birgitte se desplazaron hacia un lado de la calle, pero no se marcharon. En el Rahad, hacer tal cosa habría llamado la atención y eso era lo último que querían que pasara. Sumarse a los mirones significaba tener que presenciar la pelea, pero Elayne se las ingenió para enfocar la vista más allá de los dos contendientes, de manera que sólo percibía formas borrosas que se movían rápidamente; de repente la velocidad de los movimientos aminoró, y la joven se obligó a mirar. El hombre con el torso manchado de sangre se pavoneaba en mitad de la calle al tiempo que gesticulaba con el cuchillo, del que goteaba un fluido rojo. El hombre más corpulento yacía boca abajo en el pavimento, emitiendo unas toses secas y débiles, a menos de veinte pasos de ella.

Instintivamente, Elayne se adelantó; su reducida capacidad de Curación sería mejor que nada cuando un hombre se estaba desangrando y a punto de morir, y al infierno con lo que cualquiera de los presentes pensara sobre las Aes Sedai; sin embargo, antes de que hubiese dado el segundo paso, otra mujer se había arrodillado junto al moribundo. Era algo mayor que Nynaeve y llevaba un vestido azul con cinturón rojo que estaba en mejores condiciones que la mayoría de las ropas que se veían en el Rahad. Al principio Elayne creyó que era la pareja del hombre caído, sobre todo al advertir que el vencedor del duelo moderaba su actitud. Nadie hizo intención de marcharse y todos observaron en silencio mientras la mujer volvía al herido boca arriba.

Elayne dio un respingo cuando, en lugar de limpiar suavemente la sangre de los labios del hombre, la mujer sacó lo que parecía un puñado de hierbas de una bolsita y se las metió apresuradamente en la boca. Antes de que retirara la mano de la cara del individuo, el brillo del *Saidar* la envolvió y empezó a tejer flujos de Curación con mayor destreza de lo que Elayne podría haber hecho. El hombre exhaló aire con bastante fuerza para expulsar gran parte de las hierbas, se estremeció y quedó inmóvil, con los ojos entreabiertos mirando sin ver el sol.

—Demasiado tarde, al parecer. —La mujer se incorporó y se volvió hacia el tipo delgado—. Debes decirle a la esposa de Masic que has matado a su marido, Baris.

—Sí, Asra —contestó sumisamente Baris.

Asra se dio media vuelta y echó a andar sin mirar de nuevo a ninguno de los dos hombres, y el grupo reunido se apartó a su paso. Cuando la mujer llegó a la altura de Elayne y Birgitte, a corta distancia, la heredera del trono advirtió dos cosas respecto a ella. Una fue su fuerza; Elayne buscó eso a propósito. Esperaba sentir bastante, pero a Asra probablemente nunca se le habría permitido acceder a la prueba para Aceptada. La Curación tenía que ser su Talento más fuerte —tal vez el único, ya que debía de tratarse de una espontánea— y muy afinado a costa de práctica. Tal vez incluso pensaba que el uso de aquellas hierbas era necesario. El otro detalle que advirtió Elayne fue el tono de la tez de la mujer. El color tostado no se debía al sol; indudablemente Asra era domani. ¿Qué demonios hacía una espontánea domani en el Rahad?

Elayne habría seguido a la mujer, pero Birgitte la condujo en dirección contraria.

—Conozco esa expresión en tus ojos, Elayne. —La arquera miró en derredor con desconfianza, como si sospechara que algunos de los transeúntes fueran espías—. No sé por qué quieres ir detrás de esa mujer, pero resulta evidente que se la respeta aquí. Acósala, y lo más seguro es que se nos lancen más puñales de los que podamos defendernos entre las dos.

Era la pura realidad; como indiscutible era el hecho de que no habían ido a Ebou Dar a encontrar espontáneas domani.

Elayne rozó el brazo de Birgitte al tiempo que hacía un gesto hacia dos hombres que acababan de girar en la esquina. Con su chaqueta azul de rayas satinadas, Nalesean era la viva imagen de un lord teariano; llevaba la prenda abotonada hasta arriba y su rostro sudoroso brillaba casi tanto como su barba untada. Clavaba una mirada feroz en cualquiera que osara posar la vista en él, hasta tal punto de que sin duda ya se habría visto envuelto en una pelea a estas alturas de no ser porque acariciaba la empuñadura de su espada como si fuese

Librodot

precisamente eso lo que estaba buscando y deseando. Mat, por otro lado, no mostraba la menor intranquilidad. Caminaba con aire arrogante y, salvo por cierto aire contrariado, habríase dicho que se estaba divirtiendo. Con la chaqueta desabrochada, el sombrero bien calado sobre los ojos y el pañuelo anudado al cuello, tenía el aspecto de haber pasado la noche yendo de taberna en taberna; algo que, dicho fuera de paso, podía ser cierto. Con gran sorpresa, Elayne cayó en la cuenta de que hacía días que no se había acordado de él. Tenía unas ganas tremendas de echarle mano al *ter'angreal* que llevaba el joven, pero la importancia del cuenco era infinitamente mayor.

—Nunca se me había ocurrido —murmuró Birgitte—, pero creo que Mat es el más peligroso de esos dos. Unos N'Shar en Mameris. Me pregunto qué están haciendo a este lado del Eldar.

Elayne la miró de hito en hito. ¿Unos qué en dónde?

—Seguramente han acabado con todas las reservas de vino de la otra orilla. Vamos, Birgitte, me gustaría que te concentraras en el asunto que nos ocupa. —Esta vez no iba a preguntarle.

Una vez que Mat y Nalesean pasaron junto a ellas y se alejaron en dirección opuesta, Elayne se olvidó de ellos y observó la calle. Sería maravilloso encontrar el cuenco ese día. Y no era la razón menos importante el hecho de que la próxima vez que acudieran estaría emparejada con Aviendha. Empezaba a apreciar a esa mujer a despecho de las ideas extremadamente peculiares —¡extremadamente!— con respecto a Rand y a ellas, pero parecía tener cierta tendencia a animar a mujeres aparentemente dispuestas a sacar el cuchillo. Aviendha parecía incluso desilusionada cuando los hombres agachaban los ojos fijamente, en vez de desenvainar el puñal como lo haría cualquier mujer, si ella los miraba desafiante.

—Aquélla —dijo Elayne, señalando otra casa. Era imposible que Nynaeve tuviese razón respecto a los cinco pisos. ¿O sí? Esperaba fervientemente que Egwene hubiese encontrado una solución.

Egwene aguardó pacientemente mientras Logain bebía un poco de agua. La tienda del hombre no era tan espaciosa como la casa que había ocupado en Salidar, aunque seguía siendo más amplia que la mayoría del campamento. Tenía que haber espacio para las seis hermanas sentadas en banquetas y manteniendo el escudo sobre él. La sugerencia de Egwene de que se atara el tejido había sido recibida con reacciones casi escandalizadas y que rozaban el desdén; ninguna estaba dispuesta a aceptarlo, y menos estando tan reciente su decisión de ascender a Aes Sedai a cuatro mujeres sin que se sometieran a la prueba ni la Vara Juratoria; puede que no lo hicieran nunca. Siuan había dicho que no lo harían. La costumbre marcaba seis hermanas para esa tarea, aun en el caso de que el hombre hubiese estado tan limitado como Siuan y Leane y que hubieran bastado tres Aes Sedai con poder reducido, y también marcaba que el escudo se mantuviera, no que se atara. La luz titilante de una única lámpara alumbraba el interior; Logain y ella estaban sentados en mantas que hacían las veces de alfombras.

—A ver si lo entiendo —dijo Logain cuando retiró la copa de peltre de sus labios—. ¿Queréis saber lo que opino de la amnistía de al'Thor?

Algunas de las hermanas rebulleron en sus banquetas, tal vez porque había omitido llamarla «madre», pero lo más seguro es que se debiera a que ese tema les repugnaba.

—Sí, quiero saber vuestra opinión. A buen seguro tendréis formada alguna. En Caemlyn, con él, sin duda ocuparíais un lugar de honor. Aquí es posible que volváis a ser amansado cualquier día de éstos. O ahora. Habéis eludido la locura durante seis años, según vos. A vuestro modo de ver, ¿qué oportunidades hay de que cualquier hombre que acuda junto a él haga lo mismo?

—¿De verdad se proponen amansarme de nuevo? —Habló en voz baja, con un tono injuriado y furioso—. Me he unido a vosotras sin reservas, he hecho cuanto me habéis pedido. Me he ofrecido a hacer cualquier juramento que queráis.

—La Antecámara tomará una decisión pronto. Algunas preferirían que estuvieseis muerto; se sienten comprometidas. Las Aes Sedai han contado vuestra historia y todo el mundo sabe que no pueden mentir. Sin embargo no creo que debáis albergar temor alguno en ese sentido. Nos habéis prestado una gran ayuda para que permita que se os haga daño. Y ocurra lo que ocurra podríais seguir sirviendo y ver que el Ajah Rojo recibe el castigo merecido, como deseáis.

Logain se incorporó sobre las rodillas, gruñendo, y Egwene abrazó el *Saidar* y lo envolvió en flujos de Aire en un instante. Las hermanas que mantenían el escudo tenían toda su fuerza volcada en esa tarea —otra costumbre; había que utilizar hasta la última brizna de la fuerza en el Poder para aislar a un hombre— pero varias de ellas podían dividir sus fluidos y dirigir una parte hacia Logain si creían que podría hacerle daño. Egwene no quería arriesgarse a que lo hirieran.

Los flujos lo mantuvieron inmovilizado de rodillas, pero el hombre actuó como si no ocurriese nada.

—¿Queréis saber lo que opino de la amnistía de al'Thor? ¡Ojalá estuviese con él ahora! ¡Al infierno con vosotras! ¡He hecho cuanto me habéis pedido! ¡Así la Luz os consuma a todas!

—Calmaos, maese Logain. —Egwene estaba sorprendida de que su voz sonara tan firme, porque el corazón le latía como un caballo desbocado, aunque ciertamente no por miedo al hombre—. Os juro que nunca os haré daño ni permitiré que os lo haga nadie de quienes me siguen si yo puedo evitarlo, a no ser que os volváis contra nosotras. —La rabia había desaparecido del semblante de Logain, reemplazada por una absoluta inexpresividad. ¿Estaría escuchándola?—. Pero la Antecámara es libre de tomar decisiones. ¿Os habéis tranquilizado ya?

Él asintió débilmente y Egwene retiró los flujos. Logain se sentó de nuevo en el suelo, eludiendo los ojos de la joven.

—Hablaré con vos sobre la amnistía cuando estéis más sereno, quizá dentro de un par de días —añadió Egwene, a lo que el hombre asintió de nuevo, bruscamente, todavía sin mirarla.

Cuando salió a la oscuridad del exterior, los dos Guardianes que montaban guardia le hicieron una reverencia. Al menos a los Gaidin no les importaba que tuviera dieciocho años y que fuera una Aceptada que había ascendido a Aes Sedai sólo porque la habían nombrado Amyrlin. Para los Guardianes, una Aes Sedai era una Aes Sedai y la Amyrlin era la Amyrlin. Con todo, la joven no se permitió soltar un suspiro hasta que estuvo a suficiente distancia de ellos para que no la oyeran.

El campamento era bastante extenso, con tiendas para cientos de Aes Sedai repartidas entre el bosque, para Aceptadas y novicias y sirvientes, y carros y carretas y caballos repartidos por todas partes. El olor de cenas cocinándose impregnaba el aire. Alrededor se extendían las lumbres del ejército de Gareth Bryne; allí la mayoría de los hombres dormirían al raso, no en tiendas. La llamada Compañía de la Mano Roja estaba acampada unos quince kilómetros al sur; Talmanes había mantenido como mucho esa distancia entre ambas fuerzas, de día y de noche, durante una marcha de más de trescientos kilómetros. Ya había servido en parte a su propósito, como habían sugerido Siuan y Leane.

El ejército de Gareth Bryne había aumentado su número en los dieciséis días transcurridos desde la partida de Salidar. Dos ejércitos marchando lentamente hacia el norte llamaban la atención. Los nobles habían acudido con sus fuerzas para unirse al más fuerte de los dos. Cierto que ninguno de aquellos lores o ladys habrían prestado los juramentos que hicieron si hubiesen sabido que no habría grandes batallas en sus propias tierras. Cierto que, de haberles dado a elegir, hasta el último de ellos se habría marchado cuando supieron que el verdadero objetivo de Egwene era Tar Valon, no un ejército de seguidores del Dragón. Pero habían prestado juramento a *una* Amyrlin y en presencia de Aes Sedai que se autodenominaban la Asamblea de la Torre, y con cientos más de testigos. Romper un

Librodot

juramento así se pagaba caro. Además, aunque la cabeza de Egwene acabara clavada en una pica en la Torre Blanca, ni uno solo de ellos creía que Elaida olvidara nunca que habían prestado juramento a su adversaria. Estaban atrapados por su alianza y por cierta lealtad, pero serían sus más fervientes partidarios ya que el único modo de escapar de la trampa con el cuello intacto era conseguir que Egwene llevara la estola en Tar Valon.

Siuan y Leane estaban ansiosas por que llegara ese momento. Egwene no sabía con certeza lo que sentía al respecto. Si hubiese habido algún modo de destituir a Elaida sin derramar una gota de sangre, se habría agarrado a ello como a un clavo ardiendo. Empero, no creía que lo hubiese.

Después de tomar un poco de guisado de carne de cabra, nabos y algo más que no se esforzó por identificar, Egwene se retiró a su tienda. No era la más grande del campamento, pero sí la mayor que estuviese ocupada por una sola persona. Chesa estaba allí, esperando para ayudarla a desvestirse mientras parloteaba sin parar contándole que había adquirido una pieza de lino de lo más fino que se pudiera imaginar a la doncella de una lady altaranesa, un tejido casi traslúcido con el que se confeccionaría la ropa interior más fresca que se pudiera imaginar. A menudo Egwene permitía que Chesa durmiese en la tienda con ella para tener compañía, aunque un jergón de mantas no podía compararse con la propia cama de Chesa. Aquella noche despidió a la mujer después de estar preparada para acostarse. Ser Amyrlin conllevaba algunos privilegios, como por ejemplo que su doncella dispusiera de una tienda para ella. O como dormir sola las noches que era necesario.

Egwene no estaba lo bastante cansada para dormirse ya, pero eso no significaba ningún problema. Quedarse dormida era cosa sencilla; había sido entrenada por caminantes de sueños Aiel. Entró en el *Tel'aran'rhiod...*

... y se halló de pie en la habitación que había sido su estudio en la Torre Chica durante un tiempo muy breve. La mesa y las sillas continuaban allí, por supuesto. Los muebles no eran algo que uno se llevara cuando se partía a la cabeza de un ejército. Cualquier sitio parecía vacío en el Mundo de los Sueños, pero en algunos la sensación era más acentuada que en la mayoría. La Torre Chica tenía un aspecto... hueco.

De repente, se dio cuenta de que llevaba la estola de Amyrlin echada alrededor de los hombros. La hizo desaparecer justo a tiempo. Un momento después Nynaeve y Elayne se encontraban ante ella, la antigua Zahorí con una apariencia tan sólida como la suya, pero Elayne parecía borrosa. Siuan se había mostrado reacia a desprenderse del anillo original *ter'angreal,* y había hecho falta una orden firme para recuperarlo. Elayne llevaba un vestido verde con puños de encaje cayéndole sobre las manos y bordeando un escote estrecho, pero sorprendentemente bajo, que dejaba ver un pequeño cuchillo colgando de una cadena de oro ceñida al cuello; la empuñadura, un abigarrado conjunto de perlas y gotas de fuego, descansaba entre sus senos. Elayne tenía tendencia a adoptar de inmediato la moda local donde quiera que fuese. Nynaeve, como era de esperar, iba vestida con un atuendo de buena lana de Dos Ríos, oscuro y sencillo.

—¿Algún éxito? —preguntó, esperanzada, Egwene.

—Aún no, pero lo tendremos. —Elayne se mostraba tan optimista que Egwene se quedó mirándola fijamente; en verdad tenía que estar intentando dar esa impresión.

—Estoy segura de que ya no tardaremos mucho —abundó Nynaeve, con un aire aun más positivo.

Debían de estar dándose de cabeza contra una pared. Egwene suspiró.

—Tal vez deberíais reuniros conmigo. Estoy convencida de que podríais encontrar el cuenco en unos cuantos días, pero no dejo de dar vueltas a todas las historias que se cuentan de esa ciudad. —Sabía que eran capaces de cuidar de sí mismas; sí, sería una buena reflexión para hacer al pie de sus tumbas. Siuan afirmaba que ninguno de los comentarios que había oído eran exageraciones.

—Oh, no, Egwene —protestó Nynaeve—. El cuenco es demasiado importante. Sabes que sí. El mundo acabará cociéndose en su propio jugo si no damos con ese objeto.

—Además —añadió Elayne—, ¿en qué problema podríamos meternos? Te recuerdo que dormimos todas las noches en el palacio de Tarasin, por si lo has olvidado, y si Tylin no nos arropa personalmente sí que está allí para charlar.

Su vestido había cambiado; el escote seguía igual, pero la tela era tosca y ajada. Nynaeve llevaba otro que era casi una copia, excepto porque la empuñadura de su cuchillo sólo tenía nueve o diez cuentas de cristal. Unas ropas muy poco apropiadas para un palacio. Peor aun, estaba tratando de asumir una expresión inocente y eso era algo en lo que la antigua Zahorí no tenía mucha práctica.

Egwene lo dejó estar. El cuenco era en verdad importante, sus amigas sabían cuidarse y ella estaba enterada de que la búsqueda no se llevaba a cabo en palacio. En fin, casi lo dejó estar.

—Estáis utilizando a Mat, ¿verdad?

—Eh... —De repente Elayne reparó en su vestido y dio un respingo. Por alguna razón, sin embargo, lo que realmente pareció sobresaltarla fue el cuchillo. Con los ojos desorbitados, aferró la empuñadura, cuajada de cuentas blancas y rojas, y se sofocó hasta la raíz del pelo. Un instante después llevaba un vestido andoreño de cuello alto, en seda verde.

Lo divertido fue que Nynaeve se percató de su vestimenta un momento después y reaccionó exactamente igual que Elayne. Exactamente. Salvo, quizá, que si Elayne se había puesto colorada Nynaeve lo estaba el doble. Y la buena lana de Dos Ríos reapareció antes incluso de que Elayne cambiara de vestimenta. La heredera del trono se aclaró la garganta.

—Mat es muy útil, estoy segura —dijo con la voz entrecortada—. Pero no podemos permitirle que meta la nariz en nuestros asuntos, Egwene. Ya lo conoces. Aun así, ten por seguro que si hacemos algo peligroso los tendremos a él y a sus soldados pegados a nosotras.

Nynaeve guardaba silencio y su gesto era avinagrado. Quizá recordaba la amenaza de Mat.

—Nynaeve, no presionarás demasiado a Mat, ¿verdad?

—Oh, Egwene, pero si no lo está presionando en absoluto —rió Elayne.

—Es la pura verdad —corroboró la antigua Zahorí con presteza—. No he cruzado una palabra con él desde que llegamos a Ebou Dar.

Egwene asintió con aire dubitativo. Sabía que podía llegar al fondo de todo este asunto, pero tardaría... Bajó un momento la vista para comprobar que la estola no había reaparecido sobre sus hombros y sólo atisbó una fugaz imagen que ni siquiera ella pudo identificar.

—Egwene, ¿has podido comunicarte ya con las caminantes de sueños? —preguntó Elayne.

—Sí, dinos —agregó Nynaeve—. ¿Saben ellas cuál es el problema?

—Sí, he hablado con ellas —repuso—, pero no lo saben realmente.

Había sido una extraña reunión, unos pocos días antes, que se inició buscando los sueños de Bair. Ésta y Melaine se encontraron con ella en la Ciudadela de Tear; Amys había dicho que no enseñaría más a Egwene, de modo que ella no acudió. Al principio, Egwene se sintió algo violenta. Era incapaz de decirles que era Aes Sedai y, mucho menos, la Amyrlin por miedo a que pensaran que se trataba de otra mentira. Entonces no había habido la menor dificultad con la aparición de la estola. Y todavía tenía pendiente su *toh* con Melaine. Sacó el tema a relucir al tiempo que pensaba en las muchas horas que tendría que pasar en la silla de montar al día siguiente, pero Melaine estaba tan complacida con la noticia de que iba a tener dos hijas —habló con entusiasmo de la visión de Min— que no sólo anunció de inmediato que Egwene no tenía *toh* con ella sino que iba a poner a una de las niñas el nombre de Egwene. Aquélla había sido una pequeña satisfacción en una noche repleta de futilidad e irritación.

—Lo que dijeron —continuó explicando a sus amigas— fue que no sabían de nadie que hubiese intentado volver a encontrar algo mediante la necesidad después de haberlo hallado ya. Bair opinó que quizás era como intentar comerse la misma... manzana dos veces. —La misma *motai* era lo que la Sabia había dicho exactamente; una *motai* era una especie de larva

que había en el Yermo. Bastante dulce y crujiente... hasta que Egwene se había enterado de qué se estaba comiendo.

—¿Quieres decir que no podemos volver al desván? —exclamó Elayne—. Albergaba la esperanza de que estuviéramos haciendo algo mal. En fin, lo encontraremos de todos modos. —Vaciló y su vestido volvió a cambiar, aunque ella no pareció darse cuenta. Seguía siendo de estilo andoreño, pero en color rojo, con bordados del León Blanco de Andor a lo largo de las mangas y sobre el corpiño. Un atuendo de reina, incluso sin la Corona de la Rosa que descansaba sobre sus bucles rubiorrojizos. Empero, era un vestido de reina con un corpiño muy ajustado y con un escote que quizá mostraba más sus senos de lo que haría una soberana andoreña—. Egwene, ¿dijeron algo sobre Rand?

—Está en Cairhien, holgazaneando en el Palacio del Sol, por lo visto.

Egwene se las ingenió para no denotar inquietud. Ni Bair ni Melaine se habían mostrado muy comunicativas, pero Melaine había rezongado sombríamente sobre las Aes Sedai en tanto que Bair decía que a todas ellas debería azotárselas a intervalos regulares y que, dijera lo que dijera Sorilea, unos cuantos azotes deberían bastar. Egwene tenía miedo de que Merana hubiese metido la pata con respecto a Rand. Al menos él estaba dando largas a las emisarias de Elaida; Egwene dudaba mucho que supiera cómo manejarlas, ni de lejos, lo bien que él creía que lo hacía.

—Perrin está con él. ¡Y la esposa de Perrin! ¡Se ha casado con Faile!

Aquello provocó exclamaciones; Nynaeve comentó que Faile era demasiado buena para él, pero lo dijo sonriendo de oreja a oreja; Elayne manifestó que esperaba que fueran felices, pero por alguna razón no parecía convencida.

—También está Loial. Y Min. Sólo faltamos Mat y nosotras tres.

Elayne se mordió el labio.

—Egwene, ¿querrás transmitir un... mensaje a las Sabias para Min? Que le digan... —Vaciló y volvió a morderse el labio con gesto pensativo—. Que le digan que espero que pueda llegar a apreciar a Aviendha tanto como a mí. Sé que suena raro —añadió, riendo—. Es un asunto privado entre nosotras.

Nynaeve miraba a Elayne con tanta extrañeza como sabía que estaba haciendo ella misma.

—Pues claro que se lo transmitiré. Sin embargo, no tengo previsto reunirme con ellas durante un tiempo. —No tenía mucho sentido hacerlo si se mostraban tan reservadas respecto a Rand como lo habían hecho. Y hostiles hacia las Aes Sedai.

—Oh, da lo mismo —se apresuró a contestar Elayne—. En realidad no es importante. Bien, pues si no podemos recurrir a la necesidad, entonces tendremos que seguir pateando las calles de Ebou Dar y te aseguro que ahora mismo tengo dolor de pies. Si no te importa, regresaré a mi cuerpo y dormiré un poco.

—Adelántate tú —dijo Nynaeve—. Voy a quedarme un poco más.

Cuando Elayne desapareció, la antigua Zahorí se volvió hacia Egwene. También su vestido había cambiado, y Egwene creía saber muy bien el motivo. Era de color azul y tenía escote bajo. Llevaba flores en el cabello y cintas tejidas con la trenza, como lo llevaba una novia el día de la boda allá, en Dos Ríos. A Egwene se le puso el corazón en un puño.

—¿Has tenido alguna noticia de Lan? —preguntó quedamente Nynaeve.

—No, no he sabido nada de él. Lo lamento; ojalá pudiera decirte otra cosa. Sé que está vivo, Nynaeve. Y sé que te ama tanto como tú lo amas a él.

—Pues claro que está vivo —manifestó firmemente la otra mujer—. Yo no permitiría que fuese de otro modo. Me propongo hacerlo mío. Es mío y no dejaré que muera.

Cuando Egwene despertó, Siuan estaba sentada junto a su camastro, en medio de la penumbra.

—¿Se ha hecho? —preguntó Egwene.

El brillo del *Saidar* rodeó a Siuan mientras ésta tejía en torno a las dos una pequeña salvaguardia contra oídos curiosos.

—De las seis hermanas que están de servicio a partir de media noche sólo tres tienen Guardianes y esos Gaidin estarán de guardia fuera. Se les llevará té con un ingrediente añadido que no advertirán en el sabor.

Egwene cerró los ojos un momento.

—¿Estoy haciendo lo correcto?

—¿Me lo preguntáis a mí? —replicó Siuan como si se le atragantaran las palabras—. Hice lo que se me ordenó, madre. Si de mí dependiera, antes me tiraría a un banco de cazones que ayudar a ese hombre a escapar.

—Lo amansarán, Siuan. —Egwene ya había discutido este asunto con ella, pero necesitaba volver a lo mismo una y otra vez para convencerse de que no estaba cometiendo un error—. Ni siquiera Sheriam le hace caso ya a Carlinya. Y Lelaine y Romanda están presionando para conseguirlo. O eso o alguien hará lo que Delana ha estado insinuando. ¡No permitiré un asesinato! Si no podemos juzgar a un hombre y ejecutarlo, no tenemos derecho a sugerir que debería morir. No permitiré que lo maten y tampoco que lo amansen. Si resulta que Merana ha puesto a Rand a la defensiva de algún modo, eso sería echar más leña al fuego. Pero ojalá tuviera la seguridad de que irá con Rand y se unirá a él en vez de huir sabe la Luz adónde y haciendo sabe la Luz qué. Al menos así habría algún modo de controlar lo que hace.

Oyó rebullir a Siuan en la oscuridad.

—Siempre pensé que la estola pesaba tanto como tres hombres corpulentos —susurró Siuan—. Son pocas las decisiones fáciles que una Amyrlin tiene que tomar y aun menos aquellas en las que está segura. Hace lo que debe hacer y paga el precio si se equivoca. A veces también lo paga aunque la decisión sea acertada.

Egwene rió suavemente.

—Tengo la impresión de haber oído ya eso mismo con anterioridad. —Al cabo de un momento su jocosidad cesó—. Asegúrate de que no hiera a nadie cuando se marche, Siuan.

—Como ordenéis, madre.

—Esto es terrible —murmuró Nisao—. Si llega a saberse, la condena podría significar tu exilio, Myrelle. Y también el mío. Tal vez hace cuatrocientos años fuera algo común que se hiciese con frecuencia, pero nadie lo verá así en la actualidad. Habrá quien lo denomine delito.

Myrelle se alegró de que la luna se hubiese metido ya porque así podía ocultar su mueca. Ella habría podido ocuparse de la Curación, pero Nisao había estado estudiando cómo tratar enfermedades de la mente, cosas que el Poder no podía tocar. Ignoraba si este caso podía contarse como una enfermedad, pero estaba dispuesta a recurrir a cualquier cosa que pudiera funcionar. Por mucho que Nisao protestara, Myrelle sabía que antes se cortaría una mano que dejar pasar por alto esta oportunidad de ampliar sus estudios.

Podía sentirlo ahí fuera en la noche, acercándose más y más. Se encontraban a bastante distancia de las tiendas, del perímetro de centinelas, rodeadas únicamente por algunos árboles desperdigados. Lo había sentido desde el mismo momento en que su vínculo había pasado a ella, y ése era el delito que inquietaba a Nisao: el vínculo de un Guardián había pasado de una Aes Sedai a otra sin el consentimiento por parte de él. Nisao tenía razón en una cosa: debían guardar este secreto el mayor tiempo posible. Myrelle percibía sus heridas, algunas casi curadas y otras muy recientes, varias de ellas muy infectadas. Él nunca se habría apartado del camino para buscar batallas; tenía que acudir a ella, tan indefectiblemente como un peñasco que rueda montaña abajo tiene que llegar al pie de la ladera. Pero tampoco habría movido un dedo para evitar un combate. Había sentido su viaje en la distancia y la sangre; en la sangre de él. A través de Cairhien y de Andor, de Murandy y ahora de Altara, por territorios infectados de rebeldes y ladrones, de bandidos y seguidores del Dragón, enfocado en ella como una flecha volando directamente a la diana, abriéndose paso ante cualquier hombre armado que se interpusiera en su camino. Ni siquiera él podía hacer algo así sin salir herido. Myrelle hizo recuento de sus heridas y se maravilló de que aún siguiese vivo.

El sonido de los cascos de un corcel, al paso, fue lo primero que oyó y sólo entonces distinguió al alto caballo de batalla en la noche; también su jinete parecía la noche misma. Debía de llevar puesta su capa. El caballo se detuvo a unos cincuenta pasos de las Aes Sedai.

—No debisteis enviar a Nuhel y a Croi a buscarme —manifestó el indistinguible jinete en voz áspera—. Casi los maté antes de darme cuenta de quiénes eran. Avar, también tú podrías salir de detrás de ese árbol.

A la derecha, la noche pareció moverse; también Avar llevaba la capa puesta y jamás habría imaginado que alguien lo viera.

—Esto es una locura —murmuró Nisao.

—Cállate —siseó Myrelle. Luego, en voz más alta, dijo—: Acércate a mí.

El caballo no se movió. Un perro lobo en duelo por su ama muerta no acudía de buen grado a la llamada de su nueva dueña. Con delicadeza, Myrelle tejió Energía y tocó esa parte de él en la que se albergaba su vínculo; había que hacerlo con gran mesura o se daría cuenta y sólo el Creador sabía qué reacción explosiva podría tener.

—Acércate a mí.

En esta ocasión el caballo se adelantó y el hombre desmontó para caminar los últimos metros; era alto, y el juego de luces y sombras de la luna convertía su rostro anguloso en una talla de piedra. Entonces estuvo ante ella, erguido, mientras Myrelle alzaba la vista hacia los fríos ojos azules de Lan Mandragoran y veía en ellos la muerte. Que la Luz la ayudara. ¿Cómo iba a mantenerlo vivo el tiempo suficiente?

Librodot

CAPÍTULO 30

La Fiesta de las Luces

La gente bailando en las calles de Cairhien exasperaba a Perrin; abrirse paso era casi imposible. Una larga fila de danzarines pasó a su lado tras un tipo narigudo que tocaba la flauta y que no llevaba camisa; al final de la fila iba una mujer rechoncha y bajita que reía alegremente y que retiró una mano de la cintura del tipo al que iba agarrada en un intento de colocar a Perrin detrás de ella. Él sacudió la cabeza y, ya fuera porque sus amarillos ojos la asustaron o porque su rostro traslucía un estado de ánimo tan sombrío como se sentía, lo cierto es que se borró el gesto risueño de la mujer, que se dejó llevar por la fila de danzarines, echándole ojeadas por encima del hombro hasta que la multitud la tapó. Una mujer canosa pero todavía atractiva, con franjas de colores hasta la mitad de la pechera en su oscuro vestido de seda, enroscó los esbeltos brazos en torno al cuello de Perrin y acercó anhelante la boca a los labios de él. Pareció sobresaltada cuando Perrin la cogió en vilo por la cintura y la apartó de su camino. Un grupo de hombres y mujeres de su misma edad, brincando al son de tambores, se le echaron encima riendo alegremente y empezaron a darle tirones de la chaqueta para que se uniese a ellos. No hicieron caso de su gesto negativo con la cabeza hasta que finalmente Perrin apartó a uno de los hombres de un fuerte empujón y a los otros les dedicó un gruñido de lobo jefe de manada. Las risas cesaron para dar paso a expresiones de estupefacción durante unos segundos, pero enseguida reanudaron su algarabía tratando de imitar el gruñido hasta que se perdieron entre la muchedumbre.

Era el primer día de la Fiesta de las Luces, el día más corto —y el último— del año, y la ciudad lo celebraba de un modo que Perrin jamás habría imaginado. En Dos Ríos habría bailes, ¡pero esto! Los cairhieninos parecían decididos a resarcirse de todo un año de comportamiento circunspecto en los dos días que duraba la celebración. La corrección y el decoro se habían ido al garete y con ellos todas las barreras sociales que separaban a nobles de plebeyos, al menos en público. Mujeres sudorosas, vestidas con ropas de tosca lana, agarraban a señores sudorosos ataviados con atuendos de oscura seda llenos de bandas de colores y tiraban de ellos hacia los danzarines; hombres con chaquetas de carreteros o con chalecos de mozos de cuadra danzaban con damas cuyos vestidos lucían bandas de colores que a veces llegaban hasta la cintura. Tipos con el torso desnudo se vertían vino encima o sobre cualquier otro que estuviera lo bastante cerca. Aparentemente cualquier hombre podía besar a cualquier mujer y viceversa, y lo hacían con total despreocupación allí dondequiera que Perrin dirigiera la vista. Procuró no mirar con fijeza. Algunas de las nobles, con el cabello peinado en altos y complejos moños de bucles, iban desnudas hasta la cintura debajo de las ligeras chaquetas, las cuales no hacían demasiado esfuerzo por mantener cerradas. Entre los plebeyos, pocas mujeres que habían descartado las blusas se molestaban en ponerse otra cosa que las tapara salvo el cabello, que rara vez era lo bastante largo para servir de algo; también ellas se echaban vino encima y a cualquiera que tuvieran cerca con igual entusiasmo que los hombres. Estruendosas carcajadas competían con el sonido de un millar de músicas distintas de flautas, tambores, cuernos, cítaras, vihuelas y salterios.

El Círculo de Mujeres de Campo de Emond habría puesto el grito en el cielo y a los hombres del Consejo del Pueblo les habría dado un pasmo, pero para Perrin esa depravada conducta era sólo una pequeña molestia más que añadir a su irritación. Unas pocas horas,

había dicho Nandera, pero ya hacía seis días que Rand faltaba. Y Min se había ido con él o se había quedado con los Aiel. Nadie parecía saber nada. Exceptuando a la tal Sorilea, las restantes Sabias se mostraban tan evasivas como cualquier Aes Sedai cuando Perrin se las ingeniaba para acorralar a alguna de ellas; Sorilea le dijo sin ambages que se ocupara de su esposa y que no metiera la nariz en asuntos que no eran incumbencia de las gentes de las tierras húmedas. No tenía la menor idea de cómo se había enterado Sorilea del problema que había entre Faile y él, pero le importaba un pimiento. Podía sentir la necesidad de Rand como una comezón bajo la piel en todo el cuerpo que se hacía más y más intensa cada día. Ahora regresaba de la escuela de Rand, un último recurso, pero allí todo el mundo estaba tan volcado en la bebida, el baile y el libertinaje como el resto de Cairhien. Le dijeron que una mujer llamada Idrien era la encargada de la escuela, pero después de encontrar y conseguir, con cierta dificultad y no poco azoramiento, interrumpir el beso que le estaba dando a un muchacho lo bastante joven para ser su hijo y durante el tiempo suficiente para hacerle la pregunta, lo único que pudo decirle fue que quizás un hombre llamado Fel a lo mejor sabía algo, y resultó que el tal Fel estaba bailando con tres muchachas que podrían haber sido sus nietas. Con las tres al tiempo. Fel casi no parecía capaz de recordar su propio nombre, cosa tal vez nada extraña considerando las circunstancias. ¡Maldito Rand! Se había marchado sin decir nada conociendo como conocía la visión de Min y que iba a necesitarlo a él desesperadamente. Incluso las Aes Sedai se habían enfadado, por lo visto. Esa misma mañana Perrin se había enterado de que hacía tres días que se habían puesto en camino de vuelta a Tar Valon tras comunicar que no tenía sentido continuar allí. ¿Qué se proponía Rand? Aquella picazón tenía a Perrin tan irritado que de buena gana se habría puesto a dar mordiscos.

Cuando llegó al Palacio del Sol todas las lámparas estaban encendidas y las velas ardían por doquier; los corredores brillaban como gemas al sol. En Dos Ríos también debían de estar iluminadas todas las casas con todas las lámparas y velas disponibles hasta el amanecer del segundo día. La mayoría de la servidumbre de palacio se encontraba en las calles, y los pocos que quedaban parecían estar riendo, bailando y cantando tanto como trabajando. Incluso allí algunas mujeres iban desnudas de cintura para arriba, tanto chiquillas con apenas edad suficiente para tejerse trenzas en Dos Ríos como abuelas canosas. Los Aiel que había en los corredores se mostraban asqueados cuando reparaban en ello, cosa que, en realidad, no parecía ocurrir muy a menudo. Las Doncellas en particular estaban furiosas, aunque Perrin sospechaba que no tenía nada que ver con que las cairhieninas mostraran sus encantos de ese modo; desde que Rand se había marchado las Doncellas se comportaban de una forma que cada vez se parecía más a la de unas gatas rabiosas sacudiendo las colas.

Perrin recorrió los pasillos sin esconderse, para variar. Casi deseó que Berelain se hiciese la encontradiza. La imagen que pasó fugazmente por su cabeza fue la de él agarrándola de la nuca con los dientes y sacudiéndola hasta que estuviera presta a huir con el rabo entre las piernas. Tal vez fue una suerte que llegase a sus aposentos sin haberle visto el pelo a la Principal.

Faile estuvo a punto de levantar la vista del tablero de damas cuando él entró; Perrin estaba seguro de ello. Todavía exhalaba olor a celos, pero no era ése el más intenso; el de la ira lo superaba, aunque no demasiado, y el más fuerte era un apagado efluvio que identificó como decepción. ¿Por qué estaba decepcionada con él? ¿Por qué no le hablaba? Una sola palabra que simplemente insinuara una vuelta a lo que había sido antes, y él se pondría de rodillas dispuesto a aceptar la culpa de cualquier cosa que ella quisiera echarle encima. Pero ella se limitó a mover una ficha negra.

—Te toca, Loial —dijo—. ¡Loial!

Las orejas del Ogier se agitaron con nerviosismo, y sus largas cejas cayeron fláccidas sobre sus mejillas. Puede que Loial no tuviera el menor sentido del olfato —en fin, no mejor que el de Faile, por decirlo de algún modo— pero sí notaba el estado de ánimo de la gente en circunstancias en que ningún humano se apercibiría de nada. Cuando Faile y él estaban en la misma habitación, era como si Loial quisiera ponerse a gritar. Ahora se limitó a soltar un

suspiro que semejaba una ráfaga de viento en una cueva, y movió una ficha blanca en una casilla donde empezaría a comerse la mayor parte de las fichas de Faile si ella no se daba cuenta de la maniobra. Probablemente lo haría; ella y el Ogier eran jugadores muy igualados, mucho mejores que Perrin.

Sulin entró y se dirigió a la puerta del dormitorio llevando una almohada en los brazos; miró con aire exasperado a Faile y a él. Sulin le recordaba a Perrin una loba que ya había llegado a su límite aguantando que los cachorros le mordieran la cola en sus juegos. También olía a preocupación. Y a miedo, curiosamente, si bien Perrin no entendía por qué tenía que parecerle extraño el hecho de que una sirvienta de cabello blanco oliera a miedo, aun tratándose de una mujer con el rostro curtido y marcado de cicatrices como Sulin.

Cogió un libro encuadernado en cuero y estampaciones doradas, se sentó en una silla y abrió el volumen. Sin embargo no leyó; ni siquiera veía el libro para saber cuál había cogido. Inhaló profundamente, desechando cualquier efluvio salvo los de Faile. Desilusión, cólera, celos y, debajo de eso, por debajo incluso del tenue y fresco aroma a hierbas del jabón que usaba, estaba el propio de ella. Perrin lo olió con ansia. Una palabra; era todo cuanto Faile tenía que decir.

Cuando sonó una llamada en la puerta, Sulin salió del dormitorio agitando las faldas del uniforme rojo y blanco y los miró, ceñuda, a Faile, a Loial y a él como preguntándose por qué no había contestado alguno de los tres. Puso un gesto de desprecio cuando vio a Dobraine —hacía eso a menudo desde que Rand se había marchado— pero después respiró hondo como si quisiera recobrar la compostura y obviamente se obligó a adoptar una sumisión casi exasperante. Su profunda reverencia habría sido adecuada para un rey que disfrutase siendo un tirano, y así permaneció, con la cara casi pegada al suelo. De repente empezó a temblar. El efluvio de su rabia se diluyó e incluso el de preocupación quedó arrollado por un olor punzante como miles de agujas. Perrin ya había olido en ella la vergüenza con anterioridad, pero esta vez habría jurado que la mujer se moriría por ello. Percibía el agridulce efluvio que las mujeres exudaban cuando lloraban por una intensa emoción.

Por supuesto, Dobraine ni siquiera la miró. En cambio sus hundidos ojos estudiaron a Perrin con gesto serio, incluso sombrío, bajo la afeitada y empolvada frente. El cairhienino no olía ni pizca a alcohol y no tenía aspecto de haber estado bailando. La única vez que Perrin había coincidido con él pensó que el hombre olía a recelo; no a miedo, sino como si fuera caminando entre la maleza enmarañada de un bosque lleno de serpientes venenosas. En ese momento dicho olor era diez veces más intenso.

—Que la gracia os sea propicia, lord Aybara —saludó Dobraine al tiempo que inclinaba la cabeza—. ¿Podría hablar con vos a solas?

Perrin dejó el libro en el suelo, junto a la silla, y señaló otra que había enfrente.

—Que la Luz os ilumine, lord Dobraine —respondió. Si el hombre quería andarse con formulismos él podía ser tan ceremonioso como el que más. Empero todo tenía un límite—. Lo que quiera que deseéis decirme, mi esposa puede oírlo. No tengo secretos para ella. Y Loial es mi amigo.

Sintió la mirada de Faile clavada en él. El repentino aroma a ella por poco lo marea de tan intenso. Por alguna razón, asociaba ese olor con el amor que su mujer le profesaba; en los instantes de mayor ternura o cuando sus besos eran más ardientes aquel efluvio casi lo abrumaba. Se le pasó por la cabeza decirle a Dobraine que se marchara —y también a Loial y a Sulin; si Faile olía así, sin duda podría arreglarlo todo de algún modo—, pero el cairhienino ya estaba tomando asiento.

—Un hombre que tiene una esposa en la que puede confiar, lord Aybara, ha sido favorecido por la gracia más allá de cualquier riqueza material. —Con todo, Dobraine la miró antes de continuar—. Cairhien ha sufrido hoy dos desgracias. Esta mañana, lord Maringil ha sido hallado muerto en su cama, al parecer envenenado. Y sólo un poco después el Gran Señor Meilan aparentemente ha caído víctima de la espada de un asaltante en la calle. Algo realmente inusitado durante la Fiesta de las Luces.

—¿Por qué me contáis esto? —inquirió lentamente Perrin.

—Sois amigo del lord Dragón —respondió Dobraine—, y él no está aquí. —Vaciló y, cuando continuó, dio la impresión de que se obligaba a pronunciar las palabras—. Anoche, Colavaere cenó con invitados de varias casas menores: Daganred, Chuliandred, Annallin, Osiellin y otros. Poco importantes individualmente, pero numerosos. El tema que se trató fue la alianza con la casa Saighan y el apoyo a Colavaere para ocupar el Trono del Sol. No se esforzó gran cosa en ocultar la reunión. —De nuevo hizo una pausa, sopesando a Perrin con la mirada. Viese lo que viese, aparentemente creyó necesario ampliar la explicación—. Esto es muy extraño porque tanto Maringil como Meilan deseaban el trono y cualquiera de ellos habría hecho que la asfixiaran con su propia almohada de haberse enterado de sus pretensiones.

Perrin lo entendió por fin, aunque no la razón de que el hombre necesitara andarse con tantos rodeos. Ojalá Faile interviniera en la conversación; ella era mucho mejor en este tipo de cosas que él. La veía por el rabillo del ojo, con la cabeza inclinada sobre el tablero y observándolo de reojo.

—Si creéis que Colavaere ha perpetrado algún crimen, deberíais acudir a... A Rhuarc. —Había estado a punto de decir que recurriera a Berelain, pero aunque rectificó a tiempo el tufillo a celos se incrementó ligeramente en el olor de Faile.

—¿A ese salvaje Aiel? —resopló con sorna Dobraine—. Mejor sería Berelain y no demasiado. Admito que esa mujerzuela mayeniense sabe cómo dirigir una ciudad, pero piensa que todos los días se celebra la Fiesta de las Luces. Colavaere la hará trocear y cocinar con pimientos. Sois amigo del Dragón Renacido. Colavaere... —Esta vez enmudeció porque finalmente se había dado cuenta de que Berelain había entrado en la habitación sin llamar, con algo largo y estrecho, envuelto en una manta, apoyado en los brazos.

Perrin había oído el suave chasquido de la manilla de la puerta y, al ver a la Principal, con el bajo escote mostrando los senos hasta la mitad, la ira lo embargó de tal modo que borró todo lo demás. ¿Esa mujer venía allí, trayendo sus coqueteos delante de su esposa? La rabia hizo que se incorporara bruscamente y sus manos dieron una palmada que sonó como un trueno.

—¡Fuera! ¡Marchaos de aquí, mujer! ¡Fuera ahora mismo! ¡Fuera u os sacaré a empujones yo mismo y os mandaré tan lejos que rebotaréis en el suelo!

Berelain dio tal respingo con el primer grito que dejó caer el bulto que llevaba y retrocedió un paso, con los ojos desorbitados, aunque no se marchó. Cuando acababa de pronunciar la última palabra Perrin se dio cuenta de que todos lo miraban. El semblante de Dobraine parecía impasible, pero su efluvio era de absoluta estupefacción, tan marcado como una aguja pétrea en medio de una llanura. Las orejas de Loial estaban tan erguidas como esa misma aguja, y su boca no podía abrirse más. Y Faile, esbozando aquella fría sonrisa... Perrin no entendía nada. Había esperado las oleadas de celos con Berelain allí delante, pero ¿por qué exudaba un olor igualmente intenso a sentirse dolida?

De repente Perrin reparó en el bulto que Berelain había soltado. La manta se había abierto y había dejado a la vista la espada de Rand y el cinturón con la hebilla del dragón. ¿Cómo se iba a dejar eso Rand? A Perrin le gustaba reflexionar las cosas con calma; cuando se actuaba de manera precipitada uno podía hacer daño a otros sin querer. Pero aquella espada tirada en el suelo fue como el impacto de un rayo. Trabajar en la forja con prisas era una estupidez y un descuido, pero Perrin sintió que el vello de la nuca se le erizaba y un sordo gruñido resonó en su garganta.

—¡Se lo han llevado! —gimió de repente, inopinadamente, Sulin. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados prietamente soltó un gemido; el sonido de su voz bastó para hacer temblar a Perrin—. ¡Las Aes Sedai se han llevado a mi primer hermano! —Las lágrimas se deslizaron, brillantes, por sus mejillas.

—Tranquilízate, buena mujer —ordenó firmemente Berelain—. Ve al dormitorio y cálmate. —Luego se volvió hacia Perrin y Dobraine—. No podemos permitir que haga correr

la voz de...

—No me reconoces —la interrumpió salvajemente Sulin—, con este vestido y el pelo más largo. Habla de mí otra vez como si no estuviese presente y te daré un poco de la misma medicina que según he oído te hizo tragar Rhuarc en la Ciudadela de Piedra y que tendría que haber seguido administrándote desde entonces.

Perrin intercambió una mirada desconcertada con Dobraine y Loial, incluso con Faile antes de que su mujer eludiera los ojos. Berelain, por otro lado, se puso pálida y colorada alternativamente; su olor era de pura vergüenza, sintiéndose rebajada e insignificante.

Sulin se dirigió hacia la puerta en cuatro zancadas y la abrió bruscamente antes de que nadie pudiera hacer un solo movimiento; Dobraine hizo intención de ir tras ella, pero entonces una joven Doncella de cabello rubio que pasaba por el corredor vio a Sulin y esbozó una sonrisa divertida.

—¡Más te vale que borres ese gesto idiota de tu cara! —espetó Sulin. Sus manos parecían estar moviéndose, tapadas por el cuerpo para quienes estaban dentro de la habitación. La sonrisita de Luaine se borró de inmediato—. Dile a Nandera que venga aquí enseguida. Y a Rhuarc. Y tráeme un *cadin'sor* y tijeras para cortarme el pelo como es debido. ¡Corre, mujer! ¿Eres *Far Dareis Mai* o un *Shae'en M'taal*?

La rubia Doncella salió disparada, y Sulin regresó al interior de la sala al tiempo que asentía con aire satisfecho y cerraba de un portazo. Faile estaba boquiabierta.

—La gracia nos ha sido propicia —gruñó Dobraine—. No le ha dicho nada a la Aiel. Debe de estar loca. Podemos decidir qué contarles después de que la hayamos atado y amordazado. —Se movió como si se dispusiera a hacerlo e incluso sacó un pañuelo verde del bolsillo de la chaqueta, pero Perrin lo sujetó del brazo.

—Ella es Aiel, Dobraine —explicó Berelain—. Una Doncella Lancera. No entiendo lo del uniforme.

Sorprendentemente, ahora fue Berelain la que recibió una mirada de advertencia de Sulin.

Perrin exhaló lentamente. ¡Y pensar que había querido proteger a la mujer de pelo blanco de Dobraine! El cairhienino lo miró con gesto inquisitivo y levantó un poco la mano en la que tenía el pañuelo verde; por lo visto todavía era partidario de amordazarla y atarla. Perrin se interpuso entre los dos y recogió la espada de Rand.

—Quiero estar seguro. —De repente cayó en la cuenta de que sus pasos lo habían llevado muy cerca de Berelain. Ésta miró a Sulin con inquietud y se desplazó más hacia él, como si buscase protección, pero su efluvio era decidido, no intranquilo; olía como un cazador—. No me gusta sacar conclusiones precipitadas —agregó, dando unos pasos hasta situarse junto a la silla de Faile. No se movió deprisa; simplemente era un hombre que se quedaba de pie al lado de su mujer—. Esta espada no prueba realmente nada.

Faile se levantó y rodeó la mesa para asomarse al tablero de juego sobre el hombro de Loial; en fin, más bien era por detrás del codo. También Berelain se desplazó... hacia Perrin. Todavía echaba ojeadas temerosas a Sulin sin emitir el menor asomo de olor a miedo, y alzó una mano como si tuviese intención de cogerse de su brazo. Perrin se movió en pos de Faile, tratando de hacer que pareciese algo casual.

—Rand dijo que tres Aes Sedai no podían hacerle daño si estaba atento —continuó. Faile se deslizó alrededor de la mesa, por el otro lado, hasta volver a la silla—. Tengo entendido que en ningún momento permitió que se le acercasen más. —Berelain lo siguió, con miradas lastimeras dirigidas a él y otras temerosas destinadas a Sulin—. Me han dicho que acudieron únicamente tres el día que Rand se marchó.

Fue en pos de Faile, esta vez un poco más deprisa. Ella volvió a levantarse de la silla y regresó junto a Loial. El Ogier tenía la cabeza apoyada en las manos y gemía suavemente; suavemente, se entiende, para alguien de su raza. Berelain lo siguió; sus ojos, ya de por sí grandes, estaban muy abiertos, ofreciendo la viva imagen de una mujer que busca protección. ¡Luz, cómo olía a determinación!

Librodot

Perrin giró sobre sus talones y se plantó frente a ella; puso los tensos dedos sobre el pecho de la mujer y empujó con bastante fuerza para hacerle soltar un corto chillido.

—¡Quieta ahí, no os mováis ni un centímetro! —De repente se dio cuenta de dónde tenía puestos los dedos y retiró la mano como si se hubiese quemado. Sin embargo, se las arregló para mantener la voz firme—. ¡Quedaos ahí!

Se retiró de la mujer asestándole una mirada tan dura que habría podido hender un muro de piedra con ella. Entendía que el olor a celos de Faile fuera como un humo llenándole la nariz, pero ¿por qué, por qué, por qué olía a sentirse dolida aun más que antes?

—Pocos hombres pueden hacerme obedecer, pero tú eres uno de ellos —rió quedamente Berelain. Su semblante, su tono y, lo que era más importante, su olor, se habían tornado serios—. Fui a registrar los aposentos del lord Dragón porque estaba asustada. Todos sabíamos que las Aes Sedai habían venido para escoltarlo a Tar Valon y no lograba entender por qué habían renunciado a ello. Yo misma recibí no menos de diez visitas de diversas hermanas, advirtiéndome de lo que debería hacer cuando él regresara a la Torre con ellas. Parecían muy seguras. —Vaciló y, aunque no miró a Faile, Perrin tuvo la sensación de que estaba planteándose si decir algo delante de ella. Y delante de Dobraine también, pero principalmente de Faile. El olor a cazador volvió—. Me dio la clara impresión de que debería regresar a Mayene porque de lo contrario podría ser escoltada hasta allí.

Sulin masculló algo entre dientes, pero el fino oído de Perrin captó sus palabras: «Rhuarc es un necio. Si fuese su hija no le quedaría tiempo para hacer otra cosa aparte de azotarla».

—¿Diez? —exclamó Dobraine—. A mí sólo me visitó una. Supuse que se habían desanimado cuando dejé bien claro que había jurado lealtad al lord Dragón. Pero, ya fuesen una o diez, Colavaere es la clave. Ella sabe tan bien como los demás que el lord Dragón piensa entregar el Trono del Sol a Elayne Trakand. —Hizo una mueca—. Elayne Damodred, debería ser. Taringail debió haber insistido en que Morgase adoptase el nombre de Damodred al casarse, en lugar de tomar él el de Trakand; lo necesitaba lo suficiente para acceder a ello. En fin, Elayne Trakand o Elayne Damodred tiene tanto derecho como cualquiera a reclamar el trono, bastante más que Colavaere, pero estoy convencido de que ésta mandó asesinar a Maringil y a Meilan para allanar de trabas y peligros su camino al solio. Jamás se habría atrevido a tanto si hubiese pensado que el lord Dragón regresaría.

—Así que ése era el motivo. —Un ligero y ofendido ceño frunció la frente de Berelain—. Tengo pruebas de que ordenó a un sirviente echar veneno en el vino de Maringil; fue muy descuidada y yo traje conmigo a dos buenos rastreadores. Sin embargo, ignoraba el móvil. —Inclinó levemente la cabeza, aceptando la admiración que asomaba a los ojos de Dobraine—. Será ahorcada por eso. Si es que hay algún modo de conseguir que el lord Dragón vuelva. Si no, me temo que todos nosotros tendremos que buscar un modo de seguir con vida.

Los dedos de Perrin se ciñeron prietamente sobre la vaina de piel de cerdo.

—Lo traeré de vuelta —gruñó. Dannil y el resto de los hombres de Dos Ríos debían de estar todavía a mitad de camino de Cairhien, retrasados por las carretas, pero quedaban los lobos—. Aunque tenga que ir solo, lo traeré de vuelta.

—Solo no —dijo Loial con un tono severo—. Solo nunca mientras yo esté aquí, Perrin. —De repente sus orejas se agitaron en un gesto de azoramiento; siempre parecía sentirse azorado cuando alguien lo veía actuar con arrojo—. Después de todo, mi libro no tendría un buen final si Rand es hecho prisionero en la Torre. Y difícilmente puedo escribir sobre su rescate si no me encuentro allí.

—No iréis solos, Ogier —manifestó Dobraine—. Puedo tener quinientos hombres de confianza a mis órdenes mañana. Ignoro si tendremos alguna oportunidad contra seis Aes Sedai, pero siempre hago honor a mis juramentos. —Miró a Sulin mientras toqueteaba el pañuelo que todavía sostenía en la mano—. Empero ¿hasta qué punto podemos fiarnos de los salvajes?

—¿Hasta qué punto podemos fiarnos de los Asesinos del Árbol? —demandó Sulin en un tono tan seco y duro como ella misma mientras entraba sin llamar. Rhuarc, que olía a sombría determinación, venía con ella. Y también Amys, con aquel rostro juvenil y tan frío como cualquier Aes Sedai enmarcado incongruentemente por el pelo blanco; y Nandera, que apestaba a mortífera cólera y que traía un bulto de ropas pardas y verdes.

—¿Lo sabéis? —pregunto Perrin con incredulidad.

Nandera lanzó el bulto a Sulin.

—Ya era hora de que dieras por cumplido tu plazo de *toh* —le dijo a la otra Doncella—. Casi seis semanas, todo un mes y medio. Incluso los *gai'shain* opinan que tu orgullo es demasiado fuerte.

Las dos mujeres desaparecieron en el dormitorio.

Un tufillo irritado emanó de Faile no bien Perrin hubo hablado. «Lenguaje de señas de las Doncellas», musitó en voz tan baja que sólo él pudo oírla. Perrin le dedicó una mirada de agradecimiento, pero su mujer parecía concentrada en el tablero de juego. ¿Por qué no participaba en la conversación? Daba buenos consejos y él le agradecería cualquiera que tuviera a bien ofrecerle. Faile movió una ficha y lanzó una mirada ceñuda a Loial, que estaba pendiente de Perrin y de los demás. Perrin contuvo un suspiro.

—Me importa poco quién se fía de quién —manifestó fríamente—. Rhuarc, ¿estás dispuesto a enviar a tus Aiel contra unas Aes Sedai? Son seis. Sin embargo, cien mil Aiel les darían que pensar. —La cifra que salió de su boca lo hizo parpadear; un ejército de diez mil hombres no era nada desdeñable, pero Rand había hablado de cien mil y lo que Perrin había visto del campamento Aiel en las colinas parecía confirmarlo. Para su sorpresa, Rhuarc emitió un efluvio a indecisión.

—Tantos es imposible —contestó lentamente el jefe de clan, que hizo una pausa antes de proseguir—. Esta mañana llegaron corredores. Los Shaido se están moviendo hacia el sur desde la Daga del Verdugo de la Humanidad en gran número. Tal vez tenga suficientes para detenerlos, porque al parecer no vienen todos, pero si prescindo de tantas lanzas todo lo que se ha hecho hasta ahora aquí habrá sido en vano. Como poco, los Shaido habrán saqueado la ciudad mucho antes de que hayamos regresado. ¿Quién sabe hasta dónde podrían llegar, incluso en otros países, y a cuántas personas se llevarían afirmando que son *gai'shain*?

Un intenso tufo a desprecio emergió del jefe de clan al decir esto último, pero Perrin no lo entendió. ¿Qué importaba cuántas tierras habría que reconquistar o incluso cuántas personas podrían morir —esa idea acudió a su mente dolorosa, renuentemente— contra el alcance de que a Rand, el Dragón Renacido, se lo llevaran prisionero a Tar Valon?

Sorilea había estado observando a Perrin. Los ojos de las Sabias a menudo obraban en él el mismo efecto que los de las Aes Sedai: ser consciente de que estaban sopesándolo hasta el último gramo y midiéndolo hasta el último centímetro. Sorilea lo hizo sentirse como un arado roto que se hubiera desmontado, cada pieza separada y examinada para ver si había que repararla o reemplazarla.

—Cuéntale todo, Rhuarc —instó la Sabia en tono cortante.

Amys puso una mano en el brazo del jefe de clan.

—Tiene derecho a saberlo, sombra de mi corazón. Es medio hermano de Rand al'Thor. —Su voz sonaba suave. Su olor denotaba firmeza; mucha firmeza.

Rhuarc asestó una mirada dura a las Sabias y a Dobraine otra despectiva. Finalmente se puso muy erguido.

—Sólo puedo disponer de Doncellas y *siswai'aman.* —A juzgar por su tono y su olor habría preferido perder un brazo que pronunciar aquellas palabras—. Demasiados de los demás no danzarán las lanzas con Aes Sedai.

Dobraine frunció los labios en un gesto desdeñoso.

—¿Cuántos cairhieninos lucharían contra Aes Sedai? —preguntó Perrin sin alzar la voz—. Contra seis Aes Sedai. Y todo cuanto tenemos para combatirlas es acero. —¿Cuántas Doncellas y de esos «sis lo que fuera» podría reunir Rhuarc? Qué más daba; siempre

quedaban los lobos. ¿Cuántos lobos morirían?

La mueca desdeñosa se borró de los labios de Dobraine.

—Yo lo haré, lord Aybara —respondió, envarado—. Yo y mis quinientos hombres, aunque en lugar de seis fueran sesenta Aes Sedai.

Hasta la risa de Sorilea sonaba como una piel curtida al estrujarla entre los dedos.

—No temas a las Aes Sedai, Asesino del Árbol —le dijo. De repente, sorprendentemente, una minúscula llama titiló en el aire ante ella. ¡Podía encauzar!

La Sabia hizo desaparecer la llamita cuando empezaron a elaborar planes, pero permaneció muy presente en la mente de Perrin. Pequeña, titilante, débil, pero de algún modo había parecido una declaración de guerra más fuerte que el toque de trompetas; una guerra a muerte.

—Si cooperas —dijo coloquialmente Galina—, la vida será mucho más agradable para ti.

La muchacha le sostuvo la mirada con aire obstinado y rebulló en la banqueta, todavía un tanto dolorida. Estaba sudando a mares a pesar de tener quitada la chaqueta. Debía de hacer mucho calor en la tienda; a veces Galina se olvidaba por completo de la temperatura. No por primera vez, se preguntó sobre esta Min o Elmindreda o como quiera que se llamase. La primera vez que Galina la había visto la chica vestía como un hombre e iba en compañía de Nynaeve al'Meara y Egwene al'Vere. Y también Elayne Trakand; pero las dos primeras estaban vinculadas con al'Thor. La segunda vez, Elmindreda había sido el tipo de mujer que Galina detestaba, luciendo vestidos recargados, llenos de volantes y puntillas, suspirando con coquetería y literalmente bajo la protección de Siuan Sanche. Galina no entendía cómo Elaida había sido tan necia de dejarla marchar de la Torre. ¿Qué conocimientos se escondían en la mente de esa chica? A lo mejor Elaida no se ocupaba de ella de inmediato; utilizada adecuadamente, la chica podría permitirle a Galina echar la red a Elaida como si fuese un pájaro. Creyera lo que creyese Alviarin, Elaida se había convertido en una de esas Amyrlin firmes y capaces que aferraban las riendas de todo con mano de hierro; atraparla seguramente debilitaría también a la Guardiana. Utilizada adecuadamente ahora mismo...

Un cambio en los flujos que había estado percibiendo hizo que Galina se sentara erguida.

—Volveremos a hablar cuando hayas tenido tiempo de pensar un poco las cosas, Min. Plantéate seriamente cuántas lágrimas se merece un hombre.

Una vez fuera de la tienda, Galina se dirigió bruscamente al fornido Gaidin que estaba de guardia:

—Vigílala bien esta vez.

Carilo no estaba de servicio cuando había ocurrido el incidente de la noche anterior, pero había muchos niños mimados entre los Guardianes. Si no quedaba más remedio que existieran, al menos había que tratarlos como soldados y nada más.

Haciendo caso omiso de la reverencia de él, se alejó de la tienda buscando a Gawyn. Ese joven había estado encerrado en sí mismo y muy callado desde la captura de al'Thor. Galina no estaba dispuesta a que lo echara todo a perder por querer vengar a su madre. Localizó a Gawyn montado en su caballo al borde del campamento, hablando con un puñado de esos chicos que se hacían llamar los Cachorros.

Aquella jornada habían parado pronto por necesidad, y el sol de la tarde alargaba las sombras de tiendas y carretas junto a la calzada. Un terreno de ondulada llanura y suaves colinas rodeaba el campamento; la única vegetación que se veía eran algunas arboledas dispersas, en su mayoría pequeñas y poco densas. Treinta y tres Aes Sedai con su servidumbre —y Guardianes; nueve eran Verdes, sólo trece Rojas y el resto Blancas, el Ajah al que Alviarin había pertenecido— formaban un campamento de tamaño considerable aun sin contar a Gawyn y sus soldados. Varias hermanas se encontraban de pie fuera de las tiendas observando atentamente, ya que debían de haber sentido lo mismo que Galina. El foco de

atención eran siete Aes Sedai, seis de ellas sentadas en banquetas alrededor de un arcón forrado de latón que se había colocado en un punto donde le estaría dando el sol hasta que éste se metiera. La séptima era Erian; no se había alejado mucho del arcón desde que habían vuelto a meter a al'Thor en él la noche anterior. Se le había permitido salir una vez que dejaron atrás Cairhien, pero Galina sospechaba que Erian iba a hacer que ese hombre deseara pasar el resto del viaje metido en la caja.

La Verde se volvió hacia ella tan pronto como se acercó. Erian era muy hermosa normalmente, su rostro un exquisito óvalo pálido, pero ahora sus mejillas estaban sofocadas como lo habían estado casi de manera constante desde la noche anterior, y sus bellos ojos oscuros tenían un cerco rojizo.

—Intentó romper el escudo otra vez, Galina. —La cólera mezclada con el desprecio por la estupidez del hombre hacía su voz áspera y pastosa—. Hay que castigarlo de nuevo y quiero ser yo quien lo haga.

Galina vaciló. Sería mucho mejor castigar a Min; eso sí que acabaría con la resistencia de al'Thor. Desde luego se había enfurecido mucho cuando vio que se la castigaba por su estallido de rabia de la noche anterior, que a su vez se había producido al ver que se lo castigaba a él. Todo el incidente había empezado porque al'Thor descubrió que Min estaba en el campamento, después de que uno de los Guardianes dejara que la chica saliera a pasear en la oscuridad en lugar de mantenerla confinada en su tienda. ¿Quién habría imaginado que al'Thor, escudado y rodeado, se habría puesto tan furioso? No sólo había tratado de romper el escudo, sino que había matado a un Guardián sin más armas que sus propias manos y herido gravemente a otro con la espada del hombre muerto, hasta el punto de que el segundo expiró durante la Curación. Y todo ello en los breves segundos que las hermanas necesitaron para salir de la estupefacción e inmovilizarlo con el Poder.

Si hubiera sido por ella, Galina habría reunido a las otras hermanas Rojas y habría amansado a al'Thor hacía días. Puesto que eso lo tenían prohibido, lo entregaría en la Torre indemne siempre y cuando se mostrara razonablemente civilizado. Incluso ahora, la eficiencia era lo que le interesaba y lo eficaz sería llevar a Min allí y dejar que él la oyese aullar y llorar otra vez, que supiera que era la causa de su dolor. Pero la casualidad había querido que los dos Guardianes pertenecieran a Erian. La mayoría de las hermanas pensarían que tenía todo el derecho. Y Galina quería que la Verde illiana con aspecto de muñeca descargara la ira y recobrara la calma cuanto antes. Era mucho mejor hacer el resto del viaje contemplando aquel rostro de porcelana sereno.

Galina asintió.

Rand parpadeó cuando de repente la luz inundó el interior del arcón. No pudo evitar hacer una mueca y encogerse; sabía lo que le esperaba. Lews Therin se quedó callado y quieto. Rand mantenía el vacío por los pelos, pero aun así sintió cómo todos sus músculos se contraían, agarrotados, cuando lo pusieron de pie. Apretó los dientes y trató de no cerrar los ojos con fuerza ante lo que parecía la luz más brillante de un mediodía. El aire le resultó maravillosamente fresco; su camisa empapada se le pegaba al cuerpo, que chorreaba sudor. Ninguna cuerda lo inmovilizaba, pero ni siquiera habría podido dar un paso aunque en ello le fuera la vida. Hasta que no vio lo bajo que estaba el sol no comprendió cuánto tiempo había pasado dentro del arcón, con la cabeza entre las rodillas, en un charco de su propio sudor.

Sin embargo, el sol sólo mereció su atención brevemente. De manera involuntaria sus ojos fueron hacia Erian incluso antes de que la mujer se plantara delante de él. La baja y esbelta hermana alzó la vista hacia su rostro, los oscuros ojos rebosantes de furia, y faltó poco para que Rand se encogiera otra vez. A diferencia de la noche anterior, esta vez no dijo una palabra y se limitó a empezar.

El primer golpe invisible se descargó sobre sus hombros; el segundo, en el pecho; el tercero, en la parte posterior de los muslos. El vacío se tambaleó. Aire. Sólo Aire. Así sonaba menos. Cada impacto era como un latigazo, no obstante, manejado por un brazo más fuerte

Librodot

que el de cualquier hombre. Antes de que la Aes Sedai iniciara el castigo, Rand ya tenía el cuerpo cubierto de verdugones desde los hombros hasta las rodillas. Había sido consciente de ellos y no tan débilmente como hubiese deseado; incluso dentro del vacío habría deseado romper a llorar. Después de que el vacío se desmoronó, quiso aullar.

En lugar de ello, apretó los dientes. A veces se le escapaba un gruñido y, cuando tal cosa ocurría, Erian redoblaba sus esfuerzos como si quisiera oír más. Rand rehusó rendirse. No podía evitar sufrir una sacudida con cada golpe del invisible látigo, pero no iba a darle ninguna otra satisfacción a esa mujer. Clavó sus ojos en los de ella, negándose a desviar la mirada, a parpadear.

«Maté a mi Ilyena», gemía Lews Therin cada vez que se descargaba uno de los golpes.

Rand entonaba su propia letanía a cada golpe. El látigo cruzando su pecho: «Esto me ocurre por fiarme de unas Aes Sedai». El fuego desgarrando su espalda: «Nunca jamás; ni un ápice; ni un pelo». Como el tajo de una afilada cuchilla: «Esto ocurre por confiar en Aes Sedai».

Creían que podían doblegarlo. ¡Creían que podían forzarlo a que se arrastrara ante Elaida! Se obligó a hacer lo más difícil que había hecho en su vida: sonrió. Ni que decir tiene que el gesto sólo estaba en sus labios, pero miró a Erian a los ojos y sonrió. Los de ella se abrieron desmesuradamente y luego la Aes Sedai siseó. Los azotes empezaron a caer por todos los lados a la vez.

El mundo se redujo a dolor y a fuego. Rand no veía, sólo sentía. Dolor agónico e infierno. Por alguna razón fue consciente de que sus manos temblaban incontrolablemente bajo las invisibles ataduras, pero se concentró en mantener prietos los dientes. «Esto ocurre por... ¡No gritaré! ¡No grita...! ¡Nunca más, ni en un millón de...! ¡Ni un milímetro, ni un cabello! ¡Nunca jam...! ¡No lo haré! ¡Nunca ja...! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡NUNCA!»

Lo primero fue percibir la respiración. El aire penetró a bocanadas por las aletas de su nariz. Era un montón de carne doliente, abrasada por el fuego, pero los golpes habían cesado. La idea se abrió paso en su mente casi como una sacudida: el final de algo que una parte de él había dado por hecho que jamás acabaría. Percibió sabor a sangre en la boca y entonces se dio cuenta de que las mandíbulas le dolían tanto como el resto del cuerpo. Bien. No había gritado. Los músculos faciales estaban agarrotados en un nudo de crispación; sería todo un esfuerzo abrir la boca aun en el caso de que quisiera hacerlo.

La vista fue el último sentido que recuperó y, cuando ocurrió, se preguntó si el dolor le estaba haciendo ver alucinaciones. Entre las Aes Sedai se hallaba un grupo de Sabias, ajustándose los chales y contemplando a las hermanas con toda la arrogancia que podían mostrar. Cuando decidió que eran reales —a menos que estuviera sumido en una de sus fantasías, inducido por Galina— la primera idea que le vino a la mente fue el rescate. De algún modo las Sabias habían... Era imposible, pero de algún modo lo... Entonces reconoció a la mujer que hablaba con Galina.

Sevanna caminó hacia él, su boca llena y ansiosa esbozando una sonrisa. Aquellos ojos, verde pálido, enmarcados por el cabello que semejaba oro hilado. Rand habría preferido mirar la cara de un lobo rabioso. Había algo extraño en la postura de la mujer, inclinada ligeramente hacia adelante y los hombros echados hacia atrás. Lo estaba mirando a los ojos. De repente, y a pesar del dolor que lo martirizaba, sintió ganas de reír; lo habría hecho si hubiese estado seguro de que sería ése el sonido que habría salido de su boca al abrirla. Aquí estaba, prisionero, azotado hasta el borde de la muerte, con los verdugones ardiendo y el sudor escociéndole, y una mujer que sin duda lo odiaba, que probablemente lo culpaba por la muerte de su amante, ¡trataba de comprobar si él bajaría la vista al escote de su blusa!

Lentamente, ella le pasó una uña por la garganta —de hecho, alrededor del cuello, hasta donde llegaba— como imaginando que le cortaba la cabeza. Muy adecuado, considerando el final de Couladin.

—Lo he visto —manifestó ella con un tono satisfecho y un leve estremecimiento de placer—. Habéis cumplido vuestra parte del trato y yo he cumplido la mía.

Entonces las Aes Sedai volvieron a doblarlo y lo empujaron de vuelta al interior del arcón, con la cabeza entre las rodillas, hecho un ovillo sobre el charco de sudor del fondo. La tapa se cerró y la oscuridad lo envolvió.

Sólo entonces movió las mandíbulas hasta que pudo abrir la boca y soltó un largo y trémulo suspiro. Ni siquiera había tenido la seguridad de ser capaz de contener los gemidos en ese momento. ¡Luz, se sentía como si estuviese envuelto en llamas!

¿Qué estaría haciendo allí Sevanna? ¿A qué trato se había referido? No. Estaba bien saber que existía alguna clase de acuerdo entre la Torre y los Shaido, pero preocuparse por ello debía dejarlo para más adelante. Ahora debía preocuparse por Min. Tenía que liberarse. Habían hecho daño a Min. Aquella idea era tan sombría que casi amortiguó el dolor. Casi.

Sumergirse de nuevo en el vacío fue un ímprobo esfuerzo, un vadear en un pantano de dolor indescriptible, pero finalmente se halló envuelto en la nada, tanteando en busca del *Saidin...* sólo para encontrar allí a Lews Therin en el mismo instante, como dos pares de manos alargándose hacia algo que sólo él podía coger.

«¡Maldito seas! —gruñó Rand para sus adentros—. ¡Maldito seas! ¡Aunque sólo fuera por una vez podrías colaborar conmigo en lugar de actuar contra mí!»

«¡Eres tú quien colabora conmigo!», espetó Lews Therin.

La impresión fue tal que por poco Rand pierde el control del vacío. Esta vez no cabía duda, no podía ser una equivocación; Lews Therin lo había oído y había contestado. «Podríamos trabajar juntos, Lews Therin.» Él no quería tal cosa; lo que deseaba era que el hombre saliera de su cabeza. Pero estaba Min. Y a saber cuántos días más hasta Tar Valon. De algún modo estaba convencido de que si lo llevaban hasta allí ya no habría más oportunidades para él. Nunca.

Una risa incierta, aprensiva, le respondió. Y después:

«Juntos, sí. Quienquiera que seas». Y la voz y la presencia se desvanecieron.

Rand se estremeció. Doblado sobre sí mismo allí dentro, con la cabeza apoyada en el charco de sudor que seguía creciendo, tiritó.

Poco a poco tendió las manos hacia el *Saidin...* Y, naturalmente, de nuevo topó con el escudo. De todos modos, era eso exactamente lo que había buscado. Lentamente, con mucho tiento, tanteó a lo largo del escudo hasta donde el duro plano de repente se tornaba en seis suaves puntos.

«Blandos —dijo, jadeante, Lews Therin—. Porque ellas están ahí. Nutriendo la barrera. Duros cuando se atan. Nada que hacer mientras están blandos, pero puedo deshacer la red si la anudan. Disponiendo de tiempo.» Permaneció callado tanto rato que Rand pensó que había vuelto a marcharse, pero luego susurró: «¿Eres real?». Y entonces desapareció de verdad.

Cautelosamente, Rand tanteó el escudo hasta los puntos blandos. Hasta seis Aes Sedai. ¿Disponiendo de tiempo? Si lo ataban, cosa que no habían hecho hasta ahora, desde... ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Seis días? ¿Siete? ¿Ocho? Qué más daba. No podía permitirse el lujo de esperar tanto. Cada día que pasaba lo acercaba más a Tar Valon. Mañana intentaría de nuevo romper la barrera; había sido igual que golpear con los puños contra un muro de piedra, pero lo había hecho con todas sus fuerzas. Mañana, cuando Erian lo flagelara —estaba seguro de que sería ella— volvería a sonreír a la mujer y, cuando el dolor llegara a cotas insoportables, dejaría escapar sus gritos. Al día siguiente sólo rozaría el escudo, tal vez lo suficientemente fuerte para que ellas lo notaran, pero sólo eso, y ya no volvería a hacerlo después, tanto si lo castigaban como si no; a lo mejor incluso suplicaba un poco de agua. Le habían dado un poco al amanecer, pero estaba sediento; incluso si le daban de beber más de una vez al día, suplicar serviría. Si para entonces seguía metido en el arcón, tal vez también suplicaría que lo dejaran salir. Creía que lo harían; no era probable que le permitiesen salir mucho tiempo hasta que estuviesen seguras de que había aprendido la lección. Sus músculos agarrotados se estremecieron con la mera idea de pasar allí dentro dos o tres días más. No había espacio para mover ni un dedo, pero su cuerpo lo intentaba. Dos o tres días y se convencerían de que lo habían doblegado. Se mostraría temeroso y evitaría los ojos de

Librodot

cualquiera. Sería un pobre diablo al que podrían dejar salir del arcón sin correr peligro. Más importante aún: un infeliz al que no precisaban seguir vigilando tan estrechamente. Y entonces, tal vez, decidiesen que no hacía falta que hubiera seis hermanas manteniendo el escudo o que podían atar el tejido o... O algo. Necesitaba una brecha. ¡Cualquier cosa!

Era una idea desesperada; entonces se dio cuenta de que estaba riéndose y que no podía parar. Tampoco podía dejar de tantear la barrera, cual un ciego deslizando los dedos desesperadamente sobre un liso y suave cristal.

Galina frunció el entrecejo al seguir con la mirada a las Aiel mientras éstas se marchaban, hasta que coronaron una elevación y desaparecieron por el otro lado. Todas esas mujeres excepto Sevanna eran capaces de encauzar y varias de ellas con mucha fuerza. Sin duda Sevanna habría pensado que estaría más segura rodeada por una docena de espontáneas. Qué idea tan divertida. Estas salvajes eran una pandilla de desconfiadas. Dentro de pocos días volvería a utilizarlas, en la segunda parte del «trato» con Sevanna: la lamentable muerte de Gawyn Trakand y gran parte de sus Cachorros.

Regresó al centro del campamento y allí encontró a Erian todavía plantada junto al arcón en el que estaba metido al'Thor.

—Está llorando, Galina —dijo fieramente—. ¿Lo oyes? Está... —De repente las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Erian y la mujer se quedó inmóvil, sollozando quedamente mientras sus manos apretujaban, crispadas, la falda.

—Ven a mi tienda —susurró Galina—. Tengo un estupendo té de arándanos y te pondré un paño frío y húmedo en la frente.

Erian sonrió a través de las lágrimas.

—Gracias, Galina, pero me es imposible. Rashan y Bartol me estarán esperando. Me temo que ellos lo están pasando peor que yo. No sólo sienten mi dolor, sino que sufren porque saben mi padecimiento. He de confortarlos.

Tras apretarle afectuosamente la mano, Galina se alejó. La hermana Roja miró, fruncido el entrecejo, el arcón. Era cierto que al'Thor parecía estar llorando; o eso o es que se estaba riendo, y dudaba mucho que fuera esto último. Siguió con la mirada a Erian, que en ese momento desaparecía en el interior de la tienda de sus Guardianes. Sí, al'Thor lloraría. Todavía faltaban un par de semanas o más hasta que llegasen a Tar Valon y a la entrada triunfal planeada por Elaida; sí, por lo menos otros veinte días más. De ahora en adelante, tanto si Erian quería como si no, se lo iba a castigar a diario, al amanecer y al ocaso. Cuando lo entregara en la Torre Blanca, le besaría el anillo a Elaida, hablaría cuando se dirigieran a él y se arrodillaría en un rincón cuando no se lo necesitara. Reafirmándose en su propósito, se dirigió a su tienda para tomar el té de arándanos.

Cuando entraron en la arboleda más amplia, Sevanna se volvió hacia las otras mujeres pensando lo extraordinario que era que pensara en los árboles con tanta indiferencia. Antes de cruzar la Pared del Dragón nunca había visto tantos juntos.

—¿Visteis todas los medios que utilizan para dominarlo? —preguntó, arreglándoselas para que sonara como si hubiese dicho «también» en lugar de «todas».

Therava miró a las otras, que asintieron.

—Podemos tejer todo lo que ellas han hecho —respondió la Sabia.

Sevanna asintió al tiempo que manoseaba el pequeño cubo de piedra, con sus intrincados dibujos cincelados, que guardaba en un bolsillo. El extraño hombre de las tierras húmedas que se lo había dado había dicho que tenía que utilizarlo en ese momento, cuando al'Thor estuviese cautivo. Antes de ver a éste tenía intención de hacerlo así, pero ahora había decidido deshacerse del cubo. Era la viuda de un jefe que había estado en Rhuidean y de un hombre que se había hecho llamar jefe sin hacer aquella visita requerida. Ahora iba a ser la esposa del mismísimo *Car'a'carn.* Todas y cada una de las lanzas de los Aiel se doblegarían ante ella. En su dedo todavía permanecía la sensación del tacto del cuello de al'Thor, cuando había trazado la línea del dogal que le pondría.

—Ha llegado tu hora, Desaine —dijo.

Por supuesto, Desaine parpadeó con sorpresa y después sólo tuvo tiempo para gritar antes de que las demás empezaran su trabajo. Desaine se había contentado con rezongar sobre la posición de Sevanna, y ésta había aplazado su muerte para el momento en que pudiera sacar mejor provecho de ella. A excepción de Desaine, todas las mujeres presentes la apoyaban firmemente; y había más.

Sevanna contempló con interés lo que las otras Sabias hacían; el Poder Único la fascinaba, todas esas cosas realizadas de manera tan milagrosa, sin esfuerzo. Además, era muy importante que pareciese que lo que se le había hecho a Desaine sólo podía realizarse mediante el Poder. Le pareció en verdad sorprendente que un cuerpo humano descuartizado derramase tan poca sangre.

Librodot

CAPÍTULO 31

La proyección

Cuando el sol no era más que un fino y brillante gajo en el horizonte oriental, el segundo día de la Fiesta de las Luces vio las calles de Cairhien abarrotadas ya de juerguistas. De hecho, en realidad no se habían quedado vacías en toda la noche. Reinaba un ambiente de frenética celebración y muy pocos dedicaron más de una mirada de pasada al hombre de barba rizada que, con gesto sombrío y el hacha a la cadera, montaba un alto zaino por las calles rectas como flechas que conducían hacia el río. Algunos sí observaron a sus compañeros. Ver un Aiel era corriente en la actualidad, aunque habían abandonado las calles cuando se inició la celebración; sin embargo, no todos los días se veía a un Ogier, más alto que el hombre a caballo, y menos aun a uno que llevara un hacha apoyada al hombro, con un mango casi tan largo como alto era él. La expresión del Ogier hacía que la del hombre barbudo pareciese jovial.

Los barcos atracados en el Alguenya tenían las linternas encendidas, incluido el velero de los Marinos que tantos rumores había levantado, tanto por estar en Cairhien como por permanecer anclado durante tanto tiempo sin apenas tener contacto con tierra. Según los rumores que Perrin había oído, los Marinos desaprobaban los excesos de la fiesta tanto como los propios Aiel; había pensado que Gaul se moriría de la impresión cada vez que veía a un hombre y una mujer besándose. El que la fémina llevara puesta blusa o no al parecer no incomodaba a Gaul ni de lejos tanto como el hecho de que estuvieran besándose donde todo el mundo podía verlos.

Largos embarcaderos de piedra penetraban en la corriente, protegidos entre altos muros, y amarradas a lo largo de ellos había embarcaciones de todo tipo y tamaño, incluidos transbordadores que podían llevar desde un caballo hasta cincuenta, pero Perrin no divisó más de un hombre en cualquiera de ellos. Sofrenó al zaino cuando llegó junto a una embarcación sin mástiles, ancha y más baja que el muelle, de unos diez o doce metros de eslora, que estaba amarrada a los pilotes de piedra del embarcadero. La pasarela estaba colocada. Un hombre grueso, de cabello canoso y que no llevaba camisa puesta, se hallaba sentado en un barril puesto boca abajo en la cubierta; en sus rodillas tenía a una mujer con hebras grises en el cabello y media docena de bandas de colores a través de la pechera de su vestido oscuro.

—Queremos cruzar —dijo Perrin en voz alta, procurando mirar sólo lo suficiente para ver si la pareja deshacía el abrazo. Aguardó en vano. Perrin lanzó una corona andoreña en la cubierta del transbordador y el sonido de la pesada moneda de oro al brincar sobre las maderas consiguió que el tipo volviera la cabeza—. Queremos cruzar —repitió Perrin mientras hacía saltar sobre la palma de su mano una segunda corona. Al cabo de un momento, añadió una tercera.

El barquero se lamió los labios.

—Tendré que buscar remeros —murmuró, sin apartar los ojos de la mano de Perrin.

Suspirando, éste sacó otras dos monedas del bolsillo; aún recordaba aquellos tiempos en que los ojos se le habrían salido de las órbitas si hubiese poseído una de esas monedas.

El barquero se incorporó de un brinco, de modo que la noble cayó en cubierta sobre el trasero con un ruido sordo, y subió la pasarela a toda prisa.

—Sólo tardaré unos segundos, milord. Sólo un momento —jadeó.

La mujer asestó a Perrin una mirada de reproche y luego se alejó muelle abajo con un aire digno que echó a perder un tanto al frotarse los glúteos; sin embargo, no había llegado muy lejos cuando se recogió los vuelos de la falda y corrió a reunirse con un grupo de bailarines que pasaba por la orilla del río. Perrin la oyó reír.

El barquero tardó algo más de unos segundos, pero por lo visto la promesa del oro había bastado, ya que a poco regresó con hombres suficientes para manejar la mayoría de los largos remos. Perrin se quedó junto al zaino acariciándole el hocico mientras la embarcación se adentraba en la corriente. Todavía no había pensado un nombre para el caballo; el animal procedía de los establos del Palacio del Sol y estaba bien herrado. Las patas delanteras eran blancas hasta las canillas; el animal parecía resistente, un corredor de fondo, pero no tenía ni punto de comparación con *Brioso.*

Llevaba su arco largo de Dos Ríos, desencordado, metido bajo la cincha de la silla en un costado y la aljaba llena de flechas colgada delante de la alta silla de montar, sirviendo de contrapeso a un bulto alargado y estrecho, muy bien envuelto: la espada de Rand. La propia Faile había hecho el paquete y se lo había tendido sin dedicarle una sola palabra. Sí había dicho algo después, cuando Perrin se dio la vuelta al comprender que no recibiría un beso:

«Si caes —había susurrado— recogeré tu espada y la empuñaré».

Perrin no estaba seguro de si Faile quería que lo oyera o no. El olor que exhalaba era tal fárrago de efluvios que no supo interpretarlo.

Sabía que debería estar pensando en el asunto que tenía entre manos, pero Faile se colaba suavemente en su mente una y otra vez. En cierto momento había creído que iba a anunciar que se marchaba con él, y el corazón se le puso en un puño. De haber ocurrido así, dudaba que hubiese tenido fuerza de voluntad para negárselo —ni eso ni nada después del sufrimiento que le había ocasionado— pero lo que les aguardaba en el camino eran seis Aes Sedai y sangre y muerte. Si Faile moría, Perrin sabía que se volvería loco. Aquel momento surgió cuando Berelain había manifestado que dirigiría ella misma a la Guardia Alada mayeniense en esta persecución; el momento pasó rápidamente y de un modo raro:

—Si abandonas a su suerte la ciudad que Rand al'Thor ha puesto a tu cargo —había dicho quedamente Rhuarc—, ¿cuántos rumores provocará? Si envías a todas tus lanzas, ¿cuántos rumores más habrá? ¿Y qué saldrá de esos rumores?

Había sonado como un consejo y, al mismo tiempo, no lo parecía; algo en la voz del jefe de clan le había dado un carácter mucho más fuerte. Berelain lo había mirado con gesto altanero, emitiendo un olor a obstinación. Poco a poco, el efluvio había desaparecido y la mujer había mascullado para sí misma:

—A veces creo que hay demasiados hombres que pueden... —Sólo resultó audible para Perrin. Luego, sonriendo, la Principal había manifestado en voz alta y con un marcado tono regio—: Me parece un buen consejo, Rhuarc. Creo que lo seguiré.

Lo más chocante, sin embargo, había sido el modo en que los efluvios se combinaron, el del jefe de clan y el de ella. A Perrin le habían recordado el de un lobo adulto y el de un cachorro bastante crecido; un padre indulgente encariñado con su hija, y ella con él, aunque a veces todavía tenía que darle un tirón de orejas para que se comportara como era debido. Empero, lo importante para Perrin fue que vio desaparecer la intención de acompañarlo en los ojos de su mujer. ¿Qué iba a hacer? Si salía con vida de ésta, ¿qué iba hacer?

Al principio de la travesía, los remeros —toscamente vestidos y algunos con el torso desnudo— hicieron chistes groseros, aunque no demasiado poco amistosos, sobre que casi ninguna cantidad de oro pagaba lo que se estaban perdiendo. Reían mientras recorrían la cubierta de atrás adelante y vuelta, manejando las largas pértigas, y todos ellos afirmaban haber estado bailando o besando a una noble. Un tipo larguirucho, de barbilla prominente, aseguró incluso que tenía a una noble teariana en sus rodillas antes de que acudiera a la llamada de Manal, pero nadie creyó tal cosa. Perrin, desde luego, no; los varones tearianos habían echado una ojeada a lo que estaba ocurriendo y se habían lanzado de cabeza a las celebraciones; las tearianas había echado una ojeada y se habían cerrado bajo llave en sus

cuartos, con guardias apostados en las puertas.

Bromas y risas no duraron mucho. Gaul se había colocado lo más cerca posible del punto central de la embarcación con una expresión algo fuera de sí en los ojos, y había clavado éstos en la orilla opuesta, puesto de puntillas como si estuviese listo para saltar. Se debía a toda aquella agua, claro está, pero los remeros no podían saberlo. Y Loial, recostado en el hacha de mango largo que había encontrado en el Palacio del Sol, con la pala adornada profusamente con grabados, grande como la de una segur, continuaba inmóvil como una estatua y su rostro daba realmente la impresión de estar tallado en granito. Los remeros cerraron el pico y manejaron las pértigas con el mayor empeño, sin apenas atreverse a mirar a sus pasajeros. Cuando el transbordador llegó finalmente a un embarcadero de piedra en la ribera occidental del Alguenya, Perrin entregó al propietario —ahora que lo pensaba, esperaba que el hombre fuera en verdad el propietario— el resto el oro ofrecido, además de un puñado de monedas de plata para repartirlas entre los remeros, para recompensarlos por el miedo que habían pasado a costa de Loial y de Gaul. El gordo barquero se retiró de un brinco nada más cogerle las monedas e hizo una reverencia tan pronunciada, a pesar de su orondo cuerpo, que casi se tocó las rodillas con la cabeza. A lo mejor los rostros de Gaul y Loial no eran los únicos que inspiraban miedo.

Enormes edificios sin ventanas se alzaban rodeados por andamiajes de madera, las piedras ennegrecidas y desmoronadas en muchos puntos. Los graneros habían sido incendiados en los disturbios de hacía tiempo y las reparaciones habían empezado a llevarse a cabo recientemente, pero no se veía a nadie en las calles flanqueadas por graneros y establos, almacenes y patios de carretas. Hasta el último hombre que trabajaba allí se encontraba en la ciudad. No vieron a nadie hasta que dos hombres salieron a caballo por una calle lateral.

—Estamos preparados, lord Aybara —anunció Havien Nurelle con ansiedad. El joven de mejillas sonrosadas, considerablemente más alto que su compañero, ofrecía un aspecto llamativo con su peto pintado de rojo y el yelmo adornado con una fina pluma del mismo color. Incluso olía a ansiedad; y a juventud.

—Empezaba a pensar que no vendríais —murmuró Dobraine. Iba sin yelmo, pero sí llevaba guanteletes reforzados con acero en el envés y un peto abollado que todavía conservaba restos de lo que en tiempos habían sido adornos dorados. Echó un vistazo al semblante de Perrin y agregó—: La Luz es testigo de que no era mi intención mostrarme irrespetuoso, lord Aybara.

—Nos aguarda un largo camino —repuso Perrin mientras hacía dar media vuelta al zaino, *Recio.* ¿Qué iba a hacer con Faile? La necesidad de Rand bullía bajo su piel—. Nos llevan cuatro días de ventaja. —Taloneó suavemente los ijares de *Recio* y puso al corcel a un paso sostenido. Sería una larga persecución y no tenía sentido que los animales se despearan. Loial y Gaul no tuvieron dificultad para mantener el paso.

La calle más ancha se convirtió de repente en la calzada de Tar Valon —la calzada de Tar Valon cairhienina, ya que había otras con el mismo nombre— una ancha banda de tierra apelmazada que culebreaba hacia el oeste y al norte a través de colinas boscosas, más bajas que aquellas en las que se asentaba la ciudad. No se habían internado ni dos kilómetros en el bosque cuando se les unieron doscientos soldados de la Guardia Alada mayeniense y otros quinientos de la casa Taborwin, todos ellos montados en los mejores caballos que habían podido encontrarse.

Los mayenienses iban uniformados con petos rojos y yelmos que tenían forma de olla con reborde, de manera que les cubría la nuca; sus lanzas lucían banderines rojos. Muchos de ellos parecían casi tan ansiosos como Nurelle. Los cairhieninos, de talla más baja, llevaban petos sencillos y cascos con forma de campana, cortados de manera que dejaban el rostro al aire; tanto yelmos como petos aparecían abollados en su mayoría. Sus lanzas no iban adornadas, aunque aquí y allí el *con* de Dobraine, un pequeño cuadrado rígido sujeto a un corto astil, en fondo azul y con dos rombos blancos, señalaba a los oficiales o nobles menores de la casa Taborwin. Entre ellos no se veía gesto de ansiedad, sólo sombría determinación. Ya

habían intervenido en combates. En Cairhien, a eso se lo llamaba «ver al lobo».

Aquello casi hizo reír a Perrin. Todavía no era el momento de los lobos.

Cerca del mediodía, un grupo pequeño de Aiel salió trotando de los árboles y bajó la cuesta hasta la calzada. Dos Doncellas trotaban a ambos lados de Rhuarc; eran Nandera y —como logró identificar Perrin al cabo de un momento— Sulin. La mujer tenía un aspecto muy distinto con el *cadin'sor* y el cabello recortado salvo la cola de caballo sujeta en la nuca. Parecía... natural, algo que jamás había conseguido con el uniforme del servicio. Amys y Sorilea venían a continuación, con los chales enroscados en los brazos y remangando las voluminosas faldas para bajar la cuesta, pero sin retrasarse un ápice con los otros tres.

Perrin desmontó para caminar con ellos, a la cabeza del contingente.

—¿Cuántos? —fue su escueta pregunta.

Rhuarc echó un vistazo hacia donde Gaul y Loial caminaban junto a Dobraine y Nurelle al frente de la columna. Estaban demasiado lejos para que incluso Perrin hubiese podido oír nada con el ruido de los cascos de los caballos, del tintineo de las bridas y los crujidos de las sillas de montar, pero aun así Rhuarc habló en voz baja:

—Cinco mil hombres de diferentes asociaciones; unos pocos más de cinco mil. No podía traer a muchos. Timolan ya estaba algo suspicaz por que no lo acompañara contra los Shaido. Si se corre la voz de que las Aes Sedai retienen al *Car'a'carn* me temo que el marasmo nos tragará a todos.

Nandera y Sulin tosieron sonoramente al mismo tiempo; las dos mujeres intercambiaron una mirada feroz, y Sulin desvió los ojos al tiempo que enrojecía. Rhuarc les dirigió un vistazo; olía a exasperación.

—He traído a casi un millar de Doncellas —añadió el jefe de clan—. Si no me hubiese puesto firme habría tenido hasta la última de ellas corriendo tras mis talones y llevando una antorcha para anunciar que Rand al'Thor se encuentra en peligro. —Su voz se endureció de repente—. Cualquier Doncella a la que descubra siguiéndonos va a enterarse de que lo que dije iba en serio.

Tanto Sulin como Nandera se pusieron coloradas, un tono chocante en aquellos rostros curtidos por el sol.

—Yo... —empezaron a decir al unísono.

De nuevo hubo intercambio de miradas y, una vez más, fue Sulin la que apartó los ojos en tanto que sus mejillas adquirían un color carmesí. Perrin no recordaba haber visto ruborizarse de ese modo a Bain y a Chiad, las únicas dos Doncellas que conocía realmente.

—Lo he prometido —manifestó, molesta, Nandera—, y todas las Doncellas han dado su palabra. Se hará como el jefe ha ordenado.

Perrin renunció a preguntar qué era el marasmo, del mismo modo que tampoco hizo indagaciones sobre cómo se las había arreglado Rhuarc para cruzar a los Aiel al otro lado del Alguenya sin transbordadores, cuando una corriente de agua que no pudiese salvarse a pie era lo único en el mundo que daría que pensar a un Aiel. Le habría gustado saberlo, pero las respuestas no tenían importancia. Un contingente de seis mil Aiel, quinientos hombres de Dobraine y doscientos soldados de la Guardia Alada contra seis Aes Sedai, sus Guardianes y unos quinientos soldados debería ser suficiente. Salvo por un detalle: las Aes Sedai tenían a Rand en su poder. Si le ponían un cuchillo en la garganta, ¿alguien movería un dedo?

—También hay noventa y cuatro Sabias —anunció Amys—. Son las más fuertes en el Poder Único. —Aquello lo dijo a regañadientes; Perrin tenía idea de que a las Aiel no les gustaba admitir que podían encauzar. La Sabia continuó—: No habríamos traído tantas, pero todas querían venir.

Sorilea carraspeó, y esta vez fue el turno de Amys de ponerse colorada. Perrin se dijo que tendría que preguntarle a Gaul. Los Aiel eran tan distintos del resto de las gentes que conocía... A lo mejor es que empezaban a enrojecer cuando se hacían mayores.

—Sorilea nos dirige —terminó Amys, y la mujer de más edad soltó un resoplido que sonó extremadamente satisfecho.

Desde luego, olía a satisfacción. Perrin estaba tan desconcertado que faltó poco para que sacudiera la cabeza. Lo que sabía respecto al Poder Único podía meterse en un dedal y todavía quedaría espacio suficiente para meter un pulgar gordo, pero lo que había visto en Verin y Alanna le bastaba para sacar conclusiones al pensar en la minúscula llamita que Sorilea había hecho aparecer. Si ella era de las más fuertes entre las Sabias en el Poder, no estaba seguro de que seis Aes Sedai no fuesen capaces de hacer un gran paquete con todas las noventa y seis. En la situación actual, sin embargo, no habría rechazado ni a un ratón de campo.

—Deben de encontrarse a poco más de cien kilómetros por delante de nosotros —dijo Perrin—. Tal vez incluso ciento cincuenta, si hacen rodar las carretas a buen paso. Tendremos que apretar la marcha todo lo posible.

Mientras montaba de nuevo, Rhuarc y las Aiel trotaron cuesta arriba de regreso a lo alto de la colina. Perrin levantó la mano, y Dobraine hizo la señal a los jinetes para emprender la marcha. A Perrin ni siquiera se le pasó por la cabeza preguntarse por qué unos hombres lo bastante mayores para ser su padre o mujeres con suficientes años para ser su madre, los unos y las otras acostumbrados a tener el mando, seguían sus órdenes.

Lo que sí se preguntaba, lo que le preocupaba, era la velocidad con que podrían avanzar. Sabía que los Aiel con *cadin'sor* eran capaces de mantener el paso de los caballos, aunque al principio se inquietó por las Sabias, a causa de llevar faldas y por la avanzada edad de algunas, como era el caso de Sorilea. Ni que llevaran faldas ni que tuvieran el cabello blanco, lo cierto es que las Sabias caminaban tan deprisa como los demás mientras charlaban quedamente en grupos.

La calzada estaría despejada más adelante; nadie emprendía viaje durante la Fiesta de las Luces y muy pocos lo hacían desde días antes a no ser que tuvieran asuntos urgentes como era su caso. El sol siguió su curso ascendente en el cielo y, a medida que la columna avanzaba, las colinas se volvieron paulatinamente más bajas; al anochecer, cuando llegó el momento de acampar, Perrin calculó que habían recorrido más de cincuenta kilómetros. Una buena jornada de viaje, excelente para un grupo tan numeroso. La distancia cubierta debía de superar en un cincuenta por ciento a la que podrían recorrer las Aes Sedai a menos que no les importara reventar a los troncos de animales que tiraban de las carretas. Era evidente que las alcanzarían antes de que llegasen a Tar Valon, de modo que eso ya no le preocupaba, pero sí qué podrían hacer cuando llegara el momento.

Tumbado en las mantas y con la cabeza apoyada en la silla de montar, Perrin sonrió al contemplar el cuarto menguante de la luna. Sin una sola nube en el cielo, la noche no podía ser más brillante. Era una buena noche para cazar. Una buena noche para los lobos.

Creó la imagen en su mente: un joven toro salvaje, orgulloso, con cuernos que relucían como metal bruñido a la luz del sol matinal. Su pulgar se deslizó por el hacha que yacía junto a él, con su afilada pala curva y su aguzada punta de contrapeso. Los cuernos acerados de Joven Toro; así era como los lobos lo llamaban.

Abrió su mente a la noche, proyectando en ella la imagen. Habría lobos y conocerían a Joven Toro. La noticia de un humano capaz de hablar con lobos se propagaría por territorios agrestes como el soplo del viento. Perrin sólo había conocido a dos hombres así: uno había sido su amigo y el otro un pobre infeliz que no había sido capaz de aferrarse a su naturaleza humana. Había oído relatos de los refugiados que seguían llegando a Dos Ríos. Sabían viejos cuentos de hombres que se convertían en lobos, aunque muy pocos daban crédito a esas historias, que se contaban únicamente para entretener a los niños. No obstante, tres de esos refugiados aseguraban que habían conocidos hombres que se convirtieron en lobos y se volvieron salvajes; aunque los detalles le sonaron fantasiosos a Perrin, el modo en que dos de ellos evitaban mirar sus amarillos ojos fue una especie de confirmación. Esos dos, una mujer de Tarabon y un hombre del llano de Almoth, jamás se aventuraban fuera de las casas por la noche. También, por alguna razón, le regalaban ajos, que él comía con mucho agrado. Sin embargo ya no buscaba a otros como él.

Percibió a los lobos y sus nombres empezaron a cobrar forma en su mente: *Dos Lunas,*

Librodot

Llamarada, Ciervo Viejo y docenas más que surgían en su cabeza como un torrente. No existían realmente nombres como tal, sino imágenes y sensaciones. Joven Toro era una imagen sencilla para identificar a un lobo. La de *Dos Lunas* era en realidad un estanque en la noche, su superficie tersa como el hielo durante un instante antes de que surgiera un soplo de brisa con un atisbo de otoño en el aire, y una luna llena suspendida en el cielo y otra reflejada tan perfectamente en el agua que resultaba difícil distinguir cuál de ellas era real. Y eso era reducirlo a lo esencial.

Durante un rato sólo hubo intercambio de nombres y efluvios. Después, Perrin pensó: «Busco personas que van delante de mí. Aes Sedai y hombres, con caballos y carretas». No fue eso exactamente lo que pensó, claro está, igual que *Dos Lunas* no significaba sólo dos lunas. Las personas eran «dos piernas» y los caballos «cuatro patas pies duros». La Aes Sedai eran «dos piernas que tocan el viento que mueve el sol e invocan fuego». A los lobos no les gustaba el fuego y se mostraban aun más cautelosos con las Aes Sedai que con el resto de los humanos; les resultaba sorprendente que Perrin no supiera distinguir una Aes Sedai. Daban por sentado esa habilidad del mismo modo que él consideraba normal distinguir un caballo blanco entre una manada de caballos negros, algo obvio que no necesitaba explicarse. Entonces le llegó la primera proyección, el modo en que los lobos se pasaban información.

En su mente el cielo nocturno pareció girar y coronar de repente un campamento de carretas, tiendas y lumbres. Su apariencia no era del todo correcta —a los lobos les interesaba poco todo lo humano, de modo que los vehículos y las tiendas mostraban una imagen vaga, en tanto que las hogueras ardían amenazadoramente y los caballos tenían un aspecto muy apetitoso— y esa imagen había ido pasando de lobo a lobo antes de llegar hasta él. El campamento era más extenso de lo que Perrin esperaba, pero *Llamarada* era categórica al respecto. Su manada estaba dando en ese momento un amplio rodeo al lugar donde las «dos piernas que tocan el viento que mueve el sol e invocan fuego» se encontraban. Perrin trató de preguntar cuántas personas había, pero el concepto de número era desconocido para los lobos; su modo de decir cuántas cosas había era mostrar cuántas habían visto y, una vez que *Llamarada* y su manada habían percibido a las Aes Sedai, las evitaron porque no querían acercarse más.

«¿A qué distancia?» Esta pregunta obtuvo una respuesta mejor, de nuevo pasando de lobo a lobo, aunque fue una que Perrin tuvo que interpretar. La proyección de *Llamarada* indicaba que podía llegar hasta la colina donde un desabrido macho llamado *Media Cola* y su manada se alimentaban de un ciervo en lo que la luna se moviese tal distancia en el cielo, en tal ángulo. *Media Cola* podía llegar hasta *Nariz de Liebre* —por lo visto un joven y fiero macho— mientras la luna se movía hasta tal posición, en otro ángulo. Y así prosiguió la información hasta llegar a *Dos Lunas.* Éste mantuvo un digno silencio, adecuado para un viejo macho con más pelo blanco que oscuro en el hocico; él y su manada se encontraban a unos dos kilómetros de Perrin y habría resultado insultante pensar que Joven Toro no sabía exactamente dónde estaban.

Racionalizando la información lo mejor que pudo, Perrin llegó a una cifra de entre noventa y cinco y ciento diez kilómetros. Al día siguiente sabría la rapidez con que les iba ganando terreno.

¿Por qué? Ésa pregunta la hizo *Media Cola,* pasada de lobo a lobo y marcada por su efluvio.

Perrin vaciló antes de contestar. Había estado temiendo esto. Se sentía respecto a los lobos igual que con la gente de Dos Ríos.

«Han enjaulado a Exterminador de la Sombra», pensó finalmente. Así era como los lobos llamaban a Rand, pero no tenía ni idea si lo consideraban importante.

La conmoción que inundó su mente fue respuesta de sobra, pero además la noche se llenó de aullidos, próximos y lejanos; aullidos rebosantes de rabia y temor. En el campamento los caballos empezaron a relinchar, atemorizados, piafando y dando tirones de las cuerdas que los sujetaban en una hilera. Unos hombres corrieron a tranquilizarlos mientras otros

escudriñaban la oscuridad como si esperasen ver aparecer una manada enorme dispuesta a lanzarse sobre sus monturas.

Vamos hacia ahí, respondió finalmente *Media Cola.* Sólo eso; y entonces respondieron otros, manadas con las que Perrin había hablado y manadas que habían escuchado en silencio al dos piernas que sabía hablar como los lobos. *Vamos hacia ahí.* Nada más.

Perrin se dio media vuelta y se quedó dormido; soñó que era un lobo corriendo por infinitas colinas. A la mañana siguiente no había señal alguna de lobos —ni siquiera los Aiel informaron haber visto ninguno— pero Perrin podía sentirlos, varios centenares y más que venían en camino.

En los cuatro días siguientes la tierra se allanó dando paso a una planicie suavemente ondulada donde las mayores elevaciones no merecían el nombre de colinas en comparación con las que los habían rodeado en las inmediaciones del Alguenya. El bosque se volvió menos y menos frondoso hasta convertirse en pradera, la hierba parda y marchita, con arboledas cada vez más distantes entre sí. Los ríos y arroyos que cruzaron apenas mojaron los cascos de los caballos, aunque tampoco habrían hecho mucho más antes de que su cauce se estrechara, encajonado entre los bancos de piedras y barro endurecido por el sol. Todas las noches los lobos le contaban a Perrin lo que podían sobre las Aes Sedai que marchaban delante, y no era gran cosa. La manada de *Llamarada* las seguía, pero a bastante distancia. Una cosa sí quedó clara: el grupo de Perrin cubría tanto terreno cada jornada como en la primera, de manera que cada día acortaba la distancia con las Aes Sedai en unos quince kilómetros. Mas, cuando las alcanzaran, entonces ¿qué?

Todas las noches, antes de entrar en contacto con los lobos, Perrin se sentaba a charlar tranquilamente con Loial mientras fumaban sus pipas. Era ese «entonces ¿qué?» de lo que Perrin quería hablar. Dobraine parecía pensar que deberían cargar y morir haciendo cuanto estuviese en su mano. Rhuarc sólo decía que debían esperar y ver qué novedades traía el sol del nuevo día y que todos los hombres tenían que despertar del sueño, lo que no difería mucho de lo dicho por Dobraine, considerando que una máxima de los Aiel afirmaba que la vida era un sueño. Puede que Loial fuese joven para la longeva raza Ogier, pero eso no cambiaba que tuviese más de noventa años. Perrin sospechaba que Loial había leído más libros de los que él había visto y a menudo lo sorprendía con sus conocimientos sobre las Aes Sedai.

—Hay varios libros relativos a Aes Sedai ocupándose de hombres capaces de encauzar. —Loial frunció el entrecejo y chupó la pipa; la cazoleta, adornada con hojas talladas, era tan grande como los dos puños de Perrin—. Elora, hija de Amar, nieta de Coura, escribió *Hombres de Fuego* y *mujeres de Agua* en los albores del reinado de Artur Hawkwing. Y Ledar, hijo de Shandin, nieto de Koimal, escribió *Estudio de la raza humana. Las mujeres* y *el Poder Único entre los humanos* hace sólo unos trescientos años. Esos dos son los mejores, a mi modo de ver. El de Elora en particular; lo escribió al estilo de... No. Seré breve.

Perrin lo dudaba mucho; la brevedad rara vez se contaba entre las virtudes de Loial cuando hablaba de libros. El Ogier carraspeó antes de proseguir:

—Conforme a la ley de la Torre, el hombre debe ser llevado allí para someterlo a juicio antes de amansarlo. —Las orejas del Ogier se agitaron violentamente un instante y sus largas cejas se inclinaron en un gesto sombrío, pero palmeó el hombro de Perrin para animarlo—. No creo que sea ésa su intención, Perrin. Oí comentar que hablaron de honrarlo. Y es el Dragón Renacido. Eso lo saben.

—¿Honrarlo? —repitió en voz queda Perrin—. Quizá le pongan para dormir sábanas de seda, pero no deja de ser un prisionero.

—Estoy seguro de que lo están tratando bien, Perrin. Estoy seguro. —El Ogier no parecía tenerlas consigo por mucho que dijese y el suspiro que soltó sonó borrascoso—. Y estará a salvo hasta que lleguen a Tar Valon. Elora y Ledar, y también varios escritores más, coinciden en que se necesitan trece Aes Sedai para amansar a un hombre. Lo que no entiendo es cómo lo capturaron. —Sacudió la enorme cabeza en un gesto de absoluto desconcierto—. Perrin, tanto Elora como Ledar dicen que cuando las Aes Sedai encuentran un hombre de gran

poder siempre reúnen trece hermanas para prenderlo. Oh, se cuentan historias sobre cuatro o cinco, y los dos mencionan a Caraighan, que condujo ella sola a un hombre hasta la Torre durante más de tres mil kilómetros, después de que ese hombre mató a sus dos Guardianes, pero... Perrin, escribieron sobre Yurian Arco Pétreo y Guaire Amalasan. También de Raolin Perdición del Oscuro y de Davian, pero son los otros los que me preocupan. —Esos habían sido cuatro de los más poderosos entre los hombres que se habían autoproclamado el Dragón Renacido, todos ellos del remoto pasado, antes de Artur Hawkwing—. Seis Aes Sedai intentaron capturar a Arco Pétreo y él mató a tres e hizo prisioneras a las otras. Seis trataron de atrapar a Amalasan, que mató a una y neutralizó a otras dos. Sin duda Rand es tan fuerte como Arco Pétreo o Amalasan. ¿Son realmente sólo seis las que van delante de nosotros? Eso explicaría muchas cosas.

Tal vez lo explicara, pero no servía de mucho consuelo. Trece Aes Sedai, por sí solas, podrían ser capaces de rechazar cualquier ataque que les lanzara, sin necesidad de recurrir a sus Guardianes y soldados. Trece Aes Sedai podrían amenazar con amansar a Rand si las atacaban. Sin duda no lo harían, pues sabían que era el Dragón Renacido, que tenía que estar en la Última Batalla, pero ¿podía él correr ese riesgo? ¿Quién sabía la razón de que las Aes Sedai hiciesen las cosas? Jamás había sido capaz de fiarse de ninguna Aes Sedai; ni siquiera de las que habían tratado de mostrarse amistosas. Siempre tenían secretos y ¿cómo podía sentirse seguro un hombre cuando notaba que actuaban a su espalda por mucho que le sonriesen de frente? ¿Quién sabía lo que harían unas Aes Sedai?

A decir verdad, Loial no sabía gran cosa que sirviese de ayuda cuando llegara el día y, además, estaba mucho más interesado en hablar de Erith. Perrin sabía que había dejado dos cartas en manos de Faile, una dirigida a su madre y la otra a Erith, para que se las entregara cuando fuese posible si ocurría algo malo; y después hizo lo imposible para convencerla de que no pasaría nada adverso. A Loial le preocupaba mucho inquietar a nadie. Perrin había dejado una carta a Faile; Amys se la había llevado para que se la entregaran las Sabias que permanecían en el campamento.

—Es tan hermosa —musitó Loial mientras contemplaba la noche como si estuviese viendo a la Ogier—. Su rostro es tan delicado y, sin embargo, tan firme al mismo tiempo. Cuando la miro a los ojos es como si no pudiese ver nada más. ¡Y sus orejas! —De repente, las suyas estaban vibrando alocadamente y él se atragantó con la pipa—. Por favor —jadeó entre tos y tos—, olvida que he mencionado... No debí hablar de... Sabes que no soy grosero, Perrin.

—Ya lo he olvidado —respondió Perrin con un hilo de voz. ¿Sus orejas?

Loial quería saber cómo era la vida de casado. No es que tuviese intención de contraer nupcias todavía, se apresuró a añadir; era demasiado joven y tenía que terminar su libro y no estaba preparado para establecerse y pasar toda la vida sin salir del *stedding* excepto para visitar otro, que a buen seguro sería lo que exigiría una esposa. Sólo era simple curiosidad, nada más.

Así que Perrin habló de su vida con Faile, de cómo había cambiado sus raíces antes de que él se diese cuenta. Antaño Dos Ríos había sido el hogar; ahora, el hogar estaba donde se encontraba Faile. La idea de que ella estaba esperando hacía que apretara el paso. Su presencia iluminaba una habitación y su sonrisa borraba toda preocupación. Por supuesto, no podía hablar de cómo se encendía su sangre al pensar en ella o cómo el corazón le latía más deprisa cuando la miraba —no habría sido decente— y naturalmente tampoco tenía intención de mencionar el dilema que la actitud de Faile había sembrado en lo más profundo de su ser. ¿Qué iba a hacer? Realmente estaba dispuesto a ponerse de rodillas ante ella, pero la dura semilla de orgullo arraigada en su interior exigía una palabra de ella primero. Bastaría con que dijese que quería que las cosas volvieran a ser como antes.

—¿Y qué hay de sus celos? —preguntó Loial, y entonces fue el turno de Perrin de atragantarse—. ¿Ocurre igual con todas las esposas?

—¿Celos? —repitió de manera contundente—. Faile no es celosa. ¿De dónde has

sacado esa idea? Ella es perfecta.

—Oh, claro que lo es —convino débilmente Loial, con la mirada prendida en la cazoleta de su pipa—. ¿Tienes más tabaco de Dos Ríos? Ahora sólo me queda un poco de hoja cairhienina, que sabe ácida.

Si todo se hubiese reducido a eso, el viaje habría sido tranquilo en cierto modo, considerando que era una persecución. El terreno se extendía, ondulado, hasta el horizonte sin que se viese un alma. Aunque el abrasador sol convertía el ambiente en un horno, a menudo los halcones volaban en círculo en el despejado cielo azul. Los lobos, queriendo evitar que los humanos se adentraran donde ellos estaban, hostigaban a los venados hacia la calzada en tal número que había más de los que necesitaba incluso un grupo tan grande, y no era inusitado ver a un orgulloso ciervo con sus hembras y unos cuantos jóvenes en los que apuntaban los cuernos parados a plena vista mientras la columna pasaba. Empero había un viejo dicho: «El único hombre que está completamente en paz es aquel que no tiene ombligo».

Los cairhieninos no se sentían a gusto con los Aiel, por supuesto, y a menudo les lanzaban miradas ceñudas o se burlaban abiertamente. En más de una ocasión, Dobraine masculló algo de estar superados por doce a uno. Respetaba la habilidad en combate de los Aiel, pero también se respetan las peligrosas cualidades de una manada de lobos rabiosos. Los Aiel no lanzaban miradas sesgadas ni se mofaban; sencillamente dejaban bien claro con su actitud que los cairhieninos ni siquiera merecían su atención. A Perrin no le habría sorprendido ver que uno de ellos intentaba pasar a través de un cairhienino por negarse a admitir que estaba allí. Rhuarc aseguraba que no habría problemas siempre y cuando los Asesinos del Árbol no iniciasen uno. Dobraine afirmaba que no habría problemas siempre y cuando los salvajes no se interpusieran en su camino. Perrin habría querido tener la seguridad de que no empezarían a matarse los unos a los otros antes de que alcanzaran a las Aes Sedai que retenían a Rand.

Había albergado cierta esperanza de que los mayenienses pudiesen ser un puente entre los otros dos grupos, aunque hubo ocasiones en que se encontró lamentándolo. Los hombres de petos rojos se llevaban bien con los soldados más bajos de petos lisos —nunca había habido guerra entre Mayene y Cairhien— y los mayenienses también se entendían bien con los Aiel. Salvo por la Guerra de Aiel, no había habido enfrentamientos entre estos pueblos. Dobraine se mostraba bastante amistoso con Nurelle y a menudo cenaban juntos, en tanto que Nurelle tenía por costumbre fumar su pipa con varios Aiel. En especial con Gaul. Eso era lo que motivaba que Perrin se lamentara.

—He estado hablando con Gaul —había dicho Nurelle con inseguridad el cuarto día de viaje; se había apartado de las tropas mayenienses para cabalgar junto a Perrin a la cabeza de la columna. Perrin sólo lo escuchaba a medias; *Llamarada* había permitido a uno de los machos más jóvenes de la manada que se acercara sigilosamente a las Aes Sedai poco después de iniciar la marcha esa mañana, y el joven lobo no había visto a Rand. Por lo visto, todos los lobos conocían el aspecto del Exterminador de la Sombra. Aun así, por las imágenes transmitidas por *Nube Matutina,* todas las carretas salvo una parecían tener cubiertas de lona sobre arcos rígidos; probablemente Rand se encontraba dentro de una de ellas y mucho más cómodo a resguardo del sol que el propio Perrin, quien sentía correrle el sudor por el cuello.

—Me estuvo contando la batalla de Campo de Emond —prosiguió Nurelle—, y vuestra campaña de Dos Ríos. Lord Aybara, me sentiría muy honrado si escuchara de vuestros labios las batallas en las que habéis tomado parte.

De repente Perrin se sentó muy tieso en la silla y miró intensamente al muchacho. No, no era un muchacho a despecho de sus sonrosadas mejillas y rostro franco. Nurelle debía de tener más o menos sus años. Sin embargo, el efluvio que emitía, todo entusiasmo y ligeramente vibrante... Faltó poco para que Perrin soltase un gemido. Había olido ese mismo aroma en muchachos jóvenes de Dos Ríos, pero saberse idolatrado como un héroe por un hombre de su misma edad era más de lo que podía soportar.

Aun así, si aquello hubiese sido lo peor de todo, apenas le habría importado. Esperaba

que los Aiel y los cairhieninos no se cayeran bien. Habría podido esperar que un joven que nunca ha tomado parte en una batalla admirara a alguien que ha combatido a trollocs. Lo que lo inquietaba era aquello que tal vez no había previsto. Lo inesperado podía morderle el tobillo cuando menos lo esperaba, y no podía permitirse ninguna distracción.

A excepción de Rhuarc y Gaul, todos los Aiel varones llevaban una cinta carmesí ceñida a las sienes, con aquel círculo negro y blanco justo en medio de la frente. Perrin ya las había visto en Cairhien y en Caemlyn, pero ahora, cuando le preguntó a Gaul y a continuación a Rhuarc, si tal símbolo los señalaba como los *siswai'aman* que el jefe de clan había mencionado en Cairhien, los dos hombres fingieron que no sabían a qué se refería, como si no viesen las bandas rojas en las frentes de cinco mil hombres. Perrin le preguntó incluso a Urien, el hombre que parecía ser el segundo de Rhuarc, pero Urien tampoco pareció entender de qué hablaba. En fin, Rhuarc había dicho que sólo podría llevar consigo *siswai'aman,* de modo que con ese nombre pensó en ellos Perrin, aunque ignorase lo que significaba tal palabra.

Lo que sí sabía era que podrían surgir problemas entre los *siswai'aman* y las Doncellas. Cuando alguno de esos hombres miraba a las *Far Dareis Mai,* Perrin captaba un tufillo a celos. Cuando alguna de las Doncellas miraba a los *siswai'aman,* el efluvio que emitía le recordaba a Perrin a una loba agachada junto al cadáver de un ciervo y dispuesta a no permitir que ningún otro miembro de la manada obtuviese un bocado aunque para ello tuviera que reventar por tragarse hasta la última pizca. No lograba entender la razón, pero el olor existía y era muy intenso.

Empero, aquello era un quizá que podría llegar en algún momento. Otras cosas no eran tal. Durante los dos primeros días después de salir de la ciudad, Sulin y Nandera se adelantaban cada vez que Rhuarc decía algo concerniente a las Doncellas; en todas las ocasiones Sulin retrocedía, enrojeciendo, pero allí estaba de nuevo la próxima vez, todas las veces. La segunda tarde, cuando se levantó el campamento, intentaron matarse la una a la otra sin más armas que sus manos.

Al menos, ésa fue la impresión que le dio a Perrin al verlas lanzándose patadas, golpeando con los puños, derribándose la una a la otra, retorciéndose los brazos de modo que Perrin estaba seguro de que los huesos acabarían rompiéndose... hasta que cualquiera de las dos que estuviese en desventaja se las ingeniaba para soltarse con un giro o un golpe. Rhuarc lo detuvo cuando trató de intervenir y pareció sorprendido de que quisiera hacerlo. Muchos cairhieninos y mayenienses se agruparon alrededor para presenciar la pelea e intercambiaron apuestas, pero ningún Aiel se dignó dirigir una sola mirada al combate, ni siquiera las Sabias.

Finalmente Sulin logró tener a Nandera tendida boca abajo, con un brazo doblado dolorosamente hacia atrás; luego la agarró por el pelo y empezó a golpearle la cabeza contra el suelo hasta que Nandera perdió el conocimiento. La mujer de más edad permaneció un buen rato mirando a la que había derrotado. Después, Sulin se cargó a la inconsciente Nandera sobre un hombro y se alejó encorvada por el peso y dando traspiés.

Perrin dedujo que sería Sulin la que llevaría la voz cantante a partir de entonces, pero no ocurrió así. Seguía estando allí siempre, pero era Nandera, cubierta de moretones, la que respondía a las preguntas de Rhuarc y recibía sus órdenes, en tanto que la igualmente magullada Sulin guardaba silencio; y, cuando Nandera le ordenaba hacer algo, Sulin obedecía sin vacilación. Perrin no pudo menos de rascarse la cabeza en un gesto de desconcierto mientras se preguntaba si realmente había presenciado la pelea o se lo había imaginado.

Las Sabias siempre caminaban calzada adelante en grupos que variaban de tamaño y que parecían estar formados por mujeres distintas constantemente. Al final de la primera jornada, Perrin se había dado cuenta de que todo aquel cambio e ir y venir se centraba en dos mujeres: Sorilea y Amys. Al final del segundo día, estaba convencido de que las dos insistían en defender puntos de vista muy distintos; había demasiado intercambio de miradas furibundas y ceñudas. Amys empezó a recoger velas más lentamente y enrojecía considerablemente menos. A veces Rhuarc emitía un leve olor a ansiedad cuando miraba a su

Librodot

esposa, pero ésa fue la única señal que dio de que advertía algo. La tercera noche que acamparon, Perrin casi esperaba ver la pelea entre Sulin y Nandera repetirse entre las dos Sabias.

En cambio, las dos mujeres cogieron un odre de agua y se alejaron a cierta distancia; tomaron asiento en el suelo y se quitaron los pañuelos ceñidos a las sienes, con los que se sujetaban el cabello. Las estuvo observando en la oscuridad, bajo la luz de la luna, manteniéndose lo bastante apartado para no oírlas por casualidad, hasta que se fue a acostar; sin embargo, lo único que hicieron en ese tiempo fue beber agua y hablar. A la mañana siguiente, el resto de las Sabias todavía iban de un grupo a otro; pero, antes de que la larga columna hubiese recorrido cinco kilómetros, Perrin se dio cuenta que todo se centraba en Sorilea ahora. De vez en cuando, ella y Amys se apartaban a un lado de la calzada para hablar a solas, pero ya no hubo más miradas enconadas. Si hubiesen sido lobas, Perrin habría dicho que un desafío al jefe de la manada no había tenido éxito, pero por sus efluvios Sorilea aceptaba ahora a Amys casi como a una igual, cosa que no encajaba con los lobos en absoluto.

El séptimo día de la partida de Cairhien, cabalgando bajo un sol de justicia, Perrin se preocupaba sobre la clase de sorpresa que los Aiel le darían a continuación, sobre si pasaría otro día sin que los Aiel y los cairhieninos no se enzarzaran en una pelea, sobre qué iba a hacer cuando alcanzaran a las Aes Sedai dentro de tres o cuatro jornadas más.

Lo olvidó todo de golpe al recibir un mensaje de *Media Cola.* Había un numeroso grupo de hombres —y quizá también mujeres; a veces los lobos tenían dificultad para distinguir entre machos y hembras humanos— a pocos kilómetros al oeste. Cabalgaban a galope tendido, en la misma dirección hacia la que se dirigía Perrin. Fue la esbozada imagen de los dos estandartes que portaban lo que hizo que Perrin frenara en seco.

Enseguida se vio rodeado por Dobraine y Nurelle, Rhuarc y Urien, Nandera y Sulin, Sorilea y Amys.

—Continuad —les dijo mientras hacía dar media vuelta a *Recio*—. Es posible que tengamos unos cuantos amigos que se nos unan, pero no quiero perder ni un minuto.

Siguieron avanzando calzada adelante, aunque no lo dejaron ir solo. Antes de que hubiese cubierto quinientos metros lo seguían una docena de soldados de la Guardia Alada y otros tantos cairhieninos, al menos veinte Doncellas dirigidas por Sulin y un número igual de *siswai'aman* encabezados por un hombre de pelo gris, ojos verdes y un rostro que daba la impresión de haber sido utilizado para romper piedras. Lo único que sorprendió a Perrin fue que no hubiese también una o dos Sabias.

—Amigos —murmuró Sulin entre dientes mientras trotaba junto al estribo de su caballo—. Amigos que aparecen de repente, sin avisar, y él sabe de pronto que están ahí. —Alzó los ojos hacia Perrin y habló en voz más alta—. No quiero que tropieces con una almohada y te vayas de bruces al suelo otra vez.

Perrin sacudió la cabeza, preguntándose qué más motivos le habría dado mientras se hacía pasar por una sirvienta para que se arrogara la tarea de defenderlo como a un hijo.

Por la posición del sol calculó que llevaba cabalgando casi una hora, guiado por los lobos, tan infaliblemente como una flecha hacia la diana, y cuando coronó una pequeña elevación no se sorprendió por lo que vio unos tres kilómetros más adelante: jinetes en una larga columna de a dos, hombres de Dos Ríos con su estandarte de la cabeza de un lobo rojo al frente, tremolando en la suave brisa. Lo que sí le sorprendió fue que había realmente mujeres entre ellos —contó nueve— y otros hombres que con toda seguridad no eran de Dos Ríos. Era la segunda bandera lo que hizo que apretara los dientes: el Águila Roja de Manetheren. Había perdido la cuenta de las veces que les había dicho que no ondearan ese estandarte fuera de Dos Ríos. Una de las pocas cosas que no había sido capaz de impedir, allí en casa, era el uso de esa bandera. Con todo, la imperfecta imagen de los estandartes enviada por los lobos lo había preparado para lo que iba a encontrarse.

Naturalmente, enseguida los vieron a él y a su acompañamiento. Había ojos con muy buena vista en esa banda. Sofrenaron los caballos, esperando, y algunos cogieron los arcos

colgados a la espalda, los grandes arcos de Dos Ríos que podían matar a un hombre a trescientos pasos de distancia o más.

—Que nadie se ponga delante de mí —advirtió Perrin—. No dispararán si me reconocen.

—Al parecer los ojos amarillos ven a gran distancia —comentó inexpresivamente Sulin. Otros cuantos del grupo lo miraban de forma rara.

—Limitaos a quedaros detrás de mí, nada más —repitió.

A medida que se acercaba a la cabeza de la extraña columna, los arcos que estaban levantados se bajaron y se quitaron las flechas encajadas en las cuerdas. Traían a *Brioso,* comprobó con deleite y, lo que no lo complació tanto, a *Golondrina.* Faile jamás le perdonaría si permitía que su yegua saliera herida. Sería estupendo montar de nuevo su rucio, pero conservaría a *Recio;* un lord podía tener dos caballos, incluso un lord al que quizá le quedaran sólo cuatro días de vida.

Dannil se adelantó de la columna de Dos Ríos mientras se atusaba el espeso bigote con los nudillos; y otro tanto hicieron Aram y las mujeres que cabalgaban con él. Perrin reconoció los intemporales rostros Aes Sedai antes de identificar entre ellos a Verin y a Alanna, las dos situadas a la cabeza de las mujeres. No conocía a ninguna de las otras, pero no le cabía duda de quiénes eran, aunque no entendía cómo habían llegado allí. Nueve. Nueve Aes Sedai podrían ser muy útiles dentro de tres o cuatro días, aunque ¿hasta qué punto podía fiarse de ellas? Eran nueve y Rand les había dicho que sólo podían seguirlo seis. Se preguntó cuál de ellas sería Merana, la cabecilla.

Una Aes Sedai de cara cuadrada, con aspecto de granjera bajo la apariencia intemporal, habló antes de que Dannil abriera la boca. Su montura era una yegua castaña de recia constitución.

—Así que sois Perrin Aybara. Lord Perrin, debería decir. Hemos oído hablar mucho de vos.

—Es una sorpresa encontraros aquí —intervino fríamente una arrogante aunque hermosa mujer—, con tan extraña compañía. —Montaba un oscuro castrado de aspecto fiero; Perrin habría apostado que el animal había sido entrenado como caballo de batalla—. Estábamos convencidas de que aún estaríais por delante de nosotras.

Haciendo caso omiso de ellas, Perrin se volvió hacia Dannil.

—No es que me desagrade veros, pero ¿cómo es que estáis aquí?

Dannil echó una rápida ojeada a las Aes Sedai y se atusó el bigote frenéticamente.

—Nos pusimos en marcha tal como ordenasteis, lord Perrin, y lo más rápido posible. Quiero decir que dejamos atrás carretas y todo lo demás ya que parecía que tenía que haber alguna razón para que os marchaseis con tanta premura. Entonces Kiruna Sedai y Bera Sedai y las demás nos alcanzaron y dijeron que Alanna podía encontrar a Rand, quiero decir al lord Dragón, y puesto que os fuisteis con él, pensé que a buen seguro os encontraríais a su lado, y como no había forma de saber si os habíais ido de Cairhien y... —Respiró hondo—. En fin, que me pareció que tenían razón ¿No es así, lord Perrin?

Perrin frunció el entrecejo, preguntándose cómo podía Alanna encontrarlo. Sin embargo, así debía de ser o Dannil y los demás no estarían allí. Ella y Verin seguían manteniéndose detrás, con una mujer delgada, de ojos de color avellana, que suspiraba cada dos por tres.

—Soy Bera Harkin —se presentó la mujer de cara cuadrada—, y ésta es Kiruna Nachiman. —Señaló a su arrogante compañera. Por lo visto no consideraba necesario presentar a las demás todavía—. ¿Querréis explicarnos por qué estáis aquí si el joven al'Thor, el lord Dragón, se encuentra a varios días de marcha hacia el norte?

Perrin no tuvo que pensarlo mucho. Si estas nueve se proponían reunirse con las Aes Sedai que marchaban delante, poco podía hacer él para impedírselo. Nueve Aes Sedai de su parte, no obstante...

—Está prisionero. Una Aes Sedai llamada Coiren y al menos otras cinco lo llevan a Tar

Librodot

Valon. Al menos, es lo que se proponen hacer. Y yo me propongo impedírselo.

Aquello provocó una gran conmoción, con Dannil abriendo los ojos como platos y las Aes Sedai empezando a hablar todas a la vez. Aram era el único que no parecía afectado; claro que, por lo visto, tampoco había nada que le importara gran cosa aparte de Perrin y su propia espada. Los efluvios de las Aes Sedai eran una mezcla de indignación y miedo por mucho que sus semblantes se mantuviesen impasibles.

—Tenemos que impedírselo, Bera —dijo una mujer con el cabello peinado en multitud de finas trenzas, al estilo tarabonés.

—No podemos permitir que Elaida lo tenga, Bera —manifestó casi al mismo tiempo una pálida cairhienina montada en una yegua castaña de porte desgarbado.

—¿Seis? —repitió con incredulidad la mujer de ojos de color avellana—. Seis no podrían someterlo, estoy segura.

—Te dije que estaba herido —adujo Alanna casi sollozando. Perrin conocía el efluvio que emitía lo bastante bien para identificarlo de inmediato; olía a dolor—. Te lo dije.

Verin siguió callada, pero su olor era de rabia... y de miedo.

Kiruna asestó una despectiva mirada al grupo de Perrin.

—¿Y te propones detener a unas Aes Sedai con esto, joven? Verin no dijo que fueras un necio.

—Tengo unos cuantos más avanzando por la calzada a Tar Valon, más adelante —replicó secamente.

—Entonces puedes hacer que se unan a nosotras —le dijo Kiruna como si hiciese una concesión—. ¿Te parece bien, Bera?

La otra Aes Sedai asintió. Perrin no entendía por qué la actitud de Kiruna lo irritaba de ese modo, pero aquél no era el momento de perder tiempo en reflexiones.

—También tengo trescientos arqueros de Dos Ríos que me propongo que me sigan calzada adelante. —¿Cómo podía saber Alanna que Rand estaba herido?—. Vosotras, Aes Sedai, sois bienvenidas a mi columna si lo deseáis.

No les hizo ni pizca de gracia, desde luego. Se apartaron una docena de pasos a un lado de la calzada para discutirlo —ni siquiera con su agudo sentido del oído logró escuchar nada; debían de estar utilizando el Poder de algún modo— y durante unos instantes Perrin pensó que decidirían continuar solas.

Al final, los acompañaron, pero Bera y Kiruna cabalgaron flanqueándolo todo el camino, turnándose para decirle lo peligrosa y delicada que era esta situación y que no debía hacer nada que pusiera en peligro al joven al'Thor. Al menos Bera recordaba de vez en cuando llamar a Rand el Dragón Renacido. Una cosa que dejaron muy clara fue que Perrin no debía siquiera dar un paso sin antes preguntarles a ellas. Bera empezó a dar la impresión de sentirse un tanto indignada porque él no repitiese sus palabras; Kiruna dijo que las daba por dichas. Perrin empezó a preguntarse si no habría cometido un error al pedirles que los acompañaran.

Si a las Aes Sedai les impresionó el contingente de Aiel, mayenienses y cairhieninos que marchaban calzada adelante no dieron señales de ello ni visibles ni olfativas. Sin embargo, contribuyeron a incrementar la tensión que ya reinaba en la columna. Los mayenienses y los cairhieninos parecieron animarse mucho con la aparición de nueve Aes Sedai y dieciséis Guardianes y poco faltó para que se deshicieran en reverencias cada vez que una de ellas se les acercaba. Las Doncellas y los *siswai'aman,* por otro lado, las miraron torvamente, cuando no actuaban como si esperaran que las mujeres los aplastaran de un pisotón. Las Sabias mantenían el semblante tan impasible como las Aes Sedai, pero Perrin percibía oleadas de efluvios de pura ira procedentes de ellas. Salvo una Marrón llamada Masuri, las Aes Sedai hicieron caso omiso de las Sabias al principio; pero, después de que la Marrón fue rechazada al menos dos docenas de veces en los siguientes días —aunque era persistente, las Sabias evitaban a la Aes Sedai con tal facilidad que Perrin pensó que tenían que hacerlo de manera instintiva—, Bera y Kiruna y las demás no dejaban de observar a las Sabias y a hablar entre ellas tras algún tipo de barrera invisible que impedía a Perrin oír lo que

decían.

Lo habría hecho si hubiese podido; ocultaban algo más que lo que hablaban sobre las Aiel. Para empezar, Alanna se negó a decirle cómo sabía dónde estaba Rand.

«El conocimiento de ciertas cosas abrasaría cualquier mente excepto la de una Aes Sedai», le había contestado, fría y misteriosa, aunque apestaba a ansiedad y dolor.

Ni siquiera admitió haber dicho que Rand estaba herido. Verin apenas le dirigió la palabra; se limitó a observarlo todo con aquellos oscuros ojos semejantes a los de un pájaro y con un atisbo de sonrisa, pero exhalaba vaharadas de frustración y cólera. Por el olor Perrin habría dicho que una de las dos, Bera o Kiruna, era la cabecilla del grupo; en cierto momento decidió que era Bera, aunque había poca diferencia entre ambas y en ocasiones parecía que se turnaban al mando durante un tiempo. Por lo demás resultaba difícil discernirlo a pesar de que la una o la otra cabalgaban junto a él una hora o más cada día, repitiendo variaciones de su «consejo» original y por lo general dando por hecho que eran ellas las que tenían el mando. Por lo visto Nurelle pensaba que así era, pues obedecía sus órdenes sin mirar siquiera a Perrin; y Dobraine sólo hacía eso antes de apresurarse a obedecer. Durante todo un día y medio Perrin dio por hecho que Merana se había quedado en Caemlyn y fue toda una sorpresa oír llamar por ese nombre a la mujer delgada con los ojos de color avellana. Rand había dicho que era ella la que dirigía la embajada de Salidar; pero, aunque de cara al exterior todas las Aes Sedai parecían ostentar igual poder, Perrin la comparó con un lobo de segunda fila en la manada; una apagada resignación y ansiedad impregnaban su olor. No era nada nuevo que las Aes Sedai guardaran secretos, desde luego, pero él se proponía rescatar a Rand de Coiren y la pandilla que iban delante, y le habría gustado tener una ligera pista sobre si después no tendría que rescatarlo también de Kiruna y sus amigas.

Al menos resultaba agradable encontrarse de nuevo junto a Dannil y los otros, a pesar de que también ellos se comportaban casi igual que los mayenienses y los cairhieninos respecto a las Aes Sedai. Los hombres de Dos Ríos estaban tan contentos de volver a verlo que sólo unos pocos rezongaron cuando les ordenó que guardasen el Águila Roja; volverían a ondearla, de eso no le cabía duda a Perrin, pero Ban, que tanto se parecía a su primo Dannil salvo por la nariz ganchuda y por el largo y fino bigote al estilo domani, la dobló cuidadosamente y la guardó en sus alforjas. No por ello marcharon sin estandarte, ni que decir tiene. Para empezar, estaba su bandera con la cabeza del lobo rojo. Seguramente no le habrían hecho caso si les hubiese dicho que guardaran también ésa y, por alguna razón, la fría y desdeñosa mirada de Kiruna despertó en él el deseo de exhibirla. Pero, aparte de ésa, Dobraine y Nurelle sacaron las suyas, ya que había una ondeando. No era el Sol Naciente de Cairhien ni el Halcón Dorado de Mayene. Cada uno de ellos sacó un estandarte de Rand: el dragón rojo y dorado sobre campo blanco y el disco blanco y negro sobre fondo carmesí. A los Aiel parecía darles igual una cosa como la otra y las Aes Sedai adquirieron una actitud muy fría, pero los estandartes parecían ser muy apropiados para ondear en esta columna.

Al décimo día de viaje, con el sol a mitad de camino del cenit, Perrin tenía un humor sombrío a despecho de las banderas, de los hombres de Dos Ríos y de ir montado en *Brioso.* Tendrían que alcanzar las carretas de las Aes Sedai poco después de que empezara la tarde, pero todavía seguía sin saber qué hacer después de eso. Fue entonces cuando el mensaje de los lobos llegó:

Ven ahora. Muchos dos piernas. ¡Muchos, muchos, muchos! ¡Ven ahora!

CAPÍTULO 32

Los pozos de Dumai

Gawyn intentaba mantener ocupada su mente en el paisaje mientras cabalgaba a la cabeza de la columna. Este tipo de terreno suavemente ondulado, con las dispersas arboledas, era lo bastante llano para que uno creyera que la vista alcanzaba muy lejos, cuando en realidad algunas de aquellas lomas no eran tan bajas como aparentaban. El viento levantaba nubes de polvo ese día y también el polvo podía ocultar muchas cosas. Los pozos de Dumai, tres grandes brocales de piedra situados en una pequeña arboleda, se encontraban a corta distancia de la calzada, a la derecha; puede que los barriles de agua estuviesen casi a rebosar pero, como poco, había cuatro días de marcha hasta el siguiente punto de abastecimiento de agua si es que el manantial de Alianelle no se había secado. Sin embargo, Galina había ordenado no detenerse. Sí, Gawyn intentaba mantener la mente en donde debía tenerla, pero le resultaba imposible.

De vez en cuando se giraba sobre la silla y miraba hacia atrás, a la larga y sinuosa hilera de carretas que se extendía por la calzada, con Aes Sedai y Guardianes cabalgando a los lados y los sirvientes que no iban en las carretas, a pie. La mayoría de los Cachorros estaban en la retaguardia, donde Galina les había ordenado marchar. No alcanzaba a ver la carreta, situada en el centro de la columna, con seis Aes Sedai cabalgando de continuo al lado; ésa no tenía cubierta de lona. Habría matado a al'Thor de haber podido, pero el trato que le estaban dando lo ponía enfermo. Incluso Erian se había negado a tomar parte en ello después del segundo día y la Luz sabía que tenía motivos para hacerlo. Sin embargo, Galina se había mostrado inflexible.

Volviendo con decisión la vista al frente, acarició el bolsillo de su chaqueta donde guardaba, cuidadosamente envuelta entre seda, la carta de Egwene. Sólo unas pocas palabras para decirle que lo amaba, que debía marcharse; nada más. La leía cinco o seis veces cada día. No mencionaba la promesa hecha por él. Bien, no había alzado una mano contra al'Thor. Se había quedado de piedra al enterarse de que lo tenían prisionero, y lo supo días después de que hubiese ocurrido. De algún modo tendría que hacérselo entender así a Egwene. Le había prometido no levantar la mano contra él, pero tampoco levantaría un dedo para ayudarlo. Egwene tenía que entenderlo. Luz, tenía que entenderlo.

El sudor le corría por la cara y se enjugó los ojos con la manga. Por Egwene no podía hacer nada salvo rezar. Pero sí podía hacer algo por Min. Debía hacer algo, lo que fuera. No merecía ser llevada a la Torre como prisionera; no podía creer lo contrario. Si los Guardianes relajasen aunque sólo fuera un poco su vigilancia sobre la muchacha, podría...

De repente Gawyn fue consciente de un caballo que se acercaba a galope hacia las carretas, calzada adelante, entre nubes de polvo y al parecer sin jinete.

—Jisao —ordenó— di a los conductores que paren las carretas. Hal, avisa a Ragar que alerte a los Cachorros.

Sus dos subordinados hicieron dar media vuelta a sus caballos sin pronunciar palabra. Gawyn esperó. Aquél era el castrado gris de Benji Dalfor y, a medida que se aproximaba, Gawyn distinguió a Benji doblado sobre la silla y aferrándose a las crines del animal. El caballo casi pasó de largo junto a Gawyn antes de que éste pudiera agarrar las riendas.

Benji giró la cabeza sin incorporarse y miró a Gawyn con ojos vidriosos. Tenía sangre

alrededor de la boca y llevaba un brazo apretado sobre la cintura como si intentara mantenerse en una pieza.

—Aiel —balbució—. Miles. Por todas partes, creo. —De repente sonrió—. Un día fresco, ¿no te...? —La sangre le salió a borbotones por la boca y el joven se desplomó sobre la calzada, los ojos mirando sin ver el sol.

Gawyn hizo girar a su semental y galopó hacia las carretas. Ya habría tiempo después para pensar en Benji, si es que alguno de ellos seguía con vida.

Galina cabalgaba a su encuentro; el guardapolvo ondeaba a su espalda y los oscuros ojos ardían de ira en aquel rostro impasible. Había estado furiosa permanentemente desde el día siguiente en que al'Thor intentó escapar.

—¿Quién te crees que eres para ordenar que se detengan las carretas? —demandó.

—Hay miles de Aiel que vienen hacia nosotros, rodeándonos, Aes Sedai. —Se las ingenió para mantener un tono educado. Las carretas se habían parado al menos y los Cachorros estaban formando, pero los conductores manoseaban con nerviosismo las riendas y los sirvientes echaban ojeadas mientras se desplegaban, en tanto que las Aes Sedai charlaban con los Guardianes.

—Necio. —Los labios de Galina se fruncieron en un gesto despectivo—. Sin duda deben de ser los Shaido. Sevanna dijo que nos darían escolta; pero, si lo dudas, coge a tus Cachorros y compruébalo por ti mismo. Estas carretas seguirán avanzando hacia Tar Valon. Es hora de que te enteres de que soy yo quien da aquí las órdenes, no...

—¿Y si no son vuestros domesticados Aiel? —No era ésta la primera vez en los últimos días que le había sugerido que encabezara una patrulla él mismo; sospechaba que si lo hacía, encontraría Aiel y no domesticados—. Sean quienes sean, han matado a uno de mis hombres. —Al menos a uno; todavía quedaban seis exploradores de servicio—. Tal vez deberíais considerar la posibilidad de que éstos sean los Aiel de al'Thor que vienen a rescatarlo. Será demasiado tarde cuando estén a dos pasos de nosotros.

Sólo en ese momento fue consciente de que estaba gritando, pero de hecho la ira de Galina desapareció. La mujer miró hacia la calzada, donde Benji yacía tendido, y después asintió lentamente.

—Quizá no estaría de más ser precavidos por esta vez.

Rand se esforzaba por respirar; el aire dentro del arcón era denso y caliente. Afortunadamente, ya no lo olía. Lo enjuagaban con un balde de agua todas las noches, pero eso distaba mucho de ser un baño y durante un rato después de que cerraran la tapa sobre él cada mañana y echaran la llave, el hedor incrementado por otro día expuesto al implacable calor del sol inundaba sus fosas nasales. Mantener el vacío constituía todo un esfuerzo de voluntad. Su cuerpo se había convertido en una masa de verdugones; hasta el último centímetro de piel, desde los hombros hasta las rodillas, le ardía incluso antes de que el sudor lo tocara, y aquellas diez mil llamas titilaban al borde del vacío, amenazando con consumirlo. Sentía, distante, el doloroso pálpito de la herida del costado a medio curar, pero la nada que lo rodeaba se estremecía con cada latido. Alanna. Podía sentir a Alanna. Muy cerca. No. No podía perder tiempo pensando en ella; aun en el caso de que lo hubiese seguido, seis Aes Sedai no podrían liberarlo. Eso, si no decidían unirse a Galina. No fiarse. Nunca jamás confiaría en ninguna Aes Sedai. A lo mejor se lo estaba imaginando. A veces imaginaba cosas ahí dentro: el soplo de una fresca brisa, mientras caminaba. En ocasiones no tenía conciencia de nada más y vivía alucinaciones en que se veía caminando libremente. Sólo caminar. Horas perdidas que no había dedicado a lo que era importante. Boqueó para respirar y tanteó la barrera, lisa como el hielo, que lo separaba de la Fuente. Una y otra vez, toqueteando aquellos seis puntos blandos. Blandos. No debía dejarlo. Tantear era importante.

«Oscuridad —gimió Lews Therin en lo más recóndito de su mente—. No más oscuridad. Nunca más.» Una y otra vez. Hacía tiempo que había dejado de resultarle incómodo. Rand se limitó a hacer caso omiso de él.

De repente dio un respingo; el arcón se movía y chirriaba sonoramente contra el fondo de la carreta. ¿Era ya de noche? La carne lacerada se encogió involuntariamente. Habría otra paliza antes de que lo alimentaran y lo mojaran con agua y lo ataran como a un animal para pasar la noche y dormir como buenamente pudiera. Pero al menos saldría del arcón. La oscuridad a su alrededor no era total, sino un profundo gris oscuro. La minúscula grieta alrededor de la tapa dejaba pasar una ínfima cantidad de luz, aunque no podía verla al tener la cabeza metida entre las rodillas, y sus ojos tardaban un poco más cada día en ver algo más que oscuridad al igual que su nariz se volvía más y más insensible. Aun así, tenía que ser de noche.

No pudo menos de gemir cuando levantaron el arcón; no había espacio para que resbalara dentro, pero se movió, añadiendo con ello más dolor a unos músculos lacerados hasta lo indecible. Su minúscula prisión se posó en el suelo con un brusco golpe. La tapa se abriría pronto. ¿Cuántos días llevaba bajo el implacable sol? ¿Cuántas noches de tortura? Había perdido la cuenta. ¿Cuál de ellas sería esta noche? Los rostros pasaron veloces en su mente. Había tomado nota de cada una de las mujeres cuando era su turno, pero ahora todo era un revoltijo en su cabeza y recordar a quién le había tocado cuándo estaba fuera de su alcance. Sin embargo sabía que Galina y Erian y Katerine lo habían golpeado más a menudo; eran las únicas que lo habían hecho más de una vez. Aquellos rostros brillaban en su mente como una luz infernal y salvaje. ¿Cuántas veces querían oírlo gritar?

De repente cayó en la cuenta de que la tapa del arcón tendría que haberse abierto ya. Se proponían dejarlo allí toda la noche y después vendría el sol de mañana y... A pesar de tener los músculos demasiado doloridos y lacerados para moverse, se las arregló para empujar con la espalda.

—¡Sacadme de aquí! —gritó roncamente. Los dedos rascaron dolorosa, fútilmente, a su espalda—. ¡Sacadme! —chilló. Le pareció oír la risa de una mujer.

Lloró durante un tiempo, pero después las lágrimas se secaron con el ardor de la cólera. «Ayúdame», gruñó a Lews Therin.

«Ayudadme —gimió el hombre—. La Luz me valga.»

Mascullando sombríamente, Rand reanudó la palpación a ciegas de la tersa superficie hasta los seis puntos blandos. Antes o después lo sacarían del arcón. Antes o después bajarían la guardia. Y cuando lo hicieran... No fue consciente de empezar a reír ásperamente.

Arrastrándose cuerpo a tierra por la suave cuesta ascendente de la loma, Perrin se asomó al llegar a la cima y contempló una escena que parecía salida de un sueño del Oscuro. Los lobos le habían dado cierta idea de lo que podía esperar, pero cualquiera de esas imágenes transmitidas resultaban nimias comparadas con la realidad. A unos dos kilómetros del punto donde estaba tendido bajo el sol de mediodía, una ingente masa arremolinada de Shaido rodeaba por completo lo que parecía ser un círculo de carretas y hombres cuyo centro era una pequeña arboleda, a poca distancia de la calzada. Varias carretas se habían convertido en grandes hogueras llameantes. Bolas de fuego, tan pequeñas como un puño o tan grandes como peñascos, se descargaban entre los Aiel y al estallar en llamas convertían en antorchas a una docena o más a la vez; los rayos caían de un cielo despejado, lanzando al aire tierra y cuerpos vestidos con *cadin'sor.* Sin embargo, las azuladas descargas de los rayos también se precipitaban sobre las carretas, y de entre los Aiel salían disparadas bolas de fuego. Muchos de estos proyectiles se extinguían de repente o explotaban lejos de cualquier posible víctima y bastantes rayos desaparecían bruscamente antes de caer; pero, si la batalla parecía decantarse ligeramente a favor de las Aes Sedai, el ejército de los Shaido acabaría imponiéndose merced a su ingente número que superaba con creces a las tropas adversarias.

—Debe de haber doscientas o trescientas mujeres encauzando ahí abajo, si es que no son más —dijo Kiruna, tendida en el suelo junto a Perrin; su voz sonaba impresionada.

Sorilea, situada detrás de la hermana Verde, desde luego parecía estarlo. La Sabia olía a preocupación; no a miedo, pero sí a inquietud.

—Jamás había visto tantos tejidos a la vez —continuó la Aes Sedai—. Creo que por lo menos hay treinta hermanas en el campamento. Nos has traído a una caldera hirviendo, joven Aybara.

—Cuarenta mil Shaido —murmuró sombríamente Rhuarc, tendido al otro lado de Perrin. Incluso su olor era tétrico—. Cuarenta mil como poco, y descubrir la razón de que no enviaran más lanzas hacia el sur es una parca satisfacción.

—¿El lord Dragón se encuentra ahí abajo? —preguntó Dobraine mirando por encima de Rhuarc. Perrin asintió—. ¿Y queréis meteros allí y sacarlo? —Perrin volvió a asentir y Dobraine suspiró. Olía a resignación, no a miedo—. Pues nos meteremos, lord Aybara, pero dudo mucho que salgamos.

Esta vez fue Rhuarc el que asintió. Kiruna miró a los hombres.

—Os dais cuenta de que no somos suficientes Aes Sedai. Nueve. Incluso si vuestras Sabias pueden encauzar con ciertos resultados no somos bastantes para hacer frente a eso.

Sorilea resopló sonoramente, pero Kiruna no desvió la vista ni un milímetro.

—Entonces, dad media vuelta y regresad hacia el sur —le contestó Perrin—. No permitiré que Elaida se apodere de Rand.

—Estupendo —repuso, sonriente, Kiruna—, porque tampoco yo lo permitiré.

Perrin deseó que la sonrisa de la Aes Sedai no le pusiera la piel de gallina. Claro que si ella hubiese visto la mirada malévola que le asestó Sorilea a su espalda, quizá también se le habría puesto carne de gallina.

Perrin señaló a los que aguardaban al pie de la loma, y Sorilea y la Verde gatearon hacia abajo hasta que pudieron ponerse de pie y después corrieron en direcciones opuestas.

El plan que tenían no valía gran cosa como tal. Se reducía a llegar hasta Rand de un modo u otro, liberarlo de un modo u otro y después confiar en que no estuviese demasiado gravemente herido para que crease un acceso para todos los que fuera capaz y escapar antes de que los Shaido o las Aes Sedai del campamento se las arreglaran para matarlos. Pequeños problemas, sin duda, para un héroe ficticio de un relato de juglar, pero Perrin habría deseado disponer de más tiempo para elaborar un plan de verdad, no aquel proyecto suicida que había hilvanado precipitadamente con Dobraine y Rhuarc mientras el cairhienino y él cabalgaban a galope tendido y el jefe de clan corría tan deprisa como podía entre las monturas de ambos. Empero, tiempo era una de las muchas cosas que no tenían. Imposible saber si las Aes Sedai de la Torre serían capaces de contener a los Shaido siquiera una hora más.

Los primeros en moverse fueron los hombres de Dos Ríos y los soldados de la Guardia Alada, divididos en dos compañías, una rodeando a las Sabias que iban a pie y la otra a las Aes Sedai y los Guardianes montados a caballo. Se dirigieron a izquierda y a derecha para salvar la loma. Dannil había dejado que sus tropas volvieran a sacar el Águila Roja, además de la cabeza del lobo rojo. Rhuarc ni siquiera miró hacia donde Amys caminaba, no muy lejos del oscuro castrado de Kiruna, Perrin le oyó musitar:

—Que al alba estemos juntos para ver salir el sol, sombra de mi corazón.

Los mayenienses y los hombres de Dos Ríos tenían que ocuparse de cubrir la retirada de las Sabias y las Aes Sedai al final o tal vez ocurriera justo al contrario. En cualquier caso, a Bera y a Kiruna no parecía gustarles el plan; su deseo era estar allí donde se encontrase Rand.

—¿Estáis seguro de que no queréis ir montado, lord Aybara? —preguntó Dobraine desde su silla; para él, la idea de combatir a pie era anatema.

—Esto no sirve de mucho a lomos de un caballo —repuso Perrin mientras palmeaba el hacha colgada a la cadera. La verdad es que sí que servía, pero no quería conducir a *Brioso* ni a *Recio* a lo que les aguardaba allí delante. Los hombres podían decidir lanzarse o no en medio de una barahúnda de acero y muerte, pero él decidía por sus caballos y su decisión de hoy era que no—. Quizá queráis dejar que me agarre a uno de vuestros estribos cuando llegue el momento.

Dobraine parpadeó —los cairhieninos no tenían en mucho a los soldados de a pie— pero pareció comprender y asintió.

—Es hora de que los flautistas toquen la danza —dijo Rhuarc al tiempo que se levantaba el negro velo, a pesar de que en este día no habría flautistas tocando, algo que a algunos de los Aiel no les hacía gracia. Tampoco les gustó a muchas de las Doncellas tener que ponerse obligatoriamente tiras de tela roja atadas en los brazos para que la gente de las tierras húmedas pudiese distinguirlas de las Doncellas Shaido; parecían pensar que cualquiera debería saber algo así con una simple ojeada.

Doncellas y *siswai'aman* velados empezaron a ascender al trote la cuesta de la loma en una ancha columna, y Perrin se dirigió con Dobraine donde Loial estaba ya a la cabeza de las tropas cairhieninas, aferrando el hacha con las dos manos y con las orejas aplastadas hacia atrás. También estaba allí Aram, a pie y con la espada desenvainada; el antiguo Tuatha'an exhibía una sombría sonrisa de ansiedad. Dobraine dio la señal de avance, detrás de los estandartes de Rand, y las sillas de montar crujieron cuando quinientas lanzas subieron la cuesta junto a los Aiel.

No había habido cambios en la batalla, cosa que sorprendió a Perrin hasta que se dio cuenta de que sólo habían transcurrido unos cuantos minutos desde la última ojeada que había echado. Tenía la impresión de que había pasado mucho más tiempo. La ingente masa de Shaido seguía presionando hacia adentro; las carretas continuaban ardiendo, quizá con más fuerza que antes; los rayos aún caían del cielo y las bolas de fuego todavía estallaban en violentas llamaradas.

Los hombres de Dos Ríos ya casi habían alcanzado su posición, con los mayenienses y las Aes Sedai y las Sabias, desplazándose sin prisa aparente por la ondulada llanura. Perrin habría preferido que se situaran más lejos del conflicto para que tuviesen mayor oportunidad de escapar cuando llegase el momento de hacerlo, pero Dannil había insistido en que tenían que acercarse a trescientos pasos como mínimo para que el alcance de sus arcos resultara efectivo; Nurelle se había mostrado igualmente reacio a quedarse atrás. Hasta las Aes Sedai habían insistido en avanzar, a pesar de que Perrin estaba seguro de que para lo único que tenían que estar cerca era para ver a Rand, no para luchar. Ninguno de los Shaido había mirado aún hacia atrás. Al menos, nadie señalaba a la amenaza que se aproximaba lentamente a sus espaldas y nadie se daba media vuelta para hacerle frente. Todos parecían volcados en arremeter contra el círculo de carretas, retrocediendo cuando caían bolas de fuego y rayos y luego reanudando la arremetida de inmediato. Con que sólo uno de ellos mirase hacia atrás advertiría el peligro, pero el infierno desatado al frente acaparaba toda su atención.

Ochocientos pasos. Setecientos. Los hombres de Dos Ríos desmontaron y asieron sus arcos. Seiscientos. Quinientos. Cuatrocientos.

Dobraine desenvaino su espada y levantó el brazo.

—¡Por el lord Dragón, Taborwin y la victoria! —bramó y el grito fue repetido por quinientas gargantas mientras las lanzas se ponían en ristre.

Perrin tuvo el tiempo justo de agarrarse a un estribo de la montura de Dobraine antes de que los cairhieninos salieran a galope tendido. Las largas piernas de Loial sostenían sin esfuerzo el paso de los caballos. A saltos, dejando que el ímpetu del caballo lo llevara a grandes zancadas, Perrin dejó la mente en blanco y envió un mensaje: «Venid».

El terreno cubierto de hierba marchita, aparentemente desierto, de repente se llenó de miles de lobos que parecieron brotar del suelo; lobos marrones y esbeltos de las llanuras y algunos de sus parientes más oscuros y corpulentos del bosque corrieron agazapados y se abalanzaron sobre las espaldas de los Shaido; sus chasqueantes dentelladas se produjeron en el mismo momento en que la primera andanada de flechas de los largos arcos de Dos Ríos se precipitaba más adelante. Una segunda andanada surcaba ya el cielo. Nuevos rayos cayeron junto con las flechas y estallaron nuevas bolas de fuego. Los velados Shaido que se habían girado para luchar contra los lobos sólo dispusieron de unos segundos para advertir que los salvajes animales no eran la única amenaza antes de que las sólidas lanzas Aiel arremetieran contra ellos junto con la demoledora embestida de los lanceros cairhieninos.

Perrin empuñó el hacha y la descargó sobre un Shaido que estaba en su camino, y saltó

por encima de él cuando éste cayó. Tenían que llegar hasta Rand; todo dependía de eso. A su lado, la enorme hacha de Loial subía y bajaba y se desplazaba de izquierda a derecha, abriendo un paso. Aram parecía estar bailando con su espada, riendo mientras acuchillaba a todo aquel que tenía delante. No había tiempo para pensar en nadie más. Perrin manejaba el hacha de manera metódica; estaba cortando leña, no carne humana; trató de no ver la sangre que brotaba con cada tajo, incluso cuando le salpicaba la cara. Tenía que llegar hasta Rand. Estaba abriendo un paso a través de zarzas.

Mantenía la vista enfocada exclusivamente en el hombre que tenía delante —pensaba en esas figuras en *cadin'sor* y rostros velados como hombres aun cuando la estatura indicaba que podía ser una Doncella; no estaba seguro de ser capaz de utilizar aquella hoja en forma de media luna que chorreaba sangre si se permitía pensar que era una mujer contra quien la descargaba. Enfocaba los ojos en su inmediato adversario, pero lo demás se deslizaba al borde de su campo visual mientras despejaba el camino para seguir avanzando. Un rayo plateado cayó sobre figuras vestidas con *cadin'sor* y las lanzó al aire, algunas de las cuales llevaban la cinta escarlata y otras no. Otra descarga derribó a Dobraine del caballo; el cairhienino se incorporó trabajosamente, arremetiendo con su espada a diestro y siniestro. El fuego envolvió a un puñado de cairhieninos y de Aiel, y hombres y caballos se convirtieron en aullantes antorchas; los que todavía podían gritar.

Estas cosas pasaron ante sus ojos, pero no se permitió verlas. Sólo existían los hombres que había delante de él, las zarzas, que había que cortar con su hacha, la de Loial y la espada de Aram para despejar el camino. Entonces vio algo que rompió su concentración: un caballo encabritado cuyo jinete fue arrancado de la silla ensartado por lanzas Aiel. Un jinete con peto rojo. Y había otro de los soldados de la Guardia Alada, y un grupo de ellos arremetiendo con sus lanzas, en medio de los cuales la pluma de Nurelle ondeaba sobre su yelmo. Un instante después vio a Kiruna, su rostro una máscara de serena despreocupación, caminando como una reina de las batallas por el camino despejado para ella por tres Guardianes y las bolas de fuego que salían de sus propias manos. Y ahí estaba Bera, y un poco más allá Faeldrin y Masuri y... ¿Qué demonios estaban haciendo allí? ¿Qué estaba haciendo cualquiera de ellos? ¡Se suponía que debían encontrarse detrás, con las Sabias!

De algún lugar, allá al frente, llegó el ensordecedor estampido de una explosión, como un trueno imponiéndose al estruendo de gritos y chillidos. Al cabo de un momento, una franja luminosa apareció a menos de veinte pasos de Perrin, cortando como una cuchilla a varios hombres y a un caballo a medida que se abría el acceso. Un hombre con chaqueta negra y empuñando una espada saltó a través de él y cayó con la lanza de un Shaido hincada en el vientre, pero un instante después ocho o nueve más surgieron por la abertura y, mientras el acceso se cerraba, despejaron un círculo alrededor del hombre caído utilizando sus espadas. Y algo más que sus espadas. Algunos de los Shaido que se abalanzaron contra ellos cayeron bajo el filo de una cuchilla, pero la mayoría estalló en llamas. Las cabezas de otros reventaron como melones maduros que se dejaran caer sobre una roca desde cierta altura. A unos cien pasos detrás de ellos, Perrin creyó divisar otro círculo de hombres con chaquetas negras, rodeados de fuego y muerte, pero no tenía tiempo para pensar ni hacer cábalas. Los Shaido también cerraban el cerco a su alrededor.

Se colocó espalda contra espalda con Loial y Aram y descargó hachazos desesperadamente. Ahora ya no había avance y todas sus energías las dedicaba a continuar de pie. La sangre le latía dolorosamente en los oídos y se escuchó a sí mismo jadeando para respirar; oía a Loial resollar como un enorme fuelle. Desvió una lanza con su hacha y descargó un golpe a otro Aiel con el pincho de contrapeso, agarró una lanza con la mano haciendo caso omiso del sangriento corte que le hizo, y partió de un tajo un rostro velado. No creía que pudiera aguantar mucho más. Todo su ser estaba centrado en permanecer vivo un instante más. Casi todo su ser. Un rincón de su mente guardaba la imagen de Faile y la triste idea de que no podría disculparse por no regresar junto a ella.

Librodot

Doblado dolorosamente dentro del arcón, jadeando, Rand tanteó el escudo que lo separaba de la Fuente. Su gemido le llegó a través del vacío, por el que se filtraba una rabia sorda y un ardiente miedo; ya no sabía distinguir cuál de esas sensaciones era suya y cuál de Lews Therin. De repente se quedó sin respiración. Seis puntos, pero uno estaba duro ahora. Duro, no blando, Y entonces, fue un segundo. Y un tercero. Una risa áspera llenó sus oídos; era su risa, comprendió al cabo de un momento. Un cuarto nudo se tornó duro. Aguardó mientras intentaba sofocar lo que sonaba, desagradablemente, como una risita trastornada. Los últimos dos puntos permanecieron blandos. Las sofocadas risas cesaron.

«Lo notarán —gimió desesperadamente Lews Therin—. Lo notarán y llamarán a las otras para que vuelvan.»

Rand se pasó por los agrietados labios la lengua casi igual de reseca; toda la humedad de su cuerpo parecía haberse perdido en el sudor que lo empapaba a él y provocaba escozor en los verdugones. Si lo intentaba y fracasaba, no volvería a tener otra oportunidad. No podía esperar. En cualquier caso puede que no volviera a haber otra oportunidad.

Con cautela, a ciegas, rozó los cuatro puntos duros. No había nada allí, del mismo modo que el escudo en sí no era nada que él pudiese ver o tocar, pero de algún modo podía tantear alrededor de esa nada, notar una forma en ella. Como nudos. Siempre había huecos entre cuerdas atadas, por muy fuertes que se hiciesen los nudos; brechas más finas que un cabello, donde sólo podía llegar el aire. Lenta, muy lentamente, tanteó en una de esas brechas, colándose a través de espacios infinitesimales, entre lo que parecía no existir en absoluto. Lentamente. ¿De cuánto tiempo disponía hasta que las otras volviesen? Si regresaban antes de que hubiese encontrado el camino en ese tortuoso laberinto... Lentamente. Y de repente pudo sentir la fuente, como si la rozase con una uña; con el mero borde de la uña. El *Saidin* aún estaba fuera de su alcance —el escudo continuaba allí— pero sintió que la esperanza renacía en Lews Therin. La esperanza y el pavor. Dos Aes Sedai continuaban sosteniendo su parte de la barrera, todavía conscientes de lo que mantenían.

Rand no habría sabido describir lo que hizo a continuación, bien que Lews Therin había explicado cómo, aunque lo hizo a trancas y barrancas, entre ensimismamientos en sus propias enajenaciones, entre arrebatos de ira desmesurada y sollozos por su perdida Ilyena, entre balbuceos de que merecía la muerte y gritos de que no permitiría que lo seccionaran. Fue como si doblara lo que había extendido entre el nudo, con toda la fuerza que pudo. El nudo resistió. Tembló. Y entonces se rompió. Sólo quedaban cinco. La barrera se tornó más fina. Rand podía sentir cómo se debilitaba. Un muro invisible de sólo cinco ladrillos de grosor en lugar de seis. Las dos Aes Sedai también debían de haberlo notado, aunque quizá no comprendieran exactamente lo que había ocurrido o cómo. «Por favor, Luz, ahora no. Todavía no.»

Rápida, casi frenéticamente, atacó los restantes nudos por turno. Se rompió un segundo; el escudo perdió grosor. Era más rápido ahora, más con cada uno de ellos, como si Rand estuviese aprendiendo el camino para atravesarlo, aunque era diferente en cada ocasión. El tercer nudo desapareció. Y de pronto, junto a los dos nudos blandos, apareció un tercero; puede que las Aes Sedai no supieran lo que estaba haciendo, pero no se iban a quedar de brazos cruzados mientras el escudo se tornaba más y más fino. Con total frenesí, Rand se lanzó contra el cuarto nudo. Tenía que deshacerlo antes de que una cuarta hermana acudiera a reforzar la barrera; posiblemente cuatro podrían retenerlo hiciese lo que hiciese. Casi sollozando, se debatió entre las complejas vueltas y revueltas, deslizándose entre la nada. Febrilmente, dobló y rompió el nudo. El escudo permaneció, pero ahora sólo lo mantenían tres. Únicamente necesitaba actuar con la suficiente rapidez.

Cuando tanteó hacia el *Saidin* la barrera invisible continuaba allí, pero ya no parecía de piedra ni de ladrillo. Cedió al empujar él, se dobló bajo su presión, se dobló, se dobló. De repente se desgarró ante él como un trozo de tela podrida. El Poder lo hinchió y, en el mismo instante, Rand aferró aquellos tres puntos suaves y los aplastó brutalmente entre puños de Energía. Aparte de eso, sólo podía encauzar hacia lo que veía, y lo único que podía ver,

vagamente, era el interior del arcón, la parte que podía atisbar al tener la cabeza metida a la fuerza entre las rodillas. Antes incluso de acabar con los puños de Energía, encauzó Aire. El arcón explotó hacia afuera con un sonoro estampido.

«Libre», exclamó Lews Therin, y fue un eco del propio pensamiento de Rand: «Libre». O tal vez fue al revés.

«Lo pagarán —gruñó Lews Therin—. Soy el Señor de la Mañana.»

Rand sabía que en ese momento tenía que actuar con más rapidez aun; con mayor rapidez y violencia, pero al principio bregó para poder hacer el más leve movimiento. Los músculos castigados dos veces al día durante no sabía cuánto tiempo, agarrotados en el interior del arcón diariamente, protestaron desgarradoramente cuando Rand apretó los dientes y empujó lentamente para incorporarse a gatas. Fue un grito distante, el dolor del cuerpo de otra persona, pero no podía hacer que su cuerpo se moviese más deprisa por muy fuerte que se sintiese merced al *Saidin.* El vacío amortiguaba las emociones, pero algo muy parecido al pánico intentó deslizarse en la nada que lo envolvía.

Estaba en una amplia arboleda, con los rayos del sol colándose entre las ramas casi desnudas; se quedó estupefacto al comprender que todavía era de día, quizás incluso mediodía. Tenía que moverse; acudirían más Aes Sedai. Dos de ellas yacían tendidas en el suelo cerca de él, aparentemente inconscientes, una con un feo tajo sanguinolento cruzándole la frente. La tercera, una mujer de rasgos angulosos, estaba de rodillas mirando a la nada, aferrándose la cabeza con las dos manos y gritando. No parecía que la hubiesen tocado las astillas y trozos del arcón. Rand no reconoció a ninguna de ellas. Hubo un fugaz instante en el que lamentó que no fuese Galina o Erian a quien había neutralizado —tampoco estaba seguro de que hubiese intentado hacer eso; Lews Therin se había despachado largo y tendido durante todo ese tiempo sobre cómo pretendía seccionar a todas las que lo habían tenido prisionero; Rand confiaba en que esa idea fuera suya, por muy precipitada que fuese—, un instante, y entonces vio otra figura tendida en el suelo, debajo de trozos de arcón. Estaba vestida con chaqueta y polainas rosas.

La mujer de rasgos angulosos no lo miró ni dejó de chillar ni siquiera cuando la lanzó de un empujón contra el brocal de piedra de un pozo al pasar gateando junto a ella. Se preguntó por qué nadie acudía a sus gritos. Había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de Min cuando fue consciente de los rayos que zigzagueaban en el cielo y las bolas de fuego que explotaban en lo alto. Percibió el olor a madera quemada, oyó gritar y chillar a hombres, el estruendo de metal chocando contra metal, la batahola de la batalla. Le importaba poco si era el Tarmon Gai'don. Si había matado a Min... Suavemente, con todo cuidado, le dio la vuelta.

Los grandes y oscuros ojos de la joven lo miraron.

—Rand —exclamó—. Estás vivo. Tenía miedo de mirar. Hubo un estallido espantoso y volaron trozos de madera por todas partes y reconocí algunos del arcón y... —Las lágrimas se desbordaron y corrieron por sus mejillas—. Pensé que te habían... Tenía miedo de que estuvieses... —Se limpió la cara con las manos atadas e inhaló profundamente. También tenía atados los tobillos—. ¿Quieres desatarme, pastor, y hacer uno de tus accesos para largarnos de aquí? O, mejor aún, no te molestes en desatarme. Me cargas al hombro y nos vamos.

Hábilmente tejió Fuego y rompió las cuerdas que la sujetaban.

—No es así de sencillo, Min.

No conocía ese lugar en absoluto; un acceso abierto desde allí podría conducirlos a ninguna parte, si es que se abría. Si es que él era capaz de abrir uno. El dolor y el agotamiento quedaban retenidos al borde del vacío, pero amenazaban con superarlo. No sabía cuánto Poder era capaz de absorber. De repente cayó en la cuenta de que percibía el *Saidin* encauzado en todas las direcciones. A través de los árboles, más allá de las carretas incendiadas, veía Aiel luchando contra Guardianes, y los soldados vestidos con chaquetas verdes de Gawyn obligados a retroceder por fuego y rayos de Aes Sedai, pero volviendo a la carga. De algún modo, Taim lo había encontrado y había llevado consigo soldados Asha'man y Aiel.

Librodot

—No puedo marcharme aún —continuó—. Creo que algunos amigos han venido a rescatarme. No te preocupes; yo te protegeré.

Una descarga plateada y zigzagueante partió un árbol al borde del soto, lo bastante cerca para que a Rand se le erizase el pelo. Min dio un respingo.

—Amigos —rezongó la joven mientras se frotaba las muñecas.

Rand le indicó con una seña que se quedara donde estaba —salvo por este último rayo errabundo, la arboleda parecía seguir intacta— pero cuando se puso de pie, allí estaba ella, sosteniéndolo por un costado. Mientras se dirigía con pasos inseguros hacia la rala línea de árboles agradeció su ayuda, pero se obligó a enderezar el cuerpo y a no recostarse en ella. ¿Cómo iba a creer Min que la protegería si necesitaba que lo sostuviera para no caer de bruces al suelo? Apoyar una mano en el árbol desgajado por el rayo le sirvió de ayuda. Del tronco salían volutas de humo, pero no se había prendido fuego.

Las carretas formaban un gran círculo alrededor de los árboles. Algunos de los sirvientes parecían estar intentando mantener juntos a los caballos —los animales de tiro seguían con los arneses puestos— pero la mayoría estaban acurrucados en cualquier hueco que habían encontrado con la esperanza de escapar de la lluvia mortífera que venía del cielo. En realidad, salvo por ese rayo, todo parecía dirigido a las carretas y a los hombres que combatían. Tal vez también contra las Aes Sedai. Todas estaban a caballo, un poco retiradas detrás del tumulto de lanzas y espadas y llamas, pero no demasiado; en ocasiones se alzaban sobre los estribos para ver mejor.

Rand localizó enseguida a Erian —cuerpo esbelto y pelo oscuro— a lomos de una yegua gris. Lews Therin gruñó y Rand atacó casi sin pensarlo. Percibió la decepción del otro hombre cuando lo hizo. Energía para aislarla de la Fuente, con la ligera resistencia que marcaba la diferencia con el corte definitivo de la conexión con el *Saidar,* y, antes incluso de que eso estuviese atado, un garrote de Aire para desmontarla y dejarla inconsciente. Si decidía neutralizarla, quería que la mujer supiera quién lo hacía y por qué. Una de las Aes Sedai gritó a alguien que se ocupase de Erian, pero nadie miró hacia los árboles. Nadie allí fuera podía percibir el *Saidin;* creían que había sido derribada por algo venido del exterior de las carretas.

Los ojos de Rand buscaron entre las otras mujeres montadas y se detuvieron en Katerine, que hacía girar a su castrado castaño de largas patas hacia adelante y hacia atrás, mientras el fuego estallaba entre los Aiel allí dondequiera que mirara. Energía y Aire, y la mujer se desplomó inconsciente, con un pie enganchado en el estribo.

«Sí —rió Lews Therin—. Y ahora por Galina. A ella la quiero especialmente.»

Rand cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza. ¿Qué estaba haciendo? Era Lews Therin quien deseaba de tal modo vengarse de esas tres que no pensaba en nada más. Rand también quería resarcirse por lo que le habían hecho, pero en ese momento se estaba librando una batalla y los hombres morían mientras él daba caza a unas Aes Sedai en particular. Y también estarían muriendo Doncellas, sin lugar a dudas.

Derribó con Energía y Aire a otra Aes Sedai situada veinte pasos a la izquierda de Katerine y después se trasladó a otro árbol y se ocupó de Nemdahl, dejándola inconsciente en el suelo y aislada por un escudo. Lentamente se fue desplazando a lo largo del borde de la arboleda, atacando una y otra vez con el sigilo y la rapidez de un cortabolsas. Min dejó de intentar sostenerlo, aunque sus manos estaban extendidas, prestas para agarrarlo si era preciso.

—Van a vernos —murmuró—. Una de ellas va a mirar atrás y nos va a ver.

«Galina —gruñó Lews Therin—. ¿Dónde está?»

Rand hizo caso omiso de él y de Min. Coiren cayó, y otras dos más cuyo nombre ignoraba. Tenía que hacer lo que estaba en su mano.

Las Aes Sedai no sabían qué estaba pasando. A un ritmo constante, a lo largo del círculo de carretas, las hermanas se desplomaban de sus caballos. Las que todavía seguían conscientes ampliaron la distancia entre sí para cubrir el perímetro; de repente se advertía cierta ansiedad en ellas por el modo en que conducían a sus monturas, en la redoblada furia con que el fuego estallaba entre los Aiel y los rayos se descargaban desde el cielo. Tenía que

ser algo de fuera, pero las Aes Sedai seguían cayendo y no sabían cómo ni por qué.

Su contingente disminuía y las consecuencias empezaron a notarse. Un número cada vez menor de rayos se apagaron repentinamente en el aire y más comenzaron a precipitarse sobre Guardianes y soldados. También menguó el número de bolas de fuego que desaparecían de repente o explotaban antes de llegar a las carretas. Los Aiel empezaron a presionar en las brechas abiertas entre las carretas. En cuestión de segundos había Aiel con el rostro velado por todas partes. Y el caos. Rand contemplaba la escena con estupefacción.

Guardianes y soldados de chaquetas verdes combatían en grupos contra Aiel, y las Aes Sedai se rodearon con una lluvia de fuego. Pero también había Aiel luchando contra Aiel; hombres con la banda escarlata *siswai'aman* y Doncellas con tiras de tela roja atadas a los brazos combatían contra Aiel que no llevaban este distintivo. Y lanceros cairhieninos, con sus yelmos en forma de campana, y mayenienses con rojos petos aparecieron de repente también entre las carretas, arremetiendo tanto contra Aiel como contra Guardianes. ¿Es que había perdido finalmente la razón? Era consciente de Min, apretada contra su espalda y temblando. Ella era real, de modo que lo que estaba viendo tenía que serlo también.

Alrededor de una docena de Aiel, todos ellos tan altos o más que él mismo, empezaron a trotar hacia su posición. No llevaban cintas rojas. Rand los observó con curiosidad hasta que, a un paso de él, uno enarboló una lanza que sujetaba con la punta hacia abajo, como si manejase un garrote. Rand encauzó y el fuego pareció brotar de los doce Aiel con una repentina violencia. Los cuerpos carbonizados y retorcidos se desplomaron a sus pies.

De pronto apareció Gawyn sofrenando un semental castaño a menos de diez pasos de Rand, espada en mano y con una veintena o más de jinetes con chaquetas verdes pegados a sus talones. Durante un instante los dos hombres se miraron fijamente y Rand rezó para no tener que hacer daño al hermano de Elayne.

—Min —llamó Gawyn con voz ronca—, puedo sacarte de aquí.

La mujer se asomó por detrás del hombro de Rand y sacudió la cabeza; estaba ceñida con tanta fuerza a él que Rand dudó de haber sido capaz de apartarla aunque hubiese querido hacerlo.

—Me quedo con él, Gawyn. Gawyn, Elayne lo ama.

Con el Poder hinchiéndolo, Rand pudo ver que los nudillos del otro hombre se ponían blancos sobre la empuñadura de la espada.

—Jisao —dijo con una voz inexpresiva—, reúne a los Cachorros. Vamos a abrirnos un paso para salir de aquí. —Si antes su voz había sonado fría, ahora parecía vacía de toda vida—. Al'Thor, llegará el día en que te mate. —Hincó los tacones en su corcel y se alejó a galope.

—¡Cachorros! —gritaron al tiempo él y los otros a voz en cuello, y, a la llamada, más soldados con chaquetas verdes se abrieron camino desde distintos puntos para reunirse con ellos.

Un hombre con chaqueta negra pasó velozmente ante Rand, con la mirada prendida en Gawyn, y el suelo explotó en llamas y pegotes de tierra, abatiendo a media docena de caballos cuando los jinetes llegaban a las carretas. Rand vio a Gawyn tambalearse en la silla un segundo antes de poder derribar al hombre de la chaqueta negra con una maza de Aire. No conocía al joven de rostro pétreo que, desde el suelo, le enseñó los dientes en una mueca feroz, pero el tipo llevaba las dos insignias en el cuello alto de la chaqueta: la espada y el dragón. Y estaba a reventar de *Saidin.*

Como saliendo de la nada, Taim apareció de repente, los dragones azules y dorados enroscados en las mangas de su chaqueta negra; miraba duramente al tipo. En el cuello no lucía ninguna insignia.

—No ataques al Dragón Renacido, Gedwyn —instó Taim con un tono que era a la vez suave y acerado, y el joven de rostro pétreo se incorporó enseguida y saludó llevándose la mano a la frente.

Rand volvió los ojos hacia donde Gawyn estaba un momento antes, pero todo cuanto

Librodot

vio fue un grupo numeroso con un estandarte del Jabalí Blanco abriendo un paso entre el cerco de Aiel mientras más hombres con chaqueta verde luchaban denodadamente para reunirse con su unidad.

Taim se volvió hacia Rand con aquella casi sonrisa en los labios.

—Dadas las circunstancias, confío en que no me tengáis en cuenta que haya violado vuestra orden respecto a enfrentarnos a Aes Sedai. Tuve que haceros una visita en Cairhien y... —Se encogió de hombros—. Parecéis exhausto. Si me permitís, os...

El leve esbozo en la comisura de sus labios se tornó en un gesto duro cuando Rand retrocedió un paso para apartarse de su mano extendida, arrastrando consigo a Min, que se apretó más aun contra él.

Lews Therin había empezado a clamar su ansia de matar como ocurría siempre que Taim aparecía, farfullando enajenadamente sobre los Renegados y matarlos a todos, pero Rand dejó de escucharlo, reduciendo la voz del hombre a un apagado zumbido. Era un truco que había aprendido dentro del arcón, cuando no tenía nada que hacer salvo tantear el escudo y escuchar la voz dentro de su cabeza que las más de las veces eran balbuceos de un demente. Así y todo, incluso sin Lews Therin, Rand no quería que el otro hombre utilizara la Curación con él. Temía ser incapaz de contenerse y matar a Taim si éste lo tocaba con el Poder, aunque fuera un simple roce, un gesto inocente.

—Como queráis —dijo cáusticamente el hombre de nariz aguileña—. Tengo asegurado el campamento, creo.

Eso parecía ser cierto. El suelo estaba sembrado de cadáveres, pero dentro del círculo de carretas sólo se seguía luchando en unos cuantos puntos aislados. Una cúpula de Aire cubrió de repente todo el campamento y el humo de los incendios salió por el agujero dejado en la parte superior. No era un único tejido de *Saidin;* Rand percibía los lugares donde los tejidos individuales se ensamblaban con los otros para formar la cúpula. Calculó que debía de haber al menos doscientos hombres con chaquetas negras bajo el escudo. Una lluvia de rayos y fuego golpeó contra esa barrera y explotó inofensivamente. El propio cielo pareció chisporrotear y arder; el constante fragor del ataque saturaba el aire. Doncellas con tiras rojas colgando de los brazos y *siswai'aman* se encontraban a lo largo del muro invisible para ellos, entremezclados con mayenienses y cairhieninos, muchos de ellos también a pie. Al otro lado, una ingente masa de Shaido miraba fijamente hacia la invisible barricada que impedía llegar hasta sus enemigos. Algunos arremetieron con sus lanzas contra ella y otros la embistieron con sus propios cuerpos; las primeras se frenaban en seco y los hombres salían rebotados.

Dentro de la cúpula, los últimos focos de lucha habían cesado ya cuando Rand miró. Bajo la vigilancia de apenas un puñado de hombres y Doncellas identificados con las cintas rojas, los Shaido desarmados se quitaban las ropas con semblantes impertérritos; tomados prisioneros en combate, llevarían el blanco ropón de los *gai'shain* durante un año y un día aun en el caso de que los Shaido lograsen alzarse con la victoria de algún modo. Cairhieninos y mayenienses se ocuparon de la custodia de un grupo de furiosos Guardianes y Cachorros mezclados con atemorizados sirvientes, situando casi tantos guardias como prisioneros había. Diez o doce Aes Sedai estaban siendo escudadas por otros tantos Asha'man que lucían las insignias de la espada y el dragón. Las Aes Sedai parecían asustadas y descompuestas. Rand reconoció a tres de ellas, aunque Nesune era la única cuyo nombre sabía. No conocía a ninguno de sus aprehensores Asha'man. Las mujeres a las que Rand había aislado y dejado inconscientes estaban siendo tendidas junto a los prisioneros, y algunas empezaban a rebullir, en tanto que los soldados y Dedicados de uniforme negro con la espada de plata en el cuello utilizaban el *Saidin* para trasladar al resto y colocarlas tendidas en esa hilera. Algunos sacaron de la arboleda a las dos Aes Sedai inconscientes y a la mujer de rasgos angulosos que continuaba chillando. Cuando se las puso junto al resto, algunas Aes Sedai se giraron bruscamente y vomitaron.

Había otras Aes Sedai presentes, rodeadas de Guardianes y vigiladas por hombres de uniforme negro, aunque no estaban aisladas con escudos; lanzaban ojeadas inquietas a los

Asha'man igual que hacían las mujeres retenidas como prisioneras. También miraban a Rand y resultaba obvio que se habrían acercado a él de no ser por los Asha'man. Rand les asestó una mirada furiosa. Alanna estaba allí; no eran alucinaciones lo que había sentido dentro del arcón. No reconocía a sus compañeras, pero daba igual. Eran nueve. Nueve. Una repentina ira irradió fuera del vacío y el apagado zumbido de Lews Therin se reanudó y cobró intensidad.

En ese momento casi no se sorprendió de ver a Perrin dirigirse hacia él dando traspiés, la cara y el cuerpo manchados de sangre, seguido por Loial, que cojeaba y se apoyaba en una enorme hacha, y por un tipo de ojos relucientes, con una chaqueta de rayas rojas y apariencia de ser gitano excepto por la espada que empuñaba, cuya hoja estaba teñida de rojo a todo lo largo. Faltó poco para que Rand mirara en derredor para ver si Mat aparecía allí también. Sí vio a Dobraine, a pie y con una espada en una mano y en la otra aferrado el astil de la bandera carmesí de Rand. Nandera se unió a Perrin mientras se bajaba el velo; y otra Doncella a la que Rand casi no reconoció en un primero momento. Era estupendo ver de nuevo a Sulin vestida con el *cadin'sor.*

—Rand —jadeó Perrin—, gracias a la Luz que aún estás vivo. Planeábamos que abrieses un acceso para escapar, pero todo se ha venido abajo. Rhuarc y la mayoría de los Aiel todavía están entre los Shaido, así como casi todos los mayenienses y los cairhieninos, y no sé qué habrá sido de los hombres de Dos Ríos ni de las Sabias. Se suponía que las Aes Sedai tenían que quedarse con ellos, pero... —Puso la pala del hacha en el suelo y se reclinó en el mango, resollando; daba la impresión de que se desplomaría sin ese apoyo.

A lo largo de la barrera empezaban a aparecer hombres montados, así como Aiel con cintas carmesíes y Doncellas con tiras rojas en los brazos. También los frenaba la barrera. Donde quiera que apareciesen, los Shaido caían sobre ellos como un enjambre bajo el que desaparecían.

—Deshaced la cúpula —ordenó Rand, que oyó a Perrin suspirar con alivio. ¡Alivio! ¿Acaso pensaba que iba a dejar que los suyos fueran masacrados? Min empezó a frotarle la espalda y a musitar quedamente con tono apaciguador. Por alguna razón, Perrin la miró con verdadera sorpresa.

Tal vez Taim se hubiese sorprendido, pero desde luego no estaba aliviado.

—Milord Dragón —dijo con voz tensa—, calculo que debe de haber todavía ahí fuera varios cientos de mujeres Shaido que encauzan, algunas de ellas con una fuerza nada despreciable, por lo que se ve. Y eso sin mencionar unos cuantos miles de Shaido con lanzas. A menos que queráis realmente comprobar si sois inmortal, sugiero que esperemos unas cuantas horas hasta que conozcamos este sitio lo bastante bien para crear accesos teniendo una mínima seguridad de saber en qué lugar van a abrirse y entonces marcharnos. Ha habido bajas en la batalla. He perdido a varios soldados hoy, nueve hombres que serán más difíciles de reemplazar que cualquier número de renegados Aiel. Quienes mueran ahí fuera, lo harán por el Dragón Renacido.

Si el hombre hubiese prestado alguna atención a Nandera o a Sulin quizás habría moderado el tono y elegido mejor sus palabras. Hubo un veloz intercambio en el lenguaje de señas entre las dos Doncellas; parecían prestas a matarlo allí mismo.

Perrin se irguió con esfuerzo; sus ojos amarillos se quedaron prendidos en Rand, firmes y angustiados a la vez.

—Rand, aun en el caso de que Dannil y las Sabias permanezcan retirados como se supone que deben hacer, no se marcharán mientras vean esto. —Señaló la cúpula, donde el fuego y los rayos formaban una constante capa de luz—. Si nos quedamos sentados aquí durante horas, los Shaido se lanzarán sobre ellos antes o después, si es que no lo han hecho ya. ¡Luz, Rand! ¡Dannil, Ban, Wil, Tell... Amys, están ahí fuera! ¡Y Sorilea y...! ¡Maldito seas, Rand, ya han muerto más personas por ti de lo que puedas imaginar! —Hizo una profunda inhalación—. Al menos, deja que salga yo. Si consigo llegar hasta allí, puedo informarles que estás vivo y que pueden retirarse antes de que los masacren.

—Podemos salir dos —adujo Loial sin alzar la voz mientras levantaba la enorme

hacha—. Habrá más posibilidades siendo dos.

El gitano se limitó a sonreír, pero casi con ansiedad.

—Haré abrir una brecha en la barrera y... —empezó Taim.

—¡No! —lo interrumpió secamente Rand. No por los hombres de Dos Ríos. No podía demostrar preocupación por ellos como tampoco por las Sabias. A decir verdad, debía dar la impresión de que le importaban menos que el resto. ¿Que Amys estaba ahí fuera? ¡Pero si las Sabias nunca tomaban parte en batallas! Podían cruzar en medio de combates y en luchas intestinas sin que nadie las tocase. Habían roto la costumbre, si no la ley, para venir a rescatarlo. Estaba tan poco dispuesto a permitir que Perrin regresara a aquella vorágine como a abandonar a las Sabias. Pero no podía demostrar que lo hacía por ellas ni por la gente de Dos Ríos—. Sevanna quiere mi cabeza, Taim. Por lo visto creyó que podría tenerla hoy. —La carencia de emoción que el vacío otorgaba a su voz resultó muy adecuada. Sin embargo, pareció preocupar a Min; la joven seguía acariciándole la espalda como si quisiera calmarlo—. Me propongo demostrarle cuán equivocada estaba. Te ordené que crearas armas, Taim. Muéstrame hasta qué punto son mortíferas. Dispersa a los Shaido. Destrózalos.

—Como ordenéis. —Si Taim había estado tieso antes, ahora semejaba una roca.

—Pon bien alto mi estandarte, donde pueda verse —dispuso Rand. Al menos eso indicaría a los de fuera quién dominaba el campamento. Quizá las Sabias y los hombres de Dos Ríos retrocederían al verlo.

Las orejas de Loial se agitaron con inquietud y Perrin agarró a Rand por el brazo mientras Taim se alejaba para dar instrucciones.

—He visto lo que hacen, Rand. Es... —Tenía manchadas de sangre la cara y la hoja de su hacha, pero aun así su voz sonó asqueada.

—¿Y qué quieres que haga? —demandó Rand—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Perrin retiró la mano y suspiró.

—No lo sé. Pero no por ello tiene que gustarme.

—¡Grady, alza la Enseña de la Luz! —gritó Taim, y el Poder hizo que su voz sonara atronadora.

Utilizando flujos de Aire, Jur Grady tomó la bandera carmesí de la mano del sorprendido Dobraine y la levantó en el aire, a través del agujero, hasta situarla en lo alto de la cúpula. El fuego estalló a su alrededor y los rayos centellearon al tiempo que la brillante tela roja se alzaba en medio del humo procedente de las carretas incendiadas. Rand reconocía a bastantes hombres de uniforme negro, pero sabía muy pocos nombres aparte de los de Jur, Damer, Fedwin y Eben, Jahar y Torvil; de éstos, sólo Torvil lucía el dragón en el cuello de la chaqueta.

—¡Asha'man, en formación de combate! —retumbó la voz de Taim.

Los hombres de uniforme negro corrieron a situarse entre la barrera y el resto de los ocupantes de la cúpula, todos salvo Jur y los encargados de vigilar a las Aes Sedai. A excepción de Nesune, que observaba atentamente todo, el grupo de la Torre se había dejado caer con desgana sobre las rodillas sin mirar siquiera a los hombres que las habían aislado, e incluso Nesune todavía parecía a punto de vomitar en cualquier momento. En su mayoría, el grupo de Salidar contemplaba fríamente a los Asha'man que las vigilaban, aunque de vez en cuando volvían aquellos fríos ojos hacia Rand. Alanna sólo lo miraba a él. Rand sintió un débil cosquilleo en la piel; considerando a la distancia a la que estaban, para que él lo percibiera las nueve tenían que estar abrazando el *Saidar.* Confiaba en que tuviesen el suficiente sentido común para no encauzar; los hombres que tenían delante, de gesto frío y duro como la piedra, estaban henchidos a reventar de *Saidin* y parecían tan tensos como los Guardianes que toqueteaban sus espadas.

—¡Asha'man, levantad la barricada tres metros!

A la orden de Taim, el borde circular de la cúpula se elevó en todo el perímetro. Los desprevenidos Shaido, que habían estado empujando contra la barrera que no veían, trastabillaron hacia adelante, aunque se recuperaron de inmediato y el mar de rostros velados

arremetió en masa. Pero sólo tuvieron tiempo para dar un paso antes de que se oyera la siguiente orden de Taim:

—¡Asha'man, matad!

La primera línea de Shaido explotó. No había otro modo de describirlo. Las figuras con *cadin'sor* saltaron hechas añicos en surtidores de sangre y carne. Los flujos de *Saidin* se adentraron a través de aquella densa rociada carmesí, saltando de figura en figura en un abrir y cerrar de ojos, y la siguiente línea de Shaido pereció, y a continuación la siguiente, y la siguiente, como si se estuvieran precipitando a un gigantesco picador de carne. Contemplando fijamente la carnicería, Rand tragó saliva. Perrin se dobló por la cintura para vomitar y Rand lo comprendió plenamente. Otra hilera murió. Nandera se cubrió los ojos con una mano y Sulin se volvió de espaldas. Los sangrientos restos de seres humanos empezaron a formar un muro.

Nadie podía hacer frente a algo así. Entre un estallido mortífero y el siguiente, los Shaido que había delante empezaron a desplazarse a empujones en dirección contraria, metiéndose a la fuerza entre la masa de personas que se debatía para avanzar. El arremolinado revoltijo de Shaido empezó a explotar, y entonces todos ellos retrocedieron. No; echaron a correr. La lluvia de fuego y rayos contra la cúpula decayó.

—¡Asha'man, cerco rodante de Tierra y Fuego! —retumbó la voz de Taim.

Bajo los pies de los Shaido que estaban más cerca de las carretas, el suelo hizo erupción de repente arrojando surtidores de fuego y tierra que lanzó por el aire a los hombres en todas las direcciones. Mientras los cuerpos estaban todavía en el aire, brotaron más y más chorros de fuego que formaba un anillo cada vez más extenso alrededor de las carretas, persiguiendo a los Shaido cincuenta pasos, cien, doscientos. En ese momento ahí fuera sólo existía pánico y muerte. Lanzas y adargas quedaron descartadas. La cúpula sobre el campamento se mantenía despejada excepto por el humo de las carretas.

—¡Basta! —Las ensordecedoras explosiones ahogaron el grito de Rand con la misma facilidad con que se tragaban los chillidos de los hombres en fuga. Rand tejió los flujos que Taim había utilizado—. ¡Haz que paren, Taim! —Su voz sonó atronadora, superando todos los ruidos.

Se produjo otro anillo de erupciones antes de que Taim ordenara:

—¡Asha'man, alto!

Durante un momento un silencio ensordecedor pareció llenar el aire. A Rand le zumbaban los oídos. Luego escuchó gritos y gemidos. Los heridos se esforzaban por moverse entre montones de muertos. Y más allá los Shaido corrían, dejando tras de sí grupos aislados de *siswai'aman* y Doncellas con tiras de trapo rojo en los brazos, cairhieninos y mayenienses, algunos de éstos todavía a caballo. Casi de mala gana, esos grupos empezaron a dirigirse hacia las carretas, algunos de los Aiel bajándose el velo. Con el Poder incrementando su agudeza visual, Rand localizó a Rhuarc, cojo y con un brazo colgando al costado, pero caminando. Y bastante más atrás un grupo grande de mujeres con amplias faldas oscuras y blusas blancas, escoltadas por hombres que llevaban los largos arcos de Dos Ríos. Estaban demasiado lejos para que Rand pudiese distinguir sus rostros, pero por el modo en que los hombres de Dos Ríos contemplaban a los Shaido en desbandada estaban tan afectados como todos los demás.

Una inmensa sensación de alivio llenó a Rand, aunque no lo suficiente para que dejase de percibir, distante, su estómago revuelto. Min tenía aplastada la cara contra su camisa; estaba sollozando. Le acarició el cabello.

—Asha'man. —Jamás se había alegrado tanto de que el vacío despojara de toda emoción su voz—. Habéis hecho un buen trabajo. Te felicito, Taim. —Se dio media vuelta para no tener que ver más la carnicería, sin apenas escuchar los clamorosos vítores que salieron de las gargantas de los hombres de negro:

—¡Viva el lord Dragón! ¡Vivan los Asha'man!

Al girarse se encontró con las Aes Sedai. Merana estaba en la última fila del grupo, pero

Alanna se encontraba casi frente a él, junto a dos Aes Sedai que no conocía.

—Lo has hecho bien —dijo la que tenía la cara cuadrada, un rostro de granjera con aspecto intemporal cuyos ojos mantenían, por pelos, la expresión serena. Hacía caso omiso de los Asha'man que había a su alrededor de un modo obvio y deliberado—. Soy Bera Harkin y ésta es Kiruna Nachiman. Vinimos a rescatarte... con ayuda de Alanna. —El final de la frase era claramente una coletilla añadida en el último momento ante el gesto ceñudo de Alanna—. Y, aunque al parecer no necesitabas mucho de nuestra ayuda, la intención es lo que cuenta, de modo...

—Vuestro puesto está con ellas —la interrumpió Rand al tiempo que señalaba a las Aes Sedai aisladas y bajo custodia. Vio a veintitrés y Galina no estaba entre ellas. El zumbido de Lews Therin subió de tono, pero se negó a prestarle atención. No era el momento para ataques de furia demente.

Kiruna se irguió con aire orgulloso. Fuera lo que fuera, desde luego no era una granjera.

—Olvidas quiénes somos. Ellas te han maltratado, pero nosotras...

—No olvido nada, Aes Sedai —la atajó de nuevo, cortante—. Dije que podíais venir seis, pero cuento nueve. También dije que estaríais en igualdad de condiciones con las emisarias de la Torre. Por venir nueve, así será. Están de rodillas, Aes Sedai, de modo que ¡arrodillaos!

Los fríos y serenos rostros lo miraron de hito en hito. Rand percibió a los Asha'man disponiendo escudos de Energía. En el semblante de Kiruna asomó una expresión de desafío, así como en el de Bera y en los de otras. Dos docenas de hombres de negro formaron un círculo alrededor de Rand y de las Aes Sedai. Taim parecía más a punto de sonreír de lo que Rand lo había visto nunca.

—Arrodillaos voluntariamente y jurad lealtad al lord Dragón —dijo en voz queda—, o seréis puestas de hinojos a la fuerza.

Como ocurre con todas las historias, ésta se propagó a través de Cairhien, y al norte y al sur, a través de caravanas de mercaderes o de buhoneros o simples chismes de viajeros en las posadas. Como ocurre con todas las historias, ésta varió con cada narración que se hacía de ella. Los Aiel se habían vuelto contra el Dragón Renacido y lo habían matado en los pozos de Dumai o en alguna otra parte. No, las Aes Sedai habían salvado a Rand al'Thor. Eran Aes Sedai quienes lo había matado. No, lo habían amansado. No, se lo habían llevado a Tar Valon, donde languidecía en una mazmorra subterránea de la Torre Blanca. Lo habían conducido con honores a Tar Valon, a la Torre Blanca, donde la propia Amyrlin se había arrodillado ante él. Y, lo que por lo general no ocurría con las historias, lo que se creyó de ésta las más de las veces era algo muy parecido a lo que ocurrió de verdad:

En un día de fuego y sangre, una bandera hecha jirones, con el antiguo símbolo Aes Sedai, ondeó sobre los pozos de Dumai.

En un día de fuego y sangre y de Poder Único, como habían apuntado las profecías, la torre impoluta, rota, hincó la rodilla ante el símbolo olvidado.

Las primeras nueve Aes Sedai juraron lealtad al Dragón Renacido, y el mundo cambió para siempre.

Librodot

EPÍLOGO

La respuesta

El hombre sólo se paró lo suficiente para apoyar la mano en la puerta del palanquín y se marchó tan pronto como Falion cogió la nota. Unos golpecitos dados con impaciencia hicieron que los porteadores reanudaran la marcha cuando el tipo vestido con el uniforme del palacio de Tarasin casi no había tenido tiempo de perderse entre la multitud que abarrotaba la plaza.

En el pequeño papel cuadrado sólo había escrita una palabra: «Ausentes». Lo arrugó al apretar el puño. De algún modo se habían escabullido de nuevo sin que sus espías de dentro las vieran. Meses de búsqueda fútil la habían convencido de que no había depósitos secretos de *angreal,* creyera lo que creyera Moghedien. Incluso se había planteado someter a interrogatorio a una o dos Mujeres Sabias; alguna de ellas podría saber el paradero del depósito, si es que existía. Sí, claro; y los caballos podían volar. Lo único que la hacía seguir allí, en esa asquerosa ciudad, era el simple hecho de que, cuando uno de los Elegidos daba una orden, se obedecía hasta que se dijese lo contrario. Cualquier otra cosa era un corto camino hacia una muerte dolorosa. Empero, si Elayne y Nynaeve se encontraban allí... Habían estropeado todo en Tanchico. Si eran o no realmente hermanas de pleno derecho —por imposible que pudiese parecer— Falion no interpretaría su presencia como una casualidad. Tal vez sí que había un depósito. Por primera vez se alegró de que Moghedien se hubiese olvidado de ella desde que le había dado las órdenes, tantos meses atrás, en Amadicia. Lo que pareció abandono todavía podía ser una oportunidad de ganar importancia a los ojos de la Elegida. Esas dos aún podían conducirla hasta el depósito; y si no había tal... Moghedien parecía haber mostrado cierto interés en Elayne y Nynaeve. Entregárselas sería ciertamente mejor que dar sólo la noticia de que no había *angreal.*

Se recostó y dejó que el balanceo del palanquín la adormeciera. Odiaba esa ciudad —había llegado como fugitiva, cuando era una novicia— pero quizás esta visita tendría un final agradable después de todo.

Sentado en su estudio, Herid contemplaba su pipa y se preguntaba si tenía algo a mano con lo que prenderla cuando el gholam se deslizó por debajo de la puerta. Por supuesto, aun en el caso de que Fel hubiese estado atento no lo habría creído y, una vez que el gholam estuvo dentro del cuarto, pocos hombres habrían tenido oportunidad de escapar con vida.

Cuando Idrien entró en el estudio de Fel más tarde, dirigió una mirada ceñuda al montón de ropa sucia que había en el suelo, junto a la mesa. Tardó un segundo en identificar lo que era realmente, y entonces se desmayó antes de soltar un grito. Por muchas veces que hubiese oído contar cómo le habían arrancado los miembros de cuajo a alguien hasta hacerlo pedacitos, ésta era la primera que lo veía.

El jinete hizo girar a su caballo en lo alto de la colina para echar una última ojeada a Ebou Dar, que centelleaba, nívea, bajo el sol. Una buena ciudad para el saqueo y, por lo que había descubierto sobre los nativos, presentarían resistencia, de modo que la Sangre permitiría saquearla. Sí, presentarían resistencia, pero él confiaba en que los otros espías regresaran pronto con informes de desunión como la que él había visto. La resistencia no duraría mucho en un lugar donde la que se llamaba reina gobernaba un minúsculo territorio, y eso combinaba las mejores posibilidades. Hizo volver grupas a su montura y cabalgó hacia el oeste. ¿Quién

sabía? A lo mejor el comentario de aquel tipo había sido un augurio. Tal vez el Retorno llegaría pronto y la Hija de las Nueve Lunas con él. Ciertamente eso sería el mejor augurio de victoria.

Tendida boca arriba, en medio de la noche, Moghedien contemplaba fijamente el techo de la minúscula tienda que se le había concedido como una de las criadas de la Amyrlin. De vez en cuando rechinaba los dientes, pero tan pronto como se daba cuenta dejaba de hacerlo, plenamente consciente del collar del *a'dam* ceñido a su garganta. La tal Egwene al'Vere era más dura de lo que Elayne o Nynaeve habían sido; toleraba menos cosas y exigía más. Y cuando le pasaba el brazalete a Siuan o a Leane, sobre todo a Siuan... Moghedien se estremeció. Debía de ser lo mismo que si Birgitte hubiese podido llevar el brazalete.

La lona de entrada de la tienda se retiró hacia un lado, dejando pasar justo la luz de luna suficiente para distinguir la figura de una mujer que se agachó para entrar.

—¿Quién eres? —demandó bruscamente Moghedien. Cuando la mandaban llamar de noche, quienquiera que fuese a buscarla llevaba consigo una linterna.

—Puedes llamarme Aran'gar, Moghedien —respondió una voz con sorna, y una pequeña luz se encendió en el interior de la tienda.

Oírse llamar por su verdadero nombre hizo que la lengua se le quedara pegada al paladar; allí, ese nombre significaba la muerte. Se esforzaba por hablar para protestar que se llamaba Marigan cuando de repente fue plenamente consciente de la luz. Una minúscula bola blanca, brillante, suspendida en el aire cerca de su cabeza. Con el *a'dam* puesto ni siquiera podía pensar en el *Saidar* sin permiso, pero aun así lo percibía si se encauzaba, veía los tejidos urdidos. Esta vez no notó nada ni vio nada. Sólo una bolita de luz pura.

Miró de hito en hito a la mujer que decía llamarse Aran'gar y entonces la reconoció: Halima, la secretaria de una de las hermanas, creía recordar. Pero una mujer al fin y al cabo, aunque diese la impresión de que hubiese sido diseñada por un varón. Una mujer. Sin embargo, esa bola de luz... ¡tenía que estar creada con *Saidin*!

—¿Quién eres? —Su voz tembló levemente y se sorprendió de que sonara tan firme.

La mujer sonrió —una mueca realmente divertida— mientras se acomodaba junto al camastro.

—Ya te lo he dicho, Moghedien. Me llamo Aran'gar. Un nombre que te será muy familiar en el futuro, si tienes suerte. Ahora, escúchame con atención y no hagas preguntas. Te diré todo lo que necesitas saber. Dentro de un momento te quitaré ese bonito collar. Cuando lo haga, desaparecerás tan rápida y silenciosamente como hizo Logain. Si no lo haces, morirás aquí. Y eso sería una lástima, porque has sido llamada a Shayol Ghul esta misma noche.

Moghedien se lamió los labios. Llamada a Shayol Ghul. Eso podía significar la eternidad en la Fosa de la Perdición o la inmortalidad gobernando el mundo o cualquier cosa intermedia. Era poco probable que se la llamara para recibir el nombramiento de Nae'blis si el Gran Señor estaba lo suficientemente al tanto de cómo había pasado los últimos meses para enviar a alguien a liberarla. Aun así, era un emplazamiento al que no podía negarse. Y significaba el final del *a'dam.*

—Sí, quítamelo. Iré inmediatamente. —No tenía sentido retrasarlo, de todos modos; era más fuerte que cualquier mujer presente en el campamento, pero no estaba dispuesta a darles ocasión de formar un círculo de trece a su alrededor.

—Imaginaba que decidirías eso. —Halima, o Aran'gar, soltó una risa plena. Tocó el collar y se encogió levemente. Moghedien volvió a preguntarse quién era esta mujer que aparentemente encauzaba *Saidin* y que sentía dolor, por leve que fuera, al tocar lo que sólo produciría dolor a un hombre que pudiese encauzar. Entonces el collar se soltó y fue a parar rápidamente a un bolsillo de la mujer—. Ve, Moghedien. Márchate ya.

Cuando Egwene llegó a la tienda y metió la cabeza y la linterna por la solapa de la entrada, sólo vio unas mantas revueltas. Se retiró lentamente.

Librodot

—Madre —alborotó Chesa detrás de ella—, no deberíais estar aquí fuera en mitad de la noche. El aire nocturno es perjudicial. Si queríais algo de Marigan, yo podría haber venido a buscarla.

Egwene miró en derredor. Había sentido soltarse el collar y también había notado la fugaz punzada de dolor que significaba que un hombre capaz de encauzar había tocado el cierre. Casi todos dormían ya, pero unos pocos aún seguían sentados fuera de las tiendas, alrededor de las lumbres bajas, y había unos cuantos cerca. Quizá fuese posible descubrir qué hombre había ido a la tienda de «Marigan».

—Creo que ha huido, Chesa —dijo.

Los rezongos furiosos de Chesa sobre las mujeres que abandonaban a su señora la siguieron todo el camino de vuelta a su propia tienda. No podía haber sido Logain, ¿verdad? Él no habría regresado, ni podía saber quién era esta mujer. ¿O sí?

Demandred se arrodilló en la Fosa de la Perdición y, por una vez, no le importó que Shaidar Haran presenciara sus temblores con aquella mirada impasible en las cuencas vacías.

—Lo he hecho bien, ¿verdad, Gran Señor?

La risa del Oscuro resonó en la cabeza de Demandred.

Librodot

La torre impoluta se rompe e hinca la rodilla ante el símbolo olvidado.
Los océanos rugen embravecidos y los nubarrones de tormenta se acumulan sin ser vistos.
Más allá del horizonte, se inflaman fuegos ocultos y las sierpes anidan en el pecho.
Lo que era exaltado, se echa por tierra; lo que se pisoteaba, se encumbra.
El orden arde para despejar el camino del anunciado.

De *Las Profecías del Dragón,*
traducción de Jeorad Manyard,
gobernador de la provincia de Andor para
el Rey Supremo, Artur Paendrag Tanreall

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede, iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Aceptadas, las: Jóvenes que se hallan en fase de formación para convertirse en Aes Sedai y que han accedido a cierto grado de poder y superado determinadas pruebas. Las novicias tardan normalmente de cinco a diez años para ascender a la condición de Aceptadas. Las Aceptadas no están tan sujetas a las reglas como las novicias y tienen la posibilidad de elegir, si bien de forma restringida, las áreas en que prefieren centrar sus estudios. Una Aceptada tiene derecho a llevar un anillo con la Gran Serpiente, pero únicamente en el tercer dedo de la mano izquierda. Cuando es promovida al rango de Aes Sedai, escoge su Ajah, accede al privilegio de vestir el chal y puede ponerse el anillo en cualquier dedo o no llevarlo, según dicten las circunstancias. (Véase también *Aes Sedai.*)

a'dam: Un artilugio creado para controlar a mujeres capaces de encauzar; sólo lo puede utilizar una mujer que encauza o una que podría aprender a hacerlo, pero no surte efecto en ninguna mujer que no posea esta habilidad. Crea un vínculo entre las dos mujeres. La versión seanchan consiste en un collar y un brazalete unidos mediante una correa, todo ello de metal plateado. Si a un hombre capaz de encauzar se lo vincula a una mujer por medio de un *a'dam,* el resultado más probable es la muerte de ambos. El simple hecho de tocar un *a'dam* puede ocasionar dolor a un hombre que encauza cuando el artilugio lo lleva puesto una mujer con la habilidad de encauzar la energía. (Véanse *coligación* y *seanchan*)

Aes Sedai: Poseedoras del Poder Único. Desde la finalización del Desmembramiento del Mundo, todas las Aes Sedai supervivientes son mujeres. Respetadas y honradas por muchos, pero también con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de una consejera Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. Tras encauzar repetidamente el Poder Único durante varios años, las Aes Sedai adquieren un aspecto físico especial que se caracteriza por la intemporalidad de sus rasgos, de modo que, por ejemplo, una Aes Sedai que podría ser abuela no aparenta señal alguna de vejez, salvo tal vez algunas canas. (Véanse *Ajah,*

Librodot

Sede Amyrlin y *Desmembramiento del Mundo.*)

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros antes de matar. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada aun cuando su vida corra peligro; tampoco montan en un caballo a menos que se los presione. Los Aiel llaman a la batalla «la danza» o «la danza de las lanzas». Se dividen en doce clanes: el Chareen, el Codarra, el Daryne, el Goshien, el Miagoma, el Nakai, el Reyn, el Shaarad, el Shaido, el Shiande, el Taardad, y el Tomanelle. Cada clan está repartido en septiares. A veces se refieren a un decimotercer clan, el Clan que No lo Es, los Jenn, quienes fueron los constructores de Rhuidean. Es de todos ellos sabido que, supuestamente, su pueblo faltó a su deber para con las Aes Sedai en algún momento del pasado, por lo que se los desterró al Yermo de Aiel en castigo por ese pecado, y que serán destruidos si vuelven a incurrir en la misma falta. (Véanse también *asociaciones guerreras Aiel*; *gai'shain*; *marasmo*; *Rhuidean* y *Yermo de Aiel.*)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; son siete y se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Todas las Aes Sedai, con excepción de la Sede Amyrlin, pertenecen a un Ajah concreto. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que encauzan el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a profundizar en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para el Tarmon Gai'don, mientras que el Ajah Amarillo se concentra en el estudio de la Curación. Las hermanas Azules toman partido por las causas justas, en tanto que las Grises son mediadoras y buscan la armonía y el consenso. Hay rumores sobre un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro, pero su existencia se niega oficialmente.

Altara: Nación a orillas del Mar de las Tormentas, aunque en realidad es poco lo que la unifica salvo el nombre. Las gentes de Altara se consideran, en primer lugar, oriundos de una ciudad o pueblo, o súbditos de éste o aquel noble, y sólo después, si acaso, como altaraneses. Son pocos los nobles que pagan impuestos a la corona; en general, ofrecen su acatamiento sólo de palabra y en casos contados prestan algún servicio de escasa importancia. El dirigente de Altara (en la actualidad la reina Tylin Quintara, de la casa Mitsobar) rara vez es algo más que el noble más poderoso del país, y en ocasiones ni siquiera ha sido eso. El Trono de los Vientos ostenta tan escaso poder que mucho nobles poderosos han desdeñado ocuparlo cuando podrían haberlo hecho.

amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder Único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprende a encauzarlo acaba enloqueciendo a causa de la infección que afecta al *Saidin* y puede producir horribles daños utilizando el Poder antes de que la infección lo mate. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento. Un varón amansado, sin embargo, renuncia inevitablemente a seguir viviendo; aquellos que no tienen éxito con el suicidio acaban muriendo al cabo de un año o dos de todas formas. (Véanse *Poder Único, el* y *neutralizar*)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión. Entre ellos a veces utilizan el antiguo nombre de Amigos de la Sombra.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías y segunda madre de Aviendha.

Angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite a quienes son capaces de encauzar el Poder Único el manejo de una cantidad superior a la que podrían utilizar nunca sin esa ayuda e incluso sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también *encauzar, sa'angreal* y *ter'angreal.*)

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conoce algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado. (Véase *Era de Leyenda.*)

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la actualidad sufre los estragos de una guerra civil además de las guerras que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido y contra Tarabon. Las domani tienen fama —o, más bien, mala fama— por su belleza, su seductor encanto y sus escandalosos atuendos.

Artur Hawkwing: Rey legendario, Artur Paendrag Tanreall, que reinó entre 943-994 AL, y unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992) pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase *Guerra de los Cien Años.*)

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las doce asociaciones guerreras: los Buscadores del Agua (*Duadhe Mahdi'in*), los Corredores del Alba (*Rahien Sorei*), los Danzarines de Montaña (*Hama N'dore*), los Descendientes Verdaderos (*Tain Shari*), las Doncellas Lanceras (*Far Dareis Mai*), los Escudos Rojos (*Aethan Dor*), los Hermanos del Águila (*Far Aldazar Din*), los Hijos del Relámpago (*Sha'mad Conde*), los Lanceros Nocturnos (*Cor Darei*), los Mano Cuchillo (*Sovin Nai*), los Ojos Negros (*Seia Doon*), y los Soldados de Piedra (*Shae'en M'taal*). Cada agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra actúan como tropas de retaguardia durante una retirada, mientras que las Doncellas Lanceras realizan el cometido de exploradoras. Los clanes Aiel luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. Así, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse *Aiel*, *Far Dareis Mai* y *Yermo de Aiel*)

Atha'an Miere: Véase *Marinos, los.*

Avendoraldera: Un árbol que creció en la ciudad de Cairhien a partir de un retoño de *Avendesora.* Los Aiel regalaron dicho retoño a la ciudad en el 566 NE, a pesar del hecho de que ningún documento demuestra relación alguna entre los Aiel y el legendario Árbol de la Vida. (Véase *Guerra de Aiel*)

Bair: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Haido de los Shaarad Aiel. No posee la habilidad de encauzar. (Véase *caminante de sueños*)

Berelain sur Paendrag: Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de las Olas, Sede Suprema de la casa Paeron. Una bella y voluntariosa joven, y una gobernante muy hábil. (Véase *Mayene.*)

Birgitte: Legendaria heroína de relatos, renombrada por su belleza casi en igual medida que por su valentía y su destreza como arquera. Utilizaba un arco y flechas de plata, con los que nunca erraba el tiro. Está entre los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. Se la vincula siempre con Gaidal Cain, un legendario espadachín. A excepción de su belleza y su destreza con el arco, guarda poco parecido con la mujer que

describen las leyendas. (Véase *Cuerno de Valere*)

cadin'sor: Atuendo de los guerreros Aiel, compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo», aunque ésta, por supuesto, es una traducción imprecisa.

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, al igual que muchas otras poblaciones. El subsiguiente abandono de las zonas de cultivo próximas a la Columna Vertebral del Mundo obligó a la importación de grandes cantidades de cereales. El asesinato del rey Galldrain (998 NE) provocó una guerra civil entre las casas nobles que se disputaban el Trono del Sol, la interrupción de los envíos de cereales y la hambruna. La capital sufrió el asedio de los Shaido en lo que algunos han dado en llamar la Segunda Guerra de Aiel; a dicho asedio le pusieron fin otros Aiel al mando de Rand al'Thor. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo. (Véase *Guerra de Aiel.*)

calendario: Una semana tiene diez días, y un mes, veintiocho; el año consta de trece meses. Varios festivos no forman parte de ningún mes, entre ellos el Día Solar (el más largo del año), la Fiesta de Acción de Gracias (celebración cuatrienal, en el equinoccio de primavera), y el Día de la Salvación de las Almas, también llamado Día de Todas las Ánimas (fiesta decenal, en el equinoccio de otoño).

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal que estuvo guardada en la Ciudadela de Tear. Es un poderoso *sa'angreal* para ser utilizado por un varón. El que fuera retirada de la cámara llamada el Corazón de la Ciudadela, junto con la caída de la fortaleza, fue uno de los signos principales del Renacimiento del Dragón y de la proximidad del Tarmon Gai'don. Rand al'Thor volvió a colocarla en el Corazón de la Ciudadela, hincada en las baldosas. (Véanse también *Ciudadela de Tear, la*; *Dragón Renacido, el* y *sa'angreal.*)

caminante de sueños: Término con que los Aiel denominan a la mujer capaz de entrar en el *Tel'aran'rhiod,* de interpretar los sueños y hablar con otros en sus sueños. Las Aes Sedai también utilizan este vocablo al referirse a las Soñadoras, aunque en muy contadas ocasiones. (Véanse *Talentos* y *Tel'aran'rhiod.*)

Capas Blancas: Véanse *Hijos de la Luz.*

Car'a'carn: En la Antigua Lengua, «jefe de jefes». Según la profecía Aiel, un hombre que llegaría de Rhuidean al amanecer, marcado con dos dragones, y que los conduciría a través de la Pared del Dragón. La Profecía de Rhuidean augura que unirá a los Aiel y los destruirá, salvo a un resto del resto. (Véanse *Aiel* y *Rhuidean.*)

Caraighan Maconar: Hermana Verde legendaria, la heroína de centenares de aventuras a quien se le atribuyen proezas que incluso algunas Aes Sedai consideran inverosímiles a pesar de estar consignadas en los legajos de la Torre Blanca, como por ejemplo que sofocó una rebelión en Mosadorin sin ayuda de nadie o que acabó con los Disturbios de Camaidin cuando no tenía Guardianes. En el Ajah Verde se la tiene por el arquetipo de una hermana Verde. (Véanse: *Aes Sedai* y *Ajah.*)

Carridin, Jaichim: Un Inquisidor de la Mano de la Luz, comandante de los Hijos de la Luz y un Amigo Siniestro.

Cinco Poderes, los: El Poder Único tiene varias vías de utilización que reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir —Tierra, Aire (a veces llamado Viento), Fuego, Agua y Energía— y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder Único disponen de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. En la Era de Leyenda el dominio de la Energía se manifestaba igualmente en hombres y mujeres, pero los varones tenían más habilidad en el manejo de la Tierra y el Fuego, en tanto que el Agua y el Aire eran vías que con frecuencia encauzaban mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan

Librodot

raras que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos.

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche a manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón. (Véase *Dragón, Profecías del*)

coligación: La capacidad que poseen las mujeres que encauzan para combinar sus flujos del Poder Único. Aunque el flujo unificado no es tan fuerte como la suma de los flujos individuales, los dirige la persona que conduce la coligación, por lo que puede utilizarse de un modo mucho más preciso y eficaz que cualquier flujo individual. Los varones no están capacitados para unir sus habilidades sin la presencia de una o varias mujeres en el círculo, mientras que el número de mujeres que pueden coligarse sin que sea necesaria la presencia de un hombre llega hasta trece. Con la incorporación de un varón, el círculo se puede ampliar hasta veintiséis mujeres, con la de dos varones, el número aumenta hasta treinta y cuatro, y así sucesivamente hasta un máximo de seis hombres y sesenta y seis mujeres. Hay coligaciones compuestas por más varones que féminas; pero, salvo en la coligación de un hombre y una mujer, en el círculo siempre ha de haber, como mínimo, una mujer más que el total de varones. En la mayoría de los círculos, la coligación puede estar controlada indistintamente por un individuo de uno u otro sexo, pero tiene que ser un hombre quien controle el círculo de setenta y dos, así como los círculos mixtos de menos de trece. A pesar de que los varones son, por lo general, más fuertes en el Poder que las mujeres, los círculos más poderosos son aquellos conformados por un número lo más equilibrado posible de ambos sexos. (Véanse *Aes Sedai.*)

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales. También se la llama la Pared del Dragón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores que han prestado juramento están dispersos por muchos países.

Deane Aryman: La Sede Amyrlin que salvó a la Torre Blanca del perjuicio ocasionado por Bonwhin al intentar controlar a Artur Hawkwing. Nacida alrededor del 920 AL en el pueblo de Salidar, en Eharon, fue ascendida a Sede Amyrlin del Ajah Azul en el 992 AL. Se le atribuye haber convencido a Souran Maravaile de levantar el cerco a Tar Valon (que se había iniciado en el 975 AL) a la muerte de Hawkwing. Deane devolvió el prestigio a la Torre y se cree que en el momento de su muerte, acaecida en el 1085 AL al caerse de un caballo, estaba a punto de convencer a los nobles que se disputaban los despojos del imperio de Hawkwing de que pusieran fin a las guerras y aceptaran el liderazgo de la Torre Blanca como un medio para devolver la unidad a los territorios. (Véanse: *Sede Amyrlin* y *Artur Hawkwing.*)

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por mares y anegaron con océanos zonas continentales. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas, y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo.

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra, hace unos tres mil años o más. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la Humanidad. (Véanse *Dragón*

Librodot

Renacido y *Dragón, Profecías del*)

Dragón, falso: Así se llama a los diversos hombres que han pretendido ser el Dragón Renacido. Algunos provocaron guerras en las que se vieron involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumpliera ninguna de las Profecías del Dragón. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Yurian Arco Pétreo (alrededor de 1300-1308 DD), Davian (351 AL), Guaire Amalasan (939-943 AL), Logain (997 NE) y Mazrim Taim (998 NE). (Véase *Dragón Renacido*)

Dragón, Profecías del: Apenas conocidas excepto entre los eruditos, y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en *El Ciclo Karaethon,* predicen que el Oscuro volverá a liberarse y que Lews Therin Telamon, el Dragón, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la Última Batalla, contra la Sombra. Según las Profecías, el Dragón salvará al mundo y volverá a desmembrarlo. (Véase *Dragón, el.*)

Dragón Renacido: De acuerdo con las Profecías, el hombre en el que se ha reencarnado Lews Therin Verdugo de la Humanidad. La mayoría de la gente, aunque no toda, reconoce a Rand al'Thor como el Dragón Renacido. (Véanse *Dragón, el*; *Dragón, falso* y *Dragón, Profecías del*)

Elaida do Avriny a'Roihan: Aes Sedai que antes pertenecía al Ajah Rojo y que ha sido ascendida a Sede Amyrlin. En otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

encauzar: Controlar el flujo del Poder Único. (Véase *Poder Único*)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase *ta'veren*)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse *Desmembramiento del Mundo*, *Guerra de la Sombra* y *Rueda del Tiempo*)

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si finalmente logran desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Far Dareis Mai: En la Antigua Lengua, literalmente «Doncellas Lanceras» o «Doncellas de la Lanza». Una asociación guerrera Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite mujeres como miembros. A una Doncella no le está permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar durante los meses de gestación. Al nacer, los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») (Véanse también *Aiel* y *asociaciones guerreras Aiel.*)

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina (*Saidin*) y una mitad femenina (*Saidar*), las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin;* únicamente una mujer puede absorber el *Saidar.* Desde hace más de tres mil años, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase *Poder Único.*)

Gaidin: En la Antigua Lengua, literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase *Guardián.*)

gai'shain: En la Antigua Lengua, «Comprometidos con la Paz en la Batalla» es la traducción

más fiel posible. Un Aiel tomado prisionero por otro Aiel durante una incursión o batalla queda obligado por el *ji'e'toh* a servir a su aprehensor —sea éste hombre o mujer— sumisa y obedientemente durante un año y un día, y en ese plazo no tocar un arma ni actuar con violencia. Está mal visto tomar como *gai'shain* a una Sabia, un herrero, un niño o una mujer con hijos menores de diez años. (Véase *marasmo*)

Galad: Lord Galadedrid Damodred, más conocido por el diminutivo Galad. Hermanastro de Elayne y Gawyn al ser los tres hijos del príncipe Taringail Damodred. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia abajo.

Gareth Bryne: Anteriormente el capitán general de la Guardia Real de Andor y a quien Morgase exilió. Está considerado como uno de los mejores generales vivos. El emblema de la casa Bryne es un toro salvaje, con la corona de rosas de Andor alrededor del cuello. Su insignia personal representa tres estrellas doradas, con cinco rayos cada una.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Hermanastro de Galad. Su emblema es un jabalí blanco.

gitanos: Su denominación más correcta es los Tuatha'an. Pueblo nómada también conocido como el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja. Se cuentan entre los pocos que pueden cruzar el Yermo de Aiel sin ser molestados, pues los Aiel evitan todo contacto con ellos. Poca gente imagina siquiera que los Tuatha'an son descendientes de unos Aiel que se escindieron del grupo principal con el fin de encontrar el modo de recuperar los tiempos de paz. (Véase *Aiel.*)

Gran Llaga, la: Una región situada en los confines del norte, totalmente corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a una época anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Grandes Señores de Tear: El consejo de Grandes Señores gobierna la nación de Tear, que no tiene soberano. No está constituido por un número fijo de miembros y a lo largo de los años su composición ha variado desde veinte integrantes a tan sólo seis. No confundir con los Señores de la Tierra, aristócratas tearianos de menor categoría.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián, y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a que se establezca la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase *Aes Sedai.*)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el *Avendoraldera,* cuatro clanes Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey

Librodot

Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse *Avendoraldera*, *Cairhien* y *Columna Vertebral del Mundo.*)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro, y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el mundo, y el Poder Único fue utilizado como arma. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro en un ataque llevado a cabo por Lews Therin Telamon, el Dragón, y un centenar de varones Aes Sedai conocidos como los Cien Compañeros. El contraataque del Oscuro tuvo por resultado la contaminación del *Saidin,* lo que hizo enloquecer a Lews Therin y a los Cien Compañeros. Así comenzó la Época de Locura y el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *Dragón, el* y *Poder Único, el.*)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al mando de su imperio que ésta acarreó. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo de Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se desmoronó, lo que dio lugar a la actual distribución de naciones. (Véase *Artur Hawkwing*)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD, que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo bajo el mando de los Myrddraal y los Señores del Espanto. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria. (Véanse *Myrddraal*; *Señores del Espanto* y *trollocs.*)

Guerra del Poder: Véase *Guerra de la Sombra.*

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco más próximo a ella. Las disensiones sobre quién está más cerca en la línea sucesoria han desembocado en luchas por el poder en varias ocasiones, la última conocida como «la Sucesión» en el propio Andor, y como «la Tercera Guerra de Sucesión de Andor» en el resto de los países, y que llevó a Morgase de la casa Trakand a ocupar el trono.

hermana conyugal: Término Aiel de parentesco. En ocasiones, dos mujeres que son medio hermanas o primeras hermanas descubren que aman al mismo hombre, o simplemente no quieren que un varón las separe. Se casan, pues, ambas con él, y de ese modo se convierten en hermanas conyugales. A veces, las Aiel que no tienen lazos de parentesco y se enamoran del mismo hombre tratan de ver la posibilidad de convertirse en medio hermanas y adoptarse como primeras hermanas, un primer paso para llegar a ser hermanas conyugales.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase *interrogadores*)

Hombre Gris: Alguien que ha entregado voluntariamente su alma para convertirse en un asesino al servicio de la Sombra. Los Hombres Grises tienen un aspecto tan anodino que

con frecuencia nadie suele reparar en su presencia. La gran mayoría de los Hombres Grises son, como su nombre indica, varones, pero un reducido número de ellos son mujeres. También se los conoce como los Sin Alma.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre. (Véase *Hijos de la Luz.*)

Juego de las Casas: Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza, a simular apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro, y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente. También conocido como el Gran Juego y por su nombre en la Antigua Lengua: *Da'es Daemar.*

juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Juilin Sandar: Un rastreador de Tear.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ser ascendida a Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o la de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque el primero se mantiene al pie de la letra, se lo suele eludir por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Lan, al'Lan Mandragoran: Rey no coronado de Malkier, una nación que desapareció, consumida por la Llaga, el año en que él nació (953 NE), Dai Shan (Señor de la Guerra) y el último señor superviviente malkieri. A los dieciséis años inició una guerra personal contra la Llaga y la Sombra, que se prolongó hasta que Moraine lo vinculó como su Guardián, en el 979 NE. (Véanse *Guardián* y *Moraine*)

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase *Dragón, el.*

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne, y anteriormente de Morgase, su madre, y también de su abuela. Es una mujer de gran fortaleza interior, muy perspicaz y conocedora de infinidad de dichos.

Logain: Un hombre que se proclamó el Dragón Renacido. Capturado después de desencadenar la guerra por todo Ghealdan, Altara y Murandy, fue llevado a la Torre Blanca y allí se lo amansó, bien que después escapó aprovechando la confusión generada por la destitución de Siuan Sanche. Un hombre al que todavía le aguarda un destino de grandeza. (Véase *Dragón, falso*)

Llaga, la: Véase *Gran Llaga, la.*

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante la

Librodot

Guerra de los Trollocs. Su emblema es una águila roja en vuelo. (Véase *Guerra de los Trollocs.*)

marasmo, el: Término dado por los Aiel a la conmoción provocada en muchos al conocer que, en lugar de haber sido siempre guerreros feroces, sus antepasados fueron pacifistas a ultranza que se vieron forzados a defenderse durante el Desmembramiento del Mundo y los años posteriores. Muchos creen que fue por ese cambio por lo que les fallaron a las Aes Sedai. Algunos arrojan las lanzas y huyen. Otros se niegan a quitarse las ropas blancas de *gai'shain* cuando se ha cumplido su período de servicio. Empero, también los hay que niegan que tal cosa sea cierta y, por ende, niegan que Rand al'Thor sea el verdadero *Car'a'carn;* estos últimos regresan al Yermo de Aiel o se unen a los Shaido, el clan que se le opone. (Véanse *Aiel*; *Car'a'carn*; *gai'shain* y *Yermo de Aiel.*)

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo el mar. Son gentes reservadas, y apenas se sabe nada sobre sus costumbres y estilo de vida. Habitantes de las islas del Océano Aricio y del Mar de las Tormentas, viven poco tiempo en dichas islas, pues pasan la mayor parte de sus vidas en sus barcos. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. El título del dirigente de Mayene es «el Principal», si bien antaño era Supremo Señor o Suprema Señora; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El título «Viceprincipal», que antiguamente poseía un único lord o lady, lo han ostentado incluso hasta nueve nobles a la vez en los últimos cuatro siglos. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo, sobre campo azul.

Mazrim Taim: Un falso Dragón que causó estragos en Saldaea hasta que fue derrotado y capturado. No sólo puede encauzar, sino que al parecer es muy fuerte en el Poder. (Véase *Dragón, falso*)

medio hermano/hermana: Términos Aiel de parentesco que indican una estrecha relación de amistad muy próxima a la de primeros hermanos o primeras hermanas. A menudo las medio hermanas se adoptan oficialmente como primeras hermanas. Por el contrario, los medio hermanos casi nunca lo hacen.

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel. Es moderadamente fuerte con el Poder. Está casada con Bael, jefe de clan de los Goshien, y es hermana conyugal de Dorindha, señora del techo del septiar Manantial Humeante. (Véase *caminante de sueños*)

Moraine Damodred: Una Aes Sedai del Ajah Azul. Nacida en el 956 NE, en el Palacio Real de Cairhien. Tras su ingreso en la Torre Blanca como novicia en el 971 NE, su ascensión fue meteórica y adquirió el grado de Aceptada en sólo tres años, y el de Aes Sedai en otros tres más, al final de la Guerra de Aiel. A partir de entonces emprendió la búsqueda de un joven que, según Gitara Moroso —una Aes Sedai con el Talento de la Predicción— había nacido en las laderas del Monte del Dragón, durante la Batalla de las Murallas Resplandecientes, y que sería el Dragón Renacido. Fue ella quien condujo a Rand al'Thor, Mat Cauthon, Perrin Aybara y Egwene al'Vere fuera de Dos Ríos. Desapareció a través de un *ter'angreal* en Cairhien mientras luchaba contra Lanfear, por lo que se supone que acabó con su propia vida y con la de la Renegada.

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Ahora exiliada y dada por muerta, asesinada, en opinión de muchos, por el Dragón Renacido. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche.

Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor a cruzar corrientes de agua. Los espejos sólo reflejan una imagen vaga de estos seres. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes, Perseguidores y Fados.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Oficialmente, la neutralización es consecuencia de un juicio por un delito y su sentencia. Las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez sobreviven mucho tiempo; parecen renunciar a la vida y mueren a menos que encuentren algo con lo que reemplazar el vacío dejado por el Poder Único.

Ogier: 1) Una raza no humana, caracterizada por una gran estatura (tres metros de altura media en los varones adultos), anchas narices casi hocicudas y largas orejas copetudas. Viven en áreas llamadas *steddings,* que rara vez abandonan, y suelen mantener escaso contacto con los hombres. Los humanos apenas conocen detalles acerca de ellos y son muchos los que creen que los Ogier son sólo seres de leyenda. Su destreza como albañiles y canteros es extraordinaria, y son obra suya la mayoría de las urbes edificadas después del Desmembramiento del Mundo. Aunque se los tiene por un pueblo pacífico y les cuesta llegar a enfurecerse, algunas narraciones antiguas afirman que lucharon junto a los humanos en la Guerra de los Trollocs y los describen como implacables enemigos. Valoran sobremanera el conocimiento, y sus libros e historias contienen a menudo información que la humanidad ha perdido ya. La esperanza media de vida de un Ogier es tres o cuatro veces superior a la de un humano. 2) Cualquier individuo perteneciente a dicha raza no humana. (Véanse *Desmembramiento del Mundo* y *stedding.*)

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión de Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin,* el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda. (Véanse *Dragón, Profecías del.*)

Padan Fain: Antaño un buhonero que comerciaba en Dos Ríos y Amigo Siniestro, fue transformado en Shayol Ghul de manera que no sólo se lo capacitó para encontrar al joven que se convertiría en el Dragón Renacido del mismo modo que un perro encuentra la presa para el cazador, sino que también se le inculcó la necesidad perentoria de hallarlo. El horrible dolor padecido mientras se llevaba a cabo dicha transformación, infundió en Fain un odio profundo tanto por el Oscuro como por Rand al'Thor. Mientras seguía el rastro de al'Thor se encontró con el espíritu de Mordeth, confinado en Shadar Logoth, y éste intentó apoderarse del cuerpo de Fain. A causa de la transmutación sufrida por Fain, sin embargo, el resultado fue una amalgama que en su mayor parte es Fain y que posee unas habilidades muy superiores a las que tenían originalmente cualquiera de los dos hombres, si bien Fain todavía no las entiende ni las domina por completo. La mayoría de los seres humanos sienten miedo ante la mirada sin ojos de un Myrddraal, pero a los Myrddraal los atemoriza la mirada de Fain.

Pared del Dragón, la: Véase *Columna Vertebral del Mundo.*

Poder Único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de personas puede llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y

encauzar el Poder involuntariamente, sin siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llega a conseguirlo uno de cada cuatro), están destinados a una muerte segura. Desde la Época de la Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos, y que está producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin.* (Véanse *Aes Sedai*; *encauzar*; *Cinco Poderes, los*; *Desmembramiento del Mundo* y *Fuente Verdadera.*)

primer hermano/primera hermana: Términos Aiel de parentesco con los que se indica que se tiene la misma madre. Entre los Aiel, el parentesco consanguíneo materno es más estrecho que el paterno.

Rashima Kerenmosa: Conocida como la Amyrlin Guerrera. Nació alrededor del 1150 DD. Fue ascendida a la estola desde el Ajah Verde, en el 1251 DD. Dirigió personalmente el ejército de la Torre y se alzó con grandes victorias, entre las que destacan la del paso de Kaisin, la del Umbral de Soralle, la de Larapelle, la de Tel Norwin y la de Maighande, donde murió en el 1301 DD. Su cadáver se descubrió después de la batalla, rodeado por los de sus cinco Guardianes y un gran cerco de trollocs y Myrddraal muertos, así como no menos de nueve Señores del Espanto. (Véanse: *Aes Sedai*; *Ajah*; *Guardianes*; *Sede Amyrlin* y *Señores del Espanto.*)

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. Se designan a sí mismos «los Elegidos». De acuerdo con las leyendas y los fragmentos de documentos históricos conservados, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Aginor, Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage.

Rhuidean: Una gran urbe, la única del Yermo de Aiel, cuya existencia es desconocida por el resto del mundo. Durante casi tres mil años permaneció abandonada, y antaño a los hombres Aiel se les permitía entrar en ella una sola vez a fin de someterse a una prueba, dentro de un gran *ter'angreal,* con la que demostraban su capacidad para convertirse en jefe de clan (sólo un hombre de cada tres sobrevivía a la experiencia), mientras que las mujeres podían hacerlo en dos ocasiones, también para pasar una prueba en el mismo *ter'angreal* y así convertirse en Sabias, si bien la media de supervivencia entre ellas era considerablemente superior a la de los varones. En la actualidad, la ciudad vuelve a estar habitada por Aiel, y el extremo del valle de Rhuidean lo ocupa un gran lago que se alimenta de un océano subterráneo de agua dulce, y que a su vez da origen al único río del Yermo. (Véase *Aiel.*)

Rueda del Tiempo: El tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de esa Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período, y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

sa'angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite que un individuo pueda encauzar una gran cantidad de Poder Único sin sufrir daños. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal,* pero más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Su método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal,* también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares,

muchísimo más escasos que los *angreal.*

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Poseen gran autoridad y responsabilidad, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos. Algunas de estas mujeres pueden encauzar en mayor o menor grado; encuentran a todas las mujeres Aiel que han nacido con el don y a la mayoría de aquellas con capacidad para aprender a hacerlo. De acuerdo con una tradición Aiel, el hecho de que las Sabias puedan encauzar no se hace público. También por costumbre, las Sabias evitan, con mayor empeño que el resto de los Aiel, todo contacto con las Aes Sedai. Las Sabias no se involucran en pleitos de sangre y batallas entre clanes, y de acuerdo con el *ji'e'toh* no se les debe hacer daño ni poner trabas de ningún tipo a su labor. El que una Sabia participe en una batalla constituirá una grave violación de costumbres y tradiciones. En la actualidad hay tres Sabias que son caminantes de sueños, con facultad para entrar en el *Tel'aran'rhiod* y hablar con otras personas en sus sueños, entre otras cosas. (Véanse *caminante de sueños* y *Tel'aran'rhiod.*)

Saidar, Saidin: Véase *Fuente Verdadera.*

seanchan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada por el bien y la seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar. 2) La tierra de donde proceden los seanchan.

Sede Amyrlin: 1) Título de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajahs. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. La forma de tratamiento ligeramente menos ceremoniosa para referirse a ella es la Amyrlin. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder Único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes de trollocs y Amigos Siniestros. Las gentes ignorantes los confunden a veces con los Renegados.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, más allá de la Gran Llaga, donde está encarcelado el Oscuro.

Soñadora: Véase *Talentos.*

Sorilea: Sabia del dominio Shende, una Jarra de los Chareen, con escasa capacidad para encauzar y que es la Sabia más anciana de todas, aunque no por tantos años como creen muchos.

Stedding: Tierra natal de un Ogier. Muchos *steddings* fueron abandonados desde el Desmembramiento del Mundo. Están protegidos, de alguna manera indescifrable hoy en día, de forma que ningún Aes Sedai puede encauzar el Poder Único, ni siquiera detectar la existencia de la Fuente Verdadera, en el interior de sus límites. Los intentos de esgrimir el Poder Único desde fuera del *stedding* no surten efecto dentro de sus márgenes. Ningún trolloc entra por propia voluntad en un *stedding* e incluso los Myrddraal lo hacen únicamente impelidos por una extrema necesidad y con la mayor de las aprensiones. Los propios Amigos Siniestros, si están enteramente dedicados al servicio del Oscuro, se sienten incómodos dentro de un *stedding.*

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. La aptitud en los distintos Talentos varía mucho de una persona a otra y rara vez guarda relación con la fuerza de la habilidad de encauzar de esa persona. Hay Talentos mayores, de los cuales el más conocido es, por supuesto, la Curación. Otros ejemplos son la Danza de las Nubes, o

Librodot

control del tiempo atmosférico, y el Canto de la Tierra, que supone controlar los movimientos de la tierra, como por ejemplo prevenir u ocasionar terremotos o avalanchas. También existen los Talentos menores, a los que rara vez se les da nombre, tales como la habilidad de ver la condición de *ta'veren* de una persona o copiar el efecto de alterar el destino de los *ta'veren,* bien que en una área pequeña y localizada que rara vez cubre más de unos cuantos metros cuadrados. En la actualidad muchos de los Talentos sólo se conocen de nombre y a veces con descripciones vagas. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), empiezan a descubrirse de nuevo recientemente. Otros, como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) y el Ahondamiento (la localización de minerales metalíferos y posiblemente su extracción de la tierra) se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod,* el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas. (Véase *Tel'aran'rhiod*)

Tallanvor, Martyn: Lugarteniente de la Guardia Real que ama a su reina más que a la vida o al honor.

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio, en otros tiempos un país con un gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores. Apenas ha habido noticias de este país desde que entró en decadencia por los estragos de una guerra civil y por las contiendas entabladas contra Arad Doman y los seguidores del Dragón Renacido, personas que han jurado seguirlo.

Tarmon Gai'don: La Última Batalla. (Véanse *Dragón, Profecías del* y *Cuerno de Valere*)

ta'veren: Una persona en torno a la cual la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la *totalidad* de los hilos de las vidas. (Véase *Entramado de una Era.*)

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase *Ciudadela de Tear.*)

Telamon, Lews Therin: Véase *Dragón, el.*

Tel'aran'rhiod: En la Antigua Lengua, «el Mundo Invisible» o «el Mundo de los Sueños». Un mundo entrevisto en sueños que, según las creencias de los antiguos, impregnaba y rodeaba el resto de los mundos posibles. Muchas personas pueden entrar durante unos segundos en el *Tel'aran'rhiod* mientras duermen, pero son muy pocas las que han tenido la habilidad de entrar en él a voluntad. A diferencia de los sueños comunes, lo que les ocurre a los seres vivos en el Mundo de los Sueños es real; una herida recibida allí seguirá existiendo al despertar, y quien muera allí ya no despertará. Aparte de eso, no obstante, lo que se haga allí no tiene ningún tipo de consecuencias en el mundo de vigilia. (Véase *ter'angreal*)

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal,* cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. Como ocurre con los *angreal* y los *sa'angreal,* su método de elaboración se desconoce desde el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *angreal* y *sa'angreal.*)

Thom Merrilin: Un juglar muy poco corriente y viajero empedernido. (Véase *juglar.*)

Librodot

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar. Su historia es una sucesión continua de ataques y guerras contra trollocs y Myrddraal. (Véase *Gran Llaga, la.*)

Torre Blanca: Sede donde radica el poder de las Aes Sedai, localizada en el centro de la gran ciudad insular de Tar Valon.

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana. Perversos por naturaleza, matan por el mero placer de dar muerte. Engañosos y traidores, únicamente pueden confiar en ellos quienes les infunden temor. Comen cualquier cosa, incluidas las personas. (Véase *Guerra de los Trollocs.*)

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo, y al que los Aiel llaman la Tierra de los Tres Pliegues. Son pocos los forasteros que se aventuran en él, ya que los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con buenos ojos a los extranjeros. Los buhoneros, los juglares y los Tuatha'an son los únicos a quienes se les permite entrar libremente, aunque los Aiel evitan todo contacto con estos últimos, a los que llaman «los Errantes». No se conoce la existencia de ningún mapa del Yermo.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres por sus conocimientos como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Generalmente la importancia de su posición se consideraba equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. La Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia, y Sabia o Indagadora entre otros.

Librodot